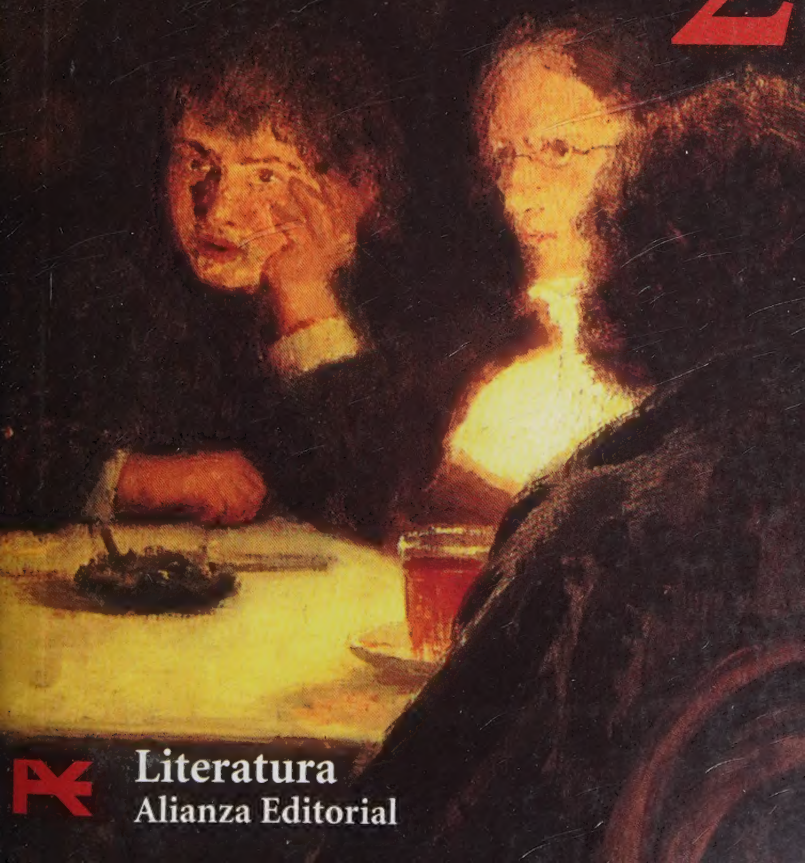
F. M. Dostoyevski

Los hermanos Karamázov 2



Literatura
Alianza Editorial

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/loshermanoskaram0002dost_r4i8

Los hermanos Karamázov, 2

Literatura

F. M. Dostoyevski

Los hermanos Karamázov, 2

Traducción
de Augusto Vidal

El libro de bolsillo
Literatura
Alianza Editorial

TÍTULO ORIGINAL: *Bratia Karamázovi*

Diseño de cubierta: Ángel Uriarte
Ilustración: I. E. Repin, *La reunión de los terroristas*, 1883 (fragmento)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Herederos de Augusto Vidal
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-6064-7
Depósito legal: M. 32.938-2006
Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.
Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Tercera parte

Libro séptimo

Aliosha

1. Un vaho pestilente

El cuerpo del padre Zosima, monje sacerdote y asceta, fue preparado para las exequias tal como correspondía a su rango. Sabido es que los despojos mortales de monjes y ascetas no se lavan. «Cuando un monje es llamado por el Señor –se dice en el gran ritual–, el hermano designado le frotará el cuerpo con agua tibia, trazando antes con una esponja el signo de la cruz sobre la frente del difunto, en el pecho, en las manos, en los pies y en las rodillas, y nada más.» Fue el padre Païsi quien se encargó de hacerlo. Después de haberle frotado el cuerpo, le vistió el hábito monástico y le envolvió con el manto, para lo cual lo cortó un poco, ya que debía envolverle en forma de cruz, según lo prescrito. A continuación le puso en la cabeza un capucho con una cruz de ocho puntas. El capucho se dejó semiabierto, pero cubrieron la faz del difunto con un velo negro. En las manos le pusieron un icono del Salvador. En este aspecto lo colocaron, al aproximarse la mañana, en el ataúd (preparado ya desde hacía mucho tiempo). Tenían el propósito de dejar todo el día el ataúd en la celda (en la primera habitación grande, en la

misma estancia en que el difunto stárets recibía a los hermanos y a los seglares). Como quiera que el difunto, por su rango, era monje sacerdote y asceta, los monjes sacerdotes y diáconos, ante el cadáver, no debían leer el Salterio, sino el Evangelio. Inició la lectura, inmediatamente después del oficio de difuntos, el padre Iósif; en cuanto al padre Paísi, quien deseó pasar luego todo el día y toda la noche leyendo, estaba, de momento, muy ocupado y preocupado, lo mismo que el padre superior del eremitorio, pues de pronto empezó a descubrirse –tanto más cuanto más tiempo pasaba– entre los hermanos del monasterio y también entre la muchedumbre de seglares procedentes de las hosterías del cenobio y de la ciudad, algo insólito, una agitación inaudita y hasta «impropia», una expectación febril. Tanto el superior del eremitorio como el padre Paísi aplicaron todos sus esfuerzos para tranquilizar en la medida de lo posible a aquellos espíritus sobreexcitados. Cuando ya fue totalmente de día, comenzaron a llegar de la ciudad algunas personas que llevaban consigo hasta a sus enfermos, sobre todo niños, como si hubieran estado esperando para ello ese momento confiados, por lo visto, en la inmediata fuerza curativa que, según creencia suya, debía de manifestarse de un instante a otro. Y sólo en ese momento se descubrió hasta qué punto todos nos habíamos acostumbrado a considerar al stárets difunto, ya en vida suya, como un santo verdadero y grande. Entre quienes iban llegando no figuraban sólo, ni mucho menos, personas de humilde estado. Esa gran expectación de los fieles, que se presentaba con tanta premura y tan al descubierto, hasta con impaciencias y poco menos que como una exigencia, parecía un indudable escándalo al padre Paísi, quien lo había presentido ya mucho antes, pero la realidad sobrepasaba cuanto él había esperado. Al encontrarse con algunos de los monjes emocionados, el padre Paísi hasta comenzó a reprenderles, diciéndoles: «Una espera semejante y tan inmediata de algo extraordinario es una frivolidad posible única-

mente entre seglares, impropia entre nosotros». Sin embargo, le hacían poco caso, lo cual observaba el padre Paísi con inquietud, a pesar de que hasta él mismo (si se ha de recordar todo verazmente), aun indignándose por las manifestaciones de excesiva impaciencia por considerarlas frívolas y vanas, en el fondo de su alma, en secreto, esperaba casi lo mismo que quienes estaban tan agitados, y no podía menos que confesárselo. Con todo, le resultaban desagradables algunos encuentros que, por cierto presentimiento, despertaban en él grandes dudas. Entre la muchedumbre que se apretujaba en la celda del difunto, observó con repugnancia (de la que se reprochó a sí mismo al instante) la presencia, por ejemplo, de Rakitin, o del lejano huésped, el monje de Obdorsk que aún permanecía en el monasterio, y a los dos los tuvo de pronto por sospechosos, aunque no eran los únicos que llamaban la atención en el mismo sentido. De todos cuantos por allí rondaban, el monje de Obdorsk era el que más se agitaba; se le podía ver en todas partes: por doquier preguntaba, escuchaba con atención, hablaba en voz baja con aire particularmente misterioso. La expresión de su rostro era de extraordinaria impaciencia, ya casi de irritación porque no se producía lo que se estaba esperando hacía mucho. Por lo que respecta a Rakitin, según se supo luego, se presentó tan pronto en el eremitorio en cumplimiento de un encargo especial de la señora Jojlakova. Esta mujer bondadosa, pero falta de carácter, que no podía ser admitida en el eremitorio, no bien se despertó y tuvo noticia de lo que sucedía, se sintió poseída de tan viva curiosidad, que al instante mandó allí, en su lugar, a Rakitin, con el encargo de que lo observara todo y la informara sin tardanza por escrito, poco más o menos cada media hora, *de todo cuanto ocurriera.* A Rakitin lo consideraba como el joven más piadoso y creyente, tal era la habilidad del joven para complacer a las personas y presentarse de la manera que mejor impresión pudiera causar en los demás si veía en ello aunque sólo fuera la más

nimia ventaja para él. El día era claro y luminoso; muchos de los peregrinos llegados al monasterio se agrupaban junto a las tumbas del eremitorio, en gran parte situadas alrededor del templo, aunque también las había diseminadas por todo el recinto. Al recorrer el eremitorio, el padre Paísi se acordó, súbitamente, de Aliosha y cayó en la cuenta de que no le veía desde hacía mucho, casi desde la noche. No bien se acordó de él, le vio en el ángulo más apartado del eremitorio, al pie del muro circundante, sentado sobre la losa del sepulcro de un monje muerto hacía muchos años y que había sido famoso, y lo era aún, por el rigor de sus penitencias. Estaba sentado de espaldas al recinto, cara al muro, como escondido tras el sepulcro. El padre Paísi se le acercó y vio que, cubierto el rostro con las dos manos, Aliosha lloraba amargamente, aunque lo hacía en silencio, sacudido por los sollozos. El padre Paísi permaneció unos instantes de pie a su lado.

–Basta, hijo querido; basta, amigo –articuló, al fin, con emoción–. ¿Qué tienes? Alégrate, en vez de llorar. ¿No sabes, acaso, que éste es el día más sublime de todos *sus* días? ¿Dónde se encuentra ahora, en este mismísimo momento? ¡Recuerda aunque sólo sea esto!

Aliosha alzó los ojos hacia el padre Paísi, dejando ver su rostro, hinchado por el llanto, como el de un niño, pero en seguida, sin articular una sola palabra, se volvió y se cubrió de nuevo la cara con ambas manos.

–A lo mejor así ha de ser –dijo el padre Paísi, caviloso–; llora, es Cristo quien te ha mandado estas lágrimas.

«Tus lagrimitas de ternura son, tan sólo, un descanso para el alma y servirán para que se te inunde de alegría tu buen corazón», añadió para sí, alejándose de Aliosha y pensando amorosamente en él. Se apresuró a apartarse, además, porque presintió que él mismo quizá, mirándole, rompería a llorar.

Entretanto, el tiempo iba transcurriendo, las honras fúnebres del monasterio y los oficios de difuntos se celebraban en la debida sucesión. El padre Paísi volvió a sustituir al padre

Iósif junto al féretro y prosiguió la lectura del Evangelio. Pero no eran aún las tres de la tarde cuando sucedió algo a lo que he aludido ya al final del libro anterior, algo tan inesperado por todos nosotros y tan opuesto a la anhelante expectación general, que, repito, la relación de aquel suceso con todos sus detalles y pormenores, todavía hoy se recuerda con extraordinaria viveza en nuestra ciudad y en todos sus alrededores. Aquí añadiré una vez más, a título personal, que a mí casi me repugna recordar aquel suceso impresionante, en esencia baladí y natural, y habría prescindido de él por completo en mi relato de no haber ejercido una influencia fortísima y en un sentido determinado sobre el alma y el corazón del personaje principal, *aunque futuro,* de mi relato, Aliosha, provocando en él como una especie de cambio brusco y de cataclismo que le conmovió el entendimiento, aunque también se lo consolidó definitivamente para toda la vida y hacia un determinado fin.

He aquí lo que sucedió. Cuando, antes aún de que amaneciera, colocaron el cuerpo del stárets en el ataúd, preparado ya para la sepultura, y lo llevaron a la habitación primera, la que servía para recibir a los visitantes, alguno de los presentes preguntó si había que abrir las ventanas de la estancia. La pregunta, formulada como de paso e incidentalmente, quedó sin respuesta y casi pasó inadvertida; a lo sumo se fijaron en ella, aunque sin exteriorizarlo, algunos de los que allí estaban, y únicamente en el sentido de que esperar la descomposición y los efluvios pestilentes de un cuerpo como el de aquel difunto era una pura estupidez digna de lástima (si no de burla) por la poca fe y la frivolidad que la pregunta implicaba. Lo que se esperaba era, precisamente, todo lo contrario. Y he aquí que poco después del mediodía empezó a notarse algo, percibido al principio en silencio por quienes entraban y salían, temerosos de comunicar a alguien lo que pensaban en su fuero interno; pero hacia las tres de la tarde, resultaba tan manifiesto e irrefutable, que la noticia recorrió

en un instante todo el eremitorio y se enteraron de ella todos los peregrinos que lo visitaban, e inmediatamente penetró en el monasterio sorprendiendo a todos los monjes; poco después llegó a la ciudad, donde conmovió a todo el mundo, a creyentes y a incrédulos. Los incrédulos se alegraron; en cuanto a los creyentes, los hubo que se alegraron incluso más que los otros, pues «los hombres se alegran de la caída del justo y de su deshonor», como había dicho el propio difunto stárets en una de sus enseñanzas. El caso era que del ataúd empezó a salir, poco a poco, pero tanto más perceptible cuanto más tiempo transcurría, una desagradable pestilencia, que hacia las tres de la tarde resultó ya en exceso manifiesta y cada vez se hacía más penetrante. Hacía mucho tiempo que no se había producido en nuestro monasterio un escándalo semejante; no podía recordarse en toda la vida de la institución un escándalo tan burdamente desencadenado, imposible incluso de registrarse en ninguna otra circunstancia, como el que se produjo hasta entre los propios monjes, tan pronto como se hubo dado este suceso. Más tarde, pasados ya muchos años, algunos de nuestros monjes más sensatos, al rememorar ese día en todos sus detalles, se sorprendían y hasta se horrorizaban de que el escándalo hubiera podido alcanzar entonces tan altos vuelos. También antes habían fallecido monjes de vida muy virtuosa, como de todos era patente, startsi temerosos de Dios, y de sus ataúdes humildes también se había desprendido el desagradable olor como ocurre de manera natural con todos los cadáveres, sin que aquello hubiera sido motivo de escándalo ni siquiera de la menor inquietud. Desde luego, también se mantenía entre nosotros el recuerdo de antiguos monjes, cuya memoria se guardaba viva en el monasterio, de los cuales la tradición contaba que sus cadáveres no habían presentado muestras de descomposición, cosa que influía enternecedora y misteriosamente en la comunidad y se recordaba como algo admirable y milagroso y como promesa de una mayor

gloria futura para sus tumbas, si ese tiempo llegaba por la voluntad divina. Se guardaba especialmente memoria del stárets Job, que había muerto a los ciento cinco años de edad, hacía ya mucho tiempo, al comenzar el segundo decenio del siglo XIX; famoso asceta, gran ayunador y fiel observador de la regla del silencio; mostraban su tumba con extraordinaria y singular veneración a cuantos peregrinos llegaban por primera vez, aludiendo al mismo tiempo, misteriosamente, a ciertas grandes esperanzas. (Era la misma tumba en que por la mañana el padre Paísi había encontrado a Aliosha sentado.) Aparte de este stárets fallecido hacía mucho tiempo, se mantenía vivo un recuerdo semejante del stárets Varsonofi, gran padre, monje sacerdote y asceta, fallecido hacía relativamente poco tiempo; había precedido al padre Zosima en la función de stárets, y, mientras vivió, todos los peregrinos que acudían al monasterio le consideraron sin vacilar un bendito. De ambos contaba la tradición que se habían mantenido en sus ataúdes como vivos, que habían sido enterrados sin que presentaran el menor síntoma de descomposición y que sus rostros hasta resplandecían en el ataúd. Algunos hasta recordaban con insistencia que aquellos cuerpos desprendían un inconfundible perfume. Mas, a pesar de semejantes recuerdos, tan impresionantes, resultaba difícil explicar la causa directa de que junto al ataúd del padre Zosima pudiera producirse un fenómeno tan frívolo, absurdo y maligno. Por lo que a mí personalmente respecta, supongo que se sumaron muchas y diversas causas que influyeron en el mismo sentido. Entre ellas, por ejemplo, había la inveterada hostilidad a la práctica de los startsi como novedad perniciosa, hostilidad aún con hondas y escondidas raíces en el espíritu de muchos monjes del monasterio. Existía, además, y ello era lo más importante, la envidia por la santidad del difunto, tan firme durante su vida que resultaba casi prohibido discutirla. Pues, aunque el stárets se había atraído a muchos no tanto con milagros cuanto con

amor y había creado a su alrededor como un mundo compuesto por gente que le veneraba, el hecho era que por esto mismo se había creado envidiosos y, a continuación, encarnizados enemigos, declarados y disimulados, no sólo entre quienes formaban parte del monasterio, sino, incluso, entre los seglares. No había hecho ningún mal a nadie; no obstante, no faltaba quien decía: «¿Por qué le consideran tan santo?». Esta sola pregunta, repetida una y otra vez, engendró al fin todo un abismo del más insaciable rencor. Por eso pienso yo que muchos, al tener noticia de que su cuerpo despedía aquel pestilente efluvio tan pronto –pues aún no había transcurrido ni un día del fallecimiento–, se alegraron extraordinariamente; del mismo modo, entre quienes habían sido devotos admiradores del stárets, hubo algunos que se sintieron poco menos que heridos y ofendidos personalmente por este acontecimiento. He aquí cómo fueron sucediéndose los hechos.

No bien se hizo perceptible la descomposición, por el solo aspecto de los monjes que entraban en la celda del difunto podía adivinarse para qué acudían. Entra uno, permanece allí poco tiempo y sale para confirmar cuanto antes la noticia a otros que le están esperando fuera, en grupo. Algunos de los que esperaban movían tristemente la cabeza, pero otros ya ni siquiera deseaban ocultar su alegría, que resplandecía bien clara en sus malignas miradas. Y ya nadie se lo reprochaba, nadie alzaba la voz en favor del difunto, lo cual hasta era asombroso, pues los fieles al stárets constituían, a pesar de todo, la mayoría en el monasterio; pero se veía que el Señor mismo dejaba que esa vez la minoría se impusiera temporalmente. Pronto comenzaron a aparecer también en la celda pesquisidores laicos por el estilo, sobre todo pertenecientes a los medios cultos. En cambio, la gente humilde entraba poco, aunque formaba una gran multitud junto al portalón del eremitorio. Es indudable que después de las tres de la tarde, la afluencia de los laicos se intensificó en

gran manera, a consecuencia, sobre todo, de la escandalosa noticia. Personas que quizá no habrían acudido aquel día al monasterio y que ni habían pensado acercarse en aquella circunstancia, iban allí adrede, y entre ellas figuraban algunos individuos de alto rango. De todos modos, el decoro aún no se había alterado exteriormente, y el padre Paísi, de manera firme y clara, severo el rostro, seguía leyendo el Evangelio en voz alta, como si no se diera cuenta de lo que sucedía, aunque hacía mucho que observaba algo insólito. Pero he aquí que algunas voces llegaron hasta sus oídos; primero eran muy débiles, mas poco a poco se hicieron firmes y decididas. «¡Así, pues, el juicio de Dios no es el mismo que el de los hombres!», oyó de súbito el padre Paísi. El primero en articular estas palabras fue un laico, un funcionario de la ciudad, hombre ya entrado en años y, según lo que de él se sabía, muy piadoso, pero al expresar esa idea en voz alta no hacía sino repetir lo que se venían repitiendo desde mucho antes los monjes entre sí al oído. Éstos habían formulado hacía ya mucho esas palabras sin esperanza, y lo peor era que casi a cada minuto que transcurría se decían con mayor solemnidad. Sin embargo, pronto empezó a faltarse hasta al decoro y parecía como si todos se sintieran hasta con cierto derecho a hacerlo. «¿Cómo ha podido ocurrir *esto?* –decían algunos de los monjes, al principio como si les doliera–. Tenía el cuerpo pequeño, seco, era todo piel y huesos; ¿de dónde puede salir esta pestilencia?» «Será que el Señor habrá querido dar esta señal adrede», se apresuraban a añadir otros, y su opinión era aceptada en seguida como indiscutible, pues a lo dicho se añadía que si se tratara de una descomposición natural, como la de cualquier difunto pecador, la pestilencia habría salido más tarde, sin una premura tan manifiesta, por lo menos después de veinticuatro horas, mientras que «éste se ha anticipado a lo natural» y ello sólo puede explicarse por la intervención de Dios y como una clara señal suya. Ha querido darnos una indicación. Este ra-

zonamiento impresionaba y parecía irrefutable. El bondadoso padre Iósif, monje sacerdote, el bibliotecario, predilecto del difunto, empezó a objetar a algunos de los maledicentes que «no en todas partes es así» ni es un dogma de la religión ortodoxa la necesidad de que no se descompongan los cuerpos de los justos, sino tan sólo una opinión, y ni en los lugares más ortodoxos, en el Monte Athos, por ejemplo, dan tanta importancia al tufo de la descomposición; allí no es la incorruptibilidad corporal lo que se considera como principal signo para la glorificación de los santos, sino el color de los huesos; cuando los cuerpos llevan ya muchos años en la tierra y hasta se pudren en ella, «y si los huesos se han vuelto amarillos como la cera, tenemos el signo clarísimo de que Dios ha glorificado al virtuoso difunto; si en vez de volverse amarillentos, se han puesto negros, eso significa que el Señor no le ha hecho digno de semejante gloria; así lo creen en el Monte Athos, lugar de gran santidad, donde desde los tiempos antiguos se conserva indestructible y en su prístina pureza la ortodoxia», concluyó el padre Iósif. Mas las palabras del humilde padre causaban poca impresión y hasta provocaban réplicas irónicas: «Todo esto no son más que novedades de gente docta, no hay que escucharlo», decidían para sí los monjes. «Nosotros nos atenemos a la vieja tradición; ¡como si fueran pocas las novedades que ahora aparecen! ¿Vamos a tener que imitarlas todas?», añadían otros. «Nosotros tenemos tantos padres santos como ellos. Allí están sometidos al turco y lo han olvidado todo. Hasta la ortodoxia se les ha corrompido hace ya tiempo; además, ni siquiera tienen campanas», añadieron los más burlones. El padre Iósif se apartó con amargura, tanto más cuanto que él mismo había expuesto su opinión con poca firmeza y como si no creyera mucho en ella. Preveía, lleno de confusión, que estaba empezando algo muy indecoroso y que hasta la desobediencia misma levantaba la cabeza. Poco a poco, tras el padre Iósif, fueron enmudeciendo todas las voces sensatas.

Sucedió, incluso, que cuantos amaban al difunto stárets y habían aceptado la forma de vida de los stárets con acendrada obediencia, se sintieron, de pronto, terriblemente asustados; cuando se encontraban, sólo se miraban tímidamente unos a otros. En cambio, los enemigos de esa forma de vida, por considerarla una innovación, levantaban con orgullo la cabeza. «Del difunto stárets Varsonofi no sólo no se desprendía tufo, sino que emanaba hasta buen olor –recordaban, malignos–, pero no mereció esa gracia por haber sido stárets, sino por haber sido un justo.» Después de esto, sobre el stárets recién fallecido se derramaron no ya las críticas, sino incluso hasta las acusaciones: «Sus enseñanzas eran erróneas; afirmaba que la vida es un gran gozo y no una sumisión que arranca lágrimas», decían algunos de los más cerriles. «Creía según la nueva moda, no admitía el fuego material en el infierno», añadían otros aún más torpes que los primeros. «No era muy riguroso con el ayuno, se permitía regalarse con cosas dulces, tomaba el té con confitura de guindas, le gustaba mucho, las señoras se la mandaban. ¿Es propio de un asceta tomar té?», se oía decir a otros, envidiosos. «Estaba lleno de orgullo –recordaban con crueldad los más malvados–, se consideraba un santo, se hincaban de rodillas ante él y él lo aceptaba como si así le correspondiera.» «Abusaba del sacramento de la confesión», añadían con rencoroso susurro los más fieros enemigos del modo de vida de los startsi, entre ellos algunos de los monjes más viejos y más rigurosos en su piedad, grandes observadores de las reglas del ayuno y del silencio, que habían permanecido callados en vida del difunto, pero que, de pronto, abrían sus bocas, lo cual era ya espantoso, pues sus palabras ejercían una poderosa influencia sobre los monjes jóvenes, todavía vacilantes. Con gran atención escuchaba todo esto, también, el huésped de Obdorsk, el pequeño monje de San Silvestre, que suspiraba hondamente y movía la cabeza: «Se ve que el padre Ferapont estaba en lo cierto ayer al criticarle», pensa-

ba para sí, y en ese momento, precisamente, apareció el propio padre Ferapont, como para hacer aún más profundo el desconcierto.

Ya he recordado antes que ese viejo asceta raras veces salía de su celda de madera, que tenía en el colmenar; se pasaba largos períodos sin frecuentar la iglesia, sobre lo que se hacía la vista gorda por considerarle como un bendito, y le permitían que dejara de observar la regla obligatoria para todos. Pero, si se ha de decir la pura verdad, todo eso se le toleraba en cierto modo hasta por necesidad. Pues habría resultado vergonzoso abrumar insistentemente con la regla monástica a un asceta como aquél, sujeto con tanto rigor al ayuno y al silencio, que se pasaba los días y las noches rezando (hasta a veces dormía de rodillas), si él no se sometía por sí mismo. «Es más santo que todos nosotros y se impone penitencias mucho más duras que las establecidas por la regla –habrían dicho los monjes, en ese caso–; eso de que no vaya a la iglesia es cosa suya, él sabrá cuándo ha de ir, tiene su propia regla.» Si dejaban en paz al padre Ferapont era precisamente para evitar el probable descontento y escándalo. Todos sabían que el padre Ferapont no tenía en la menor estima al stárets Zosima; y he aquí que, de pronto, llega a su pequeña celda la noticia de que «el juicio de Dios no es el mismo que el de los hombres, y que los hechos hasta se habían adelantado a lo que habría sido natural». Es de suponer que uno de los primeros en ir corriendo a comunicarle la noticia fue el huésped de Obdorsk, quien le había visitado el día anterior y se había retirado de la entrevista horrorizado. También he recordado que el padre Paísi, aunque no podía oír ni ver lo que sucedía fuera de la celda mientras permanecía de pie junto al ataúd, leyendo firme e inmutable en alta voz, en el fondo de su corazón adivinaba sin equivocarse en lo esencial lo que pasaba, pues conocía a fondo su ambiente. No estaba turbado, esperaba todo lo que aún pudiera suceder sin miedo alguno, siguiendo con

mirada penetrante el curso de la agitación, cuyo final se le aparecía ya en la mente. De pronto, un ruido insólito le hirió los oídos; procedía del vestíbulo y resultaba ya incompatible con el decoro más elemental. La puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció el padre Ferapont. Tras él, como se percibía y hasta se llegaba a ver claramente desde la celda, se habían agrupado muchos monjes que le acompañaban, entre ellos algunos laicos, que permanecieron junto al pequeño porche de entrada. Sin embargo, los acompañantes no entraron ni subieron al porche; se detuvieron esperando lo que iba a decir y hacer el padre Ferapont, pues presentían, hasta con cierto miedo, pese a su mucha audacia, que éste no había venido en vano. Detenido en el umbral, el padre Ferapont levantó las manos y por debajo del brazo derecho aparecieron los ojitos afilados y curiosos del huésped de Obdorsk, el único que no había podido contenerse y había subido precipitadamente la escalerita del porche, siguiendo al padre Ferapont, empujado por su desmedida curiosidad. Todos los demás, por el contrario, no bien la puerta se abrió con estrépito de par en par, retrocedieron presa de un súbito espanto. Con los brazos en alto, el padre Ferapont clamó de súbito:

–¡Conjurando conjuro! –y en seguida se puso a hacer la señal de la cruz, dirigiéndose alternativamente hacia los cuatro costados, hacia las cuatro paredes y los cuatro ángulos de la celda.

Los que le acompañaban comprendieron en seguida el sentido de este acto, pues sabían que el padre Ferapont obraba siempre así, dondequiera que entrase, y que no se sentaba ni decía nada antes de exorcizar al maligno.

–¡Fuera de aquí, Satán! ¡Fuera de aquí, Satán! –repetía a cada señal de la cruz–. ¡Conjurando conjuro! –volvió a clamar.

Llevaba su tosco hábito ceñido por una cuerda. La camisa de tela de cáñamo le dejaba al descubierto el pecho, con su

abundante pelo blanco. Iba completamente descalzo. Tan pronto como agitó los brazos, empezaron a tintinear las duras cadenas que llevaba bajo el hábito. El padre Païsi interrumpió su lectura, avanzó unos pasos y se detuvo ante él en actitud de espera.

–¿Por qué has venido, venerable padre? ¿Por qué alteras el orden? ¿Por qué confundes al manso rebaño? –articuló al fin, mirándole severamente.

–¿Por qué he venido? ¿Esto me preguntas? ¿Qué te figuras? –gritó el padre Ferapont como un poseso–. He venido a expulsar a vuestros huéspedes, a los sucios demonios. Quiero ver si habéis recogido muchos en ausencia mía. Quiero barrerlos a todos con una escoba de abedul.

–Expulsas al impuro y quizá le estás prestando servicio –prosiguió impertérrito el padre Païsi–. ¿Quién puede decir de sí mismo «soy un santo»? ¿Quizá tú, padre?

–Soy impuro y no santo. ¡No me siento en un trono ni me elevo para que me veneren como a un ídolo! –tronó el padre Ferapont–. Hoy los hombres echan a perder la fe santa. El difunto, vuestro santo –se volvió hacia la muchedumbre, señalando con el índice el ataúd–, no creía en los demonios. Contra ellos daba purgas. Así han proliferado entre vosotros, como las arañas por los rincones. Ahora, él mismo apesta. Esto es, para nosotros, una gran advertencia de Dios.

Así había ocurrido, en efecto, una vez en vida del padre Zosima. Uno de los monjes empezó a ver al maligno en sueños y, al final, hasta encontrándose despierto. Cuando, horrorizado, se lo confesó al stárets, éste le aconsejó que rezara sin interrupción y que intensificara el ayuno. Pero cuando estas medidas resultaron vanas, le aconsejó que sin abandonar el ayuno y los rezos tomara una medicina. Entonces muchos se escandalizaron por ello y lo comentaron entre sí moviendo la cabeza, en primer lugar el padre Ferapont, a quien algunos blasfemos se apresuraron entonces a darle cuenta de

aquella disposición del stárets, tan «insólita» en aquel caso particular.

–¡Sal, padre! –articuló con imperiosa voz el padre Paísi–; no son los hombres quienes juzgan, sino Dios. Es posible que tengamos aquí una «advertencia» cuyo sentido se nos escape a ti, a mí y a todos. ¡Sal, padre, y no escandalices al rebaño! –repitió con insistencia.

–No observaba los ayunos que le correspondían por su condición de asceta, éste es el sentido de la advertencia. ¡Está muy claro y es pecado quererlo ocultar! –porfiaba el fanático, excediéndose en su celo mucho más allá de lo razonable–. Se deleitaba con los caramelos que le traían las damas en los bolsillos, disfrutaba tomando té, ofrecía sacrificios al vientre, se lo llenaba de golosinas, a la vez que se llenaba el espíritu de orgullosos pensamientos... Por esto ha sufrido esta vergüenza...

–¡Tus palabras son vanas, padre! –replicó el padre Paísi, elevando también la voz–; admiro tu ayuno y tu ascetismo, pero tus palabras son vanas, como si fueran dichas por un joven laico, veleidoso e irreflexivo. Pero sal de aquí, padre, te lo ordeno –concluyó el padre Paísi con atronadora voz.

–¡Ya me iré! –articuló el padre Ferapont, como si se hubiera turbado un poco, aunque sin abandonar su cólera–. ¡Vosotros sois unos sabios! Con vuestro mucho saber os habéis elevado sobre mi ignorancia. Vine al monasterio poco instruido y aquí olvidé lo poco que sabía; el Señor mismo me ha preservado a mí, tan insignificante, de vuestra sapiencia...

El padre Paísi, de pie ante él, esperaba con firmeza. El padre Ferapont calló unos momentos y de pronto, poniendo cara triste y llevándose la palma de la mano derecha a la mejilla, articuló como una cantilena, mirando el ataúd del difunto stárets:

–Mañana por la mañana cantarán por él el himno glorioso «Ayuda y protector»; por mí, en cambio, cuando estire la

pata sólo se cantará el breve versículo «Qué dulce existencia»* –dijo compungido y con pena–. Os habéis vuelto orgullosos y soberbios, ¡éste es un lugar desierto! –gritó de pronto, como enajenado, y, agitando los brazos, se volvió rápidamente y bajó también a toda prisa los peldaños del porche.

La muchedumbre que esperaba abajo, vaciló; algunos le siguieron en seguida, pero otros dudaron, pues la celda seguía abierta y el padre Païsi, que había avanzado hasta el pequeño porche después de que el padre Ferapont hubo salido, estaba allí, de pie, observando. Pero el exaltado viejo aún no había terminado: unos veinte pasos más allá, se volvió de pronto en dirección al sol poniente, alzó los brazos y –como si alguien le hubiera segado las piernas –se derrumbó sobre la tierra gritando estentóreamente:

–¡Mi Señor ha vencido! ¡Cristo ha vencido al sol poniente! –gritaba con furia, con los brazos extendidos hacia el sol, y, después de caer con el rostro sobre el suelo, prorrumpió en llanto a gritos, como un niño pequeño, sacudido por los sollozos y extendiendo los brazos sobre la tierra. Entonces, todos se precipitaron hacia él, se oyeron exclamaciones, sollozos... El frenesí se había apoderado de todos.

–¡Éste sí es santo! ¡Éste sí es justo! –se oía que exclamaban ya sin temor alguno–. ¡Éste sí merece ser stárets! –añadieron otros, ya rencorosos.

«No querrá ser stárets... Él mismo lo rechazará... no querrá ponerse al servicio de esta maldita innovación... no va a imitar las tonterías del otro», prosiguieron al instante otras voces, y es difícil imaginarse hasta dónde se habría llegado

* Cuando se saca el cuerpo de un monje y de un monje asceta (de la celda a la iglesia y, después del servicio fúnebre, de ésta al cementerio), se cantan los versículos de «Qué dulce existencia...». Si el difunto, en cambio, es un monje sacerdote y asceta, se canta el himno «Ayuda y protector...». *(Nota del autor.)*

si en aquel momento no hubiera tocado la campana llamando al oficio divino. Todos se santiguaron. El padre Ferapont se levantó y, protegiéndose con la señal de la cruz, se dirigió hacia su celda sin volver la cabeza, sin dejar de proferir sus exclamaciones, que ya eran algo incoherentes. Le siguieron algunos, pocos; la mayoría se dispersó, apresurándose para acudir al oficio divino. El padre País transfirió la lectura al padre Iósif y bajó. Los exaltados gritos de los fanáticos no podían hacerle vacilar, pero de pronto el corazón se le puso triste y angustioso por algo especial y él en seguida lo notó. Se detuvo y se preguntó: «¿De dónde procede esta tristeza, que hasta me abate el ánimo?», y con sorpresa comprendió en seguida que aquella tristeza repentina provenía, al parecer, de una causa muy pequeña y particular: el caso era que en la muchedumbre que se había apretujado hacía unos momentos ante la puerta de la celda había visto a Aliosha entre los agitados, y recordó que, al verle, había experimentado como una punzada en el corazón. «¿Es posible que este joven represente ahora tanto para mí?», se preguntó con sorpresa. En aquel momento, Aliosha pasaba precisamente por su lado, como si tuviera prisa por ir a alguna parte, pero no en dirección al templo. Sus miradas se cruzaron. Aliosha apartó rápidamente los ojos y miró al suelo; al padre País le bastó ver su aspecto para adivinar que en Aliosha se estaba produciendo en aquellos momentos un cambio extraordinario.

–¿También tú te has escandalizado? –exclamó de pronto el padre País–. ¡Cómo! ¿Es posible que tú también estés con los de poca fe? –añadió con amargura.

Aliosha se detuvo y dirigió como una mirada imprecisa al padre País, pero en seguida volvió a apartar los ojos y a bajarlos al suelo. Estaba de lado, sin volver la cara hacia su interlocutor. El padre País le observaba con mucha atención.

–¿Adónde vas, con tanta prisa? Han tocado a oficio divino –preguntó aún, pero Aliosha siguió sin responder–. ¿O te

vas del eremitorio? ¿Sin pedir permiso, sin recibir la bendición?

Aliosha se sonrió de pronto con una sonrisa forzada, dirigió los ojos de manera rara, muy rara, hacia el padre que le interrogaba, hacia aquel a quien le había confiado, al morir, su antiguo mentor, el que había sido dueño de su corazón y de su mente, su stárets bien amado; hizo un vago gesto con la mano, sin interrumpir su silencio, como si no se preocupara ni siquiera por observar las formas de respeto, y con rápido paso salió del eremitorio por el portalón.

–¡Aún volverás! –balbuceó el padre Paísi, siguiéndole con la mirada, amargamente sorprendido.

2. Un momento así

El padre Paísi no se equivocaba, naturalmente, al pensar que su «querido muchacho» volvería, y hasta quizá penetró (si no por completo, de todos modos con mucha sagacidad) en el verdadero sentido del estado de ánimo de Aliosha. De todos modos, reconozco francamente que ahora me sería muy difícil explicar con claridad el sentido exacto de aquel momento raro e indefinido en la vida del héroe –joven aún y por quien tanto cariño siento– de mi relato. A la amarga pregunta del padre Paísi, dirigida a Aliosha: «¿O también tú estás con los de poca fe?», podría contestar firmemente por Aliosha: «No, él no estaba con los de poca fe». Más aún, ocurría todo lo contrario: toda su confusión se debía precisamente a que su fe era muy grande. Pero, de todos modos, hubo confusión, era un *hecho,* y resultaba tan dolorosa, que incluso más tarde, transcurrido mucho tiempo, Aliosha consideraba aquel día aciago como uno de los más penosos y fatales de su vida. Si alguien pregunta sin ambages: ¿Es posible que toda aquella angustia y alarma pudieran darse en él sólo porque el cuerpo de su stárets, en vez de comenzar a

producir inmediatamente curaciones, había sufrido una prematura descomposición?», responderé a ello sin rodeos: «Sí, realmente así fue». Sólo pediría al lector que no se apresure demasiado a reírse del puro corazón de mi joven. Por lo que a mí respecta, no sólo no tengo el propósito de pedir perdón por él ni de disculpar y justificar la ingenuidad de su fe por sus pocos años, por ejemplo, o por haber realizado con poco éxito sus estudios, etc., sino que procederé hasta al revés, y declaro firmemente que siento sincero respeto por la naturaleza de sus sentimientos. No hay duda de que otro joven, más circunspecto con las impresiones de su corazón, capaz ya de amar con calor, pero sin arrebatos, con inteligencia en exceso razonadora para su edad, si bien correcta (y, por esto, barata), un joven así, digo, habría evitado lo que pasó al mío; pero la verdad es que en ciertos casos es más honroso dejarse llevar por una pasión, aunque poco razonable, inspirada por un gran amor, que resistirla a todo trance. Tanto más en la juventud, pues es de poco fiar y poco es lo que vale un joven que sea constantemente en exceso reflexivo, ¡tal es mi opinión! «Pero –exclamarán probablemente las personas juiciosas –no es posible que todos los jóvenes crean en tales prejuicios, y su joven no puede servir de ejemplo a los demás.» A lo cual responderé a mi vez: sí, mi joven creía, creía con una fe sacrosanta e indestructible, mas, de todos modos, no pido perdón por él.

Verán: aunque he declarado antes (quizá con excesiva prisa) que no voy a dar explicaciones ni a pedir perdón por mi joven héroe y que no voy a justificarle, me doy cuenta de que de todos modos algo es necesario aclarar para la ulterior comprensión del relato. He aquí lo que diré: no era cuestión de milagros. No había en su impaciencia ninguna vana espera de hechos milagrosos. Aliosha no necesitaba entonces de milagros (de eso no hay duda alguna) para el triunfo de ciertas convicciones, ni para que alguna idea anterior, preconcebida, triunfase cuanto antes sobre otra; oh, no; no era de

ningún modo eso. Para Aliosha, en todo aquello había en primer lugar un rostro y sólo un rostro: el de su querido stárets, el de aquel justo a quien honraba con tanta veneración. Lo que ocurría era que todo el amor latente en el joven y puro corazón de Aliosha «por todo y por todos», en cierto modo se concentraba de vez en cuando, entonces y durante todo el año anterior, quizás incluso de manera errónea, con preferencia en un solo ser, por lo menos en cuanto a los impulsos más fuertes de su corazón: en su bien amado stárets, ahora fenecido. Cierto, aquel ser había encarnado tanto tiempo para él el ideal indiscutible, que todas sus fuerzas juveniles y sus aspiraciones tenían que dirigirse forzosamente y de manera exclusiva hacia ese ideal, incluso olvidándose «de todos y de todo». (Él mismo recordó, más tarde, que durante aquel penoso día se olvidó por completo del hermano Dmitri, de quien tanto se había preocupado y por quien tanto se había acongojado la víspera; también se olvidó de llevar los doscientos rublos al padre de Iliúshechka, como también había decidido hacer, la víspera, con tanto calor.) Pero, de todos modos, no eran milagros lo que él necesitaba, sino tan sólo «la justicia suprema», la cual, a su entender, había sido infringida, y por ello sentía su corazón tan cruel y repentinamente herido. Poco importa que por el curso mismo de los acontecimientos esta «justicia», en la espera de Aliosha, hubiera adquirido la forma de milagros, que debían de producirse inmediatamente, a la muerte del que había sido su tan venerado maestro. Eso mismo pensaban y esperaban todos los del monasterio, incluso aquellos ante cuya inteligencia se inclinaba Aliosha, como por ejemplo el padre Paísi; así, Aliosha, sin inquietarse por dudas de ninguna clase, dio también a sus sueños la misma forma que todos daban a los suyos. Además, hacía ya tiempo que así lo esperaba su corazón, se había ido acostumbrando a ello durante el año entero de su vida monacal. Pero su sed era de justicia, de justicia, ¡no sólo de milagros! ¡Y he aquí que quien merecía ser

elevado por encima de todos en el mundo entero, según creía Aliosha, ese mismo, en vez de recibir la gloria que le correspondía, se encontraba sumido en el oprobio! ¿Por qué? ¿Quién le había juzgado? ¿Quién había podido decidirlo de aquel modo? Éstos eran los interrogantes que en seguida le torturaron el corazón, inexperimentado y virginal. No podía soportar, sin sentirse ofendido, sin sentirse incluso airado, que el más justo entre los justos hubiera sido dado al escarnio burlón y rencoroso de una muchedumbre tan frívola y que le era tan inferior. Podía no haber habido milagros, lo milagroso podía no haberse manifestado dejando insatisfecha la espera inmediata, mas ¿por qué aquella deshonra, por qué se había permitido el oprobio, por qué aquella prematura descomposición «que se ha anticipado a lo natural», como decían los rencorosos monjes? ¿Para qué aquella «advertencia», que éstos, junto con el padre Ferapont, sacan a relucir tan solemnemente, y por qué creen haber recibido hasta el derecho de hacerlo? ¿Dónde estaban, pues, la providencia y el deseo de Dios? ¿Con qué finalidad había retirado su índice «en el momento más necesario» (pensaba Aliosha) y como si Él mismo hubiera deseado subordinarse a las ciegas leyes naturales mudas e implacables?

Por esto era por lo que manaba sangre el corazón de Aliosha y, naturalmente, como ya he dicho, lo que estaba en juego era ante todo el ser más querido por él en el mundo, ¡y este ser había quedado «cubierto de vergüenza», «difamado»! Admito que la queja de mi joven sea ligera e insensata, pero vuelvo a repetir por tercera vez (también de acuerdo, de antemano, que lo hago asimismo, quizá, con cierta ligereza): estoy contento de que mi joven no fuera tan razonable en un momento semejante, pues a la razón siempre le llega su hora si el hombre no es tonto; en cambio, si en un momento tan excepcional resulta que no hay amor en el corazón del joven, ¿cuándo lo habrá? De todos modos, no quiero pasar por alto, respecto a esta ocasión, cierto extraño fenó-

meno, aunque momentáneo, que se produjo en la mente de Aliosha en ese momento fatal y desconcertante para él. Este nuevo *algo* que afloró por un instante consistía en cierto resabio atormentador de la conversación que había sostenido Aliosha la víspera con su hermano Iván y que ahora recordaba sin cesar. Lo recordaba precisamente en esos momentos. Oh, no se trataba de que alguna de sus creencias fundamentales, por así decirlo espontáneas, hubiera vacilado en su alma. Aliosha amaba a su Dios y creía firmemente, aunque de súbito se hubiera lamentado de Él. De todos modos, cierta impresión confusa, si bien atormentadora y maligna al recordar su conversación de la víspera con su hermano Iván, volvía a agitársele de nuevo en el alma y presionaba cada vez más para irrumpir en la superficie. Cuando empezaba ya a oscurecer, Rakitin, al cruzar el bosquecillo de pinos para ir del eremitorio al monasterio, vio de pronto a Aliosha tumbado bajo un árbol, de cara al suelo, inmóvil y como si durmiera. Se le acercó y le llamó.

–¿Tú aquí, Aliosha? Es posible que tú... –articuló sorprendido, pero se detuvo sin terminar la frase. Quería decir: «¿Es posible que tú *hayas llegado hasta ese punto?*».

Aliosha no le miró, mas, por el movimiento que hizo, Rakitin adivinó en seguida que el otro le oía y le comprendía.

–¿Qué te pasa? –prosiguió, sorprendido aún, si bien la sorpresa había ya comenzado a trocarse en su cara por una sonrisa que iba adquiriendo cada vez más una expresión burlona–. Escucha, te estoy buscando hace ya más de dos horas. Has desaparecido de repente. ¿Pero qué haces aquí? ¿Qué santa tontería es ésta? Por lo menos mírame, hombre...

Aliosha levantó la cabeza, se sentó y apoyó la espalda contra el árbol. No lloraba, pero su rostro expresaba sufrimiento y en su mirada se percibía la irritación. De todos modos no miraba a Rakitin, sino hacia un lugar impreciso, hacia un lado.

–¿Sabes? Has cambiado completamente de cara. No se notan ni trazas de tu famosa mansedumbre anterior. ¿Te has enojado contra alguien, quizá? ¿Te han ofendido?

–¡Déjame en paz! –exclamó de pronto Aliosha, que seguía sin mirarle, haciendo un gesto de cansancio con la mano.

–¡Vaya! ¡Ésas gastamos, ahora! Te has puesto a gritar exactamente como los demás mortales. ¡Eso tú, con pasta de ángel! Bueno, Aliosha, me dejas pasmado, ¿sabes?, te lo digo con toda sinceridad. Hacía tiempo que nada me sorprendía aquí. El caso es que a ti, a pesar de todo, te consideraba un hombre formado....

Aliosha al fin le dirigió la mirada, pero algo distraído, como si todavía le comprendiera poco.

–¿Y todo esto sólo porque tu vejete apesta? ¿Es posible que tú creyeras en serio que empezaría a hacer milagros a diestro y siniestro? –exclamó Rakitin, presa otra vez del más sincero asombro.

–He creído, creo, quiero creer y creeré, ¡qué más quieres! –gritó irritado Aliosha.

–Absolutamente nada, palomito. ¡Fu, diablos! Esto no lo cree, ahora, ni un escolar de trece años. Aunque por mí... Así, pues, ahora te has enojado contra tu Dios, te has sublevado: ¡como si te hubieran pasado por alto en un ascenso, como si no te hubieran concedido una orden con motivo de una fiesta! ¡Ah, qué gente!

Aliosha miró largamente a Rakitin, con los ojos entornados, en los que de pronto relampagueó algo... pero no era irritación contra el otro.

–Yo no me sublevo contra mi Dios, pero «no acepto su mundo» –dijo con una sonrisa crispada.

–¿Qué significa esto de no aceptar el mundo? –Rakitin meditó unos segundos sobre esa respuesta–. ¿Qué galimatías es éste?

Aliosha no respondió.

–Pero basta ya de zarandajas; ahora al grano: ¿has comido, hoy?

–No recuerdo... he comido, me parece.

–A juzgar por tu cara, necesitas echar carbón a la máquina. Da pena mirarte. Seguro que tampoco has comido en toda la noche, he oído decir que habéis estado de sesión. Y después, tanto trajín, y ese pastel... Seguro que no has tomado más que un pequeño trozo de pan bendito. Yo tengo salchichón en el bolsillo, lo cogí al salir de la ciudad, por si acaso, pero claro, tú no vas a querer...

–Venga salchichón.

–¡Hombre! ¡Estás desconocido! Así, pues, la sublevación es franca, ¡con barricadas! Bueno, hermano, no es cuestión de desdeñar nada por esto. Vente a mi casa... Yo mismo me bebería ahora un vasito de vodka, estoy muerto de cansancio. Me supongo que por el vodka no te habrás decidido... ¿O vas a beber?

–Venga también vodka.

–¡Vaya bomba! ¡Magnífico, hermano! –Rakitin le miró estupefacto–. Bueno, como sea, con vodka o con salchichón, se trata de algo estupendo, de algo bueno que no se ha de dejar escapar. ¡Vámonos!

Aliosha se levantó del suelo en silencio y siguió a Rakitin.

–¡Cómo se sorprendería el hermano Vánechka, si lo viera! A propósito, tu hermano Iván Fiódorovich esta mañana ha ahuecado el ala hacia Moscú, ¿lo sabes?

–Lo sé –respondió Aliosha con indiferencia, y de pronto apareció por un momento en su imaginación la imagen de su hermano Dmitri, pero sólo por un momento; y aunque aquella imagen le recordó algo, algún asunto urgente, que no podía aplazarse más, ni por un instante, algún deber, alguna obligación espantosa, tampoco ese recuerdo produjo en su ánimo impresión alguna, no le llegó al corazón; en el mismo instante le voló de la memoria y quedó olvidado. Pero mucho después Aliosha se acordó de ello.

–Tu hermanito Vánechka dijo de mí en cierta ocasión que soy «un patoso liberal sin talento». Por tu parte, un día me diste a entender que soy «deshonesto»... ¡Sea! Ahora veré yo lo que vale vuestro talento y vuestra honestidad –esto lo acabó de decir Rakitin para sí, susurrando–. ¡Fu, escucha! –continuó, de nuevo en voz alta–. Apartémonos del monasterio, sigamos por el sendero directamente a la ciudad... Hum. De paso necesito entrar un momento en casa de Jojlakova. Figúrate: le he contado por escrito todo lo que aquí ha sucedido; pues imagínate, en un abrir y cerrar de ojos me manda una notita de respuesta, escrita a lápiz (esta dama tiene una afición enorme a escribir notitas), diciendo que «de ningún modo esperaba de un stárets tan venerable como el padre Zosima un *proceder semejante*». Lo ha escrito así: «¡un proceder!». También ella se ha picado; ¡ah, qué gente sois! ¡Espera! –volvió a gritar de repente, deteniéndose y haciendo detener también a Aliosha poniéndole la mano en un hombro–. ¿Sabes? –le miró a los ojos con escudriñadora mirada, todo él bajo la impresión de la nueva y repentina idea que acababa de ocurrírsele; aunque se reía exteriormente, por lo visto tenía miedo de anunciar en voz alta esa nueva idea repentina, tanto era lo que aún le costaba creer en el estado de ánimo, prodigioso para él y totalmente inesperado, en que veía a Aliosha–. Aliosha, ¿sabes adónde podríamos ir ahora, mejor que a ningún otro sitio? –dijo al fin, vacilando e insinuante.

–Me da lo mismo... adonde quieras.

–Vamos a casa de Grúshenka, ¿eh? ¿Vendrás? –soltó finalmente Rakitin, hasta temblando de tímida espera.

–Vamos a casa de Grúshenka –soltó con la mayor calma Aliosha, y ello, es decir, ese rápido y tranquilo asentimiento resultó ya tan inesperado para Rakitin, que éste por poco da un brinco hacia atrás.

–¡Eso...! ¡Bueno! –gritó perplejo; pero de súbito, agarrando con fuerza a Aliosha por el brazo, se apresuró a conducir-

le por el sendero, todavía con un miedo terrible de que se esfumara en el otro la decisión. Caminaban en silencio, Rakitin hasta tenía miedo de hablar.

–Qué contenta se va a poner ella, qué contenta... –balbuceó, mas se calló de nuevo.

Además, no era para proporcionar una alegría a Grúshenka por lo que le llevaba a Aliosha; él era un hombre serio y nada emprendía sin algún fin útil para sí mismo. Su objetivo ahora era doble; en primer lugar, quería satisfacer un deseo de venganza, es decir, quería ver «el oprobio del justo» y la probable «caída» de Aliosha «de santo a pecador», lo que le deleitaba ya con anticipación; en segundo lugar, perseguía cierto objetivo material, sumamente beneficioso para él, cosa de la que hablaremos más adelante.

«Se ha presentado un momento así –pensaba para sus adentros con maligna alegría–; vamos, pues, a agarrar por el pescuezo ese momento, que nos es muy conveniente.»

3. La cebollita

Grúshenka vivía en el barrio más concurrido de la ciudad, cerca de la plaza de la Catedral, en casa de la viuda del comerciante Morózov, a la que alquilaba un pequeño pabellón de madera situado en el patio del edificio. La casa de la viuda Morózova, en cambio, era grande, obra de albañilería, de dos plantas, vieja y de aspecto muy poco agradable; vivía retirada en ella la propietaria misma, mujer muy entrada en años, con dos sobrinas suyas, doncellas también de mucha edad. No necesitaba dar en arriendo el pabellón de su patio, y era del dominio público que si había admitido a Grúshenka como inquilina (hacía ya de ello unos cuatro años) había sido únicamente para complacer a su pariente, el comerciante Samsónov, protector declarado de aquella mujer. Se decía que el celoso vejete, al instalar a su «favorita» en casa

de Morózova, contaba, al principio, con la penetrante mirada de la vieja para vigilar la conducta de la inquilina. Pero muy pronto la penetrante mirada resultó innecesaria y la cuestión terminó con que Morózova se veía raras veces con Grúshenka, a la que, al fin, dejó de importunar con su vigilancia. Cierto, habían transcurrido ya cuatro años desde que el viejo había instalado en dicha casa a la joven de dieciocho años, tímida, cohibida, finita, delgaducha, cavilosa y triste, traída por él de una capital de provincia, y desde entonces había corrido mucha agua. De todos modos, era poco e impreciso lo que se sabía en nuestra ciudad acerca de la biografía de esa muchacha; tampoco se supo más en los últimos tiempos, ni siquiera cuando fueron ya muchos quienes comenzaron a interesarse por aquella «guapaza» en que se había convertido en cuatro años Agrafena Alexándrovna. Corrían sólo rumores de que alguien, al parecer un oficial, había engañado a la muchacha a los diecisiete años y que la había abandonado inmediatamente después. Según se contaba, aquel oficial se había trasladado a alguna otra localidad y luego se había casado; Grúshenka, en cambio, había quedado deshonrada y en la miseria. Decían, por otra parte, que si bien Grúshenka se encontraba realmente en la miseria cuando se hizo cargo de ella su viejo, era de familia honrada, de condición eclesiástica, y que era hija de cierto diácono en excedencia o algo por el estilo. En cuatro años, la huerfanita sensible, humillada y poquita cosa, se había convertido en una belleza rusa, de buenas carnes, sonrosada, una mujer de carácter valiente y decidido, orgullosa y descarada, entendida en cuestiones de dinero, amiga de adquirirlo, avara y circunspecta, que había sabido ya, por medios lícitos o no lícitos, como de ella decían, hacerse su propio capitalito. De una cosa estaban todos convencidos: el acceso a Grúshenka era difícil y, aparte del viejo, su protector en esos cuatro años, no había habido ni un solo hombre que pudiera jactarse de haber sido objeto de sus favores. El he-

cho resultaba incontestable, pues eran muchos los que se habían presentado con el propósito de hacer suyos esos favores, sobre todo en el transcurso de los dos años últimos. Pero todas las tentativas resultaron inútiles y algunos de los moscardones se vieron obligados a retirarse incluso con un desenlace cómico y vergonzoso, gracias a la resistencia firme y burlona de aquella joven de carácter. Se sabía, además, que la joven, sobre todo durante el último año, se había lanzado a lo que se denomina *Geschäft*[1] y que, en ese terreno, había dado muestras de poseer extraordinarias capacidades, de modo que, al final, muchos acabaron llamándola auténtica judía. No se trataba de que prestara dinero con usura, pero se sabía, por ejemplo, que junto con Fiódor Pávlovich Karamázov se había ocupado realmente, durante cierto tiempo, de comprar letras de cambio a bajo precio, a diez kópeks por rublo, y que luego había adquirido por cada diez kópeks un rublo con tales letras de cambio. El enfermo Samsónov, quien, desde hacía un año, no podía moverse por lo mucho que se le habían hinchado las piernas, viudo que tiranizaba a sus hijos ya mayores, hombre que disponía de varios centenares de miles de rublos, avaro e implacable, había caído, a pesar de todo, bajo la fuerte influencia de su protegida, a la que al principio había tratado de mala manera y había tenido con las riendas cortas o «a magra ración», como decían entonces los burlones. Pero Grúshenka había sabido emanciparse después de haberle infundido una confianza absoluta en lo tocante a la fidelidad que le guardaba. Aquel viejo, gran hombre de negocios (muerto hace ya mucho tiempo), era también un hombre de carácter notable, sobre todo avaro y duro como el pedernal, y aunque Grúshenka le había cautivado hasta el punto de que Samsónov no podía vivir sin ella (durante los últimos dos años, por ejemplo, así fue), él no le dejó ningún capital importante

1. 'Negocios.' (En alemán en el original.)

y no habría cedido sobre este particular aunque ella le hubiese amenazado con abandonarle. Pero le cedió, sin embargo, un pequeño capital, y cuando esto se supo todo el mundo se quedó sorprendido. «Tú eres de las que dan en el clavo –le dijo al hacerle donación de unos ocho mil rublos–, sácale provecho al dinero como mejor te parezca, pero has de saber que, aparte de la cantidad anual que te venía dando, no vas a recibir de mí nada más, ni te dejaré nada en mi testamento.» Mantuvo su palabra: murió y lo dejó todo a sus hijos, a quienes toda la vida había tenido a su lado, a la par de los criados, con sus mujeres e hijos; en el testamento ni siquiera se hablaba de Grúshenka. Todo esto se supo después. Ayudó no poco a la joven aconsejándola de qué modo debía sacar provecho de «su propio capital», y le indicó algunos «negocios». Cuando Fiódor Pávlovich Karamázov, que había entrado en relación con Grúshenka con motivo de un *Geschäft* casual, acabó de manera totalmente inesperada para él enamorándose hasta perder el seso por ella, el viejo Samsónov, que entonces tenía ya un pie en la sepultura, se rió de buena gana. Es admirable que Grúshenka fuera por completo y, en cierto modo, cordialmente sincera con su viejo durante todo el tiempo de sus relaciones, sin que lo fuera, al parecer, con ninguna otra persona del mundo. En los tiempos más recientes, cuando apareció también de súbito con su amor Dmitri Fiódorovich, el viejo dejó de reírse. Al contrario, en cierta ocasión, muy serio y severo, aconsejó a Grúshenka: «Si es cuestión de elegir a uno de los dos, al padre o al hijo, elige al primero, mas a condición de que el canalla se case sin falta contigo y previamente ponga a tu nombre aunque no sea más que cierto capital. En cuanto al capitán, no lo trates, no te conviene». En estos términos habló a Grúshenka el viejo lujurioso, que presentía ya entonces su muerte próxima y que, en efecto, murió cinco meses después. Indicaré aún, de pasada, que si bien en nuestra ciudad muchos tenían noticia, entonces, de la absurda y monstruosa rivalidad de los Kara-

mázov, padre e hijo, en torno a Grúshenka, pocos eran los que comprendían el verdadero sentido de la actitud de la joven respecto a los dos, al viejo y al hijo. Incluso las dos criadas de Grúshenka (después de producirse la catástrofe de que se hablará más adelante) declararon luego ante el tribunal que Agrafena Alexándrovna recibía a Dmitri Fiódorovich nada más que por miedo, pues al parecer «la había amenazado de muerte». De las dos criadas que tenía Grúshenka, una, la cocinera, que lo había sido de su propia familia, era muy vieja, casi sorda; la otra, nieta de la vieja, era una jovencita vivaracha, de unos veinte años, y le servía de doncella. Vivía Grúshenka con mucha tacañería y tenía la casa instalada con modestia. Ocupaba en el pabellón tres habitaciones, amuebladas por la propietaria de la casa con viejos muebles de caoba, estilo 1820. Cuando Rakitin y Aliosha entraron, ya era de noche, pero en las habitaciones las luces aún no estaban encendidas. La propia Grúshenka se había tumbado en el salón sobre su diván, grande y pesado, con respaldo de caoba, duro y tapizado de cuero, ya muy gastado y hasta agujereado. Tenía debajo de la cabeza dos blancas almohadas de plumón, que eran de su ama. Se hallaba acostada de espalda, estirada e inmóvil, con las dos manos bajo la cabeza. Iba vestida como si estuviera esperando a alguien, con un vestido negro de seda y una leve cofia de encaje que le sentaba muy bien; se había echado sobre los hombros un chal de encaje sujeto con un macizo broche de oro. En efecto, estaba esperando a alguien, ansiosa e impaciente, algo pálida, ardientes los labios y los ojos, dando nerviosamente leves golpecitos en el brazo del diván con la punta del pie derecho. No bien aparecieron Rakitin y Aliosha, se produjo una pequeña alarma: desde el vestíbulo se notó que Grúshenka saltaba rápidamente de su sitio y se oyó que preguntaba, gritando asustada: «¿Quién hay?». Pero a los recién llegados los había recibido la muchacha, que respondió en seguida a la señora:

–No es él, son otros; no hay que asustarse.

«¿Qué le pasará?», balbuceó Rakitin, conduciendo a Aliosha del brazo al salón. Grúshenka estaba de pie junto al diván, todavía asustada. Un grueso mechón de su trenza de cabellos castaños se le desprendió de súbito por debajo de la cofia y le cayó sobre el hombro derecho, pero ella no se dio cuenta y no lo recogió hasta que se hubo fijado en los visitantes y los hubo reconocido.

–Ah, ¿eres tú, Rakitka?[1] Me has asustado. ¿Con quién vienes? ¿Quién te acompaña? ¡Santo Dios, a quién me traes! –exclamó, al ver que se trataba de Aliosha.

–¡Pero manda traer las velas! –dijo Rakitin con aire desenvuelto, como de persona muy conocida en la casa, con derecho, incluso, de dar órdenes en ella.

–Las velas... naturalmente, las velas... Fenia, tráele una vela... Vaya, hombre, ¡has elegido buena hora para venir con él! –exclamó Grúshenka de nuevo, señalando con la cabeza a Aliosha, y, volviéndose hacia el espejo, empezó a arreglarse rápidamente la trenza con ambas manos. Parecía descontenta.

–Ah, ¿no he acertado? –preguntó Rakitin, sintiéndose casi ofendido por un instante.

–Me has asustado, Rakitin, esto es lo que has hecho. –Grúshenka se volvió hacia Aliosha con una sonrisa–. No me temas, mi buen Aliosha, no sabes lo contenta que estoy de verte, inesperado visitante mío. Pero tú, Rakitka, me has asustado: me figuraba que era Mitia quien pretendía entrar. Verás, le he engañado hace poco, le he obligado a darme palabra de honor de que me creía y yo le he mentido. Le he dicho que me iba por toda la tarde a casa de Kuzmá Kuzmich, mi viejo, al que ayudaría a contar dinero hasta la noche. Todas las semanas me paso una tarde entera con él haciendo

1. Variante familiar de Rakitin, como también lo es Rakítushka, una forma más cariñosa que la anterior; Rakitka puede resultar, además de familiar, algo despectiva.

cuentas. Nos cerramos bajo llave: él saca las cuentas con el ábaco y yo las anoto en los libros, sólo se fía de mí. Mitia ha creído que me iba allí, y lo que yo he hecho ha sido encerrarme en casa; aquí estoy, esperando una noticia. ¡Cómo os ha dejado entrar, Fenia! ¡Fenia, Fenia! Corre al portalón, abre y echa un vistazo, a ver si ronda por ahí el capitán. A lo mejor se ha escondido y está espiando. ¡Estoy muerta de miedo!

–No hay nadie, Agrafena Alexándrovna, acabo de mirar por todas partes; a cada momento me acerco a mirar por la rendija, yo misma estoy temblando.

–¿Están cerrados los postigos, Fenia? Corre las cortinas, ¡así! –ella misma corrió las pesadas cortinas–, que no salga la luz afuera. Hoy tengo miedo de Mitia, de tu hermanito, Aliosha. –Grúshenka hablaba en voz alta, aunque con cierta alarma, pero también como si estuviera casi entusiasmada.

–¿Por qué temes tanto a Mítenka, hoy? –preguntó Rakitin–. Según parece, no sueles tener miedo a su lado y le haces bailar al son que quieres.

–Te digo que espero una noticia, una pequeña noticia que vale más que el oro, de modo que Mitia no ha de venir ahora por nada del mundo. Pero no me ha creído cuando le he dicho que iba a casa de Kuzmá Kuzmich, lo adivino. Seguramente está ahora escondido detrás de la casa de Fiódor Pávlovich, en el huerto, vigilando si llego yo. Si se ha apostado allí, aquí no vendrá, ¡tanto mejor! A casa del viejo he ido realmente, el propio Mitia me ha acompañado hasta allí; le he dicho que estaría en la casa hasta medianoche y que a esa hora fuera a buscarme sin falta para acompañarme aquí. Se ha ido y a los diez minutos me he venido a casa otra vez, he venido corriendo, tenía miedo de encontrármelo por el camino.

–¿Y adónde piensas ir, que te has endomingado de este modo? Vaya cofia más curiosa que te has puesto.

–¡Y vaya lo curioso que eres tú, Rakitin! Ya te he dicho que estoy esperando una noticia. Cuando la noticia llegue, me

iré volando, y si te he visto no me acuerdo. Por esto me he endomingado, para estar preparada.

–¿Y adónde te irás, volando?

–Si tanto quieres saber, pronto llegarás a viejo.

–Vaya, vaya. La alegría te rebosa por todo el cuerpo... Nunca te había visto así. Te has emperifollado como para ir a un baile –decía Rakitin, contemplándola.

–Mucho entiendes tú de bailes.

–¿Tú sí?

–Yo una vez vi un baile. Hace tres años, cuando Kuzmá Kuzmich casó a su hijo; yo miraba desde la balaustrada. Pero cómo voy a estar hablando contigo, Rakitka, cuando tengo aquí a un príncipe. ¡Éste sí es un huésped! Aliosha, angelito, te estoy mirando y no lo creo; Señor, ¡cómo has venido tú a mi casa! Si he de decirte la verdad, no te esperaba, no habría adivinado ni nunca habría creído que pudieras venir. ¡Aunque éste no es el momento oportuno, no sabes lo contenta que estoy de verte! Siéntate en el diván, aquí, así, mi sol. La verdad, me parece que aún no vuelvo de mi asombro... ¡Ah, Rakitka, si me lo hubieras traído ayer o anteayer!... Bueno, aun así estoy contenta. Quizás es preferible que haya sido ahora, en este momento, y no anteayer...

Se sentó con traviesa vivacidad al lado de Aliosha, en el diván, muy cerca, y le miró decididamente encantada. Estaba en realidad contenta y no mentía cuando lo afirmaba. Le ardían los ojos, le reían los labios, pero le reían dulce, alegremente. Aliosha no esperaba verle una expresión tan bondadosa en el rostro... Antes del día anterior la había visto muy poco y se había formado de ella un concepto espantoso; el día anterior había quedado terriblemente impresionado por la jugada maligna y pérfida que le había preparado a Katerina Ivánovna; se quedó, pues, muy sorprendido al ver en la joven como un ser totalmente distinto e inesperado. Por abrumado que se sintiera por su propia pena, aun a pesar suyo los ojos se le posaron en ella y la miraron con atención.

Las maneras de Grúshenka parecían haber cambiado asimismo totalmente desde el día anterior, mejorando: casi habían desaparecido por completo la entonación dulzona de la víspera, los movimientos lánguidos y afectados... Todo era sencillo, cordial, sus movimientos eran rápidos, simples, confiados, pero ella estaba muy excitada.

–Señor, cuántas cosas suceden hoy, la verdad –balbuceó Grúshenka otra vez–. Ni yo misma sé, Aliosha, por qué estoy tan contenta de verte. Pregúntamelo y no sabré qué contestarte.

–Vaya, vaya, ¿no sabes de qué estás contenta? –se sonrió Rakitin–. Por alguna cosa me has estado mareando tantas veces con lo mismo: tráemelo aquí, tráemelo; algo te propondrías.

–Antes me proponía otra cosa, pero ahora ya ha pasado, no es el momento. Ya sé, os voy a convidar a algo. Ahora me he vuelto mejor, Rakitka. Pero siéntate tú también, ¿qué haces de pie? Ah, ¿ya te has sentado? No hay miedo de que Rakítushka se olvide de sí mismo. ¿Ves, Aliosha? Ahora está sentado frente a nosotros y se siente ofendido porque no le he invitado a sentarse antes que a ti. ¡Oh, qué pronto se ofende, mi Rakitka, qué pronto se ofende! –Grúshenka se rió–. No te enfades, Rakitka, ahora soy buena. ¿Pero por qué tienes esta cara tan triste, Alióshechka? ¿Acaso me tienes miedo? –le miró a los ojos, alegre y burlona.

–Está muy apenado. No le han dado el ascenso –dijo Rakitin con voz de bajo.

–¿Qué ascenso?

–Su stárets apesta.

–¿Cómo, apesta? Vaya tontada; lo que tú quieres es decir alguna grosería. Cállate, bobo. Déjame sentarme en tus rodillas, Aliosha, ¡así! –Y de pronto, en un santiamén, se levantó de un brinco y se le sentó en las rodillas, como una gatita cariñosa, pasándole tiernamente el brazo derecho por el cuello–. ¡Yo te pondré alegre, piadoso nene mío! Sí, ¿de ver-

dad me permites que esté sentada en tus rodillas? ¿No te enfadarás? Si me lo mandas, me levanto.

Aliosha callaba. Permanecía sentado, temeroso de moverse; había oído las palabras de ella: «Si me lo mandas, me levanto», pero no había respondido nada, como si hubiera quedado petrificado. Sin embargo, no experimentaba lo que habría podido esperar y lo que podía imaginarse entonces, por ejemplo, Rakitin, que estaba observando con sensual mirada desde su sitio. La gran pena del alma le ahogaba todas las sensaciones que habrían podido engendrársele en el corazón, y si en aquel momento hubiera podido darse plena cuenta de sí mismo, habría adivinado que llevaba la más firme de las corazas contra toda seducción y tentación. No obstante, pese a la confusa inconsciencia de su estado de ánimo y a toda la amargura que le oprimía, no podía menos que sorprenderse, aun a pesar suyo, por una nueva y rara sensación que le nacía en el pecho: aquella mujer, aquella «terrible» mujer, no le asustaba con el miedo que antes le inspiraba, con el miedo que notaba cada vez que pensaba antes en las mujeres, si alguna se le aparecía por un momento en el alma; todo lo contrario, aquella mujer a la que antes temía más que a ninguna otra y que tenía en ese momento sentada sobre las rodillas y abrazándole, despertaba en él, repentinamente, un sentimiento del todo distinto, inesperado y peculiar, el sentimiento de una curiosidad extraordinaria, grandiosa y franca, y ello sin miedo alguno, sin la más mínima parte de su anterior espanto; esto era lo más importante y lo que le sorprendía a pesar suyo.

–Venga, basta ya de endilgar estupideces –se puso a gritar Rakitin–; mejor será que nos invites a champán, me lo debes, ¡tú misma lo sabes!

–Cierto, es una deuda. ¿Sabes, Aliosha? Le prometí champán si te traía aquí. Venga champán, ¡yo también beberé! Fenia, Fenia, tráenos champán, esa botella que dejó Mitia; corre, tráela pronto. Aunque soy tacaña, destaparé una botella, no

para ti, Rakitin, tú eres un don nadie, ¡pero él es un príncipe! Y aunque es de otra cosa de lo que tengo ahora pendiente el alma, no importa, beberé con vosotros, ¡tengo ganas de jaleo!

–¿Pero qué es lo que te pasa, y cuál es esta famosa «noticia»? Permíteme que te lo pregunte si no se trata de un secreto –terció nuevamente Rakitin, con curiosidad, haciendo de tripas corazón para simular que no paraba mientes en los alfilerazos que sin cesar le dirigían.

–¡Bah! No es ningún secreto, tú mismo lo sabes –respondió de pronto Grúshenka, preocupada, volviendo la cabeza hacia Rakitin y despegándose un poco de Aliosha, si bien continuaba en sus rodillas y no le quitaba el brazo del cuello–; el oficial viene, Rakitin, ¡viene mi oficial!

–Ya lo he oído decir, pero ¿está tan cerca, por ventura?

–Ahora está en Mókroie, desde allí me mandará un propio; así me lo ha escrito él mismo, hoy he recibido carta suya. Estoy esperando al propio.

–¡Ah, ya! ¿Y por qué en Mókroie?

–Es largo de contar, ya te he dicho bastante.

–Vaya, vaya, ¿y Mítenka, ahora, qué? ¡Huy, huy! ¿Lo sabe él, o no?

–¡Qué va a saber! ¡No sabe nada! Si lo supiera, me mataría. Pero ahora ya no le temo, no tengo miedo a su cuchillo. Calla, Rakitka, no me recuerdes a Dmitri Fiódorovich: me ha torturado el corazón. En este momento no quiero ni pensar en estas cosas. En Alióshechka sí puedo pensar, estoy mirando a Alióshechka... Bueno, sonríeme, mi nene, alégrate, ríete de mi tontería, ríete para que yo me alegre... ¡Sí, se ha sonreído, se ha sonreído! Oh, qué dulzura en su mirada. ¿Sabes, Aliosha? Creía que estabas enfadado conmigo por lo que pasó anteayer, por la señorita aquella. Me porté como una perra, eso es... Sólo que, de todos modos, no está mal que pasara lo que pasó. Estuvo mal y estuvo bien –de pronto Grúshenka se sonrió, cavilosa, y una nota de dureza afloró por un instante en su sonrisa–. Mitia me ha contado lo que

ella gritaba: «¡Hay que azotarla con un látigo!». La ofendí muy en serio, entonces. Me había llamado, quería vencerme, pretendía seducirme con su chocolate... No, estuvo bien que pasara lo que pasó –volvió a sonreírse–. Lo que temo aún es que te hayas enfadado tú...

–Pues sí, es la pura verdad –intervino de pronto Rakitin, con verdadera sorpresa–. Ya ves, Aliosha, a ti en verdad te teme; a ti, a un polluelo como tú.

–Será un polluelo para ti, Rakitka, eso es... porque tú no tienes conciencia, ¡ea! Yo, ¿ves?, le quiero con el alma, ¡para que lo sepas! ¿Me crees, Aliosha, que te quiero con toda el alma?

–¡Ah, desvergonzada! ¡Se te está declarando, Aliosha!

–¿Por qué no, si le quiero?

–¿Y el oficial? ¿Y la noticia de Mókroie, más valiosa que el oro?

–Aquello es una cosa y esto es otra.

–¡Vaya con las razones de las mujeres!

–No me sulfures, Rakitka –replicó acalorada Grúshenka–; aquello es una cosa y esto es otra. A Aliosha le quiero de otro modo. Cierto, Aliosha, me había propuesto jugar contigo. Ya sabes que soy vil, arrebatada; pero en otros momentos, Aliosha, te miro como si fueras mi conciencia. No hago más que pensar: «Cómo me debe despreciar, ahora, mala como soy». También lo pensaba anteayer, cuando vine corriendo de casa de la señorita. Hace tiempo que me he fijado en ti de este modo, Aliosha, y Mitia lo sabe, se lo he dicho. Mitia lo comprende. No sé si me creerás, pero a veces, Aliosha, te miro y me avergüenzo, la verdad, me siento toda avergonzada... No sé ni recuerdo cómo y cuándo empecé a pensar en ti...

Entró Fenia y puso una bandeja sobre la mesa, con una botella descorchada y tres copas llenas.

–¡Aquí tenemos el champán! –se puso a gritar Rakitin–. Estás excitada, Agrafena Alexándrovna, y no te dominas.

Cuando hayas bebido una copa, te pondrás a bailar. ¡Ay ay! Vaya, ni siquiera eso han sabido hacer bien –añadió, fijándose en el champán–. En la cocina, la vieja misma ha llenado las copas y han traído la botella destapada y sin haberla puesto en fresco. Bueno, venga aunque sea así.

Se acercó a la mesa, tomó una copa, se la bebió de una vez y se llenó otra.

–Eso de beber champán no es cosa de cada lunes y cada martes –comentó relamiéndose–. Venga, Aliosha, toma la copa, demuestra quién eres. ¿Por qué brindaremos? ¿Por las Puertas del Paraíso? Toma una copa, Grusha, bebe tú también por las Puertas del Paraíso.

–¿A qué Puertas del Paraíso te refieres?

Ella tomó una copa. Aliosha tomó la suya, bebió un sorbo y volvió a dejarla sobre la mesa.

–¡No, mejor será que no beba! –se sonrió con dulzura.

–¡Y se pavoneaba! –gritó Rakitin.

–Bueno, si es así, yo tampoco beberé –declaró Grúshenka–; además no me apetece. Bébete toda la botella, Rakitka. Si Aliosha se decide a beber, entonces yo también beberé.

–¡Les ha llegado el turno a las carantoñas terneriles! –se burló Rakitin–. ¡Y ella, con todo, sentadita en sus rodillas! Aliosha por lo menos está apenado; pero tú, ¿qué? Él se ha sublevado contra su Dios, ha querido comer salchichón...

–¿Qué le ha pasado?

–Su stárets ha muerto hoy, el stárets Zosima, el santo.

–¡Cómo! ¡Ha muerto el stárets Zosima! –exclamó Grúshenka–. ¡Señor, y yo no lo sabía! –se persignó devotamente–. Señor, pero ¡qué estoy haciendo, estoy sentada ahora en las rodillas de Aliosha! –exclamó de repente, como asustada; saltó en un abrir y cerrar de ojos y fue a sentarse en el diván.

Aliosha fijó en ella una larga mirada de asombro y en su rostro pareció que algo se iluminaba.

–Rakitin –de pronto se puso a hablar en voz alta y firme–, no te burles diciendo que me he sublevado contra mi Dios.

No quiero sentir cólera contra ti, por esto te pido que tú también seas más bueno. Yo he perdido un tesoro como tú no has tenido nunca otro igual y por esto no puedes juzgarme. Vale más que te fijes en lo que ella ha hecho: ¿has visto cómo ha tenido compasión de mí? Yo he venido aquí para encontrar un alma vil, lo deseaba yo mismo porque de mí se habían apoderado la maldad y la vileza, pero aquí he encontrado a una hermana sincera, he encontrado un tesoro, un alma amorosa... Ahora se ha compadecido de mí... Agrafena Alexándrovna, hablo de ti. Acabas de devolver a mi alma su anterior estado.

Le temblaron los labios y se le hizo dificultosa la respiración. Aliosha se detuvo.

–¡Cualquiera diría que te ha salvado! –soltó Rakitin, riendo malignamente–. Pues lo que ella quería era tragarte, ¿lo sabes?

–¡Basta, Rakitka! –profirió súbitamente Grúshenka–. Callad los dos. Ahora lo diré todo yo: Aliosha, calla porque tus palabras me avergüenzan, pues yo soy mala y no buena, soy mala. Y tú, Rakitka, calla, porque mientes. Yo había tenido la vil idea de tragármelo, pero ahora mientes, ahora no es eso ni mucho menos... ¡Y que no vuelva a oírte ni una palabra más, Rakitka! –Grúshenka dijo todo esto con una gran agitación.

–¡No te fastidia, los dos se sulfuran! –musitó Rakitin, contemplándolos sorprendido–. ¡Parecen locos! ¡Ni que hubiera ido a parar a un manicomio! Los dos se han ablandado, ¡van a empezar a llorar!

–¡Sí, empezaré a llorar, claro que empezaré a llorar! –decía Grúshenka–. ¡Él me ha llamado hermana suya, no lo olvidaré jamás! Y te diré una cosa, Rakitka: yo, aunque mala, una vez di una cebolla.

–¿De qué cebolla estás hablando? ¡Uf, diablo! ¡Pues es verdad que han perdido el juicio!

Rakitin se sorprendía de la exaltación de los dos y se irritaba ofendido, aunque habría podido comprender que en

los dos había coincidido, como pocas veces se da en la vida, todo lo que podía conmoverles. Pero Rakitin, de gran sensibilidad para comprender todo cuanto se refería a sí mismo, era bastante torpe para darse cuenta de los sentimientos y sensaciones de su prójimo, lo cual se debía, en parte, a su inexperiencia juvenil y, en parte, a su mucho egoísmo.

–¿Ves, Aliosha? –Grúshenka se echó a reír nerviosamente a la vez que le dirigía estas palabras–. Acabo de vanagloriarme ante Rakitka de haber dado una cebolla, pero ante ti no me vanagloriaré, a ti te lo diré con otro fin. Se trata sólo de una fábula, pero es una buena fábula; la oí contar siendo niña, a Matriona, la que tengo ahora de cocinera. Dice: «Érase una vez una mujer mala, muy mala, y se murió sin dejar tras ella ni una buena acción. Los demonios la agarraron y la echaron al lago de fuego. Pero el ángel de la guarda de la mujer pensaba sin cesar: ¿qué buena acción puede haber hecho para podérsela contar a Dios? Por fin se acordó de algo y dijo a Dios: una vez en el huerto arrancó una cebolla y la ofreció a una mendiga. Dios le responde: toma esa misma cebolla, acércasela y que se agarre a ella; si tirando de la cebolla sacas a la mujer del lago, que vaya al Paraíso; pero si la cebolla se rompe, que se quede la mujer donde está. Corre el ángel hacia ella, le alarga la cebolla y le dice: toma, mujer, agárrate y no te sueltes. Empezó a tirar con precaución, y ya la había sacado casi del lago cuando los otros pecadores se dieron cuenta y comenzaron a agarrarse de ella para que los sacaran también de aquel lugar. Pero la mujer era mala, muy mala, y empezó a sacudírselos de encima a coces: "Es a mí a quien sacan, no a vosotros; la cebolla es mía, no vuestra". No bien hubo dicho estas palabras, se rompió la cebolla. La mujer cayó en el lago y aún hoy está ardiendo. El ángel se echó a llorar y se fue». Ésta es la fábula, Aliosha, me la sé de memoria y la recuerdo porque yo misma soy esa mujer mala. Ante Rakitka me he alabado de haber dado una cebolla, pero a ti te lo diré de otro modo: en toda mi vida *a lo sumo* habré dado

una cebolla, de ahí no pasan mis buenas acciones. Así que, Aliosha, no me alabes ni me consideres buena; soy mala, rematadamente mala, y si me alabas me avergüenzo. Te lo voy a confesar todo. Escucha, Aliosha: era tanto lo que deseaba verte en mi casa y lo que con este propósito mareaba a Rakitka, que le prometí veinticinco rublos si lograba traerte aquí. ¡Un momento, Rakitka, espera!

Se acercó con paso rápido a la mesa, abrió el cajón, tomó el portamonedas y sacó de él un billete de veinticinco rublos.

–¡Qué absurdo! ¡Qué absurdo! –exclamó Rakitin, pasmado.

–Tómalos, Rakitka, te los debo; supongo que no los rechazarás, fuiste tú quien los pediste. –Y le arrojó el billete.

–Sólo faltaría que los rechazara –contestó Rakitin con voz de bajo, evidentemente turbado, pero tratando de disimular la vergüenza, como un gallito–, me vendrán de perilla; si los tontos existen es en provecho de los inteligentes.

–Y ahora cállate, Rakitka; ahora, todo cuanto diré no será para tus oídos. Siéntate ahí en el rincón y cállate; a nosotros no nos quieres, cállate.

–¿Y por qué os habría de querer? –contestó Rakitin en un tono hostil, sin preocuparse ya de disimular su cólera.

Se había metido en el bolsillo el billete de veinticinco rublos y se sentía decididamente avergonzado ante Aliosha. Había esperado recibir la paga más tarde, de modo que éste no se enterara, y ahora la vergüenza le ponía furioso. Hasta ese momento había considerado político en alto grado no contradecir mucho a Grúshenka, pese a todos sus alfilerazos, pues la joven ejercía sobre él cierto dominio, era evidente. Mas ahora también él estaba irritado.

–A la gente se la quiere por algo; pero vosotros, tanto el uno como el otro, ¿qué habéis hecho por mí?

–Pues quiere porque sí, como Aliosha.

–¿Cómo sabes que él te quiere, qué pruebas te ha dado para que puedas proclamarlo de este modo?

Grúshenka, de pie en medio de la habitación, hablaba con calor y en su voz se percibían unos acentos histéricos.

–¡Cállate, Rakitka, no nos comprendes en absoluto! Y no te atrevas en adelante a tratarme de *tú,* no te lo permito, ¡vaya con el atrevimiento del niño ese! Siéntate en un rincón y cállate, como mi lacayo. Y ahora, Aliosha, a ti y sólo a ti te diré la verdad pura, para que veas qué bicho soy. Te lo confieso a ti, no a Rakitka. Quería perderte, Aliosha, esto es una verdad sin vuelta de hoja, lo había decidido firmemente; era tanto lo que lo deseaba, que soborné a Rakitka para que te trajera. ¿Y por qué lo deseaba tanto? Tú, Aliosha, no sabías nada, te apartabas de mí; cuando pasabas por mi lado, bajabas los ojos; yo, en cambio, te había mirado más de cien veces, empecé a preguntar a todos acerca de ti. Tu rostro se me quedó grabado en el corazón: «Me desprecia –pensaba–; ni siquiera desea mirarme». Al fin se apoderó de mí tal sentimiento que me dejaba asombrada de mí misma: ¿por qué tengo miedo de un mocito como él? Me lo voy a tragar enterito y me reiré. Estaba exasperada. No sé si lo creerás: nadie se atreverá a decir ni a pensar, aquí, que algún hombre viene y obtiene los favores de Agrafena Alexándrovna; no tengo más que a ese viejo, a él estoy ligada y vendida, Satanás nos casó; en cambio, de los otros, nadie. Pero al mirarte a ti, me decía: a éste me lo tragaré. Me lo tragaré y me burlaré de él. Ya ves la perra rabiosa que soy, ¡y me has llamado hermana tuya! Ahora ha venido el que me ofendió; aquí estoy, esperando su aviso. ¿Sabes lo que fue para mí ese hombre? Cinco años atrás me trajo aquí Kuzmá; yo me metía en casa, me escondía para que no me vieran ni oyeran; delgadita, tonta, me escondía y lloraba, me pasaba noches enteras sin dormir, pensando: «¿Dónde estará ahora el malvado que me ha ofendido? Seguramente se estará riendo de mí con otra; oh, si alguna vez le veo, si alguna vez le encuentro –pensaba yo–, ¡cómo me vengaré, cómo me vengaré!». De noche, en la oscuridad, lloraba con la cara hundida en la almohada, pen-

sando lo mismo una y otra vez, desgarrándome adrede el corazón, hartándolo de rabia: «Me las pagará, ¡ah, cómo me las pagará!». A veces gritaba así en la noche. Después, cuando de pronto me daba cuenta de que no le haría nada, de que en aquellos momentos él se estaba riendo de mí y quizá me había olvidado por completo y no me recordaba, me arrojaba del lecho al suelo, llorando a lágrima viva de impotencia, temblando como azogada hasta el amanecer. Por la mañana, me levantaba más rabiosa que una perra, dispuesta a tragarme a todo el mundo. Después, ¿qué te imaginas? ¿Que empecé a acumular capital, que me volví insensible, que me puse rellenita y que así me volví más sensata? ¿Es esto lo que te figuras, eh? Pues no, nadie lo ve, nadie lo sospecha en el universo; pero cuando llegan las tinieblas de la noche, exactamente lo mismo que cuando era más moza, cinco años antes, me acuesto, a veces, rechino los dientes y lloro durante la noche entera: «¡Ya me las pagará, ya me las pagará!», pienso. Has oído cuanto acabo de decirte, ¿no? Entonces, ¿cómo me entiendes ahora? Hace un mes recibí, inesperadamente, esa carta: él viene, es viudo, desea entrevistarse conmigo. Me quedé sin respiración, Señor; mas de súbito pensé: ¡vendrá, me hará un silbido, me llamará, y yo me arrastraré hasta él como un perrito apaleado, como si fuera yo la culpable! Lo pienso y no me creo a mí misma: «¿Soy o no soy vil? ¿Correré o no a su encuentro?». Y durante todo este mes, he sentido contra mí misma aún más rabia que cinco años atrás. ¿Ves, ahora, Aliosha, qué arrebatada soy y qué feroz? ¡Te he explicado toda la verdad! Me he divertido con Mitia para no correr hacia el otro. Cállate, Rakitka, tú no eres quién para juzgarme a mí, no es a ti a quien he hablado. Antes de que vosotros llegarais aquí, yo esperaba, pensaba, estaba decidiendo mi destino, y jamás podréis saber lo que pasaba en mi corazón. No, Aliosha, ¡di a aquella señorita que no se enoje por mi manera de tratarla!... Nadie en todo el mundo sabe ni puede saber lo que estos días me pasa... Porque aún

es posible que hoy cuando vaya allí me lleve un cuchillo, aún no lo he decidido...

Y después de haber pronunciado estas «lamentables» palabras, Grúshenka, de pronto, sin poder resistir más, sin acabar su pensamiento, se cubrió la cara con las manos, se arrojó sobre el diván y, con el rostro en la almohada, se puso a llorar como una niña. Aliosha se levantó de su sitio y se acercó a Rakitin.

–Misha –le dijo–, no te enojes. Te ha ofendido, pero no te enojes. ¿La has oído, ahora? No es posible exigir tanto del alma de una persona, hay que ser más misericordioso...

Aliosha habló así movido por un irresistible impulso de su corazón. Necesitaba manifestarse y se dirigió a Rakitin. De no haber estado Rakitin, se habría puesto a hablar solo. Pero Rakitin le miró burlonamente y Aliosha se paró en seco.

–Esto son cosas que te ha metido en la cabeza tu stárets y ahora me las sueltas a mí, Alióshechka, hombrecito de Dios –contestó Rakitin, con una sonrisa de odio.

–No te rías, Rakitin, no te burles, no hables del difunto: ¡es superior a cuantos ha habido en la tierra! –gritó Aliosha con la voz entrecortada por las lágrimas–. No te he hablado como juez, sino como el último de los acusados. ¿Quién soy yo ante ella? Yo venía hacia aquí para perderme, y decía: «¡No importa, no importa!», y esto por cobardía, mientras que ella, después de cinco años de sufrimiento, no bien ha venido uno y le ha dicho una palabra sincera, lo ha perdonado todo, ¡todo lo ha olvidado y llora! Su ofensor ha vuelto, la llama y ella se lo perdonará todo, se precipitará a su encuentro llena de alegría y no se llevará consigo el cuchillo, ¡no se lo llevará! No, yo no soy así. No sé cómo eres tú, Misha, pero ¡yo no soy así! Hoy, ahora, acabo de recibir esta lección... Esta mujer es superior a nosotros por su amor... ¿Acaso le habías oído contar, antes, lo que ahora ha dicho? No, no lo habías oído; de haberlo oído, hace tiempo que lo habrías com-

prendido todo... y la otra ofendida, la de anteayer, ¡que la perdone también! Y perdonará si sabe... y lo sabrá... Esta alma aún no ha hallado la paz, es necesario tratarla con delicadeza.., en esta alma aún puede haber un tesoro...

Aliosha se calló porque la respiración se le cortaba. Rakitin, a pesar de toda su cólera, le miraba sorprendido. Jamás habría esperado una tirada tan larga del dulce Aliosha.

–¡Atiza, nos ha salido un abogado! ¿Te has enamorado de ella, por ventura? Agrafena Alexándrovna, nuestro ayunador se ha enamorado de ti en serio, ¡has vencido! –gritó, riéndose con descaro.

Grúshenka alzó la cabeza de la almohada y miró a Aliosha con tierna sonrisa, que resplandeció de súbito en su rostro, como hinchado por las recientes lágrimas.

–No le hagas caso, Aliosha, mi querubín, date cuenta de cómo es, no vale la pena hablar con él. A ti, Mijaíl Ósipovich –añadió, dirigiéndose a Rakitin–, quería pedirte perdón por haberte tratado mal, pero ahora ya no tengo ganas. Aliosha, acércate a mi lado, siéntate aquí –le llamó con una sonrisa de alegría–; así, muy bien, dime –le cogió la mano y se puso a mirarle la cara, sonriendo–, dime: ¿le amo, o no, al otro? Al que me ofendió, ¿le quiero, o no? Antes de que vosotros vinierais estaba echada aquí, en la oscuridad, preguntándome sin cesar al corazón: ¿le amo al otro, o no le amo? Resuélvemelo tú, Aliosha, ha llegado el momento, lo que tú decidas se hará. ¿He de perdonarlo, o no?

–Pero ya le has perdonado –repuso Aliosha, sonriendo.

–¡Es cierto, ya le he perdonado! –articuló a su vez Grúshenka, cavilosa–. ¡Oh, qué corazón más vil! ¡Por mi vil corazón!

Tomó repentinamente una copa de la mesa, se la bebió de una vez, la levantó y la arrojó con fuerza al suelo. La copa se hizo añicos y sus cristales resonaron. En la sonrisa de Grúshenka afloró por unos instantes un leve rictus de crueldad.

–Quizás aún no le he perdonado –dijo con cierto aire amenazador, como si hablara consigo misma–. Quizás el corazón sólo se dispone a perdonar. Aún tendré que luchar con mi corazón. ¿Ves, Aliosha? Lo que yo he amado terriblemente son mis lágrimas de cinco años... ¡Quizás es sólo mi ofensa lo que he amado yo, y no a él!

–¡No quisiera yo encontrarme en la piel de ese hombre, la verdad! –musitó Rakitin.

–Ni te encontrarás en ella nunca, Rakitin, ¡nunca te encontrarás en su piel! Tú me vas a hacer los zapatos, Rakitka, es en esto en lo que te voy a utilizar, no esperes conseguir nunca a una mujer como yo... Y aun es posible que tampoco él la consiga...

–¿Tampoco él? ¿Para quién, pues, te has endomingado de esta manera? –comentó Rakitin sardónicamente.

–¡No me eches en cara las galas que me he puesto, Rakitka, no conoces todavía todo mi corazón! Si me da la gana rompo mi vestido, lo destrozo ahora, en este mismísimo instante –se puso a gritar ella–. ¡Tú no sabes para qué son estas galas, Rakitka! Es posible que salga a su encuentro y le diga: «¿Me habías visto alguna vez así?». Porque él me dejó cuando era yo una joven de diecisiete años, flaca, enferma del pecho, llorona. Me sentaré a su lado, le seduciré, le avivaré la pasión: «¿Has visto cómo soy, ahora? (le diré). ¡Pues quédate, señor mío, con lo que por los bigotes se te ha deslizado y en la boca no te ha entrado!». Ya ves, Rakitka, para qué han de servir, quizás, estas galas –terminó Grúshenka con maligna sonrisa–. Soy una arrebatada, Aliosha, soy furiosa. Soy capaz de arrancarme las galas, de mutilarme, de estropear mi belleza, de quemarme el rostro, de ir a pedir limosna. Si me da la gana, no iré ahora a ninguna parte ni a ver a nadie; si me da la gana, mañana mismo devolveré a Kuzmá todo lo que me ha regalado, todo su dinero, ¡y me iré a trabajar toda la vida de jornalera!... ¿Crees que no lo haré, Rakitka, que no me atreveré a hacerlo? Lo haré, lo haré, lo puedo hacer ahora

mismo, no me excitéis... y al otro lo echaré, le haré una higa, ¡que no espere verme, el otro!

Soltó estas últimas palabras como histérica, pero sin poderse contener otra vez, se cubrió el rostro con las manos, se arrojó sobre la almohada y de nuevo el llanto la sacudió. Rakitin se levantó de su sitio.

–Es hora de marchar –dijo–; es tarde, no nos dejarán entrar en el monasterio.

Grúshenka se levantó de un brinco.

–¡Es posible que ya quieras irte, Aliosha! –exclamó con amarga sorpresa–. ¿Qué estás haciendo ahora conmigo? Me has conjurado, me has desgarrado el alma y ahora otra vez la noche, ¡otra vez he de quedarme sola!

–No querrás que pase la noche contigo, ¿verdad? Aunque si él lo desea, ¡a mí qué! ¡Me iré solo! –bromeó venenosamente Rakitin.

–Cállate, alma ruin –le gritó furiosamente Grúshenka–. Tú nunca me has hablado con palabras como las que él ha venido a decirme.

–¿Qué te ha dicho de particular? –musitó Rakitin, irritado.

–No sé, lo ignoro, no sé nada, pero sus palabras me han llegado al corazón y me lo han conmovido... Ha sido el primero, el único que ha tenido compasión de mí, ¡esto es! ¿Por qué no has venido antes, querubín? –se dejó caer de rodillas ante él, como en éxtasis–. Toda la vida he estado esperando a uno como tú, sabía que vendría alguien así y que me perdonaría. ¡Creía que también a mí, ruin, alguien me amaría no sólo por mi deshonor!...

–¿Qué he hecho yo por ti?... –respondió Aliosha, sonriendo con dulzura, inclinándose hacia ella y tomándola tiernamente de las manos–. Te he ofrecido una cebolla, la más pequeña de las cebollas, ¡nada más, nada más!...

Y, dicho esto, él mismo se puso a llorar. En ese instante, se oyó ruido en el zaguán, alguien entró en el vestíbulo; Grú-

shenka se levantó rápidamente, como aterrada. En la estancia irrumpió Fenia, alborotando y gritando.

–¡Señora, querida señora, ha llegado el propio! –exclamó gozosa, sofocándose–. De Mókroie han mandado una carretela a buscarla. Timofiéi, el cochero, conduce la troika; ahora están cambiando los caballos... La carta, la carta, señora, ¡tome la carta!

Tenía una carta en la mano y la agitaba en el aire mientras gritaba. Grúshenka se la cogió y se acercó a la vela. Era sólo una notita, unas pocas líneas en total, y la joven las leyó en un santiamén.

–¡Me ha llamado! –gritó, pálida, contraído el rostro por una sonrisa de dolor–. ¡Me ha silbado! ¡Arrástrate, perrito!

Mas sólo un instante permaneció como indecisa; de súbito, la sangre se le subió a la cabeza y le cubrió de fuego las mejillas.

–¡Iré! –exclamó–. ¡Son cinco años de mi vida! ¡Adiós! Adiós, Aliosha, ¡la suerte está echada!... Idos, idos, idos ahora de mi lado todos, ¡que no os vea más!... Grúshenka vuela hacia una nueva vida... No me guardes rencor tú tampoco, Rakitka. ¡Quién sabe si no me dirijo hacia la muerte! ¡Ah! ¡Parece como si estuviera borracha!

Y sin preocuparse más de ellos, se fue corriendo hacia su alcoba.

–Bueno, ¡ahora no está para preocuparse de nosotros! –refunfuñó Rakitin–. Vámonos, que a lo mejor suelta otra vez ese grito de histérica; ya me tienen harto sus gritos y sus lágrimas...

Aliosha se dejó llevar maquinalmente. En el patio estaban desenganchando los caballos de la carreta; iban y venían con un farol, se apresuraban. Por el portalón abierto, entraba una troika de refresco. Pero no bien Aliosha y Rakitin bajaron del porche, se abrió una ventana de la alcoba de Grúshenka y la joven gritó con sonora voz:

–Alióshechka, saluda a tu hermano Mítenka; dile que no guarde mal recuerdo de mí, de su ponzoña. Transmítele

también estas palabras: «¡A Grúshenka se la lleva un canalla, no tú, que tienes un alma noble!». Añádele, además, que Grúshenka le amó una horita, sólo una horita en total, y que recuerde toda la vida esa hora, así se lo ordena Grúshenka: toda la vida...

Terminó con la voz entrecortada por el llanto. La ventana se cerró de golpe.

–¡Hum, hum! –gruñó Rakitin, riéndose–. Degüella a tu hermano Mítenka y aún manda que le recuerde toda la vida. ¡Qué sadismo!

Aliosha no le respondió, como si no le hubiera oído; caminaba junto a Rakitin aprisa, como si no tuviera tiempo que perder; estaba como inconsciente, caminaba de manera maquinal. Rakitin de pronto sintió una punzada, como si le hubieran hurgado la herida con el dedo. No era esto, ni mucho menos, lo que esperaba hacía poco, cuando reunía a Grúshenka con Aliosha; había sucedido algo del todo diferente a lo que él tanto deseaba.

–Ese oficial suyo es polaco –otra vez se puso a hablar, conteniéndose–, y ahora ni siquiera es oficial, sino empleado de aduanas en Siberia, en algún punto de la frontera china; se tratará de algún polacote enclenque. Dicen que ha perdido su puesto. Habrá llegado a sus oídos que Grúshenka ha reunido un capital y aquí le tienes, ha vuelto. ¡Ése es todo el milagro!

Aliosha tampoco dijo nada, como si continuara sin oírle. Rakitin no pudo dominarse:

–Qué, ¿has convertido a la pecadora? –se rió malignamente de Aliosha–. ¿Has vuelto al buen camino a la oveja descarriada? Has echado a los siete demonios, ¿eh? ¡Éstos son los milagros que tanto esperábamos hace poco!

–Cállate, Rakitin –replicó Aliosha con el alma dolorida.

–¿Me «desprecias» ahora por los veinticinco rublos de hace unos momentos? Ha vendido a un amigo verdadero, debes decir. Pero tú no eres Cristo ni yo soy Judas.

–Ah, Rakitin, te lo aseguro, ya se me había olvidado –exclamó Aliosha–; me lo recuerdas tú mismo...

Pero Rakitin se puso definitivamente furioso.

–¡El diablo se os lleve a todos y a cada uno de vosotros! –vociferó de pronto–. ¡Por qué demonios me habré interesado yo por tu persona! Desde hoy no quiero saber nada más de ti. ¡Vete solo, éste es tu camino!

Dobló rápidamente por otra calle, dejando a Aliosha solo en las tinieblas. Aliosha salió de la ciudad y se dirigió hacia el monasterio a través de los campos.

4. Caná de Galilea

Cuando Aliosha llegó al eremitorio era ya muy tarde, dadas las costumbres del monasterio; el hermano portero le dejó pasar por una entrada especial. Habían dado las nueve, hora en que ya se descansaba después de un día tan agitado para todos. Aliosha abrió tímidamente la puerta y entró en la celda del stárets, donde se encontraba entonces el ataúd. No había nadie, excepción hecha del padre Paísi, que leía, solo, el Evangelio sobre el féretro, y el joven novicio Porfiri, quien, cansado por la conversación de la noche anterior y por la agitación de la jornada, dormía con el profundo sueño de la juventud, echado en el suelo, en la otra habitación. El padre Paísi, aun habiendo oído entrar a Aliosha, no miró siquiera hacia él. Aliosha se dirigió a un rincón a la derecha de la puerta, se hincó de rodillas y se puso a rezar. Tenía el alma repleta de sensaciones, pero de una manera confusa; ni una de ellas se destacaba, ninguna pesaba en demasía; al contrario, una desplazaba a otra en una especie de sucesión giratoria, suave y regular. Pero sentía que la dulzura le invadía el corazón y, cosa rara, no se sorprendía de que así fuese. De nuevo veía ante sí el ataúd que contenía aquel cadáver que le era tan querido, pero de su alma había desaparecido la pena

angustiosa, gimiente y torturadora de la mañana. Ahora, al entrar, había caído de rodillas ante el ataúd como ante una cosa sagrada, pero en su mente y en su corazón resplandecía el contento. Una de las ventanas de la celda estaba abierta, el aire era puro y fresco; «eso significa que el hedor se había hecho más intenso, si se han decidido a abrir la ventana», pensó Aliosha. Pero ni siquiera esta idea acerca del olor pestilente, que tan terrible y denigrante le había parecido antes, provocó en él la angustia ni la indignación de la otra vez. Se puso a rezar en voz baja, mas pronto él mismo se dio cuenta de que rezaba casi maquinalmente. Fragmentos de ideas se le aparecían en el alma, fulguraban unos instantes, como estrellitas, y se apagaban, sustituidas por otras; en cambio, reinaba en su espíritu un sentimiento de plenitud, firme, tranquilizador, y de ello Aliosha tenía conciencia. A veces empezaba con mucho fervor una plegaria, tanto era su deseo de agradecer y de amar... Pero, empezada la plegaria, pasaba de repente a alguna otra cosa, dejaba vagar el pensamiento, olvidándose de la plegaria y de lo que la había interrumpido. Se puso a escuchar lo que leía el padre Paísi, mas era tanta su fatiga, que poco a poco comenzó a dormirse...

«*Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea* –leía el padre Paísi–, *donde se hallaba la Madre de Jesús. Fue también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos.*»

«¿Unas bodas? Qué es esto... unas bodas... –se agitaba como en un torbellino en la mente de Aliosha–. Ella también es dichosa... ha ido al banquete... No, no se ha llevado el cuchillo, no se ha llevado el cuchillo. Aquello no fue más que una palabra «lamentable»... Bueno... Hay que perdonar las palabras lamentables, sin falta. Las palabras lamentables consuelan el alma... sin ellas el dolor sería demasiado duro para las personas. Rakitin se ha ido por un callejón. Mientras piense en sus ofensas, siempre se irá por un callejón... Mas el camino... el camino es ancho, recto, luminoso, de

cristal, y el sol brilla en su extremo... ¿Eh?... ¿Qué están leyendo?»

«... *Y como viniese a faltar el vino, dijo a Jesús su Madre: No tienen vino...*», oyó Aliosha.

«Ah, sí, he dejado que se me pasara algo de la lectura y no lo quería, este pasaje me gusta mucho, es el de las Bodas de Caná, el primer milagro... ¡Ah, este milagro, ah, este simpático milagro! Cristo no vino para el dolor, sino para la alegría humana; su primer milagro fue para que unos hombres estuvieran más contentos... "Quien ama a la gente ama también la alegría de los hombres..." Así lo repetía el difunto a cada instante, ésta era una de sus principales ideas... Sin alegría no es posible vivir, dice Mitia... Sí, Mitia... Todo cuanto es verdadero y hermoso está siempre repleto de amor universal; así lo decía él también...»

«*Respondiole Jesús: Mujer, ¿qué nos va a Mí y a Ti? Aún no es llegada mi hora. Dijo entonces su Madre a los sirvientes: Haced lo que Él os dirá.*»

«Haced... La alegría, la alegría de unas personas pobres, muy pobres... Desde luego pobres, ya que incluso en una boda les faltó el vino... Los historiadores escriben que cerca del lago de Genezareth y en todos aquellos alrededores vivía entonces la población más pobre que se pueda imaginar... Y el gran corazón de otro gran Ser, allí presente, la madre de Él, sabía que Él había venido a la tierra no sólo para cumplir su terrible sacrificio, sino que a su corazón también le era accesible la alegría modesta e ingenua de unas personas oscuras, sencillas y sin segundas intenciones, que le invitaron de corazón a aquellas pobres bodas. "Aún no es llegada mi hora", dice Él con una dulce sonrisa (sin duda se sonrió Él mansamente)... En efecto, ¿habría venido a la tierra para multiplicar el vino en las bodas de los pobres? Pero el caso es que Él cumplió aquel ruego... Ah, otra vez leen.»

«... *Díjoles Jesús: Llenad de agua aquellas tinajas. Y llenáronlas hasta arriba.*

»*Díceles después Jesús: Sacad ahora en algún vaso, y llevadlo al maestresala. Hiciéronlo así.*

»*Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era, bien que lo sabían los sirvientes que la habían sacado, llamó al esposo.*

»*Y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor; y cuando los convidados ya han bebido a satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último*»[1].

«Pero ¿qué es esto, qué es esto? Por qué se ensancha la habitación... Ah, sí... pero si es el desposorio, la boda... sí, claro. Aquí están los invitados, aquí los jóvenes esposos, la multitud alegre y... ¿pero dónde está el muy prudente maestresala? ¿Y quién es éste? ¿Quién es? Otra vez se ha ensanchado la estancia... ¿Quién se levanta ahí, detrás de la mesa grande? Cómo... ¿También él está aquí? Pero si él yace en el ataúd... Mas también él está aquí... se ha levantado, me ha visto, viene hacia aquí... ¡Señor!...»

Sí, en efecto, se le acercó, a él se le acercó el enjuto viejecito, con la cara surcada de pequeñas arrugas, riéndose jubilosa y dulcemente. Ya no está el ataúd y el anciano viste la misma ropa que la víspera, cuando se encontraba con ellos, cuando le rodeaban los que le visitaron. La cara es franca, los ojos le brillan. Cómo se halla también él en el Banquete? ¿También ha sido llamado a las bodas de Caná de Galilea?...

–También yo, hijo mío, también yo he sido convidado, convidado y llamado –resuena sobre él una dulce voz–. ¿Por qué te has escondido aquí, donde no se te ve?... Vente también con nosotros.

Era su voz, la voz del stárets Zosima... ¿Y cómo no iba a ser él, si le llamaba? El stárets empujó levemente a Aliosha con la mano para hacerle levantar, y éste, que estaba de rodillas, se levantó.

1. San Juan, II.

–Regocijémonos –continuó el magro viejecito–, bebamos vino nuevo, vino de una alegría nueva y grande; ¿ves, cuántos invitados? He aquí al novio y a la novia, he aquí al sabio maestresala, que prueba el vino nuevo. ¿Por qué me miras tan sorprendido? Yo di una cebolla y aquí estoy. Muchos de los que aquí se encuentran sólo dieron una cebolla, una cebolla pequeñita... ¿Qué son nuestras obras? También tú, dulce hijo mío, también tú, tan sumiso, has sabido dar una cebolla a una hambrienta. ¡Empieza tu obra, hijo, empiézala, tú que eres manso!... ¿No ves nuestro Sol, no le ves a Él?

–Me da miedo... no me atrevo a mirar... –balbuceó Aliosha.

–No le temas. Es temible por su grandeza ante nosotros, es espantoso por su altura, pero es infinitamente misericordioso, por amor se ha hecho semejante a nosotros y con nosotros se alegra, transforma el agua en vino para que no se interrumpa la dicha de los invitados, espera a otros, llama sin cesar a otros y ya para los siglos de los siglos. Mira, también traen nuevo vino, traen las jarras...

Algo ardía en el corazón de Aliosha; de pronto, algo colmó su ser hasta el dolor, lágrimas de entusiasmo le manaban del alma... Extendió los brazos, lanzó un grito y se despertó...

Otra vez el ataúd, la ventana abierta y la lectura del Evangelio en voz sosegada, grave, clara. Pero Aliosha ya no escuchaba lo que estaban leyendo. Qué raro, se había dormido de rodillas y ahora estaba de pie; de súbito, con rápido movimiento, dio tres pasos firmes y se acercó hasta tocar el ataúd. Hasta rozó con el hombro al padre Paísi sin darse cuenta de ello. El padre alzó los ojos por un instante, mas en seguida los volvió hacia el libro, comprendiendo que al joven le estaba sucediendo algo extraño. Aliosha permaneció medio minuto mirando el ataúd, el cadáver tapado, inmóvil, tendido en la caja, con un icono sobre el pecho y un capucho con una cruz de ocho puntas en la cabeza. Hacía un momento que le había oído la voz, y esa voz aún resonaba en sus oídos. Alio-

sha aún escuchaba atento, esperaba aún aquel sonido... mas de pronto se volvió con brusquedad y salió de la celda.

No se detuvo en el pequeño porche, sino que bajó rápidamente los peldaños. El alma, desbordante de entusiasmo, sedienta, anhelaba libertad, espacio, anchos horizontes. Sobre su cabeza se extendía, dilatada y sin fin, la bóveda celeste llena de estrellas de suaves reflejos. Desde el cenit hasta el horizonte parecía doblarse, difusa aún, la Vía Láctea. La noche, fresca y sosegada hasta la inmovilidad, había envuelto la tierra. Las torres blancas y las cúpulas doradas de la iglesia mayor brillaban sobre el cielo sembrado de rubíes. Las opulentas flores otoñales se habían dormido hasta la mañana en los arriates cercanos a la casa. La paz de la tierra parecía fundirse con la del cielo, el misterio terrenal se tocaba con el de las estrellas... Aliosha estaba de pie, mirando, y de repente se dejó caer sobre la tierra como fulminado.

No sabía por qué la abrazaba, no se daba cuenta de la razón por la cual experimentaba un deseo tan irresistible de besarla, de cubrirla de besos, pero la besaba llorando, regándola con sus lágrimas, y juró frenéticamente amarla, quererla por los siglos de los siglos. «Rocía la tierra con lágrimas de júbilo y ama esas lágrimas tuyas...», le resonó en el alma. ¿Por qué lloraba? Oh, él lloraba en su arranque de entusiasmo incluso por aquellas estrellas que le estaban mirando desde las profundidades del infinito, y «no se avergonzaba de su frenesí». Era como si unos hilos de todos esos infinitos mundos de Dios convergieran de golpe en su alma, y toda ella se le estremecía «al entrar en contacto con los otros mundos». Sentía deseos de perdonar a todos por todo y de pedir perdón, ¡oh!, no para sí, no, sino para todos y por todo; «para mí, también otros piden», volvió a resonarle en el alma. Pero a cada instante notaba de manera nítida y como si lo palpara que algo firme e inconmovible como aquella bóveda celeste le iba penetrando en el alma. Una especie de idea se adueñaba de su mente y ello ya para toda la

vida, por los siglos de los siglos. Se había dejado caer al suelo siendo un débil joven y se levantó hecho un duro combatiente; de ello tuvo conciencia y lo sintió de pronto en el momento de su éxtasis. Y nunca, jamás, en toda su vida, pudo olvidar Aliosha aquel momento. «Alguien me hizo una visita al alma en aquella hora», decía luego con una firmísima creencia en sus palabras...

Tres días más tarde dejó el monasterio, lo cual estaba también conforme con las palabras de su difunto stárets, que le había mandado «vivir en el mundo».

Libro octavo
Mitia

1. Kuzmá Samsónov

Dmitri Fiódorovich, a quien Grúshenka, al volar hacia una nueva vida, había «mandado» transmitirle su último saludo y le había encargado recordar toda la vida su horita de amor, se encontraba también en aquel momento sumido en una terrible confusión y angustia sin saber nada de lo que ocurría a la joven. Durante los dos últimos días, su estado era tan inimaginable que, en efecto, habría podido enfermar de una congestión cerebral, como él mismo dijo más tarde. Aliosha no había podido encontrarle la víspera, por la mañana, ni el hermano Iván, aquel mismo día, había podido entrevistarse con él en la taberna. Los dueños de la casucha en que Mitia se alojaba ocultaban toda huella del joven por indicación suya. El hecho era que, durante aquellos dos días, Mitia había corrido literalmente de un lugar a otro, en todas direcciones, «luchando con su destino y buscando su salvación», como él mismo se expresó después, y hasta por unas horas voló fuera de la ciudad debido a un asunto de candente urgencia, a pesar de lo terrible que era para él irse dejando a Grúshenka libre de vigilancia, aunque fuera por un momen-

to. Todo esto se aclaró, más tarde, de la manera más circunstanciada y documental, mas por de pronto señalaremos en realidad tan sólo lo más indispensable de la historia de aquellos dos espantosos días de su vida que precedieron a la horrible catástrofe que se desplomó repentinamente sobre su destino.

Grúshenka, aunque le había amado una horita verdadera y sinceramente, y eso era así, también le había atormentado algunas veces, por otra parte, de manera en realidad cruel e implacable. Lo peor era que Mitia no podía adivinar en absoluto sus intenciones; sonsacárselas con caricias o por la fuerza, tampoco resultaba posible: ella no habría soltado prenda por nada del mundo, se habría enojado y le habría vuelto la espalda de modo definitivo, cosa que él había comprendido entonces con toda claridad. Mitia sospechaba, con mucho acierto, que Grúshenka misma se encontraba en alguna lucha, en alguna extraordinaria indecisión, que quería decidirse sin lograrlo, y suponía no sin fundamento, con el corazón en un puño, que ella en ciertos momentos debía simplemente de odiarle a él y su pasión. Es posible que así fuera, mas, con todo, no llegaba a comprender en qué consistía la verdadera causa de la angustia de Grúshenka. Toda la cuestión que a él le atormentaba se reducía, en el fondo, a dos determinantes: «O él, Mitia, o Fiódor Pávlovich». Sobre este punto, por cierto, es necesario aclarar un hecho firme: Mitia estaba plenamente convencido de que Fiódor Pávlovich propondría sin falta a Grúshenka (si no se lo había propuesto ya) casarse por la ley, y no creía ni un instante que el viejo lujurioso esperara resolver la cuestión con sólo tres mil rublos. A esta conclusión había llegado Mitia por conocer a Grúshenka y su carácter. Éste es también el motivo de que a veces pudiera parecer que la tortura y la indecisión de Grúshenka se derivaran tan sólo de no saber a quién de los dos elegir ni cuál de ellos le resultaría más ventajoso. En cuanto al próximo regreso del «oficial», es decir, de aquella persona

funesta en la vida de Grúshenka y cuya visita esperaba ella con tanta ansiedad y miedo, era cosa en que a Mitia ni siquiera se le ocurrió pensar entonces, por raro que parezca. Cierto es que Grúshenka, durante los últimos días, no le hablaba para nada de la cuestión. No obstante, Mitia tenía perfecto conocimiento, por la propia Grúshenka, de la carta que ella había recibido un mes antes de su ex seductor, conocía también en parte el contenido de la carta. Grúshenka se la había enseñado en un momento de rabia, pero, con gran sorpresa suya, vio que Mitia no le concedía casi ningún valor. Y habría resultado hasta muy difícil explicar el porqué: quizá sencillamente porque, oprimido él mismo por el escándalo y el horror de su lucha con su propio padre a causa de aquella mujer, ya no podía imaginarse para sí nada más terrible ni peligroso, por lo menos en aquel entonces. Ni siquiera creía en un pretendiente que apareciera de súbito, sin que se supiera de dónde, después de haber desaparecido durante cinco años, y menos creía aún que viniera pronto. Por otra parte, en esa primera carta del «oficial», que enseñó a Mítenka, se hablaba de la venida de ese nuevo contrincante en términos muy vagos: la epístola era muy confusa, muy enfática, estaba repleta sólo de sentimentalismo. Es preciso indicar, además, que esa vez Grúshenka le ocultó las últimas líneas del escrito, donde se hablaba con algo más de precisión acerca del regreso. Añádase a ello que Mitia, según él recordó más tarde, había observado en el rostro de la propia Grúshenka, en aquel instante, hasta como cierto involuntario y orgulloso desprecio por aquella misiva de Siberia. Después, Grúshenka ya nada comunicó a Mítenka de sus ulteriores relaciones con el nuevo rival. De este modo y poco a poco Mitia llegó hasta a olvidarse por completo del polaco. Pensaba únicamente que, pasara lo que pasara después y cualquiera que fuese el giro que tomaran los acontecimientos, su choque definitivo con Fiódor Pávlovich se aproximaba a gran velocidad, se encontraba demasiado próximo y

debía resolverse antes que ninguna otra cosa. Con el alma en vilo, esperaba a cada instante la decisión de Grúshenka, creyendo siempre que se produciría como de manera repentina, por un rapto de inspiración. De pronto ella le diría: «Tómame, soy tuya para siempre», y así se terminaría todo: en seguida él la cogería y se la llevaría al fin del mundo. Oh, en seguida se la llevaría lejos, lo más lejos posible, si no al fin del mundo, por lo menos a algún lugar de los confines de Rusia, donde se casarían, y se establecería con ella de incógnito, de modo que nadie supiera de ellos nada en absoluto, ni aquí ni allá ni en ninguna parte. ¡Entonces, oh, entonces empezarían en seguida una vida completamente nueva! A cada minuto pensaba con frenesí en esa otra vida, renovada y ya «virtuosa» («sin falta virtuosa, sin falta»). Anhelaba este renacimiento, esa renovación. El abyecto tremedal en que se había hundido por su propia voluntad le resultaba demasiado penoso y, como muchas personas en tales casos, en lo que él más creía era en el cambio de lugar: bastará no ver a estas personas, bastará alejarse de estas circunstancias, bastará volar de este lugar maldito ¡y todo se regenerará, todo marchará de otro modo! Esto era en lo que él creía y lo que le desazonaba.

Pero sólo podía ser así si se daba la primera solución del problema, la solución *feliz*. Había, además, otra solución; se imaginaba, además, otra salida, si bien ésta era ya terrible. De pronto ella le diría: «Vete, acabo de ponerme de acuerdo con Fiódor Pávlovich y me casaré con él, tú no haces falta», y entonces... pero entonces... Mitia, por lo demás, no sabía lo que entonces ocurriría, no lo supo hasta la mismísima última hora, en este sentido es necesario justificarle. Propósitos determinados, no los tenía; no premeditaba ningún crimen. No hacía más que vigilar, espiar y atormentarse; de todos modos, sólo se preparaba para la primera solución feliz de su destino. Incluso ahuyentaba de sí todo pensamiento distinto. No obstante, aquí empezaba ya otro tormento, se pre-

sentaba otra circunstancia por completo nueva y accesoria, mas asimismo fatal e insoluble.

En efecto, si ella le decía: «Soy tuya, llévame», ¿cómo se la iba a llevar? ¿Dónde tenía para ello los recursos, el dinero? Precisamente para entonces se le habían agotado todos los ingresos que durante tantos años sin interrupción había obtenido con las entregas de Fiódor Pávlovich. Desde luego, Grúshenka poseía dinero, mas acerca de esta cuestión Mitia experimentó de pronto un terrible orgullo: quería llevársela y empezar con ella una nueva vida con sus propios recursos y no con los de Grúshenka; no podía ni siquiera imaginarse que pudiera tomar dinero de ella, y esta idea le hacía sufrir hasta provocar en él una atormentadora repugnancia. Aquí no me extiendo sobre este hecho, no lo analizo, me limito a señalar que tal era su estado de ánimo en aquel momento. Es posible que todo ello procediera, indirecta y hasta como inconscientemente, de sus secretos tormentos por haberse apropiado como un ladrón del dinero de Katerina Ivánovna: «A los ojos de una, soy un canalla, y en seguida resultaré serlo a los ojos de otra –pensaba entonces, como él mismo reconoció después–; además, si Grúshenka se entera, no querrá saber nada de un tipo semejante». Así, pues, ¿de dónde tomar esos recursos, de dónde sacar ese dinero fatal? De otro modo, todo se perdería, no se realizaría nada, «y únicamente por falta de dinero, ¡oh, qué vergüenza!».

Me adelantaré a los hechos: el caso es que él, quizá, sabía dónde podría hacerse con ese dinero; sabía, quizá, dónde lo había. Por de pronto no añadiré ningún otro detalle, pues luego todo se aclarará; pero he aquí en qué consistía, para él, el principal infortunio, y, aunque confusamente, lo explicaré; para tomar esos recursos que se encontraban en alguna parte, para *tener derecho* a cogerlos, era necesario devolver primero tres mil rublos a Katerina Ivánovna; de otro modo «yo no soy más que un ladronzuelo, soy un canalla, pero yo no quiero comenzar una vida nueva siendo un canalla», de-

cidió Mitia, y por esto tomó la firme resolución de revolver el mundo entero, si hacía falta, para poder reintegrar a toda costa y *antes que nada* los tres mil rublos a Katerina Ivánovna. El proceso definitivo que le llevó a esta decisión se produjo en él, por decirlo así, en las últimas horas, precisamente después de su última entrevista con Aliosha, dos días antes, al anochecer, en el camino del monasterio, después de que Grúshenka hubo insultado a Katerina Ivánovna y Mitia, habiendo escuchado el relato que de ello le hizo Aliosha, comprendió que era un canalla y mandó transmitirlo a Katerina Ivánovna «si esto puede consolarla por poco que sea». Fue entonces, aquella misma noche, después de haberse despedido del hermano, cuando en su frenesí sintió que era preferible incluso «matar y desvalijar a alguien, pero devolver a Katia la deuda»: «Seré un asesino y un ladrón ante el asesinado y desvalijado, ante todo el mundo, y me mandarán a Siberia, pero prefiero esto a que Katia tenga derecho a decir que la he traicionado, que, además, le he robado y que con su propio dinero he huido con Grúshenka para empezar a vivir una vida virtuosa. ¡Eso, nunca!». A tal conclusión llegó Mitia con rechinar de dientes y, en efecto, podía imaginarse a veces que acabaría con una congestión cerebral. Mas, por de pronto, luchaba...

Cosa rara: se diría que, tomada semejante resolución, nada le quedaba a él si no era desesperarse, pues ¿de dónde sacar tal suma de dinero de la noche a la mañana, y menos aún un desharrapado como él? Sin embargo, durante todo ese tiempo, hasta el fin, tuvo la esperanza de encontrar los tres mil rublos; creyó que esta suma le llegaría, que le volaría a las manos como fuera, por sí misma, quizá del cielo. Eso es precisamente lo que ocurre con quienes, como Dmitri Fiódorovich, en su vida sólo aprenden a gastar y dilapidar en vano el dinero que han recibido en herencia sin tener la menor idea de cómo se gana. Después de haberse separado de Aliosha, hacía dos días, en la cabeza se le formó el más fan-

tástico de los torbellinos confundiéndole todos los pensamientos. Así se explica que empezara sus gestiones con la más extravagante de las empresas. Es posible que precisamente en tales circunstancias, las empresas más insólitas y fantásticas aparezcan como las más realizables a las personas de esa clase. Decidió, de pronto, ir a ver al mercader Samsónov, el protector de Grúshenka, proponerle un «plan» y sacarle de golpe, en virtud de ese «plan», toda la suma buscada; del aspecto comercial de su plan no dudaba en lo más mínimo, únicamente dudaba de cómo iba a considerar su idea el propio Samsónov, quien podía tener la ocurrencia de examinarlo desde un punto de vista que no fuera estrictamente comercial. Aunque Mitia había visto a ese mercader, no le conocía, ni siquiera había hablado nunca con él. Pero, sin saber por qué, había llegado a convencerse, hacía ya bastante tiempo, de que ese viejo libertino, con un pie ya en el otro mundo, quizá no se opondría en el momento presente a que Grúshenka se organizara al fin una vida honrada y se uniera en matrimonio «con un hombre digno de confianza». No sólo no se opondría, sino que él mismo lo deseaba y se apresuraría a dar toda clase de facilidades si se presentaba la ocasión. Por algunos rumores o por ciertas palabras de Grúshenka, Mitia llegó asimismo a inferir que el viejo, quizá, preferiría para ella a Fiódor Pávlovich. Es posible que a muchos de los lectores de nuestra narración esa confianza en semejante ayuda y la intención de tomar a su prometida, por así decirlo, de las manos de un protector, les parezcan en exceso cínicas y faltas de escrúpulos por parte de Dmitri Fiódorovich. Sólo podré indicar que el pasado de Grúshenka se le aparecía a Mitia ya como definitivamente pasado. Él lo miraba con piedad infinita y había decidido, con todo el fuego de su pasión, que no bien Grúshenka le declarase su amor y se decidiera a casarse con él, al instante nacería en ella una nueva Grúshenka y al mismo tiempo un Dmitri Fiódorovich totalmente nuevo, ya sin vicios de ninguna clase,

únicamente con virtudes: los dos se perdonarían uno al otro y empezarían su vida del todo renovada. Por lo que respecta a Kuzmá Samsónov, Mitia veía en él a un hombre fatal en el pasado de Grúshenka, a quien ésta, sin embargo, nunca había amado, y quien –esto era lo importante– también había «pasado», se había acabado, de suerte que ahora ya no contaba para nada. Por otra parte, Mitia ya no podía considerarlo ni como hombre, pues en la ciudad todo el mundo sabía que se trataba sólo de una ruina enferma que mantenía con Grúshenka unas relaciones, por así decirlo, meramente paternales, sobre bases totalmente distintas de las de antes, y ello era así hacía ya tiempo, casi un año. En todo caso, había en este punto mucha ingenuidad por parte de Mitia, quien, pese a todos sus defectos, era una persona muy ingenua. A consecuencia de su ingenuidad, por lo demás, estaba seriamente convencido de que el viejo Kuzmá, al prepararse para su viaje al otro mundo, sentía sincero arrepentimiento por su pasado con Grúshenka, y de que no contaba ella, ahora, con un protector y amigo más fiel y desinteresado que aquel vejete, ya inofensivo.

Al día siguiente de su conversación con Aliosha en pleno campo, después de la cual Mitia casi no durmió en toda la noche, se presentó en casa de Samsónov a eso de las diez de la mañana y se hizo anunciar. La casa era vieja, sombría, muy espaciosa, de dos plantas, con dependencias anejas y un pabellón. En la planta baja vivían los dos hijos casados de Samsónov con sus familias, una hermana suya, muy vieja, y una hija que no se había casado. En el pabellón estaban instalados dos de sus intendentes, de los cuales uno también tenía numerosa familia. Tanto los hijos de Samsónov como los intendentes vivían apretados en sus alojamientos, pero el viejo ocupaba, él solo, el piso superior de la casa y no permitía que allí se instalara ni siquiera su hija, que le cuidaba y a horas fijas, aparte de todas las veces que él la llamara, debía subir a verle a pesar del asma que la aquejaba desde hacía

mucho tiempo. Esa parte «alta» constaba de un gran número de estancias grandes y pretenciosas, amuebladas al viejo estilo de los mercaderes, con largas y aburridas hileras de sillones pesados y de sillas de caoba adosados a las paredes, con lámparas de cristal enfundadas colgando del techo, con sombríos espejos entre ventana y ventana. Todas estas habitaciones permanecían desiertas y deshabitadas, porque el viejo enfermo se acurrucaba sólo en una habitacioncita, en su pequeño dormitorio apartado, donde le servían una vieja criada que llevaba siempre un pañuelo atado a la cabeza, y un sirviente que se pasaba el tiempo sobre un largo baúl, a modo de banco, en el vestíbulo. Debido a lo muy hinchadas que tenía las piernas, el vejete ya casi no podía andar y sólo de vez en cuando se levantaba de su butacón de cuero y daba unos pasos por la habitacioncita, sostenido del brazo por la vieja. Era severo y poco hablador incluso con esta criada. Cuando le anunciaron la visita del «capitán», en seguida mandó que le despidieran. Pero Mitia insistió y se hizo anunciar otra vez. Kuzmá Kuzmich interrogó con todo detalle al sirviente: qué aspecto tenía, si no estaba borracho, si no estaba en plan de armar escándalo. La respuesta fue que «no estaba borracho, pero que no quería irse». El vejete por segunda vez se negó a recibirle. Entonces, Mitia, que ya había previsto tal circunstancia y había tomado papel y lápiz por si acaso, escribió con toda claridad en un pedazo de papel una sola línea: «Por un asunto urgentísimo que afecta directamente a Agrafena Alexándrovna», y lo mandó al viejo. Después de haberlo meditado un poco, Kuzmá Kuzmich mandó al sirviente que introdujera al visitante en la sala y dijo a la criada que bajase y transmitiera al hijo menor la orden de que se presentase inmediatamente arriba. Este hijo menor, hombre de una gran estatura y de una fuerza poco común, que no llevaba barba y se vestía a la alemana (Samsónov padre llevaba caftán y barba), se presentó en seguida, sin decir palabra. Todos temblaban ante el padre. Éste le había hecho

subir no por miedo al capitán, pues no era hombre que se amilanara fácilmente, sino por lo que pudiera suceder, sobre todo como testigo. Con su paso vacilante, acompañado del hijo, que le sostenía por el brazo, y del sirviente, apareció al fin en la sala. Es de suponer que experimentaba también cierta curiosidad bastante viva. La sala en que esperaba Mitia era una estancia enorme, desapacible, que llenaba de angustia el alma, con ventanas dispuestas en dos hileras superpuestas, con una galería, con paredes «imitando el mármol» y con tres enormes arañas de cristal enfundadas. Mitia estaba sentado en una pequeña silla junto a la puerta de entrada, esperando con nerviosa impaciencia lo que la suerte le deparara. Cuando el viejo apareció en la entrada opuesta, a unos veinticinco pasos de la silla de Mitia, el joven se levantó bruscamente y se dirigió a su encuentro con sus largas y firmes zancadas de soldado. Vestía de manera correcta, abotonado el chaqué, con un sombrero hongo en las manos y guantes negros, exactamente como iba unos tres días antes en el monasterio, en la celda del stárets, para la entrevista familiar con Fiódor Pávlovich y con sus hermanos. El viejo le esperó de pie, imponente y grave, y Mitia de golpe sintió que, mientras se le acercaba, aquel hombre le examinaba de la cabeza a los pies. También impresionó a Mitia el rostro de Kuzmá Kuzmich, que se le había hinchado en gran manera durante el último tiempo: el labio inferior, grueso de por sí, ofrecía ahora el aspecto de una torta colgante. Grave y sin articular palabra, Kuzmá Kuzmich saludó con una inclinación de cabeza al visitante, le señaló un sillón, mientras que él, despacio, apoyándose en el brazo del hijo y gimiendo dolorosamente, fue acomodándose en el diván inmediato, frente a Mitia, quien al ver los dolorosos esfuerzos de Kuzmá Kuzmich experimentó al instante en su corazón arrepentimiento y delicada vergüenza por su actual insignificancia ante el personaje tan importante a quien estaba importunando.

–¿Qué desea usted de mí, señor? –preguntó por fin el viejo, después de haberse sentado, lenta, clara, severamente, pero con amabilidad.

Mitia se estremeció, hizo un movimiento como para levantarse, pero se sentó otra vez. Luego, en seguida, se puso a hablar en voz alta, aprisa, nervioso, gesticulando y frenético. Se veía que el hombre había llegado hasta el límite, estaba perdido y buscaba la última salida, dispuesto a arrojarse al agua aunque fuera en seguida si fracasaba. Sin duda, así lo comprendió, en un abrir y cerrar de ojos, el viejo Samsónov, aunque su cara permanecía invariable e impasible como la de una estatua.

«El honorabilísimo Kuzmá Kuzmich probablemente ha oído hablar ya más de una vez de mis altercados con mi padre, Fiódor Pávlovich Karamázov, que me ha despojado de la herencia de mi difunta madre... ya que toda la ciudad se calienta la boca con esto... pues aquí todo el mundo se calienta la boca con lo que no hace falta... Además, también podría haberlo sabido por Grúshenka... perdón: por Agrafena Alexándrovna... por mi muy honorable y respetabilísima Agrafena Alexándrovna...», así empezó Mitia desde las primeras palabras. Mas no vamos a reproducir todo su discurso palabra por palabra; expondremos sólo su contenido. El caso estriba en que él, Mitia, hacía ya tres meses que había consultado intencionadamente (lo dijo así, «intencionadamente» y no adrede) a un abogado de la capital de la provincia, «a un famoso abogado, Kuzmá Kuzmich, a Pável Pávlovich Korneplódov, de quien seguramente ha oído hablar, ¿no es cierto? Tiene la frente ancha y una inteligencia casi de estadista... Él también le conoce a usted... habló de usted en los mejores términos...», se embrolló por segunda vez Mitia. Mas los líos que se hacía no le detenían, en seguida saltaba a otra cosa y seguía adelante. Pues bien, ese Korneplódov, después de haber interrogado con todo detalle a Mitia y de haber examinado los documentos que éste pudo presentarle (acerca de los

documentos Mitia se expresó con poca claridad y con singular presteza), consideró que respecto a la aldea de Chermashnia, la cual debería pertenecer a él, a Mitia, por herencia materna, realmente podría entablarse demanda judicial y así desconcertar a ese viejo escandaloso... «porque, a pesar de todo, no todas las puertas están cerradas y la justicia sabe muy bien por dónde puede abrirse camino». En una palabra, cabía esperar un pago complementario de unos seis mil rublos por parte de Fiódor Pávlovich, incluso de siete mil, pues Chermashnia vale por lo menos veinticinco mil, es decir, seguramente veintiocho mil, «treinta mil, treinta mil, Kuzmá Kuzmich, y yo, ¡figúrese!, ¡no he sacado de este hombre cruel ni diecisiete mil!...». De todos modos yo, Mitia, no quise ocuparme entonces de esta cuestión, pues no entiendo de pleitos, pero cuando llegué aquí me quedé patitieso al encontrarme con una demanda judicial contra mí (en este punto otra vez se embrolló y de nuevo saltó en redondo a otra cosa); pues bien, ¿no desearía usted, honorabilísimo Kuzmá Kuzmich, adquirir todos mis derechos contra ese monstruo dándome a cambio solamente tres mil rublos?... Vea que usted en ningún caso puede perder, esto se lo juro con honor, se lo juro por mi honor; todo lo contrario, puede ganarse seis o siete mil rublos en lugar de tres mil... Lo esencial es que esto se termine «incluso hoy mismo». «Firmaré ante notario, si le parece, o como quiera... En una palabra, estoy dispuesto a todo, entregaré todos los documentos que exija, lo firmaré todo... formalizaríamos ese documento en seguida, y si fuera posible, por poco que fuera posible, hoy mismo, esta mañana... Usted me entregaría esos tres mil rublos... pues no hay capitalista que pueda compararse con usted en esta pequeña ciudad... y de este modo me salvaría usted de... en una palabra, salvaría mi pobre cabeza para una obra nobilísima, para una obra muy elevada, se puede afirmar así... ya que poseo los más nobles sentimientos hacia cierta persona a la que conoce usted muy bien y por la que vela usted paternalmente.

De no ser paternalmente, yo no habría venido. La verdad es que aquí han chocado tres cabezas, pues el destino es algo pavoroso, Kuzmá Kuzmich. ¡Es preciso ser realista, Kuzmá Kuzmich, realista! Y como que a usted hay que excluirle hace tiempo, quedan dos cabezas, según acabo de expresarme, quizá con poca habilidad, pero yo no soy literato. O sea, una cabeza es la mía; la otra es la de ese monstruo. Elija, pues: ¿a mí o al monstruo? Todo ahora se halla en sus manos: tres destinos y dos suertes... Perdone, me he armado un lío, pero usted comprende... veo por sus respetables ojos que usted ha comprendido... Y si no ha comprendido, hoy mismo me tiro al agua, ¡eso es!»

Mitia interrumpió su disparatado discurso con este «¡eso es!» y, poniéndose en pie bruscamente, se quedó esperando respuesta a su necia proposición. Al pronunciar la última frase, había sentido de pronto e irremediablemente que todo estaba perdido y, sobre todo, que había cometido una espantosa estupidez. «Qué cosa más rara, mientras venía hacia aquí, todo me parecía bien, y ahora resulta que se trata de una estupidez!», centelleó de súbito en su mente sin esperanza. Mientras había estado hablando, el viejo había permanecido inmóvil, observándole con una expresión glacial en la mirada. Sin embargo, después de hacerle esperar unos momentos, Kuzmá Kuzmich dijo, por fin, en el tono más decidido y descorazonador:

–Perdone, nosotros no nos ocupamos de negocios semejantes.

Mitia tuvo la impresión de que se le doblaban las piernas.

–¿Qué va a ser de mí ahora, Kuzmá Kuzmich? –balbuceó sonriendo pálidamente–. Ahora, pues, estoy perdido, ¿no lo cree usted?

–Perdone...

Mitia seguía de pie, inmóvil, fija la mirada, y de pronto se dio cuenta de que algo se movía en el rostro del anciano. Se estremeció.

–Verá, señor, tales negocios nos resultan incómodos –manifestó lentamente el viejo–; intervienen jueces, abogados, ¡es una verdadera calamidad! Pero si quiere, conozco a una persona a la que puede usted dirigirse...

–¡Dios mío, quién es!... ¡Me devuelve usted la vida, Kuzmá Kuzmich! –balbuceó Mitia.

–Este hombre no es de la localidad ni se encuentra aquí ahora. Es un campesino que se dedica al comercio de la madera. Se llama Liagavi. Lleva ya un año en tratos con Fiódor Pávlovich por una tala en el bosque que usted tiene en Chermashnia, pero no se ponen de acuerdo en el precio, quizás esté enterado. Ahora, precisamente, ha vuelto y se aloja en casa del pope de Ilínskoye, a unas doce verstas de la estación de postas de Volovia, y estará sin duda en el pueblo. A mí me ha escrito sobre ese negocio, quiero decir el de la tala, me ha pedido consejo. Fiódor Pávlovich en persona quiere ir a verle. Si usted advirtiera a Fiódor Pávlovich y por otra puerta propusiera a Liagavi lo mismo que acababa de decirme, podría ocurrir...

–¡Es una idea genial! –le interrumpió entusiasmado Mitia–. ¡Él es el hombre, esto le conviene! Está regateando, el precio que le piden es alto, y le van a ofrecer un documento nada menos que de posesión, ¡ja-ja-ja! –Y Mitia, de súbito, se echó a reír con su corta y seca risa, de manera tan inesperada, que incluso a Samsónov le tembló un poco la cabeza–. ¿Cómo podré agradecérselo, Kuzmá Kuzmich? –exclamó Mitia vehemente.

–No hay de qué. –Samsónov inclinó la cabeza.

–Usted no sabe, usted me ha salvado, ¡oh!, ha sido un presentimiento el que ha guiado mis pasos hacia aquí... ¡Así, pues, a casa de ese pope!

–No tiene por qué darme las gracias.

–Voy corriendo, volando. He abusado de su salud. No lo olvidaré en mi vida, se lo dice un hombre ruso, Kuzmá Kuzmich, ¡un hombre ru-u-so!

–Bien...

Mitia iba a coger la mano del viejo para estrechársela con gratitud, pero creyó percibir en sus ojos un destello maligno y retiró la mano, aunque al instante se reprochó su desconfianza. «Estará fatigado...», pensó de repente.

–¡Es por ella! ¡Es por ella, Kuzmá Kuzmich! ¡Comprende usted que es por ella! –estalló de pronto con voz que retumbó en toda la sala; se inclinó saludando, dio media vuelta y, con los mismos pasos rápidos y larguísimos, se precipitó hacia la salida sin volver la cabeza. Vibraba de entusiasmo.

«Todo parecía perdido, y he aquí que el ángel de la guarda me salva –fulguraba en su mente–. Y si un hombre de negocios experimentado como este viejecito (nobilísimo viejo, ¡y qué porte, el suyo!) me ha indicado este camino, eso significa... eso significa, claro está, que ya tengo ganada la partida. Ahora mismo he de ir, volando. Volveré antes de la noche, volveré de noche, pero la victoria ya es mía. ¿O es posible que el viejo se haya estado burlando de mí?» Así iba exclamándose Mitia mientras se dirigía a grandes zancadas hacia su alojamiento, y ya no podía ver las cosas de otro modo, es decir: o el consejo era sensato (de un hombre de negocios como Samsónov, que conocía el paño y que conocía a Liagavi –¡qué nombre más extraño!–), o el viejo se había estado burlando de él. ¡Ay!, este último pensamiento era el único certero. Después, transcurrido ya mucho tiempo, cuando se hubo producido toda la catástrofe, el propio viejo Samsónov confesaba, riéndose, que en aquella ocasión había tomado el pelo al «capitán». Era un hombre maligno, frío y burlón, con antipatías morbosas por añadidura. No sé cuál fue el resorte que movió entonces al viejo, no sé si fue el aspecto exaltado del capitán o la estúpida convicción de aquel «manirroto y derrochador» de que él, Samsónov, podía tomar en serio una necedad como aquel «plan», o si fue un ramalazo de celos por Grúshenka, en nombre de la cual «ese calavera» se le había presentado con una memez para pedirle dinero. El

caso es que en el momento en que Mitia se encontraba ante él, de pie, sintiendo que las piernas se le doblaban, en aquel mismo momento, el viejo le contempló con una ira infinita y decidió hacerle burla. Cuando Mitia hubo salido, Kuzmá Kuzmich, pálido de rabia, se dirigió a su hijo y le mandó tomar las disposiciones necesarias para que en adelante ese harapiento no pudiera asomarse a la casa, ni siquiera entrar en el patio; si no...

No acabó de explicar cuál era su amenaza, pero incluso su hijo, que con frecuencia le había visto furioso, se estremeció de miedo. Una hora más tarde, el viejo aún temblaba de rabia; al atardecer, se sintió enfermo y mandó llamar al «galeno».

2. Liagavi

Así, pues, era necesario «ir al galope», pero Mitia no tenía ni un kópek para caballos, es decir, tenía dos monedas de veinte kópeks, y esto era todo, ¡todo lo que le quedaba de sus muchos años de bienestar! Mas en su casa tenía un viejo reloj de plata que había dejado de funcionar hacía ya mucho tiempo. Lo tomó y lo llevó a un relojero judío, instalado en una tiendecita del mercado. El judío le dio por el reloj seis rublos. «¡No esperaba que me diera tanto!», exclamó entusiasmado Mitia (la exaltación no le abandonaba), y volvió presuroso a su casa con los seis rublos en el bolsillo. Allí completó la suma con otros tres rublos que pidió prestados a los dueños de la casa, quienes se los dieron con mucho gusto a pesar de ser estos tres rublos su último dinero, tanto era el afecto que por el joven sentían. Mitia, en su entusiasmo desbordante, les reveló en seguida que se estaba decidiendo su destino y les contó, con terribles prisas, desde luego, casi todo su «plan» tal como acababa de exponerlo a Samsónov; después, lo que Samsónov había decidido, las nuevas esperan-

zas, etc. Los dueños de la casa ya estaban al corriente de muchos de los secretos de su inquilino y por esto le miraban como a un hombre *de los suyos,* como a un señor nada orgulloso. Habiendo reunido de ese modo nueve rublos, Mitia mandó a buscar caballos de posta para la estación de Volovia. Y así se pudo recordar y señalar el hecho de que «en la víspera de cierto acontecimiento, al mediodía, Mitia se encontraba sin un kópek y para hacerse con dinero vendió un reloj y pidió prestados tres rublos a los dueños de su casa, y todo ello ante testigos».

Señalo este hecho con anticipación, luego se aclarará por qué lo hago.

Mientras galopaba hacia la estación de Volovia, Mitia, aunque estaba radiante por el gozoso presentimiento de que al fin daría solución a «todos estos asuntos», también se sentía inquieto y temblaba de miedo: ¿qué iba a ser de Grúshenka en su ausencia? ¿Y si se decidiera ella precisamente ese día a ir a casa de Fiódor Pávlovich? Ésta es la razón de que partiera sin advertir a la joven y de que hubiera mandado a los dueños de su casa no descubrieran de ningún modo adónde había ido si se presentaba alguien a preguntar. «Sin falta, sin falta he de estar de vuelta hoy antes de la noche –repetía, sacudido por el carricoche–, y a ese Liagavi lo mejor será traérmelo aquí... para cerrar esta operación...», soñaba Mitia con el alma en vilo; pero, ¡ay!, su sueño estaba condenado a realizarse de manera muy distinta a su «plan».

En primer lugar, Mitia se retrasó al tomar un camino vecinal a partir de la estación de Volovia, camino que resultó ser de dieciocho verstas en vez de doce. En segundo lugar, no encontró al pope de Ilínskoye en su casa, pues se había ido a una aldea vecina. Cuando Mitia pudo encontrarlo en aquella aldea, a la que se trasladó con sus caballos extenuados ya, casi había oscurecido. El pope, hombre de aspecto tímido y afable, le aclaró en seguida que ese Liagavi, aunque al principio se había alojado en Ilínskoye, se encontraba entonces en

Sujói Posiólok y pasaba aquella noche allí, en la isba del guardabosque, pues también allí negociaba con madera. Ante las insistentes súplicas de Mitia para que le condujera sin perder instante al lugar donde se encontraba Liagavi y «de este modo salvarle», el sacerdote decidió acompañarle a Sujói Posiólok, movido, al parecer, por la curiosidad, pese a que al principio había estado indeciso; pero tuvo la mala ocurrencia de aconsejar hacer el camino «andandito», pues habría algo así como una versta «y un poquito más» de distancia. Mitia, desde luego, aceptó y se puso a caminar con sus largas zancadas, de modo que el pobre sacerdote casi tenía que correr para seguirle. Se trataba de un hombre todavía joven y muy circunspecto. Mitia en seguida empezó a hablarle de sus planes, recababa con vehemencia, nerviosamente, consejos acerca de Liagavi, y no cerró boca en todo el camino. El pope escuchaba atentamente, pero daba pocos consejos. A las preguntas de Mitia respondía con evasivas: «No lo sé, ¡oh, no lo sé, de dónde voy a saberlo!», etc. Cuando Mitia se puso a hablar de sus conflictos con su padre por la herencia, el pope hasta se asustó, pues en ciertas cuestiones se hallaba en una relación de dependencia con Fiódor Pávlovich. De todos modos, se informó con sorpresa del porqué Mitia llamaba Liagavi a ese campesino, Gorstkin, dedicado al comercio, y explicó que aun llamándose en verdad Liagavi, no era Liagavi, pues este nombre le ofendía terriblemente y había que llamarle sin falta Gorstkin; «de otro modo no arreglará nada con él, y ni siquiera querrá escucharle», concluyó el sacerdote. Mitia se quedó algo sorprendido por unos momentos y explicó que así le había llamado el propio Samsónov. Al enterarse de esta circunstancia, el pope procuró cambiar en seguida de tema, aunque habría hecho bien si hubiera explicado a Dmitri Fiódorovich lo que acababa de sospechar, a saber: que si el propio Samsónov le había mandado a aquel mujik llamándole Liagavi, quizá lo había hecho por burla y que había en todo ello algo poco

claro. Por otra parte, a Mitia le faltaba tiempo para detenerse «en tales pequeñeces». Tenía prisa, caminaba a grandes pasos y sólo al llegar a Sujói Posiólok se dio cuenta de que habían recorrido con toda seguridad tres verstas y no una ni una y media; esto le irritó, pero se armó de paciencia. Entraron en la isba. El guardabosque, conocido del pope, ocupaba una mitad de la casucha; la otra mitad, la mejor instalada, al otro lado del zaguán, había sido puesta a disposición de Gorstkin. Pasaron a esa parte mejor de la isba y encendieron una vela de sebo. Habían calentado mucho la isba. Sobre una mesa de pino había un samovar apagado, una bandeja con tazas, una botella de ron vacía, una garrafita de vodka sin terminar y restos de pan de trigo. El forastero yacía sobre un banco, con un mal ropón doblado bajo la cabeza a modo de almohada, y roncaba pesadamente. Mitia se quedó perplejo: «Desde luego, hay que despertarle: mi asunto es muy importante, me he dado mucha prisa, y he de regresar hoy mismo», se inquietó Mitia; mas el pope y el guardabosque se callaban, no manifestaban su opinión. Mitia se acercó al dormido y procuró despertarle él mismo, le sacudió con energía, pero el durmiente no se despertaba. «Está borracho –pensó Mitia–, ¡qué he de hacer, Señor, qué he de hacer!» Y con una terrible impaciencia, empezó a tirar del hombre dormido por el brazo, por la pierna, a levantarle la cabeza, a incorporarle y ponerle sentado en el banco, y con todo, después de muy largos esfuerzos, lo único que logró fue que aquel hombre empezara a soltar bufidos estúpidamente y rotundos juramentos, aunque sin articularlos con claridad.

–Mejor haría si esperara un poco –soltó por fin el pope–, no está en condiciones, ya se ve.

–Se ha pasado el día bebiendo –comentó el guardabosque.

–¡Oh, Dios! –exclamaba Mitia–. ¡Si supieran cuánto le necesito y en qué situación más desesperada me encuentro ahora!

–Será mejor que espere usted hasta mañana por la mañana –repitió el sacerdote.

–¿Hasta mañana? ¡Por compasión, es imposible!

Y, desesperado, por poco se precipita de nuevo a despertar al borracho, mas en seguida se detuvo, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos.

El sacerdote callaba; el guardabosque, soñoliento, tenía la cara hosca.

–¡Qué tragedias más espantosas provoca entre los hombres la realidad! –articuló Mitia, presa de desesperación. Tenía el rostro bañado en sudor.

Aprovechando un momento propicio, el sacerdote manifestó muy cuerdamente que aun si lograran despertar al dormido, hallándose éste borracho, no sería capaz de participar en discusión alguna, «y tratándose de un asunto importante, lo mejor que puede usted hacer es dejarlo hasta la mañana...». Mitia abrió los brazos en señal de impotencia y asintió.

–Lo que haré, padre, será quedarme aquí con la vela en la mano y vigilar el momento oportuno. No bien despierte, empezaré... Te pagaré la vela –se dirigió al guardabosque– y también el pasar aquí la noche; te acordarás de Dmitri Karamázov. Pero con usted, padre, no sé qué hacer, ¿dónde se va a acostar?

–No se preocupe, yo me vuelvo a casa. Me iré en su yegua –señaló al guardabosque–. Y con esto me despido, le deseo mucho éxito.

Así lo hicieron. El pope se fue en la yegua, contento de haberse librado, por fin, de Mitia, si bien movía inquieto la cabeza y reflexionaba sobre si no convendría dar cuenta a tiempo, al día siguiente, de aquel caso curioso al bienhechor Fiódor Pávlovich; «si no, puede que se entere, se enoje y me retire su favor». El guardabosque, después de rascarse la cabeza, volvió a su aposento sin decir nada, y Mitia se sentó en el banco a vigilar el momento oportuno, como había dicho.

Una profunda melancolía le envolvió el alma cual pesada niebla. ¡Era una melancolía honda, terrible! Mitia estaba sentado, meditaba, pero no podía llevar su meditación a ningún término. La bujía se iba consumiendo, se puso a cantar un grillo, el aire de la habitación recalentada se hacía intolerablemente sofocante. De súbito, el joven vio en su imaginación el jardín de la casa de su padre, el paso por la parte trasera del huerto; se abre misteriosamente la puerta de la casa y por ella se precipita Grúshenka... Mitia brincó de su asiento.

–¡Qué tragedia! –masculló rechinando los dientes.

Se acercó maquinalmente al hombre dormido y se puso a mirarle la cara. Era un mujik flaco, todavía joven, de rostro muy alargado, de rubios cabellos ensortijados y una barbita larga, fina y rojiza; llevaba una camisa de percal y un chaleco negro, por uno de cuyos bolsillos asomaba la cadenita de un reloj de plata. Mitia contemplaba aquella fisonomía con un odio espantoso y, sin saber por qué, lo que más odioso le resultaba era que tuviese el pelo rizado. Y lo más importante de cuanto le ofendía de manera intolerable era que él mismo, Mitia, estuviera allí esperando, con su asunto inaplazable, después de haber sacrificado y abandonado tantas cosas, torturado por la angustia, mientras que aquel parásito, «de quien depende ahora todo mi destino, ronca como si nada, como si viniera de otro planeta». «¡Oh, ironía del destino!», exclamó Mitia, y de repente, perdiendo por completo la cabeza, se precipitó otra vez a despertar al mujik borracho. Lo hacía hasta con furia, le daba tirones, le sacudía, incluso le pegaba, pero después de unos cinco minutos de inútiles tentativas, volvió a sentarse en su banco lleno de impotente desesperación.

–¡Es estúpido, es estúpido! –exclamaba Mitia–. Y... ¡qué ignominioso es todo esto! –añadió de súbito, sin saber por qué.

Empezó a dolerle terriblemente la cabeza: «¿Y si lo dejara? ¿Si me fuera? –pensó un momento–. No, esperaré hasta ma-

ñana. Me quedaré adrede, ¡sí, adrede! ¿De qué me habría servido venir, si no? Ni tengo tampoco en qué irme, ¿cómo me voy a marchar ahora de aquí? Oh, qué absurdo!».

La cabeza, sin embargo, le dolía cada vez más. Mitia permanecía inmóvil y ya no recordó cómo se le cerraron los ojos y se durmió sentado. Por lo visto, estuvo durmiendo unas dos horas o más. Le despertó un insoportable dolor de cabeza, hasta el punto de que casi le hacía gritar. Notaba un zumbido en las sienes, le dolía el occipucio; ya despierto, tardó aún largo rato en recobrarse por completo y comprender lo que le había pasado. Por fin adivinó que en la recalentada estancia había un tufo espantoso, que podía ocasionarle la muerte. El mujik borracho seguía roncando en su yacija; la vela chorreaba y estaba a punto de apagarse. Mitia empezó a gritar y se precipitó tambaleándose a través del zaguán al aposento del guardabosque, quien se despertó pronto; pero al enterarse de que en la otra mitad de la isba había tufo, aunque tomó las providencias que el caso requerían, lo hizo con una total indiferencia, cosa que asombró a Mitia hasta vejarle.

–Podía morir, podía morir y entonces... ¿entonces, qué? –exclamaba Mitia, frenético.

Abrieron la puerta de par en par, abrieron la ventana, dejaron libre el paso de la chimenea; Mitia fue a buscar un cubo de agua al zaguán, primero se mojó la cabeza, luego encontró un trapo, lo sumió en el agua y lo aplicó a la cabeza de Liagavi. El guardabosque, en cambio, seguía tomándose el acontecimiento hasta con cierto aire de desdén y, después de abrir la ventana, dijo malhumorado: «Bueno, ya está bien», y volvió otra vez a dormir, dejando a Mitia un farol encendido. Mitia se estuvo ocupando del atufado borracho una media hora, poniéndole una y otra vez el trapo húmedo en la cabeza; ya había decidido seriamente no dormir en toda la noche, pero, fatigado, se sentó para descansar un momento, y al instante cerró los ojos; luego, sin conciencia

de lo que hacía, se tumbó sobre el banco y se quedó dormido como un tronco.

Se despertó terriblemente tarde. Eran ya poco más o menos las nueve de la mañana. El sol brillaba en las dos ventanitas de la pequeña estancia. El rizoso mujik de la víspera se había sentado en el banco con el ropón puesto. Tenía delante un nuevo samovar y una nueva garrafita de vodka. La de la víspera estaba vacía, y de la nueva faltaba ya más de la mitad. Mitia se levantó de un salto y en un santiamén adivinó que el maldito mujik se había emborrachado otra vez, estaba borracho perdido. Se lo quedó mirando unos momentos, con los ojos saliéndosele de las órbitas. El mujik, en cambio, le contemplaba en silencio y con picardía, con cierta calma ofensiva, incluso con cierta desdeñosa altanería, según creyó entender Mitia, que se precipitó hacia él.

–Permítame; vea... yo... probablemente usted se ha enterado ya por el guardabosque: soy el teniente Dmitri Karamázov, el hijo del viejo Karamázov, con quien se halla usted en tratos por una tala de bosque...

–¡Mentira! –soltó de pronto el mujik, firme y sosegadamente, articulando con precisión las sílabas.

–¿Cómo? ¿Que yo miento? ¿No conoce usted a Fiódor Pávlovich?

–No sé quién es tu Fiódor Pávlovich –articuló el mujik, moviendo pesadamente la lengua.

–¿Y el bosque? Pero si está usted en tratos con él para comprarle el bosque; despierte, vuelva en sí. El padre Pável, el de Ilínskoye, me ha acompañado aquí... Usted escribió a Samsónov y él me ha mandado a verle... –prosiguió Mitia, sofocado.

–¡Mentira! –volvió a articular con toda nitidez Liagavi. Mitia sintió que se le helaban las piernas.

–¡Por compasión, que no se trata de una broma! Usted quizá se halla un poco achispado. Pero, al fin, usted puede hablar, comprender... De otro modo... ¡de otro modo yo no entiendo nada!

–¡Tú eres un granuja!

–¡Por favor! Yo soy Karamázov, Dmitri Karamázov, tengo una propuesta para usted... una propuesta ventajosa... muy ventajosa... precisamente acerca del bosque.

El mujik se acarició la barba con gravedad.

–No, tú has ajustado el trato y ahora me vienes como un canalla. ¡Eres un canalla!

–¡Le aseguro que se equivoca usted!

Mitia se retorcía las manos, desesperado. El mujik seguía acariciándose la barba y de pronto entornó los ojos con picardía.

–No, lo que has de hacer tú es decirme lo siguiente: dime qué ley existe que permita cometer villanías, ¡me oyes! Tú eres un canalla, ¿lo comprendes?

Mitia retrocedió sombrío y de súbito pareció que «algo le diera un golpe en la frente», como él mismo se expresó más tarde. En un abrir y cerrar de ojos se le iluminó el entendimiento, «se encendió una lucecita y lo comprendí todo». Allí estaba de pie, estupefacto, asombrado de que él, al fin y al cabo hombre inteligente, hubiera podido dejarse arrastrar por una estupidez como aquélla, se hubiera metido en una aventura semejante y la hubiera seguido casi durante veinticuatro horas; cómo podía haberse ocupado de aquel Liagavi mojándole la cabeza... «Bueno, este hombre está borracho, borracho perdido, y continuará bebiendo sin cesar una semana entera, ¿a qué esperar, pues? ¿Y si Samsónov me hubiera enviado aquí adrede? Y si ella... ¡Oh, Dios, lo que he hecho!...»

El mujik, sentado, le miraba y se reía burlón. En otras circunstancias, Mitia, llevado por su furor, quizás habría matado a aquel estúpido, pero en aquel momento se sentía débil como un niño. Se dirigió lentamente hacia el banco, tomó su abrigo, se lo puso sin decir palabra y salió de la estancia. En la otra parte de la isba no encontró al guardabosque, no había nadie. Se sacó del bolsillo cincuenta kópeks en calderilla

y los dejó sobre la mesa por pernoctación, por la vela y por la molestia. Al salir de la isba, no vio más que bosques a su alrededor. Se puso en camino al azar, sin acordarse siquiera de si debía doblar hacia la derecha o hacia la izquierda desde la casa del guardabosque; la noche anterior, al acudir presuroso a la isba en compañía del pope, no se había fijado en el camino. No experimentaba en su alma ningún anhelo de venganza hacia nadie, ni siquiera hacia Samsónov. Caminaba por un estrecho sendero del bosque sin pensar en nada, desorientado, «con una idea perdida», sin preocuparse para nada de si iba hacia un lugar o hacia otro. Cualquier niño que le hubiera salido al paso habría podido derribarle, tanta era su debilidad de alma y de cuerpo en aquellos momentos. Comoquiera que fuese, sin embargo, logró salir del bosque: de pronto se encontró ante unos campos segados, desnudos, que se perdían en el horizonte. «¡Qué desesperación, qué muerte en torno!», repetía sin interrumpir su marcha adelante, siempre adelante.

Le salvaron unos pasajeros: un cochero conducía a un viejo mercader por el camino vecinal. Cuando le alcanzaron, Mitia preguntó por el camino y resultó que los pasajeros iban también a Volovia. Cerraron trato y tomaron a Mitia como compañero de viaje. Unas tres horas después, llegaron a la estación de Volovia, donde Mitia pidió en seguida caballos de posta para ir a la ciudad, y de súbito cayó en la cuenta de que estaba hambriento a más no poder. Mientras enganchaban los caballos, le prepararon una tortilla. Se la comió en un momento, se comió todo un gran pedazo de pan, se comió un trozo de salchichón que encontró a mano y se bebió tres vasitos de vodka. Recuperadas las fuerzas, volvió a cobrar ánimos y de nuevo se hizo la luz en su espíritu. Volaba por el camino, apuraba sin cesar al cochero y, de repente, elaboró un nuevo plan, ya «infalible», para procurarse aquel mismo día, antes de la noche, «este maldito dinero». «¡Y pensar, pensar sólo, que por estos miserables tres mil rublos se

pierde un destino humano! –exclamó con desprecio–. ¡Pero hoy mismo lo resuelvo!» Y, quizá, se habría puesto otra vez alegre de no haber estado pensando constantemente en Grúshenka y en si le habría ocurrido algo. Pero esa idea le penetraba cada instante en el alma cual afilado cuchillo. Por fin llegaron, y Mitia se fue corriendo a casa de la joven.

3. Las minas de oro

Ésta era, precisamente, la visita de que con tanto miedo había hablado Grúshenka a Rakitin. Entonces, la joven esperaba al «propio» y estaba muy contenta de que Mitia no se hubiera presentado en todo el día ni el anterior, y abrigaba la esperanza de que, quizá, Dios haría que no se presentase antes de que ella hubiese partido, mas he aquí que de pronto aparece. Ya sabemos lo demás: para librarse de él, Grúshenka le convenció en un instante de que la acompañase a casa de Kuzmá Samsónov con el pretexto de que necesitaba ir allí urgentemente a «contar dinero»; y no bien Mitia la hubo acompañado, al despedirse de él a la puerta del viejo mercader, le hizo prometer que iría a buscarla a medianoche para acompañarla de regreso a su casa. Mitia también se sentía contento de que ella lo dispusiera así: «Si pasa estas horas en casa de Kuzmá Kuzmich, ello significa que no irá a ver a Fiódor Pávlovich... a no ser que mienta», añadió en seguida. Pero a su entender, Grúshenka no mentía. Él, precisamente, formaba parte de un tipo especial de celosos; al apartarse de la mujer amada, en seguida se imaginaba sabe Dios cuántos horrores acerca de lo que a ella le ocurría y de cómo ella le «traicionaba»; mas al precipitarse otra vez a su lado estremecido, anonadado, irrevocablemente convencido de que ella había tenido tiempo ya de engañarle, con sólo mirarle la cara, al ver aquel rostro sonriente, tierno y jovial, recobraba el ánimo al instante, toda sospecha se desvanecía y con go-

zosa vergüenza se reprochaba los celos. Después de haber acompañado a Grúshenka, se apresuró a volver a su casa. ¡Eran tantas las cosas que aún tenía que hacer aquel día! De todos modos, por lo menos se había quitado un peso del corazón. «Lo que necesitaría ahora es enterarme cuanto antes por Smerdiakov de si ayer por la noche no pasó allí nada, de si no fue ella, vete a saber, a casa de Fiódor Pávlovich, ¡oh!», pasó por su cabeza. De modo que apenas había vuelto apresuradamente a su casa cuando los celos le hormigueaban de nuevo en el turbulento corazón.

¡Los celos! «Otelo no es celoso, es confiado», observó Pushkin, y esta observación por sí sola prueba la extraordinaria profundidad de pensamiento de nuestro gran poeta. A Otelo sencillamente se le parte el alma y se le confunde la inteligencia porque *su ideal ha muerto.* Mas Otelo no se esconderá para vigilar, no espiará ni se pondrá al acecho. Al contrario, hizo falta sugerírselo, empujar, exasperarle con copiosos esfuerzos para lograr que sospechara la traición. El celoso verdadero no es así. No es posible siquiera imaginarse la abyección y la caída moral con que puede transigir un celoso sin experimentar ningún remordimiento de conciencia. No se trata de que los celosos sean todos almas viles y sórdidas. Al contrario, con un corazón noble y con un amor puro y abnegado, cabe al mismo tiempo esconderse debajo de una mesa, sobornar a las personas más infames y no experimentar reparo alguno para sumirse en la peor inmundicia del espionaje y de la escucha. Otelo por nada del mundo habría podido resignarse con la traición –no es que no hubiera podido perdonar, sino resignarse–, a pesar de tener el alma dulce e inocente como la de una criatura. No ocurre lo mismo con un auténtico celoso: ¡es difícil imaginarse lo que puede admitir, con qué puede resignarse y lo que es capaz de perdonar un celoso! Los celosos son los más dispuestos a perdonar, y esto lo saben todas las mujeres. El celoso, con una rapidez extraordinaria (claro está, después de una terri-

ble escena al principio), puede y es capaz de perdonar, por ejemplo, una traición ya casi demostrada, abrazos y besos vistos por él mismo, si, por ejemplo, puede decirse al mismo tiempo, como sea, que se trata «de la última vez» y que su rival desde ese momento desaparece, se va al otro extremo del mundo, o que él mismo va a irse con la mujer a alguna parte donde no se presentará jamás el terrible contrincante. Desde luego, la reconciliación no durará más de una hora, porque aun cuando en realidad desaparezca el rival, al día siguiente el celoso inventará otro y arderá en celos por el nuevo contrincante. Y parece natural preguntarse: ¿qué puede haber en un amor ante el que siempre es preciso estar alerta y qué puede valer un amor que necesita una vigilancia tan rigurosa? Mas esto es, precisamente, lo que nunca comprenderá un auténtico celoso, lo cual no es obstáculo para que entre los celosos se encuentren a veces personas en verdad de noble corazón. Es digno de notar, además, que esas personas de corazón noble, mientras se hallan en algún cuartucho escuchando y espiando, aunque comprenden claramente «con su noble corazón» toda la ignominia de que se cubren por propia voluntad, jamás sienten remordimientos de conciencia en aquel momento, por lo menos mientras están en su escondite. Al ver a Grúshenka, Mitia dejó de sentir celos y por un instante se volvió confiado y noble, incluso llegó a despreciarse por sus malos sentimientos. Pero esto sólo significaba que en su amor por aquella mujer había algo mucho más elevado de lo que él mismo suponía: no se reducía a la pasión, a la simple «sinuosidad del cuerpo», de que habló a Aliosha. Mas, cuando Grúshenka hubo desaparecido, Mitia en seguida empezó a sospechar de ella todas las bajezas y perfidias de la traición. En cambio, no sentía por ello ningún remordimiento de conciencia.

Así, pues, los celos le atormentaban de nuevo. En todo caso, necesitaba darse prisa. En primer lugar, tenía que hacerse aunque sólo fuera con un poco de dinero prestado por

breve tiempo. Los nueve rublos de la víspera se habían ido casi por completo en el viaje, y sin nada de dinero, ya se sabe, no hay modo de dar ni un paso. Pero no hacía mucho, al elaborar su nuevo plan en el carruaje, había pensado también dónde hacerse con un poco de dinero prestado por breve tiempo. Poseía dos excelentes pistolas, de las que se usan para batirse en duelo, y balas; si no las había empeñado antes era porque las tenía en más estima que ninguna otra de sus cosas. Hacía ya bastante tiempo, en la taberna La Capital, había conocido a un joven funcionario del que supo que era soltero, que disponía de medios de fortuna y tenía una gran pasión por las armas, de modo que se dedicaba a comprar pistolas, revólveres y puñales, los colgaba en las paredes de su casa, los mostraba a sus amistades con gran satisfacción y era un maestro en explicar el sistema de cada revólver, cómo cargarlo, disparar, etc. Sin pensarlo mucho, Mitia se fue a verle en seguida y le ofreció las dos pistolas como garantía por un préstamo de diez rublos. El funcionario, lleno de alegría, quiso persuadirle de que se las vendiera, pero Mitia no quiso y el otro le prestó los diez rublos declarando que por nada del mundo le cobraría intereses. Se despidieron amigos. Mitia tenía prisa, quería llegar cuanto antes a su glorieta, en la parte trasera de la casa de Fiódor Pávlovich, para llamar en seguida a Smerdiakov. Pero, de este modo, de nuevo quedó patente un hecho, a saber: que tan sólo unas tres o cuatro horas antes de cierto suceso, del que se hablará mucho algo más adelante, Mitia no tenía ni un kópek, hasta el punto de que por diez rublos había empeñado su objeto predilecto, mientras que tres horas más tarde se encontraban en sus manos miles de rublos... Pero me estoy adelantando a los acontecimientos.

En casa de Maria Kondrátievna (la vecina de Fiódor Pávlovich) le esperaba la noticia de la enfermedad de Smerdiakov, lo que le impresionó y le confundió en sumo grado. Escuchó la historia de la caída en el sótano, luego la del ataque

de epilepsia, la llegada del doctor, la solicitud de Fiódor Pávlovich; con curiosidad se enteró también de que su hermano Iván había salido ya aquella mañana hacia Moscú. «Habrá pasado antes que yo por Volovia –pensó Dmitri Fiódorovich, pero Smerdiakov le inquietaba horriblemente–. ¿Qué hacer, ahora, quién va a vigilar, quién me tendrá al corriente?» Se puso a interrogar con impaciencia a aquellas mujeres: ¿no habrían observado nada de particular la noche anterior? Las dos mujeres comprendieron muy bien lo que él quería saber y le disuadieron por completo: no se había presentado nadie, había pasado la noche allí Iván Fiódorovich, «todo se hallaba en perfecto orden». Mitia se quedó pensativo. No cabía duda, también aquella noche había que montar la guardia, pero dónde: ¿ahí, o junto al portalón de Samsónov? Decidió que debía hacerlo en los dos sitios, según las circunstancias, mas por de pronto, por de pronto... El caso era que había llegado la hora de poner en práctica aquel «plan», el de hacía poco, el plan nuevo y ya seguro, que había meditado en el carruaje; aplazarlo resultaba imposible. Mitia decidió sacrificar a ello una hora: «en una hora lo resuelvo todo, me entero de todo, y luego, luego, en primer lugar me iré a casa de Samsónov para informarme de si está allí Grúshenka, volveré aquí en un abrir y cerrar de ojos, y aquí permaneceré hasta las once; después volveré a buscarla a casa de Samsónov para acompañarla cuando regrese a su casa». Y eso fue lo que decidió.

Se fue volando a la casa en que vivía, se lavó, se peinó, se cepilló la ropa, se vistió y encaminó sus pasos a casa de la señora Jojlakova. Su «plan», ¡ay!, se encontraba ahí. Mitia había decidido pedir prestados tres mil rublos a aquella dama. Lo importante es que de súbito, como quien dice repentinamente, se había apoderado de él la insólita certidumbre de que la señora Jojlakova no se los negaría. Quizás alguien se sorprenda de que, dada tal certidumbre, Mitia no se hubiera dirigido antes a esta casa, que pertenecía, en cierto modo,

a su propio mundo, en vez de dirigirse a Samsónov, hombre de otra mentalidad y con quien ni siquiera sabía cómo hablar. Pero el caso es que con Jojlakova, durante el último mes, casi se habían roto las relaciones, aparte de que tampoco antes su amistad había sido mucha, y, sobre todo, sabía perfectamente que ella no podía sufrirle. Esa dama le había odiado desde el principio, sencillamente por ser Mitia el novio de Katerina Ivánovna, mientras que Jojlakova hubiera querido que Katerina Ivánovna le abandonara y se casara con el «simpático Iván Fiódorovich, de caballeresca educación y excelentes maneras». En cambio, odiaba los modales de Mitia. Éste, a su vez, se burlada de Jojlakova y en cierta ocasión llegó a decir de ella que era una dama «tan viva y desenvuelta como poco instruida». Y he aquí que por la mañana, en el carruaje, se sintió iluminado por la más brillante de las ideas: «Si ella no quiere de ningún modo que yo me case con Katerina Ivánovna, si no lo quiere en modo extremo (sabía que casi llegaba al histerismo), ¿por qué razón me va a negar esos tres mil rublos si son, precisamente, para poder dejar a Katia y desaparecer de aquí para siempre? Esas mimadas señoras de la alta sociedad, si llegan a encapricharse por algo ya no regatean nada para que las cosas salgan como ellas quieren. Además, es tan rica», se decía Mitia. En cuanto al «plan» propiamente dicho, se trataba de lo mismo que antes, o sea, de la oferta de sus derechos sobre Chermashnia, mas no ya con un fin comercial, como el día anterior con Samsónov. A aquella dama no iba a presentarle el señuelo de meterse en el bolsillo, por tres mil rublos, un dineral dos veces mayor, seis o siete mil rublos, sino que iba a ofrecerle una noble garantía por el préstamo. A medida que desarrollaba esta nueva idea suya, Mitia se iba entusiasmando, pero siempre le ocurría lo mismo con sus iniciativas, con todas sus repentinas decisiones. Se entregaba con pasión a cada uno de sus nuevos pensamientos. No obstante, al subir al porche de la casa de la señora Jojlakova, experimentó de súbito en la

espalda un escalofrío de terror: en ese segundo tuvo plena conciencia y vio ya con matemática claridad que aquélla era su última esperanza, comprendió que «a no ser degollar y robar a alguien por los tres mil rublos...», ya no le quedaba nada en el mundo, si ahí fracasaba. Serían las siete y media cuando tiró de la campanilla.

Al principio, la empresa parecía sonreírle: no bien se hubo anunciado, le hicieron pasar con una rapidez insólita. «Parece como si me hubiera estado esperando», pensó Mitia, y luego, tan pronto como le hubieron introducido en el salón, entró casi corriendo la dueña de la casa y le declaró de buenas a primeras que le esperaba...

–¡Le estaba esperando, le estaba esperando! Yo no podía ni siquiera imaginarme que usted viniera, usted mismo lo comprende; sin embargo, le estaba esperando, asómbrese de mi instinto, Dmitri Fiódorovich, toda la mañana he estado convencida de que usted vendría hoy.

–Esto es en verdad sorprendente, señora –articuló Mitia, mientras se sentaba con cierta torpeza–, pero... he venido por un asunto de extraordinaria importancia... el más importante de los importantes, es decir, para mí, señora, para mí solo, y tengo prisa...

–Ya sé que es por un asunto importantísimo, Dmitri Fiódorovich, y no lo sé por algún presentimiento ni por retrógradas inclinaciones hacia los milagros (¿ha oído hablar de lo sucedido con el stárets Zosima?), esto, esto es matemático: usted tenía que venir a la fuerza después de todo lo que ha sucedido con Katerina Ivánovna, usted no podía no venir, no podía, esto es matemático.

–Es el realismo de la verdadera vida, señora, ¡ésta es la cuestión! Mas, permítame, sin embargo, exponer...

–Lo dice usted muy bien, Dmitri Fiódorovich, el realismo. Yo ahora soy totalmente partidaria del realismo; en cuanto a los milagros, ya he recibido bastantes lecciones. ¿Se ha enterado usted de que ha muerto el stárets Zosima?

–No, señora; lo oigo por primera vez. –Mitia se sorprendió un poco. En su mente surgió por un instante la imagen de Aliosha.

–Ha sido esta noche, y figúrese usted...

–Señora –interrumpió Mitia–, yo sólo me figuro que me encuentro en una situación desesperada, y que si usted no me ayuda se hundirá todo, y el primero en hundirse seré yo. Perdone la trivialidad de la expresión, pero me consumo, tengo fiebre...

–Lo sé, sé que tiene usted fiebre, lo sé todo; usted no puede encontrarse en otro estado de ánimo, todo cuanto pueda decirme lo sé ya de antemano. Hace tiempo que vengo reflexionando sobre su destino, Dmitri Fiódorovich, lo observo y lo estudio... Oh, créame que soy un experimentado doctor de almas, Dmitri Fiódorovich.

–Señora, si usted es un experimentado doctor, yo soy un enfermo de mucha experiencia –repuso Mitia, esforzándose en ser amable–, y presiento que si tanto se interesa usted por mi destino, también me ayudará en el desastre, mas para ello permítame usted, ya, exponerle el plan con que me he arriesgado a presentarme... y decirle lo que de usted espero... He venido, señora...

–No lo exponga, esto es secundario. En cuanto a la ayuda, no será usted el primero a quien ayude, Dmitri Fiódorovich. Probablemente ha oído hablar de mi prima Belmésova; su marido se perdía, se hundía, como acaba usted de decir con mucha precisión, Dmitri Fiódorovich; pues bien, le aconsejé que se dedicara a la cría de caballos y ahora la fortuna le sonríe. ¿Tiene usted alguna idea de la cría de caballos, Dmitri Fiódorovich?

–Ni la más mínima, señora; ¡oh, señora, ni la más mínima! –gritó Mitia con nerviosa impaciencia, y hasta por poco se levanta de su asiento–. Sólo le suplico, señora, que me escuche, déjeme hablar sólo dos minutos para que pueda exponerle el proyecto que me ha traído aquí. Además, me falta

tiempo, ¡tengo una prisa horrible!... –Se puso a gritar histéricamente Mitia, al darse cuenta de que ella iba a ponerse a hablar otra vez, y con la esperanza de gritar más fuerte–. He venido desesperado... en el último grado de la desesperación, para pedirle prestados tres mil rublos, prestados, pero con una garantía segura, segurísima, señora, ¡con una seguridad total! Permítame sólo exponer...

–¡Todo esto después, después! –replicó a su vez la señora Jojlakova, agitando una mano ante él–. Además, todo lo que pueda usted contarme lo sé de antemano, ya se lo he dicho. Usted pide una suma, usted necesita tres mil rublos, pero yo le daré más, infinitamente más, yo le salvaré, Dmitri Fiódorovich, ¡pero es necesario que me obedezca usted!

Mitia por poco brinca otra vez de su asiento.

–¡Señora, es posible que sea usted tan buena! –gritó con una vivísima emoción–. ¡Oh, Dios! Usted me ha salvado. Usted salva a un hombre, señora, de la muerte violenta, de la pistola... El eterno agradecimiento mío...

–¡Le daré más de tres mil rublos, infinitamente más! –gritó la señora Jojlakova, contemplando con radiante sonrisa el entusiasmo de Mitia.

–¿Infinitamente más? No hace falta tanto. Sólo son necesarios esos tres mil rublos, fatales para mí; yo, por mi parte, he venido a garantizarle esta suma con una gratitud infinita y le proponga un plan, que...

–Basta, Dmitri Fiódorovich, dicho y hecho –interrumpió la señora Jojlakova con la triunfal modestia de una bienhechora–. Le he prometido salvarle, y le salvaré. Le salvaré a usted como hice con Belmésova. ¿Qué piensa usted de las minas de oro, Dmitri Fiódorovich?

–¡De las minas de oro, señora! Nunca he pensado en ellas.

–¡Pues lo he hecho yo por usted! ¡Lo he pensado y lo he vuelto a pensar! Hace ya un mes que le estoy observando con ese fin. Cien veces le he mirado cuando pasaba por aquí y me he repetido: éste es un hombre enérgico, debería ir a las mi-

nas de oro. Me he fijado incluso en su manera de andar y he llegado a la conclusión de que es usted un hombre que encontrará muchas minas.

–¿Por la manera de andar, señora? –se sonrió Mitia.

–Desde luego, también por la manera de andar. ¿Acaso niega usted que por la manera de andar puede reconocerse el carácter de una persona, Dmitri Fiódorovich? Las ciencias naturales lo confirman. Oh, ahora yo soy realista, Dmitri Fiódorovich. Desde el día de hoy, después de esa historia en el monasterio, que tanto me ha afectado, soy realista de pies a cabeza y quiero lanzarme a la actividad práctica. Estoy curada. ¡Basta!, como dijo Turguénev.

–Pero, señora, esos tres mil rublos que usted tan generosamente ha prometido prestarme...

–No le faltarán, Dmitri Fiódorovich –le interrumpió en seguida la señora Jojlakova–; es como si los tuviera usted ya en el bolsillo, y no sólo tres mil, sino tres millones, Dmitri Fiódorovich, ¡y ello en el plazo más breve! Le voy a decir cuál es mi idea: hallará usted minas, ganará usted millones, volverá aquí y se convertirá en un hombre de acción, que nos hará avanzar también a nosotros, orientándonos hacia el bien. ¿Acaso ha de dejarse todo para los judíos? Usted construirá edificios y fundará empresas. Usted ayudará a los pobres, y éstos le bendecirán. El siglo actual es el de los ferrocarriles, Dmitri Fiódorovich. Se hará usted famoso e indispensable al Ministerio de Hacienda, que sufre ahora tantas necesidades. La caída de nuestro rublo en papel moneda no me deja dormir, Dmitri Fiódorovich; en este sentido aún me conocen poco...

–¡Señora, señora! –con angustioso presentimiento volvió a interrumpir Dmitri Fiódorovich–. Es posible que yo siga mucho, muchísimo, su consejo, este sabio consejo suyo, señora, y que me dirija, quizás, allí... a esas minas... y volveré otra vez a hablar de ello con usted... incluso muchas veces... Mas ahora, esos tres mil rublos que usted tan magnánimamente... ¡Oh!, me sacarían del atolladero, y si es posible

hoy... Es decir, ¿comprende?, no dispongo ni de una hora, ni de una hora de tiempo...

–¡Basta, Dmitri Fiódorovich, basta! –cortó con insistencia la señora Jojlakova–. Una pregunta: ¿irá a las minas de oro o no irá? ¿Se ha decidido del todo? Responda matemáticamente.

–Iré luego, señora... Iré adonde quiera, señora... mas ahora...

–¡Espere, espere! –gritó la señora Jojlakova, levantándose rápidamente, y precipitándose hacia su magnífico escritorio, de infinito número de cajoncitos, empezó a abrirlos uno tras otro, en busca de alguna cosa, con terribles prisas.

«¡Los tres mil rublos! –pensó Mitia con el corazón en vilo–, y esto ahora mismo, sin papeles de ninguna clase, sin formalidades... ¡Oh, como entre caballeros! Es una mujer admirable, y si no fuera tan parlanchina...»

–¡Aquí está! –exclamó llena de alegría la señora Jojlakova, volviendo hacia Mitia–. ¡Aquí está lo que buscaba!

Era una diminuta medalla de plata colgando de una cadenita, como las que a veces se llevan sobre el pecho con una pequeña cruz.

–Es de Kíev, Dmitri Fiódorovich –continuó con unción la señora–; ha tocado las reliquias de Santa Bárbara, la gran mártir. Permítame que yo misma se la ponga al cuello y que le bendiga por su nueva vida y sus nuevas hazañas.

En efecto, le pasó la cadenita alrededor del cuello y se disponía a colocarle bien la medalla. Mitia, extraordinariamente confuso, inclinó la cabeza y la ayudó hasta que, al fin, logró deslizar la medallita, por debajo del cuello de la camisa y de la corbata, sobre el pecho.

–Bien, ¡ahora puede usted ponerse en camino! –articuló la señora Jojlakova, sentándose majestuosamente otra vez en su sitio.

–Señora, estoy tan emocionado... no sé siquiera cómo agradecerle... tales sentimientos, pero... ¡si supiera usted lo

que cuenta para mí ahora el tiempo!... Esa suma que tanto espero de su magnanimidad... Oh, señora, ya que es usted tan buena, tan enternecedoramente magnánima conmigo –exclamó como en un rapto de inspiración–, permítame que le confiese... aunque lo sabe usted ya hace tiempo... que yo amo aquí a una criatura... He traicionado a Katia... a Katerina Ivánovna, quiero decir. Oh, he sido inhumano y deshonesto ante ella, pero aquí me he enamorado de otra... de una mujer, señora, quizá despreciada por usted, porque usted ya lo sabe todo, pero a la que no puedo dejar, de ningún modo, y por esto, ahora, esos tres mil rublos...

–¡Déjelo todo, Dmitri Fiódorovich! –le interrumpió la señora Jojlakova con energía–. Déjelo, deje sobre todo a las mujeres. Ahora su objetivo son las minas de oro y allí no hay para qué llevar mujeres. Después, cuando usted regrese rico y cubierto de gloria, encontrará a la amiga del corazón en la más alta sociedad. Será una mujer moderna, instruida y libre de prejuicios. Para aquel entonces, precisamente, habrá madurado el problema femenino que ahora comienza a plantearse y aparecerá una mujer nueva...

–Señora, no se trata de eso, no es eso... –Dmitri Fiódorovich casi juntó las manos, suplicante.

–Sí, es eso, Dmitri Fiódorovich, es precisamente eso lo que usted necesita, lo que usted anhela sin saberlo. No estoy al margen ni mucho menos de la cuestión femenina, Dmitri Fiódorovich. El progreso de la mujer y hasta su papel político en el futuro más inmediato, son mi ideal. Yo tengo una hija, Dmitri Fiódorovich, y en ese sentido me conocen poco. Sobre ese particular escribí a Schedrín[1]. Este escritor me ha señalado tantas y tantas cosas en la misión de la mujer, que el año pasado le mandé una carta anónima de dos líneas: «Le abrazo y le beso, escritor mío, en nombre de la mujer mo-

1. Saltikov-Schedrín (1826-1889), escritor satírico, luchador decidido e infatigable contra el absolutismo.

derna; prosiga». Y firmé: «Una madre». Habría deseado firmar: «Una madre contemporánea», y vacilé, pero sólo puse la palabra «madre», que contiene más belleza moral, aparte de que la palabra «contemporánea» le habría recordado su revista *El Contemporáneo*, de amarga memoria para él, dada la actual censura... Ah, Dios mío, ¿qué le pasa?

–Señora –por fin Mitia se levantó bruscamente, juntando ante ella las manos en impotente súplica–, me hará usted llorar, señora, si demora lo que tan generosamente...

–¡Y llore usted un poco, Dmitri Fiódorovich, llore un poco! Esto es prueba de magníficos sentimientos... ¡El camino que va usted a emprender! Las lágrimas le aliviarán, después regresará usted y sentirá una alegría inmensa. Vendrá usted a verme directamente desde Siberia para compartir conmigo su alegría...

–Pero, permítame también a mí hablar –vociferó de súbito Mitia–, se lo suplico por última vez; dígame, ¿puedo recibir hoy, de usted, la suma prometida? Si no, ¿cuándo puedo venir a buscarla?

–¿Qué suma, Dmitri Fiódorovich?

–Los tres mil rublos prometidos... que usted tan magnánimamente...

–¿Tres mil? ¿Tres mil rublos? Oh, no, yo no tengo tres mil rublos –repuso la señora Jojlakova con tranquila sorpresa.

Mitia se quedó atónito.

–Cómo, pues, usted... ahora mismo... usted ha dicho... ha declarado, incluso, que era como si yo los tuviera ya en el bolsillo...

–Oh, no, usted no me ha comprendido bien, Dmitri Fiódorovich. Si es así, no me ha comprendido usted. Yo me refería a las minas de oro... Cierto, le he prometido más, infinitamente más de tres mil rublos, ahora lo recuerdo, pero yo pensaba únicamente en las minas de oro.

–¿Y el dinero? ¿Y los tres mil rublos? –gritó estúpidamente Mitia.

–Oh, si usted entendía mis palabras como si yo me refiriera a dinero, he de decirle que no lo tengo. Ahora me encuentro completamente sin dinero, Dmitri Fiódorovich; precisamente estoy peleando por ello con mi administrador y hace unos días tuve que pedir prestados quinientos rublos a Miúsov. No, no, dinero no tengo. Y sepa, Dmitri Fiódorovich, que aunque lo tuviese, no se lo daría a usted. En primer lugar, no presto dinero nunca. Prestar dinero significa reñir. Pero a usted, a usted sobre todo no se lo prestaría, aun queriéndole no se lo prestaría, para salvarle, pues usted no necesita más que una cosa: ¡las minas, las minas y las minas!...

–¡Oh, al demonio!... –rugió Mitia, y con todas sus fuerzas dio un puñetazo sobre la mesa.

–¡Ay, ay! –gritó Jojlakova asustada, corriendo hacia el otro extremo del salón.

Mitia escupió y a grandes zancadas salió de la estancia y de la casa, a la calle, ¡a la oscuridad! Caminaba como un loco dándose golpes en el pecho, en el mismo lugar donde se había golpeado dos días antes en presencia de Aliosha, la última vez que le había visto, al anochecer, en el camino. Todavía era un secreto lo que significaba ese golpearse el pecho *en el mismo lugar,* y lo que con ello quería indicar Mitia era un secreto que no conocía nadie, no lo había descubierto ni siquiera entonces a Aliosha, pero en aquel secreto se encerraba para él algo más que el deshonor, se encerraban la perdición y el suicidio; así lo había decidido, si no obtenía aquellos tres mil rublos para devolverlos a Katerina Ivánovna y no quitaba de su pecho, *de este lugar del pecho,* la vergüenza que ahí llevaba y que tanto le oprimía la conciencia. Todo esto se aclarará por completo al lector más adelante; ahora he de decir que Mitia, aquel hombre tan fuerte físicamente, perdida su última esperanza, no bien se hubo alejado unos pasos de la casa de Jojlakova, se deshizo en un mar de lágrimas, como una criatura. Caminaba, semiinconsciente, y se secaba las lágrimas con el puño. De este modo llegó a la

plaza y de pronto notó que chocaba de lleno con algo. Era una viejecita a la que Mitia por poco derriba y que lanzó un penetrante chillido.

–¡Señor, casi me mata! ¡Qué manera es ésta de andar por la calle, alocado!

–Cómo, ¿es usted? –gritó Mitia, mirando atentamente a la viejecita en la oscuridad.

Era la vieja criada de Kuzmá Samsónov, Mitia se había fijado muy bien en ella el día anterior.

–Y usted, ¿quién es, joven? –preguntó la viejecita en un tono de voz completamente distinto–. No le reconozco en la oscuridad.

–Usted vive en casa de Kuzmá Kuzmich, usted es su criada, ¿verdad?

–Exacto, señor, ahora he salido un momento para ir hasta casa de Prójorich... Pero no llego a reconocerle.

–Dígame, abuela, ¿está ahora Agrafena Alexándrovna en casa de Kuzmá Kuzmich? –preguntó Mitia, temblando de angustia–. Yo mismo la he acompañado hasta allí no hace mucho.

–Ha estado, señor; ha venido, se ha quedado unos momentos y se ha marchado.

–¿Cómo? ¿Se ha marchado? –gritó Mitia–. ¿Cuándo se ha marchado?

–Sí, se ha marchado en seguida, ha estado muy poco con nosotros. Ha contado un cuento a Kuzmá Kuzmich, le ha hecho reír y ha salido corriendo.

–¡Mientes, maldita! –rugió Mitia.

–¡Ay, ay! –se puso a chillar la viejecita.

Pero Mitia ya había desaparecido; corrió con todas sus fuerzas a casa de Morózova. Entretanto, Grúshenka se dirigía a Mókroie, hacía poco más de un cuarto de hora que había partido. Fenia se hallaba en la cocina con su abuela, la cocinera Matriona, cuando de súbito el «capitán» hizo irrupción en la casa. Al verle, Fenia se puso a gritar a voz en cuello.

–¿Gritas? –vociferó Mitia–. ¿Dónde está?

Pero sin dar tiempo a que Fenia, muerta de miedo, respondiera una sola palabra, se dejó caer de rodillas a sus pies:

–Fenia, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dime, ¿dónde está?

–Señor, no sé nada; mi buen Dmitri Fiódorovich, no sé nada, aunque me mate, no sé nada –juraba y volvía a jurar Fenia–; usted mismo ha salido con ella no hace mucho...

–¡Ha vuelto!...

–No ha vuelto, mi buen Dmitri Fiódorovich, se lo juro en nombre de Dios, ¡no ha vuelto!

–¡Mientes! –gritó Mitia–. ¡Me basta tu miedo para saber dónde se encuentra!...

Salió corriendo. La asustada Fenia se alegraba de haber salido tan fácilmente de aquel trance, pero comprendía muy bien que si Mitia no hubiera tenido mucha prisa mal lo habría pasado ella, quizá. Mas, al salir corriendo, Mitia dejó sorprendidas a Fenia y a la vieja Matriona por una inesperada extravagancia: sobre la mesa había un almirez de cobre con su pequeña mano, cuya longitud no pasaría de unas diez pulgadas. Mitia había abierto ya la puerta, cuando con la mano libre cogió al vuelo la mano del almirez, se la metió en el bolsillo y desapareció.

–¡Ah, Señor! ¡Quiere matar a alguien! –exclamó Fenia juntando las manos.

4. En la oscuridad

¿Hacia dónde corría? Sabido es: «¿Dónde podía encontrarse ella, sino en casa de Fiódor Pávlovich? Habrá ido directamente al dejar a Samsónov, ya no hay duda. Ahora ya resultan bien claros la intriga y el engaño...». Todo esto volaba en su cabeza como un torbellino. Mitia no se metió por el patio de Maria Kondrátievna: «Allí no hay que ir, no hay que ir de

ningún modo... para evitar la más mínima alarma... darían cuenta en seguida, darían cuenta... Maria Kondrátievna, por lo visto, forma parte de la conjura, y Smerdiakov también, también, ¡todos han sido sobornados!». Tomó otra decisión: dio una gran vuelta, a través de una callejuela, rodeando la casa de Fiódor Pávlovich, pasó por la calle Dmítrovskaia, cruzó luego la pasarela y llegó así al callejón solitario de la parte trasera de los patios, deshabitado y desierto, con el seto de un huerto vecino por un lado y con la fuerte y alta valla que cercaba el huerto de Fiódor Pávlovich por el otro. Mitia eligió un lugar para escalarla, al parecer, el mismo por el que Lizaveta Smerdiáschaia saltó en otro tiempo la valla, según tradición de él conocida. «Si aquélla pudo saltar –le centelleó en la cabeza, sabe Dios por qué–, ¿no voy a hacerlo yo?» Y, en efecto, al primer impulso, logró agarrarse con una mano en la parte alta de la valla, se alzó luego con enérgico esfuerzo, subió de una vez y se sentó a horcajadas encima. Ahí cerca, en el huerto, se encontraba la dependencia que servía de baño, pero desde la valla se veían también las ventanas de la casa iluminadas. «Naturalmente, en la alcoba del viejo hay luz, ¡ella está ahí!», y saltó al huerto. Aun sabiendo que Grigori estaba enfermo, que quizá Smerdiakov en verdad también había caído enfermo y que nadie, por tanto, podía oír nada, se escondió instintivamente, se quedó inmóvil en su lugar y aguzó el oído. Mas por doquier reinaba un silencio de muerte y, como hecho adrede, la calma era absoluta, no soplaba ni el más leve vientecillo.

«Y sólo balbucea el silencio» –quién sabe por qué razón este verso le cruzó la memoria–. «Mientras no me haya oído nadie saltar... parece que no.» Después de haber permanecido inmóvil un minuto, se puso a caminar suavemente por el huerto, por la hierba; caminó largo rato, evitando los árboles y los arbustos, dando todos los pasos con gran circunspección y escuchándolos atentamente uno a uno. Tardó unos cinco minutos en llegar cerca de una ventana ilumina-

da. Recordó que allí, debajo de las mismas ventanas, había varias matas altas y tupidas de saúcos y sauquillos. La puerta de la casa que daba salida al jardín, en la parte izquierda de la fachada, estaba cerrada, cosa que Mitia observó con toda atención y cuidado al pasar. Por fin, llegó junto a las matas altas y se escondió tras ellas. Apenas respiraba. «Ahora hace falta esperar un poco –pensaba–. Si han oído mis pasos y están escuchando, conviene que se tranquilicen... Mientras no tosa o no estornude...»

Dejó pasar unos dos minutos, pero el corazón le latía con terrible fuerza; había instantes en que casi se ahogaba. «No, las palpitaciones del corazón no me pasarán –pensaba–, no puedo esperar más.» Estaba de pie tras un arbusto, en la sombra. La mitad anterior del arbusto quedaba iluminada por la luz de la ventana. «Es un sauquillo, ¡qué rojas son sus bayas!», balbuceó sin saber por qué. Despacio, muy suavemente, ahora un paso y luego otro, se acercó a la ventana y se levantó de puntillas. La alcoba de Fiódor Pávlovich se le ofreció a la vista como sobre la palma de la mano. Era una pequeña estancia, separada transversalmente en dos por unos biombitos rojos, «los chinos», como los llamaba Fiódor Pávlovich. «Los chinos –pasó por la mente de Dmitri Pávlovich–, y tras ellos, Grúshenka.» Se fijó en su padre; llevaba una nueva bata de seda a rayas, que Mitia aún no le había visto nunca, ceñida con un cordón con borlas, también de seda. Por el cuello abierto de la bata se veía elegante ropa blanca, una fina camisa de Holanda con botones de oro. Llevaba en la cabeza el mismo vendaje de tela roja que Aliosha le había visto. «Se ha emperifollado», pensó Mitia. Fiódor Pávlovich se hallaba de pie cerca de la ventana, por lo visto sumido en sus pensamientos; de pronto, sacudió la cabeza, aguzó levemente el oído y, no habiendo percibido nada, se acercó a la mesa, se sirvió de una garrafita medio vasito de coñac y se lo bebió. Luego respiró a pleno pulmón, volvió a quedarse inmóvil unos momentos, se dirigió como distraí-

do hacia el espejo de un paño de la pared, con la mano derecha se alzó un poco el vendaje rojo de la frente y se contempló los cardenales y chichones que aún no le habían desaparecido. «Está solo –pensó Mitia–, con toda probabilidad está solo.» Fiódor Pávlovich se apartó del espejo, se volvió de repente hacia la ventana y miró afuera. Mitia, de un brinco, saltó a la sombra.

«Es posible que ella esté detrás de los biombos, quizá ya duerme», se dijo, sintiendo como un alfilerazo en el corazón. Fiódor Pávlovich se alejó de la ventana. «Mira por la ventana para ver si viene; así, pues, ella no está: ¿qué buscaría, si no, en las tinieblas?... Esto quiere decir que la impaciencia le consume...» Mitia en seguida volvió a acercarse de un salto y de nuevo miró por la ventana. El viejo ya se había sentado a la mesa, visiblemente entristecido. Por fin apoyó en ella un codo con la palma de la mano derecha en la mejilla. Mitia observaba ávidamente.

«¡Está solo, está solo! –se repetía otra vez–. Si se encontrase aquí, él tendría otra cara.» Cosa extraña: de pronto experimentó en el corazón un despecho absurdo e incomprensible por el hecho de que ella no se hallase ahí. «No es porque ella no se encuentra aquí –comprendió y se dijo al instante Mitia–, sino porque no puedo enterarme con seguridad de si está o no está.» Mitia recordó luego que en ese momento tenía la cabeza en extremo lúcida, nada le pasaba inadvertido y captaba hasta los más pequeños detalles. Pero la angustia, aquella angustia del no saber y de la indecisión, se le apoderaba del alma con una rapidez inusitada. «¿Está aquí, al fin, o no está aquí?», el corazón le hervía de rabia. Y de repente se decidió, alargó el brazo y golpeó con suavidad el marco de la ventana. Golpeó según la señal convenida entre el viejo y Smerdiakov: los dos primeros golpes, más suaves; luego, otros tres más rápidos: tuc-tuc-tuc; era la señal que significaba «Grúshenka ha venido». El viejo se estremeció, alzó la cabeza, se levantó bruscamente y se precipitó hacia la venta-

na. Mitia se retiró a la sombra. Fiódor Pávlovich abrió la ventana y asomó la cabeza entera.

–¿Eres tú, Grúshenka? ¿Eres tú? –articuló con tembloroso balbuceo–. ¿Dónde estás, amor mío, dónde estás, angelito? –Se hallaba terriblemente emocionado, se sofocaba.

«¡Está solo!», concluyó Mitia.

–¿Pero dónde estás? –gritó otra vez el viejo, y sacó más aún la cabeza, se asomó hasta los hombros, mirando en todas direcciones, a derecha y a izquierda–. Ven aquí; te tengo preparada una golosinita, ven, ¡te la enseñaré!...

«Se refiere al paquete con los tres mil rublos», pensó por un momento Mitia.

–Pero, ¿dónde estás?... ¿Junto a la puerta, quizá? Voy a abrir...

Y el viejo casi se deslizó por la ventana, mirando hacia la derecha, donde se encontraba la puerta que daba al huerto, procurando ver en la oscuridad. Un segundo más, y se precipitaría sin duda alguna a abrir la puerta sin esperar la respuesta de Grúshenka. Mitia miraba de costado, inmóvil. Todo el perfil del viejo, que le era tan odioso, su colgante nuez de la garganta, su nariz curva, los labios que sonreían en ansia voluptuosa, todo ello quedaba claramente iluminado por la oblicua luz de la lámpara, que llegaba desde la parte izquierda de la estancia. Una rabia espantosa, frenética, empezó a fermentar, de pronto, en el corazón de Mitia: «¡Ahí está mi rival, mi verdugo, el enemigo de mi vida!». Era un acceso de aquel mismo furor repentino, vengativo y frenético a que se había referido, como presintiéndolo, al hablar con Aliosha en la glorieta hacía cuatro días, al contestar a la pregunta que su hermano le había formulado: «¿Cómo puedes decir que matarás al padre?».

«Yo qué sé, no lo sé –había respondido entonces–; quizá no le mate, quizá sí. Temo que *al verle la cara en aquel mismo momento* se me haga odioso. Odio la nuez de su garganta, su nariz, sus ojos, su desvergonzada sonrisa. Me causa

repugnancia física. Esto es lo que temo. Y que no pueda dominarme...»

La repugnancia física llegó a hacerse insoportable. Mitia perdió la conciencia de sus actos y, de súbito, agarró la mano de almirez de cobre que llevaba en el bolsillo...

... ...

«Dios –según dijo el propio Mitia más tarde– velaba por mí entonces»: precisamente en aquel momento despertó en su lecho el enfermo Grigori Vasílievich. Aquel día, al atardecer, se había sometido a la cura de que Smerdiakov había hablado a Iván Fiódorovich; o sea, con ayuda de su esposa se había friccionado todo el cuerpo con vodka y una infusión secreta más fuerte; después se había bebido el resto mientras su esposa rezaba junto a él, en voz baja, «una oración», y se había acostado a dormir. Marfa Ignátievna también probó la mixtura y, como no estaba habituada al alcohol, se quedó dormida como un tronco al lado de su esposo. Mas he aquí que de manera totalmente inesperada, Grigori se despertó en plena noche, reflexionó un momento y, pese a que sintió un vivo dolor en la cintura, se sentó en la cama. Luego volvió a reflexionar, se levantó y se dio prisa a vestirse. Quizá le remordió la conciencia por dormir estando la casa sin guarda «en un tiempo tan peligroso». Rendido por la epilepsia, Smerdiakov yacía sin movimiento en otro cuartucho. Marfa Ignátievna ni se movió siquiera. «Ya no es la misma, se cansa la mujer», pensó Grigori Vasílievich mirándola, y salió al pequeño porche, carraspeando. Naturalmente, su intención era echar sólo un vistazo desde el porche, pues no se sentía con fuerzas para andar, el dolor de la cintura y de la pierna derecha le resultaba intolerable. Mas en aquel momento se acordó de que al atardecer no había cerrado con candado la puertecita del huerto. Era un hombre muy metódico y puntual, de normas establecidas de una vez para siempre y de costumbres inveteradas. Cojeando y retorciéndose de dolor,

bajó del porche y se dirigió al huerto. En efecto, la puertecilla estaba completamente abierta. Entró en el huerto maquinalmente: quizá fue sólo un efecto de la imaginación, quizá percibió algún ruido, pero miró hacia la izquierda y vio abierta la ventana de la alcoba del señor, desierta, por la que ya nadie se asomaba. «¿Por qué está abierta? ¡No estamos en verano!», pensó Grigori, y de pronto, en aquel mismísimo instante, divisó en el huerto algo insólito. A unos cuarenta pasos ante él, en la oscuridad, parecía deslizarse un hombre, se movía con extraordinaria rapidez una sombra. «¡Oh, Dios!», profirió Grigori, y sin darse cuenta de lo que hacía, olvidándose de su dolor de cintura, echó a correr para atajar al fugitivo. Tomó el camino más corto, por lo visto conocía mejor el huerto que el otro; el fugitivo se dirigió hacia el baño, lo rebasó, se lanzó hacia la valla... Grigori le seguía sin perderle de vista, corría con toda el alma. Llegó al pie de la valla precisamente en el instante en que el fugitivo la estaba escalando. Fuera de sí, Grigori lanzó un grito estentóreo, se abalanzó y se agarró con las dos manos a la pierna del que huía.

Su presentimiento no le había engañado; reconoció a aquel hombre, era él, ¡el «monstruo parricida»!

–¡Parricida! –vociferó el viejo con un grito que resonó en todos los alrededores, pero fue lo único que tuvo tiempo de gritar; de repente, cayó como fulminado por el rayo.

Mitia saltó de nuevo al huerto y se inclinó sobre él. Empuñaba la mano de almirez y la arrojó maquinalmente sobre la hierba. El instrumento cayó a dos pasos de Grigori, pero no sobre la hierba, sino en el sendero, en el lugar más visible. Durante unos segundos, Mitia contempló al hombre tendido a sus pies. El viejo tenía la cabeza ensangrentada; Mitia tendió la mano y empezó a palpar. Recordó más tarde con toda claridad que en aquel momento sentía unos terribles deseos de «convencerse por completo» de si había roto el cráneo al viejo o de si únicamente le había «dejado sin sentido» por el golpe que le había asestado en la sien. Pero la sangre fluía,

fluía espantosamente y en un momento inundó con un chorro caliente los temblorosos dedos de Mitia. Recordó también que había sacado del bolsillo un pañuelo blanco limpio, del que se había provisto para ir a casa de la señora Jojlakova, y lo había aplicado a la cabeza del viejo, esforzándose estúpidamente en limpiarle de sangre la frente y el rostro. Pero en unos segundos el pañuelo quedó empapado. «Señor, ¿qué estoy haciendo? –Mitia, de pronto, volvió en sí, como si despertara–. Cómo me voy a enterar de si le he roto la cabeza... Además, ¡qué importa, ahora! –añadió desesperado–. Si le he muerto, muerto está... ¡Le ha tocado al viejo y ya no hay remedio!», articuló en voz alta, y precipitándose hacia la valla, trepó, saltó a la callejuela y echó a correr. Llevaba apretado en la mano derecha el pañuelo ensangrentado y, sin dejar de correr, se lo metió en el bolsillo posterior del chaqué. Corría hasta perder el aliento, y algunos raros viandantes que se cruzaron con él por las oscuras calles de la ciudad recordaron después haber visto aquella noche a un hombre que corría como un enajenado. Volaba de nuevo a casa de Morózova. Poco antes, no bien hubo salido él de la casa, Fenia se había precipitado al aposento del portero mayor, Nazar Ivánovich, y en nombre de «Cristo, Nuestro Señor» le había suplicado que «no dejara entrar más al capitán, ni hoy ni mañana». Nazar Ivánovich, después de escucharla, estuvo de acuerdo, mas por desdicha tuvo que subir a ver a la señora, que inesperadamente había mandado llamarle, y encargó a un sobrino suyo, a quien encontró al pasar, mozo de unos veinte años llegado hacía poco de la aldea, que vigilara el patio hasta que él volviese y se olvidó de advertirle lo del capitán. Mitia llegó al portalón del patio y llamó. El mozo, a quien en más de una ocasión había dado propina, le abrió sin demora la puertecita de entrada y, sonriendo alegremente, se apresuró a comunicarle muy lisonjero que «Agrafena Alexándrovna ahora no está en casa».

–¿Dónde está, Prójor? –Mitia se detuvo.

–No hace mucho que ha salido, cosa de unas dos horas; ha ido a Mókroie con Timoféi.

–¿A qué? –gritó Mitia.

–Esto no puedo saberlo yo; ha ido a ver a un oficial, no sé quién, que la ha llamado desde allí y le ha mandado un coche para que fuese...

Mitia le dejó plantado y corrió como loco a ver a Fenia.

5. Súbita decisión

Fenia estaba en la cocina, con su abuela; las dos mujeres ya se disponían a acostarse. Confiando en Nazar Ivánovich, tampoco habían cerrado por dentro. Mitia irrumpió en la cocina, se precipitó hacia Fenia y la agarró enérgicamente por el cuello.

–Dime ahora mismo, ¿dónde está, con quién se encuentra ahora en Mókroie? –rugió fuera de sí.

Las dos mujeres dieron un chillido.

–Ay, se lo diré; ay, mi buen Dmitri Fiódorovich, ahora mismo se lo diré todo, no ocultaré nada –gritó a toda velocidad Fenia, mortalmente asustada–. Está en Mókroie, ha ido a reunirse con el oficial.

–¿Con qué oficial? –vociferó Mitia.

–Con el de antes, con el mismo, con el que era su oficial antes, hace cinco años, el que la abandonó y se fue –seguía diciendo Fenia.

Dmitri Fiódorovich retiró la mano con que le apretaba la garganta. Estaba de pie ante la joven, pálido como un muerto, sin decir palabra, mas por los ojos se le notaba que lo había comprendido todo de golpe, todo; media palabra le había bastado para comprenderlo todo de una vez hasta el último detalle, todo lo adivinaba. No era la pobre Fenia, desde luego, quien podía observar en aquel momento si él había comprendido o no. Permanecía en ese momento tal como se encontra-

ba, sentada en un baúl, cuando Mitia había irrumpido en la cocina; temblaba toda ella, extendiendo los brazos hacia delante como si deseara defenderse, y en esta posición quedó como petrificada. Inmóvil, clavó en él sus pupilas llenas de miedo, dilatadas por el terror. Aquel hombre, además, tenía las dos manos manchadas de sangre. Por el camino, al correr, se las había pasado, con toda seguridad, por la frente, para secarse el sudor de la cara, de modo que en la misma frente y en la mejilla derecha le habían quedado manchas rojas de sangre. Fenia podía sufrir de un momento a otro un ataque de histerismo. En cuanto a la vieja cocinera, se había levantado y miraba como loca, casi desmayada. Dmitri Fiódorovich siguió de pie un minuto poco más o menos y, de súbito, se dejó caer maquinalmente en una silla, al lado de Fenia.

Se sentó y no es que reflexionara, sino que parecía hallarse presa del miedo, como pasmado. Mas todo resultaba claro como el día: ese oficial... Mitia conocía su existencia, lo sabía todo muy bien, se había enterado por la misma Grúshenka; sabía que un mes antes, aquel hombre había escrito. Así, hace un mes, durante todo un mes se han tramado las cosas a su espalda, como un gran secreto, hasta la llegada de ese nuevo individuo, ¡y no había pensado en él! ¿Cómo es posible que no pensara en él? ¿Por qué se había olvidado entonces de ese oficial, por qué lo había olvidado no bien tuvo noticia de él? Ésta era la cuestión que se le planteaba como algo monstruoso. Y contemplaba ese algo monstruoso realmente asustado, con escalofríos de miedo.

De pronto se puso a hablar con Fenia dulce y humildemente, como un niño bueno y tímido, sin acordarse para nada de que acababa de aterrorizarla, de que la había ofendido y atormentado. Interrogó a Fenia, lo hizo con una precisión extraordinaria, incluso sorprendente teniendo en cuenta el estado en que se encontraba. Y Fenia, aunque le miraba con horror las manos ensangrentadas, también le respondía a cada pregunta con una pasmosa buena voluntad y diligencia, hasta

como si tuviera prisa por contarle «la pura verdad». Poco a poco fue relatándole todos los detalles hasta con cierta alegría y no con deseos de torturarle, sino como apresurándose a serle útil con todas las potencias de su corazón. Le contó hasta el último detalle todo lo sucedido aquel día, la visita de Rakitin y de Aliosha; cómo ella, Fenia, vigilaba, cómo la señora había partido y lo que había gritado a Aliosha por la ventana al darle recuerdos para Mítenka y al encargarle que le dijera «que se acordara toda la vida de cómo ella le había amado una horita». Al oír lo de los recuerdos, Mitia se sonrió y el rubor se le asomó a las pálidas mejillas.

En aquel mismo momento, Fenia comentó sin miedo alguno ya por su curiosidad:

–¡Qué manos tan ensangrentadas lleva, Dmitri Fiódorovich!

–Sí –respondió maquinalmente Mitia, mirándose distraído las manos, olvidándose en seguida de ellas y de la observación de Fenia.

De nuevo se sumió en el silencio. Desde que se había puesto a correr, habían transcurrido ya unos veinte minutos. El miedo que se había apoderado de él hacía poco ya se había desvanecido, mas, por lo visto, una nueva e inflexible resolución le dominaba. De pronto se levantó de su asiento y se sonrió como si soñara.

–¿Qué le ha ocurrido, señor? –preguntó Fenia, señalándole otra vez las manos; hizo la pregunta con compasión, como si ella fuera la persona más allegada de Mitia en su desgracia.

Mitia volvió a mirarse las manos.

–Es sangre, Fenia –manifestó, contemplando a la joven con una rara expresión–, es sangre humana y, ¡oh Dios!, ¡por qué ha sido vertida! Pero... Fenia... hay una valla –miraba a Fenia como si le presentase una adivinanza–, una alta valla de terrible aspecto... Mañana, al amanecer, cuando el sol «alce el vuelo», Mítenka saltará por encima de esta valla...

No comprendes de cuál se trata, Fenia; bueno, no importa... De todos modos, mañana te enterarás y lo comprenderás todo... Ahora, ¡adiós! No seré un estorbo, me retiraré, sabré retirarme. Vive tú, mi alegría... me has querido una horita, pues acuérdate toda la vida de Mítenka Karamázov... Porque ella me llamaba siempre Mítenka, ¿recuerdas?

Dichas estas palabras, salió repentinamente de la cocina. Fenia se asustó más aún, si cabe, de esta salida que de la impresión que le había causado Mitia al entrar no hacía mucho y abalanzarse sobre ella.

Exactamente diez minutos más tarde, Dmitri Fiódorovich entraba en casa de Piotr Ilich Perjotin, el joven funcionario a quien no hacía mucho había empeñado las pistolas. Eran ya las ocho y media. Piotr Ilich, que había tomado el té en su casa, acababa de ponerse la casaca para encaminarse a la taberna La Capital a jugar al billar. Mitia le encontró a punto de salir.

El funcionario no pudo contener una exclamación de sorpresa al verle con la cara manchada de sangre:

–¡Santo Dios! ¿Qué le ha ocurrido?

–Vea –contestó rápidamente Mitia–, he venido por mis pistolas y le traigo el dinero. Le estoy muy agradecido. Tengo mucha prisa, Piotr Ilich, le ruego que se apresure.

Piotr Ilich cada vez estaba más asombrado: vio que Mitia tenía en las manos un montón de billetes de Banco y, sobre todo, se dio cuenta de que los tenía cogidos como nadie coge el dinero y que había entrado con ellos como nadie lo habría hecho: llevaba todos los billetes en la mano derecha, delante de sí, como si deseara que se los viesen. El muchacho que servía de criado al funcionario y que había abierto la puerta a Mitia, contaba luego que éste había entrado del mismo modo en el vestíbulo, con el dinero en la mano, o sea que por la calle lo había llevado del mismo modo. Los billetes eran todos de cien rublos, irisados; Mitia los sujetaba con los dedos manchados de sangre. A las posteriores preguntas de las personas intere-

sadas por lo sucedido acerca de cuánto dinero había en el fajo de billetes, Piotr Ilich declaró que entonces resultaba difícil calcularlo a ojo, pero que podía haber dos mil rublos, quizá tres mil, pero que el fajo era grande, «apretado». Por lo que respecta a Dmitri Fiódorovich, según declaró también, más tarde, Piotr Ilich, «parecía que no estaba del todo en sus cabales, pero no borracho, sino como muy exaltado, muy distraído, y al mismo tiempo parecía también como concentrado, exactamente como si meditara y se esforzara por resolver algo y no pudiera. Tenía mucha prisa, respondía con brusquedad, de manera muy extraña; había instantes, en cambio, en que parecía incluso estar alegre, libre de toda pena».

–A usted le ha ocurrido algo, ¿qué le ha pasado? –volvió a gritar Piotr Ilich, examinando estupefacto a su visitante–. ¡Cómo se ha manchado así de sangre! ¿Se ha caído, quizá? ¡Mírese!

Le cogió por el codo y le puso ante el espejo. Mitia, al verse el rostro manchado de sangre, se sobresaltó y frunció airadamente el ceño.

–¡Ah, diablo! Esto era lo que me faltaba –balbuceó colérico, y pasando rápidamente los billetes de Banco de la mano derecha a la izquierda, sacó el pañuelo del bolsillo con gesto convulso. Pero también el pañuelo estaba por completo manchado de sangre (era el mismo con que había querido limpiar la cabeza y la cara de Grigori): casi no le quedaba un solo lugar blanco, y no es que empezara a secarse, sino que, hecho una bola, se había endurecido y no quería desplegarse. Mitia lo tiró al suelo, furioso–. ¡Ah, diablo! No tendría usted un trapo cualquiera... para poderme secar...

–Así, ¿sólo está manchado y no herido? Entonces será mejor que se lave –respondió Piotr Ilich–. Aquí está la jofaina, le echaré agua.

–¿La jofaina? Muy bien... Pero ¿dónde meto esto? –señaló con una extrañeza ya totalmente peregrina su fajo de billetes de cien rublos, mirando interrogativamente a Piotr Ilich,

como si fuera éste quien tuviese que decidir dónde debía guardar Mitia su propio dinero.

–Métaselos en el bolsillo o póngalos aquí, sobre la mesa, no los tocará nadie.

–¿En el bolsillo? Eso, en el bolsillo. Muy bien... No, ¿sabe usted?, ¡todo esto es absurdo! –gritó, como si de repente saliera de su ensimismamiento–. Verá, primero acabemos este asunto, usted me devuelve las pistolas y aquí tiene su dinero... porque a mí me hacen falta, muchísima falta... y no dispongo de tiempo, ni pizca...

Y, habiendo tomado del fajo de billetes de cien rublos el superior, lo tendió al funcionario.

–No tengo cambio –observó este último–; ¿no tendría usted billetes más pequeños?

–No –respondió Mita después de dirigir otra vez la mirada al fajo; y como si no estuviera muy seguro de sus palabras, tentó con los dedos otros dos o tres billetes de la parte superior–, no, todos son iguales –añadió, y de nuevo miró interrogativamente a Piotr Ilich.

–¿De dónde le ha llegado toda esta fortuna? –preguntó el funcionario–. Espere, mandaré a mi criado que vaya corriendo a la tienda de los Plótnikov, donde cierran tarde; quizá le cambien el billete. ¡Eh, Misha! –gritó hacia el vestíbulo.

–¿A la tienda de los Plótnikov? ¡Magnífico! –gritó también Mitia, como iluminado por alguna idea–. Misha –se dirigió al mocito que acababa de entrar–, ea, corre a casa de los Plótnikov y diles que Dmitri Fiódorovich les manda saludos y que en seguida irá allí en persona... Escucha, escucha: que para cuando él llegue, tengan preparado champán, unas tres docenas de botellas, que las empaqueten como cuando fui a Mókroie... Entonces les encargué cuatro docenas –lo dijo volviéndose hacia Piotr Ilich–; ellos ya saben, no te preocupes, Misha –otra vez se dirigió al criado–. Escucha: diles que añadan queso, empanadas de Estrasburgo, salmón ahumado, jamón, caviar, en fin, de todo lo que tengan, de todo,

en total por unos cien rublos o ciento veinte, como la otra vez... Escucha: que no se olviden de poner golosinas, bombones, peras, dos o tres sandías, o cuatro; bueno, no, una sandía será suficiente, y chocolate, caramelos de azúcar, confites, caramelos de café con leche, bueno, de todo cuanto me empaquetaron la otra vez para que me lo llevara a Mókroie, que suba a unos trescientos rublos con champán y todo... Eso es, que sea ahora exactamente igual. Acuérdate, Misha; si tú, Misha... ¿Se llama Misha, verdad? –se dirigió otra vez a Piotr Ilich.

–¡Un momento! –le interrumpió Piotr Ilich, que le escuchaba y le observaba con inquietud–: mejor sería que fuera usted mismo y se lo dijese, porque éste se va a armar un lío.

–Se lo armará, ¡veo que se armará un lío! Ah, Misha, y yo que quería darte un beso por el encargo... Si no te equivocas, habrá diez rublos para ti, vete corriendo... El champán, lo más importante es que pongan el champán, y además coñac, vino tinto y blanco, y todo eso, como entonces... Ellos ya saben lo que les pedí.

–Pero ¡escúcheme de una vez! –le interrumpió con impaciencia Piotr Ilich–. Yo digo: lo mejor es que vaya sólo a cambiar el billete y a pedir que no cierren, después irá usted y hará el encargo... Venga su billete. Andando, Misha, ¡allí de un salto y de otro aquí!

Al parecer Piotr Ilich se apresuró adrede a echar de allí a Misha, porque el mozo, no bien estuvo delante de la visita, le clavó la mirada en el rostro manchado de sangre, en las manos también ensangrentadas, con el fajo de billetes entre los dedos temblorosos, y así se había quedado, con la boca abierta de asombro y miedo, hasta el punto de que con toda probabilidad poco había comprendido de todo lo que le había encargado Mitia.

–Bueno, ahora venga a lavarse –dijo Piotr Ilich con severidad–. Ponga el dinero sobre la mesa o guárdeselo en el bolsillo... Así, vamos. Pero quítese el chaqué.

Le ayudó a hacerlo y de pronto gritó otra vez:

–Mire, ¡hasta en el chaqué tiene sangre!

–No... en el chaqué no. Sólo un poco aquí, en la manga... Y un poco aquí, donde tenía el pañuelo. Ha atravesado el bolsillo. En casa de Fenia me habré sentado encima del pañuelo y la sangre se ha filtrado –explicó en seguida Mitia con una pasmosa confianza.

Piotr Ilich le escuchaba con el ceño fruncido.

–Bonita suerte la suya; se habrá peleado con alguien, sin duda –balbuceó.

Empezó el lavado. Piotr Ilich sostenía el jarro y echaba el agua. Mitia se apresuraba y se jabonaba mal las manos (que le temblaban, como recordó más tarde el funcionario). Piotr Ilich le mandó en seguida jabonarse mejor y frotar más. Parecía haber adquirido cierta autoridad sobre él, autoridad que iba acentuándose por momentos. Diremos, a este propósito, que aquel joven no era tímido de carácter.

–Vea, no se ha lavado las uñas; bueno, ahora frótese la cara, aquí, en las sienes y junto a la oreja... ¿Piensa usted irse con esta camisa? ¿Adónde va usted? Vea, tiene todo el puño de la manga derecha manchado de sangre.

–Sí, manchado de sangre –observó Mitia, examinándose el puño de la camisa.

–Pues cámbiesela.

–No tengo tiempo. Lo arreglaré así, vea... –prosiguió Mitia, con la misma confianza, secándose ya con una toalla la cara y las manos y poniéndose el chaqué–; doblaré el extremo de la camisa y debajo del chaqué no se verá... ¡Fíjese!

–Ahora dígame, ¿dónde se ha puesto usted así? ¿Se ha peleado, quizá? ¿Con quién? ¿Otra vez en la taberna, como entonces? ¿Otra vez con el capitán, como cuando le pegó y le arrastró por la calle? –le recordó Piotr Ilich con aire de reproche–. ¿A quién ha pegado hoy... o ha matado, quizá?

–¡Tonterías! –repuso Mitia.

–¿Cómo tonterías?

–Déjelo –contestó Mitia, y de pronto se sonrió–. Es que acabo de aplastar a una viejecita en la plaza.

–¿La ha aplastado? ¿A una viejecita?

–¡A un viejo! –gritó Mitia, mirando a Piotr Ilich directamente a los ojos, riéndose y gritando como si hablara a un sordo.

–¡Ah, diablo! A un viejo, a una viejecita... ¿Ha matado a alguien? ¿A quién?

–Hemos hecho las paces. Nos hemos enzarzado a golpes y hemos hecho las paces. Ha sido ahí. Nos hemos separado como buenos amigos. Es un tonto... me ha perdonado... ahora ya me ha perdonado, no hay duda... Si se hubiese levantado, no me habría perdonado –de pronto Mitia hizo un guiño–; sólo que, ¿sabe?, al diablo con él, ¿me oye, Piotr Ilich?, ¡al diablo, no hay que pensar en él! ¡En este momento, no quiero! –declaró tajante.

–Si se lo digo es porque no sé qué ganas tiene usted de liarse con todo el mundo... por tonterías, como entonces con aquel ayudante de capitán... Acaba de pelearse y ya le falta tiempo para ir de juerga, esto retrata su carácter. Pide tres docenas de botellas de champán, ¿para qué tantas?

–¡Bravo! Ahora, vengan las pistolas. Se lo juro, no tengo tiempo. De buena gana charlaría un buen rato contigo, querido amigo, pero no tengo tiempo. Además, tampoco es necesario, ya es tarde para hablar. ¡Ah! ¿Dónde está el dinero, dónde lo he metido? –gritó, empezando a buscar por los bolsillos.

–Lo ha puesto sobre la mesa... usted mismo... mire, ahí está. ¿Lo había olvidado? La verdad, parece que el dinero, para usted, no es más que basura o agua. Aquí tiene sus pistolas. Es extraño, esta tarde, después de las cinco, las ha empeñado por diez rublos y ahora maneja usted miles. Aquí lleva, quizá, dos o tres mil, ¿no?

–Quizá tres –se rió Mitia, guardándose el dinero en el bolsillo lateral de los pantalones.

–De este modo los va a perder. ¿Tiene usted, por ventura, minas de oro?

–¿Minas? ¡Minas de oro! –gritó Mitia con todas sus fuerzas, y soltó una carcajada–. ¿Quiere ir usted a las minas, Perjotin? Con tal que vaya usted, una dama de la ciudad le soltará en seguida tres mil rublos. A mí me los soltaba, ¡tanto es la afición que tiene a las minas! ¿Conoce a Jojlakova?

–No la he tratado, pero he oído hablar de ella y la he visto. ¿Es posible que le haya dado a usted tres mil rublos? ¿Así, sin más ni más? –Piotr Ilich le miraba con aire de incredulidad.

–Mañana, cuando el sol alce su vuelo, cuando se levante Febo, eternamente joven, alabando y glorificando a Dios, vaya usted a ver a Jojlakova y pregúntele a ella misma si me ha largado o no tres mil rublos. Infórmese.

–Ignoro qué relaciones tiene usted con ella... Si lo afirma con tanto aplomo, será verdad que se los ha dado... Ahora ya tiene usted el dinerito en el puño y, en vez de irse a Siberia, a darse la gran vida se ha dicho... ¿Y adónde se dirige usted en verdad, ahora?

–A Mókroie.

–¿A Mókroie? ¡Pero si es de noche!

–¡Lo tenía todo, me he quedado sin nada! –articuló de pronto Mitia.

–¿Sin nada? ¿Con estos miles de rublos, y sin nada?

–No me refiero a los miles de rublos. ¡Al diablo los miles! Me refiero a la naturaleza de las mujeres:

> Por su naturaleza la mujer es crédula,
> es voluble, es depravada[1].

»Lo dice Ulises, y yo estoy completamente de acuerdo con él.

–¡No le comprendo!

1. Versos de «En memoria (de Schiller)», del poeta Fiódor Ivánovich Tiútchev (1803-1873).

–Qué, ¿cree que estoy borracho?

–Borracho no, algo peor.

–Tengo borracho el espíritu, Piotr Ilich, el espíritu tengo borracho, y basta, basta...

–¿Qué hace usted? ¿Carga una pistola?

–Cargo una pistola.

Mitia, en efecto, había abierto el estuche; destapó el cuerno de la pólvora, vertió un poco cuidadosamente en un cartucho y prensó la carga. Luego, cogió una bala, y antes de introducirla, sosteniéndola entre dos dedos, la examinó contra la luz de una vela.

–¿Por qué está mirando la bala? –preguntó Piotr Ilich, que le contemplaba con inquieta curiosidad.

–Porque sí. Por pura fantasía. Verás, si tuvieras la intención de alojarte esta bala en el cerebro, ¿no la contemplarías, al cargar la pistola?

–¿Para qué contemplarla?

–Entrará en mi cerebro; por esto me interesa ver qué aspecto tiene... De todos modos, es una estupidez, una estupidez de un momento. Bueno, ya está –añadió, después de introducir la bala y de haberla fijado con estopa–. Piotr Ilich, amigo querido, es estúpido, todo es estúpido, ¡si supieras hasta qué punto es estúpido! Venga ahora un pedacito de papel.

–Aquí tiene uno.

–No, quiero un papel liso, limpio, del que se usa para escribir. Éste irá bien. –Y Mitia, después de coger la pluma de la mesa, escribió rápidamente dos líneas en el papel, lo dobló en cuatro y se lo puso en un bolsillo del chaleco. Colocó las pistolas en el estuche, lo cerró con una llavecita y lo tomó con una mano. Miró después a Piotr Ilich y se sonrió caviloso largo rato–. Ahora, en marcha, vámonos –dijo.

–¿Adónde? No, espere... ¿Es que piensa usted, quizá, meterse esta bala en su propio cerebro?... –aventuró inquieto Piotr Ilich.

–¿Esta bala? ¡Qué estupidez! Yo quiero vivir, ¡yo estimo la vida! Ya lo sabes. Adoro al rubicundo Febo, de rizosos cabellos, y su ardiente luz... Mi querido Piotr Ilich, ¿sabes retirarte?

–¿Qué significa eso de retirarse?

–Dejar el camino libre. Dejárselo libre al ser amado y al que odias. Y hacerlo de modo que el ser odiado llegue a serte querido, ¡es así como se ha de dejar libre el camino! Y decirles: que Dios os acompañe, idos, pasad, que yo...

–¿Usted, qué?

–Basta, vamos.

–Le digo que voy a advertir a alguien para que no le dejen ir a Mókroie. –Piotr Ilich le miraba fijamente–. ¿Por qué quiere usted ahora ir allí?

–Por una mujer, hay allí una mujer, y basta ya, Piotr Ilich, ¡sanseacabó!

–Escuche, aunque es usted un salvaje, siempre me ha sido simpático... y ahora me inquieta.

–Te lo agradezco, hermano. Dices que soy un salvaje. ¡Salvajes, salvajes! Yo no hago más que afirmarlo: ¡salvajes! Ah, sí: aquí está Misha, ya me había olvidado de él.

Entró presuroso Misha, con el dinero cambiado en la tienda, e informó de que los Plótnikov «estaban todos en danza», preparando las botellas, el pescado y el té; en seguida estaría todo a punto. Mitia tomó un billete de diez rublos y lo entregó a Piotr Ilich, luego tomó otro billete igual y lo tiró a Misha.

–¡No se le ocurra! –gritó Piotr Ilich–. En mi casa lo prohíbo, que esto sólo sirve para echar a perder a los criados. Guárdese su dinero, póngaselo ahí. ¿A qué viene eso de tirarlo sin más ni más? Mañana lo necesitará y tendrá que venir a verme para pedirme diez rublos. ¿Por qué se lo mete todo en el bolsillo del costado? ¡No ve que lo va a perder!

–Escucha, amigo querido, ¿vamos juntos a Mókroie?

–¿A qué voy a ir yo?

–Escucha; si quieres, ahora mismo destapo una botella, ¡brindaremos por la vida! Tengo ganas de beber, y sobre todo de beber contigo. Contigo no he bebido nunca, ¿eh?

–Bien, podemos beber en la taberna, allí iba yo ahora.

–No tengo tiempo para ir a la taberna, beberemos en la tienda de los Plótnikov, en la habitación de atrás. Te digo una adivinanza, ¿quieres?, a ver si aciertas.

–Venga.

Mitia se sacó del chaleco su papelito, lo desdobló y lo mostró al funcionario. En él se veía escrito con caracteres precisos y grandes:

«Me hago justicia por toda mi vida, ¡castigo mi vida entera!».

–La verdad, voy a advertir a alguien, ahora mismo daré aviso –articuló Piotr Ilich, después de haber leído el papel.

–No tendrás tiempo, amigo; vámonos a beber, ¡en marcha!

La tienda de los Plótnikov se hallaba situada en la esquina de la calle, separada sólo por una casa de la de Piotr Ilich. Era la tienda de comestibles más importante de nuestra ciudad, pertenecía a unos ricos comerciantes y no estaba mal instalada. Se vendía en ella todo lo que podía encontrarse en cualquier tienda de la capital, toda clase de comestibles: vino «de las bodegas de los hermanos Yeliséyev», fruta, cigarros, té, azúcar, café y demás. Tenían siempre tres dependientes y dos muchachos para llevar encargos. Aunque nuestra región ha venido a menos, los terratenientes se han ido y el comercio languidece, la tienda de comestibles sigue floreciendo como antes, y hasta prospera más y más de año en año: para esos artículos no faltan compradores. En la tienda esperaban a Mitia con impaciencia. Recordaban muy bien que tres o cuatro semanas antes había comprado de golpe toda clase de artículos y vinos, por varios centenares de rublos que pagó al contado (a crédito, claro está, no le habrían facilitado nada); recordaban que entonces, como ahora, llevaba en la mano un gran fajo de billetes de cien y que los dilapidaba

alegremente, sin preocuparse de los precios, sin pensar ni desear pensar para qué compraba tanta mercancía, tantos vinos y demás. Se comentó luego por toda la ciudad que aquella vez, después de ir a Mókroie con Grúshenka, «fundió en una noche y el siguiente día tres mil rublos, y que había regresado de la juerga sin un ochavo, pelado como le había traído su madre al mundo». Movilizó en aquella ocasión a todo un campamento de cíngaros (llegados por aquella época cerca de nuestra ciudad), quienes en dos días se las arreglaron para sacarle una enorme cantidad de dinero y para beber una enorme cantidad de vinos caros, aprovechándose de que Mitia estaba borracho... Se decía también, haciendo burla de Mitia, que éste en Mókroie había hartado de champán a unos toscos mujiks; de bombones y empanadas de Estrasburgo, a unas mozas y mujerucas de aldea. También se pitorreaba la gente de la ciudad, sobre todo en la taberna, de la propia y pública confesión de Mitia (no se mofaban de él a la cara, naturalmente; hacerle chacota en presencia suya resultaba algo peligroso), quien había dicho que en toda aquella «escapada» sólo había obtenido de Grúshenka «el permiso de besarle el pie y nada más».

Cuando Mitia llegó a la tienda acompañado de Piotr Ilich, encontraron ya ante la puerta una troika preparada, con campanillas y cascabeles, con la caja del carruaje alfombrada, y con el cochero Andréi esperando. En la tienda, casi habían tenido tiempo de «arreglar» una caja con productos y sólo esperaban que llegase Mitia para clavarla y ponerla en el carruaje. Piotr Ilich se sorprendió.

–¿Cómo se te ha presentado esta troika? ¿De dónde ha salido tan pronto? –preguntó a Mitia.

–Cuando corría hacia tu casa, me encontré con Andréi y le mandé esperar aquí, frente a la tienda. ¡No podemos perder tiempo! La otra vez hice el viaje con Timoféi, pero ahora, tiu-tiu-tiu, Timoféi se me ha adelantado con una hechicera. ¿Llegaremos con mucho retraso, Andréi?

–Será cuestión de una hora, quizá se nos adelanten una hora todo lo más –se apresuró a responder Andréi–. El coche de Timoféi lo he preparado yo y sé a qué paso puede ir. No pueden llevar nuestra marcha, Dmitri Fiódorovich, ¡ni comparar! No nos sacarán ni una hora de ventaja, ¡se lo digo yo! –acabó con viveza el cochero Andréi, hombre todavía joven, enjuto, algo pelirrojo, que vestía anguarina y llevaba el caftán colgado del brazo izquierdo.

–¡Cincuenta rublos para vodka, si sólo llegas una hora más tarde!

–Que no pasará de la hora, respondo yo, Dmitri Fiódorovich; ¡no nos tomarán de delantera no ya una hora, sino ni media!

Mitia, aunque se afanaba al pedir las cosas, hablaba y daba órdenes de manera extraña, desconcertado, pasando de una cosa a otra. Empezaba algo y se olvidaba de acabarlo. Piotr Ilich consideró necesario intervenir y ayudar.

–Quiero gastar cuatrocientos rublos, no menos, exactamente como la otra vez –ordenaba Mitia–. Cuatro docenas de botellas de champaña, ni una menos.

–¿Por qué tantas? ¿Para qué? ¡Alto! –gritó Piotr Ilich–. ¿Qué caja es ésta? ¿Qué contiene? ¿Es posible que lo que hay dentro valga cuatrocientos rublos?

Los diligentes empleados se apresuraron a aclararle con dulzonas palabras que en aquella primera caja sólo había media docena de botellas de champán y «todo lo necesario en el primer momento», como son entremeses, bombones, caramelos de azúcar, etc. Pero que el «consumo» principal se colocaba y se enviaría en seguida, como la otra vez, en un coche aparte, también por una troika, y que llegaría a tiempo, «a lo sumo una hora más tarde que Dmitri Fiódorovich al lugar de destino».

–No más de una hora, que no pase de una hora, y poned todos los caramelos de azúcar y de café con leche que quepan; a las mozas de allá les gustan mucho –insistía Mitia con calor.

–Caramelos de café con leche, bueno. Pero, ¿qué falta te hacen cuatro docenas de botellas? Basta con una docena –dijo casi enfadado ya Piotr Ilich, que empezó a regatear, a pedir la factura, y no quería sosegarse. Sin embargo, lo único que pudo salvar fue un centenar de rublos. Convinieron en que se sirviera mercancía por un valor máximo de trescientos rublos.

–¡Pero idos todos al diablo! –gritó Piotr Ilich, como si cambiara de idea–. ¿Qué me importa a mí todo esto? ¡Tira el dinero si nada te ha costado!

–Ven aquí, intendente, ven aquí, no te enfades –y Mitia le arrastró hacia el local de la parte posterior de la tienda–. Ahora nos van a servir una botella y nos refrescaremos el gaznate. Ea, Piotr Ilich, vamos juntos, eres un tipo simpático, me gustan los hombres como tú.

Mitia se sentó en una pequeña silla de mimbre ante una diminuta mesita cubierta con una servilleta sucísima. Piotr Ilich tomó asiento ante él y al instante apareció el champán. Les preguntaron si no deseaban los señores ostras, «ostras de primerísima calidad, las últimas que han llegado».

–Al diablo las ostras, no me gustan; además, no quiero nada –repuso Piotr Ilich descomedido, casi con ira.

–No tenemos tiempo para las ostras –dijo Mitia–, ni tampoco apetito. ¿Sabes, amigo? –añadió de pronto con vivacidad–, este desorden no me ha gustado nunca.

–¡A quién le va a gustar! Tres docenas de botellas, ¡casi nada!, para unos mujiks; esto saca de quicio al más pintado.

–No me refiero a eso. Pienso en un orden superior. Yo no lo tengo, no hay en mí un orden superior... Pero... todo esto se ha terminado, es inútil lamentarse. Es tarde, ¡al diablo todo! Mi vida ha sido un desorden continuo y ya es hora de que ponga orden. Hago juegos de palabras, ¿eh?

–Lo que haces es delirar, y no juegos de palabras.

–¡Gloria al Altísimo en la tierra,
Gloria al Altísimo en mí!

»Estos breves versos me salieron del alma en cierta ocasión, y no eran versos, sino lágrimas... Los compuse yo mismo... pero no cuando arrastraba de la barbita al capitán...

–¿Por qué te acuerdas ahora de él?

–¿Por qué me acuerdo de él? ¡Bah! Todo tiene su fin, todo se iguala, trazas una raya y se acabó.

–La verdad, no hago más que pensar en tus pistolas.

–¡También las pistolas son una estupidez! Bebe y déjate de fantasear. Yo estimo la vida, la he querido demasiado; tanto, que hasta resulta asqueroso. ¡Basta! ¡Por la vida, amigo mío, bebamos por la vida, propongo un brindis por ella! ¿Por qué estoy contento de mí mismo? Soy un miserable, pero estoy contento de mí mismo. Me atormenta ser vil, pero estoy contento de mí. Bendigo la Creación, ahora estoy dispuesto a bendecir a Dios y su Creación, pero... es necesario aniquilar un insecto hediondo para que no se arrastre, para que no envenene la vida al prójimo... ¡Bebamos por la vida, hermano querido! ¡Qué puede haber más precioso que la vida! ¡Nada, nada! Por la vida y por una reina entre las reinas.

–Bebamos por la vida y también, si quieres, por tu reina.

Se bebieron un vaso cada uno. Mitia, aunque exaltado y con su atención dispersa, estaba como triste. Habríase dicho que pesaba sobre él alguna preocupación grave, insuperable.

–Misha... ¿es tu Misha quien ha entrado? Misha, ven aquí, simpático mozo, bébete este vaso por el rubicundo Febo, que se alzará mañana...

–¿Por qué le invitas? –gritó Piotr Ilich, irritado.

–Déjame; porque sí, porque quiero.

–¡O-oh!

Misha bebió el vaso, saludó y se largó.

–Así se acordará más tiempo de mí –observó Mitia–. Yo amo a la mujer, ¡la amo! ¿Qué es la mujer? ¡La reina de la tierra! Me siento triste, Piotr Ilich, muy triste. Acuérdate de

Hamlet: «Estoy triste, tan triste, Horacio... ¡Ay, pobre Yorick!». Es posible que yo sea Yorick. Soy Yorick precisamente ahora, y luego seré el cráneo.

Piotr Ilich escuchaba en silencio, también Mitia se calló.

–¿De quién es este perrito? –preguntó de súbito, distraídamente, a un empleado, al observar en un rincón un pequeño y lindo perro de lanas, de negros ojos.

–Es el perrito de Varvara Alexéievna, nuestra dueña –respondió el dependiente–; ella misma lo ha traído no hace mucho y lo ha olvidado. Habrá que devolvérselo.

–Vi uno igual... en el regimiento... –declaró Mitia, ensimismado–. Sólo que aquél tenía rota una pata de atrás... A propósito, Piotr Ilich, quería hacerte una pregunta: ¿has robado alguna vez en tu vida, o no?

–¡Vaya pregunta!

–No, verás. Quiero decir sacar algo del bolsillo de alguien, robar lo que es de otro. No me refiero al erario público, del erario todo el mundo saca lo que puede, claro está, y tú también, naturalmente...

–Vete al diablo.

–Me refiero a lo que es de otro: si lo has sacado directamente de un bolsillo, de un portamonedas, ¿eh?

–Una vez robé a mi madre una moneda de veinte kópeks, tenía nueve años. La tomé disimuladamente de la mesa y la apreté en la mano.

–Bueno, ¿y qué?

–Nada. La guardé tres días, me dio vergüenza, confesé y devolví la moneda.

–Bueno, ¿y qué?

–Naturalmente, me gané una azotaina. Pero, cómo se te ocurre preguntar eso, ¿no has robado tú, acaso?

–He robado –contestó Mitia, haciendo un guiño malicioso.

–¿Qué has robado? –preguntó Piotr Ilich con curiosidad.

–Una moneda de veinte kópeks a mi madre, tenía nueve años, tres días más tarde la devolví.

Dicho esto, Mitia se levantó de su asiento.

–Dmitri Fiódorovich, ¿y si nos diéramos más prisa? –gritó de pronto Andréi a la puerta de la tienda.

–¿Preparado? ¡En marcha! –Mitia se sobresaltó–. Una leyenda más, la última, y... ¡Un vaso de vodka a Andréi, ahora mismo! ¡Y una copita de coñac, además del vodka! Pon este estuche, con las pistolas, debajo de mi asiento. Adiós, Piotr Ilich, no guardes de mí un mal recuerdo.

–Pero mañana regresas, ¿no?

–Sin falta.

–¿Tendrá la bondad de liquidar ahora la cuentita? –saltó un dependiente.

–¡Ah, sí, la cuenta! ¡Sin falta!

Se sacó otra vez del bolsillo el fajo de billetes, separó tres de cien rublos, los arrojó al mostrador y salió apresuradamente de la tienda. Todos le siguieron, acompañándole con inclinaciones de respeto, saludándole y haciendo votos para que tuviera buen viaje. Andréi carraspeó un poco por el coñac que acababa de soplarse y saltó a su asiento. Pero no bien Mitia iba a subir al coche, apareció ante él, como surgida de la tierra, Fenia. Se le acercó corriendo, sofocada, y juntando las manos se dejó caer de rodillas, a la vez que gritaba:

–¡Por Dios, Dmitri Fiódorovich, querido, no haga daño a la señora! ¡Pensar que yo se lo he contado todo a usted!... ¡No haga daño tampoco al otro, que fue el primero para ella! Ahora se casará con Agrafena Alexándrovna, por esto ha venido de Siberia... ¡Por Dios, Dmitri Fiódorovich, no destruya la vida de otro!

–¡Va-a-ya, ésas tenemos! Bueno, ¡la que vas a armar allí! –masculló para sus adentros Piotr Ilich–. Ahora está todo claro, quién no lo comprende. Dmitri Fiódorovich, dame ahora mismo las pistolas si quieres ser un hombre –gritó–. ¿Me oyes, Dmitri?

–¿Las pistolas? Espera, amigo, por el camino las tiraré a un charco –respondió Mitia–. Fenia, levántate, no te estés

arrodillada ante mí. Mitia no hará daño; en adelante, este hombre estúpido no hará daño a nadie. Escucha, Fenia –le dijo gritando, cuando ya había subido al coche–: no hace mucho te he ofendido, perdóname, ten compasión de este miserable... Y si no me perdonas, ¡da lo mismo! ¡Porque ahora ya todo da lo mismo! Arrea, Andréi, ¡volando!

Andréi azuzó a los caballos, resonaron los cascabeles.

–¡Adiós, Piotr Ilich! ¡Para ti mi última lágrima!...

«No está borracho; sin embargo, ¡qué de sandeces suelta!», pensó Piotr Ilich, siguiéndole con la mirada. Se disponía a quedarse para vigilar cómo preparaban la carga (en otra troika) con los demás comestibles y vinos, presintiendo que iban a engañar a Mitia, mas de súbito, irritándose consigo mismo, escupió y se dirigió a su taberna a jugar al billar.

–Es un imbécil, aunque tiene buen fondo... –se decía por el camino–. De ese oficial, que fue el «primero» de Grúshenka, he oído hablar. Bueno, si ha llegado... ¡Ay, esas pistolas! Pero, ¡diablo!, ¿soy su ayo, por ventura? ¡Allá ellos! No pasará nada. Son unos gritones, nada más. Se emborracharán y se pelearán, se pelearán y harán las paces. ¿Acaso es ésta gente que pase a los hechos? Qué es esto de «me retiraré», «me haré justicia», ¡no hará nada! Mil veces, borracho, se ha llenado la boca con estas palabras en la taberna. Ahora no está borracho. «Tengo borracho el espíritu», todos los canallas son amigos de las frases sonoras. ¿Soy yo su ayo, por ventura? Ha debido pelearse, tenía toda la jeta ensangrentada. ¿Con quién? Me enteraré en la taberna. Y el pañuelo manchado de sangre... ¡Uf, diablo! Me lo ha dejado en casa, tirado al suelo... ¡Que se vaya a paseo!

Llegó a la taberna con un humor de perros y al instante comenzó una partida, que le distrajo. Jugó otra, y de súbito se puso a hablar con uno de los compañeros de juego de que Dmitri Fiódorovich se había hecho otra vez con dinero, unos tres mil rublos, lo había visto él mismo, y el tipo se iba otra vez a Mókroie de francachela con Grúshenka. Sus oyen-

tes le escucharon con una curiosidad casi inesperada. Y todos se pusieron a hablar sin reírse, con una extraña seriedad. Hasta interrumpieron el juego.

–¿Tres mil rublos? ¿De dónde puede haber sacado tres mil rublos?

Hicieron preguntas. Se mostraron incrédulos con lo de Jojlakova.

–¿No habrá atracado al viejo?

–¡Tres mil rublos! Algo habrá ocurrido.

–Se jactó en voz alta de que mataría al viejo, aquí lo oyó todo el mundo. Hablaba precisamente de tres mil rublos...

Piotr Ilich escuchaba y de pronto empezó a contestar a las preguntas seca y lacónicamente. De la sangre que tenía Mitia en la cara y en las manos, no dijo ni una palabra, pese a que cuando caminaba hacia la taberna pensaba referir el hecho. Empezaron la tercera partida, poco a poco cambiaron de conversación; pero, acabada esta partida, Piotr Ilich no quiso seguir jugando, dejó el taco y, en vez de cenar como tenía proyectado, salió de la taberna. Al llegar a la plaza, se detuvo perplejo y hasta sorprendido de sí mismo. Se dio cuenta de que lo que él entonces quería era ir a casa de Fiódor Pávlovich y enterarse de si había sucedido algo. «Por una cosa que resultará una necedad, despertaré a toda la gente de una casa que no es la mía y armaré el gran escándalo. ¡Bah, qué diablo! ¿Soy su ayo, por ventura?»

Con el peor de los humores, se encaminaba hacia su casa cuando súbitamente se acordó de Fenia: «¡Diablo! Por qué no la habré interrogado cuando se presentó hace poco –pensó, disgustado–; me habría enterado de todo». Y sintió de pronto tanta impaciencia y un deseo tan vehemente de hablar con ella e informarse, que, a medio camino, dio la vuelta y se dirigió a casa de Morózova, donde habitaba Grúshenka. Llegado al portalón del patio, llamó, y el golpe que resonó en el silencio de la noche pareció volverle a la realidad, con lo que todavía se exacerbó más su irritación. No respondió na-

die, todo el mundo dormía. «¡También aquí voy a armar un escándalo!», pensó, ya con un malestar casi doloroso, pero en vez de irse definitivamente volvió a llamar, golpeando con todas sus fuerzas. Los golpes resonaban en toda la calle. «Pues no me voy, llamaré hasta que me abran, ¡hasta que me abran!», balbuceaba enfureciéndose cada vez más contra sí, hasta exasperarse, pero al mismo tiempo arreciando con más fuerza los golpes contra el portalón.

6. ¡Aquí estoy!

Dmitri Fiódorovich volaba por el camino. Hasta Mókroie había algo más de veinte verstas, pero la troika de Andréi galopaba de tal modo que podía cubrirlas en hora y cuarto. La rápida carrera pareció tonificar a Mitia. El aire era fresco, más bien frío, en el límpido cielo brillaban grandes estrellas. Aquélla era la misma noche, y la hora también era, quizá, la misma en que Aliosha, caído sobre la tierra, «juraba frenéticamente amarla por los siglos de los siglos». Pero Mitia tenía confusa el alma, muy confusa, y aunque era mucho lo que en aquel instante le atormentaba, su ser únicamente se sentía atraído hacia ella, hacia su reina, hacia la que volaba para contemplarla por última vez. Diré sólo una cosa: su corazón no presentó batalla ni un momento. Quizá no me creerán si digo que este hombre celoso no sentía ni pizca de celos por ese nuevo individuo, por ese nuevo contrincante salido de bajo tierra, por ese «oficial». De cualquier otro que se hubiese presentado, habría tenido celos inmediatamente y, quizás, otra vez habría manchado de sangre sus terribles manos; mas por ése, por «el primero», no experimentaba celos, al volar en la troika, ni siquiera animadversión; verdad es que aún no le había visto. «En este caso no hay discusión posible, en este caso están los dos en su derecho; en este caso se trata del primer amor que ella tuvo y que no ha olvidado en cinco

años; eso quiere decir que en estos cinco años no ha amado a nadie más; ¿por qué me he puesto yo en su camino? ¿Qué papel pinto yo aquí y qué hago? ¡Retírate, Mitia, y deja el camino libre! Además, ¿cuál es, ahora, mi situación? Ahora, todo está terminado; incluso sin el oficial, todo habría terminado aunque no hubiese venido él...»

Es en estos términos, poco más o menos, como Mitia habría podido expresar sus sensaciones si hubiera sido capaz de reflexionar. Pero entonces ya no podía hacerlo. Toda la resolución que le animaba se había engendrado en un instante al margen de los razonamientos; había sido experimentada y aceptada por entero con todas las consecuencias no hacía mucho, en casa de Fenia, no bien la joven empezó a explicarse. De todos modos, a pesar de la decisión tomada, Mitia sentía confusa el alma, confusa hasta el dolor: la decisión no le proporcionaba tranquilidad. Era mucho lo que quedaba a sus espaldas y le torturaba. A veces, por unos instantes, ello le parecía extraño, pues él mismo había escrito su condena en el papel: «me hago justicia y me castigo»; y tenía el papelito preparado ahí mismo, en el bolsillo; ya había cargado la pistola, ya había decidido de qué modo recibiría al día siguiente el primer rayo ardiente «del rubicundo Febo»; sin embargo, no había modo de saldar cuentas con el pasado, con todo lo que quedaba a sus espaldas y le atormentaba; lo sentía así y esta idea, que le martirizaba, le sumía en la desesperación. Hubo un momento en que quiso hacer parar a Andréi, saltar del coche, tomar la pistola cargada y poner fin a todo sin esperar al amanecer. Pero ese momento se desvaneció como una chispita. Además, la troika volaba «devorando el espacio», y a medida que se acercaban al término del viaje, otra vez la imagen de Grúshenka, de ella sola, se le iba adentrando en el espíritu con fuerza creciente, arrojándole del corazón todos los espectros terribles. ¡Oh, era tanto lo que anhelaba contemplarla aunque sólo fuera fugazmente, aunque fuera desde lejos! «Ahora está con él; bueno, pues veré

cómo está ahora con él, con su primer amor, es lo único que deseo.» Y nunca había sentido latir en su pecho tanto amor por aquella mujer, fatal en su destino, ni aquel sentimiento nuevo, no experimentado hasta entonces por él, hasta inesperado para sí mismo; un sentimiento de ternura sin límites, de autosacrificio hasta la desaparición. «¡Y desapareceré!», articuló de súbito, en un arranque de histérico entusiasmo.

Casi hacía ya una hora que galopaban. Mitia callaba; Andréi, aunque mujik parlanchín, tampoco había pronunciado aún ni una palabra, como si tuviera miedo de hablar, y se ocupaba sólo de arrear a sus «pellejos», a su troika de caballos bayos, magros, pero fogosos. De pronto, gritó Mitia terriblemente inquieto:

–¡Andréi! ¿Y si ya duermen?

Se le acababa de ocurrir la idea; hasta entonces ni siquiera había pensado en una cosa semejante.

–Es de suponer que ya se habrán acostado, Dmitri Fiódorovich.

Mitia frunció el ceño, angustiado: la verdad es que si llegaba... con tales sentimientos... y estuvieran durmiendo... y durmiera ella quizá ahí mismo, a su lado... Un sentimiento maligno rebulló en su corazón.

–¡Arrea, Andréi; corre, Andréi, vivo! –gritó furioso.

–Quizás aún no se hayan acostado –comentó el cochero, después de un silencio–. Según me ha referido Timoféi, se iban a reunir muchos allí esta noche...

–¿En la posta?

–En la posta no, sino en casa de los Plastunov, en la hospedería, donde también hay una posta, pero privada.

–Ya sé; ¿y dices que serán muchos? ¿Cómo pueden ser muchos? ¿Quiénes serán? –inquirió Mitia, muy alarmado por la inesperada noticia.

–Según me ha contado Timoféi, todos son señores: dos de la ciudad, no sé quiénes son, Timoféi no me lo ha dicho; dos

señores de aquí, y aquellos dos, al parecer, forasteros; quizás hay alguien más, no he preguntado con detalle. Me ha dicho que juegan a las cartas.

–¿A las cartas?

–Así que quizá no duerman, si se han puesto a jugar. No creo que sean todavía las once, no serán.

–¡Aprisa, Andriéi, aprisa! –volvió a gritar nerviosamente Mitia.

–Desearía preguntarle una cosa, señor –prosiguió Andréi, después de callar un rato–, pero tengo miedo de que se enoje usted conmigo.

–¿De qué se trata?

–Fedosia[1] Márkovna se le ha arrodillado a los pies, le ha suplicado que no haga daño a la señora ni a no sé quién más... Y como soy yo, señor, quien le conduce allí... Perdone, señor, pero es la conciencia la que me hace hablar, quizás haya dicho alguna tontería.

Mitia le agarró de pronto por los hombros.

–Tú eres un cochero, ¿no? ¿Eres un cochero? –preguntó exaltado.

–Sí, un cochero...

–Tú sabes que es necesario dejar el camino libre. Un cochero no puede cerrar el camino y decir: ¡ahí voy yo, eh, que os aplasto! No, cochero, ¡no aplastes a nadie! No hay que aplastar a nadie, no hay que envenenar la vida a las personas; y si lo has hecho, castígate... Si ya has estropeado la vida a alguien, si has hundido la vida de alguien, hazte justicia y vete.

Mitia soltó todo esto como en un acceso de total histerismo. Andréi, aunque muy sorprendido, mantuvo la conversación.

–Es cierto, Dmitri Fiódorovich, tiene usted razón, no hay que aplastar a las personas, ni atormentarlas, como tampoco a los animales, porque las bestias también han sido creadas

1. Es decir, Fenia. El nombre completo es Feodosia (Teodosia).

por Dios, como lo ha sido, digamos, el caballo. Y hay quien azota los caballos sin motivo, incluso cocheros... Y se ponen tan furiosos, que no se contienen y allá van de cabeza, directamente de cabeza.

–¿Al infierno? –le interrumpió Mitia, y se echó a reír con risa inesperada y breve–. Andréi, alma de Dios –le volvió a agarrar fuertemente por los hombros–, dime: irá o no irá al infierno Dmitri Fiódorovich Karamázov, ¿qué opinas tú?

–No lo sé, señor, esto depende de usted, porque usted en nuestra ciudad... Verá, señor, cuando el Hijo de Dios fue crucificado en la cruz y murió, descendió directamente al infierno y puso en libertad a todos los pecadores que allí sufrían tormento. Y el infierno gimió pensando que ya no habría más pecadores que allí bajasen. Entonces el Señor le dijo: «No gimas, infierno, que aquí vendrán en adelante altos dignatarios, gobernantes, jueces principales y ricachones, y te llenarás como en el pasado por los siglos de los siglos, hasta el día en que yo vuelva». Esto es exacto, Él dijo estas palabras...

–Es una leyenda popular, ¡es estupenda! ¡Dale al caballo de la izquierda, Andréi!

–Pues ya ve, señor, a quiénes está destinado el infierno –Andréi dio unos azotes al caballo de la izquierda–; y en nuestra ciudad, señor, usted es como una criatura... así por lo menos le consideramos... Y aunque monta usted en cólera con facilidad, señor, y esto no se puede negar, Dios le perdonará porque tiene usted un natural bondadoso.

–Y tú, Andréi, ¿tú me perdonarás?

–Yo no tengo que perdonarle, a mí usted no me ha hecho nada.

–Sí, por todos, tú solo por todos; ahora mismo, aquí, en el camino, ¿me perdonas por lo que haya hecho a todos? ¡Habla, tú que eres un hombre del pueblo!

–¡Oh, señor! Hasta da miedo conducirle a usted, es muy extraña su conversación...

Pero Mitia no le oyó. Rezaba frenéticamente y balbuceaba para sí en una feroz exaltación:

–Señor, acéptame con todas mis faltas, no me juzgues. Déjame pasar sin tu juicio... No me juzgues, porque yo mismo me he sentenciado; no me juzgues porque yo te amo, ¡Señor! Soy vil, pero te amo: puedes mandarme al infierno, pero también allí te amaré y desde allí gritaré que te amo por los siglos de los siglos... Pero déjame también terminar de amar... aquí, déjame que termine de amar hoy, cinco horas en total, hasta que salga el ardiente rayo tuyo... Pues amo a la reina de mi alma. La amo y no puedo no amarla. Tú me ves, Señor, de parte a parte. Llegaré y caeré ante ella de rodillas; le diré: has hecho bien en seguir tu camino... Adiós y olvídate de tu víctima, ¡no te inquietes nunca por mí!

–¡Mókroie! –gritó Andréi, señalando con el látigo hacia adelante.

A través de la pálida oscuridad de la noche, apareció de súbito la sombra negra de los edificios diseminados en una enorme superficie. El pueblo de Mókroie contaba con dos mil almas, pero a esa hora ya dormía y sólo en algún que otro lugar centelleaban entre las tinieblas escasas lucecitas.

–Más aprisa, Andréi, más aprisa, ¡ya llego! –exclamó Mitia como poseído por la fiebre.

–¡No duermen! –articuló otra vez Andréi, señalando con el látigo la hospedería de los Plastunov, situada allí cerca, a la entrada de la población; las seis ventanas que daban a la calle estaban vivamente iluminadas.

–¡No duermen! –repitió jubiloso Mitia–. ¡Haz ruido, Andréi, al galope!, que suenen las campanillas, hay que llegar con estrépito. ¡Que todos sepan quién ha llegado! ¡Soy yo! ¡Aquí estoy! –gritó Mitia furiosamente.

Andréi puso la extenuada troika al galope y llegó realmente con gran estrépito ante un alto porche, donde hizo parar a sus caballos sudorosos y medio muertos de fatiga. Mitia saltó del carruaje en el momento mismo en que el hos-

pedero, que se disponía ya a acostarse, se asomaba al porche para satisfacer su curiosidad y ver quién llegaba armando tanto estruendo.

–¿Eres tú, Trifón Borísich?[1]

El hospedero se inclinó para ver mejor, bajó corriendo los peldaños del porche y con servil entusiasmo se precipitó hacia el huésped.

–Madre mía, ¡Dmitri Fiódorovich! ¿Otra vez tenemos el placer de verle?

Ese Trifón Borísich era un mujik macizo, robusto, de estatura media, cara gordinflona, aire severo e implacable, sobre todo con los mujiks del lugar, pero tenía el don de cambiar en un momento de fisonomía y darle la más servil de las expresiones cuando barruntaba que podía sacar provecho. Vestía a lo ruso, con camisa de cuello abierto por un lado y casaca; poseía sus buenos dineros, pero soñaba constantemente con desempeñar un papel superior. Tenía en sus garras a más de la mitad de los mujiks, y en aquellos contornos casi todo el mundo le debía algo. Arrendaba tierra de los grandes propietarios, también la compraba, y se la hacía trabajar a los mujiks en pago de deudas, de las que éstos jamás podían librarse. Era viudo y tenía cuatro hijas mayores; una ya había enviudado y vivía en casa de él con dos hijos de poca edad, trabajando como jornalera. Otra se había casado con un funcionario, un escribientillo aprovechadito, y en la pared de una de las habitaciones de la hospedería, entre las fotografías de familia, había una de tamaño diminuto que era la de dicho funcionario vestido de uniforme con charreteras. Las dos hijas menores, cuando se celebraba fiesta en la parroquia o iban a alguna parte de visita, se ponían vestidos azules o verdes a la última moda, ceñidos por atrás y con una cola de una vara, pero al día siguiente por la mañana, como los demás días, se levantaban al despuntar el alba y barrían

1. Forma apocopada de Borísovich.

las habitaciones con escobas de abedul, sacaban las lavazas y recogían las basuras cuando los inquilinos salían. Pese a los miles de rublos que ya había reunido, Trifón Borísich era muy amigo de despellejar al parroquiano que iba de francachela; y recordando que no había transcurrido un mes desde que en un solo día había sacado de Dmitri Fiódorovich, durante su holgorio con Grúshenka, dos centenares y pico de rublitos, si no trescientos, le recibió esta vez alegre y obsequioso, venteando una nueva presa ya por la manera como el carruaje había llegado ante el porche.

–¡Madre mía, Dmitri Fiódorovich!, ¿otra vez le tenemos entre nosotros?

–Espera, Trifón Borísich –empezó Mitia–; ante todo, lo más importante: ¿dónde está ella?

–¿Agrafena Alexándrovna? –adivinó en seguida el hospedero, fijando en Mitia una penetrante mirada–. Sí, también ella... está aquí...

–¿Con quién, con quién?

–Con huéspedes de paso... Uno, funcionario, debe ser polaco a juzgar por el habla, es el que le ha mandado caballos para traerla aquí; el otro debe ser camarada suyo o compañero de viaje, vaya a saber; visten de paisano...

–Qué, ¿están de farra? ¿Manejan dinero?

–¡Qué van a estar de farra! Es gente de poca monta, Dmitri Fiódorovich.

–¿De poca monta? ¿Y los otros?

–Hay dos señores de la ciudad... Regresaban de Cherni y se han quedado. Uno, joven, debe ser pariente del señor Miúsov, pero no recuerdo cómo se llama... Al otro debe conocerle usted también: es el terrateniente Maxímov, dice que ha ido en peregrinación al monasterio que tienen ustedes junto a la ciudad y ahora viaja con ese joven pariente del señor Miúsov...

–¿No hay nadie más?

–Nadie más.

–Espera, calla, Trifón Borísich; ahora dime lo más importante: ¿qué hace ella? ¿Cómo está?

–Ha llegado hace poco y está con los demás.

–¿Está alegre? ¿Se ríe?

–No, me parece que no se ríe mucho... Hasta se la ve muy aburrida, ha estado pasando la mano por los cabellos del joven.

–¿De ese polaco, del oficial?

–Pero si no es joven ni es oficial; no, señor, no ha sido a él, sino a ese sobrino de Miúsov, al joven... se me ha olvidado el nombre.

–¿Kalgánov?

–Eso es, Kalgánov.

–Bien, ya veré. ¿Están jugando a las cartas?

–Jugaban, pero han dejado de hacerlo, han tomado té; el funcionario ha pedido licores.

–Espera, Trifón Borísich; espera, mi alma, ya veré. Ahora respóndeme sobre lo más importante: ¿no hay cíngaros?

–Ahora no se oye hablar de ellos, Dmitri Fiódorovich; las autoridades los han echado, pero hay judíos que tocan el címbalo y el violín; están en la Rozhdéstvenskaia, de modo que se puede mandar por ellos aunque sea ahora mismo. Vendrán.

–Manda a buscarlos, sin falta, ¡manda a buscarlos! –gritó Mitia–. Y llama a las mozas como entonces, sobre todo a Maria, también a Stepanida y a Arina. ¡Doscientos rublos por el coro!

–Por este dinero te saco de la cama al pueblo entero, aunque todo el mundo esté ya roncando. ¿Pero es que ni los mujiks de aquí, Dmitri Fiódorovich, ni las mozas, valen lo que usted les da? ¡Gastar una suma tan grande por esa ruindad y grosería! ¿Están hechos los cigarros para nuestros mujiks? Y tú les diste. El mujik es un bandido que apesta. Y las mozas van cargadas de piojos, todas. Déjalos, yo haré que mis hijas se levanten por ti, y no ya por esa cantidad, sino hasta gratis;

acaban de acostarse a dormir, pero las haré levantar aunque sea a puntapiés en la espalda y las obligaré a cantar por ti. ¡Y pensar que la otra vez hartaste de champán a los mujiks, qué barbaridad!

Vana era la compasión de Trifón Borísich por Mitia: la vez anterior le había sustraído personalmente media docena de botellas de champán, había recogido por debajo de la mesa un billete de cien rublos, lo había apretado en el puño y se lo quedó.

–Trifón Borísich, la otra vez derroché aquí más de un millar de rublos, ¿te acuerdas?

–Los derrochó, querido, ¿cómo no recordarlo? Seguramente dejó usted en nuestra casa tres mil rublos.

–Bueno, pues hoy vengo con otros tantos, mira.

Sacó el fajo de billetes y lo acercó a la mismísima nariz del hospedero.

–Ahora escucha y fíjate: dentro de una hora llegarán vino, bocadillos, empanadas y caramelos; sin perder un momento, mandarás subirlo todo arriba. La caja que trae Andréi, que se suba también en seguida y que se abra, que se sirva inmediatamente champán... Y sobre todo, que haya mozas, mozas, y que no falte Maria...

Se volvió hacia el carruaje y sacó el estuche con las pistolas de debajo del asiento.

–¡Tu cuenta, Andréi, toma! Quince rublos por la troika y otros cincuenta para vodka... por tu buena voluntad, por tu afecto... ¡Acuérdate del señor Karamázov!

–No me atrevo, señor... –Andréi vaciló–; bienvenidos sean cinco rublos de propina, pero no aceptaré más. Trifón Borísich es testigo. Perdone mi tontería, por favor...

–¿De qué tienes miedo? –Mitia lo miró de pies a cabeza–. ¡Pues vete al diablo, si es así! –gritó, arrojándole cinco rublos–. Ahora, Trifón Borísich, acompáñame sin hacer ruido y llévame donde pueda verlos a todos sin que ellos me vean a mí. ¿Dónde están, en el cuarto azul?

Trifón Borísich miró receloso a Mitia, pero en seguida le obedeció dócilmente; le condujo con precaución al zaguán, él mismo entró en la primera gran estancia, contigua a aquella en que estaban reunidos los huéspedes, y retiró la vela. Luego introdujo despacito a Mitia y le colocó en un ángulo oscuro desde donde se podía observar cómodamente a los que estaban conversando, sin ser visto. Pero Mitia no se quedó mucho tiempo mirando, no podía mirar: la vio a ella y el corazón se le puso a latir con fuerza, se le enturbió la vista. Grúshenka estaba sentada en una butaca, cerca de la mesa, y a su lado, en un sofá, se encontraba sentado Kalgánov, guapito y todavía muy joven; ella le tenía cogido de una mano y, al parecer, se reía, mientras que el otro, sin mirarla, discutía en voz alta y como enojado con Maxímov, que estaba sentado al otro lado de la mesa, frente a Grúshenka. Maxímov, en cambio, se reía mucho. En el sofá se hallaba sentado él, y al lado, en una silla adosada a la pared, había otro hombre, desconocido. El que se hallaba sentado en el sofá, medio tumbado, fumaba en pipa, y Mitia tuvo la impresión de que se trataba de un hombrecito más bien gordo y ancho de cara, sin duda de pequeña estatura y al parecer irritado. Su camarada, en cambio, el otro desconocido, parecía muy alto; pero Mitia no pudo observar nada más. Se le cortaba la respiración. No pudo permanecer allí ni un minuto; colocó el estuche sobre la cómoda y, sintiendo escalofríos en la espalda, con el corazón en vilo, se fue directamente hacia los que estaban conversando en el cuarto azul.

–¡Ay! –chilló asustada Grúshenka, la primera en verle.

7. El anterior e indiscutible

Con sus pasos rápidos y largos, Mitia se acercó a la mesa.

–Señores –comenzó a decir en alta voz, casi a gritos, pero tartamudeando a cada palabra–, yo... yo, ¡nada! No teman –exclamó– si yo, nada, nada. –Se volvió hacia Grúshenka, la cual

se había inclinado en su butaca hacia Kalgánov y se le agarraba con fuerza del brazo–. Yo... yo también estoy de viaje. Partiré de madrugada. Señores, a un viajero que está de paso... ¿se le permite tomar asiento a su lado hasta la madrugada? ¿Sólo hasta la madrugada, y por última vez, en este mismo cuarto?

Las últimas palabras las dijo dirigiéndose al hombrecito regordete que fumaba en pipa en el sofá. Ése, con aire de importancia, se quitó la pipa de los labios y respondió, severo:

–*Panie,* aquí estamos en reunión privada. Hay otras estancias.

–¡Pero es usted, Dmitri Fiódorovich! ¿Qué cumplidos son éstos? –exclamó de pronto Kalgánov–. Quédese aquí con nosotros, ¡buenas noches!

–Buenas noches, querido amigo... ¡inapreciable amigo! Siempre le he tenido en mucha estima... –contestó Mitia con vehemente júbilo, tendiéndole en seguida la mano por encima de la mesa.

–¡Ay, cómo aprieta! Por poco me rompe los dedos –dijo Kalgánov, riéndose.

–Siempre aprieta la mano así, ¡siempre! –exclamó Grúshenka, sonriendo aún con timidez; por el aspecto de Mitia, se acababa de convencer de que éste no iba a armar camorra y le contemplaba con terrible curiosidad, aunque todavía con cierta inquietud.

Había en él algo que la asombraba en grado extremo; jamás habría esperado que en un momento como aquel Mitia hubiese entrado y hubiese hablado como lo había hecho.

–Buenas noches –terció con su dulzona voz el terrateniente Maxímov.

Mitia, a su vez, le saludó efusivo.

–Buenas noches, ¡también usted está aquí!, ¡cuánto me alegro! Señores, señores, yo... –De nuevo se dirigía al *pan* de la pipa, a quien tomaba, por lo visto, como personaje principal de la reunión–. He venido volando... Quería pasar mi último día y mi última hora en este cuarto, precisamente en

este cuarto... donde yo también adoré... ¡a mi reina!... ¡Perdón, *pani!* –gritó, exaltado–. He venido corriendo y he jurado... ¡Oh, no temáis, ésta es mi última noche! ¡Bebamos, *pani,* la copa de la amistad! Ahora nos servirán vino... Mira lo que he traído. –De pronto sacó su fajo de billetes sin saber por qué–. ¡Permíteme, *pani!* Quiero música, ruido, animación, todo como la otra vez... Pero el gusano, el inútil gusano acabará de arrastrarse por la tierra y desaparecerá. ¡En mi última noche, quiero evocar el día más feliz de mi vida!...

Casi se quedó sin aliento; quería decir muchas cosas, muchas, pero no le salían más que extrañas exclamaciones. El *pan* le contemplaba inmóvil, miraba el fajo de billetes, miraba a Grúshenka y se le veía perplejo.

–Si mi *kruleva*[1] lo consiente... –comenzó a decir el polaco.

–Qué es eso de *kruleva,* será *koroleva,* ¿no? –le interrumpió Grúshenka–. Me da risa oírles hablar así. Siéntate, Mitia, ¿qué estás diciendo? No nos asustes, por favor. ¿Verdad que no lo harás, verdad? Si no lo haces, estaré contenta de que hayas venido...

–¿Asustar yo? ¿Yo? –gritó Mitia, levantando los brazos–. ¡Oh, pasad, pasad, no seré un obstáculo!... –E inesperadamente para todos y también para sí, desde luego, se dejó caer en la silla y prorrumpió en sollozos, vuelta la cabeza hacia la pared opuesta, rodeando fuertemente con los brazos el respaldo de la silla, como si lo abrazara.

–¡Vaya, hombre, vaya! ¡Qué raro eres! –exclamó Grúshenka en son de reproche–. Lo mismo pasaba cuando iba a verme: de pronto se ponía a hablar y yo no entendía nada. Una vez también se echó a llorar, y ahora vuelve a hacerlo, ¡qué vergüenza! ¿Por qué lloras? Si *hubiera motivos para ello...*

1. *Kruleva,* mezcla entre el polaco *królowa* (pronunciado *krulova)* y el ruso *koroleva,* 'reina'. A lo largo del capítulo las palabras en cursiva transmiten el habla de los personajes polacos, mezcla entre polaco y ruso.

–añadió de pronto enigmáticamente, recalcando sus palabras con cierta irritación.

–Yo... yo no lloro... Ea, ¡buenas noches! –dio media vuelta en la silla y se echó a reír, pero no con su risa seca y entrecortada, sino con una risa silente, larga y nerviosa, que le sacudía todo el cuerpo.

–Bueno, otra vez... ¡Alégrate, hombre, alégrate! –le instaba Grúshenka–. Estoy muy contenta de que hayas venido, estoy muy contenta, Mitia, ¿oyes lo que te digo?, que estoy muy contenta de que hayas venido. Quiero que se quede con nosotros –lo dijo imperiosamente, como si hablase a todos, aunque sus palabras iban dirigidas, por lo visto, al que estaba sentado en el sofá–. ¡Quiero que se quede!, ¡lo quiero! Y si él se va, también me iré yo, ¡eso es! –añadió con los ojos chispeantes.

–¡Los deseos de mi reina son ley! –articuló el *pan,* besando galantemente la mano de Grúshenka–. *¡Ruego al señor que forme parte de nuestro grupo!* –dijo amablemente dirigiéndose a Mitia, quien estuvo a punto de levantarse con el visible propósito de soltar una nueva tirada, pero le salió otra cosa.

–¡Bebamos, *panie!* –soltó, en vez de un discurso. Todos se rieron.

–¡Santo cielo! Creía que deseaba hablar otra vez –exclamó Grúshenka con cierto nerviosismo–. ¿Oyes, Mitia? –añadió con frenesí–. No saltes más, pero eso de que hayas traído champán, está muy bien. También yo beberé, pero no puedo soportar los licores. Lo mejor ha sido que te hayas presentado tú, aquí nos aburríamos como ostras... ¿Vienes otra vez de juerga? ¡Ea, guárdate ya el dinero en el bolsillo! ¿De dónde has sacado tanto?

Mitia seguía apretando en la mano los arrugados billetes que tanto llamaban la atención, sobre todo de los dos polacos, y se los guardó presuroso y turbado. Se sonrojó. En aquel momento apareció el dueño de la casa llevando en una bandeja un botella de champán descorchada y unos vasos. Mitia agarró la botella, pero estaba tan confuso que se olvi-

dó de lo que debía hacer. Kalgánov se la tomó de la mano y llenó los vasos por él.

–¡Otra botella! –gritó Mitia al hospedero y, olvidándose de brindar con el *pan,* a quien había invitado tan solemnemente a beber la copa de la amistad, se echó entre pecho y espalda todo su vaso, sin esperar a nadie.

Al instante cambió de fisonomía. En vez de la expresión solemne trágica con que había entrado, le apareció en el rostro cierto aire infantil. Fue como si de pronto Mitia se hubiese vuelto manso y humilde. Miraba a los presentes con alegre timidez, con una risita frecuente y nerviosa, con el aspecto agradecido de un perrito culpable al que de nuevo acarician y perdonan. Parecía haberlo olvidado todo y miraba a los presentes entusiasmado, sonriendo como un niño. A Grúshenka la miraba riéndose sin cesar y acercó la silla hasta la mismísima butaca en que ella estaba sentada. Poco a poco examinaba también a los dos polacos, aunque aún no los comprendía. El *pan* del sofá le impresionaba por su porte, por el acento de su habla y, sobre todo, por su pipa. «Esto no tiene importancia, bien está que fume en pipa», se decía Mitia. La cara algo fláccida, casi cuadragenaria, del *pan,* con una naricita muy pequeña, debajo de la cual se veían dos impertinentes bigotitos archidelgados y en punta, con su toque de pomada, tampoco provocaban en el ánimo de Mitia, por de pronto, ni la más leve duda. Ni siquiera la peluquita del *pan,* muy mala, hecha en Siberia y peinada sin la menor gracia hacia adelante, sobre las sienes, le impresionó de modo particular: «Seguramente debe ser así, ya que lleva peluca», seguía observando beatíficamente. En cuanto al otro *pan,* el que estaba sentado junto a la pared, más joven que el del sofá, y que contemplaba a todos los reunidos con arrogante insolencia a la vez que escuchaba con silencioso desdén la conversación general, si impresionó a Mitia fue tan sólo por su extremada estatura, terriblemente desproporcionada en relación con la del *pan* del sofá. «Si se levanta llegará por lo

menos a los diez palmos», pensó Mitia por un momento. También le centelleó en la cabeza que aquel *pan* de alta estatura debía ser amigo y acólito del otro, algo así como su «guardaespaldas», y el *pan* pequeño, el de la pipa, mandaba al alto, naturalmente. Pero todo esto también le parecía a Mitia muy natural e indiscutible. En el perrito no fulguraba ni una chispita de rivalidad. Nada había comprendido aún en Grúshenka ni en el enigmático tono de algunas de las frases de la joven; lo único que había entendido, emocionado hasta lo más hondo de su corazón, era que Grúshenka le trataba con cariño, le había «perdonado» y le había permitido que se sentase al lado suyo. No cabía en sí de contento al verla beber unos sorbos de champaña. No obstante, el silencio que se hizo entre los reunidos le chocó y Mitia fue mirando a los presentes con una interrogadora mirada: «¿Pero qué hacemos aquí sentados, por qué no comienzan a hacer algo, señores?», parecía decir su mirada, que se había debilitado.

–Verá, éste no hace más que soltar mentiras y todos nos reímos –dijo Kalgánov, señalando a Maxímov, como si adivinara el pensamiento de Mitia.

Mitia clavó una rápida mirada en Kalgánov y, al instante, en Maxímov.

–¿Suelta mentiras? –se puso a reír con su seca y breve risa, como si algo acabara de alegrarle–. ¡Ja-ja!

–Sí. Figúrese, afirma que toda nuestra caballería, entre 1820 y 1830, se casó con polacas; pero esto es un monumental absurdo, ¿verdad?

–¿Con polacas? –repitió Mitia, ya decididamente entusiasmado.

Kalgánov comprendía muy bien las relaciones de Mitia con Grúshenka, adivinaba asimismo lo que ocurría con el *pan*, pero nada de esto le importaba mucho, hasta es posible que no le importara en absoluto; lo que más le interesaba era Maxímov. Había llegado con él a la hostería por casualidad y ahí ha-

bía visto por primera vez en la vida a los dos polacos. En cambio a Grúshenka ya la conocía, y en cierta ocasión hasta la había visitado con alguien más; pero entonces a ella no le había gustado. En cambio ahora Grúshenka le miraba muy cariñosamente; antes de que Mitia llegase, hasta le había acariciado, pero él había permanecido insensible. Kalgánov era un joven de unos veinte años a lo sumo, vestía con elegancia, tenía una simpática carita blanca y una magnífica cabellera rubia. Y en aquella blanca carita había unos admirables ojos claros, azules, de expresión inteligente y a veces profunda, impropia incluso de un hombre de su edad, a pesar de que a veces el joven hablaba y miraba como si fuese un niño, cosa que no le cohibía en lo más mínimo, aun teniendo de ello conciencia. Cabe decir que era muy original, incluso caprichoso, aunque siempre se mostraba amable. A veces, en la expresión de su rostro aparecía cierto aire de inmovilidad y porfía: miraba a su interlocutor, le escuchaba, pero él, al parecer, estaba pensando obstinadamente en algo suyo. Ora se volvía blando y perezoso, ora empezaba a agitarse, a veces, por lo visto, debido a causas nimias.

–Figúrense, hace ya cuatro días que lo llevo conmigo –prosiguió Kalgánov, como si arrastrara un poco perezosamente las palabras, aunque con toda naturalidad, sin fanfarronería–. Desde que su hermano le empujó del coche y le hizo dar unas volteretas, ¿recuerda? Entonces me interesé mucho por él y me lo llevé a la aldea, pero ahora no hace más que mentir, y hasta da vergüenza ir con él. Le llevo de regreso...

–*El señor no ha visto nunca damas polacas, y cuenta cosas que no han podido suceder* –observó el *pan* de la pipa, dirigiéndose a Maxímov.

El *pan* de la pipa hablaba bastante ruso, por lo menos mucho mejor de lo que hacía ver. Cuando empleaba palabras rusas, las tergiversaba al modo polaco.

–¡Pero si yo mismo estuve casado con una señora polaca! –repuso Maxímov con socarrona risita.

–Bueno, ¿acaso sirvió usted en caballería? ¡Era de la caballería de lo que usted hablaba! ¿Y sabe montar a caballo, por ventura? –replicó en seguida Kalgánov.

–Claro, ¿sabe montar a caballo, por ventura? ¡Ja-ja! –gritó Mitia, que escuchaba ávidamente y dirigía su mirada interrogadora, cual relámpago, a cada uno de los que tomaban la palabra, como si esperase oír de ellos Dios sabe qué.

–No es eso, verá. –Maxímov se volvió hacia él–. Quiero decir que las señoritas polacas... un encanto de jovencitas... no bien una ha bailado la mazurca con uno de nuestros ulanos... tan pronto la ha bailado, le salta a las rodillas como una gatita... blanquita... Su señor papá y su señora mamá lo ven y lo permiten... y lo permiten, sí, señor... y el ulano, al día siguiente, va y le pide la mano... eso es... y le pide la mano, ¡ji-ji! –se rió Maxímov al terminar.

–*¡Es usted un canalla!* –soltó de pronto el *pan* de alta estatura, y puso una pierna sobre la otra, en sentido inverso al de hasta entonces.

A Mitia sólo le saltó a la vista la enorme bota enlustrada de aquel hombre, con la suela gruesa y sucia. En general, los dos polacos iban vestidos con ropa poco limpia.

–¡Vaya, ya le ha soltado *canalla!* ¿Por qué insulta? –se enojó de pronto Grúshenka.

–*Pani Agrippina, ese pan debió tratar en tierra polaca a campesinas y no a damas de la nobleza* –indicó el *pan* de la pipa a Grúshenka.

–*¡No te quepa duda!* –replicó desdeñosamente el alto *pan* de la silla.

–¡Vaya, hombre! ¡Dejadle hablar! Cuando la gente habla, ¿por qué molestar? Con él es divertido –contestó desabrida Grúshenka.

–Yo no se lo impido, *pani* –puntualizó de modo significativo el *pan* de la peluca, dirigiendo una larga mirada a Grúshenka; y después de callar gravemente unos momentos, volvió a chupar la pipa.

–No, no, ahora el *pan* ha dicho la verdad –terció otra vez Kalgánov, como si se tratara Dios sabe de qué–. Maxímov no ha estado nunca en Polonia, ¿cómo puede hablar de este país? No fue en Polonia donde se casó usted, ¿verdad?

–Cierto, me casé en la provincia de Smolensk. Sólo que antes un ulano había llevado allí a la que había de ser mi esposa, la había llevado con la *pani* mamá, con una *tante* y además con una pariente que tenía un hijo mayor; eran todas de la mismísima Polonia, de la mismísima... y el ulano me la cedió. Era uno de nuestros tenientes, un joven estupendo. Al principio quería casarse él, pero no lo hizo porque resultó que la polaca era coja...

–¿Y usted se casó con una coja? –exclamó Kalgánov.

–Con una coja, señor. La verdad, los dos se pusieron de acuerdo para engañarme un poco, y ocultaron lo de la cojera. Yo creía que ella daba saltitos... siempre estaba dando saltitos, y yo me figuraba que era de alegría...

–¿De alegría por casarse con usted? –clamó escandalosamente Kalgánov con voz sonora, algo infantil.

–Sí, señor, de alegría. Pero resultó que se trataba de algo totalmente distinto. Aquella misma tarde, después de casados, me lo confesó y me pidió perdón con mucho sentimiento; me contó que, de niña, una vez saltó un charco y se lesionó una pierna, ¡ji-ji!

Kalgánov estalló en la más infantil de las risas y por poco se cae en el sofá. También Grúshenka se rió. En cuanto a Mitia, se sentía en el colmo de la felicidad.

–¿Sabe, sabe? Ahora ya dice la verdad, ¡ahora ya no miente! –exclamó Kalgánov, dirigiéndose a Mitia–. Y sepa que ha estado casado dos veces, ahora habla de la primera mujer; la segunda huyó y todavía vive, ¿lo sabía?

–¿Es posible?

Mitia se volvió hacia Maxímov rápidamente con una insólita expresión de asombro en el rostro.

–Sí, huyó, tuve este disgusto –confirmó Maxímov modestamente–. Huyó con un *musiú*. Pero lo más importante fue que con anticipación me había hecho poner a su nombre toda mi aldea, todita. Tú, me decía, eres un hombre instruido, siempre encontrarás la manera de ganarte la vida. Y con esto me dejó plantado. En cierta ocasión, un respetable arcipreste comentó, hablando conmigo: tu primera esposa cojeaba, pero la segunda ha tenido los pies demasiado ligeros, ¡ji-ji!

–¡Escuchen, escuchen! –gritó Kalgánov, enardecido–. Si miente, como ocurre con frecuencia, lo hace sólo para divertirnos: esto no es una bajeza, no lo es, ¿verdad? Saben, a veces siento afecto por él. Es muy ruin, pero de una ruindad natural, ¿eh? ¿Qué creen ustedes? Hay quien se hace ruin por algo, para sacar tajada, pero él es así por naturaleza... Figúrense, por ejemplo, que según afirma (ayer discutimos sobre el tema durante todo el camino) Gógol le hizo salir en *Las almas muertas*. Recuerden que allí el propietario Maxímov fue azotado por Nozdriov y que éste fue entregado a los tribunales «por ofensas al propietario Maxímov, y por haberle azotado hallándose borracho», ¿se acuerdan? Pues imagínense, ¡pretende que ese Maxímov es él y que fue a él a quien azotaron! ¿Es posible? Chíchikov[1] viajaba a lo sumo al comienzo de los años veinte, de modo que las fechas no coinciden de ningún modo. Es imposible que entonces le azotaran. ¿Verdad que no es posible, que no es posible?

Resultaba difícil comprender por qué se acaloraba de aquel modo Kalgánov, pero se acaloraba en serio. Mitia se puso de su parte sin reservas.

–¡Bueno, pero el caso es que le azotaron! –gritó riéndose.

–No es que me azotaran precisamente, sino algo así –rectificó de pronto Maxímov.

1. Personaje principal de *Las almas muertas* (1842).

–¿Cómo, algo así? ¿Le azotaron o no?

–¿*Qué hora* es? –preguntó con cara de aburrido el *pan* de la pipa al otro polaco, al de elevada estatura, que estaba sentado en la silla. En respuesta, éste se encogió de hombros: ninguno de los dos tenía reloj.

–¿Por qué no se ha de pasar el rato charlando? Dejad hablar. Porque a vosotros os aburre, ¿los demás han de callar? –saltó de nuevo Grúshenka, por lo visto metiéndose con ellos con intención.

Por primera vez pareció como si a Mitia algo le centellease en la mente. El *pan* contestó con visible irritación:

–*Pani, no tengo nada en contra, no he dicho nada...*

–Bueno, está bien; tú sigue contando –gritó Grúshenka a Maxímov–. ¿Por qué os habéis quedado mudos todos?

–No hay nada que contar, porque todo esto no son más que tonterías –replicó en seguida Maxímov con visible satisfacción y como si quisiera hacerse rogar un poco–; además, en Gógol todo eso se da en forma alegórica, pues son alegóricos todos los nombres: así tenemos que Nozdriov no era Nozdriov, sino Nósov[1], mientras que Kuvshínnikov ya no se parece nada al verdadero nombre, que es Shkvórnev. En cambio, Fenardi era realmente Fenardi, pero no se trataba de un italiano, sino de un ruso, Petrov, y la señorita Fenardi era guapita, de lindas piernas enfundadas en su malla, con una faldillita corta de lentejuelas; sólo que, cuando daba vueltas, no se pasaba cuatro horas girando, sino únicamente cuatro minutitos... y hechizaba a todo el mundo...

–Bueno, pero, ¿por qué te azotaron, por qué? –vociferó Kalgánov.

–Por Piron –contestó Maxímov.

–¿Por qué Piron? –gritó Mitia.

1. Nozdriov, derivado de *nozdriái*, 'fosa nasal', 'ventana de la nariz'; Nósov, derivado de *nos*, 'nariz'.

–Por el conocido escritor francés Piron. Fue en una feria. Éramos una pandilla muy numerosa y estábamos todos en la taberna bebiendo. A mí me habían invitado y me puse a recitar epigramas: «¿Eres tú, Boileau? ¡Qué galas más ridículas llevas!» [1]. Boileau responde que se dirige a un baile de máscaras, es decir, a los baños, ¡ji-ji!, y los que me habían invitado se dieron por aludidos. Me apresuré a recitarles otro epigrama, muy conocido entre personas instruidas y muy cáustico:

Tú eres Safo, yo soy Faón, de esto ni hay que hablar,
pero tú, por desdicha mía,
no sabes cuál es el camino que lleva a la mar [2].

Aún se sintieron más ofendidos y empezaron a insultarme de manera indecente; entonces yo, por desgracia mía, quise remediar la situación y conté una anécdota de tema muy culto acerca de cómo no admitieron a Piron en la Academia Francesa, y él, para vengarse, escribió su epitafio para la losa sepulcral:

Ci-gît Piron qui ne fut rien
Pas même académicien [3].

»Entonces me agarraron y me azotaron.

–Pero ¿por qué, por qué te azotaron?

–Por mi instrucción. ¡No son pocas las cosas por las que la gente puede azotar a un hombre! – concluyó Maxímov, lacónica y sentenciosamente.

1. Primer verso del epigrama del célebre fabulista ruso I. A. Krilov (1769-1844) «A la traducción del poema "L'Art poétique"».
2. Epigrama del poeta ruso K. N. Bátiushkov (1787-1855), dedicado a la poetisa A. P. Búnina («Madrigal a la nueva Safo», 1809).
3. De «Mi epitafio», del poeta francés A. Piron (1689-1773).

–Ea, basta, todo esto es malo, me figuraba que sería más divertido –cortó de pronto Grúshenka.

Mitia se sobresaltó y dejó de reír al instante. El *pan* de alta estatura se levantó de su lugar y, con el aire altanero de hombre que se aburre en una compañía que no es la suya, empezó a dar pasos de un ángulo a otro de la habitación con las manos a la espalda.

–¡Vaya, se ha puesto a dar zancadas! –Grúshenka le miró despectiva.

Mitia se sintió inquieto; además, se había dado cuenta de que el polaco del sofá le estaba observando con irritación.

–*Pan* –gritó Mitia–, ¡bebamos, *pan!* Y con el otro *pan* también: ¡bebamos, *panowie!*

Al instante separó tres vasos y los llenó de champán.

–¡Por Polonia, *panowie,* bebo por su Polonia, por la tierra polaca! –gritó Mitia.

–*Con mucho gusto, panie, bebamos* –respondió con condescendiente gravedad el polaco de la pipa, a la vez que tomaba su vaso.

–Y también el otro *pan,* ¿cómo se llama?, ¡eh, noble señor, toma el vaso! –se interesó Mitia.

–*Pan* Wróblewski –le indicó el del sofá.

El *pan* Wróblewski, balanceándose, se acercó a la mesa y tomó su vaso sin sentarse.

–Por Polonia, *panowie,* ¡hurra! –gritó Mitia, levantando el vaso.

Bebieron los tres. Mitia agarró la botella y en seguida volvió a llenar los tres vasos.

–Ahora por Rusia, *panowie,* ¡confraternicemos!

–Ponnos también a nosotros –dijo Grúshenka–; por Rusia yo también quiero beber.

–Y yo –dijo Kalgánov.

–También yo bebería... por Rusia, la vieja abuelita –soltó Maxímov con su risita.

–¡Todos, todos! –exclamó Mitia–. ¡Patrón, más botellas!

Sirvieron las tres botellas que quedaban de las que Mitia había traído. Mitia llenó los vasos.

–Por Rusia, ¡hurra! –volvió a gritar.

Bebieron todos, excepto los polacos. Grúshenka vació el vaso de una vez. Los *panowie* ni siquiera tocaron la bebida.

–¿Qué es esto, *panowie?* –exclamó Mitia–. ¿Ustedes no brindan?

El *pan* Wróblewski tomó el vaso, lo levantó y con sonora voz dijo:

–¡Por Rusia, en sus fronteras de antes de 1772![1]

–*¡Muy bien dicho!* –gritó el otro *pan,* y los dos vaciaron de un golpe los vasos.

–¡Cuidado que sois estúpidos, *panowie!* –se le escapó de pronto a Mitia.

–*¡Pa-nie!* –gritaron los dos polacos, amenazadores, puestos como dos gallitos frente a Mitia. Sobre todo estaba colérico el *pan* Wróblewski.

–*¿Acaso es posible no amar a la propia tierra?* –proclamó.

–¡A callar! ¡Nada de reñir! ¡Que no haya riñas! –gritó imperiosa Grúshenka, dando una patada en el suelo.

Se le encendió el rostro, le fulguraban los ojos. Ya dejaba sentir sus efectos el champán que acababa de beber. Mitia se asustó terriblemente.

–*Panowie,* ¡perdónenme! La culpa es mía, no lo haré más. Wróblewski, *pan* Wróblewski, ¡no lo haré más!...

–Cállate tú, por lo menos; ¡siéntate, so bobo! –Con furioso despecho arremetió Grúshenka contra él.

Todos se sentaron, todos guardaron silencio, todos se miraban unos a otros.

–Señores, ¡yo soy la causa de lo ocurrido! –porfió Mitia, sin comprender en absoluto la exclamación de Grúshenka–. Bueno, ¿qué hacemos así, parados? ¿En qué podríamos en-

1. Año del primer «reparto de Polonia» entre Rusia, Prusia y Austria.

tretenernos... para que haya alegría, para que vuelva a haber alegría?

–¡Ah, sí, esto no es nada alegre, la verdad! –balbuceó perezosamente Kalgánov.

–¿Echamos una partidita al monte, como hace un rato?... –sugirió de pronto Maxímov, siempre con su risita.

–¿Al monte? ¡Estupendo! –asintió Mitia–. Claro, si los *panowie*...

–*¡Puzno, panie!* –repuso de mala gana el *pan* del sofá.

–Es verdad –asintió Wróblewski.

–*¿Puzno?* ¿Qué significa *puzno?* –preguntó Grúshenka.

–*Quiere decir tarde, pani; tarde, hora tardía* –explicó el *pan* del sofá.

–¡Para ellos siempre es tarde, nunca se puede hacer nada! –chilló Grúshenka, poco menos que con enojo–. Son unos aburridos y quieren que los demás también se aburran. Antes de que llegaras tú, Mitia, han estado todo el tiempo callados y poniéndome cara de vinagre...

–¡Mi diosa! –gritó el *pan* del sofá–. *Será lo que tú digas. Te veo poco cariñosa hacia mí y por esto me siento triste. ¡Dispuesto, panie!* –terminó, dirigiéndose a Mitia.

–¡Empieza, *panie!* –repuso éste en seguida, sacándose del bolsillo el fajo de billetes y colocando dos de cien sobre la mesa.

–¡Quiero perder mucho jugando contigo, *panie!* Toma las cartas, ¡pon la banca!

–Hay que jugar con cartas del dueño de la casa, *panie* –dijo con firmeza y mucha seriedad el pequeño *pan*.

–*Es lo mejor* –corroboró el *pan* Wróblewski.

–¿Con cartas del dueño de la casa? Bien, ya comprendo, que sean del dueño de la casa. ¡Bien pensado, *panowie!* ¡Eh, cartas! –ordenó Mitia al hospedero.

El dueño trajo una baraja sin estrenar y comunicó a Mitia que habían empezado a llegar las mozas, que probablemente pronto estarían allí los judíos con sus címbalos, pero que la

troika con las provisiones aún no había tenido tiempo de llegar. Mitia se levantó bruscamente y se precipitó a la estancia contigua para dar órdenes. Pero allí no había más que tres mozas, y Maria no estaba aún. Además, tampoco sabía él qué órdenes dar ni por qué se había precipitado hacia aquella estancia: mandó sólo tomar de la caja golosinas, caramelos de fruta y de café con leche, y distribuirlos entre las mozas. «¡Sí, y vodka para Andréi, vodka para Andréi! –se apresuró a añadir–. ¡Le he ofendido!» En ese momento, Maxímov, que había ido tras él, le llamó la atención poniéndole una mano en el hombro.

–Déjeme cinco rublos –le balbuceó al oído–; yo también me aventuraría a jugar al monte, ¡ji-ji!

–¡Magnífico, estupendo! ¡Tome diez, ea! –Volvió a sacarse todos los billetes del bolsillo y separó diez rublos–. Si pierdes, ven otra vez, ven otra vez...

–Está bien –musitó alegremente Maxímov, y se apresuró a volver al salón.

También Mitia regresó en seguida y se disculpó por haberse hecho esperar. Los polacos ya se habían colocado en su sitio y habían abierto el paquete de las cartas. Su expresión era mucho más amable, casi cordial. El *pan* del sofá había encendido otra vez la pipa y se disponía a repartir las cartas; en su cara se percibía incluso cierto aire de solemnidad.

–*¡Tomen asiento, panowie!* –gritó el *pan* Wróblewski.

–No, yo no quiero jugar –repuso Kalgánov–, hoy ya he perdido con ellos cincuenta rublos.

–*El pan ha tenido mala suerte, puede que ahora la tenga buena* –comentó a su lado el del sofá.

–¿Cuánto hay en la banca? ¿Responde? –Mitia se acaloraba.

–*Quizá cien rublos, quizá doscientos, según tu puesta.*

–¡Un millón! –Mitia se echó a reír.

–*Pan* capitán, ¿no ha oído hablar del *pan* Podwysocki?

–¿De qué Podwysocki?

–En Varsovia establece la banca el que juega. Llega Podwysocki, ve mil zloty y apuesta: va la banca. *El banquero le pregunta: «Panie Podwysocki: ¿apuestas sobre el dinero o sobre palabra de honor?». «Sobre palabra de honor, panie»*, declara Podwysocki. *«Tanto mejor, panie.»* El banquero corta, Podwysocki recoge los mil zloty. *«Un instante, panie,* dice el banquero, que abre uno de los cajones y da un millón; *toma, panie, esto es lo que has ganado.»* La banca era de un millón. «No lo sabía», replica Podwysocki. *«Panie Podwysocki,* contesta el banquero, *tú has apostado sobre palabra de honor, nosotros también.»* Podwysocki se embolsó el millón.

–No es verdad –dijo Kalgánov.

–Panie Kalgánov, entre caballeros no se habla de ese modo.

–¡Pues sí que un jugador polaco te va a dar un millón! –exclamó Mitia, pero en seguida se refrenó–. Dispensa, *panie,* soy culpable, otra vez soy culpable; dará el millón, lo dará, por su palabra de honor, ¡por el honor polaco!, *¡na hónor!* ¿Ves, cómo hablo yo en polaco? ¡Ja-ja! Ea, pongo diez rublos en la sota.

–Pues yo pongo un rublito en la damita, la de corazón, la guapita, ¡ji-ji! –declaró Maxímov, riendo mientras adelantaba su dama; y como si quisiera esconderse de todos, se inclinó y se persignó a toda prisa debajo de la mesa.

Mitia ganó. También ganó el rublito.

–¡Doblo! –gritó Mitia.

–Pues yo, otro rublito, un simple rublo, un pequeño rublito –balbuceó beatíficamente Maxímov, sin caber en sí de alegría por haber ganado un rublito.

–¡Perdido! –gritó Mitia–. Doblo la puesta en el siete.

Le mataron también el siete.

–Déjelo –le instó de pronto Kalgánov.

–Doblo, doblo.

Mitia iba doblando las puestas y cada vez le mataban las cartas. En cambio, los rublitos ganaban.

–¡Doblo! –gritó Mitia, furioso.

–Has perdido doscientos rublos, *panie.* ¿Pones otros doscientos? –inquirió el *pan* del sofá.

–Cómo, ¿ya he perdido doscientos rublos? ¡Pues aquí van otros doscientos! ¡Otros doscientos para doblar! –Y sacándose el dinero del bolsillo, Mitia iba a arrojar doscientos rublos sobre la dama cuando Kalgánov, con rápido movimiento, la cubrió con la mano.

–¡Basta! –gritó con su voz sonora.

–¿Por qué hace esto?

Mitia le miró sorprendido.

–Basta, ¡no quiero! No jugará más.

–¿Por qué?

–Porque sí. Mándelo a paseo y váyase, será mejor. ¡No le dejaré jugar más!

Mitia le miraba sin salir de su asombro.

–Déjalo, Mitia, quizá tiene razón, ya has perdido mucho –dijo Grúshenka con una extraña nota en la voz.

Los dos polacos, de pronto, se levantaron de su sitio con aire de personas terriblemente ofendidas.

–*¿Estás bromeando?* –articuló el pequeño *pan,* fija la severa mirada en Kalgánov.

–*¡Cómo se atreve usted a hacer eso, panie!* –soltó también Wróblewski, irritado, a Kalgánov.

–¡Que nadie se atreva a gritar, que nadie se atreva! –exclamó Grúshenka–. ¡Ah, gallitos!

Mitia los iba contemplando uno a uno; pero algo notó, de pronto, en el rostro de Grúshenka que le impresionó, y en el mismo instante una idea totalmente nueva le pasó por la cabeza, ¡extraña idea!

–*¡Pani Agrippina!* –comenzó a decir el pequeño *pan,* rojo de cólera.

Mas de repente Mitia se le acercó y le dio unas palmaditas en el hombro.

–Dos palabras, noble señor.

–*¿Qué deseas, panie?*

–Vamos a esa pieza, a la alcoba contigua; te diré dos buenas palabritas, las mejores, estarás contento.

El pequeño *pan* se quedó sorprendido y miró receloso a Mitia. Sin embargo, accedió en seguida, si bien con una condición ineludible: que le acompañara el *pan* Wróblewski.

–¿Es tu guardaespaldas? ¡Que venga, también hace falta! ¡Hasta es indispensable su presencia! –exclamó Mitia–. ¡En marcha, *panowie!*

–¿Adónde vais? –preguntó Grúshenka, inquieta.

–Volveremos al instante –respondió Mitia.

Se le percibía en el rostro una expresión de audacia, de inesperado brío; muy distinta era su cara cuando había entrado en el cuarto una hora antes. Condujo a los *panowie* a la habitación de la derecha, no a la gran estancia en que se reunía el coro de las mozas y se servía la mesa, sino a un dormitorio en el que había baúles, arcones y dos grandes camas con una gran pila de almohadas en cada una, con fundas de indiana. En un rincón, sobre una mesita de tablas cepilladas, ardía una vela. El *pan* y Mitia se instalaron junto a esa mesita uno frente a otro, mientras el enorme *pan* Wróblewski se mantenía a un lado, con las manos a la espalda. Los polacos observaban a Mitia con aire severo, pero con manifiesta curiosidad.

–*¿En qué puedo servirle, panie?* –musitó el pequeño.

–Pues verá, *panie,* no voy a hablar mucho: aquí tienes dinero –se sacó del bolsillo los billetes de Banco–. ¿Quieres tres mil rublos? Pues tómalos y vete al diablo.

El *pan* le contemplaba escudriñador, clavando los ojos en el rostro de Mitia.

–*¿Tres mil, panie?* –Cambió una mirada con Wróblewski.

–*¡Tres mil, panowie, tres mil!* Escucha, *panie,* veo que eres un hombre razonable. Toma los tres mil rublos y lárgate al quinto infierno llevándote contigo a Wróblewski, ¿lo oyes? Pero ha de ser ahora mismo, en este mismo instante, y para toda la vida, ¿comprendes, *panie?* Para toda la vida, saldrás

por esta puerta. Qué tienes allí: ¿el abrigo, una pelliza? Te lo traeré yo. ¡En un segundo te prepararán una troika, y buen viaje, *panie!* ¿De acuerdo?

Mitia esperaba confiado la respuesta. No dudaba. Una extraordinaria decisión se reflejó por unos momentos en el rostro del polaco.

–¿Y los rublos, *panie?*

–Los rublos te los voy a dar así, *panie:* quinientos, en este mismísimo instante, para el cochero y como garantía, y los otros dos mil quinientos, mañana en la ciudad, te lo juro por mi honor, ¡los sacaré de debajo de la tierra! –gritó Mitia.

Los polacos volvieron a cambiar una mirada. El rostro del *pan* empezó a cambiar en peor sentido.

–Setecientos, setecientos y no quinientos, ahora, en este mismísimo instante, ¡en mano! –pujó Mitia, presintiendo que la cuestión tomaba mal cariz–. Qué, *panie,* ¿no me crees? No querrás que te dé los tres mil de una vez. Si te los doy, mañana mismo regresas al lado de ella... Además, ahora no tengo aquí los tres mil íntegros, los guardo en casa, en la ciudad –balbuceaba Mitia, medroso, perdiendo ánimos con cada una de sus palabras–; lo juro, los guardo escondidos...

En un segundo, un sentimiento de extraordinario amor propio resplandeció en la cara del pequeño *pan:*

–*¿No deseas nada más?* –preguntó irónicamente–. *¡Qué vergüenza! ¡Qué villanía!*

Y escupió. Escupió asimismo el *pan* Wróblewski.

–Tú escupes, *panie* –articuló Mitia como desesperado, comprendiendo que todo estaba perdido–, porque esperas sacar más de Grúshenka. ¡Los dos sois unos capones, eso es!

–*Me siento ofendido a más no poder.*

El pequeño *pan* se puso rojo como un cangrejo, y vivamente, presa de una terrible indignación, como si no deseara escuchar nada más, salió de la alcoba. Wróblewski le siguió, balanceándose, y tras ellos salió Mitia, confuso y corrido. Tenía miedo de Grúshenka, presentía que el *pan* iba

a armar un escándalo en seguida. Y así fue. El *pan* entró en el salón y se plantó teatralmente ante Grúshenka.

–*Pani Agrippina, jestem do zywego dotkniety*[1] ('señora Agrippina, estoy ofendido a más no poder') –exclamó, pero Grúshenka pareció haber perdido toda la paciencia, como si la hubiesen tocado en el punto más sensible.

–¡En ruso, habla en ruso, y que no haya ni una sola palabra en polaco! –le replicó gritando–. Antes hablabas en ruso, ¿es posible que lo hayas olvidado en cinco años? –Estaba roja de cólera.

–*Pani Agrippina...*

–Me llamo Agrafena, soy Grúshenka. ¡O hablas en ruso o no quiero escucharte!

El *pan* se sofocó, herido en su honor, y, estropeando el ruso, dijo rápida y enfáticamente:

–*Pani Agrafena, he venido para olvidar el pasado y perdonarlo, para olvidar lo ocurrido hasta hoy...*

–¿Cómo, perdonar? ¿Tú has venido a perdonarme a mí? –le interrumpió Grúshenka, saltando de su asiento.

–Así es, *pani, yo no soy mezquino, sino generoso.* Pero *me ha sorprendido* la conducta de tus amantes. El *pan* Mitia en esa alcoba *me daba tres mil rublos para que me largase.* Le he escupido a la cara.

–¿Cómo? ¿Te daba dinero por mí? –se puso a gritar Grúshenka casi histéricamente–. ¿Es cierto, Mitia? ¡Cómo te has atrevido! ¿Acaso yo me vendo?

–*Panie, panie* –gimió Mitia–, ella es pura y resplandeciente, ¡yo no he sido nunca su amante! Mientes...

–¿Cómo te atreves a defenderme ante él? –vociferó Grúshenka–. Si me he conservado limpia, no ha sido por virtud ni por miedo a Kuzmá, sino para poderme mostrar orgullosa ante este hombre cuando le encontrara y para tener derecho a decirle que es un canalla. ¿Es posible que no te haya aceptado el dinero?

1. En grafía latina en el original.

–¡Ah, sí, lo tomaba! –exclamó Mitia–. Pero quería los tres mil de golpe y yo le daba solamente setecientos a cuenta.

–Ahora está todo claro: ¡ha llegado a sus oídos que tengo dinero y por esto ha venido a casarse!

–*Pani* Agrippina –se puso a gritar el *pan*–, yo soy un caballero, ¡soy un hidalgo polaco, y no un canalla! *Yo soñaba con hacerte mi esposa, pero veo a una pani distinta de la de antes, caprichosa y desvergonzada.*

–¡Pues lárgate por donde has venido! Si ordeno que te echen de aquí ahora mismo, te echarán –gritó fuera de sí Grúshenka–. ¡Qué idiota he sido, qué idiota, torturándome durante cinco años! Pero no, no ha sido por él por lo que yo me he atormentado, ¡ha sido de rabia! ¡Y éste no es él! ¿Acaso él era así? ¡Sin duda es su padre! ¿Dónde te has encargado esta peluca? Aquél era un halcón, éste es un ganso. Aquél se reía y me cantaba canciones... Y yo me he pasado cinco años derramando lágrimas, yo, maldita y estúpida de mí, ruin de mí, ¡indigna!

Se dejó caer en su butaca y se cubrió el rostro con las manos. En ese instante resonó en la estancia contigua de la izquierda el coro de las mozas del lugar, que por fin se habían reunido, y rompía a cantar con una vivísima canción de danza.

–¡Esto es un aquelarre! –vociferó de súbito el *pan* Wróblewski–. Patrón, ¡echa de aquí a esas desvergonzadas!

El dueño de la casa, quien desde hacía largo rato se asomaba con frecuencia y mucha curiosidad por la puerta, al oír gritos, adivinando que los huéspedes reñían, se presentó inmediatamente en el salón.

–¿Qué chillas tú, a grito pelado? –se dirigía a Wróblewski con una grosería hasta incomprensible.

–¡Animal! –bramó el *pan* Wróblewski.

–¿Yo, animal? ¿Y tú, con qué cartas has estado jugando, ahora? ¡Te he entregado una baraja y la has escondido! ¡Has estado jugando con cartas señaladas! Por unas cartas seña-

ladas te puedo mandar a Siberia, ¿no lo sabes?, porque es como si falsificaras moneda...

Se acercó al sofá y, metiendo los dedos entre el respaldo y una almohadilla, sacó el juego de cartas nuevo, sin abrir.

–¡Aquí está mi baraja, enterita! –la levantó y la mostró a todo el mundo–. Desde allí he visto cómo deslizaba la mía por la rendija y la sustituía por la suya, ¡un fullero eres tú, y no un *pan!*

–Y yo he visto a ese *pan* hacer trampa dos veces –gritó Kalgánov.

–¡Ah, qué vergüenza, qué vergüenza! –exclamó Grúshenka, juntando las manos, y en verdad se puso roja de bochorno–. ¡Dios mío, a lo que este hombre ha llegado, a lo que ha llegado!

–Ya me lo había figurado –gritó Mitia.

Mas casi no había tenido tiempo de decir estas palabras cuando el *pan* Wróblewski, rabioso y confuso, se dirigió a Grúshenka y, amenazándola con el puño, le gritó:

–¡Mujer pública!

Antes de que terminara su exclamación, Mitia se lanzó sobre él, le agarró con ambas manos, le alzó en vilo y en un abrir y cerrar de ojos le sacó del salón a la alcoba donde hacía un momento había conducido a los dos polacos.

–¡Ahí lo he dejado, en el suelo! –anunció regresando al momento, sofocado por la emoción–. ¡Cómo pelea, el canalla, pero no creo que vuelva de ahí!...

Cerró una hoja de la puerta y, manteniendo abierta la otra, gritó al pequeño *pan:*

–Noble señor, ¿no tendría usted la bondad de pasar también ahí? ¡Vivo, vivo!

–¡Por Dios, Dmitri Fiódorovich –exclamó Trifón Borísich–, quítales el dinero que te han ganado! Es como si te lo hubieran robado.

–Yo no quiero quitarles mis cincuenta rublos –terció de repente Kalgánov.

–¡Ni yo mis doscientos, tampoco quiero! –gritó Mitia–. Por nada del mundo se los quitaré, ¡que les sirvan de consuelo!

–¡Bravo, Mitia! ¡Estupendo, Mitia! –gritó Grúshenka, y en su exclamación resonó una nota de malignidad terrible.

El pequeño *pan,* purpúreo de rabia, aunque sin perder en lo más mínimo su altiva compostura, se dirigió hacia la puerta; de pronto se detuvo y dijo, mirando a Grúshenka:

–Pani, si quieres irte conmigo, vámonos; si no, ¡adiós!

Altivo, resoplando de cólera y de ambición, cruzó la puerta. Era un hombre con pretensiones: ni siquiera después de todo lo sucedido perdía la esperanza de que la *pani* le siguiera, hasta tal punto se valoraba a sí mismo. Mitia cerró tras él de un portazo.

–Enciérrelos con llave –dijo Kalgánov.

Pero el cerrojo dio un chasquido por dentro: se habían apresurado a cerrar ellos mismos.

–¡Bravo! –volvió a gritar, colérica e implacable, Grúshenka–. ¡Bravo! ¡Es lo que se merecen!

8. Delirio

Empezó casi una orgía, un festín por todo lo alto. Grúshenka fue la primera en gritar reclamando vino: «Quiero beber, emborracharme como la otra vez, ¿recuerdas, Mitia, recuerdas cómo nos conocimos entonces, aquí?». Mitia estaba como si delirase y presentía «su felicidad». Sin embargo, Grúshenka le apartaba a cada momento de su lado: «Vete, diviértete, diles que bailen, que se alegren todos, que haya jaleo de lo lindo, como la otra vez, ¡como la otra vez!», seguía exclamando.

Su excitación era enorme. Y Mitia se precipitaba a dar órdenes. El coro se había reunido en la estancia contigua. El salón en que hasta entonces habían permanecido era demasiado pequeño y, además, estaba separado en dos partes por

una cortina de indiana que disimulaba una enorme cama con un edredón y con una pirámide de almohadas con fundas de la misma tela. Camas, las había en cada una de las cuatro habitaciones «buenas» de la casa. Grúshenka se acomodó junto a la puerta, allí le colocó Mitia la butaca: exactamente del mismo modo había estado sentada «entonces», el día de su primera farra en aquel lugar, y desde el mismo sitio contemplaba el coro y las danzas. Las mozas que se habían reunido también eran las mismas; acudieron los judíos con sus violines y cítaras, y por fin llegó asimismo la tan esperada troika con su carga de vinos y provisiones. Mitia no paraba un momento. No dejaban de acudir mirones, mujiks y mujerucas que ya se habían acostado a dormir, pero que se habían despertado y olisqueaban un convite extraordinario, como un mes antes. Mitia saludaba y se abrazaba con los conocidos, rememoraba fisonomías, descorchaba botellas y servía champán a todo el mundo, sin mirar a quién. Con el champán sólo se engolosinaban las mozas; los mujiks, en cambio, preferían el ron y el coñac, y, sobre todo, el ponche caliente. Mitia ordenó que hicieran chocolate para todas las mozas y que se mantuvieran tres samovares hirviendo toda la noche para té y ponche a disposición de todos los que llegasen: el que quisiera, que se sirviese. En una palabra, empezó algo desordenado y absurdo, pero Mitia parecía encontrarse en su elemento natural y cuanto más absurdo se volvía todo, más animado se sentía él. Si en aquel momento algún mujik le hubiese pedido dinero, Mitia habría sacado sin vacilar su fajo de billetes y se habría puesto a distribuirlos a derecha e izquierda sin contar. A ello se debía, probablemente, que para velar por Mitia no dejara de dar vueltas a su alrededor, casi sin separarse de él ni un momento, el hospedero, Trifón Borísich, quien, al parecer, había decidido ya no acostarse a dormir en toda la noche, pese a que había bebido poco (un vasito de ponche y nada más), y cuidaba celosamente, a su manera, de los intereses de Mitia. En los momentos precisos le detenía

con gesto dulce y servil, le sermoneaba, no le dejaba que ofreciera, como «entonces», «cigarros y vino del Rin» a los mujiks, y mucho menos dinero, ¡Dios nos libre! Se indignaba de que las mozas bebieran licores y comieran bombones y caramelos: «Son todas unas piojosas, Dmitri Fiódorovich –decía–; yo les daría un puntapié a cada una y encima les mandaría que lo tuviesen por un honor, ¡es lo único que se merecen!». Mitia se acordó una vez más de Andréi y mandó que le llevaran un ponche. «Le he ofendido, hace poco», repetía con feble y enternecida voz. Kalgánov no quería beber; al principio, el coro de las mozas no le gustó nada; mas, después de haber tomado unas dos copas de champán, se alegró terriblemente, se puso a dar zancadas por la estancia, se reía y lo alababa todo y a todos, canciones y música. Maxímov, feliz y achispado, no le dejaba un momento. Grúshenka, a la que el champán también empezaba a subírsele a la cabeza, hablando con Mitia, señalaba sin cesar a Kalgánov y decía: «¡Qué simpatiquito, qué muchacho más encantador!». Entonces Mitia corría entusiasmado a besar a Kalgánov y a Maxímov. Oh, era mucho lo que presentía; ella aún no le había dicho nada especial y hasta, por lo visto, esperaba adrede a hacerlo; sólo de vez en cuando le lanzaba una mirada acariciadora y ardiente. Por fin le tomó de la mano y le atrajo con fuerza hacia sí. Estaba sentada en la butaca, junto a la puerta.

–Cómo entraste de aquel modo, ¿eh? ¡Cómo entraste!... Me asusté. Querías dejar que ese hombre me llevara, ¿eh? ¿Es posible que lo desearas?

–¡No quería destruir tu felicidad! –balbuceó Mitia, rebosante de dicha.

Pero ella ni necesitaba la respuesta.

–Bueno, vete..., diviértete –volvió a apartarle de su lado–, pero no te aflijas, volveré a llamarte.

Él se alejó, y ella se puso de nuevo a escuchar las canciones, a contemplar las danzas, a la vez que le seguía con la mirada donde quiera que Mitia estuviese; pero transcurrido un

cuarto de hora, le hizo un signo para que se le acercase, y él volvió a acudir presuroso.

–Ahora siéntate a mi lado y explícame cómo te enteraste ayer de mi venida aquí; ¿quién te dio la primera noticia?

Mitia empezó a contárselo todo, con calor, aunque con poca ilación, desordenadamente, y, cosa rara, a menudo se interrumpía frunciendo el ceño.

–¿Por qué pones cara hosca? –preguntaba ella.

–No es nada... He dejado allí a un enfermo. Si recuperara la salud... ¡por saber que se curará, daría yo diez años de mi vida!

–Bueno, que Dios le valga, si está enfermo. ¿De veras querías pegarte un tiro mañana, so tonto? ¿Y por qué? Me gustan los que son como tú, irrazonables –le musitaba ella con la lengua pesada–. ¿Así, pues, por mí estás dispuesto a todo? ¿De veras? ¿Pero es posible que tú, tontín, de verdad quisieras pegarte un tiro? No, por ahora espera, mañana te diré, quizás, una palabrita... Hoy no te la diré, mañana. ¿Preferirías que fuese hoy? No, hoy yo no quiero... Bueno, vete, ahora vete, diviértete.

Una vez, sin embargo, ella le llamó como sorprendida y preocupada.

–¿Por qué estás triste? Veo que estás triste... Oh, sí, lo veo –añadió, mirándole fijamente a los ojos–. Aunque te besas con los mujiks y gritas, yo noto algo. Ea, ponte alegre, yo lo estoy, alégrate tú también... Aquí hay una persona a la que quiero, ¿adivinas quién es?... Ay, mira: mi muchacho se ha dormido, ha pillado una turca, el encanto.

Se refería a Kalgánov, quien, realmente, se había emborrachado un poco y se había dormido por unos momentos sentado en el diván. Y no se había dormido sólo por los efectos del alcohol; de pronto, sin saber por qué motivo, se sintió triste o, como decía él, «aburrido». Habían acabado por disgustarle en gran manera las canciones de las muchachas, que poco a poco, con el mucho beber, habían empezado a mostrarse ya en demasía lascivas y descocadas. Lo mismo ocurría con las danzas: dos mozas se habían disfrazado de

oso, y Stepanida, una de las más vivarachas, con un palo en la mano, a modo de domadora, las «exhibía». «Más ligera, Maria –gritaba–; si no, ¡te doy con el palo!» Los osos, al fin, rodaron por el suelo de manera en verdad ya indecente, entre las estrepitosas carcajadas de un abigarrado público de mujerucas y mujiks, que formaban una apretada muchedumbre. «Bueno, que se diviertan, que se diviertan –decía Grúshenka sentenciosamente y con una expresión de felicidad en el rostro–; han encontrado quien dé dinero para que se diviertan, ¿por qué no lo han de aprovechar?» En cambio, Kalgánov miraba como si se hubiese ensuciado. «Toda esta diversión popular es una porquería –observó, apartándose–; éstos son sus juegos de primavera, cuando quieren conservan el sol para toda la noche estival.» Le desagradó en particular una «nueva» cancioncita, con refrán cantado y bailado a ritmo muy vivo, y que trataba de cómo un señor iba de viaje y sondeaba el corazón de las muchachas:

Preguntaba el señor a las muchachas:
¿Me queréis, mozas, o no me queréis?

A las muchachas les parecía que no debían amar al señor:

El señor me pegaría,
y yo no le amaría.

Pasó luego un gitano, y también:

Preguntaba el gitano a las muchachas:
¿Me queréis, mozas, o no me queréis?

Pero tampoco era posible amar al gitano:

El gitano robará,
y yo mucho sufriré.

Y así pasaron muchos hombres, que interrogaron a las muchachas; incluso un soldado:

Pregunta el soldado a las muchachas:
¿Me queréis, mozas, o no me queréis?

Pero al soldado lo rechazaron con desprecio:

El soldado llevará su macuto, y yo tras él...

Siguieron a continuación los versos más obscenos, que fueron cantados sin el menor rebozo y acogidos con delirante entusiasmo por el público. La historia se acabó, al fin, con un mercader:

Preguntaba el mercader a las muchachas:
¿Me queréis, mozas, o no me queréis?

Y resultó que le quisieron mucho, porque, al parecer:

El mercader comerciará
y seré yo quien reinará.

Kalgánov hasta se irritó:

–Ésta es una canción de ahora –comentó en alta voz–, ¡quién habrá escrito eso! No falta más que pasen un empresario de ferrocarriles o un judío y que interroguen también a las muchachas: éstos vencerían a todos.

Y, casi ofendido, declaró a continuación que se aburría, se sentó en el sofá y se durmió al instante. Su linda carita, un poco pálida, se reclinó sobre la almohadilla.

–Mírale, qué guapito –decía Grúshenka, conduciendo hacia él a Mitia–; no hace mucho me entretenía pasándole la mano por los cabellos; los tiene como de lino, espesos...

Se inclinó sobre él y le besó la frente con ternura. Kalgánov abrió los ojos, lanzó una mirada a Grúshenka, se incorporó y con aire de gran preocupación preguntó: «¿Dónde está Maxímov?».

–Ya ves a quién necesita. –Grúshenka se echó a reír–. Siéntate un poco conmigo, hombre. Mitia, vete a buscarle a su Maxímov.

Resultó que Maxímov ya no se alejaba del lado de las mozas; sólo de vez en cuando se apartaba unos momentos para servirse una copita de licor; había bebido también dos tazas de chocolate. Se le había puesto la cara roja, la nariz purpúrea; tenía los ojos húmedos, lascivos. Acudió en seguida y anunció que «al son de una sencilla melodía» quería bailar la «*sabotière*».

–Cuando yo era niño, ¿saben?, me enseñaron todos esos bailes mundanos de buen tono...

–Hala, baila; vete con él, Mitia, yo le contemplaré desde aquí.

–Yo voy a mirarle de cerca –exclamó Kalgánov, rechazando de la manera más cándida la propuesta que le hacía Grúshenka de permanecer un rato con ella.

Todos se fueron a mirar. Maxímov bailó realmente su danza, pero no despertó especial entusiasmo en nadie, excepción hecha de Mitia. La danza no consistía en otra cosa que en unos saltitos con giros de piernas hacia los lados, levantando las suelas; a cada salto, golpeaba Maxímov una suela con la mano. A Kalgánov no le gustó nada, pero Mitia hasta besó al bailarín.

–Bueno, gracias; estarás cansado, ¿eh? Qué miras ahí: ¿quieres un caramelo? ¿Quizá deseas un cigarro?

–Un cigarrillo.

–¿No quieres beber nada?

–Ya me he servido un poquito de licor... ¿No tendrían bombones de chocolate?

–Mira, hay una carretada sobre la mesa, ¡elige el que quieras, alma de palomo!

–No, yo quisiera de los que tienen vainilla... de esos que son para los viejos... ¡Ji-ji!

–No, hermano; de esos especiales no hay.

–¡Escuche! –El vejete se inclinó de pronto hasta la mismísima oreja de Mitia–. Esa muchacha, Maria, Máriushka, ji-ji, no podría presentármela usted que es tan bueno, si es posible...

–¡Vaya lo que le apetece! No, hermano, te equivocas.

–Pero si no hago daño a nadie –balbuceó Maxímov, desalentado.

–Bueno, está bien, está bien. Aquí, hermano, sólo se bebe y se baila, aunque de todos modos, ¡demonio! Espera... Por ahora bebe, come, canta, diviértete. ¿No necesitas dinero?

–Quizá después –se sonrió Maxímov.

–Está bien, está bien...

Mitia notaba que le ardía la cabeza. Salió al zaguán y subió a la galería de madera que circundaba una parte del edificio por el lado del patio. El aire fresco le despejó. Estaba solo en un ángulo oscuro; de súbito se agarró la cabeza con ambas manos. Sus dispersos pensamientos se unieron de pronto, las sensaciones se fundieron en un todo y el conjunto dio luz. ¡Terrible, espantosa luz! «Si he de pegarme un tiro, ¿cuándo mejor que ahora? –pasó por su mente–. Es cuestión de ir a buscar la pistola, traerla aquí y acabar en este mismo rincón, sucio y oscuro.» Permaneció casi un minuto indeciso. Cuando volaba hacia Mókroie, no hacía mucho, dejaba a su espalda el oprobio, el robo cometido ya por él, y aquella sangre, ¡la sangre!... Pero entonces la situación era más sencilla, ¡oh, más sencilla! Entonces todo se había terminado: había perdido a esa mujer, la había cedido; para él Grúshenka había dejado de existir, había desaparecido. Oh, la sentencia le resultaba más soportable entonces; por lo menos le parecía inevitable, necesaria, pues ¿para qué iba él a permanecer en este mundo? ¡Pero ahora! ¿Acaso la situación era la misma? Ahora había terminado por lo menos con uno

de los espectros, que era terrible: el «antiguo» de Grúshenka, su hombre indiscutible y fatal, había desaparecido sin dejar rastro. El pavoroso espectro se había convertido de pronto en algo pequeño, cómico; lo habían llevado en vilo a una alcoba y lo habían encerrado bajo llave. No volvería jamás; Grúshenka se avergonzaba, y en sus ojos Mitia veía ya con claridad a quién amaba ella. Bueno, ahora sólo sería cuestión de vivir y... y vivir no es posible, no es posible, ¡oh maldición! «¡Dios mío, devuelve la vida al hombre abatido junto a la valla! ¡Haz que pase de largo, ante mí, este espantoso cáliz! ¡Tú has hecho ya, Señor, milagros para otros pecadores como yo! ¡Oh, si el viejo vive, si vive! En este caso, acabaré con la vergüenza del oprobio restante, devolveré el dinero robado, lo restituiré, lo sacaré de bajo tierra... No quedarán ni huellas de la vergüenza, si no es en mi corazón, para toda la vida. Pero no, no, ¡oh, imposibles sueños cobardes! ¡Oh, maldición!»

De todos modos, creyó percibir como un destello de luminosa esperanza en la oscuridad. Se apartó a toda prisa de aquel lugar y se lanzó hacia la estancia donde se encontraba ella, corrió otra vez a su lado, ¡hacia su reina para siempre! «¿Acaso una hora, un minuto de su amor no valen toda la vida restante, aunque transcurra ésta entre los tormentos del deshonor?» Esta insólita idea se le apoderó del corazón. «¡Hacia ella, hacia ella sola, para verla, para escucharla sin pensar en nada, olvidado de todo aunque sólo sea por esta noche, por una hora, por un instante!» Frente a la entrada del zaguán, hallándose aún en la galería, se topó con el hospedero, Trifón Borísich, a quien Mitia vio sombrío, preocupado y como si le estuviera buscando.

–¿Me estabas buscando a mí, Borísich?

–No, a usted no –el posadero se turbó–; ¿por qué debería ir yo a buscarle? Pero... ¿dónde estaba usted?

–¿Qué te pasa, que tienes una cara tan hosca? ¿Estás enojado, quizá? Espera, pronto irás a dormir... ¿Qué hora es?

–Por lo menos son las tres. Seguramente algo más.

–Terminamos, terminamos.

–No se preocupe, no es nada. Quédense cuanto quieran.

«¿Qué le pasará?», pensó Mitia, y entró presuroso en la estancia donde las mozas danzaban. Pero ella no estaba allí. Tampoco se encontraba en el cuarto azul, donde se hallaba sólo Kalgánov, dormido en el sofá. Mitia miró tras la cortina; allí estaba Grúshenka, sentada sobre un baúl, en un rincón, con los brazos y la cabeza apoyados en la cama, llorando amargamente, procurando con todas sus fuerzas dominarse, ahogando el llanto para que nadie la oyera. Al ver a Mitia, le hizo una señal para que se le acercara, y entonces le tomó la mano y se la estrechó con toda el alma entre las suyas.

–¡Mitia, Mitia, yo amaba a ese hombre! –empezó a decirle en un susurro–. Le he amado tanto durante esos cinco años, ¡todo este tiempo, todo! ¿Le amaba a él, o amaba sólo mi rencor? ¡No, a él! ¡Oh, a él! ¡Miento cuando digo que amaba sólo mi rencor, y no a él! Mitia, ¿comprendes?, entonces yo tenía sólo diecisiete años, y él era conmigo tan cariñoso, tan jovial, me cantaba canciones... O quizá sólo me parecía así porque era yo una boba, una chiquilla... En cambio, ahora, ¡oh, Dios mío!, no es él, no es el mismo hombre. Tampoco la cara es la misma, no es él en absoluto. Ni le he reconocido al verle. Venía yo hacia aquí con Timoféi y en todo el camino me preguntaba: «¿Cómo le encontraré, qué le diré, cómo nos miraremos uno al otro?...». El alma se me encogía, y ha sido como si él me hubiera echado encima un cubo de agua sucia. Me ha hablado como un maestro de escuela: con palabras tan sabias, tan importantes, me ha recibido dándose tanto tono, que me he quedado desconcertada. No había modo de que yo dijera nada. Al principio he pensado que él se sentía cohibido por la presencia de ese otro polaco tan largo. Yo estaba sentada, los miraba y me decía: ¿por qué ahora no sé hablar de nada con él? ¿Sabes?, ha sido su mujer la que le ha estropeado, aquella por la que entonces me dejó a mí y

con la que se casó... Ha sido ella la que le ha cambiado. ¡Mitia, qué vergüenza! ¡Oh, me da vergüenza a mí, Mitia, me da vergüenza, oh, me avergüenzo de toda mi vida! ¡Malditos años, malditos sean todos estos cinco años, malditos!

Otra vez le brotaron las lágrimas a raudales, pero no soltaba la mano de Mitia, se agarraba a ella firmemente.

–Mitia, cariño, espera, no te vayas, quiero decirte una palabrita –balbuceó de súbito, levantando la cara–. Escucha, dime, ¿a quién amo yo? Yo amo a un hombre, aquí. Dime tú quién es el hombre al que yo amo. –En su rostro hinchado por las lágrimas brilló una sonrisa, los ojos le refulgieron en la semioscuridad–. No hace mucho entró un halcón y mi corazón dejó de latir. «Tonta de ti, si es aquél a quien amas», balbuceó el corazón al instante. Entraste tú y lo iluminaste todo. «¿De qué tendrá miedo?», pensé. Pues tú estabas atemorizado, completamente atemorizado, ni sabías hablar. «No se habrá asustado por ellos», pensé; ¿acaso puedes asustarte tú de alguien? «Es a mí a quien teme, sólo a mí.» Porque Fenia te ha contado a ti, tontín, cómo había gritado yo a Aliosha, por la ventana, que había amado una horita a Mítenka, y que iba a amar... a otro. Mitia, Mitia, ¡cómo pude pensar yo, estúpida, que amaba a otro después de ti! ¿Me perdonas, Mitia? ¿Me perdonas? ¿Me quieres? ¿Me quieres?

Se levantó vivamente y le puso las manos en los hombros. Mitia, a quien la felicidad no dejaba articular palabra, le miraba los ojos, la cara, su sonrisa, y de pronto, estrechándola entre sus brazos, la cubrió de besos.

–¿Me perdonas que te haya hecho sufrir tanto? A todos os he atormentado por despecho. ¿Sabes?, al viejo le he vuelto loco por despecho, adrede... ¿Recuerdas que una vez bebiste en mi casa y luego rompiste la copa? A mí no se me ha borrado de la memoria, y hoy también he roto una copa después de beber «por mi vil corazón». Mitia, halcón querido, ¿por qué no me besas? Me has besado una vez y te has detenido,

miras, escuchas... ¡Vaya cosa, escucharme! Bésame, bésame más fuerte, así. ¡Si se ama, que sea de verdad! Ahora seré tu esclava, ¡esclava para toda la vida! ¡Qué dulce ser esclava!... ¡Bésame! Golpéame, tortúrame, haz de mí lo que quieras... Ah, sí, merezco que me torturen... ¡Alto! Espera, luego, así no quiero... –de repente le rechazó–. Vete, Mitia, ahora iré a beber, quiero emborracharme, iré a bailar borracha, ¡quiero hacerlo, quiero hacerlo!

Se desprendió de sus brazos y salió de detrás de la cortina. Mitia salió tras ella como embriagado. «Ahora no importa lo que ocurra, no importa, por un solo minuto doy el mundo entero», pensó un momento. Grúshenka vació realmente otro vaso de champán, que se bebió de un golpe y que le hizo mucho efecto. Se sentó en la butaca, donde antes, con una sonrisa de beatitud. Le ardían las mejillas, se le encendieron los labios, se le pusieron turbios los centelleantes ojos, su mirada apasionada era como un grito. Incluso Kalgánov notó como una mordedura en el corazón y se acercó a Grúshenka.

–¿Has sentido el beso que te he dado hace unos momentos, mientras dormías? –le dijo ella en voz baja–. Ahora estoy borracha, eso es... ¿Tú no te has emborrachado? Y Mitia, ¿por qué no bebe? ¿Por qué no bebes, Mitia? Yo he bebido y tú no...

–¡Borracho! Ya lo estoy... estoy borracho de ti y ahora también quiero estarlo de vino.

Se bebió otro vaso y a él mismo le pareció raro que sólo este último vaso le emborrachara; se emborrachó de golpe, mientras que hasta entonces se había mantenido lúcido, lo recordaba. Desde ese instante, todo se puso a dar vueltas en torno suyo como cuando se delira. Caminaba, se reía, charlaba con todos y era como si no se diera cuenta de lo que hacía. Un solo sentimiento, inmóvil y abrasador, se dejaba sentir en él a cada instante «como si tuviera un ascua en el alma», recordó más tarde. Se acercaba a Grúshenka, se sen-

taba a su lado, la contemplaba, la escuchaba... Ella, por su parte, se había vuelto terriblemente locuaz, llamaba a todo el mundo; de pronto hacía un signo a alguna de las mozas del coro y cuando la tenía a su lado la besaba y la dejaba volverse a su sitio, a veces se limitaba a hacerle la señal de la cruz con la mano. Un momento más y podía echarse a llorar. También la divertía mucho el «viejales», como llamaba ella a Maxímov. A cada instante acudía éste a besarle las manitas «y cada uno de los deditos», y al final bailó aún otra danza al compás de una vieja canción que cantó él mismo. Bailó con singular ardor la parte del refrán:

El cerdito hace jriu-jriu, jriu-jriu,
la ternerita, mu-mu, mu-mu,
el patito, cua-cua, cua-cua,
el gansito, ga-ga, ga-ga.
La gallinita se paseaba por la yerbecita,
tiuriu-riu, riu-riu, cloqueaba,
¡ay, ay, cloqueaba!

–Dale alguna cosa, Mitia –decía Grúshenka–, regálale algo, que es pobre. ¡Ah, los pobres, siempre humillados!... ¿Sabes, Mitia? Voy a entrar en un convento. Sí, sí, algún día lo haré. Hoy Aliosha me ha dicho palabras que no olvidaré en toda la vida... Sí... Pero hoy es cuestión de bailar. Mañana, al monasterio, pero hoy bailemos. Quiero hacer locuras, buena gente, ¿y qué importa?, Dios me perdonará. Si yo fuera Dios, perdonaría a todo el mundo, diría: «Simpáticos pecadores míos, desde hoy os perdono a todos». Yo iré a pedir perdón: «Perdonad, buena gente, a una pobre mujer, a una tonta, eso». Lo que yo soy es una fiera, eso. Pero quiero rezar. Yo he dado una cebolla. ¡Una malvada como yo, y tiene ganas de rezar! Mitia, déjales bailar, no estorbes. Todos los hombres de la tierra son buenos, todos, hasta el último. Se está bien en el mundo. Aunque nosotros somos malos, en el

mundo se está bien. Somos malos y buenos, somos a la vez malos y buenos... Decidme, os pregunto a todos; acercaos, yo pregunto: decidme sólo una cosa, ¿por qué soy yo tan buena? Porque yo soy buena, yo soy muy buena... Bien, pues: ¿por qué soy tan buena?

Así balbuceaba Grúshenka, cada vez más y más borracha; al fin declaró que quería bailar en seguida. Se levantó de la butaca y se tambaleó.

–Mitia, no me des más vino, aunque lo pida no me lo des. El vino no tranquiliza. Todo rueda, ahora; la estufa, todo. Quiero bailar. Que miren todos cómo bailo yo... lo bien, lo magníficamente que bailo...

La intención era seria: Grúshenka se sacó del bolsillo un blanco pañuelito de batista y con la mano derecha lo tomó por una punta, para agitarlo al bailar. Mitia empezó a ir de un sitio a otro, las mozas se callaron preparándose para romper a cantar en coro una danza a la primera señal. Maxímov, al enterarse de que Grúshenka en persona quería bailar, se puso a chillar de entusiasmo e iba a situarse ante ella dando saltitos y canturreando:

> Finas las piernas, anchas las caderas,
> y la colita en caracol.

Pero Grúshenka le apartó agitando el pañuelo:

–¡Chiss! Mitia, ¿por qué no vienen? Que vengan todos... a mirar. Llama también a aquéllos, a los que están encerrados... ¿Por qué los encerraste? Diles que voy a bailar, que miren también ellos cómo bailo yo...

Mitia, con el paso vacilante de un borracho, se acercó a la puerta cerrada y empezó a golpear a puñetazos llamando a los *panowie*.

–Eh, vosotros... ¡los Podwysocki! Salid, ella quiere bailar, os llama.

–*Lajdak!* ('canalla') –gritó en respuesta uno de los polacos.

–¡Pues tú ni a *lajdak* llegas! Tú no eres más que un minúsculo canallita, esto es lo que tú eres.

–Quisiera que dejarais de burlaros de Polonia –observó sentenciosamente Kalgánov, bebido también más de lo que sus fuerzas le permitían.

–¡Cállate, niño! Si le he llamado canalla, esto no significa que haya llamado canalla a toda Polonia. Un *lajdak* no es Polonia. Cállate, niño guapito, toma un bombón.

–¡Ah, qué gente! No parecen personas. ¿Por qué no quieren hacer las paces? –dijo Grúshenka, y se adelantó para bailar.

El coro retumbó: «Ay, mi casita, querida casita mía». Grúshenka irguió la cabeza, entreabrió los labios, se sonrió, agitó el pañuelo y de súbito, tambaleándose fuertemente en el mismo sitio, se quedó pasmada en medio de la estancia.

–Estoy débil... –articuló con voz fatigada–, perdonad, estoy débil, no puedo... Perdón...

Hizo una reverencia al coro, luego siguió haciendo reverencias, mirando sucesivamente a los cuatro costados y diciendo:

–Perdón... Perdónenme...

–La señorita ha bebido, ha bebido la guapa señorita –dijeron unas voces.

–Se ha emborrachado, ji-ji –explicó a las mozas Maxímov, riéndose.

–Mitia, llévame de aquí... sostenme, Mitia –dijo Grúshenka con la voz apagada.

Mitia se precipitó hacia ella, la tomó en brazos y corrió con su preciosa carga tras la cortina. «Bueno, ahora sí me voy», pensó Kalgánov, y saliendo del cuarto azul cerró tras sí la puerta. Pero, en la sala, el festín proseguía con gran ruido, que aún se hizo más ensordecedor. Mitia puso a Grúshenka sobre la cama y le dio un apasionado beso en la boca.

–No me toques... –le susurró ella con voz suplicante–, no me toques, mientras no sea tuya... He dicho que sería tuya,

pero tú no me toques... ten piedad... Estando ésos ahí, tan cerca, no es posible. Él está ahí. Sería abominable...

–¡Obedezco! No razono... ¡te venero!... –balbuceó Mitia–. Sí, aquí sería abominable, oh, abyecto. –Y sin soltarla de sus brazos, se dejó caer de rodillas al suelo, junto a la cama.

–Ya sé que tú, aunque una fiera, eres noble –articuló con fatiga Grúshenka–; es necesario que eso sea honesto... en adelante lo será... y también nosotros lo seremos, para ser buenos y no fieras, para ser buenos... Llévame de aquí, llévame lejos, ¿oyes?... Aquí no quiero, sino lejos, muy lejos...

–¡Oh, sí, sí, sin falta! –Mitia la estrechaba entre sus brazos–. Te llevaré de aquí, volaremos... ¡Oh, daría toda la vida por un año, con tal de saber lo que ha pasado con esa sangre!

–¿Qué sangre? –preguntó sorprendida Grúshenka.

–¡No es nada! –respondió Mitia con rechinar de dientes–. Grúshenka, tú quieres que nuestra vida sea honesta, pero yo soy un ladrón. He robado dinero a Katia... ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

–¿A Katia? ¿A la señorita? No, tú no has robado. Devuélveselo, tómalo del mío... ¿Por qué gritas? Ahora todo lo mío es tuyo. ¿Para qué queremos el dinero? De todos modos lo vamos a gastar en francachelas... ¡Buenos somos tú y yo para no malgastarlo! Mejor será que nos dediquemos a labrar la tierra. Quiero remover la tierra con estas manos. Es necesario trabajar, ¿me oyes? Aliosha lo ha mandado. Yo no seré tu amante, seré tu mujer fiel, seré tu esclava, trabajaré para ti. Iremos los dos a ver a la señorita, nos inclinaremos para que nos perdone y nos iremos. Si no nos perdona, también nos iremos. Llévale a ella el dinero y ámame a mí... A ella no la ames. No la ames más. Si la amas, la estrangularé... Le sacaré los dos ojos con una aguja...

–Te amo a ti, sólo a ti, te amaré en Siberia...

–¿Por qué en Siberia? Bueno, también en Siberia, si quieres, da lo mismo... trabajaremos... en Siberia hay nieve... A mí me gusta viajar por la nieve... y que suenen los cascabe-

les... ¿Oyes? Suenan cascabeles... ¿Dónde sonarán? Será que pasan unos viajeros... ya no se oyen.

Cerró los ojos, sin fuerzas, y de pronto pareció que se dormía por unos momentos. Una campanilla había resonado a lo lejos, en efecto, y de pronto dejó de sonar. Mitia reclinó la cabeza sobre el pecho de la mujer. No se dio cuenta de que la campanilla dejara de tintinear, pero tampoco se dio cuenta de que súbitamente se interrumpían las canciones y de que en lugar de los cantos y de la algarabía que levantaban los borrachos, se extendió por toda la casa, como repentinamente, un silencio de muerte. Grúshenka abrió los ojos.

–¿Qué ocurre, he dormido? Sí... unos cascabeles... He dormido y he visto en sueños que iba en trineo por la nieve... tintineaban los cascabeles y yo dormía, iba con mi amado, contigo, lejos, muy lejos... Te abrazaba y te besaba, me apretaba contra ti, como si tuviera frío, la nieve brillaba... ¿Sabes? Era como si la nieve brillara de noche, a la luz de la luna, y como si no me encontrara en la tierra... Me he despertado y mi amor está aquí, qué bien...

–A tu lado –balbuceó Mitia besándole el vestido, el pecho, las manos.

De pronto tuvo una impresión extraña: le pareció que ella miraba de frente, pero no a él, no a su cara, sino por encima de su cabeza, de manera fija, con una inmovilidad rara. La sorpresa, casi el miedo, se reflejó de súbito en el rostro de la mujer.

–Mitia, ¿quién nos está mirando desde ahí? –balbuceó Grúshenka de súbito.

Mitia se volvió y vio que, en efecto, alguien había corrido la cortina y, al parecer, los estaba mirando. Habríase dicho, además, que no había ahí una persona sola. Mitia se levantó bruscamente y se dirigió, rápido, hacia el mirón.

–Venga acá, tenga la bondad de venir hacia donde estamos nosotros –le dijo una voz; era una voz suave, pero firme y autoritaria.

Mitia salió de detrás de la cortina y se quedó inmóvil. Toda la estancia se encontraba llena de gente, pero no de la de antes, sino totalmente nueva. Un escalofrío instantáneo le recorrió la espalda. Mitia se sobresaltó. En un momento había reconocido a todos aquellos individuos. Este viejo alto y corpulento, que lleva abrigo y gorra con escarapela, es el jefe de policía del distrito, Mijaíl Makárich. Ese «tísico», gomoso y atildado, «siempre con unas botas altas tan relucientes», es el vicefiscal. «Posee un cronómetro de cuatrocientos rublos, me lo enseñó.» Y ese jovencito con gafas, de pequeña estatura... Mitia no recuerda cómo se llama, pero sabe quién es, le ha visto: es el juez de instrucción, «de la Escuela de jurisprudencia», llegado no hace mucho. Y el de más allá es el subcomisario de policía rural, Mavriki Mavríkich; a éste sí le conoce, le conoce muy bien. Bueno, pero y los otros, los que llevan chapas de metal, ¿a qué han venido? Y hay aún dos mujiks... Ahí, junto a la puerta, están Kalgánov y Trifón Borísich...

–Señores... ¿Qué pasa, señores? –dijo Mitia, pero de repente, como enajenado, como si no fuera él mismo, exclamó en voz alta, a pleno pulmón–: ¡Compren-n-do!

El joven con gafas avanzó hacia Mitia y empezó a decir apresurándose un poco, si bien con gravedad:

–Tenemos hacia usted... en una palabra, le ruego que se siente en este lugar, en el sofá... Tenemos la obligación imperiosa de hacerle algunas preguntas.

–¡El viejo! –gritó Mitia, exaltado–. ¡El viejo y su sangre!... ¡Compren-n-do!

Y como si las piernas no pudieran sostenerle, se dejó caer en una silla que tenía al lado.

–¿Comprendes? ¡Has comprendido! ¡Parricida y monstruo, la sangre de tu viejo padre clama contra ti! –vociferó de repente, acercándose a Mitia, el viejo jefe de policía. Estaba furioso, rojo y trémulo de cólera.

–¡Pero esto es imposible! –gritó el hombrecito de pequeña estatura–. ¡Mijaíl Makárich, Mijaíl Makárich! Esto no es

así, ¡no es así!... Le ruego que me permita hablar a mí solo... Jamás habría sospechado de usted que se comportara de este modo....

–¡Esto es inconcebible, señores, es inconcebible! –exclamó el jefe de policía–. Miradle: de noche, borracho, con una mujer disoluta y cubierto con la sangre de su padre... ¡Esto es inconcebible! ¡Es inconcebible!

–Le suplico con la mayor insistencia, muy estimado Mijaíl Makárich, que refrene esta vez sus sentimientos –susurró apresuradamente al viejo el vicefiscal–; en caso contrario, me veré obligado a tomar...

Pero el pequeño juez de instrucción no le dejó terminar; se dirigió a Mitia y profirió gravemente, con voz alta y firme:

–Señor teniente retirado Karamázov, he de declararle que se le acusa de la muerte de su padre, Fiódor Pávlovich Karamázov, asesinado esta noche...

Añadió algunas otras palabras; también el vicefiscal dijo alguna cosa, al parecer; pero Mitia, aunque escuchaba, no les entendía. Los contemplaba a todos con una mirada salvaje...

Libro noveno

Instrucción del sumario

1. El funcionario Perjotin comienza a hacer carrera

Piotr Ilich Perjotin, a quien dejamos aporreando con todas sus fuerzas el sólido portalón cerrado de la casa de Morózova, la mercader, consiguió, claro está, que por fin le abrieran. Al oír aquellos furiosos golpes, Fenia, que tanto se había asustado dos horas antes y que aún no se había acostado debido a su agitación y a sus «cavilaciones», volvió a sentirse aterrorizada y estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios: se imaginó que otra vez llamaba Dmitri Fiódorovich (a pesar de haberle visto partir con sus propios ojos), pues nadie sino él podía llamar tan «insolentemente». Corrió hacia el portero, que ya se había despertado e iba a ver quién daba aquellos porrazos, y empezó a suplicarle que no abriera. Mas el portero interrogó al que llamaba, y enterado de quién era y de que éste quería ver a Fedósia Márkovna por un asunto de extremada importancia, decidió abrirle al fin. Habiendo entrado en casa de Fedósia Márkovna –también en la cocina–, después de haber accedido al ruego de la joven de que el portero estuviese presente en la entrevista «para evitar malas interpretaciones», Piotr Ilich comenzó a

interrogarla y en un instante comprendió lo más importante: o sea, que Dmitri Fiódorovich, al salir corriendo en busca de Grúshenka, se había llevado la mano de almirez, pero volvió sin ella, aunque con las manos manchadas de sangre. «Y la sangre aún goteaba, ¡le iba goteando de las manos, goteando!», exclamaba Fenia, por lo visto creando en su conturbada imaginación ese terrible detalle. Piotr Ilich en persona había visto aquellas manos ensangrentadas, aunque no gotearan, y había ayudado a lavarlas, pero la cuestión no estaba en si se habían secado o no pronto, sino en saber adónde había corrido Dmitri Fiódorovich con aquel instrumento, si realmente había ido a casa de Fiódor Pávlovich, y qué podía inferirse con certeza de semejante conclusión. Piotr Ilich insistió circunstanciadamente sobre este punto, y a pesar de que al final no llegó a enterarse de nada en firme, quedó casi convencido de que Dmitri Fiódorovich no había podido dirigirse a ninguna parte si no era a casa de su padre, donde, por tanto, debía de haber ocurrido algo forzosamente. «Cuando volvió –añadía Fenia, muy agitada– y se lo hube confesado todo, empecé a preguntarle: ¿Por qué, mi buen Dmitri Fiódorovich, tiene usted las manos ensangrentadas?», y al parecer él le había respondido que aquella sangre era humana y que acababa de matar a una persona. «Así lo reconoció, así me lo ha confesado aquí mismo, y de pronto huyó corriendo como un loco. Yo me senté y me pregunté: ¿hacia dónde habrá ido corriendo ahora este loco? Irá a Mókroie, pensaba, y allí matará a la señora. Salí a toda prisa para suplicarle que no lo hiciera, creía encontrarle aún en su casa, pero delante de la tienda de los Plótnikov le vi ya a punto de partir y con las manos lavadas» (Fenia se había fijado en ello y lo recordaba). La vieja abuela de Fenia confirmó en lo que pudo las declaraciones de su nieta. Después de haber preguntado aún alguna otra cosa, Piotr Ilich salió de la casa más agitado e inquieto que cuando había entrado en ella.

Parecía que lo más sencillo y rápido para él habría sido dirigirse entonces a casa de Fiódor Pávlovich y enterarse de si había sucedido allí alguna cosa y, en caso afirmativo, de qué se trataba para ir después, y sólo después, cuando ya no hubiera lugar a dudas, a ver al jefe de policía, cosa ya decidida por Piotr Ilich. Pero la noche era oscura, el portalón de Fiódor Pávlovich, sólido; otra vez se vería obligado a llamar con estrépito, a aquel hombre le conocía muy poco; si al fin le abrieran, después de mucho llamar, y por ventura no hubiese ocurrido nada allí, Fiódor Pávlovich, tan zumbón, iría a contar al día siguiente por toda la ciudad cómo a medianoche el funcionario Perjotin, a quien no conocía, se le había presentado en casa para enterarse de si alguien le había matado. ¡Vaya escándalo el que armaría! Y el escándalo era lo que más temía Piotr Ilich en este mundo. Sin embargo, el sentimiento que le arrastraba era tan fuerte que el hombre dio con rabia una patada en el suelo, volvió a soltar improperios contra sí mismo y emprendió al instante un nuevo camino, pero no ya hacia la casa de Fiódor Pávlovich, sino hacia la de la señora Jojlakova. Pensaba que si ésta respondía negativamente a la pregunta de si había sido ella quien había dado tres mil rublos no hacía mucho, a tal hora, a Dmitri Fiódorovich, Piotr Ilich se presentaría sin pérdida de tiempo al jefe de policía, sin pasar por casa de Fiódor Pávlovich; en caso contrario, lo dejaría todo para el día siguiente y regresaría a su propia casa. Es evidente, desde luego, que la resolución tomada por el joven de ir, casi a las once de la noche, a casa de una dama de sociedad a quien no conocía, hacerle levantar, quizá, de la cama para formularle una pregunta pasmosa por las circunstancias en que se iba a hacer, llevaba implícitas muchas más probabilidades de provocar un escándalo que la de ir a casa de Fiódor Pávlovich. Pero así sucede a veces, sobre todo en casos semejantes al presente, con las resoluciones de las personas más metódicas y flemáticas. ¡Y en ese momento, Piotr Ilich era todo lo contrario de un hombre

flemático! Recordó luego toda la vida cómo fue apoderándose de él, gradualmente, una inquietud invencible hasta llegar a torturarle y a arrastrarle contra su propia voluntad. Obvia decir que en todo el camino se estuvo reprendiendo por ir a casa de dicha dama, pero «llevaré el asunto hasta el fin, ¡hasta el fin!», se repetía por décima vez, con rechinar de dientes, y cumplió su propósito: lo llevó hasta el fin.

Eran las once en punto cuando puso el pie en casa de la señora Jojlakova. Le dieron entrada al patio bastante pronto, pero a la pregunta de si la señora ya dormía o no se había acostado aún, el portero no pudo responderle con exactitud, aparte de que a esa hora ya solía estar en la cama. «Hágase anunciar ahí arriba; si quiere recibirle, le recibirá; si no quiere, no le recibirá.» Piotr Ilich subió al piso, pero allí chocó con mayores dificultades. El lacayo no quería anunciarle; al fin, llamó a la doncella. Piotr Ilich, cortés, pero con empeño, le rogó informar a la señora de que se había presentado el funcionario Perjotin, de la localidad, por un asunto especial; y que si no se tratara de un asunto importante, ni se habría atrevido a venir; «comuníqueselo con estas palabras, exactamente con estas palabras», rogó a la muchacha. La doncella se fue. Él se quedó esperando en el vestíbulo. La señora Jojlakova, aunque no dormía aún, ya se había retirado a su alcoba. Estaba disgustada por la última visita de Mitia y presentía que, por la noche, no podría escapar de la jaqueca que en tales casos sufría. Oídas las explicaciones de la doncella, y aunque sorprendida, mandó con irritación despedir a la visita, a pesar del extraordinario interés que despertaba en su curiosidad femenina la inesperada presencia, a aquella hora, del «funcionario de la localidad» a quien ella no conocía. Mas Piotr Ilich se obstinó esta vez como un mulo al enterarse de que se negaban a recibirle, suplicó con una insistencia poco común que le anunciaran una vez más y que transmitieran «con estas mismas palabras» que venía «por un asunto de extraordinaria importancia, y la señora, quizá,

sentiría después no haberme recibido ahora». Más tarde contaba: «Tenía entonces la impresión de precipitarme a un abismo». La doncella le miró asombrada y se fue a informar por segunda vez. La señora Jojlakova se quedó estupefacta; reflexionó, se informó del aspecto del visitante y se enteró de que iba «muy decentemente vestido, era joven y muy cortés». Digamos entre paréntesis y como de paso que Piotr Ilich era un joven bastante guapo y él lo sabía. La señora Jojlakova se decidió a recibirle. Llevaba ya una bata de casa y zapatillas, pero se echó sobre los hombros un chal negro. Al «funcionario» le rogaron pasara al salón, al mismo en que unas horas antes se había recibido a Mitia. La señora de la casa se presentó al visitante con un aire severo e interrogativo; sin invitarle a sentarse, le preguntó: «¿Qué desea usted?».

–Me he decidido a molestarla, señora, a propósito de nuestro común amigo Dmitri Fiódorovich Karamázov –empezó Perjotin.

Mas no bien hubo pronunciado este nombre, en el rostro de la señora se reflejó una irritación fortísima. Ahogó un chillido e interrumpió, colérica, a su interlocutor.

–¿Hasta cuándo me van a atormentar con este hombre terrible, hasta cuándo? –se puso a gritar, furiosa–. ¿Cómo se ha atrevido, señor mío, cómo se ha atrevido a molestar a una dama a la que no conoce, en su casa y a esta hora... y presentarse para hablar del hombre que en este mismo salón, hace sólo tres horas, vino para matarme, dio patadas en el suelo y salió como nadie sale de una casa decente? Ha de saber, señor mío, que presentaré una queja contra usted, no le voy a perdonar, y haga el favor de salir inmediatamente de aquí... Yo soy madre, y ahora mismo... yo... yo...

–¡Matarla!... ¿Así, pues, también quería matarla a usted?

–¿Acaso ha matado a alguien? –preguntó vivamente la señora Jojlakova.

–Consienta usted, señora, en escucharme medio minuto, y en dos palabras se lo explicaré todo –contestó firmemente

Perjotin–. Hoy, a las cinco de la tarde, el señor Karamázov me ha pedido prestados diez rublos en plan de amigo, y sé positivamente que carecía de dinero; pues bien, a las nueve de la noche ha venido a verme llevando ostentosamente en la mano un fajo de billetes de cien rublos, serían más o menos dos mil rublos, y quizá tres mil. Tenía las manos y la cara completamente manchadas de sangre y se comportaba como un loco. A mi pregunta acerca de dónde había sacado tanto dinero, me respondió sin vacilar que acababa de recibirlo de usted y que usted le había prestado una suma de tres mil rublos para que fuera a buscar minas de oro...

En el rostro de la señora Jojlakova se reflejó de pronto una viva y dolorosa emoción.

–¡Dios mío! ¡Ha asesinado a su viejo padre! –gritó la dama, juntando las manos–. ¡Yo no le he dado nada de dinero, nada! ¡Oh, corra, corra!... ¡No diga ni una palabra más! Salve al viejo, corra a casa del padre, ¡corra!

–Perdone, señora; ¿así, usted no le ha dado dinero? ¿Recuerda bien no haberle dado ninguna cantidad?

–¡No le he dado nada, nada! Se lo he negado porque no ha sabido estimar lo que le decía. Ha salido hecho una furia y pataleando. Se ha lanzado contra mí, pero yo he saltado lejos... Y le diré a usted como hombre a quien ya no tengo la intención de ocultar nada, que ese hombre hasta me ha escupido, ¿puede usted imaginárselo? Pero ¿qué hacemos de pie? Ah, siéntese... Perdone, yo... O mejor, corra, corra, ¡usted tiene que correr y salvar al desdichado viejo de una muerte horrenda!

–¡Pero si ya lo ha asesinado!

–¡Ah, Dios mío, es verdad! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Tiene usted una idea de lo que se ha de hacer ahora?

Entretanto, había hecho sentar a Piotr Ilich y ella misma se le había sentado enfrente. Piotr Ilich le expuso a grandes rasgos, pero con bastante claridad, la historia del asunto, por lo menos la parte de la que él había sido testigo; le contó la visita

que acababa de hacer a Fenia y le habló de la mano de almirez. Todos esos detalles conmovieron lo indecible a la excitada dama, que profería gritos y se cubría los ojos con las manos...

–Figúrese, ¡presentía todo esto! Tengo este don: lo que me represento, sea lo que sea, se realiza. Cuántas veces, cuántas, al mirar a ese horrible hombre he pensado: este individuo acabará matándote. Y así ha ocurrido... Es decir, si no me ha matado a mí, ahora, sino a su padre, se debe con toda seguridad a la Providencia que vela por mí, y aun a que él mismo se ha avergonzado de matarme porque yo, aquí, en este lugar, le he colgado del cuello una medalla con una reliquia de Santa Bárbara, la gran mártir... ¡Cuán cerca he estado de la muerte, de la muerte! Figúrese, me he acercado a él hasta tocarle, y él ha alargado todo su cuello hacia mí! ¿Sabe, Piotr Ilich? (perdone, usted ha dicho que se llama Piotr Ilich, ¿verdad?)... ¿Sabe?, yo no creo en milagros, pero esa medallita y el evidente milagro que conmigo acaba de producirse me conmueven, y empiezo a creer otra vez en lo que sea. ¿Ha oído hablar del stárets Zosima?... De todos modos, no sé lo que me digo... Y figúrese usted, ese hombre, incluso con la medallita en el cuello, me ha escupido... Claro, sólo me ha escupido, no me ha asesinado y... y ¡adónde ha ido a dar el golpe! Pero, ¿y nosotros, ahora? ¿Adónde hemos de ir? ¿Qué cree usted que hemos de hacer?

Piotr Ilich se levantó y declaró que iba directamente a ver al jefe de policía y se lo contaría todo; luego ya decidiría éste lo que se había de hacer.

–Ah, es un hombre excelente, excelente, conozco a Mijaíl Makárovich. Es absolutamente necesario que vaya a verle. Qué lucidez la de usted, Piotr Ilich, y qué bien lo ha pensado; ¿sabe?, ¡en su lugar, a mí nunca se me habría ocurrido!

–Tanto más cuanto que yo mismo estoy en muy buenas relaciones con el jefe de policía –indicó Piotr Ilich, de pie aún, por lo visto deseoso de librarse cuanto antes de aquella dama efusiva que no le dejaba despedirse y marcharse.

–¿Y sabe, sabe? –balbuceaba ella–. Venga a contarme lo que haya visto y oído... y lo que se descubra... lo que van a hacer con él y dónde le van a juzgar. Dígame, ¿verdad que en nuestro país no existe la pena de muerte? Pero venga sin falta, aunque sean las tres de la madrugada, aunque sean las cuatro, incluso las cuatro y media... Mande que me despierten, que me saquen de la cama si no me levanto... ¡Oh, Dios!, si no podré ni dormirme. ¿Y si le acompañara?...

–No, pero si usted escribiera de su puño y letra tres líneas, por si acaso, indicando que no ha dado dinero alguno a Dmitri Fiódorovich, quizá no estaría de más... por si acaso...

–¡Sin falta! –exclamó la señora Jojlakova, precipitándose entusiasmada hacia su escritorio–. ¿Sabe? Me asombra usted, sencillamente, me admiran su lucidez y su habilidad en estas cuestiones... ¿Presta usted sus servicios aquí? Qué satisfacción saber que presta usted sus servicios aquí...

Mientras hablaba, trazó rápidamente en media hoja de papel de carta, y en grandes caracteres, las siguientes líneas:

«Nunca en mi vida he hecho un préstamo al desdichado Dmitri Fiódorovich Karamázov (porque a pesar de todo es ahora un desdichado) de tres mil rublos ni de ninguna otra cantidad, ni hoy ni nunca, ¡nunca! Así lo juro por todo cuanto hay de sacrosanto en nuestro mundo.

Jojlakova».

–¡Aquí tiene la nota! –Se volvió presurosa hacia Piotr Ilich–. Ahora vaya, sálvele. Es una acción muy noble la que hace usted.

Y le santiguó tres veces. Le acompañó corriendito hasta el mismísimo recibidor.

–¡Qué agradecida le estoy! No puede usted creer cuánto le agradezco ahora que haya venido a verme antes que a nadie. ¿Cómo ha sido posible que no nos hayamos conocido antes? Me sentiría muy halagada de poderle recibir en adelante en

mi casa. Qué satisfacción saber que usted presta aquí sus servicios... con tanta exactitud, con tanta lucidez... Pero a usted han de estimarle en lo que vale, al fin tendrán que comprenderle, y todo cuanto yo pueda hacer por usted, créame... ¡Oh, me encanta tanto la juventud! Estoy enamorada de la juventud. Los jóvenes son la base de toda nuestra Rusia sufriente de hoy, son toda la esperanza de Rusia... ¡Oh, vaya, vaya!...

Mas Piotr Ilich ya se había apresurado a salir; de lo contrario, la señora Jojlakova no le habría soltado tan pronto. La señora de la casa, de todos modos, le había producido una impresión bastante agradable, que llegaba incluso a atenuarle un poco la inquietante sensación que él experimentaba de haberse inmiscuido en un mal asunto. Sabido es que los gustos son extraordinariamente diversos. «No es tan vieja –pensaba él con satisfacción–, hasta la habría tomado por su hija.»

La señora Jojlakova, por su parte, estaba sencillamente encantada de aquel joven. «Cuánto talento, cuánta circunspección en una persona tan joven y en nuestro tiempo, y todo ello acompañado de maneras excelentes y de un aspecto agradable. Se dice que los jóvenes de nuestros días no son buenos para nada; pues aquí tenemos un ejemplo», etc. De este modo llegó simplemente hasta a olvidarse de aquel «espantoso acontecimiento», y sólo al acostarse, recordando de súbito otra vez «cuán cerca había estado de la muerte», articuló: «¡Oh, eso es terrible, es terrible!». Pero al instante quedó sumida en el más profundo y dulce de los sueños. De todos modos, no me habría extendido en semejantes detalles nimios y episódicos si la excéntrica entrevista que acabo de describir entre el joven funcionario y la viudita no vieja aún, ni mucho menos, no hubiera servido después de base a toda la carrera de aquel joven de talento y circunspecto, cosa de la que aún se mantiene vivo el recuerdo en nuestra pequeña ciudad y de la que, quizá, digamos unas palabritas especiales cuando hayamos terminado nuestra larga historia sobre los hermanos Karamázov.

2. Alarma

Nuestro jefe de policía Mijaíl Makárovich Makárov, teniente coronel retirado con el título de consejero áulico [1], era un hombre viudo y buena persona. Vivía en nuestra ciudad hacía sólo tres años, mas se había ganado ya la simpatía general, sobre todo porque «sabía unir a la sociedad». Nunca faltaban invitados en su casa y habríase dicho que sin ellos no habría podido vivir. Todos los días alguien comía con él, aunque sólo fueran dos huéspedes, o uno, pero sin huéspedes no se sentaba a la mesa. No faltaban las grandes comidas, que organizaba con toda clase de pretextos, a veces incluso inesperados. No es que su cocina fuera exquisita, pero sí era copiosa; se preparaban grandes empanadas excelentes y los vinos, si bien no brillaban por su alta calidad, se servían en abundancia. La primera pieza de la casa, destinada a billar, estaba instalada con bastante distinción, es decir, incluso con grabados que representaban caballos de carrera ingleses y que, con marcos negros, colgaban de las paredes, adorno indispensable en toda sala de billar de un hombre soltero, como todo el mundo sabe. Todas las noches se jugaba a las cartas, aunque no fuera más que en una mesita. Pero con mucha frecuencia allí se reunía también a bailar la mejor sociedad de la población, con mamás e hijas. Mijaíl Makárovich, aunque viudo, vivía en familia con una hija suya, viuda también hacía tiempo, a su vez madre de dos hijas. Las nietas de Mijaíl Makárovich eran ya dos mocitas que habían terminado su instrucción, nada feas, joviales, y aunque todo

1. Hasta 1917 mantuvo en Rusia su vigencia (con pocas modificaciones) la «Tabla de rangos» establecida por Pedro I (1722), con una rigurosa correspondencia entre los grados de la jerarquía civil y los de la jerarquía militar. El grado de «consejero áulico» (séptimo de la escala; el primero era el de «canciller») equivalía en dignidad al grado de teniente coronel (el primero, en la jerarquía militar, era el de «mariscal de campo»).

el mundo sabía que carecían de dote, atraían a la casa del abuelo a nuestra juventud mundana. Mijaíl Makárovich no brillaba por su inteligencia, pero no desempeñaba su cargo peor que muchos otros. A decir verdad, era un hombre bastante poco instruido y hasta despreocupado en lo tocante a la clara comprensión de los límites exactos de sus atribuciones administrativas. No llegaba a comprender del todo algunas de las reformas del actual reinado [1], mejor dicho, las comprendía con algunos errores, a veces sumamente manifiestos, y ello no por alguna incapacidad propia, sino, sencillamente, por indolencia de carácter, por no hallar nunca tiempo para estudiarlas a fondo. «Por el espíritu, señores, yo soy más militar que civil», solía decir de sí mismo. Ni siquiera había llegado aún, al parecer, a formarse una idea definitiva y sólida de los fundamentos precisos en que se asentaba la reforma agraria, y los iba conociendo, por así decirlo, de año en año, aumentando sus conocimientos prácticamente y a pesar suyo, con todo y ser un hacendado. Piotr Ilich sabía muy bien que aquella noche encontraría invitados en casa de Mijaíl Makárovich, pero no sabía a quién. Y el caso es que allí, en aquellos momentos, estaban jugando a las cartas con Mijaíl Makárovich el fiscal y nuestro médico titular Varvinski, joven que acababa de llegar de Petersburgo, uno de los que habían terminado brillantemente sus estudios en la Academia de Medicina petersburguesa. El fiscal, es decir, el vicefiscal, aunque en nuestra ciudad siempre se le llamaba fiscal, Ippolit Kirílovich, era un hombre singular, joven aún, de unos treinta y cinco años, pero muy propenso a la tisis, casado con una dama sumamente gorda, y sin hijos; era hombre de mucho amor propio e irritable; sin embargo, era de mente firme y hasta de buen corazón. Según parece, todo

1. Alusión a las reformas sociales, administrativas y judiciales establecidas por el zar Alejandro II; la más importante fue la abolición de la servidumbre en 1861.

el mal de su carácter estribaba en que el hombre tenía de sí mismo una opinión algo más elevada de lo que permitían sus auténticas facultades. Éste es el motivo de que constantemente pareciera inquieto. Se manifestaban en él, además, algunas aspiraciones vagas de orden superior, incluso artísticas, por ejemplo en lo referente a la penetración psicológica, a un conocimiento singular del alma humana, a un don especial para reconocer al delincuente y los móviles de su crimen. Desde este punto de vista, se consideraba un poco agraviado y postergado en su carrera; estaba convencido de que en las altas esferas no sabían apreciarle como se merecía y de que tenía enemigos. En los momentos de pesimismo, amenazaba incluso con pasarse a abogado defensor en los procesos criminales. La inesperada causa sobre el parricidio de los Karamázov pareció causarle como una gran sacudida: «Ésta es una causa que puede hacerse famosa en toda Rusia». Pero esto lo digo adelantándome ya al relato.

En la estancia contigua se encontraba también, alternando con las señoritas, nuestro joven juez de instrucción Nikolái Parfiónovich Neliúdov, llegado hacía sólo dos meses de Petersburgo a nuestra ciudad. La gente comentó después, y hasta con sorpresa, el hecho de que todas esas personas, la noche del «crimen», se hubiesen reunido como adrede en la casa del poder ejecutivo. En realidad, el hecho era mucho más sencillo y se produjo de la manera más natural del mundo: a la esposa de Ippolit Kirílovich le dolían las muelas desde el día anterior, y el vicefiscal, claro está, necesitaba ir a alguna parte para huir de los gemidos; el médico, ya por su condición misma, en ninguna parte podía pasar la velada sin jugar a las cartas. Por lo que respecta a Nikolái Parfiónovich Neliúdov, desde hacía tres días tenía ya el plan de presentarse aquella noche en casa de Mijaíl Makárovich como por casualidad, mas con la intención de sorprender repentina y arteramente a la mayor de las dos jóvenes, Olga Mijáilovna, revelándole que conocía su secreto, a saber, que aquél

era el día del cumpleaños de la joven y que ella había deseado ocultarlo a nuestra sociedad para no tener que organizar un gran baile. Iba a haber muchas risas y alusiones acerca de los años de la joven, como si ella ya tuviera miedo a declararlos, y acerca de que él, en posesión del secreto, al día siguiente lo divulgaría por toda la ciudad, etc. El simpático y joven hombrecito era en este sentido muy travieso; así le llamaban nuestras damas, «el travieso», lo cual, según parece, a él le gustaba mucho. Pertenecía a lo mejor de la sociedad, a una buena familia, era bien educado, de buenos sentimientos, inofensivo y siempre correcto, aunque amigo de bromear. Por su aspecto, era de pequeña estatura, de complexión débil, delicada. En sus dedos menudos, finos y paliditos, brillaban siempre varias sortijas extraordinariamente grandes. Ahora bien, en el ejercicio de su cargo adquiría una extraordinaria gravedad, como si considerara sacrosantos su significado y sus obligaciones. Tenía especial habilidad para desconcertar, en los interrogatorios, a los asesinos y demás malhechores del bajo pueblo y despertaba en ellos, si no respeto hacia su persona, por lo menos cierto asombro.

Al entrar en casa del jefe de policía, Piotr Ilich quedó sencillamente estupefacto: vio, de pronto, que allí ya se sabía todo. En efecto, habían abandonado las cartas, estaban todos de pie haciendo comentarios, e incluso Nikolái Parfiónovich había acudido desde el salón de las señoritas y tenía un aire de lo más combativo y exaltado. Piotr Ilich se encontró con la pasmosa noticia de que el viejo Fiódor Pávlovich realmente había sido asesinado aquella noche en su casa, asesinado y robado. Acababan de saberlo de la siguiente manera:

Marfa Ignátievna, la esposa del Grigori abatido junto a la valla, aunque dormía como un tronco en su cama y así podía haber dormido aún hasta la mañana, de pronto se despertó. Contribuyó a ello el espantoso grito epiléptico de Smerdiakov, tumbado sin conciencia en la habitación contigua,

aquel grito con que siempre comenzaban sus ataques de epilepsia, ataques que habían asustado terriblemente a Marfa Ignátievna toda la vida, y producían sobre ella una influencia morbosa. Nunca había podido acostumbrarse. Medio dormida, se levantó de un salto y casi fuera de sí se precipitó al cuchitril de Smerdiakov. Pero el cuartucho estaba oscuro, se oía sólo que el enfermo había comenzado a roncar espantosamente y a debatirse. Entonces, Marfa Ignátievna se puso a gritar y a llamar a su marido, pero de pronto adquirió conciencia de que Grigori no estaba en la cama, así le había parecido a ella al levantarse. Corrió a la cama y volvió a palparla: en efecto, estaba vacía. Así, pues, él había marchado, pero ¿adónde? Salió al pequeño porche y desde allí le llamó con timidez. Como es natural, no recibió contestación, mas en el silencio de la noche le pareció oír unos gemidos procedentes de algún lugar apartado del huerto. Aguzó el oído; los gemidos se repitieron y resultó claro que procedían del huerto. «Dios mío, es como entonces, cuando Yelizaveta Smerdiáschaia», pasó por su trastornada cabeza. Bajó medrosa los peldaños y distinguió la portezuela del huerto, abierta. «Sin duda está allí mi buen hombre», pensó; se acercó a la puertecita y, de pronto, oyó con toda claridad que la estaba llamando Grigori: «¡Marfa, Marfa!», con una voz débil, agonizante, espantosa. «¡Dios del cielo, guárdanos de todo mal!», balbuceó Marfa Ignátievna corriendo en dirección de los gemidos, y así encontró a Grigori. Pero no le encontró ya junto a la valla, en el mismo lugar en que el hombre había caído, sino a unos veinte pasos de distancia. Resultó luego que Grigori, al volver en sí, se arrastró y lo hizo, con toda probabilidad, durante largo rato, perdiendo varias veces el sentido. Marfa Ignátievna en seguida se dio cuenta de que su marido estaba cubierto de sangre y se puso a gritar como loca. En cuanto a Grigori, balbuceaba queda e inconexamente: «Le ha matado... ha matado a su padre... qué gritas, boba... corre, llama...». Pero Marfa Ignátievna no se calma-

ba, seguía gritando, y de pronto, viendo abierta e iluminada la ventana del señor, corrió hacia allí y empezó a llamar a Fiódor Pávlovich. Miró por la ventana y vio un espectáculo espantoso: el señor yacía de espaldas sobre el suelo y no se movía. Su bata clara y su blanca camisa estaban empapadas de sangre.

La vela de la mesa proyectaba una viva luz sobre la sangre y sobre el rostro inerte de Fiódor Pávlovich. En el paroxismo del horror, Marfa Ignátievna se apartó de la ventana, se precipitó fuera del huerto, abrió el cerrojo del portalón y corrió con todas sus fuerzas hacia la casa de la vecina Maria Kondrátievna. Las dos vecinas, madre e hija, ya dormían, pero los furiosos golpes a los postigos y los gritos de Marfa Ignátievna las despertaron. Las mujeres se precipitaron a la ventana. Marfa Ignátievna, sin ilación, chillando y gritando, les contó lo más importante y les pidió socorro. Precisamente aquella noche dormía allí el errabundo Fomá. En un santiamén le hicieron levantar y corrieron los tres al lugar del crimen. Por el camino, Maria Kondrátievna recordó que, hacia las nueve de la noche, había oído un grito terrible y penetrante que procedía del huerto de Fiódor Pávlovich; desde luego, era el grito de Grigori, quien habiéndose agarrado a la pierna de Dmitri Fiódorovich, cuando éste se hallaba ya a horcajadas sobre la valla, exclamó: «¡Parricida!». «Alguien ha gritado muy fuerte y se ha callado en seguida», declaraba, corriendo, Maria Kondrátievna. Llegados al lugar en que yacía Grigori, las dos mujeres, con ayuda de Fomá, le entraron en el pabellón. Encendieron una luz y vieron que Smerdiakov no se había calmado todavía y seguía debatiéndose en su cuartucho, con los ojos en blanco y echando espuma por la boca. A Grigori le lavaron la cabeza con agua y vinagre, con lo que el hombre recobró el conocimiento y preguntó en seguida: «¿Han matado al señor?». Entonces, las dos mujeres y Fomá fueron a verlo, y al pasar al huerto observaron esta vez que no sólo estaba abierta la ventana, sino que, además, lo

estaba de par en par la puerta de la casa que daba allí, pese a que el señor se encerraba concienzudamente cada día al anochecer desde hacía una semana y no permitía que ni siquiera Grigori fuera a llamarle por nada del mundo. Al ver aquella puerta abierta, todos, las dos mujeres y Fomá, tuvieron miedo de entrar en la casa «para que no hubiera luego complicaciones». Cuando volvieron al lado de Grigori, éste mandó que fueran corriendo a avisar al jefe de policía del distrito. Así lo hizo Maria Kondrátievna, con lo que puso en conmoción a todos los que se encontraban en casa de dicha autoridad. Precedió en cinco minutos a Piotr Ilich, de modo que el joven funcionario apareció no ya con sus conjeturas y conclusiones, sino como un testigo ocular cuyo relato sirvió para confirmar la sospecha general en lo que se refería al autor del crimen (sospecha que Piotr Ilich, en el fondo de su alma, no quiso aceptar hasta ese último momento).

Decidieron actuar con energía. En seguida encomendaron al comisario de policía que reuniera a unos cuatro testigos y que, observando todas las reglas pertinentes, que no voy a describir aquí, penetraran en la casa de Fiódor Pávlovich y procedieran a la investigación sobre el lugar. El médico municipal, hombre impulsivo y de ideas avanzadas[1], casi insistió para que le permitieran acompañar al jefe de policía, al fiscal y al juez de instrucción. Resumiré los hechos establecidos: a Fiódor Pávlovich le encontraron muerto, con el cráneo roto, pero ¿con qué? Probablemente con la misma arma con que había sido abatido, también, Grigori. Dieron por fin con ella después de oír la declaración del viejo criado –al que prestaron los cuidados médicos posibles–, bastante coheren-

1. «Médico municipal»; en el texto: *zemski vrach*. Los *zemstva* eran organismos de administración local (provinciales o de distrito) establecidos en 1864. En la época en que se desarrolla la acción de *Los hermanos Karamázov*, los empleados de los *zemstva* solían ser considerados como hombres «nuevos», progresistas.

te, aunque hecha con voz débil y entrecortada, acerca de cómo había sido agredido. Se pusieron a buscar con un farol junto a la valla y encontraron la mano de almirez arrojada sobre el caminito del huerto, en el lugar más visible. En la habitación en que yacía Fiódor Pávlovich no observaron ningún desorden especial, mas al otro lado de los biombos, al pie de la cama, recogieron del suelo un sobre grande, de papel grueso, como los que se usan en las oficinas, con la inscripción: «Regalito de tres mil rublos para mi ángel Grúshenka si se decide a venir»; en la parte inferior, el propio Fiódor Pávlovich había añadido, probablemente más tarde: «y a mi pollita». El sobre, con tres grandes sellos de lacre rojo, ya había sido abierto y estaba vacío: se habían llevado el dinero. También encontraron en el suelo una fina cintita color de rosa con que había estado sujeto el sobre. En las declaraciones de Piotr Ilich había, entre otras, una circunstancia que impresionó extraordinariamente al fiscal y al juez de instrucción, a saber: la conjetura de que Dmitri Fiódorovich iba a pegarse un tiro al amanecer por decisión del propio Dmitri, quien había hablado de ello a Piotr Ilich, había cargado la pistola en presencia de este último, había escrito una notita que guardó en el bolsillo, etc. Cuando Piotr Ilich, aun sin quererle creer, le amenazó con que avisaría a alguien para evitar el suicidio, Mitia le había replicado riéndose –así lo contaba Piotr Ilich–: «No tendrás tiempo». Por tanto, era necesario darse prisa y acudir cuanto antes a Mókroie para echar el guante al criminal antes de que hubiera tenido tiempo de suicidarse, si en verdad –quién sabe– decidía hacerlo. «¡Está claro, está claro! –repetía el fiscal, presa de una extraordinaria agitación–. Esto es exactamente lo que suelen hacer los energúmenos de esa laya: mañana me mataré, pero antes de morir, venga juerga.» La historia acerca de cómo Mitia se había llevado de la tienda vinos y otras vituallas aún excitó más al fiscal. «Señores, recuerden al mozo que mató al mercader Olsúfiev: le robó mil quinientos rublos y en seguida fue al peluquero a

que le rizara el cabello; después, sin preocuparse siquiera de esconder el dinero, llevándolo también casi en la mano, se fue a ver mujeres.» A todos los retenía, sin embargo, la encuesta, el registro en casa de Fiódor Pávlovich, las formalidades de procedimiento, etc. Todo ello exigía tiempo, y por este motivo mandaron a Mókroie, unas dos horas antes de que partieran ellos, al subcomisario de policía rural Mavriki Mavríkievich Shmertsov, quien había llegado precisamente la víspera por la mañana a la ciudad a percibir sus honorarios. Le dieron la orden siguiente: una vez en Mókroie, debía vigilar constantemente al «criminal» sin provocar la menor alarma, hasta la llegada de las autoridades competentes, a la vez que preparaba testigos, alguaciles, etc. Así obró Mavriki Mavríkievich; guardó el incógnito y tan sólo dio a conocer parte del secreto a Trifón Borísovich, viejo amigo suyo. Fue entonces, precisamente, cuando Mitia encontró en la oscura galería al hospedero que le estaba buscando, y en seguida observó en la cara y en las palabras de Trifón Borísovich un cambio repentino. De este modo, ni Mitia ni los demás huéspedes se enteraron de que eran objeto de vigilancia; en cuanto al estuche con las pistolas, Trifón Borísovich lo había hurtado y puesto en lugar seguro hacía ya mucho rato. Sólo a las cinco de la madrugada, casi al amanecer, llegaron los jefes, el de policía, el fiscal y el juez de instrucción en dos coches, tirados por dos troikas. El doctor, en cambio, se había quedado en la casa de Fiódor Pávlovich con el propósito de hacer la autopsia al cadáver, pero lo que más le interesaba era el estado del criado enfermo, Smerdiakov: «Pocas veces se encuentra uno con ataques de epilepsia tan violentos y prolongados, que se repiten sin cesar durante dos días seguidos, y esto pertenece a la ciencia», declaró excitado a sus compañeros cuando éstos emprendían la marcha y le felicitaban, riéndose, por su hallazgo. Además, el fiscal y el juez de instrucción recordaron muy bien que el doctor había afirmado, en tono de gran seguridad, que Smerdiakov no llegaría vivo a la mañana.

Ahora, después de esta explicación larga, aunque, al parecer, necesaria, hemos vuelto precisamente al punto en que interrumpí nuestro relato en el capítulo anterior.

3. Las tribulaciones de un alma. Primera tribulación

Teníamos, pues, que Mitia estaba sentado y con salvaje mirada contemplaba a los presentes, sin comprender lo que le decían. De pronto se levantó, alzó los brazos al cielo y gritó con fuerte voz:

–¡No soy culpable! ¡De esta sangre no soy culpable! De la sangre de mi padre no soy culpable... Quería matarle, ¡pero no soy culpable! ¡No he sido yo!

Apenas había proferido estas palabras, cuando Grúshenka salió de detrás de la cortina y se desplomó a los pies del jefe de policía.

–¡Soy yo, yo, maldita, soy yo la culpable! –se puso a gritar con plañidos que desgarraban el alma, llorando a lágrima viva, extendiendo los brazos hacia todos los presentes–. ¡Por mí lo ha matado!... ¡He sido yo quien le ha torturado y le ha llevado a este extremo! ¡Y también a aquel pobre viejo difunto le he estado haciendo sufrir por maldad mía, y lo saqué de quicio! ¡Soy yo la culpable, la primera, la principal, la verdadera culpable!

–¡Sí, tú eres la culpable! ¡Eres tú la criminal más importante! Tú, desenfrenada; tú, corrompida, ¡tú eres la principal culpable! –vociferó el jefe de policía amenazándola con la mano, pero entonces le hicieron callar rápida y decididamente.

El fiscal hasta le agarró para hacerle callar.

–Esto ya es un completo desorden, Mijaíl Makárovich –se puso a gritar–; usted perturba realmente la instrucción... lo echa todo a perder... –añadió, casi sofocándose.

–Hay que tomar medidas, tomar medidas, ¡tomar medidas! –clamó también Nikolái Parfiónovich, enfureciéndose–. ¡Si no, es totalmente imposible!...

–¡Júzguennos a los dos juntos! –seguía gritando con frenesí Grúshenka, aún de rodillas–. ¡Ejecútennos a los dos juntos, ahora estoy dispuesta a ir con él aunque sea al cadalso!

–Grusha, vida mía, bien mío, ¡mi santa! –Mitia también se dejó caer de rodillas a su lado y la estrechó entre sus brazos–. No la crean –gritaba–, no tiene culpa de nada, ¡ni de la sangre ni de nada!

Recordó más tarde que varias personas le separaron de Grúshenka a la fuerza, que a ella se la llevaron de la estancia y que cuando él volvió en sí ya estaba sentado a la mesa. Junto a él y a su espalda se encontraban, de pie, hombres con chapas de metal. Enfrente, al otro lado de la mesa, se había sentado en el sofá Nikolái Parfiónovich, el juez de instrucción, quien procuraba persuadirle de que bebiera un poco de agua del vaso que había sobre la mesa: «Esto le refrescará, le calmará, no tenga miedo, no se inquiete», añadía con extraordinaria amabilidad. A Mitia, de pronto –así lo recordó él–, le llamaron enormemente la atención las grandes sortijas de aquel hombre, una de amatista y otra con una piedra de color amarillo claro, transparente y de reflejos magníficos. Luego, durante mucho tiempo, recordó sorprendido que aquellas sortijas le atraían de manera irresistible incluso durante las horas terribles de su interrogatorio, de modo que no podía apartar de ellas los ojos, no sabía por qué, ni olvidarlas como objetos por completo inadecuados para ser tenidos en cuenta en una situación como la suya. A la izquierda de Mitia, en el lugar donde se había sentado Maxímov al comienzo de la velada, había tomado asiento el fiscal; a la derecha, en el sitio en que antes había estado Grúshenka, se acomodó un joven de sonrosada tez, con una especie de cazadora muy usada, frente al cual había un tintero y papel. Resultó ser el secretario del juez de instrucción, quien le ha-

bía traído consigo. El jefe de policía, en cambio, se hallaba de pie ante una ventana en el otro extremo de la estancia, junto a Kalgánov, que se había sentado en una silla cerca de la misma ventana.

–¡Tome agua! –repetía suavemente, por décima vez, el juez de instrucción.

–Ya he bebido, señores, ya he bebido... pero... Bueno, señores, aplástenme, ejecútenme, ¡decidan de mi destino! –exclamó Mitia, clavando en el juez la mirada terriblemente fija de sus ojos desorbitados.

–Así, pues, ¿afirma usted positivamente que no es culpable de la muerte de su padre, Fiódor Pávlovich? –preguntó el juez con voz suave, pero conminatoria.

–¡No soy culpable! Lo soy de otra sangre, de la sangre de otro viejo, pero no de la de mi padre. ¡Y lamento lo que he hecho! He matado, he matado al viejo, le he matado y le he abandonado... Pero es duro responder de esta sangre con otra, con una sangre terrible de la que no soy culpable... ¡Es una acusación espantosa, señores, es como si me hubieran dado un mazazo en la frente! Pero ¿quién ha matado a mi padre, quién? ¿Quién podía matarlo sino yo? ¡Es portentoso, absurdo, imposible!...

–Sí, yo se lo diré... –empezó el juez de instrucción.

Mas el fiscal Ippolit Kirílovich (es decir, el vicefiscal, pero también nosotros seguiremos llamándole fiscal en aras de la brevedad) cambió una mirada con el juez y manifestó, dirigiéndose a Mitia:

–En vano se inquieta usted por el viejo criado Grigori Vasílievich. Ha de saber que vive, ha recobrado el conocimiento, y a pesar del terrible golpe que le asestó usted, según ha declarado él y ha confirmado usted ahora, todo hace pensar que su vida no corre peligro, por lo menos según la opinión del doctor.

–¿Vive? ¡Oh, vive! –gritó de súbito Mitia, juntando las manos. Le resplandeció la cara–. ¡Dios mío, te doy las gra-

cias por este grandioso milagro que has hecho por mí, pecador y malvado, por mi plegaria!... ¡Sí, sí, ha sido mi plegaria, he estado rezando toda la noche!... –y se santiguó tres veces. Casi se ahogaba de emoción.

–Pues verá, de ese mismo Grigori hemos recibido una declaración tan importante acerca de usted, que...

Iba a proseguir el fiscal, pero Mitia de pronto saltó de la silla.

–Un momento, señores, por Dios, un solo momento; corro a decírselo...

–¡Qué hace! ¡Ahora, en este momento es totalmente imposible! –replicó Nikolái Parfiónovich, casi chillando, y también se levantó como movido por un resorte.

Los hombres con la chapa de metal agarraron por el pecho a Mitia, quien, de todos modos, se sentó en la silla por sí mismo...

–¡Cuánto lo siento, señores! Quería ir a verla sólo por un instante... quería comunicarle que está lavada y ha desaparecido aquella sangre que me ha oprimido el corazón toda la noche, ¡y que ya no soy un asesino! ¡Señores, tengan en cuenta que es mi novia! –articuló lleno de alegría y veneración, mirando a los presentes–. ¡Oh, se lo agradezco, señores! ¡Oh, me han dado nueva vida, me han hecho renacer en un instante!... Ese viejo, señores, me llevaba en brazos, me lavaba en un dornajo cuando era yo una criatura de tres años, abandonado de todo el mundo, ¡fue un padre para mí!...

–Así, pues, usted... –intentó proseguir el juez.

–Permítanme, señores, permítanme un minuto más –interrumpió Mitia, apoyando los dos codos sobre la mesa y cubriéndose el rostro con las manos–; déjenme reflexionar un poco, déjenme respirar, señores. Todo esto conmueve de manera terrible, ¡el hombre no es una piel de tambor, señores!

–Debería tomar un poco más de agua... –musitó Nikolái Parfiónovich.

Mitia apartó las manos de la cara y se echó a reír. Tenía viva la mirada, parecía haberse transformado en un instante. Había cambiado asimismo todo su aire: otra vez estaba allí sentado un hombre igual a todas aquellas personas, a todos aquellos antiguos conocidos suyos; era exactamente como si todos se hubieran encontrado la víspera en alguna reunión de sociedad antes de que hubiese sucedido nada. Indicaremos, no obstante, a este propósito, que Mitia, al principio de su estancia en nuestra ciudad, había sido cordialmente recibido en casa del jefe de policía, pero después, sobre todo en el transcurso del mes último, Mitia casi había dejado de visitarle, y el jefe de policía, al encontrarse con él, por ejemplo en la calle, ponía cara hosca y sólo por cortesía devolvía el saludo, de lo cual Mitia se había dado muy buena cuenta. Al fiscal aún le conocía menos, aunque había hecho varias visitas, sumamente protocolarias, a su esposa, dama nerviosa y fantástica, sin saber a ciencia cierta por qué la visitaba, y ella siempre le había acogido con afabilidad, mostrando interés por él, no se sabe por qué motivos, hasta los últimos tiempos. Por lo que respecta al juez de instrucción, aún no había tenido tiempo de entablar relaciones con él, pero se habían encontrado e incluso habían hablado un par de veces y las dos acerca del sexo femenino.

–Usted, Nikolái Parfiónovich, según veo, es un juez de instrucción habilísimo –declaró de pronto Mitia, riéndose–, pero ahora yo mismo le ayudaré. Oh, señores, he resucitado... y no tomen a mal que me dirija a ustedes sin ceremonias y con tanta franqueza. Además, estoy un poco bebido, se lo digo con sinceridad. Según me parece, he tenido el honor... el honor y la satisfacción de encontrarle, Nikolái Parfiónovich, en casa de Miúsov, mi pariente... Señores, señores, no pretendo colocarme en un plano de igualdad, comprendo muy bien en qué situación me encuentro ahora ante ustedes. Pesa sobre mí... Si quien ha declarado contra mí ha sido Grigori... ¡en este caso pesa sobre mí (oh sí, claro

está, ya pesa) una sospecha terrible! Es horrible, es horrible, ¡lo comprendo muy bien, se lo aseguro! Pero vamos al asunto, señores; estoy dispuesto, y ahora vamos a terminar en un santiamén, porque escuchen, señores, escuchen. Sabiendo como sé que no soy culpable, en un santiamén terminaremos, ¿no es así?, ¿no es así?

Mitia hablaba deprisa y mucho, de manera nerviosa, expansiva, y como si decididamente tomara a sus oyentes por los mejores de sus amigos.

–Así, pues, de momento escribiremos que usted rechaza de plano la acusación que se le ha hecho –especificó con aire imponente Nikolái Parfiónovich; y volviéndose hacia su secretario, le dictó a media voz lo que era necesario anotar.

–¿Escribir? ¿Quieren ustedes anotar esto? ¡Bah!, escriban, estoy de acuerdo, doy mi pleno consentimiento, señores... Pero verán... Espere, espere, escriba de este modo: «Es culpable de haber empleado la violencia, es culpable de los duros golpes asestados al pobre viejo». Bueno, para mí mismo, en mi interior, en lo más hondo de mi corazón, soy culpable, mas esto no es necesario escribirlo –se volvió hacia el amanuense–, esto ya pertenece a mi vida privada, eso ya no es de su competencia, quiero decir las profundidades de mi corazón... Pero en lo del asesinato de mi viejo padre, ¡soy inocente! ¡Ésa es una idea monstruosa! ¡Es una idea totalmente monstruosa!... Se lo voy a demostrar y en seguida se convencerán ustedes. Se van a reír, señores, ¡ustedes mismos se reirán a carcajada limpia de sus sospechas!...

–Cálmese, Dmitri Fiódorovich –recordó el juez de instrucción como si, por lo visto, con su propia tranquilidad deseara impresionar al exaltado–. Antes de proseguir el interrogatorio desearía oír de usted, si no tiene inconveniente en ello, la confirmación del hecho de que, según parece, usted no quería al difunto Fiódor Pávlovich y estaba con él en riña perpetua... Aquí, por lo menos, hace un cuarto de hora, usted no ha tenido inconveniente en declarar, si no me equi-

voco, que incluso quería matarle: «No le he matado (ha exclamado usted), ¡pero quería hacerlo!».

–¿He exclamado esto? ¡Oh, es posible, señores! Sí, por desgracia, quería matarle, muchas veces lo he querido... ¡por desgracia!

–Quería. ¿Tiene usted inconveniente en explicarnos qué motivos, en realidad, le llevaban a sentir ese odio hacia la persona de su padre?

–¡Qué quieren que explique, señores! –respondió Mitia con aire sombrío, encogiéndose de hombros y bajando la vista–. La verdad es que no he ocultado mis sentimientos, lo sabe la ciudad entera, los conocen todos en la taberna. Hace todavía muy poco que en la celda del stárets Zosima declaré... Aquel mismo día, al atardecer, pegué a mi padre, por poco le mato, y juré ante testigos que volvería y le mataría... ¡Oh, hay miles de testigos! ¡Me he pasado un mes entero gritándolo, todos han sido testigos!... El hecho está a la vista, el hecho habla por sí mismo, hasta grita, pero los sentimientos, señores, los sentimientos ya son otra cosa. Verán, señores –Mitia frunció el ceño–, a mí me parece que acerca de los sentimientos no tienen ustedes derecho a preguntarme. Ustedes están revestidos de autoridad, lo comprendo, pero eso es cosa mía, de mi fuero interno, íntima; de todos modos... ya que no he ocultado antes mis sentimientos... en la taberna, por ejemplo, y he hablado de ellos a la primera persona con que me he encontrado... tampoco ahora los voy a convertir en un secreto. Verán, señores, comprendo muy bien que en este caso hay contra mí indicios terribles: he dicho a todo el mundo que mataría a mi padre y de pronto le han matado. ¿Quién ha de ser, si no yo, en este caso? ¡Ja-ja! Les disculpo, señores, les disculpo por completo. Yo mismo estoy estupefacto, porque ¿quién puede haberle matado, a fin de cuentas, en este caso, sino yo? ¿No es cierto? Si no he sido yo, ¿quién puede haber sido, quién? Señores –exclamó de pronto, gritando–, quiero saber y hasta exijo de ustedes que

me digan: ¿dónde ha sido asesinado? ¿Cómo le han matado, con qué y cómo? Díganmelo –preguntó rápidamente, mirando al fiscal y al juez.

–Le hemos encontrado tendido de espaldas sobre el suelo en su gabinete, con la cabeza hendida –respondió el fiscal.

–¡Esto es espantoso, señores!

De pronto Mitia se estremeció y, apoyando el codo en la mesa, se cubrió el rostro con la mano derecha.

–Continuemos –indicó Nikoláy Parfiónovich–. Así, pues, ¿qué le movía en sus sentimientos de odio? Según parece, usted ha declarado en público que obraba impulsado por los celos, ¿es verdad?

–Sí, sí, los celos, y no sólo los celos.

–¿Discusiones por dinero?

–Sí, sí, también por dinero.

–La discusión se debía, si no estoy mal informado, a tres mil rublos que, al parecer, le faltaba a usted recibir por la herencia de su madre.

–¡Qué iban a ser tres mil! Eran más, mucho más –replicó vivamente Mitia–, eran más de seis mil, quizá más de diez mil. ¡Lo he dicho a todo el mundo, lo he gritado en todas partes! Pero yo estaba decidido a zanjar la cuestión de una vez y conformarme con tres mil. Esos tres mil los necesitaba a toda costa... de modo que el sobre con tres mil rublos que él tenía debajo de la almohada, preparado para Grúshenka, lo consideraba yo ni más ni menos como dinero que me había robado, esto es, señores, lo consideraba mío, como de mi propiedad...

El fiscal cambió una significativa mirada con el juez de instrucción, a la vez que le hacía un guiño imperceptible para los demás.

–Volveremos sobre este asunto –manifestó sin pérdida de tiempo el juez–; ahora permítanos señalar y anotar precisamente este puntito: que usted consideraba como de su propiedad el dinero guardado en aquel sobre.

–Escriban, señores; comprendo, claro está, que esto es otra prueba contra mí, pero no tengo miedo a las pruebas, yo mismo hablo de lo que me perjudica. ¿Me oyen?, ¡yo mismo! Verán, señores, al parecer, me toman ustedes por un hombre completamente distinto del que soy –añadió de pronto, sombrío y triste–. Está hablando con ustedes un hombre noble, una persona nobilísima, un individuo, sobre todo (no lo pierdan ustedes de vista), que ha cometido muchas bajezas, pero siempre ha sido y sigue siendo un ser muy noble en su interior, como tal ser, en sus profundidades; bueno, en una palabra, no sé expresarme... Precisamente lo que le ha torturado toda su vida ha sido el ansia de nobleza; ha sido, por así decirlo, un mártir de la nobleza y un buscador de la misma con un farol, con el farol de Diógenes, mientras que en toda su vida no ha cometido más que vilezas, como todos nosotros, señores... es decir, como yo solo, señores, no todos, no, sino yo solo, me había equivocado, ¡yo solo, solo!... Señores, me duele la cabeza –contrajo dolorosamente las facciones de la cara–. Verán, señores, a mí no me gustaba su aspecto físico, en el que se notaba algo de deshonesto, fanfarronería y desdén por todo lo sacrosanto, mofa e incredulidad, ¡era asqueroso, asqueroso! Pero ahora que ha muerto pienso de otro modo.

–¿Qué quiere decir, de otro modo?

–De otro modo no, pero siento haberle odiado tanto.

–¿Se arrepiente?

–No, no es que me arrepienta, esto no lo escriban. Tampoco yo soy bueno, señores, eso es; tampoco yo soy ningún dechado, y por tanto no tenía ningún derecho a considerarle repugnante a él, ¡eso es! Esto sí pueden escribirlo.

Habiendo hablado de este modo, Mitia se quedó, de pronto, extraordinariamente triste. Hacía ya mucho rato que el juez de instrucción, a medida que iba recibiendo respuesta a sus preguntas, se volvía cada vez más sombrío. De pronto, en ese instante, se produjo otra vez una escena inesperada. El

caso fue que a Grúshenka, aunque se la habían llevado de aquella estancia, no la apartaron mucho; la dejaron en una habitación separada sólo por otra del cuarto azul en que se estaba efectuando el interrogatorio. Era una pieza pequeña, con una sola ventana, contigua a la gran sala en que por la noche habían bailado y se había celebrado el gran festín. Allí se encontraba Grúshenka sin más compañía, por el momento, que la de Maxímov, terriblemente abatido, terriblemente amedrentado, y pegado a ella como buscando salvación a su vera. Guardaba la puerta, de pie, un mujik con una chapa en el pecho. Grúshenka lloraba, y de repente, cuando la pena ya no le cabía en el alma, se levantó de un salto, juntó las manos, y después de gritar en restallante gemido: «¡Ay de mí, ay!», se precipitó fuera de la habitación hacia él, hacia su Mitia, y ello tan inesperadamente que nadie acertó a detenerla. Mitia, en cambio, al oír aquel grito, se estremeció, se levantó de un salto, profirió un alarido y se lanzó al encuentro de la joven como si no tuviera conciencia de lo que hacía. Pero tampoco esta vez pudieron reunirse, pese a que ya se veían el uno al otro. A Mitia le agarraron con firmeza de los brazos; él se debatía, procuraba escaparse, se necesitaron tres o cuatro hombres para dominarle. También la agarraron a ella y Mitia vio como su amada tendía hacia él los brazos, gritando, cuando se la llevaban.

Terminada la escena, Mitia se vio en el sitio de antes, sentado a la mesa, frente al juez de instrucción, y se puso a gritar dirigiéndose a este último:

–¿Qué tienen contra ella? ¿Por qué la atormentan? ¡Ella es inocente, es inocente!...

El fiscal y el juez procuraban calmarle. Así transcurrió cierto tiempo, unos diez minutos; por fin irrumpió en la estancia Mijaíl Makárovich, que se había ausentado, y dirigiéndose al fiscal dijo en voz alta, con excitación:

–La hemos apartado de aquí, está abajo. ¿No me permitirían decir aunque sólo sea una palabra a este desgraciado,

señores? ¡En presencia de ustedes, señores, en presencia de ustedes!

–Con mucho gusto, Mijaíl Makárovich –respondió el juez–, en el presente caso no hay inconveniente alguno.

–Dmitri Fiódorovich, escucha, hombre –empezó a decir, dirigiéndose a Mitia, Mijaíl Makárovich, cuyo rostro conmovido expresaba una viva compasión, casi paternal, hacia el desdichado–, he sido yo mismo quien ha conducido a tu Agrafena Alexándrovna abajo, la he confiado a las hijas del dueño de la casa y con ella está también ese viejecito, Maxímov, que no se separa de su lado. Le he hablado, ¿me oyes?, le he hablado y la he tranquilizado, le he hecho ver que tú necesitas justificarte, que conviene que ella no te estorbe poniéndote triste, pues tú podrías desconcertarte y hacer declaraciones contrarias a ti mismo, ¿comprendes? Bueno, en una palabra, le he hablado y ha comprendido. Es muy inteligente y buena, hermano; quería besarme las manos a mí, que soy un viejo; suplicaba por ti. Ella misma me ha enviado a decirte que no te preocupes por ella, y es necesario, querido, es necesario que vuelva y le diga que tú estás tranquilo y no te sientes preocupado por ella. Tranquilízate, pues, compréndelo. Me siento culpable ante ella, es un alma cristiana, sí, señores, es un alma sumisa, del todo inocente. ¿Puedo decirle, pues, Dmitri Fiódorovich, que permanecerás tranquilo?

El bonachón dijo muchas cosas superfluas, pero la pena de Grúshenka, aquel dolor humano, le habían llegado al alma, y hasta se le asomaron las lágrimas a los ojos. Mitia se levantó y se precipitó hacia el jefe de policía.

–Perdonen, señores, permítanme, ¡oh, permítanme! –gritó–. ¡Es usted un ángel de bondad, Mijaíl Makárovich, un ángel de bondad, y le doy las gracias por ella! Estaré tranquilo, sí, lo estaré; estaré alegre; por la bondad infinita de su alma, comuníquele usted que estoy alegre, alegre, que hasta me dan ganas de reír al saber que tiene a su lado un ángel de

la guarda como usted. En seguida pondré en claro todo esto y, no bien quede libre, correré a su lado, ya verá, ¡que espere! Señores –se volvió de pronto hacia el fiscal y el juez–, ahora les voy a abrir por completo mi alma, se lo explicaré todo; en un momento acabaremos y acabaremos alegremente, al final nos reiremos todos, ¿verdad? Pero, señores, ¡esa mujer es la reina de mi alma! Oh, permítanme decirlo, se lo descubro a ustedes... Ya veo que hablo con personas nobilísimas: ella es mi luz, mi sagrario, ¡si supieran ustedes! Ya han oído su exclamación: «¡Contigo, aunque sea al cadalso!». ¿Y qué le he dado yo, un pordiosero, un andrajoso, para que me ame tanto? ¿Soy digno yo, criatura torpe, vil, con mi ruin cara, soy digno de tanto amor, de que ella esté dispuesta a acompañarme a presidio? Por mí acaba de arrojarse a los pies de usted, ¡ella, tan orgullosa y del todo inocente! ¿Cómo no he de venerarla, cómo no he de clamar, de quererme precipitar a sus brazos como hace unos momentos? ¡Oh, señores, perdónenme! Pero ahora, ahora, ¡me siento consolado!

Cayó en la silla y, cubriéndose la cara con las manos, se puso a llorar a lágrima viva. Mas ésas eran ya lágrimas de felicidad. En un momento se recobró. El viejo jefe de policía estaba muy contento y, al parecer, también lo estaban los juristas: presentían éstos que el interrogatorio entraba en una nueva fase. Cuando hubo acompañado con la mirada al jefe de policía, que se retiró, Mitia se puso alegre sencillamente.

–Bueno, señores, ahora estoy a su disposición, completamente a su disposición. Y... si no fueran todas esas pequeñeces, en seguida nos pondríamos de acuerdo. Otra vez me refiero a las pequeñeces. Me tienen a su disposición, señores, pero les juro que es necesaria la confianza recíproca, la de ustedes hacia mí y la mía hacia ustedes; de otro modo, no acabaremos jamás. Se lo digo pensando en ustedes mismos. Al grano, señores, al grano, y, sobre todo, no hurguen de ese modo en mi alma, no la torturen con pequeñeces, pregun-

ten sólo cosas que afecten a la cuestión, concretas; les responderé en seguida y quedarán satisfechos. ¡Al diablo las pequeñeces!

Eso exclamó Mitia. Se reanudó el interrogatorio.

4. Segunda tribulación

–No puede imaginarse, Dmitri Fiódorovich, cómo nos alienta con su buena voluntad... –comenzó a decir Nikolái Parfiónovich, animado y con manifiesta satisfacción que se traslucía en sus grandes ojos de color gris claro a flor de piel, extraordinariamente miopes; se había quitado las gafas hacía un momento–. Y es muy justo lo que acaba usted de indicar acerca de nuestra confianza recíproca, sin la cual, en casos de importancia como el presente, a veces resulta hasta imposible que el inculpado se justifique en el supuesto de que realmente desee, espere y quiera hacerlo. Por nuestra parte, haremos cuanto de nosotros dependa y usted ha podido ver incluso ahora mismo de qué modo llevamos la causa... ¿Lo aprueba usted, Ippolit Kirílovich? –añadió dirigiéndose al fiscal.

–Oh, sin duda alguna –asintió éste, si bien con cierta sequedad en comparación con el afectuoso impulso de Nikolái Parfiónovich.

Indicaré de una vez para siempre que Nikolái Parfiónovich, recién llegado a nuestra ciudad, donde daba comienzo su carrera, experimentó desde el primer momento por nuestro Ippolit Kirílovich, el fiscal, un profundo respeto y casi se hizo amigo suyo de corazón. Debía ser el único que creía sin reservas en las altas dotes de psicólogo y orador de nuestro «agraviado en su carrera» Ippolit Kirílovich, y creía a pies juntillas que le tenían relegado. De nuestro fiscal había oído hablar ya en Petersburgo. Por otra parte, el jovencito Nikolái Parfiónovich resultó ser, también, el único individuo del

mundo entero por quien sentía verdadero afecto nuestro «agraviado» fiscal. Camino de Mókroie, habían tenido tiempo de cambiar impresiones y ponerse de acuerdo respecto a la causa que iban a iniciar, y ahora, en torno a la mesa, el espíritu sutil de Nikolái Parfiónovich cazaba al vuelo y comprendía toda indicación, todo movimiento que se esbozara en el rostro de su colega de más edad: le bastaba media palabra, una mirada, un leve guiño.

–Señores, déjenme que yo mismo hable y no me interrumpan preguntándome pequeñeces; en un momento se lo expondré todo –se acaloraba Mitia.

–Magnífico. Se lo agradezco. Pero antes de que pasemos a escuchar su comunicación, desearía que me permitiera usted precisar tan sólo un pequeño hecho, para nosotros, muy curioso; me refiero a los diez rublos que ayer, a eso de las cinco de la tarde, tomó prestados a su amigo Piotr Ilich Perjotin dejando como prenda dos pistolas.

–Las empeñé, señores, las empeñé por diez rublos, ¿qué más? Eso es todo; tan pronto regresé a la ciudad, al volver de mi viaje, las empeñé.

–¿Volvía usted de viaje? ¿Había salido usted de la ciudad?

–Estuve de viaje, señores, a cuarenta verstas de la ciudad, ¿no lo sabían?

El fiscal y Nikolái Parfiónovich cambiaron una mirada.

–¿Y si comenzara usted su relato con la descripción sistemática de cuanto hizo durante el día de ayer, desde la mañana? Permítame, por ejemplo, preguntarle por qué se fue de la ciudad, a qué hora se puso en camino y cuándo regresó... y demás hechos...

–Podían habérmelo preguntado en seguida –repuso Mitia, riéndose sonoramente–, y creo que es necesario empezar, si quieren, no desde ayer, sino desde anteayer por la mañana; así comprenderán ustedes a dónde he ido, el porqué de mis pasos y viajes. Anteayer por la mañana, señores, fui a ver al acaudalado mercader Samsónov, de nuestra ciudad,

para pedirle prestados tres mil rublos contra sólidas garantías. De pronto necesité esta cantidad urgentemente, señores, urgentemente...

–Permítame que le interrumpa –le cortó con mucha amabilidad el fiscal–. ¿Por qué tan de repente necesitó dinero y por qué esta suma, es decir, tres mil rublos?

–Ah, señores, no es necesario venir con pequeñeces: cómo, cuándo y por qué, y por qué precisamente esta cantidad y no otra, y toda esa paja... Así, ni tres tomos bastarían, ¡aún haría falta un epílogo!

Todo esto lo dijo Mitia con la familiaridad bondadosa, aunque impaciente, del hombre que desea contar toda la verdad y está animado de las mejores intenciones.

–Señores –de pronto se refrenó–, no tomen a mal mi brusquedad, se lo ruego otra vez: créanme que siento el mayor respeto por ustedes y me doy cuenta de la verdadera situación. No crean que estoy borracho. Se me ha aclarado la cabeza. Además, aunque estuviera bebido, no importaría. A mí me ocurre eso de:

Se me pasó la curda, recobré el juicio y me volví tonto.
Me emborraché, se me nubló la mente y me volví listo.

»¡Ja-ja! De todos modos, me doy cuenta, señores, de que por ahora todavía no me está bien gastar bromas ante ustedes, por lo menos mientras no se haya aclarado todo. Permítanme que observe también mi propia dignidad. Comprendo muy bien la actual diferencia: al fin y al cabo, me encuentro ante ustedes en la situación de un delincuente, por tanto en un plano extremo de desigualdad; ustedes, en cambio, tienen la misión de observarme, no van a darme una palmadita al hombro por lo de Grigori; la verdad es que no se debe romper la cabeza a los viejos impunemente; claro está que por él me van ustedes a poner en la sombra por medio año o quizá por un año, en una cárcel; no sé la condena que me van a im-

poner, aunque será sin degradación civil, sin degradación civil, ¿verdad, fiscal? Pues bien, señores, yo comprendo esa diferencia... Pero reconozcan, también, que ustedes pueden desconcertar al mismísimo Dios con tales preguntas: ¿dónde has pisado, cómo has pisado, cuánto has pisado y en qué has pisado? De seguir así, me armaré un lío y ustedes se apresurarán a anotarlo en su escrito, ¿y qué resultará? ¡Nada! En fin, si he empezado ahora a decir inconveniencias terminaré así, y ustedes, señores, como personas nobilísimas y de exquisita formación, me perdonarán. Terminaré precisamente con un ruego: olvídense, señores, de la rutina oficial de los interrogatorios, eso de empezar haciendo preguntas triviales, insignificantes, por ejemplo: cómo te has levantado, qué has comido, cómo has escupido; y«después de adormecer la atención del criminal», se le suelta una pregunta como un mazazo: «¿A quién has asesinado, a quién has desvalijado?». ¡Ja-ja! Ésta es su clásica rutina, su norma, ¡en esto se funda toda su astucia! Pero con tretas de esta clase adormecerán ustedes a los mujiks, no a mí. Yo estoy al cabo de la calle, yo mismo he servido en el ejército, ¡ja-ja-ja! No se enojen, señores, ¿me perdonan la insolencia? –gritó, mirándoles con una expresión de bondad casi sorprendente–. Como es Mitia Karamázov quien lo ha dicho, se le puede perdonar; no se podría perdonar a un hombre inteligente, ¡pero a Mitia sí! ¡Ja-ja!

Nikolái Parfiónovich escuchaba y también se reía. El fiscal, aunque no se reía, contemplaba con gran atención al acusado, no apartaba de él la mirada, como si no deseara pasar por alto ni la más pequeña palabrita, ni el más leve movimiento de Mitia, ni la más mínima contracción del rasgo más nimio de su rostro.

–Sin embargo –repuso sin dejar de reír Nikolái Parfiónovich–, no es así como hemos empezado nosotros, no hemos procurado desconcertarle con preguntas de ese tipo: cómo se ha levantado por la mañana y qué ha comido, sino que hemos comenzado hasta quizá demasiado aprisa con lo esencial.

–Comprendo, lo he comprendido y estimado; y aún estimo más la bondad con que ahora me tratan, una bondad sin par, digna de almas nobilísimas. Los tres que aquí hemos coincidido somos nobles, y lo mejor es que todo entre nosotros se base en la confianza recíproca de personas cultas y de buena sociedad, unidas por los lazos de la nobleza y del honor. En todo caso, permítanme ustedes considerarles como mis mejores amigos en este momento de mi vida, ¡en este momento de humillación para mi honor! ¿Verdad que esto no es ofensivo para ustedes, señores? ¿Verdad que no es ofensivo?

–Al contrario, se ha expresado usted magníficamente, Dmitri Fiódorovich –asintió, aprobatorio y con mucha gravedad, Nikolái Parfiónovich.

–Y vayan al diablo las pequeñeces, señores, todas esas pequeñeces con segundas –exclamó Mitia en un rapto de entusiasmo–; si no, no hay quien sepa cómo va a terminar el asunto, ¿verdad?

–Seguiré por completo sus razonables consejos –terció de pronto el fiscal, dirigiéndose a Mitia–; pero, con todo, no retiro mi pregunta. Para nosotros es esencialmente necesario saber para qué necesitaba usted esa cantidad, o sea, tres mil rublos.

–¿Para qué la necesitaba? Bueno, pues para esto, para lo otro... en fin, para pagar una deuda.

–¿A quién, concretamente?

–¡Esto me niego de manera rotunda a decírselo, señores! Verán, no me niego porque no pueda decirlo, porque no me atreva o tenga miedo, ya que estos motivos no cuentan para nada, son verdaderas niñerías, sino por una cuestión de principio: se trata de mi vida privada y no permito que nadie se meta en ella. Éste es mi principio. Su pregunta no concierne al asunto, y todo lo que no tiene relación con el asunto afecta a mi vida privada. Quería pagar una deuda, una deuda de honor, pero no diré a quién.

–Permítanos que anotemos esta declaración –dijo el fiscal.

–Por favor. Escríbanlo así: que no lo diré de ningún modo. Escriban, señores, que considero hasta deshonroso decirlo. ¡Se ve que tienen ustedes mucho tiempo para escribir!

–Permítame recordarle, señor mío, y advertirle, caso de que no lo supiera –dijo el fiscal en un tono muy severo de advertencia–, que tiene usted perfecto derecho a no responder a las preguntas que ahora le hagamos, y que nosotros, al contrario, no tenemos ningún derecho a insistir en que nos responda si decide usted no responder por el motivo que sea. Ésta es una cuestión que depende de su criterio personal. Pero es deber nuestro, en un caso como el presente, ponerle de manifiesto y explicarle el serio perjuicio que se causa usted a sí mismo negándose a proporcionar tal o cual declaración. Ahora le ruego que continúe.

–Señores, no me enfado... yo... –balbuceó Mitia, algo turbado por aquella advertencia–; verán, señores, ese Samsónov a quien entonces fui a visitar...

Como es natural, no vamos a reproducir en detalle la relación que hizo Mitia de lo que el lector ya conoce. El narrador, impaciente, quería contarlo todo hasta el más pequeño detalle y, al mismo tiempo, deseaba acabar cuanto antes. Pero como quiera que se anotaban por escrito sus declaraciones, se veían obligados a interrumpirle. Dmitri Fiódorovich lo censuraba, pero se subordinaba; se enojaba, aunque, por de pronto, sin perder su buena disposición de ánimo. Cierto es que, a veces, exclamaba levantando un poco el tono: «Señores, esto exasperaría al mismísimo Dios», o bien: «Señores, ¿saben que me irritan ustedes sin motivo?». De todos modos, aun profiriendo estas exclamaciones, no se modificaba, por el momento, su estado de ánimo amistoso y expansivo. Así, contó cómo dos días antes Samsónov le había «tomado el pelo» (Mitia adivinaba ya por completo que el viejo se había burlado de él). La venta del reloj por seis rublos para hacerse con el dinero del viaje despertó en seguida

una extraordinaria atención en el juez y en el fiscal, quienes aún ignoraban el hecho; con gran indignación de Mitia, consideraron necesario anotar con todo detalle ese punto de la declaración, pues se confirmaba por segunda vez la circunstancia de que un día antes Mitia se encontraba casi sin un céntimo. Poco a poco, Mitia empezó a ponerse sombrío. Luego, después de describir su viaje en busca de Liagavi, la noche pasada en la isba llena de tufo y demás, continuó su relato hasta el regreso a la ciudad, y ya sin que mediara ninguna pregunta especial, se puso a contar con todo detalle la tortura de sus celos por Grúshenka. Le escuchaban en silencio y con atención, se fijaron sobre todo en la circunstancia de que hubiera establecido, hacía ya tiempo, un punto de observación detrás de la casa de Fiódor Pávlovich, en el huerto de Maria Kondrátievna, para vigilar a Grúshenka, y también en el hecho de que Smerdiakov le facilitara noticias; esto les llamó mucho la atención y lo escribieron. De sus celos habló Mitia con calor y ampliamente; aunque en su fuero interno se sonrojaba de exponer sus sentimientos íntimos, por así decirlo, «a la vergüenza pública», procuraba, por lo visto, vencer la vergüenza para ser veraz. Mas la impasible severidad con que, durante el relato, tuvieron fijas en él las miradas el juez de instrucción y, sobre todo, el fiscal acabó por conturbarle en gran manera: «Este pequeñajo de Nikolái Parfiónovich, con quien hace pocos días aún estuve diciendo tonterías sobre mujeres, y ese fiscal enfermizo no son dignos de que les cuente lo que les estoy contando –pensó con tristeza–. ¡Qué vergüenza!». «Paciencia, resígnate y calla», concluyó su reflexión con este verso y otra vez hizo violencia sobre sí mismo para proseguir su relato. Al referir su visita a casa de la señora Jojlakova, hasta recobró un poco la alegría, incluso quiso contar una anecdotita bastante reciente acerca de esa dama, aunque nada tenía que ver con el asunto del momento, pero el juez le interrumpió y le propuso amablemente que pasara «a algo más esencial». Por fin, después de

describir su desesperación y de relatar el momento en que, al salir de la casa de la señora Jojlakova, llegó a pensar incluso en «degollar cuanto antes a alguien, para obtener los tres mil rublos», volvieron a interrumpirle y anotaron que «quería degollar a alguien». Mitia dejaba que escribiesen, no decía nada. Llegó al punto en que se enteró de súbito de que Grúshenka le había engañado y había salido de la casa de Samsónov poco después de que él la hubiese acompañado allí, a pesar de que la propia Grúshenka acababa de decirle que haría compañía al viejo hasta la medianoche: «Si entonces, señores, no maté a Fenia, fue sólo porque no tenía tiempo», se le escapó decir en ese punto de su relato. También anotaron esto cuidadosamente. Mitia, con cara sombría, esperó a que terminaran y se puso a referir cómo había ido corriendo a casa de su padre, al huerto; de pronto, el juez de instrucción le interrumpió, y abriendo su gran cartera, que tenía al lado, sobre el diván, sacó de ella la mano de almirez de cobre.

–¿Conoce usted este objeto? –preguntó a Mitia, mostrándoselo.

–¡Ah, sí! –se sonrió Mitia, sombrío–. ¡Cómo no lo voy a conocer! Déjemelo mirar... ¡Al diablo, no hace falta!

–Se ha olvidado usted de hablar de él –observó el juez.

–¡Ah, diablo! No se lo habría ocultado, con toda probabilidad no habría podido pasarlo por alto, ¿verdad? Sólo que se me había ido de la memoria.

–Tenga usted la bondad de contar con todo detalle cómo se armó usted con él.

–Permítanme, tendré la bondad, señores.

Mitia contó cómo había cogido la mano de almirez y había echado a correr.

–¿Pero qué fin tenía usted en perspectiva al armarse con este instrumento?

–¿Qué fin? ¡Ninguno! Lo tomé y salí corriendo.

–Pero ¿por qué lo tomó, si no fue con algún objetivo?

Mitia apenas lograba dominar su despecho. Miró fijamente al «pequeñajo» y se sonrió con una sonrisa sombría y maligna. El caso era que cada vez se sentía más y más avergonzado por haber sido tan sincero y efusivo refiriendo la historia de sus celos a «tales gentes».

–¡Al diablo la mano de almirez! –soltó de pronto.

–No obstante...

–Bueno, la cogí para defenderme de los perros. Bueno, la oscuridad... Bueno, la cogí por lo que pudiera suceder.

–Antes, cuando salía usted de noche, ¿también se procuraba algún arma por miedo a la oscuridad?

–¡Eh, diablo, fu! Señores, ¡es imposible hablar con ustedes! –gritó Mitia en el último grado de irritación y rojo de ira, con una nota de furor en la voz; volviéndose rápidamente hacia el secretario, dijo–: Escribe inmediatamente... inmediatamente... «que tomé la mano de almirez con el propósito de ir corriendo a matar a mi padre... a Fiódor Pávlovich... ¡de un golpe en la cabeza!». Bien, ¿están ustedes contentos ahora, señores? ¿Se les ha quitado un peso del alma? –articuló, dirigiendo una mirada provocadora al juez y al fiscal.

–Comprendemos demasiado bien que acaba usted de hacer esta declaración porque está irritado contra nosotros y porque se siente despechado por las preguntas que le formulamos, preguntas que usted considera nimias y que, en realidad, son muy esenciales –le replicó secamente el fiscal.

–¡Por favor, señores! Bien, tomé la mano de almirez... ¿Para qué se toma algo en la mano, en tales casos? Yo no sé para qué. La agarré y me fui corriendo. Nada más. Es vergonzoso, señores; *passons*, si no, ¡les juro que no contaré nada más!

Puso un codo sobre la mesa, con la cabeza apoyada en la mano. Estaba sentado de flanco respecto a ellos y miraba a la pared esforzándose para dominar en su interior un mal sentimiento. La verdad es que sentía unos deseos terribles de le-

vantarse y declarar que no iba a decir ni una sola palabra más, «aunque me lleven al patíbulo».

–Verán, señores –manifestó de pronto, dominándose con dificultad–, verán. Les escucho y se me figura que estoy soñando... como sueño a veces... un sueño que veo con frecuencia, que se repite... alguien me persigue en la oscuridad, de noche, alguien a quien tengo un miedo cerval, y que me busca; yo me escondo de él donde sea, detrás de la puerta o del armario, me escondo de manera humillante; lo más grave es que él sabe muy bien dónde me he escondido, pero hace como si no lo supiera para prolongar mi suplicio, para regocijarse más tiempo con mi terror... ¡Pues esto es lo que están haciendo ustedes ahora! ¡Es muy semejante!

–¿Sueña usted cosas así? –preguntó el fiscal.

–Sí, sueño cosas de esta clase... ¿No quieren ustedes tomar nota por escrito? –Mitia se sonrió con una sonrisa forzada.

–No, no lo escribiremos, pero, de todos modos, sueña usted unas cosas muy curiosas.

–¡Ahora no se trata de un sueño! ¡Es realismo puro, señores, el realismo de la verdadera vida! Yo soy un lobo, ustedes son cazadores y acosan al lobo.

–Esta comparación que acaba de hacer es vana... –empezó a decir con extraordinaria dulzura Nikolái Parfiónovich.

–¡No es vana, señores, no es vana! –se encrespó otra vez Mitia, si bien era evidente que se sentía algo aliviado por la explosión de cólera repentina y ya empezaba a recobrar su bondad a medida que hablaba–. Ustedes pueden no creer a un delincuente o a un inculpado al que torturen con sus preguntas, pero a un hombre nobilísimo, señores, a los impulsos más nobles del alma (¡lo grito con toda valentía!), ¡sí!, a este hombre ustedes han de creerlo... no tienen derecho, siquiera, a no creerle... pero

calla, corazón,
¡Ten paciencia, resígnate y calla!

»Bueno, ¿he de continuar? –preguntó taciturno.

–Claro, tenga usted la bondad –le respondió Nikolái Parfiónovich.

5. Tercera tribulación

Mitia empezó a hablar con más rudeza, pero era evidente que aún ponía mayor empeño en no olvidar y no pasar por alto ningún detalle de lo que relataba. Contó cómo había saltado la valla del huerto de su padre, de qué manera se había acercado a la ventana y todo lo que ocurrió, en fin, hallándose él al pie de la misma. Explicó con toda claridad y precisión, como si subrayara las palabras, los sentimientos que le conmovían en aquellos instantes, cuando sentía unos deseos terribles de saber si estaba o no en casa de su padre Grúshenka. Pero cosa rara: tanto el fiscal como el juez de instrucción le escuchaban esta vez con extrema reserva, seca la mirada, haciendo muchas menos preguntas. «Se habrán enojado y se sentirán ofendidos –pensó Mitia–; bueno, ¡al diablo!» En cambio, cuando refirió cómo, al fin, se había decidido a hacer a su padre la señal de que había llegado Grúshenka para que abriese la ventana, ni el fiscal ni el juez prestaron la menor atención a la palabra «señal», como si no comprendieran en absoluto la importancia que tenía en este caso, y hasta Mitia se fijó en tal circunstancia. Al llegar por fin al instante en que, viendo a su padre asomarse por la ventana, había sentido que el odio le quemaba las entrañas y había sacado la mano de almirez del bolsillo, se detuvo súbitamente, como adrede. Estaba sentado, mirando a la pared, y sabía que los otros tenían la mirada clavada en él.

–Bien –dijo el juez de instrucción–; agarró usted el arma y... ¿y qué ocurrió luego?

–¿Luego? Luego le maté... le asesté un golpe en la coronilla y le abrí el cráneo... ¡Esto es lo que ha ocurrido según us-

tedes, esto! –los ojos le relampaguearon. Toda su cólera, apagada, se le encrespó de súbito en el alma con una fuerza extraordinaria.

–Esto, según nosotros –replicó Nikolái Parfiónovich–; bien, ¿y según usted?

Mitia bajó los ojos y guardó silencio largo rato.

–Lo que digo yo, señores, lo que digo yo es que sucedió lo siguiente –contestó en voz queda–: no sé si fueron las lágrimas de alguien, no sé si fue mi madre la que rogó a Dios; no sé si un espíritu celeste me besó la frente en aquel instante, no lo sé, pero el diablo fue vencido. Me aparté precipitadamente de la ventana y me dirigí corriendo hacia la valla... Mi padre se asustó al verme, profirió un grito y retrocedió vivamente de la ventana, lo recuerdo muy bien. Yo atravesaba el huerto en dirección a la valla... fue entonces cuando me alcanzó Grigori, cuando yo ya me había subido a ella...

Mitia alzó por fin los ojos hacia sus oyentes, quienes, al parecer, le estaban mirando con una atención totalmente inmutable. Un estremecimiento de indignación le conmovió el alma.

–Ustedes, señores, en este momento se están riendo de mí –cortó de pronto.

–¿Por qué lo supone usted? –preguntó Nikolái Parfiónovich.

–¡Porque no creen una sola palabra de lo que digo! Comprendo muy bien que he llegado al punto capital: el viejo yace ahora con la cabeza hendida y yo, después de haber descrito con tonos trágicos cómo quería matarle y cómo había empuñado ya la mano de almirez, declaro que de pronto huí de la ventana... ¡Es todo un poema! ¡En verso! ¿Puede creerse en la palabra de un guapo como yo? ¡Ja-ja! ¡Qué guasones son ustedes, señores!

Se revolvió con toda su mole en la silla, que crujió.

–¿No observó usted –interrogó de pronto el fiscal, como si no se fijara siquiera en la agitación de Mitia–, no observó,

al apartarse corriendo de la ventana, si la puerta que da al patio, en el otro extremo del pabellón, estaba abierta o cerrada?

–Sí, estaba cerrada.

–¿Cerrada?

–Sí, claro; además, ¿quién habría podido abrirla? Bah, la puerta... ¡un momento! –Pareció que acababa de darse cuenta de algo y casi se estremeció–. ¿Acaso han encontrado ustedes la puerta abierta?

–Abierta.

–¿Y quién puede haberla abierto, si no han sido ustedes mismos?

Mitia, de pronto, quedó terriblemente perplejo.

–La puerta estaba abierta, el asesino de su padre entró sin duda alguna por ella y, cometido el asesinato, salió por la misma puerta –respondió el fiscal de manera clara, como subrayando las sílabas–. Esto, para nosotros, está completamente claro. El asesinato se efectuó, por lo visto, en la habitación y no a través de la ventana, cosa que se desprende con toda claridad de la posición del cuerpo y de todos los indicios observados en la investigación hecha en el lugar. Sobre esta circunstancia no cabe ni la más mínima duda.

Mitia estaba terriblemente sorprendido.

–¡Esto es imposible, señores! –gritó, desconcertado por completo–. Yo... yo no entré... afirmo categóricamente, con toda certeza, que la puerta estuvo cerrada mientras me hallé cerca de la ventana y cuando huí corriendo. Sólo llegué al pie de la ventana y sólo le vi en la ventana, sólo... Recuerdo hasta el último instante. Y aunque no lo recordara, daría lo mismo, pues las señales las conocíamos Smerdiakov y yo, aparte de él, del difunto; y él, sin las señales, no habría abierto a nadie, ¡a nadie!

–¿Señales? ¿De qué señales se trata? –preguntó el fiscal con curiosidad ávida, casi histérica, perdiendo en un santiamén su actitud reservada y grave.

Lo preguntó como si se deslizara tímidamente. Había presentido la existencia de un hecho importante, desconocido para él, y sintió un miedo enorme de que Mitia no quisiera descubrírselo por completo.

–¡Y usted no lo sabía! –Mitia le hizo un guiño, sonriéndose burlona y malignamente–. ¿Y si no se lo digo? ¿Por quién enterarse, entonces? Tenga en cuenta que los únicos en conocer esas señales éramos el difunto, Smerdiakov y yo, nadie más, a no ser el Cielo, mas el Cielo no se lo dirá, es evidente. Pero el detallito es curioso, el diablo sabe lo que de él se puede sacar, ¡ja-ja! Tranquilícense, señores, se lo descubriré, lo que están ustedes pensando son tonterías. ¡No saben ustedes con quién tratan! ¡Tratan ustedes con un acusado que declara contra sí mismo, en perjuicio suyo! Sí, porque yo soy un caballero con honor, ¡pero ustedes no lo son!

El fiscal tragó todas las píldoras, no hacía sino temblar de impaciencia para conocer el nuevo hecho. Mitia explicó con exactitud y profusión de detalles todo cuanto se refería a las señales que Fiódor Pávlovich había ideado para Smerdiakov; les contó lo que significaba cada golpe en la ventana, hasta hizo una demostración reproduciendo las señales con golpes sobre la mesa; y a la pregunta que le hizo Nikolái Parfiónovich de si él, Mitia, al llamar al viejo por la ventana había hecho precisamente la señal que significaba: «Ha venido Grúshenka», respondió sin ambages que era ésta, en efecto, la señal que había hecho.

–Ya están informados. ¡Ahora construyan su edificio! –terminó Mitia, dándoles otra vez la espalda con desprecio.

–¿Y de esas señales únicamente tenían noticia su difunto padre, usted y el criado Smerdiakov? ¿Nadie más? –insistió aún Nikolái Parfiónovich.

–Sí, el criado Smerdiakov y, además, el Cielo. Anoten lo del Cielo; no sobrará escribirlo. Ustedes mismos van a necesitar de Dios.

Empezaron a escribirlo, como es lógico, pero cuando ya lo estaban haciendo, el fiscal, como si de pronto hubiera tenido una nueva idea, añadió:

–Así resulta que si Smerdiakov estaba también al corriente de esas señales y usted rechaza de plano toda acusación respecto a la muerte de su padre, ¿no será él, Smerdiakov, quien, después de llamar dando los golpes convenidos, hizo que Fiódor Pávlovich abriera la puerta y luego... cometió el crimen?

Mitia le dirigió una mirada profundamente irónica, pero al mismo tiempo con una terrible carga de odio. Se lo quedó contemplando en silencio largo rato, de modo que el fiscal empezó a parpadear.

–¡Otra vez ha cazado una raposa! –articuló al fin Mitia–. ¡Le ha aplastado la cola a la miserable, je-je! ¡Le veo a usted de parte a parte, fiscal! Usted se figuraba que yo iba a saltar al momento, que me agarraría a lo que acaba de insinuarme y me pondría a decir a grito pelado: «Ay, ha sido Smerdiakov, ¡éste es el asesino!». Reconozca que usted pensaba esto, reconózcalo, entonces continuaré.

Mas el fiscal no lo confesó. Callaba y esperaba.

–Se ha equivocado, ¡no me pondré a gritar acusando a Smerdiakov! –dijo Mitia.

–¿Ni siquiera sospecha de él en absoluto?

–¿Y ustedes?

–También hemos sospechado de él.

Mitia clavó los ojos en el suelo.

–Bromas aparte –articuló sombrío–, escúchenme: desde el primer momento, casi ya cuando me acerqué a ustedes desde detrás de la cortina, pensé por un instante: «¡Ha sido Smerdiakov!». Aquí, sentado a la mesa, gritaba que soy inocente de esta sangre y me decía: «¡Ha sido Smerdiakov!». Esta sospecha no se me iba del alma. Finalmente, ahora he pensado lo mismo: «¡Ha sido Smerdiakov!», mas sólo por un segundo; al instante he pensado: «¡No, no ha sido Smerdiakov!». ¡Esto no es cosa suya, señores!

–En este caso, ¿no sospecha usted aún de alguna otra persona? –preguntó con cautela Nikolái Parfiónovich.

–No sé quién ni qué otra persona puede haber sido, no sé si se debe a la mano de los Cielos o de Satanás, pero... ¡no ha sido Smerdiakov! –concluyó decididamente Mitia.

–Mas, ¿por qué asegura usted con tanta firmeza y tanta insistencia que no ha sido él?

–Por convicción. Por impresiones recibidas. Porque Smerdiakov es de lo más bajo y cobarde que existe. Ni siquiera es un cobarde, es la conjunción de todas las cobardías del mundo montadas sobre dos piernas. Ha nacido de una gallina. Cada vez que hablaba conmigo, temblaba de miedo a que le matara, aunque yo no levantase la mano. Caía a mis pies y lloraba, me besaba literalmente estas mismas botas altas que ahora llevo, suplicándome que «no le asustara». ¿Lo oyen? Que «no le asustara», ¿qué palabras son éstas? Yo incluso le hacía regalos. Es una gallina enfermiza que sufre de caduca[1], débil de inteligencia; un chaval de ocho años le pegaría. ¿Acaso es un hombre? No ha sido Smerdiakov, que ni siquiera tiene sed de dinero; no aceptaba ni el que le daba yo... Además, ¿qué motivos podrían haberle inducido a matar al viejo? Es posible que sea su propio hijo, su hijo natural, ¿lo saben ustedes?

–Hemos oído hablar de esta leyenda. Pero también usted es hijo de su padre y, no obstante, usted mismo ha dicho a todo el mundo que quería matarle.

–¡Otra piedra en mi huerto! ¡Y una piedra baja, vil! ¡No tengo miedo! ¡Oh, señores, quizás es demasiada vileza de su parte decirme esto en mi propia cara! Y es vil, porque he

1. Sólo en raras ocasiones emplea Dostoyevski el término de «epilepsia» para referirse a la enfermedad de Smerdiakov; a lo largo del libro utiliza la denominación vulgar *padúchaia,* derivada del verbo *padat* ('caer'), que en castellano tiene su equivalencia exacta en el nombre 'caduca' (o 'mal caduco'), hoy poco empleado, por lo que, en general, hemos preferido traducir *padúchaia* por «epilepsia».

sido yo mismo quien les ha hablado de esa cuestión. No solamente quería matarle, sino que podía haberlo hecho, y voluntariamente me he acusado de haber estado a punto de hacerlo. Pero el caso es que no le he matado yo, el caso es que me salvó mi ángel de la guarda, pero esto no lo toman ustedes en consideración... ¡Y por este motivo es vil lo que hacen, es vil! ¡Porque yo no le he matado, no le he matado, no le he matado! ¿Me oye, fiscal? ¡No le he matado!

Casi se ahogaba. En todo el transcurso del interrogatorio no había llegado aún ni una sola vez a semejante estado de agitación.

–¿Y qué les ha dicho a ustedes, señores, nuestro Smerdiakov? –preguntó de súbito, después de un silencio–. ¿Puedo yo preguntárselo?

–Usted puede preguntarnos lo que quiera –le respondió el fiscal con aire frío y severo–, lo que quiera mientras esté relacionado con la parte material del asunto, con los hechos; y nosotros, le repito, estamos incluso obligados a responder satisfactoriamente a sus preguntas. Hemos encontrado al criado Smerdiakov, por el que usted pregunta, tumbado en su cama y sin sentido, con un ataque terrible de epilepsia, que se le repetía ya quizá por diez veces consecutivas. El médico que nos acompañaba ha declarado que el enfermo quizá no llegue vivo a mañana.

–¡En este caso, ha sido el demonio quien ha matado a mi padre! –dijo Mitia sin poderlo evitar, como si hasta aquel mismísimo instante no hubiese cesado de preguntarse: «¿Ha sido o no ha sido Smerdiakov?».

–Volveremos sobre esta cuestión –resolvió Nikolái Parfiónovich–, mas ahora quizá desee usted proseguir su relato.

Mitia pidió que le dejasen descansar un poco. Se lo permitieron con mucha amabilidad. Después siguió el relato. Pero era evidente que le resultaba penoso. Estaba extenuado, ofendido y moralmente deshecho. Añádase a esto que el fiscal, ahora ya como si lo hiciera adrede, le irritaba a cada ins-

tante agarrándose a «pequeñeces». No bien Mitia hubo descrito cómo, a horcajadas sobre la valla, había asestado un golpe con la mano de almirez en la cabeza de Grigori, que se le había agarrado a la pierna izquierda, y cómo había saltado en seguida al huerto y se había acercado a su víctima, el fiscal le interrumpió y le pidió que describiera con más detalles de qué modo estaba sentado sobre la valla. Mitia se sorprendió.

–Pues estaba sentado así, a caballo, con una pierna a cada lado...

–¿Y la mano del almirez?

–Agarrada en el puño.

–¿No la tenía en el bolsillo? ¿Lo recuerda usted con tanto detalle? Así, pues, ¿alzó usted mucho el brazo para dar el golpe?

–Probablemente mucho, ¿por qué lo pregunta?

–¿No podría usted sentarse en la silla exactamente como entonces en la valla y mostrarnos de manera práctica, para aclarárnoslo, cómo alzó el brazo, hasta qué altura y en qué dirección asestó el golpe?

–¿No se está usted burlando de mí? –preguntó Mitia después de dirigir una altanera mirada al interrogador, pero éste ni siquiera parpadeó. Mitia se volvió nerviosamente, se sentó a horcajadas en la silla y levantó el brazo–. ¡Así pegué! ¡Así maté! ¿Qué más quieren aún?

–Muchas gracias. ¿Tendría la bondad de explicarnos, ahora, por qué en realidad saltó al huerto, con qué fin y qué tenía realmente en mente?

–Diablo... salté para acercarme al caído... ¡No sé con qué objeto!

–¿Hallándose tan agitado? ¿Y huyendo?

–Sí, hallándome agitado y huyendo.

–¿Quería prestarle auxilio?

–¿Qué auxilio?... Sí, es posible también que quisiera auxiliarle, no me acuerdo.

–¿No se acuerda? Es decir, ¿ni siquiera se daba cuenta perfecta de lo que hacía?

–Oh, no, de ningún modo; me daba perfecta cuenta de lo que hacía, lo recuerdo todo. Todo, hasta el más pequeño detalle. Salté para mirarle y le limpié la sangre con un pañuelo.

–Hemos visto su pañuelo. ¿Tenía la esperanza de devolver la vida a su víctima?

–No sé si tenía esa esperanza. Sencillamente, quería cerciorarme de si vivía o no.

–Ah, ¿quería cerciorarse? Bueno, ¿y qué?

–No soy médico, no pude resolver. Huí pensando que lo había matado, pero ha vuelto en sí.

–Magnífico –terminó el fiscal–. Muchas gracias. Esto es exactamente lo que necesitaba saber. Tenga la bondad de proseguir su declaración.

¡Ay!, a Mitia ni siquiera se le ocurrió contar, pese a recordarlo, que había saltado movido por un sentimiento de piedad y que, inclinado sobre la víctima, había pronunciado incluso varias palabras de compasión: «Le ha tocado al viejo, y ya no hay remedio». El fiscal, por su parte, infirió de lo dicho una sola conclusión, la de que el hombre había saltado «en tal momento y en tal agitación» con el fin exclusivo de convencerse a ciencia cierta de si vivía o no el único testigo de su crimen. Y que, por ende, debía ser extraordinaria la fuerza, la decisión, la sangre fría y la prudencia del hombre que incluso en un momento semejante... etc. El fiscal estaba contento: «Había logrado irritar a ese hombre irascible con "pequeñeces", y el hombre se había ido de la lengua».

Mitia continuaba penosamente su relato. Pero en seguida volvieron a interrumpirle; esta vez fue Nikolái Parfiónovich:

–¿Cómo pudo usted presentarse a la criada Fedosia Márkovna, teniendo las manos tan manchadas de sangre, y también el rostro, según se vio luego?

–¡Entonces yo ni me daba cuenta de que estaba manchado de sangre!

–Lo que dice es verosímil, así suele ocurrir –observó el fiscal, cambiando una mirada con Nikolái Parfiónovich.

–Así fue precisamente, no me di cuenta, tiene usted toda la razón, fiscal –asintió también Mitia de pronto.

Pero luego seguía la historia de la súbita resolución que había tomado Mitia de «retirarse» y «dejar el camino libre a los felices enamorados». Y ya no le fue posible volver a descubrir el corazón, como había hecho hacía poco, y hablar de la «reina del alma suya». Sentía repugnancia ante aquellas personas frías, «que se le clavaban como chinches». De ahí que en contestación a reiteradas preguntas, declarase breve y secamente:

–Bueno, decidí matarme. Para qué seguir viviendo, esta solución se imponía por sí misma. Se había presentado su primer amor, el indiscutible, el hombre que la había ofendido, pero que, transcurridos cinco años, volvía cariñoso para reparar la ofensa con el matrimonio. Comprendí que para mí todo había terminado... A mi espalda, el deshonor y, además, aquella sangre, la sangre de Grigori... ¿Para qué vivir? Fui a retirar las pistolas empeñadas para cargarlas y alojarme una bala en la cabeza al amanecer...

–Y durante la noche, la gran juerga, ¿no?

–Durante la noche, una gran juerga. ¡Eh, señores! ¡Terminen ya de una vez, demonio! Yo estaba absolutamente decidido a pegarme un tiro no lejos de aquí, en las afueras del pueblo, y lo habría hecho alrededor de las cinco de la mañana; había preparado un papelito que escribí en casa de Perjotin, cuando cargué la pistola, y me lo había puesto en el bolsillo. Aquí tienen el papel, pueden leerlo. ¡Si lo cuento no es por ustedes! –añadió de súbito despectivamente.

Sacó el papel del bolsillo del chaleco y lo arrojó sobre la mesa; los jueces lo leyeron con curiosidad y, como es de rigor, lo incluyeron en el sumario.

–¿No había pensado aún en lavarse las manos, ni siquiera para ir a visitar al señor Perjotin? ¿No tenía miedo, pues, de despertar sospechas?

–¿Qué sospechas podían ser? Lo mismo daba que sospecharan o no, de todos modos habría venido aquí y a las cinco me habría pegado un tiro, nadie habría tenido tiempo de impedirlo. De no haber sido por el caso de mi padre, ustedes no se habrían enterado de nada, ésta es la verdad, y no habrían acudido aquí. ¡Oh, eso es obra del diablo! ¡Ha sido el diablo quien ha matado a mi padre y gracias a él se han enterado ustedes con tanta rapidez! ¿Cómo han podido presentarse tan pronto en este lugar? Es increíble, ¡es fantástico!

–El señor Perjotin nos ha declarado que usted, al entrar en su casa, tenía en la mano... en las manos manchadas de sangre... su dinero... mucho dinero... un fajo de billetes de cien rublos, y que también lo vio el joven que le sirve de criado.

–Así es, señores, recuerdo que es así.

–Ahora surge una preguntita. ¿No podría usted comunicarnos –empezó Nikoláy Parfiónovich con extraordinaria suavidad –de dónde sacó de pronto tanto dinero, dado que, según se desprende de la instrucción, no tuvo usted tiempo ni siquiera de pasar por su casa?

El fiscal frunció levemente el ceño al oír esta pregunta, formulada de manera tan contundente, pero no interrumpió al juez.

–No, no pasé por mi casa –contestó Mitia, por lo visto muy tranquilo, aunque mirando al suelo.

–Permítame pues, en este caso, repetir la pregunta –continuó Nikoláy Parfiónovich, como si avanzara a rastras–. ¿De dónde pudo usted sacar tal suma cuando, según ha confesado usted mismo, a las cinco de la tarde, el mismo día...?

–Necesitaba diez rublos y empeñé las pistolas a Perjotin; luego fui a ver a Jojlakova para que me prestara tres mil, que no me dio, etcétera, y así sucesivamente –cortó con brusque-

dad Mitia–. Ya ven, señores, me encontraba necesitado y de repente aparecieron tres mil rublos, ¿eh? ¿Saben, señores? Ahora ustedes tiemblan, los dos, pensando que quizá no les diga de dónde saqué esos rublos. Pues así es: no se lo diré, señores, lo han adivinado, no lo sabrán –manifestó, recalcando las sílabas con gran decisión.

Los jueces guardaron un breve silencio.

–Comprenda, señor Karamázov, que para nosotros es de absoluta necesidad saberlo –repuso Nikolái Parfiónovich, queda y resignadamente.

–Lo comprendo, pero no lo diré.

También intervino el fiscal y recordó otra vez que el interrogado, naturalmente, puede no responder a las preguntas si entiende que así le conviene, etc.; pero teniendo en cuenta el perjuicio que el inculpado puede ocasionarse a sí mismo con su silencio y, sobre todo, teniendo en cuenta la mucha importancia de las cuestiones que...

–¡Y así sucesivamente, señores, así sucesivamente! ¡Basta, ya he oído antes esta letanía! –interrumpió otra vez Mitia–. Comprendo muy bien la importancia de la cuestión y que éste es el punto capital, pero no lo diré.

–A nosotros poco nos importa, no es nuestro interés el que está en juego, sino el suyo; usted se perjudica a sí mismo –manifestó nerviosamente Nikolái Parfiónovich.

–Verán, señores, bromas aparte. –Mitia levantó los ojos y miró con firmeza a los dos interlocutores–. Desde el primer momento he presentido que en este punto chocaríamos. Pero al principio, cuando he empezado mi declaración, todo eso se encontraba impreciso, como envuelto en una neblina lejana, y he sido tan cándido que he empezado proponiendo establecer «una confianza recíproca entre nosotros». Ahora me doy perfecta cuenta de que esta confianza no podía existir, porque pese a todo debíamos llegar a ese muro maldito. Bueno; ¡ya hemos llegado, claro está! ¡No puedo continuar, y basta! De todos modos, no les culpo a

ustedes, ¡no pueden ustedes creerme bajo palabra, lo comprendo!

Se calló, taciturno.

–¿No podría usted, sin alterar en lo más mínimo su decisión de callar lo esencial, no podría usted, al mismo tiempo, darnos aunque sólo fuera la más pequeña indicación acerca de los poderosos motivos que le han inducido a silenciar las verdaderas declaraciones en un momento tan peligroso para usted?

Mitia se sonrió tristemente y como pensativo.

–Soy bastante mejor de lo que ustedes creen, señores; les explicaré el motivo de mi silencio, les facilitaré esa información, aunque no son dignos de que lo haga. Si me callo, señores, es porque en esta cuestión se encuentra un motivo de deshonor para mí. En la respuesta a la pregunta: de dónde he sacado ese dinero, va incluido tal deshonor, para mí, que con él no podrían compararse ni siquiera el asesinato y robo de mi padre, si lo hubiera matado y robado yo. Tal es la razón de que no pueda hablar. La vergüenza me lo impide. Qué, señores, ¿no quieren escribir esto?

–Sí, lo escribiremos –musitó Nikolái Parfiónovich.

–No deberían anotar lo que hace referencia al «deshonor». Si se lo he declarado, ha sido únicamente por bondad, podía no haberlo explicado; como quien dice, es un regalo que les he hecho y ustedes se dan prisa a escribirlo. Bueno, escriban, escriban lo que quieran –concluyó, despectivo y con expresión de asco–; no les temo y... mantengo mi orgullo ante ustedes.

–¿No podría usted decirnos de qué género es ese deshonor? –balbuceó Nikolái Parfiónovich.

El fiscal frunció terriblemente las cejas.

–Tse-tse, *c'est fini,* no se cansen. Además, no vale la pena emporcarse. Bastante me he emporcado ya con ustedes. No valen ustedes, ni ustedes ni nadie... Basta, señores, aquí corto.

Lo había dicho muy categóricamente. Nikolái Parfiónovich dejó de insistir, pero al momento se dio cuenta, por las miradas de Ippolit Kirílovich, de que éste aún no había perdido la esperanza.

–¿No podría, por lo menos, declararnos cuál era la suma que tenía usted en sus manos cuando entró en casa del señor Perjotin, es decir, cuántos rublos tenía usted?

–Tampoco puedo declarar esto.

–Al parecer, habló usted al señor Perjotin de tres mil rublos como si los hubiera recibido de la señora Jojlakova, ¿es así?

–Es posible. Basta, señores; no diré cuánto tenía.

–En este caso, tómese la molestia de describir cómo ha venido a Mókroie y qué ha hecho después de su llegada.

–Oh, sobre esto pregunte usted a todos los de aquí. De todos modos, estoy dispuesto a contárselo yo mismo.

Lo contó, pero no vamos a reproducir lo que dijo. Hizo un relato seco, superficial. No se refirió para nada a las exaltaciones de su amor. Contó, sin embargo, cómo la decisión de suicidarse desapareció en él «en virtud de nuevos hechos». Narraba sin explicar la motivación de los actos, sin extenderse en detalles. Los jueces no le inquietaron mucho esta vez: era evidente que tampoco para ellos se encontraba allí lo esencial.

–Todo esto lo comprobaremos, volveremos a estas cuestiones cuando interroguemos a los testigos, lo cual, desde luego, se hará en presencia de usted –dijo Nikolái Parfiónovich, poniendo fin al interrogatorio–. Ahora permítame rogarle que ponga sobre la mesa todos los objetos que lleve encima y, especialmente, todo el dinero que ahora posea.

–¿El dinero, señores? Como ustedes manden, comprendo que es necesario. Hasta me sorprende que no hayan sentido curiosidad por él antes. La verdad es que no habría ido a ninguna parte, estoy bajo su mirada. Bueno, he aquí mi dinero, cuéntenlo, tómenlo, creo que es todo lo que tengo.

Vació por completo sus bolsillos, puso sobre la mesa hasta la calderilla; sacó de un bolsillo lateral del chaleco dos monedas de diez kópeks. Contaron el dinero; resultó que había ochocientos treinta y seis rublos con cuarenta kópeks.

–¿Eso es todo? –preguntó el juez de instrucción.

–Todo.

–Usted, al hacer su declaración, ha tenido a bien decir que había gastado trescientos rublos en la tienda de los Plótnikov, que había dado diez a Perjotin, veinte al cochero, que había perdido doscientos aquí jugando; luego...

Nikolái Parfiónovich lo contó todo. Mitia le ayudó de buena gana. Hicieron memoria de todo lo gastado, hasta el último kópek, y lo incluyeron en la cuenta. Nikolái Parfiónovich calculó rápidamente el total.

–Con estos ochocientos rublos, al principio tendría usted, por lo visto, unos mil quinientos rublos, ¿no es así?

–Por lo visto –contestó Mitia.

–¿Cómo afirman todos, pues, que había mucho más?

–Que lo afirmen.

–Usted mismo lo ha afirmado.

–Yo mismo lo he afirmado.

–Comprobaremos todo esto con las declaraciones de otros testigos aún no interrogados; por lo que respecta a su dinero, no se preocupe, se guardará donde corresponde y lo tendrá usted a su disposición cuando termine todo... lo que se ha comenzado... si resulta o, por así decirlo, si se demuestra que tiene usted sobre ellos derecho indiscutible. Bien, ahora...

Nikolái Parfiónovich se levantó de repente y con voz firme declaró a Mitia que se veía «en la necesidad y en el deber» de examinar con el mayor detalle y escrupulosidad «tanto su traje como todo...».

–Como ustedes digan, señores; si quieren sacaré los forros de todos mis bolsillos.

Y, realmente, empezó a sacarlos.

–Será necesario incluso quitarse la ropa.

–¿Cómo? ¿Desnudarme? ¡Uf, demonio! ¡Regístreme así! ¿No sería posible?

–De ningún modo, Dmitri Fiódorovich. Es necesario quitarse la ropa.

–Como quieran –se sometió Mitia hoscamente–; pero aquí no, por favor, sino detrás de la cortina. ¿Quién hará el examen?

–Naturalmente, detrás de la cortina –respondió Nikolái Parfiónovich, inclinando la cabeza en señal de asentimiento. Su carita adquirió hasta un aire de suma gravedad.

6. El fiscal desconcierta a Mitia

Empezó algo por completo inesperado y sorprendente para Mitia. ¡Jamás, ni siquiera un minuto antes, habría podido imaginar que alguien pudiera tratarle a él, Mitia Karamázov, de aquel modo! Fue algo humillante, una manifestación «de orgullo y desprecio hacia él», por parte de los otros. Pase si hubiera debido quitarse sólo el chaqué, mas le pidieron que siguiera desvistiéndose. Ni siquiera se lo pidieron, en realidad se lo ordenaron; Mitia lo comprendió muy bien. Por orgullo y desdén se subordinó absolutamente, sin decir palabra. Además de Nikolái Parfiónovich y el fiscal, pasaron al otro lado de la cortina algunos mujiks, «naturalmente, por si había que recurrir a la fuerza –pensó Mitia–, y quizás, además, por algún otro motivo».

–Bueno, pero ¿es posible que también haya de quitarme la camisa? –preguntó con brusquedad.

Pero Nikolái Parfiónovich no le respondió: estaba sumido, junto con el fiscal, en el examen del chaqué, de los pantalones, del chaleco y de la gorra, y era evidente que ambos se sentían muy interesados por el examen: «No se andan con cumplidos –pensó Mitia–, no observan siquiera las reglas más elementales de cortesía».

–Se lo pregunto por segunda vez: ¿he de quitarme la camisa, o no? –repitió en un tono aún más seco e irritado.

–No se inquiete, ya le avisaremos –respondiole Nikolái Parfiónovich en tono autoritario. Por lo menos así se lo pareció a Mitia.

Entretanto, el juez y el fiscal estaban cambiando impresiones en voz baja. En el chaqué, sobre todo en el faldón izquierdo, por atrás, se veían enormes manchas de sangre secas, acartonadas, no muy reblandecidas todavía. También había en los pantalones. Además, Nikolái Parfiónovich, en presencia de los testigos, palpó por sí mismo el cuello, las solapas y todas las costuras del chaqué y de los pantalones, por lo visto buscando alguna cosa, sin duda dinero. Lo más grave era que no ocultaban a Mitia la sospecha de que él hubiera podido ser capaz de esconder dinero cosiéndolo en los dobleces de la ropa. «Ya me tratan como a un ladrón y no como a un oficial», rezongó para sus adentros. Se comunicaban los pensamientos en presencia de Mitia con una claridad pasmosa. Por ejemplo, el secretario, muy servicial y solícito, que se encontraba también detrás de la cortina, llamó la atención de Nikolái Parfiónovich sobre la gorra; también la palparon: «Acuérdense del escribiente Gridenko –indicó el secretario–; este verano le enviaron a percibir los haberes para toda la oficina, y al regresar declaró que se había emborrachado y lo había perdido. ¿Dónde se lo encontraron? Pues en los bordes, como éstos; los billetes de cien estaban enrollados y cosidos en los bordes de la gorra». Tanto el juez de instrucción como el fiscal recordaban muy bien el caso de Gridenko; apartaron, pues, la gorra de Mitia y decidieron que más tarde habría que volverla a examinar muy seriamente, lo mismo que toda la ropa.

–Permítame –gritó de pronto Nikolái Parfiónovich, viendo completamente manchado de sangre el puño derecho de la camisa de Mitia–, permítame. ¿Qué es esto, sangre?

–Sangre –respondió desabrido Mitia.

–Bueno, pero cuál... ¿y por qué ha doblado el puño hacia el interior de la manga?

Mitia contó cómo se había manchado el puño de la camisa al ocuparse de Grigori y que lo había doblado al lavarse las manos en casa de Perjotin.

–También hemos de tomar su camisa, es muy importante... para las pruebas materiales.

Mitia se puso rojo y no pudo contenerse.

–Entonces, qué, ¿he de quedarme desnudo? –gritó.

–No se intranquilice... Ya solucionaremos esta cuestión de una manera u otra; por de pronto haga el favor de quitarse también los calcetines.

–¿No está bromeando? ¿Es realmente tan necesario? –a Mitia le centellearon los ojos de cólera.

–No estamos para bromas –replicó, severo, Nikolái Parfiónovich.

–Qué le vamos a hacer; si es necesario... yo... –balbuceó Mitia, y empezó a quitarse los calcetines después de sentarse en la cama.

Se sentía intolerablemente confuso: todos iban vestidos menos él; cosa rara: desnudo, hasta él mismo se sentía como culpable ante los demás, y, sobre todo, casi estaba de acuerdo en que él, de súbito, se había vuelto inferior a todos los otros, quienes ya tenían pleno derecho a despreciarle. «Si todos estuvieran desnudos, no sería bochornoso; pero cuando es uno solo y los demás miran, ¡qué vergüenza! –pensaba una y otra vez–. Parece un sueño; a veces, en sueños me he visto en situaciones vergonzosas como ésta.» Pero quitarse los calcetines hasta le resultaba una tortura: no los llevaba muy limpios, como tampoco llevaba limpia la ropa interior, y ahora todos se daban cuenta. Además, él mismo veía con desagrado sus pies; siempre le había parecido que tenía deformes los dedos gordos, sobre todo el del pie derecho, tosco, plano, con la uña doblada hacia abajo; ahora lo iban a ver todos. La insoportable vergüenza le

exasperó y le hizo ya intencionadamente grosero. Se arrancó la camisa del cuerpo.

–¿No quieren aún rebuscar en otro sitio, si no les da vergüenza?

–No, por ahora no es necesario.

–Entonces, qué, ¿he de quedarme así, en pelotas? –añadió furioso.

–Sí, por ahora es necesario... Tenga la bondad de sentarse aquí; mientras tanto, puede tomar una manta de la cama y abrigarse; yo... ya arreglaré yo todo esto.

Mostraron todos los objetos a los testigos, levantaron acta de la inspección y, finalmente, salió Nikoláy Parfiónovich; tras él sacaron la ropa. También salió Ippolit Kirílovich. No quedaron con Mitia más que los mujiks, quienes permanecían de pie, en silencio, sin apartar de él la vista. Mitia se envolvió con la manta; sentía frío, pero no lograba taparse los pies, que quedaban al descubierto. Nikoláy Parfiónovich tardaba mucho en volver; «me tortura haciéndome esperar, me toma por un mocoso», pensaba Mitia rechinando de dientes. «Ese cerdo de fiscal también ha salido, por desprecio, sin duda; le ha dado asco mirar a un hombre desnudo.» De todos modos, suponía Mitia que estarían examinando en otra estancia sus vestidos y que se los devolverían. Pero cuál no fue su indignación cuando Nikoláy Parfiónovich reapareció con un mujik que le traía otra ropa.

–Bueno, aquí tiene usted un traje –dijo el juez con familiaridad, por lo visto muy satisfecho del éxito de sus gestiones–. Es el señor Kalgánov quien lo ofrece por este caso tan curioso, así como una camisa limpia. Por suerte, llevaba todo esto en la maleta. Puede usted quedarse con su propia ropa interior y con sus calcetines.

Mitia se encrespó terriblemente.

–¡No quiero ropa de otro! –gritó–. ¡Denme la mía!

–Es imposible.

–Denme mi ropa, ¡al diablo Kalgánov, su traje y él en persona!

Costó mucho persuadirle. Bien que mal, sin embargo, le calmaron. Insistieron en que aquel traje manchado de sangre debía «unirse a la colección de pruebas materiales», de ningún modo podían devolvérselo, «no tenían ni siquiera derecho a hacerlo... pensando en el cariz que puede tomar la causa». Mitia, al fin, lo comprendió bien que mal. Se calló, sombrío, y empezó a vestirse a toda prisa. Indicó tan sólo, al ponerse el traje, que éste era mucho mejor que el otro y que no quería «aprovecharse». Además, le resultaba «humillantemente estrecho. ¿Qué quieren, que me disfrace con él de bufón... para que ustedes se diviertan?».

Otra vez procuraron convencerle de que también en este caso exageraba, de que el señor Kalgánov, aunque algo más alto que él, tenía aproximadamente la misma estatura, sólo los pantalones resultarían un poco largos. Pero la casaca le quedaba realmente estrecha de hombros.

–Mal rayo, hasta abrocharse es difícil –rezongó otra vez Mitia–. Y les ruego que hagan el favor de decir ahora mismo, de mi parte, al señor Kalgánov que no he sido yo quien ha pedido su traje y que me han obligado a disfrazarme de bufón.

–Él lo comprende muy bien y lo deplora... es decir, no deplora lo del traje, sino, en realidad, todo lo que ha ocurrido... –musitó Nikolái Parfiónovich.

–¡Me importa un bledo que lo deplore! Bueno, y ¿ahora adónde hay que ir? ¿O no he de moverme de aquí?

Le pidieron que pasara otra vez a «esa habitación». Mitia salió con el ceño fruncido de rabia, procurando no mirar a nadie. Vestido con un traje ajeno, se sentía por completo difamado, incluso ante aquellos mujiks y Trifón Borísovich, cuyo rostro apareció por un momento a la puerta y se esfumó: «Ha venido a echar un vistazo al bufón», pensó Mitia. Se sentó en la silla que había ocupado antes. Tenía la impresión de estar sumido en una pesadilla, de encontrarse ante algo absurdo, como si hubiera perdido el juicio.

–Bueno, y ahora qué, ¿empezará a aplicarme la pena de azotes? Otra cosa no le queda ya por hacer –dijo, rechinando los dientes y dirigiéndose al fiscal.

Hacia Nikolái Parfiónovich ya ni quería volverse, como si tuviera a menos dirigirle la palabra. «Ha examinado con demasiada atención mis calcetines, y aun ha ordenado, el canalla, que les dieran la vuelta; ¡lo ha hecho adrede, para que todo el mundo viera qué sucia llevaba yo la ropa interior!»

–Ahora habrá que proceder al interrogatorio de los testigos –manifestó Nikolái Parfiónovich a modo de respuesta de Mitia.

–Sí –asintió caviloso el fiscal, como si estuviera también reflexionando algo.

–Nosotros, Dmitri Fiódorovich, hemos hecho lo que hemos podido en interés de usted –prosiguió el juez–; pero después de su negativa rotunda a explicarnos de dónde procede la suma que se encontraba en su poder, en este momento...

–¿De qué es la sortija que lleva? –le interrumpió de pronto Mitia, como si saliera de su ensimismamiento, señalando con el dedo uno de los tres grandes anillos que adornaban la mano derecha de Nikolái Parfiónovich.

–¿El anillo? –volvió a preguntar el juez, sorprendido.

–Sí, éste... el que lleva en el dedo mayor, con una piedra veteada. ¿Qué piedra es? –insistió Mitia irritado, como un niño terco.

–Es un topacio ahumado –Nikolái Parfiónovich se sonrió–, ¿quiere verlo? Me lo quitaré...

–¡No, no, no se lo quite! –gritó furioso Mitia, recobrándose de pronto y rabioso consigo mismo–. No se lo quite, no es necesario... Diablos... Señores, ¡me han envilecido el alma! ¿Cómo pueden ustedes creer que si yo hubiera matado realmente a mi padre procuraría ocultárselo, recurriendo a la astucia y a la mentira, escondiéndome? No, Dmitri Karamázov no es así, no lo soportaría; ¡si yo fuera culpable, se lo juro,

no habría esperado su venida aquí ni la salida del sol, como decidí al principio, sino que me habría suicidado antes, sin esperar el alba! Lo siento ahora en mi interior. ¡Veinte años de vida no me habrían enseñado tanto como esta maldita noche!... ¿Me habría comportado yo como lo he hecho esta noche, como me estoy comportando ahora mismo con ustedes? ¿Hablaría como estoy hablando, me movería como me estoy moviendo, les miraría a ustedes y a todo el mundo como estoy mirando si fuera en realidad un parricida, cuando hasta la muerte casual de Grigori me ha torturado toda la noche? ¡Y no por miedo, oh, no sólo por miedo al castigo! ¡Qué vergüenza! ¿Y quisieran que a unos guasones como ustedes, que no ven ni creen nada, a unos topos y guasones les abriera y contara una nueva infamia mía, una nueva vergüenza, aunque ello me salvara de su acusación? ¡Mejor es ir a presidio! El asesino es el que ha abierto la puerta para entrar en la casa de mi padre, el que la ha franqueado. Ése es el asesino y el ladrón. ¿De quién se trata? Me pierdo en conjeturas y me atormento, pero no es Dmitri Karamázov, sépanlo. Esto es todo lo que puedo decirles, y basta, no insistan... Depórtenme, mándenme al patíbulo, pero no me irriten más. No diré nada más. ¡Llamen a sus testigos!

Mitia pronunció su inesperado monólogo como si hubiera decidido ya de manera definitiva callar en adelante. El fiscal le estuvo observando con mucha atención, y no bien Mitia hubo terminado, dijo con toda frialdad y calma, como si se tratara de la cosa más normal:

–Precisamente, acerca de esa puerta abierta a la que acaba usted de referirse, podemos comunicarle, muy a propósito en este momento, una declaración en extremo curiosa y en alto grado importante para usted y para nosotros, hecha por el viejo Grigori Vasíliev, a quien usted hirió. Al volver en sí, el viejo nos ha comunicado con toda claridad e insistencia, respondiendo a nuestras preguntas, que cuando se hallaba en el porche y oyó cierto ruido en el huerto, decidió entrar

en él por la puertecita que había quedado abierta; al hacerlo, antes incluso de distinguirle a usted corriendo en la oscuridad (huyendo, según nos ha comunicado usted a nosotros, de la ventana abierta en la que había visto a su padre), Grigori dirigió una mirada a la izquierda y vio realmente esa ventana abierta, pero al mismo tiempo vio abierta de par en par la puerta, mucho más cerca del lugar en que él se encontraba, de la que usted afirma que estuvo siempre cerrada durante todo el tiempo en que se encontró usted allí. No le ocultaré que el propio Vasíliev ha llegado a la firme conclusión, y así lo declara, de que usted había salido corriendo por la puerta, aunque, desde luego, no lo vio con sus propios ojos, pues cuando le distinguió por primera vez, a cierta distancia, corría usted ya por el huerto en dirección a la valla...

Estaba el fiscal en la mitad de su discurso cuando Mitia se levantó bruscamente de la silla.

–¡Es absurdo! –clamó frenético–. ¡Es una mentira descarada! No pudo ver la puerta abierta, porque entonces estaba cerrada... ¡Miente!...

–Considero mi deber repetirle que su declaración es firme. Grigori no vacila al hacerla. Se mantiene en ella. Le hemos interrogado varias veces sobre este particular.

–¡He sido yo, precisamente, quien le ha interrogado varias veces! –confirmó con cierto calor Nikolái Parfiónovich.

–¡No es verdad, no es verdad! O es una calumnia contra mí o es la alucinación de un loco –siguió gritando Mitia–. Habrá creído verla así delirando, bañado en sangre, herido, al recobrar el conocimiento... y sigue delirando.

–Sí, pero se dio cuenta de que la puerta estaba abierta no cuando recobró el conocimiento, después de la herida, sino antes, cuando entró en el huerto después de salir del pabellón.

–No es cierto, no es cierto, ¡no puede ser! Me calumnia por rencor... No pudo haberlo visto... Yo no huí por la puerta –Mitia se sofocaba.

El fiscal se volvió hacia Nikolái Parfiónovich y le dijo en tono grave:

–Muéstreselo.

–¿Conoce usted este objeto? –Nikolái Parfiónovich colocó sobre la mesa un sobre grande, de papel grueso, de los que se usan en las oficinas, en el que se veían aún los tres sellos de lacre, intactos.

El sobre estaba vacío, roto por uno de sus lados, Mitia lo miró con los ojos desorbitados.

–Esto... esto es, por lo visto, el sobre de mi padre –balbuceó–, el que contenía los tres mil rublos... Si lleva la inscripción... permítanme: «a mi pollita»... Aquí está: tres mil rublos –gritó–, tres mil, ¿ven?

–Claro, lo vemos, pero ya no encontramos el dinero, el sobre estaba vacío, tirado en el suelo, al pie de la cama, detrás de los biombos.

Mitia se quedó unos minutos como pasmado.

–¡Señores, ha sido Smerdiakov! –vociferó de súbito con todas sus fuerzas–. ¡Es él el asesino, es él el ladrón! Él es el único que sabía dónde el viejo tenía escondido el sobre... ¡Ha sido él, ahora está claro!

–Pero también usted tenía noticia del sobre y de que se encontraba debajo de la almohada.

–Nunca lo he sabido; nunca lo había visto, lo veo ahora por primera vez, sólo había oído hablar del sobre a Smerdiakov... Él era el único que sabía dónde lo escondía el viejo, pero yo no lo sabía... –añadió Mitia con la respiración entrecortada.

–Sin embargo, usted mismo nos ha declarado hace poco que el sobre lo tenía su difunto padre debajo de la almohada. Usted ha dicho precisamente debajo de la almohada; está claro que lo sabía.

–¡Así lo hemos escrito! –confirmó Nikolái Parfiónovich.

–¡Es absurdo, es insensato! Yo ignoraba por completo dónde estaba. Es posible que no estuviera debajo de la almoha-

da... Yo lo he dicho así, al azar... ¿Qué declara Smerdiakov? ¿Le han preguntado ustedes dónde estaba el sobre? ¿Qué declara Smerdiakov? Esto es lo principal... Yo he mentido adrede... Les he mentido creyendo que no estaba debajo de la almohada, y ahora ustedes... Bueno, ustedes ya saben que a veces uno dice lo que le viene a la lengua y miente. Pero el único enterado era Smerdiakov, ¡él y nadie más!... ¡Ni siquiera a mí me dijo dónde estaba el sobre! Ha sido él, ha sido él; no hay duda alguna de que ha sido él quien le ha asesinado, ahora para mí está tan claro como la luz del día –exclamó Mitia cada vez más y más frenético, repitiéndose con frases incoherentes, presa de una exaltación creciente–. Compréndalo y deténganle cuanto antes, cuanto antes... ¡Ha sido él y no otro quien asesinó a mi padre cuando yo huía y Grigori yacía sin sentido, ahora está claro!... Él hizo la señal y mi padre le abrió... Porque él era el único que conocía las señales, y sin la señal convenida mi padre no habría abierto a nadie...

–Pero otra vez se olvida usted de la circunstancia –repuso el fiscal, con la misma reserva que hasta entonces, pero como si ya triunfara– de que ni era necesario hacer las señales si la puerta estaba ya abierta cuando se encontraba usted allí, en el huerto...

–La puerta, la puerta –balbuceó Mitia y se calló, fijando en el fiscal la mirada; volvió a dejarse caer en la silla, impotente.

Todos callaron.

–¡Sí, la puerta!... ¡Es un fantasma! ¡Dios está en contra mía! –exclamó, ya sin conciencia de lo que decía, mirando ante sí.

–Ya ve –añadió gravemente el fiscal–, y juzgue ahora usted mismo, Dmitri Fiódorovich: por una parte, esta declaración sobre la puerta abierta por la que usted huyó, declaración que nos abruma a todos, a usted y a nosotros. Por otra parte, su silencio incomprensible, tenaz y casi exasperado respecto a la procedencia del dinero que apareció de súbito en sus manos, siendo así que tres horas antes, según su propia declaración,

había empeñado usted sus pistolas para obtener sólo diez rublos. Con estos hechos a la vista, juzgue usted mismo: ¿qué hemos de creer y a qué conclusión hemos de llegar? Y no pretenda hacer de nosotros unos «cínicos fríos y unos guasones», incapaces de creer en los nobles impulsos del alma de usted... Al contrario, procure situarse en nuestro lugar...

Mitia experimentaba una agitación inimaginable, palideció.

–¡Está bien! –exclamó de pronto–. Les descubriré mi secreto, ¡les descubriré de dónde he sacado el dinero!... Revelaré mi vergüenza para no tener que culparme luego ni culparles a ustedes...

–Crea, Dmitri Fiódorovich –manifestó Nikolái Parfiónovich con una vocecita enternecedoramente alegre–, que toda confesión sincera y completa, hecha en este momento, podría más tarde atenuar de manera extraordinaria su suerte, incluso, además...

Pero el fiscal le dio un golpecito por debajo de la mesa y el juez pudo detenerse a tiempo. La verdad es que Mitia, por otra parte, ni le escuchaba.

7. El gran secreto de Mitia. Se ríen de él

–Señores –empezó a decir con la misma agitación–, ese dinero... quiero confesarlo todo... ese dinero era mío.

Al fiscal y al juez hasta las caras se les alargaron; no era esto, ni mucho menos, lo que ellos esperaban.

–¿Cómo que era suyo –musitó Nikolái Parfiónovich–, si a las cinco de la tarde, según ha declarado usted mismo...?

–¡Al diablo las cinco de la tarde de ese día y mi propia declaración; no se trata de esto ahora! Ese dinero era mío, mío, es decir, era dinero mío robado... es decir, no mío, sino robado, robado por mí. Había mil quinientos rublos, que llevaba siempre conmigo, siempre conmigo...

–¿Pero de dónde los había sacado?

–Del cuello, señores, los saqué del cuello, miren: de este cuello mío... Los llevaba aquí, cosidos en un trapo y colgando del cuello, hacía ya tiempo, hacía ya un mes que los llevaba colgando del cuello, ¡con vergüenza y deshonor!

–Pero ¿dónde se los apropió usted?

–Usted quería decir: «robó». Llamen ahora las cosas por su nombre. Sí, considero que es como si los hubiera robado; si quieren ustedes, realmente me los «apropié». Pero, a mi modo de ver, los había robado. Y ayer por la tarde ya los robé de manera definitiva.

–¿Ayer por la tarde? ¡Pero acaba de decir usted que los... obtuvo hace ya un mes!

–Sí, pero no en casa de mi padre, no en casa de mi padre, tranquilícense, no los robé en casa de mi padre, sino a ella. Déjenme contar y no me interrumpan. Es penoso. Verán: hace un mes me mandó llamar Katerina Ivánovna Verjóvtseva, mi ex novia... ¿La conocen ustedes?

–Desde luego.

–Sé que la conocen. Es un alma nobilísima, muy noble entre las nobles, pero que me odia hace tiempo. ¡Oh, hace tiempo, hace tiempo!... ¡Y me lo merezco, merezco que me odie!

–¿Katerina Ivánovna? –preguntó el juez, sorprendido.

El fiscal también se quedó con los ojos extraordinariamente abiertos.

–¡Oh, no pronuncien su nombre en vano! Soy un canalla por sacarlo a relucir aquí. Sí, yo veía que me odiaba... hace tiempo... desde la primera vez, desde que estuvo en mi apartamento allí... Pero basta, basta, ustedes ni siquiera son dignos de saberlo, de ello no hay que hablar en absoluto... Lo único que hace falta es decir que me mandó llamar hace un mes y me entregó tres mil rublos para que los enviase a su hermana y a otra pariente suya, a Moscú (¡como si no hubiera podido enviárselos ella misma!). Y yo... eso fue precisa-

mente en aquella hora fatal de mi existencia, cuando yo... en una palabra, cuando yo acababa de enamorarme de otra, de *ella,* de la de ahora, la que tienen ustedes abajo, Grúshenka... Entonces la traje aquí, a Mókroie, y en dos días me gasté en una francachela la mitad de aquellos malditos tres mil rublos, es decir, mil quinientos, y me guardé la otra mitad. Pues bien, son esos mil quinientos rublos que me guardé los que llevaba colgando del cuello, a modo de escapulario, pero ayer abrí el saquito para gastármelos en otra juerga. Los ochocientos rublos que me quedan son los que tiene usted ahora, Nikolái Parfiónovich, es lo que me queda de los mil quinientos de ayer.

–Permítame, ¿cómo se entiende eso? Usted despilfarró entonces, hace un mes, aquí, tres mil rublos y no mil quinientos, ¿no lo sabe todo el mundo?

–¿Y quién lo sabe? ¿Quién los contó? ¿A quién dejé yo que contara el dinero?

–Por favor, usted mismo ha dicho a todo el mundo que entonces dilapidó exactamente tres mil rublos.

–Es cierto, lo he dicho, lo he dicho por toda la ciudad y toda la ciudad lo ha repetido; todos han creído, y también aquí, en Mókroie, lo han creído, que se trataba de tres mil rublos. Sólo que en realidad, a pesar de todo, no derroché tres mil rublos, sino mil quinientos, y los otros mil quinientos me los cosí en el saquito; ésta es la verdad, señores, ésta es la procedencia del dinero de ayer...

–Esto casi resulta milagroso... –balbuceó Nikolái Parfiónovich.

–Permítame que le pregunte –terció en ese momento el fiscal– si no habló usted de esta circunstancia a alguien antes... es decir, que se guardó usted esos mil quinientos rublos ya entonces, hace un mes.

–No lo he dicho a nadie.

–Es raro. ¿Es posible que no lo haya comunicado absolutamente a nadie?

–Absolutamente a nadie. A nadie, a nadie.

–Pero, ¿por qué este silencio? ¿Qué le ha inducido a hacer de ello un secreto tan grande? Me explicaré con más exactitud: usted nos ha revelado, por fin, su secreto, tan «deshonroso» a su entender, aunque en esencia (claro que hablando sólo en sentido relativo) ese acto, la apropiación de tres mil rublos que no eran suyos y, sin duda alguna, sólo temporalmente, ese acto, por lo menos a mi modo de ver, no es más que un acto en alto grado frívolo, pero no tan deshonroso, sobre todo si se toma en consideración el carácter que usted tiene... Admitamos que es, incluso, en alto grado desprestigioso, estoy de acuerdo, pero aún no deshonroso... A lo que yo quiero llegar, en realidad, es a que sin necesidad de su confesión han sido muchos quienes han adivinado durante este mes que ha dilapidado usted los tres mil rublos de la señora Verjóvtseva, yo mismo he oído contar esta leyenda... Mijaíl Makárovich, por ejemplo, también. De modo que, al fin, no se trata ya de una leyenda, sino de un chismorreo de toda la ciudad. Por otra parte, hay indicios de que usted mismo, si no me equivoco, ha confesado ya a alguien que ese dinero era de la señora Verjóvtseva... Por esto me sorprende a mí demasiado el que hasta ahora, es decir, hasta el momento presente, haya rodeado usted de un misterio tan insólito el haber separado, según palabras suyas, mil quinientos rublos, presentando ese misterio como algo horrible... Es inverosímil que un secreto como éste haya podido atormentarle tanto para poderlo confesar... pues usted ha gritado hace unos momentos que preferiría el presidio a confesar...

El fiscal calló. Se había acalorado. No disimulaba su despecho, casi su ira, y había expuesto lo que se le había acumulado en el espíritu hasta sin preocuparse de dar forma bella a sus palabras, es decir, sin ilación y de manera casi confusa.

–El deshonor no está en los mil quinientos rublos, sino en haber separado esta cantidad de aquellos tres mil –repuso Mitia firmemente.

–Qué más da –el fiscal se sonrió con irritación–. ¿Qué hay de deshonroso, a su modo de ver, en el hecho de separar la mitad de los tres mil rublos tomados por usted mismo de manera tan desprestigiosa o incluso deshonrosa, si así lo desea? Lo que pesa es haberse apropiado de tres mil rublos, no el uso que de ellos haya hecho. A propósito: ¿por qué, precisamente, tomó usted esa medida, es decir, separó la mitad? ¿Para qué, con qué fin lo hizo así? ¿Podría usted explicárnoslo?

–¡Oh, señores, en ese fin está toda la gravedad del hecho! –exclamó Mitia–. La separé por vileza, es decir, por cálculo, pues el cálculo, en este caso, es vileza... ¡Y esa vileza se ha prolongado todo un mes!

–Es incomprensible.

–Me sorprenden ustedes. De todos modos, me explicaré mejor; realmente, quizá resulte incomprensible. Verán, síganme bien: yo me apropio de tres mil rublos confiados a mi honor y los tiro por la ventana, me los gasto en una francachela; a la mañana siguiente me presento y digo: «Katia, perdón, me he gastado tus tres mil rublos». ¿Está bien? No, desde luego, esto es ser deshonesto y cobarde, es ser una bestia, un hombre incapaz de dominarse, como una bestia, ¿verdad?, ¿verdad? Pero esto todavía no es ser ladrón. Esto no significa ser un verdadero ladrón, ¡admítanlo! ¡El hombre ha despilfarrado el dinero, mas no lo ha robado! Supongamos ahora que se da el segundo caso, aún más favorable; síganme, que yo quizá me embrolle otra vez; parece que la cabeza me da vueltas; así, pues, aquí va el segundo caso: de los tres mil rublos, dilapido sólo mil quinientos, es decir, la mitad. Al día siguiente, me presento y le llevo la otra mitad: «Katia, toma de mí, miserable y frívolo canalla, esta mitad, porque la otra la he derrochado, y como me derrocharía lo que queda, vale más ponerlo fuera de peligro». ¿Qué pasaría en este caso? Sería bestia y canalla, lo que se quiera, pero ya no sería ladrón, no sería un ladrón acabado, pues, de serlo,

no devolvería de ningún modo la mitad restante, sino que también me apropiaría esta parte. En este caso, Katia vería que si devuelvo la mitad, también devolveré el resto, es decir, el dinero malgastado, aunque deba pasarme toda la vida buscándolo, trabajando; pero lo encontraré y lo devolveré. Sería, pues, un canalla, pero no un ladrón, no un ladrón, ¡lo que ustedes quieran, pero no un ladrón!

–Admitamos que existe cierta diferencia –el fiscal se sonrió fríamente–. De todos modos, es extraño que vea usted en ello una diferencia tan fatal.

–¡Sí, veo en ello esa diferencia fatal! Canalla puede serlo todo individuo, y probablemente lo es; pero ladrón puede serlo tan sólo un archicanalla. Bueno, yo no sé explicar estas sutilezas... Sólo sé decir que el ladrón es más canalla que el canalla, ésta es mi convicción. Escuchen: yo llevo conmigo dinero durante todo un mes, cada día puedo devolverlo, y si lo hago ya no soy un canalla, pero no me decido a hacerlo, no puedo, aunque cada día quiero decidirme y cada día me digo: «Decídete, decídete, canalla», y no llego a decidirme en todo el mes, ¡tal es la cosa! Qué, ¿está bien, a su modo de ver? ¿Está bien?

–Admitamos que no esté muy bien, puedo comprenderlo perfectamente; no lo discuto –repuso el fiscal, reservado–. Mas es preferible dejar aparte toda discusión sobre estas sutilezas y diferencias; podríamos volver al fondo del asunto si lo tuviera usted a bien. Y el fondo del asunto estriba, precisamente, en que usted aún no ha considerado oportuno explicarnos, a pesar de que se lo hemos preguntado, por qué motivo separó al principio de ese modo los tres mil rublos, o sea, malgastó la mitad y escondió la otra mitad. ¿Para qué, en realidad, escondió esos mil quinientos rublos, en qué quería utilizarlos? Insisto en esta pregunta, Dmitri Fiódorovich.

–¡Ah, sí, es cierto! –gritó Mitia, dándose una palmada en la frente–. Perdónenme, les estoy atormentando y no les ex-

plico lo esencial; de lo contrario en un santiamén lo habrían comprendido, pues es en el fin donde radica todo el deshonor, ¡en el fin! Verán, el viejo difunto no dejaba en paz a Agrafena Alexándrovna y yo tenía celos, pensaba que ella vacilaba entre los dos; todos los días me decía a mí mismo: si de pronto ella toma una decisión, si quiere acabar con mi tortura y me dice: «Te amo a ti y no a él, condúceme al otro extremo del mundo», ¿qué hago con dos monedas de diez kópeks? ¿Cómo llevármela? ¿Qué hacer, en ese caso? Y así me perdí. Tengan en cuenta que entonces yo no la conocía bien y no la comprendía; me figuraba que lo que ella necesitaba era dinero y que no iba a perdonarme mi miseria. Entonces, con toda malignidad, separé la mitad de los tres mil rublos y los cosí fríamente en un saquito, lo hice con cálculo, antes de emborracharme; después, cuando tuve esa parte cosida, me dispuse a emborracharme con la otra mitad. ¡Sí, eso es una vileza! ¿Lo han comprendido ahora?

El fiscal se echó a reír estrepitosamente y el juez le hizo coro.

–A mi entender, el que se refrenara y no lo dilapidase todo es, incluso, razonable y moral –repuso Nikolái Parfiónovich, riéndose con ironía–. ¿Qué ve usted en ello de condenable?

–¡El hecho de haber robado, ésta es la cuestión! ¡Oh, Dios mío! ¡Me horrorizan con su falta de comprensión! Durante todo el tiempo que he llevado esos mil quinientos rublos cosidos sobre el pecho, me he dicho cada día y cada hora: «¡Eres un ladrón, eres un ladrón!». Por eso he estado rabioso durante todo el mes, por esto me peleé en la taberna y pegué a mi padre, ¡por sentirme ladrón! Ni siquiera a Aliosha, mi hermano, me decidí ni me atreví a descubrirle que poseía esos mil quinientos rublos: ¡hasta tal punto me sentía infame y estafador! Pero han de saber que mientras llevé ese dinero encima, cada día y cada hora me decía también: «No, Dmitri Fiódorovich, quizá no eres todavía un ladrón». ¿Por qué? Porque al día siguiente podía presentarme a Katia y de-

volverle esa cantidad. Sólo ayer me decidí a arrancarme el saquito del cuello, cuando iba de casa de Fenia a la de Perjotin, hasta aquel instante no me había decidido; y no bien lo hube hecho, desde aquel momento me convertí en un ladrón definitivo e indiscutible. ¿Por qué? Porque al desgarrar el saquito rompí también mi sueño de ir a ver a Katia y decirle: «Soy un canalla, ¡pero no un ladrón!». ¿Lo comprenden ahora, lo comprenden?

–¿Por qué, con todo, se decidió usted precisamente ayer por la tarde? –le replicó Nikoláy Parfiónovich.

–¿Por qué? Es ridículo preguntarlo: porque me condené a muerte, a matarme aquí, a las cinco de la mañana, al amanecer: «¡Qué importa (me dije) morir canalla u honrado!». ¡Sin embargo, resulta que no, que no es lo mismo! ¿Me creerán, señores? Lo que más me ha atormentado esta noche no ha sido la idea de haber matado al viejo criado y de que me amenazaba Siberia, ¡y en qué momento!, ¡en el momento en que triunfaba mi amor y el cielo se abría otra vez para mí! Oh, esto me torturaba, pero no tanto; a pesar de todo, no me atormentaba tanto como la maldita conciencia de haberme arrancado del pecho, al fin, ese maldito dinero y habérmelo gastado, la conciencia de haberme convertido ya en un ladrón definitivo. ¡Oh, señores! Se lo repito con sangre del corazón: ¡he aprendido muchas cosas esta noche! He aprendido que no sólo es imposible vivir siendo un canalla, sino que también es imposible morir... ¡No, señores, es necesario morir honrado!...

Mitia estaba pálido. Se le veía demacrado, exhausto, a pesar de su extremo acaloramiento.

–Empiezo a comprenderle, Dmitri Fiódorovich –manifestó el fiscal con suavidad y hasta con cierto aire compasivo–, pero todo esto, como usted quiera, a mi entender, no son más que nervios... tiene usted enfermos los nervios, esto es lo que le ocurre. ¿Por qué, por ejemplo, para librarse de las grandes torturas que ha sufrido durante casi todo un mes

entero, no se ha presentado a la persona que le confió el dinero y le ha devuelto los mil quinientos rublos? ¿Por qué, después de haberle dado todas las explicaciones, por qué, teniendo en cuenta su situación de entonces, tan espantosa, según usted la describe, no intentar una combinación que parece bien natural? Es decir, después de haber reconocido noblemente sus errores ante ella, ¿por qué no le pedía la suma que necesitaba, suma que esa persona, dado su magnánimo corazón y viendo cuánto sufría usted, no le habría negado, desde luego, sobre todo si le hubiera firmado usted el correspondiente documento o, en último término, si le hubiera ofrecido la misma garantía que proponía al mercader Samsónov y a la señora Jojlakova? ¿No considera usted valiosa, aún hoy, esa garantía?

Mitia, de pronto, se ruborizó:

–¿Es posible que me consideren canalla hasta tal punto? ¡No es posible que hable usted en serio!... –articuló lleno de indignación, mirando al fiscal a los ojos y como no creyendo lo que acababa de oír.

–Le aseguro que hablo en serio... ¿Por qué lo duda? –se sorprendió a su vez el fiscal.

–¡Oh, que infame habría sido! ¡Sepan, señores, que me están martirizando! Permítanme, se lo diré todo, qué le vamos a hacer; ahora ya les voy a confesar todo lo que hay de infernal en mí, pero será para avergonzarles a ustedes mismos, y se sorprenderán al ver hasta qué bajeza puede llegar la combinación de los sentimientos humanos. Han de saber que yo también había pensado en esa combinación, ¡en esa misma de que acaba de hablar usted, fiscal! Sí, señores, yo también he tenido ese pensamiento en este mes maldito, de modo que casi me había decidido a ir a ver a Katia, ¡hasta tal extremo he sido vil! Pero ir a verla, declararle mi traición, pedirle dinero (pedírselo, ¿me oyen?, ¡pedírselo!) para esa traición, para dar cumplimiento a la traición, para los gastos inmediatos que esa misma traición requiere, pedírselo a ella mis-

ma, a Katia, y huir al instante de su lado con la otra, con su rival, la que la ofendió y la odia, ¡por compasión, señores! ¡Usted se ha vuelto loco, fiscal!

–Loco no creo haberme vuelto; pero, desde luego, de momento no se me había ocurrido pensar... en eso de los celos femeninos... si en este caso ha podido haber realmente una cuestión de celos, como usted afirma... Sí, quizás haya algo de este género –se sonrió el fiscal.

–Pero esto habría sido tan infame –Mitia dio un puñetazo furioso sobre la mesa–, habría sido tan hediondo, que no encuentro palabras para expresarme. Y han de saber que ella podía haberme dado ese dinero, y me lo habría dado, seguramente me lo habría dado, me lo habría dado por venganza, por saborear su venganza, por desprecio hacia mí, porque esa mujer también tiene un alma infernal y su cólera es grande. Yo habría tomado el dinero, oh, sí, lo habría tomado, y entonces toda la vida... ¡oh, Dios! Perdonen, señores, si grito tanto es porque yo mismo he tenido esa idea hace poco, muy poco, hace dos días, precisamente cuando me ocupaba de Liagavi por la noche, y también la tuve ayer, sí, ayer, todo el día de ayer, lo recuerdo, hasta ese suceso...

–¿Hasta qué suceso? –preguntó Nikolái Parfiónovich con curiosidad, pero Mitia no llegó a oír la pregunta.

–Les he hecho una confesión espantosa –concluyó sombríamente–. Aprécienla, señores. Apreciarla es poco, no la aprecien, sino estímenla en todo su valor; si no, si todo eso pasa de largo por sus almas, entonces, señores, eso significará que no me respetan, eso es, y les digo que me moriré de vergüenza por haber confesado ante gentes como ustedes. ¡Oh, me pegaré un tiro! Sí, ya veo que no me creen, ¡lo veo! Cómo, cómo, ¿también quieren anotar esto? –gritó, ya alarmado.

–Sí, lo que acaba usted de decir –le respondió Nikolái Parfiónovich, mirándole sorprendido–, o sea, que hasta la última hora se sentía usted inclinado a presentarse a la señora Verjóvtseva y pedirle esta cantidad... Le aseguro que esta de-

claración es muy importante para nosotros, Dmitri Fiódorovich, acerca de todo este caso... y lo es también para usted, es sobre todo importante para usted.

–Tengan compasión, señores –Mitia juntó las manos–, por lo menos no escriban esto, ¡por pudor! Lo que yo he hecho ha sido como si me hubiera rasgado el alma en dos mitades ante ustedes, y ustedes lo aprovechan para hundir por la parte rasgada los dedos en ambas mitades... ¡Oh, Dios!

Desesperado, se cubrió la cara con las manos.

–No se inquiete de este modo, Dmitri Fiódorovich –concluyó el fiscal–, todo lo que ahora se escribe se le leerá luego, y cambiaremos según sus propias indicaciones las cosas con que no esté conforme; ahora le repetiré por tercera vez una preguntita: ¿es posible, en realidad, que nadie, absolutamente nadie le haya oído hablar de ese dinero que llevaba cosido en una tela sobre el pecho? Le diré que casi es imposible imaginarlo.

–Nadie, ya se lo he dicho, nadie. ¡Así, no han entendido nada! Déjenme en paz.

–Como usted quiera; la cuestión ha de aclararse y tenemos mucho tiempo por delante; pero entretanto, reflexione: disponemos, quizá, de decenas de testimonios en el sentido de que usted mismo y no otra persona ha hablado y hasta ha gritado en todas partes refiriendo que había gastado tres mil rublos y no mil quinientos, y también esta vez, al mostrar el dinero que tenía ayer, dio a entender a muchos que había traído nuevamente tres mil rublos...

–Disponen ustedes no de decenas de testimonios, sino de centenares, lo han oído doscientas personas, ¡lo han oído mil personas! –exclamó Mitia.

–¿Lo ve? Todos, todos lo atestiguan. Supongo que significa alguna cosa la palabra *todos*, ¿no?

–No significa nada, yo mentí y los demás han repetido mi mentira.

–Mas ¿para qué necesitaba usted «mentir», según se expresa?

–El diablo lo sabe. Por fanfarronería, quizá... por eso de... ya ven cuánto dinero he despilfarrado... Quizá para olvidarme de ese dinero cosido... sí, era precisamente por este motivo... Diablo... ¿cuántas veces me han hecho ya esta pregunta? Bien, mentí, y naturalmente, dicha la mentira, ya no quise rectificarme. ¿Sabe el hombre por qué miente a veces?

–Es muy difícil saber por qué miente el hombre, Dmitri Fiódorovich –repuso el fiscal con gravedad–. Sin embargo, díganos, ¿era muy grande ese saquito, como lo llama usted, que llevaba colgando del cuello?

–No, no era grande.

–¿De qué tamaño, poco más o menos?

–De un billete de cien rublos doblado por la mitad.

–¿No sería mejor que nos mostrara usted los pedazos? Los debe tener en algún sitio.

–Ah, diablo... qué estupideces... qué sé yo dónde están.

–Sin embargo, permítame: ¿dónde y cuándo se lo quitó del cuello? Según ha declarado usted mismo, no fue a su casa, ¿verdad?

–Verá, me lo arranqué del cuello y saqué el dinero cuando iba a casa de Perjotin después de salir de la de Fenia.

–¿En la oscuridad?

–¿Qué necesidad había de vela? Lo hice en un momento, con un dedo.

–¿Sin tijeras, en la calle?

–Me parece que fue en la plaza; ¿para qué quería las tijeras? El trapo era viejo, se rompió en seguida.

–¿Qué hizo usted luego con él?

–Lo tiré allí mismo.

–Concretamente, ¿dónde?

–Le digo que en la plaza, ¡en alguna parte de la plaza! El diablo sabe en cuál. Mas ¿para qué necesita saberlo?

–Es de extraordinaria importancia, Dmitri Fiódorovich; sería una prueba material en su favor, Dmitri Fiódorovich,

¿cómo no quiere comprenderlo? ¿Quién le ayudó a coserlo, hace un mes?

–No me ayudó nadie, lo cosí yo mismo.

–¿Sabe usted coser?

–Un soldado debe saber coser, pero en ese caso ni siquiera esto se necesitaba.

–¿De dónde sacó la tela, es decir, el trapo en que cosió el dinero?

–¿No se está usted riendo de mí?

–De ningún modo, créame que poco estamos nosotros para reírnos, Dmitri Fiódorovich.

–No recuerdo dónde cogí el trapo, lo tomaría de alguna parte.

–¿Cómo es posible que no lo recuerde?

–Pues no, le juro que no lo recuerdo, quizá rompí algún pedazo de ropa blanca.

–Esto es muy interesante: podría darse el caso de que mañana se encontrara en su vivienda la pieza de ropa, quizás una camisa, de la que separó usted un trozo. De qué era el trapo: ¿de tela, o de lienzo?

–El diablo lo sabe. Espere... Me parece que no lo rompí de ninguna parte. Era de percalina... Me parece haber cosido el dinero en la cofia de mi patrona.

–¿En la cofia de la patrona?

–Sí, se la hurté a ella.

–¿Se la hurtó, dice?

–Verá, me acuerdo realmente de que en cierta ocasión hurté una cofia para trapos, quizá para secar la pluma. La tomé sin decir nada, porque era un trapo que ya no servía; tenía los trozos por mi habitación... Me parece que fue precisamente en un trapo de éstos donde cosí el dinero. Era un viejo trapo de percalina mil veces lavada.

–¿Ya lo recuerda usted con seguridad?

–Qué sé yo si es con seguridad. Me parece que fue en un trapo de la cofia. Bueno, ¡qué me importa!

–En este caso, su patrona podría recordar por lo menos que le desapareció esa prenda, ¿no es cierto?

–De ningún modo, ni se dio cuenta. Le digo que se trataba de un trapo viejo, no valía ni un ochavo.

–¿Y la aguja, el hilo, de dónde los sacó?

–No quiero hablar más. ¡Basta! –Por fin, Mitia se enojó.

–De todos modos, también es extraño que se haya olvidado por completo del lugar de la plaza en que tiró ese... saquito.

–Manden barrer mañana la plaza y quizá lo encuentren –Mitia se sonrió–. Basta, señores, basta –añadió con voz extenuada–. Está claro: ¡no me han creído! ¡No creen ni una palabra de lo que les he dicho! La culpa es mía, no suya; tenía que haberme callado. ¡Por qué, por qué me he cubierto de lodo confesando mi secreto! A ustedes les da risa, lo veo por sus ojos. ¡Ha sido usted, fiscal, quien me ha empujado! Cántese un himno, si es capaz... ¡Malditos sean, verdugos!

Bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. El fiscal y el juez callaban. Unos momentos después, Mitia levantó la cabeza y los miró como si no pensara nada. Se le reflejaba en la cara una desesperación ya completa, irreversible, y él permaneció quieto en su asiento, callado, como inconsciente. Sin embargo, era necesario acabar la tarea: había que proceder sin pérdida de tiempo al interrogatorio de los testigos. Serían ya las ocho de la mañana. Hacía mucho rato que habían apagado las velas. Mijaíl Makárovich y Kalgánov, que habían estado entrando y saliendo durante todo el tiempo del interrogatorio, acababan de ausentarse de la habitación otra vez. El fiscal y el juez de instrucción también parecían en extremo fatigados. La mañana se había presentado desapacible, todo el cielo se veía encapotado y llovía a raudales. Mitia contemplaba maquinalmente las ventanas.

–¿Me permiten mirar por la ventana? –preguntó de súbito a Nikolái Parfiónovich.

–¡Oh, cuanto desee! –le respondió éste.

Mitia se levantó y se acercó a la ventana. La lluvia azotaba los pequeños cristales verdosos. Al pie mismo de la ventana se distinguía el camino lleno de barro, y más allá, entre la bruma lluviosa, se destacaban las hileras negras, pobres, miserables, de las isbas, que parecían aún más negras y míseras debido a la lluvia. Mitia se acordó del «rubicundo Febo» y de que quería suicidarse al aparecer el primer rayo del sol. «La verdad es que en una mañana como ésta aún habría sido mejor», se dijo con una sonrisa amarga, y de pronto, después de hacer un gesto de desaliento, moviendo la mano de arriba abajo, se volvió hacia los «verdugos»:

–¡Señores! –exclamó–. Ya veo que estoy perdido. Pero, ¿y ella? Díganme, se lo suplico, ¿será posible que ella haya de perderse conmigo? Ella es inocente, ayer no sabía lo que se decía cuando gritaba que «es culpable de todo». ¡Ella no es culpable de nada, de nada! Toda esta noche he estado sufriendo mientras ustedes me han interrogado... ¿No pueden decirme qué van a hacer con ella?

–Sobre este particular, puede estar completamente tranquilo, Dmitri Fiódorovich –le respondió el fiscal con visible precipitación–; por de pronto no tenemos ningún motivo serio para molestar en lo más mínimo a la persona por la que tanto se interesa usted. Espero que lo mismo ocurra en el ulterior decurso de la instrucción... Al contrario, en este sentido, haremos todo cuanto esté de nuestra parte. Puede estar usted completamente tranquilo.

–Se lo agradezco, señores; ya sabía yo que son ustedes personas honestas y justas, a pesar de todo. Me han quitado un peso del alma... Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? Yo estoy dispuesto.

–Sí, habría que darse prisa. Es necesario proceder en seguida al interrogatorio de los testigos, que ha de hacerse sin falta en presencia de usted; por este motivo...

–¿No sería preferible tomar antes una taza de té? –propuso Nikoláy Parfiónovich–. ¡Me parece que nos la merecemos!

Decidieron tomar una taza de té, si ya lo habían preparado abajo (dado que Mijaíl Makárovich había salido probablemente a «tomar el té»), y luego «proseguir y proseguir». Dejarían para cuando estuvieran más desocupados el tomar el té y «bocadillos» con calma. En efecto, abajo habían preparado té y pronto lo subieron. Mitia rechazó primero el vaso que amablemente le ofreció Nikolái Parfiónovich, pero luego él mismo lo pidió y lo bebió con avidez. Se le veía tan exhausto que hasta sorprendía. Para él, dadas sus fuerzas hercúleas, una noche de juerga, aunque seguida luego por las impresiones más fuertes, no debía de significar mucho, al parecer. Mas el propio Mitia se daba cuenta de que apenas lograba mantenerse sentado y a veces era como si todos los objetos empezaran a moverse y a dar vueltas ante sus ojos. «Un poco más y quizás empiece a delirar», pensó para sus adentros.

8. La declaración de los testigos. Un angelito

Comenzó el interrogatorio de los testigos. Pero no vamos a proseguir nuestro relato con tanto detalle como hemos venido haciéndolo hasta aquí. Pasaremos por alto, pues, de qué modo Nikolái Parfiónovich advertía a cada uno de los testigos que debía declarar la verdad y a conciencia, y que, más tarde, debería repetir su declaración bajo juramento. Tampoco referiremos cómo, al fin, se exigió de cada testigo que firmase el acta de sus declaraciones, etc. Sólo indicaremos una cosa, y es que el punto capital sobre el que se centraba la atención a todos los interrogados era preferentemente el mismo de los tres mil rublos, es decir, si habían sido tres mil o mil quinientos la primera vez, o sea, cuando Dmitri Fiódorovich estuvo de juerga en Mókroie un mes antes, y si había traído tres mil rublos o mil quinientos la víspera, cuando la segunda juerga. ¡Ay! Todos los testigos,

todos sin excepción, declararon contra Mitia y ni uno de ellos en su favor. Algunos incluso aportaron hechos nuevos, casi apabullantes, en refutación de las afirmaciones de Mitia. El primer interrogado fue Trifón Borísich, quien se presentó ante los interrogadores sin el más leve temor, al contrario, con aire de rigurosa y severa indignación contra el acusado, con lo cual sus palabras resonaban, sin duda alguna, con un acento de gran veracidad y de alta dignidad personal. Hablaba poco, se mostraba reservado, esperaba que le formularan las preguntas, respondía de manera precisa y meditada. Declaró firmemente y sin ambages que la primera vez debía de haberse gastado no menos de tres mil rublos, que todos los mujiks lo habían oído decir del propio «Mitri Fiódorich» y así lo declararían. «¡Lo que se gastó nada más que con las gitanas!... Con ellas solas, pasó quizá de los mil rublos.»

–Probablemente no les di ni quinientos –comentó Mitia–. Lo que pasa es que entonces no los conté y es una pena, estaba borracho...

Mitia se había sentado esta vez de costado, de espalda a la cortina; escuchaba sombrío, se le veía triste y cansado, como si dijese: «¡Ah, declaren lo que quieran, ahora da lo mismo!».

–Se gastó con ellas más de mil rublos, Dmitri Fiódorovich –replicó con firmeza Trifón Borísovich–, los tiraba sin más ni más, y ellas los recogían. Ya se sabe lo que es esa gente de uña larga y bribona, que se dedica a robar caballos; los han echado de aquí, si no, quizás ellos mismos declararían cuánto le sacaron. Yo mismo le vi entonces en la mano una suma muy grande; no la conté, es cierto, no me dio usted ocasión para hacerlo, ésta es la verdad, pero calculando a ojo, recuerdo que había mucho más de mil quinientos rublos... ¡Ya lo creo que eran más! También nosotros hemos visto dinero, podemos juzgar...

Respecto a la suma de la víspera, Trifón Borísovich declaró sin rodeos lo que le había dicho el propio Dmitri Fiódo-

rovich no bien bajó del carruaje, a saber: que había traído tres mil rublos.

–Vaya, Trifón Borísich, no puede ser –intentó replicar Mitia–. ¿Acaso te dije tan en serio que llegaba con tres mil rublos?

–Lo dijo, Dmitri Fiódorovich. Lo dijo en presencia de Andréi. Aún está ahí Andréi, todavía no se ha marchado, interróguenle. Y en la sala, cuando ha agasajado al coro, ha dicho a voz en grito que iba a dejar aquí el sexto millar de rublos, lo que se ha de entender, claro está, contando los de la otra vez. Lo han oído Stepán y Semión, quizá también lo recuerde Piotr Fómich Kalgánov, que entonces se hallaba a su lado...

La declaración sobre el sexto millar fue acogida con vivo interés por los interrogadores. Les gustó la nueva variante: tres y tres son seis; por tanto: tres mil entonces y tres mil ahora, tales eran los seis mil, resultaba claro.

Interrogaron a todos los mujiks indicados por Trifón Borísovich: a Stepán y a Semión; al cochero Andréi y a Piotr Fómich Kalgánov. Los mujiks y el cochero confirmaron sin vacilar la declaración de Trifón Borísich. Fueron anotados, además, con singular interés, los datos facilitados por Andréi acerca de la conversación que había sostenido con Mitia durante el viaje a Mókroie, cuando Dmitri Fiódorovich había preguntado: «¿Adónde iré a parar yo, Dmitri Fiódorovich, al cielo o al infierno, y me perdonarán o no en el otro mundo?». El «psicólogo» Ippolit Kirílovich escuchó este relato con una sonrisa de persona enterada y acabó recomendando que «se juntara al sumario» la declaración relativa a dónde iría a parar Dmitri Fiódorovich.

Kalgánov acudió al interrogatorio de mala gana, taciturno, esquivo, y habló con el fiscal y con Nikolái Parfiónovich como si los viera por primera vez en la vida, pese a que se conocían desde hacía mucho tiempo y alternaban con extraordinaria frecuencia. Empezó diciendo que «no sabía nada del

asunto ni quería saberlo». Pero resultó que lo del sexto millar lo había oído y confesó que en aquel momento se encontraba al lado de Dmitri Fiódorovich. Declaró que Mitia tenía dinero en la mano, pero «no sé cuánto». Respecto a que los polacos habían hecho trampa al jugar a las cartas, declaró afirmativamente. También explicó, en contestación a preguntas reiteradas, que después de la expulsión de los polacos, Agrafena Alexándrovna había acogido realmente mucho mejor a Mitia, y ella misma había dicho que le amaba. Hablaba de Agrafena Alexándrovna con reserva y respeto, como si se tratara de una señora de la mejor sociedad, y ni siquiera una sola vez se permitió llamarla «Grúshenka». A pesar de la manifiesta repugnancia que experimentaba el joven para declarar, Ippolit Kirílovich le interrogó largo rato y sólo de este modo se enteró, por Kalgánov, de todos los detalles de lo que constituía, por así decirlo, la «novela» de Mitia de aquella noche. Mitia no interrumpió a Kalgánov ni una sola vez. Finalmente, permitieron retirarse al joven, quien se alejó sin disimular su indignación.

Interrogaron asimismo a los polacos. Aunque éstos se habían acostado a dormir, no pudieron conciliar el sueño en toda la noche, y al oír llegar a las autoridades se apresuraron a vestirse y a arreglarse, pues comprendían muy bien que los llamarían sin falta. Se presentaron con aire digno, aunque no sin cierto miedo. Resultó que el *pan* más importante, es decir, el pequeño, era un funcionario de la duodécima clase[1], retirado; había servido como veterinario en Siberia, y su apellido era Musialowicz. En cuanto al *pan* Wróblewski, resultó ser un sacamuelas que practicaba la profesión por su cuenta, lo que en ruso se llama dentista. Desde que hubieron entrado en la habitación, los dos polacos, pese a que quien formulaba las preguntas era Nikolái Parfiónovich, empeza-

1. La penúltima en la «Tabla de rangos» (la decimotercera había sido suprimida) de la jerarquía civil (véase la nota de la pág. 683).

ron a responder dirigiéndose a Mijaíl Makárovich, que se mantenía aparte; por lo visto, le tomaban por el personaje de mayor rango y de mayor autoridad en aquel lugar y le llamaban a cada paso *pan pulkovnik*[1]. Sólo después de varias réplicas y advertencias del propio Mijaíl Makárovich, adivinaron que debían dirigir sus respuestas únicamente a Nikolái Parfiónovich. Se puso en evidencia que sabían hablar el ruso con mucha corrección, muchísima, aparte, a lo sumo, de la pronunciación de algunas palabras. En cuanto a sus relaciones con Grúshenka, pasadas y presentes, el *pan* Musialowicz empezó a hacer declaraciones con mucho calor y orgullo; Mitia en seguida salió de sus casillas y se puso a gritar que no permitía hablar de aquella manera, ante sí, a un «canalla». El *pan* Musialowicz inmediatamente llamó la atención sobre la palabra «canalla» y pidió que constara en el atestado. Mitia no pudo contener su cólera:

–¡Sí, canalla, canalla! ¡Apúntenlo y anoten también que, a pesar del atestado, yo grito que es un canalla! –clamó.

Nikolái Parfiónovich, aunque hizo constar en acta lo que se le pedía, en este desagradable incidente dio pruebas de poseer un sentido práctico y una habilidad profesional dignos del mayor encomio: después de una severa advertencia a Mitia, interrumpió *motu proprio* todas las preguntas concernientes al aspecto novelesco de la causa y pasó rápidamente a lo esencial. Al fondo de la cuestión pertenecía una de las declaraciones de los *panowie,* que despertó un vivísimo interés en los jueces: se trataba de cómo Mitia había querido comprar al *pan* Musialowicz en la otra estancia y le había ofrecido tres mil rublos para que renunciara a Grúshenka, setecientos en mano y los dos mil trescientos restantes «mañana mismo por la mañana en la ciudad», y había jurado con palabra de honor que ahí, en Mókroie, no llevaba esa suma, pero que tenía el dinero en la ciudad. Mitia replicó de momento, acalo-

1. 'Señor coronel', en polaco en el original.

rado, que no había dicho lo de entregar en la ciudad al día siguiente el resto del dinero, mas el *pan* Wróblewski confirmó la declaración, y el propio Mitia, después de reflexionar unos momentos, convino de mal humor que, probablemente, había ocurrido como los *panowie* afirmaban, que entonces él se encontraba excitado y es posible que hubiera hablado de aquel modo. El fiscal se fijó muchísimo en esta declaración: para él resultaba fuera de dudas (y así se hizo constar más tarde) que la mitad o una parte de los tres mil rublos de que se había apoderado Mitia, podían realmente encontrarse ocultos en algún lugar de la ciudad y quizás, incluso, en algún lugar de Mókroie; de este modo se explicaba asimismo la circunstancia, delicada para la acusación, de haber hallado en poder de Dmitri Fiódorovich tan sólo ochocientos rublos, circunstancia que hasta entonces había constituido la única prueba –bastante insignificante, mas no por ello, al fin y al cabo, dejaba de serlo– en favor de Mitia. Ahora, en cambio, incluso esta única prueba se desplomaba. A la pregunta del fiscal sobre de dónde habría sacado los dos mil trescientos rublos restantes para entregarlos al *pan* el día siguiente, siendo así que él afirmaba no tener más de mil quinientos rublos, aunque por otra parte habría empeñado su palabra de honor con el *pan,* contestó Mitia sin vacilar que tenía la intención de ofrecer al «polaquito», al día siguiente, no dinero, sino una cesión en regla de los derechos que poseía sobre la finca de Chermashnia, los mismos derechos que había ofrecido a Samsónov y a Jojlakova. El fiscal hasta se sonrió ante la «ingenuidad del subterfugio».

–¿Cree usted que habría aceptado esos «derechos» en vez de los dos mil trescientos rublos en efectivo?

–Con toda seguridad –contestó Mitia–. Figúrese que de este modo podía embolsarse no sólo dos mil rublos, sino cuatro ¡y hasta seis! En seguida habría movilizado a sus abogadillos, polaquitos y judíos, y habría arrancado del viejo no ya tres mil rublos, sino Chermashnia entera.

Huelga decir que la declaración del *pan* Musialowicz fue registrada en el atestado con todo detalle, después de lo cual dejaron libres a los dos polacos. En cambio, casi no se hizo referencia a que habían hecho trampa jugando a las cartas; Nikolái Parfiónovich les agradecía demasiado la declaración que habían hecho y no quería inquietarles por pequeñeces, tanto menos cuanto que, en resumidas cuentas, aquello se reducía a una riña de borrachos por juegos de cartas y nada más. Como si hubiera habido poca juerga e indecencia aquella noche... Así fue como el dinero, los doscientos rublos, quedaron en el bolsillo de los polacos.

Llamaron luego al viejo Maxímov, quien se presentó intimidado, se acercó dando pasos menuditos; se le veía muy desaliñado y triste. Se había pasado todo aquel tiempo refugiado en la planta inferior, al lado de Grúshenka, en silencio, «a punto de sollozar y secándose los ojos con un pañuelo azul de cuadros», según contó luego Mijaíl Makárovich. Era ella misma, pues, quien debía calmarle y consolarle. El viejecito, lloroso, se confesó en seguida culpable por haber tomado en préstamo de Dmitri Fiódorovich «diez rublos, debido a mi gran pobreza», y añadió que estaba dispuesto a devolverlos... Nikolái Parfiónovich le preguntó si había observado cuánto dinero tenía Dmitri Fiódorovich en la mano, pues lo había podido ver mejor que nadie, por hallarse más cerca, al recibir los diez rublos prestados, y Maxímov respondió de la manera más contundente que eran «veinte mil».

–¿Había visto usted antes, en alguna parte, veinte mil rublos juntos? –preguntó Nikolái Parfiónovich, sonriéndose.

–Naturalmente, los había visto, aunque no eran veinte mil, sino siete mil, cuando mi esposa hipotecó mi pequeña aldea. Sólo me dejó que los mirara de lejos; se vanagloriaba de lo que había obtenido. Era un fajo de billetes muy grande, todos irisados. También los de Dmitri Fiódorovich lo eran...

Pronto le dejaron libre. Por fin llegó el turno a Grúshenka. Los jueces, por lo visto, temían la impresión que la presencia

de la joven pudiera producir en Dmitri Fiódorovich, y Nikolái Parfiónovich le dirigió incluso unas palabras de admonición en voz baja; pero Mitia, en respuesta, inclinó la cabeza sin decir nada, dando a entender de este modo que «no habrá ningún desorden». Fue el propio Mijaíl Makárovich quien introdujo a Grúshenka. Entró ella con el rostro severo y sombrío, casi tranquilo en apariencia, y se sentó silenciosamente en la silla que le indicaron, frente a Nikolái Parfiónovich. Estaba muy pálida, se envolvía con su espléndido chal negro y lo apretaba como si sintiera frío. En efecto, entonces empezaba a experimentar un leve escalofrío febril, principio de una larga enfermedad que sufrió luego, a partir de aquella noche. Su severo aspecto, su mirada franca y seria, el sosiego de sus gestos, causaron una impresión muy favorable en todos. Nikolái Parfiónovich en seguida se sintió hasta un poco «seducido». Él mismo confesaba más tarde, hablando de sus impresiones en ciertos círculos, que sólo en aquel momento llegó a comprender hasta qué punto era «hermosa» aquella mujer; antes, aunque la había visto en repetidas ocasiones, la había considerado siempre como una especie de «hetaira de provincias». «Tiene unas maneras como si perteneciera a la más alta sociedad», soltó una vez, entusiasmado, en una reunión de damas. Pero su declaración indignó a sus oyentes, que le trataron en seguida de «travieso», lo que le puso a él muy contento. Al entrar en la estancia, Grúshenka dirigió una furtiva mirada a Mitia, quien, a su vez, la observaba inquieto, mas el aspecto de la joven le calmó en seguida. Después de las primeras preguntas y advertencias necesarias, Nikolái Parfiónovich, balbuceando un poco, aunque conservando, pese a todo, el aspecto más cortés, le preguntó: «¿En qué relaciones se encontraba con el teniente retirado Dmitri Fiódorovich Karamázov?». A lo cual Grúshenka respondió con voz suave y firme:

–Era conocido mío, y como conocido le he recibido en mi casa el último mes.

A ulteriores preguntas dictadas por la curiosidad, respondió declarando sin ambages y con plena franqueza que si bien él «algunas horas» le gustaba, ella no le había amado y le atraía «por mi abominable maldad», lo mismo que a aquel «pobre viejo»; veía que Mitia sentía por ella muchos celos de Fiódor Pávlovich y de todo el mundo, pero esto sólo la divertía. Nunca había pensado acudir a casa de Fiódor Pávlovich, lo único que hacía era reírse de él. «Durante todo este mes, poco estaba yo para preocuparme de ninguno de los dos; esperaba a otro hombre, culpable ante mí... Pero creo –concluyó– que no tienen ustedes por qué interesarse en lo que se refiere a esta cuestión y no he de responderles nada sobre este caso, que constituye un asunto particular mío.»

Nikolái Parfiónovich obró en seguida en consecuencia: dejó de insistir en lo referente a los puntos «novelescos» y pasó sin rodeos a lo serio, es decir, a la cuestión capital de los tres mil rublos. Grúshenka confirmó que un mes antes, en Mókroie, se habían gastado realmente tres mil rublos. Y aunque no había contado el dinero por sí misma, había oído decir a Dmitri Fiódorovich que se trataba de dicha cantidad.

–¿Se lo dijo a usted a solas o en presencia de alguien más, o bien se lo oyó usted decir a otros solamente? –inquirió al instante el fiscal.

En respuesta, Grúshenka declaró que se lo había oído contar a otras personas y que Dmitri Fiódorovich también se lo había dicho a ella a solas.

–¿Se lo oyó decir a solas una o varias veces? –insistió el fiscal, y se enteró de que Grúshenka lo había oído contar reiteradamente.

Ippolit Kirílovich estuvo muy contento de esta declaración. Ulteriores preguntas pusieron también en claro que Grúshenka conocía la procedencia de aquel dinero, es decir, sabía que Dmitri Fiódorovich lo había tomado de Katerina Ivánovna.

–¿Y no ha oído decir usted siquiera una sola vez que el dinero despilfarrado entonces no llegaba a los tres mil rublos y que Dmitri Fiódorovich se había guardado para sí la mitad de esta suma?

–No, no lo he oído decir nunca –respondió Grúshenka.

A continuación se aclaró, incluso, que, por el contrario, en el transcurso de todo aquel mes, Mitia le había hablado de su carencia de dinero, de que no tenía ni un kópek. «Siempre esperaba recibirlo de su padre», concluyó Grúshenka.

–¿Y no ha dicho alguna vez en presencia suya... sea de alguna manera incidental, sea en un acceso de cólera –preguntó de súbito Nikolái Parfiónovich–, que tenía la intención de atentar contra la vida de su padre?

–¡Oh, sí, lo ha dicho! –suspiró Grúshenka.

–¿Una sola vez o varias veces?

–Varias, siempre en momentos de cólera.

–¿Creía usted que lo iba a hacer?

–¡No! ¡No lo he creído nunca! –respondió sin vacilar–. Confiaba en su nobleza.

–Permítanme, señores –gritó de súbito Mitia–, permítanme decir en presencia suya una sola palabra a Agrafena Alexándrovna.

–Diga –consintió Nikolái Parfiónovich.

–Agrafena Alexándrovna –Mitia se levantó de la silla–, créeme en nombre de Dios: ¡de la sangre de mi padre, asesinado ayer, soy inocente!

Dichas estas palabras, Mitia volvió a sentarse en la silla. Grúshenka se levantó y se persignó devotamente mirando al icono.

–¡Dios sea loado! –exclamó con voz cálida, emocionada, y sin sentarse todavía en su asiento, añadió dirigiéndose a Nikolái Parfiónovich–: ¡Crean lo que acaba de decir! Le conozco: es capaz de despotricar por burlarse o por tozudez, pero nunca mentirá contra su conciencia. ¡Dirá la verdad a la cara, créanlo!

–Gracias, Agrafena Alexándrovna, ¡me has reconfortado el alma! –respondió Mitia con voz temblorosa.

A las preguntas concernientes al dinero de la víspera, Grúshenka declaró que no sabía cuánto era, pero había oído cómo Dmitri Fiódorovich decía a la gente muchas veces que había traído tres mil rublos. En cuanto a la procedencia del dinero, le había dicho a ella sola que lo había «robado» a Katerina Ivánovna, a lo cual ella le había respondido que no había robo y que debía devolver la suma al día siguiente, sin falta. A la insistente pregunta del fiscal acerca de si Mitia se refería al dinero de la víspera o a los tres mil rublos gastados ahí mismo un mes antes, Grúshenka declaró que Mitia había hablado de los tres mil rublos del pasado mes y que así lo había entendido ella.

Por fin dejaron libre a Grúshenka, y Nikolái Parfiónovich le comunicó con mucha viveza que si lo deseaba podía regresar a la ciudad, aunque fuera inmediatamente, y que si él, por su parte, podía ayudarla en algo y proporcionarle un carruaje, por ejemplo, o si deseaba ella que alguien la acompañase, él... por su parte...

–Le estoy muy agradecida –Grúshenka se inclinó levemente, saludando–; regresaré con ese viejo, el terrateniente; le acompañaré, pero de momento, si me lo permiten, esperaré abajo hasta saber qué deciden ustedes acerca de Dmitri Fiódorovich.

Salió. Mitia estaba tranquilo y hasta se le veía muy animado, pero sólo por unos momentos. Una extraña impotencia física le iba dominando, tanto más cuanto más tiempo pasaba. Los ojos se le cerraban de fatiga. Por fin se terminó el interrogatorio de los testigos. Procedieron a la redacción definitiva del atestado. Mitia se levantó de su silla y se dirigió a un ángulo de la estancia, cerca de la cortina, donde se tendió sobre un baúl de la casa recubierto con un tapiz, y al instante se quedó dormido. Tuvo un sueño muy raro, que no parecía estar relacionado de ningún modo ni con el lugar ni con el

tiempo. Se vio en alguna parte imprecisa de la estepa, allí donde antes había prestado su servicio militar; un mujik le llevaba en un carro, tirado por dos caballos; el camino estaba hecho un barrizal. Mitia sentía frío, era a comienzos de noviembre; la nieve caía formando grandes copos húmedos y, al llegar al suelo, se derretía al instante. El mujik llevaba los caballos a paso vivo, agitando con gracia el látigo; era un hombre de larga y rubia barba, al que no se le podía llamar viejo; tendría unos cincuenta años, vestía un pobre caftán gris de mujik. Se acercaban a un poblado, se distinguían las isbas negras, muy negras; la mitad había ardido, no quedaban en pie más que los troncos calcinados. A la salida del poblado, en el camino, se habían puesto en hilera las mujeres, muchas mujeres, todas flacas, macilentas, con la cara de un extraño color terroso. Una del extremo, sobre todo, muy descarnada y alta, parecía tener cuarenta años y quizá no contaba más allá de veinte, con el rostro largo, consumido; llevaba una criaturita en brazos, que estaba llorando; ella debía tener, sin duda, los pechos resecos, sin una sola gota de leche. La criaturita lloraba, lloraba, extendiendo sus bracitos desnudos con los pequeños puños amoratados de frío.

–¿Por qué lloran? ¿Por qué lloran? –preguntó Mitia al pasar volando por delante de aquellos seres.

–Es el angelito –le respondió el cochero–, es el angelito el que llora.

A Mitia le sorprendió que ése le hubiera dicho a su modo, a lo mujik: «angelito» y no criatura. Y le gustaba que el mujik hubiera dicho «angelito»: parecía que así manifestaba más compasión.

–¿Y por qué llora? –insistió, como un estúpido, Mitia–. ¿Por qué va con los bracitos desnudos, por qué no le abrigan?

–El angelito tiene frío, tiene helada la ropita, que ya no le calienta.

–Pero ¿por qué es así? ¿Por qué? –siguió en sus trece el torpe de Mitia.

–Porque son pobres, con las isbas quemadas, sin un pedacito de pan, mendigan en un lugar quemado.

–No, no –parecía como si Mitia aún no entendiera–, dime: ¿por qué están ahí de pie madres cuyas casas se han incendiado, por qué hay gente pobre, por qué es pobre el angelito, por qué está desnuda la estepa, por qué no se abrazan, no se besan, por qué no cantan canciones alegres, por qué se han vuelto negruzcas de negra miseria, por qué no dan de comer al angelito?

Él sentía en el fondo de sí mismo que hacía preguntas tontas y absurdas, pero experimentaba un deseo irresistible de preguntar precisamente de ese modo y sentía, también, que era así como había que preguntar. Y aún sentía, además, que en su corazón se elevaba una ternura como nunca había conocido hasta entonces, de modo que deseaba llorar, deseaba hacer algo en bien de todos para que no llorase más el angelito, para que tampoco llorase la negra y exhausta madre del angelito, para que desde aquel momento nadie más derramase lágrimas; deseaba hacerlo en seguida, sin esperar y, pese a todo, con toda la violenta impetuosidad karamazoviana.

«También yo estoy contigo, ahora no te dejaré, iré a tu lado toda la vida.» Oyó muy cerca esas palabras entrañables y llenas de ternura de Grúshenka. Y he aquí que el corazón se le inflama y se lanza hacia una luz, Mitia arde en ansias de vivir y vivir, de caminar y caminar por un camino impreciso, hacia la nueva luz que le llama, y pronto, muy pronto, ahora mismo, ¡inmediatamente!

–¿Qué? ¿Adónde? –exclamó, abriendo los ojos y sentándose en su baúl, como si se recobrara de un desmayo, con una sonrisa luminosa.

A su lado estaba de pie Nikolái Parfiónovich, quien le invitaba a escuchar y firmar el atestado de la declaración. Mitia adivinó que había estado durmiendo una hora o más, pero no escuchó a Nikolái Parfiónovich. De pronto se quedó

asombrado al ver una almohada debajo de su cabeza, pues no estaba allí cuando él se había tendido sin fuerzas sobre el baúl.

–¿Quién me ha puesto esta almohada debajo de la cabeza? ¡Quién ha sido esta persona tan buena! –exclamó con una emoción entusiasta y agradecida, con la voz entrecortada, como si le hubieran hecho Dios sabe qué bien.

Aquel buen hombre quedó ignorado, habría sido alguno de los testigos, quizás el secretario de Nikoláy Parfiónovich ordenó por compasión que le pusieran la almohada debajo de la cabeza, pero Mitia se sintió tan conmovido, que casi le asomaron las lágrimas a los ojos. Se acercó a la mesa y declaró que firmaría lo que fuese.

–He tenido un buen sueño, señores –manifestó de manera en cierto modo rara, con una nueva expresión en el rostro, como radiante de alegría.

9. Se llevan a Mitia

Firmado el documento, Nikoláy Parfiónovich se dirigió solemnemente al acusado y le leyó una «disposición» en la cual se decía que en tal año y día, en tal lugar, el juez de instrucción tal, de la Audiencia del distrito, después de haber interrogado a fulano de tal (es decir, a Mitia) en calidad de acusado de esto y lo otro (todos los cargos estaban minuciosamente registrados), y tomando en consideración que el acusado, pese a negar su culpabilidad en los delitos que se le imputaban, no había presentado ninguna prueba de descargo, mientras que los testigos (tales y cuales) y las circunstancias (tales y cuales) le acusaban plenamente, guiándose por tales y tales artículos del Código penal, etc., había dispuesto: para evitar que fulano de tal (Mitia) pudiera sustraerse a la instrucción y procesamiento, se le encerraría en la cárcel de tal lugar, de lo que se informaría al acusado, y se pasaría co-

pia de la presente disposición al vicefiscal, etc. En una palabra, declararon a Mitia que desde aquel momento quedaba detenido, que le trasladarían a la ciudad y le encerrarían en un lugar muy desagradable. Mitia, después de escuchar con mucha atención, se limitó a encogerse de hombros.

–Qué le vamos a hacer, señores, yo no les culpo a ustedes, estoy preparado... Comprendo que no podían obrar de otro modo.

Nikolái Parfiónovich le explicó con suavidad que le conduciría en seguida el subcomisario de policía rural Mavriki Mavríkievich, quien precisamente se encontraba allí...

–Un momento –le interrumpió de pronto Mitia, y, como obedeciendo a un irresistible impulso, dijo con sentidas palabras, dirigiéndose a todos los presentes–: Señores, todos somos crueles, todos somos unos monstruos, todos hacemos llorar a la gente, a las madres y a los niños de pecho, pero de todos (que quede ahora así decidido), ¡de todos, soy yo el más miserable! ¡Sea! Cada día de mi existencia, yo, dándome golpes al pecho, he jurado corregirme y cada día he cometido las mismas bajezas. Ahora comprendo que quienes son como yo necesitan un golpe, un golpe del destino que los capture como un lazo y los retuerza con una fuerza eterna. ¡Nunca me habría elevado por mí mismo, nunca! Pero ha retumbado el trueno. Acepto el tormento de la acusación y de mi deshonor público, quiero sufrir y con el sufrimiento me purificaré. Porque quizá llegue a purificarme con el sufrimiento, ¿verdad, señores? Sin embargo, escúchenme por última vez: ¡soy inocente de la sangre de mi padre! Acepto el castigo no por haberle matado, sino por haberle querido matar y, quizá, realmente le habría matado... Pero, de todos modos, tengo el propósito de luchar contra ustedes, se lo advierto. Lucharé hasta el fin, y luego, ¡que Dios decida! Adiós, señores, no me guarden rencor por haberles gritado durante el interrogatorio, ¡oh!, yo era entonces tan estúpido aún... Dentro de un instante seré un preso, y ahora, por últi-

ma vez, Dmitri Karamázov, como hombre aún libre, les tiende la mano. ¡Al despedirme de ustedes, me despido de la gente!...

La voz le temblaba, y Mitia realmente iba a tender la mano, pero Nikolái Parfiónovich, que era quien se encontraba más cerca de él, retiró la suya de pronto, con un gesto casi convulsivo. Mitia lo advirtió al instante y se estremeció. En seguida dejó caer la mano que había avanzado ya.

–La instrucción no se ha terminado todavía –se puso a balbucear Nikolái Parfiónovich, algo confuso–, proseguiremos en la ciudad y, desde luego, por mi parte estoy dispuesto a desearle el mayor éxito... para que se justifique... En realidad, Dmitri Fiódorovich, siempre me he sentido inclinado a considerarle como un hombre, válgame la palabra, más bien desgraciado que culpable... Todos cuantos aquí nos encontramos, si se me permite que hable en nombre de todos, todos estamos dispuestos a reconocerle como un joven de noble fondo, pero que, ¡ay!, se deja arrastrar por algunas pasiones más allá de lo que debiera...

Al final de estas palabras, la pequeña figura de Nikolái Parfiónovich había adquirido una actitud de extrema dignidad. A Mitia le vino de pronto a la cabeza que ese «muchacho» le iba a tomar del brazo, le llevaría a un extremo para reanudar su conversación, aún reciente, sobre «chicas». ¡Pero no son pocas las ideas extrañas, sin relación alguna con las circunstancias, que a veces se le ocurren incluso al criminal cuando le conducen al patíbulo!

–Señores, ustedes son buenos, son humanos. ¿Puedo verla, puedo despedirme de *ella* por última vez? –preguntó Mitia.

–Sin duda, pero a la vista... En una palabra, ahora ya no es posible si no es en presencia...

–¡En presencia suya, no hay inconveniente!

Condujeron a Grúshenka, pero la despedida fue breve, lacónica; no satisfizo a Nikolái Parfiónovich. Grúshenka saludó a Mitia inclinándose profundamente.

–Te he dicho que soy tuya y seré tuya; te acompañaré toda la vida, no importa dónde te manden. ¡Adiós, hombre inocente que te has perdido a ti mismo!

Le temblaron los labios, le brotaron las lágrimas.

–¡Perdóname, Grusha, por mi amor, por haber sido causa también de tu perdición al amarte!

Mitia aún quería decir alguna cosa más, pero de pronto se interrumpió y salió. Al instante le rodearon unos hombres que no apartaban de él la vista. Abajo, frente al pequeño porche hacia el que con tanto estrépito había corrido el día anterior en la troika de Andréi, había ya dos carros preparados. Mavriki Mavríkievich, hombre bajo y robusto, de cara fláccida, estaba irritado por algún desorden que se había producido inesperadamente, se enojaba y gritaba. En un tono de excesiva seriedad invitó a Mitia a subir a un carro. «Antes, cuando le ofrecía de beber en la taberna, el hombre me ponía una cara muy distinta», pensó Mitia al subir. También Trifón Borísovich bajó del pequeño porche. Junto al portón se aglomeró la gente, mujiks, mujeres, cocheros, todos clavaban la mirada en Mitia.

–¡Adiós, buena gente! –les gritó de pronto Mitia desde el carro.

–Y perdónanos tú también a nosotros –resonaron dos o tres voces.

–¡Y a ti también, Trifón Borísich, adiós!

Pero Trifón Borísich ni siquiera se volvió; quizás estaba muy ocupado, pues también gritaba e iba de un sitio para otro. Resultó que en el segundo carro, en el que dos alguaciles debían acompañar a Mavriki Mavríkievich, no se encontraba aún todo a punto. El pequeño mujik a quien habían designado para conducir la segunda troika, se estaba poniendo un caftán, de burdo paño y discutía acaloradamente; sostenía que no era él quien debía hacer el viaje, sino Akim. Pero Akim no estaba; habían ido en su busca; el pequeño mujik insistía en lo suyo y rogaba esperar un poco más.

–¡Esta gente, Mavriki Mavríkievich, no tiene vergüenza! –exclamaba Trifón Borísich–. Hace tres días Akim te dio veinticinco kópeks, que te has bebido, y ahora gritas. Lo que me admira, Mavriki Mavríkievich, es que sea usted tan bueno con nuestra gentuza, ¡es lo único que puedo decirle!

–¿Para qué necesitamos la segunda troika? –intervino Mitia–. Vamos en una, Mavriki Mavríkievich, no me voy a rebelar ni me fugaré de tu lado, ¿para qué la escolta?

–Usted, señor, tenga la bondad de aprender a hablar conmigo si no ha aprendido aún; yo no soy su compañero, y haga el favor de no tutearme; además, otra vez guárdese los consejos... –le interrumpió furioso Mavriki Mavríkievich, visiblemente satisfecho de poder dar rienda suelta a su mal humor.

Mitia se calló. Se puso completamente rojo. Un instante después, sintió de pronto mucho frío. Había dejado de llover, mas el turbio cielo estaba cubierto de nubes, un viento desapacible le azotaba en la cara. «Tendré calentura», pensó Mitia encogiéndose de hombros. Por fin subió al carro Mavriki Mavríkievich, quien se dejó caer en el asiento pesadamente, arrellanándose con comodidad, y, como si no se diera cuenta, obligó a Mitia a estrecharse mucho en su lugar. Verdad es que estaba de muy mal humor, en extremo descontento de la misión que le habían encomendado.

–¡Adiós, Trifón Borísich! –volvió a gritarle Mitia, y se dio cuenta de que esta vez no había gritado por bondad, sino con rencor, contra su propia voluntad.

Pero Trifón Borísich, orgulloso, con las manos a la espalda, clavó la vista en Mitia, le miró lleno de severidad y enojo, sin responderle nada.

–¡Adiós, Dmitri Fiódorovich, adiós! –resonó de pronto la voz de Kalgánov, surgido inesperadamente no se sabía de dónde.

Se precipitó hacia el carro y tendió la mano a Mitia. Iba sin gorra. Mitia aún tuvo tiempo de cogerle la mano y estrechársela.

–¡Adiós, hombre de corazón, no olvidaré esta generosidad! –exclamó con calor.

Pero el carro se puso en movimiento, las manos se separaron. Tintinearon las campanillas, se llevaban a Mitia.

Kalgánov corrió al vestíbulo, se sentó en un rincón, inclinó la cabeza, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar; permaneció mucho tiempo sentado, llorando; lloraba como si fuera aún un niño y no un hombre de veinte años. ¡Oh, estaba casi convencido de la culpabilidad de Mitia! «¡Cómo es esta gente, qué puede uno creer de la gente después de ver estas cosas!», exclamaba sin ilación, sumido en amargo abatimiento, casi desesperado. En ese instante, ni ganas tenía siquiera de vivir en este mundo. «¿Vale la pena, vale la pena?», exclamaba el acongojado joven.

Cuarta parte

Libro décimo
Los niños

1. Kolia Krasotkin

Ha llegado noviembre. En nuestra población, el frío ha alcanzado los once grados bajo cero, cubriendo con una resbaladiza capa de hielo la desnuda tierra. Sobre el suelo helado ha caído por la noche un poco de nieve seca; el viento, «seco y punzante», la levanta y la arrastra por las aburridas calles de nuestra pequeña ciudad, sobre todo por la plaza del mercado. La mañana es brumosa, pero la nievecita ha dejado de caer. No lejos de la plaza, cerca de la tienda de los Plótnikov, se levanta una pequeña casita, muy limpita por afuera y por dentro, que pertenece a la señora Krasotkina, viuda de un funcionario. Krasotkin, secretario provincial, murió hace ya mucho tiempo, casi catorce años, pero su viuda, una damita de poco más de treinta años, muy agraciada aún, vive y se mantiene «con su capital» en su limpia casita. Lleva una vida honesta y recatada, es de carácter tierno, aunque bastante jovial. Tenía unos dieciocho años cuando se le murió el esposo después de haber vivido con él sólo un año y cuando acababa de dar a luz a un niño. Desde entonces, desde el fallecimiento de su marido, se ha consagrado por ente-

ro a la educación de su hijo entrañable, el pequeño Kolia [1], y aunque le ha querido todos esos catorce años con un amor infinito, claro está que el niño le ha proporcionado muchos más sufrimientos que alegrías, pues poco menos que todos los días ha estado ella temblando y muriendo de miedo con sólo pensar que el niño podía caer enfermo, resfriarse, hacer alguna travesura, trepar a una silla y rodar al suelo, etc. Cuando Kolia empezó a ir a la escuela y luego a nuestro colegio, la madre se dedicó a estudiar todas las asignaturas para ayudarle y repasar con él las lecciones, se esforzó por trabar conocimiento con los maestros del niño y con sus esposas, halagaba incluso a los camaradas de Kolia, escolares, los adulaba para que no la tomaran con su hijo, para que no se burlasen de él ni le pegasen. Llegó hasta tal punto que, por su culpa, los muchachos empezaron a burlarse de Kolia y a molestarle llamándole el niño mimado de su mamá. Pero el muchacho supo defenderse. Era un chico valiente, «de una fuerza terrible», como pronto se dijo de él en su clase, y tal reputación se confirmó; era hábil, tenaz, de espíritu osado y emprendedor. Estudiaba bien y hasta se corría la voz de que en aritmética y en historia universal habría podido batir al mismísimo maestro Dardanélov. Pero el muchacho, aunque miraba a todo el mundo de arriba abajo y se pavoneaba, era un buen camarada, nada orgulloso. Aceptaba la consideración de los escolares como algo que se le debía, pero era afectuoso en el trato. Lo más importante era que tenía sentido de la medida, sabía contenerse en el momento necesario, y en sus relaciones con los superiores nunca rebasaba cierto límite último y recóndito, más allá del cual la falta ya no puede ser tolerada y se convierte en desorden, insubordinación y acto ilegal. Sin embargo, no estaba en contra de hacer travesuras siempre que se presentara la ocasión, de hacer trastadas como el último de los chicuelos, y no tanto por la dia-

1. Diminutivo de Nikolái (Nicolás).

blura en sí cuanto por el afán de inventar alguna cosa, de deslumbrar, de causar sensación, de dejar chiquitos a los demás, de gallear. Tenía mucho amor propio. Había logrado incluso dominar a su madre, a la que trataba casi despóticamente. Ella se subordinaba, ¡oh!, hacía ya mucho tiempo que se subordinaba, y lo único que no podía sufrir era la idea de que el niño «la amase poco». Siempre tenía la impresión de que Kolia se mostraba «insensible» hacia ella y a veces, derramando histéricas lágrimas, empezaba a reprocharle su frialdad. Al niño esto no le gustaba, y cuanto más efusiones cordiales exigían de él tanto más huraño parecía quererse mostrar, como si lo hiciera adrede. Pero en realidad, su reacción no era intencionada, sino inconsciente, fruto de su carácter. Su madre se equivocaba: él quería mucho a su mamá, lo único que no quería eran las «carantoñas pegajosas», como se expresaba él en su lenguaje escolar. Su padre, al morir, había dejado un armario en el que se guardaban algunos libros; Kolia era aficionado a la lectura y se había leído ya varias de aquellas obras. Su madre no se preocupaba por ello, aunque a veces se sorprendía de que el muchacho, en vez de ir a jugar, se pasara horas enteras junto al armario, leyendo. De este modo, Kolia leyó algunas cosas que no debía haber leído aún a su edad. De todos modos, últimamente, aunque el chico no era amigo de rebasar cierto límite en sus trastadas, había empezado a hacer tales diabluras que habían asustado no poco a la madre; no se trataba de actos inmorales, es cierto, pero sí temerarios, insensatos. Aquel verano, precisamente, en el mes de julio, durante las vacaciones, la mamita y su hijito se habían ido a pasar una semana en otra comarca, a unas setenta verstas de distancia, en casa de una pariente lejana cuyo marido estaba empleado en la estación de ferrocarril (la más cercana a nuestra ciudad, la misma estación en que un mes más tarde Iván Fiódorovich Karamázov tomaría el tren hacia Moscú). Allí Kolia empezó observando con todo detalle la línea de ferrocarril, estudió el

funcionamiento de las instalaciones ferroviarias, comprendía que con sus nuevos conocimientos podría brillar, de regreso en su ciudad, entre sus compañeros de colegio. Pero se encontraban entonces en aquel lugar otros muchachos con los que trabó amistad; algunos de ellos vivían junto a la mismísima estación; y otros, cerca; se reunieron unos seis o siete muchachos de doce a quince años, dos de los cuales resultaron ser de nuestra población. Los chavales jugaban juntos, hacían travesuras, y he aquí que al cuarto o quinto día de reunirse en la estación, entre aquella tonta juventud se hizo una apuesta archiestúpida en la que se jugaban dos rublos. Kolia, casi el más joven de todos ellos y, por esto, algo despreciado de los mayores, movido por su amor propio o por una osadía imperdonable, dijo que él, por la noche, cuando llegara el tren de las once, se echaría boca abajo entre los raíles y permanecería inmóvil mientras el tren pasara por encima a toda velocidad. Verdad es que habían efectuado un estudio previo y habían llegado a la conclusión de que realmente era posible tenderse y pegarse contra el suelo entre los raíles, de modo que el tren, claro está, pasara sin rozar al que estuviese echado. Sin embargo, ¡quién era el guapo capaz de hacer la prueba! Kolia sostenía firmemente que se mantendría echado. Al principio se rieron de él, le llamaban mentiroso, fanfarrón, pero con esto no lograban más que emperrarle en sus trece. El caso era que aquellos muchachos de quince años se le habían mostrado en exceso altaneros y al principio ni siquiera deseaban tenerle por camarada, por ser «pequeño», lo cual ya llegaba a ser una ofensa insoportable. Se decidió, pues, que cuando hubiera oscurecido se dirigirían a una versta de distancia de la estación, para que el tren tuviera tiempo de adquirir velocidad después de ponerse en marcha. Los muchachos se reunieron. Era una noche sin luna, no ya oscura, sino casi negra. A la hora correspondiente, Kolia se tendió entre los raíles. Los otros cinco apostantes, con el corazón en un puño y, después, llenos de mie-

do y de arrepentimiento, esperaban debajo del talud, entre unos arbustos, junto a la vía. Por fin, se oyó a lo lejos el ruido del tren que salía de la estación. Brillaron en la oscuridad dos faroles rojos, retumbó estrepitosamente el monstruo que se acercaba. «¡Corre, sal de los raíles!», le gritaron desde los arbustos los muchachos, muertos de miedo, pero ya era tarde: el tren llegó y pasó volando por delante de ellos. Los muchachos se precipitaron hacia Kolia: estaba inmóvil, echado. Empezaron a sacudirle, a levantarle. De pronto, Kolia se alzó y bajó del talud sin decir una palabra. Cuando hubo descendido, declaró que había permanecido como desmayado adrede, para asustarles, pero la verdad era que se había desmayado en realidad, como él mismo confesó a su madre, ya después de mucho tiempo. De este modo, le quedó para siempre la fama de «temerario». Regresó a su casa pálido como la pared. Al día siguiente, sufrió una ligera fiebre nerviosa, pero se sentía enormemente dichoso, satisfecho y contento. El hecho no se conoció en seguida, sino cuando Kolia ya había vuelto a nuestra ciudad; la noticia penetró en el colegio y llegó hasta la dirección. Pero entonces la mamita de Kolia se lanzó a suplicar por su hijo y acabó logrando que le defendiera y hablara en su favor el respetable e influyente maestro Dardanélov, de modo que se echó tierra al asunto como si nada hubiera sucedido. Ese Dardanélov, hombre soltero, joven aún, estaba apasionadamente enamorado de la señora Krasótkina hacía ya muchos años, y una vez, haría de ello un año poco más o menos, se había atrevido a pedirle la mano con el mayor respeto del mundo y el corazón encogido de miedo y delicadeza; pero la dama se negó en redondo, considerando su consentimiento como una traición a su hijo, a pesar de que Dardanélov, en virtud de ciertas señales secretas, tenía, quizás, hasta cierto derecho a soñar con que no resultaba del todo indiferente a la encantadora y tierna viudita, si bien ya en exceso casta. La loca diablura de Kolia, al parecer, había roto el hielo, y a Dardanélov,

por su ayuda, se le hizo una alusión a la esperanza, cierto que lejana; mas el propio Dardanélov era un fenómeno de pureza y sensibilidad, de modo que por el momento aquello le bastaba para sentirse plenamente feliz. Amaba al muchacho, aunque habría considerado humillante adularle, y era con él severo y exigente en clase. Pero también Kolia le mantenía a una deferente distancia, preparaba las lecciones muy bien, era el segundo alumno de la clase, se dirigía a Dardanélov con sequedad, y la clase entera estaba firmemente convencida de que en historia universal Kolia estaba tan empollado que «batiría» al propio maestro. En efecto, Kolia le hizo en cierta ocasión una pregunta: «¿Quién fundó Troya?», a lo que Dardanélov respondió sólo en general, hablando de los pueblos, de sus desplazamientos y migraciones, de la profundidad de los tiempos, de lo mitológico, mas no pudo responder a la pregunta concreta de quién había fundado Troya, es decir, qué personas lo habían hecho, y hasta consideró, vaya a saber por qué razón, que la pregunta era ociosa y sin fundamento. Pero los muchachos quedaron convencidos de que Dardanélov no sabía quién había fundado Troya. En cambio, Kolia había leído lo que dice acerca de los fundadores de Troya el historiador Smarágdov en un libro que se conservaba en el armario de su papá. Por fin todos los chicos acabaron interesándose por la cuestión de quién había fundado Troya, pero Krasotkin no reveló su secreto y nada pudo conmover ya su fama de instruido.

Después del suceso de la línea del tren, se produjo cierto cambio en las relaciones entre Kolia y su madre. Cuando Anna Fiódorovna (la viuda Krasótkina) tuvo noticia de la hazaña de su hijo, por poco se vuelve loca de horror. Durante varios días sufrió, con intervalos, espantosos ataques de nervios, y Kolia, ya seriamente atemorizado, le dio palabra de honor de que jamás repetiría travesuras semejantes. Lo juró de rodillas ante un icono y lo juró por la memoria de su padre, como lo exigió la propia señora Krasótkina; Kolia

mismo, el «intrépido», lloró «de sentimiento» como un niño de seis años, y durante todo aquel día madre e hijo se estuvieron abrazando y llorando conmovidos. Al día siguiente, Kolia se despertó «insensible» como siempre; no obstante, se hizo más callado, más modesto, más severo, más pensativo. Verdad es que mes y medio más tarde volvió a estar metido en otra travesura y su nombre llegó a ser conocido hasta de nuestro juez de paz, pero la trastada tenía ya un carácter distinto, era hasta ridícula y tonta, y, según se vio luego, no la había cometido Kolia mismo, sino que el chico sólo se había encontrado mezclado en ella. Pero de esto ya hablaremos de un modo u otro más adelante. La madre seguía temblando y atormentándose, mientras que Dardanélov se sentía cada vez más y más esperanzado a medida que aumentaban las inquietudes de la dama. Ha de advertirse que Kolia comprendía y adivinaba en este aspecto a Dardanélov y, claro está, le despreciaba profundamente por tales «sentimientos»; antes, incluso tenía la falta de delicadeza de poner de manifiesto su desprecio ante su madre, aludiendo de lejos que comprendía los propósitos del maestro. Pero después de lo ocurrido en la vía del ferrocarril, también en esta cuestión cambió de conducta: no volvió a permitirse hacer alusión alguna, ni siquiera la más vaga, y ante su madre empezó a hablar con más respeto de Dardanélov, cosa que en seguida comprendió la sensible Anna Fiódorovna con infinito agradecimiento de su corazón, si bien, en cambio, en presencia de Kolia, la más pequeña palabra acerca de Dardanélov, aunque fuera casual o dicha por algún extraño que estuviera de visita, la ponía roja de vergüenza, como una amapola. En esos instantes, Kolia miraba hacia la ventana con cara fosca o examinaba si sus botas altas necesitaban betún o llamaba furioso a *Perezvón,* un can peludo, bastante grande y de mala pinta, al que había recogido hacía cosa de un mes, lo había traído a su casa y lo tenía dentro, en secreto, no se sabía por qué razón, sin enseñarlo a ninguno de sus camara-

das. Lo tiranizaba de manera espantosa, enseñándole toda clase de gracias y habilidades, y llevó al pobre animal hasta el punto de que aullaba cuando el chico se iba a clase y gruñía de contento cuando Kolia regresaba; entonces el perro saltaba como medio loco, se levantaba de patitas, se echaba al suelo y se hacía el muerto, etc.; en una palabra, ejecutaba todas las habilidades que le habían enseñado y no ya porque se lo exigieran, sino tan sólo por impulso de su entusiasmo y de su agradecido corazón.

A propósito, se me había olvidado recordar que Kolia Krasotkin era el mismo chico a quien el pequeño Iliusha, conocido ya del lector, hijo del ayudante de capitán retirado Sneguiriov, había clavado un cortaplumas en un muslo para defender a su padre, motejado de «Estropajo» por los escolares.

2. Chiquillos

En aquella mañana fría y cruda de noviembre, el muchacho Kolia Krasotkin se había quedado en su casa. Era domingo, no había clases. Habían dado ya las once y necesitaba imperiosamente salir a la calle «por un asunto muy importante»; pero el caso era que en toda la casa se había quedado solo; en cierto modo como guardián, pues todos los habitantes adultos de la misma, por una circunstancia extraordinaria y original, habían debido ausentarse. En la casa de la viuda Krasótkina, enfrente de la vivienda que ocupaba la propietaria, al otro lado del zaguán, había otra vivienda de dos pequeñas piezas, que ocupaba en arriendo la esposa de un médico con dos hijos suyos de pocos años. Era de la misma edad que Anna Fiódorovna y gran amiga suya; en cuanto al médico, hacía ya casi un año que había partido para Orenburg y luego para Tashkent, y desde hacía unos seis meses nada se sabía de él, de modo que sin la amistad de la señora

Krasótkina, que procuraba suavizar la pena de la esposa abandonada, aquella mujer se habría consumido llorando. Y tuvo que ocurrir, para colmo de desdichas, que aquella misma noche, la del sábado al domingo, Katerina, la única criada de la esposa del doctor, de pronto y de manera por completo inesperada para su señora, declarara que seguramente daría a luz por la mañana. Para todos resultaba casi un milagro el que nadie se hubiera dado cuenta de nada antes. La mujer del médico, estupefacta, decidió trasladar a Katerina, mientras estaba a tiempo para hacerlo, al establecimiento que para casos análogos había montado en nuestra ciudad una comadrona. Como quiera que tenía en mucha estima a esa criada, cumplió en seguida su proyecto, la acompañó y, además, se quedó a su lado. Luego, ya por la mañana, hizo falta recurrir a la amistosa intervención y ayuda de la propia señora Krasótkina, la cual en este caso podía hacer entrar en juego sus relaciones y proporcionar cierta protección. De este modo, las dos señoras se hallaban ausentes mientras que, por otra parte, la propia criada de la señora Krasótkina, la sirvienta Agafia, se había ido al mercado, y Kolia se vio de este modo por cierto tiempo encargado de la custodia y guarda de los «pitusos», o sea, del crío y de la cría de la esposa del médico, que habían quedado solitos. Kolia no tenía miedo a montar la guardia de la casa; además, con él estaba *Perezvón,* al que había ordenado echarse de panza al suelo en el vestíbulo, debajo de un banco, «y no moverse», por lo que cada vez que Kolia, en sus idas y venidas por las habitaciones de la casa, entraba en el vestíbulo, el perro sacudía la cabeza y daba dos coletazos fuertes y suplicantes sobre el suelo, si bien, ¡ay!, no resonaba ningún silbido llamándolo. Kolia lanzaba una amenazadora mirada al desdichado can, que volvía a quedar como petrificado en obediente inmovilidad. Pero si algo turbaba al muchacho eran únicamente los «pitusos». La inesperada aventura de Katerina le merecía, desde luego, el más pro-

fundo desprecio, pero quería mucho a los «pitusos», medio huérfanos, y ya les había llevado un libro infantil. Nastia[1], de ocho años, la mayor de los dos pequeños, sabía leer, y el «pituso» menor, el pequeño Kostia[2], de siete años, estaba encantado cuando oía leer a su hermanita. Naturalmente, Krasotkin habría podido entretenerles de manera más divertida, es decir, habría podido colocarlos en fila y empezar a jugar con ellos a los soldados, o bien habrían podido jugar al escondite por toda la casa. Más de una vez lo había hecho ya y no desdeñaba hacerlo, de modo que hasta en su clase una vez corrió la voz de que Krasotkin en su casa jugaba a los caballos con sus pequeños inquilinos, se dejaba enganchar tras el primer caballo y bajaba la cabeza, pero Krasotkin rechazó orgullosamente esta acusación manifestando que con chicos de su edad, de trece años, sería realmente vergonzoso jugar a los caballos «en nuestro tiempo», pero que lo hacía por los «pitusos», pues los quería, y nadie tenía derecho a pedirle cuentas de sus sentimientos. En cambio, los dos «pitusos» le adoraban. Pero esta vez no estaba él para juegos. Debía ocuparse de un asunto propio muy importante y al parecer hasta algo misterioso; mas el tiempo pasaba y Agafia, a cuya vigilancia habría podido dejar a los niños, aún no quería regresar del mercado. Kolia había cruzado ya varias veces el zaguán, había abierto la puerta que daba a la estancia de la esposa del médico y había mirado con aire de preocupación a los «pitusos», quienes, por indicación suya, se entretenían con el libro y cada vez que él abría la puerta se reían en silencio con una ancha sonrisa, esperando que entrase y les organizase algo magnífico y divertido. Pero Kolia se sentía interiormente alarmado y no entraba. Por fin dieron las once y tomó la firme resolución de que si diez minutos después la «maldita» Agafia no había regresado, él sal-

1. Diminutivo de Anastasia.
2. Diminutivo de Konstantín.

dría de la casa sin esperarla, desde luego, habiendo hecho prometer antes a los «pitusos» que no se iban a asustar sin él, que no harían diabluras y que no llorarían de miedo. Ya con esta intención, se puso su abriguito de invierno forrado de guata y cuello hecho con la piel de algún gatito, se colgó la cartera al hombro y, a pesar de las anteriores súplicas reiteradas de su madre para que jamás saliera haciendo «tanto frío» sin calzarse los chanclos de goma, se limitó a echarles una mirada de desprecio al cruzar el vestíbulo y se quedó con las botas altas, sin chanclos. El perro, al verle vestido para salir, empezó a dar fuertes coletazos contra el suelo, poniendo nerviosamente en tensión todo el cuerpo e incluso soltó un lastimero aullido, pero Kolia, al observar tanta ardorosa impaciencia en el animal, pensó que ello relajaba la disciplina y lo tuvo aún unos momentos más debajo del banco; sólo cuando abría la puerta que daba al zaguán, de pronto le silbó. El perro brincó como loco y se puso a saltar de contento ante él. Kolia cruzó el zaguán y abrió la puerta de los «pitusos». Ambos permanecían sentados a la mesita, como antes, pero ya no leían, sino que discutían acaloradamente. Esos niños a menudo discutían entre sí acerca de distintas cuestiones chocantes de la vida cotidiana, aunque Nastasia, como mayor, siempre vencía; sin embargo, Kostia, si no quería dar su brazo a torcer, casi siempre apelaba a Kolia Krasotkin y lo que éste decidía era aceptado como sentencia absoluta por ambas partes. Esa vez, la discusión de los «pitusos» interesó un poco a Krasotkin, quien se paró a la puerta a escuchar. Los niños vieron que estaba escuchando y prosiguieron su disputa con mayor enardecimiento.

–No creeré nunca, ¡nunca! –sostenía con calor Nastia–, que las comadronas encuentren a los niños pequeños en el huerto, entre las ringleras de coles. Ahora ya estamos en invierno, no hay coles en los huertos, y la comadrona no habría podido traer una hijita a Katerina.

–¡I-u! –silbó para sí Kolia.

–O verás: quizá sí los traen de alguna parte, pero sólo a las casadas.

Kostia miró fijamente a Nastia; la escuchaba muy caviloso y reflexionaba.

–Nastia, qué tonta eres –repuso, al fin, con firmeza y sin alterarse–. ¿Cómo puede tener un niño Katerina, si no está casada?

Nastia se sulfuró terriblemente.

–No entiendes nada –le cortó irritada –; es posible que haya tenido un marido, pero que ahora esté en la cárcel, y ella ha dado a luz.

–¿Acaso tiene un marido en la cárcel? –inquirió con gravedad el positivo Kostia.

–O verás –le interrumpió impetuosamente Nastia, olvidándose ya por completo de su primera hipótesis–, no tiene marido, en esto la razón es tuya, pero quiere casarse y se ha puesto a pensar cómo se casaría; lo ha estado pensando, pensando, y lo ha pensado hasta que ha tenido no un marido, sino una criaturita.

–Bueno, si es así ya es distinto –asintió totalmente vencido Kostia–, pero antes no lo habías dicho; así que cómo podía saberlo.

–Ea, arrapiezos –articuló Kolia, entrando en la habitación–, ¡veo que sois gente peligrosa!

–¿*Perezvón* le acompaña? –Kostia se rió con ancha sonrisa y empezó a llamar al perro haciendo restallar los dedos.

–Pitusos, me encuentro en una situación difícil –comenzó a explicar con gravedad Krasotkin– y tenéis que ayudarme: Agafia con toda seguridad se ha roto una pierna, pues todavía no ha regresado, esto no tiene vuelta de hoja; pero yo he de irme. ¿Me dejaréis salir?

Los niños se miraron uno a otro, inquietos, y sus rostros sonrientes empezaron a adquirir un cierto aire de preocupación. De todos modos, aún no comprendían del todo qué se esperaba de ellos.

–¿No haréis travesuras sin mí? ¿No os subiréis al armario ni os romperéis una pierna? ¿No os pondréis a llorar de miedo al veros solos?

En los rostros de los niños se reflejó una angustia espantosa.

–A cambio, yo podría mostraros un objeto pequeño, un cañoncito de cobre que puede dispararse con pólvora de verdad.

Las caras de los pequeñuelos se iluminaron al momento.

–Enséñenos el cañoncito –pidió Kostia, radiante.

Krasotkin hundió la mano en su cartera, y sacando de ella un cañoncito de cobre, lo puso sobre la mesa.

–¡Ah, sí, enséñenoslo!

–Mirad, va sobre ruedas –hizo rodar el juguete sobre la mesa– y puede disparar. Se puede cargar con perdigones y dispara.

–¿Y mata?

–¡A todo el mundo! Sólo hace falta apuntar bien.

Y Krasotkin les explicó dónde había que colocar la pólvora, dónde se introducían los perdigones, les mostró un pequeño orificio por el que el fuego podía comunicarse a la carga y contó que solía producirse retroceso. Los pequeños le escuchaban con enorme curiosidad. Lo que impresionó sobre todo su imaginación fue que se produjera retroceso.

–¿Tiene usted pólvora? –inquirió Nastia.

–Tengo.

–Enséñenosla también –añadió con una sonrisa suplicante.

Krasotkin abrió de nuevo la cartera y sacó un frasquito que contenía realmente algo de pólvora verdadera; en un papel doblado había unos cuantos perdigones. Incluso destapó el frasquito y se echó un poquitín de pólvora sobre la palma de la mano.

–Mirad, pero que no haya fuego cerca; si no, explotará y nos matará a todos –advirtió Krasotkin para causar impresión.

Los niños contemplaban la pólvora con un respetuoso miedo, que hacía aún más vivo el placer. Pero a Kostia le gustaban más los perdigones.

–¿Los perdigones no explotan? –inquirió.

–No explotan.

–Regáleme alguno –articuló con suplicante vocecita.

–Te regalaré unos cuantos; toma, coge, pero no los muestres a tu madre hasta que yo esté de vuelta; podría pensar que es pólvora, se moriría de miedo y os azotaría.

–Mamá no nos pega nunca con el látigo –repuso en seguida Nastia.

–Lo sé, lo he dicho sólo para que resultara bonito. Y vosotros nunca tenéis que engañar a vuestra mamá; pero esta vez, hasta que yo vuelva... Bueno, «pitusos», ¿puedo irme o no? ¿No vais a llorar de miedo, sin mí?

–Llo-ra-re-mos –respondió Kostia, preparándose ya para soltar unas lágrimas.

–Lloraremos, ¡claro que lloraremos! –repitió Nastia medrosamente apresurada.

–¡Oh niños, niños, qué peligrosos son vuestros años! Qué le vamos a hacer, polluelitos, no tengo más remedio que quedarme con vosotros, vete a saber cuánto tiempo. Con la prisa que tengo, ¡uf!

–Mande a *Perezvón* que se haga el muerto –pidió Kostia.

–Qué le vamos a hacer, no hay más remedio que echar mano también de *Perezvón. Ici, Perezvón!*

Kolia empezó a dar órdenes al animal, que se puso a representar todo lo que había aprendido. Se trataba de un can peludo, del tamaño de un mastín corriente, con lanas de un color gris tirando a lila. Era tuerto del ojo derecho y tenía cortada la oreja izquierda, no se sabía por qué. El perro latía, brincaba, se sostenía sobre las patitas traseras, caminaba en esta posición, se tumbaba de espalda con las cuatro patas al aire y se quedaba echado sin moverse, como muerto. Mientras ejecutaba este último número, se abrió la puerta y Aga-

fia, la gorda sirvienta de la señora Krasótkina, mujer de unos cuarenta años, picada de viruelas, apareció en el umbral, de regreso del mercado, con la bolsa de las provisiones en la mano. Se detuvo y, con la bolsa colgando de su mano izquierda, se puso a contemplar al perro. Kolia, por más impaciente que estuviera esperando a Agafia, no interrumpió la representación, y sólo después de haber tenido cierto tiempo a *Perezvón* haciendo el muerto, le silbó: el perro dio un salto y se puso a brincar de alegría por haber cumplido su obligación.

–¡Oh, qué perro! –exclamó sentenciosa Agafia.

–Y tú, sexo femenino, ¿por qué llegas tarde? –preguntó Krasotkin, amenazador.

–Sexo femenino, ¡vaya con el mocoso!

–¿Yo mocoso?

–Sí, mocoso. ¿Qué te importa a ti si llego tarde? Si llego tarde es que ha sido necesario –farfulló Agafia, trasteando ya cerca de la estufa; pero no hablaba en un tono de voz como si estuviera descontenta o enojada, sino, por el contrario, muy contenta, alegrándose, al parecer, de burlarse un poco del jovial señorito.

–Escucha, vieja frívola –empezó a replicar Krasotkin, levantándose del diván–, ¿puedes jurarme por todo lo que hay de sacrosanto en este mundo y aún por alguna cosa más, que no dejarás de vigilar a los peques ni un momento durante mi ausencia? He de salir.

–¿Por qué te lo he de jurar? –se rió Agafia–. No necesito jurarlo para vigilarlos.

–No, has de jurarlo por la salvación eterna de tu alma. Si no es así, no me iré.

–Pues no te vayas. A mí qué me importa; en la calle está helando, quédate en casa.

–Pitusos –Kolia se dirigió a los niños–, esta mujer se quedará con vosotros hasta que yo vuelva o hasta que regrese vuestra mamá, que debería estar aquí también hace tiempo. Además, os dará el desayuno. ¿Les darás alguna cosa, Agafia?

–Bueno.

–Hasta la vista, polluelitos, me voy con la conciencia tranquila. Tú, abuela –articuló a media voz y con gravedad al pasar por delante de Agafia–, hazme el favor de no contarles de Katerina esas estupideces que soléis contar las mujeres, respeta su edad. *Ici, Perezvón!*

–¡Vete con Dios! –le respondió Agafia, ya irritada esta vez–. ¡Qué gracioso! Te merecerías unos buenos azotes por estas palabras, ¡eso es!

3. El escolar

Pero Kolia ya no escuchaba. Por fin podía irse. Fuera ya del portalón, volvió la cabeza, se encogió de hombros, musitó: «¡Qué frío!», y se encaminó calle adelante; luego torció a la derecha por una callejuela en dirección a la plaza del mercado. Se detuvo frente a la penúltima casa antes de la plaza, se acercó al portalón, sacó un pito del bolsillo y silbó con todas sus fuerzas, como si hiciera una señal convenida. No tuvo que esperar más allá de un minuto; por la portezuela salió de pronto un muchacho de unos once años, sonrosadito, que llevaba también un sobretodo de mucho abrigo, limpio y hasta elegante. Era Smúrov, niño de preparatorio (mientras que Kolia Krasotkin iba dos clases más adelante), hijo de un funcionario acomodado, y a quien, al parecer, sus padres no le permitían tratarse con Krasotkin, conocidísimo como un travieso redomado. Por lo visto, Smúrov acababa de salir a escondidas. Ese Smúrov, quizás el lector no lo habrá olvidado, era uno de los muchachos del grupo que dos meses antes arrojaba piedras a Iliusha, y fue el que entonces habló de este niño a Aliosha Karamázov.

–Hace ya una hora entera que le estoy esperando, Krasotkin –dijo Smúrov con aire decidido, y los muchachos se dirigieron a largas zancadas hacia la plaza.

–Me he retrasado –respondió Krasotkin–. Han sido las circunstancias. ¿No te azotarán por venir conmigo?

–¡Vaya idea! ¿Acaso me azotan a mí? ¿Y se ha traído a *Perezvón?*

–Me lo he traído.

–¿También lo llevará allí?

–También lo llevaré allí.

–¡Ah, si fuera *Zhuchka!*

–No es posible que lo sea. *Zhuchka* no existe. Ha desaparecido en las tinieblas de lo desconocido.

–Ah, quizá se podría hacer una cosa –Smúrov se detuvo de repente–. Iliusha dice que *Zhuchka* también era peludo, de color gris, como el humo, lo mismo que *Perezvón.* ¿No podríamos decirle que es *Zhuchka?* Quizá se lo creería.

–Escolar, desprecia la mentira, esto en primer término; incluso con un buen fin, esto en segundo término. Y sobre todo, espero que allí no hayas hablado para nada de mi visita.

–Dios me libre, no creas que no me hago cargo de la situación. Pero con *Perezvón* no le consolaremos –suspiró Smúrov–. ¿Sabes? Su padre, el capitán ese, el «Estropajo», nos dijo que hoy le llevaría un cachorro, un auténtico mastín, con el hocico negro; cree que de este modo consolará a Iliusha, pero lo dudo.

–¿Y cómo se encuentra Iliusha?

–¡Mal, muy mal! Yo creo que está tísico. Conserva todo el conocimiento; pero cómo respira, no respira bien. El otro día pidió que le llevaran un poco a pasear; le calzaron las botas altas, se puso a andar y se desplomó. «Ah, exclamó, ya te lo he dicho, papá, que estas botas no me sirven; ya antes me costaba trabajo caminar cuando las llevaba puestas.» Creía haber caído por culpa de las botas, pero era de debilidad. No vivirá ni una semana. Le visita Herzenstube. Ahora vuelven a ser ricos, tienen mucho dinero.

–Granujas.

–¿Quiénes son granujas?

–Los doctores, toda la purriela médica en general y, naturalmente, también en particular. Yo niego la medicina. Es una institución inútil. De todos modos, investigaré todo eso. Sin embargo, ¿qué sentimentalismo es ése que se ha apoderado de todos vosotros? Según parece, vais todos los de la clase a visitarle, ¿no?

–Todos no, somos unos diez los que vamos a verle siempre, cada día. Esto no importa.

–Lo que me sorprende en todo esto es el papel de Alexéi Karamázov: ¡mañana o pasado mañana juzgarán a su hermano por un crimen espantoso, y él encuentra tanto tiempo para sentimentalismos con los muchachos!

–No se trata de sentimentalismos. Tú mismo vas ahora a hacer las paces con Iliusha.

–¿A hacer las paces? Ésta es una expresión ridícula. De todos modos, yo no tolero que nadie analice mis actos.

–¡Cuánto se alegrará Iliusha de verte! No se imagina que vayas. ¿Por qué te has negado durante tanto tiempo? –exclamó de pronto Smúrov, con vehemencia.

–Esto es cosa mía y no tuya, amiguito. Yo voy por mí mismo, porque ésta es mi voluntad, mientras que a todos vosotros os ha llevado allí Alexéi Karamázov; hay, pues, una diferencia. Además, ¿qué sabes tú si voy o no voy para hacer las paces? Estúpida expresión.

–No ha sido Karamázov, no ha sido él en absoluto. Sencillamente, nosotros mismos empezamos a ir, claro, primero con Karamázov. Sin sensiblerías ni estupideces de ninguna clase. Primero fue uno, luego otro. Su padre estaba contentísimo de vernos, no tienes idea. ¿Sabes?, si muere Iliusha, se volverá loco. Ve que su hijo se le está muriendo. ¡Y está tan contento de que hayamos hecho las paces con él! Iliusha ha preguntado por ti, pero sin añadir nada más. Pregunta y calla. Pero el padre se volverá loco o se ahorcará. Ya antes se comportaba como si estuviera trastocado. ¿Sabes?, se trata

de un hombre noble, entonces nos equivocamos. La culpa la tiene toda ese parricida, que entonces le pegó.

–De todos modos, Karamázov es para mí un enigma. Yo habría podido conocerle hace mucho, pero a veces me gusta ser orgulloso. Además, me he formado de él una opinión que es necesario aún comprobar y aclarar.

Kolia se calló gravemente; Smúrov también. Desde luego, Smúrov sentía por Kolia Krasotkin una gran admiración y ni en pensamiento se habría atrevido a compararse con él. En ese momento experimentaba una curiosidad inmensa, pues Kolia había aclarado que iba «por sí mismo»; había, por tanto, algún misterio, sin duda alguna, en el hecho de que Kolia hubiera decidido ir y nada menos que aquel día. Estaban cruzando la plaza del mercado, esa vez llena de carros de las cercanías, con muchas aves de corral para vender. Resguardadas bajo sus toldos, unas mujeres de la ciudad ofrecían rosquillas, hilos y demás. Tales congregaciones dominicales se denominan ingenuamente en nuestra pequeña ciudad ferias, y ferias semejantes se celebran muchas al año. *Perezvón* corría con el más alegre de los estados de ánimo, desviándose constantemente a derecha y a izquierda, para olisquear algo donde fuese. Al encontrarse con otros perros, intercambiaba con ellos los husmeos de rigor, de muy buena gana según todas las reglas de la urbanidad canina.

–A mí me gusta observar el realismo, Smúrov –dijo de pronto Kolia–. ¿Te has fijado cómo los perros se encuentran y se husmean? Esto es para ellos como una ley general de la naturaleza.

–Sí, una ley muy cómica.

–Cómica no, te equivocas. En la naturaleza no hay nada cómico, por más que se lo parezca al hombre con sus prejuicios. Si los perros pudieran razonar y criticar, seguramente encontrarían tantas cosas cómicas para ellos, si no muchas más, en las relaciones sociales de los hombres, sus amos; tantas, si no muchas más; lo repito porque estoy firmemente

convencido de que entre nosotros hay muchas más estupideces. Ésta es una idea de Rakitin, una idea excelente. Yo soy socialista, Smúrov.

–¿Qué es eso de socialista? –preguntó Smúrov.

–Eso es que todos somos iguales, todos tenemos una opinión común, no hay matrimonios, cada uno entiende la religión y todas las leyes como le parece mejor, y así con todo lo demás. Tú aún no has crecido bastante para comprenderlo, es pronto para ti. Pero hace frío, ¿eh?

–Sí. Doce grados bajo cero. Mi padre ha mirado el termómetro hace poco.

–No sé si te has fijado, Smúrov, que en pleno invierno, cuando la temperatura llega a los quince y hasta dieciocho grados, no parece que haga tanto frío como por ejemplo ahora, a principios de invierno, cuando inesperadamente cae una helada de doce grados, como hoy, y más aún si hay poca nieve. Esto significa que los hombres aún no se han acostumbrado. En el hombre todo es cuestión de costumbre; así es en todo, hasta en las cuestiones del Estado, y en las políticas. La costumbre es el motor principal. Mira ahí, qué mujik más ridículo.

Kolia señalaba a un mujik alto, con un largo pellico y cara de buena persona, quien junto a su carro se golpeaba las palmas de las manos, enfundadas en manoplas, para hacerse pasar el frío. La larga barba rubia se le había cubierto de escarcha.

–¡Al mujik se le ha helado la barba! –gritó Kolia, con aire provocador, al pasar por delante de él.

–Se les ha helado a muchos –replicó tranquila y sentenciosamente el mujik.

–No le pinches –indicó Smúrov.

–No te preocupes, no se enojará; es buena persona. Adiós, Matvéi.

–Adiós.

–¿Te llamas Matvéi, pues?

–Matvéi. ¿No lo sabías?

–No lo sabía; lo he dicho al azar.

–Vaya, vaya. Eres colegial, ¿no?

–Colegial.

–Qué, ¿te azotan?

–A veces.

–¿Duele?

–A ver...

–¡Ah, la vida! –suspiró el mujik de todo corazón.

–Adiós, Matvéi.

–Adiós. Eres un muchacho simpático, te lo digo yo.

Los dos niños siguieron su camino.

–Este mujik es una buena persona –dijo Kolia a Smúrov–. A mí me gusta hablar con la gente del pueblo y siempre me alegra hacerle justicia.

–¿Por qué le has mentido diciéndole que nos azotan? –preguntó Smúrov.

–Había que consolarle un poco.

–¿De qué?

–Verás, Smúrov, no me gusta que vuelvan a preguntar cuando las cosas no se comprenden a la primera palabra. A veces no hay manera de explicarlas. Este mujik cree que a los escolares los azotan y deben azotarlos: ¿qué escolar sería aquel a quien no azotaran? Si le digo sin más ni más que a nosotros no nos azotan, se asombrará y se disgustará. Claro, tú esto no lo comprendes. Con la gente del pueblo hay que saber hablar.

–Pero no les provoques, haz el favor; si no, volveremos a tener una historia como la del ganso.

–¿Tienes miedo?

–No te rías, Kolia; tengo miedo, te lo juro. Mi padre se enfadaría de verdad. Se me ha prohibido rigurosamente ir contigo.

–No tengas miedo, esta vez no pasará nada. Buenos días, Natasha –gritó a una de las vendedoras que estaba bajo un toldo.

–¿Quién te ha dicho que me llamo Natasha? Soy Maria –respondió chillona la vendedora, mujer que aún distaba mucho de ser vieja.

–Está bien que te llames Maria; adiós.

–¡Ah, tunante! ¿Apenas brotas de la tierra y ya picas?

–No tengo tiempo, ahora no tengo tiempo de ocuparme de ti, me lo contarás el domingo próximo –Kolia hizo un gesto con las manos, como si fuera ella la que le importunase y no al revés.

–¿Qué quieres que te cuente, el domingo? Has sido tú quien se ha metido conmigo y no al revés, ¡descarado! –se puso a gritar Maria–. Merecerías unos buenos azotes. ¡Te conocemos ya, desvergonzado, eso es!

Estallaron en risas las vendedoras que tenían sus tenderetes al lado del de Maria; repentinamente, por debajo de la arcada de las tiendas municipales, apareció un hombre irritado, con pinta de dependiente de comercio; no era de nuestra ciudad, sino forastero, con un largo caftán azul, una gorra de visera; todavía joven, de cabello castaño, rizoso, y un rostro alargado, pálido, como algo picado de viruelas. Se le veía presa de una agitación estúpida y en seguida se puso a amenazar a Kolia con el puño.

–¡Ya te conozco! –exclamaba irritado–, ¡ya te conozco!

Kolia le miró fijamente. No podía recordar cuándo pudo haber tenido algún cisco con aquel hombre. Pero no eran pocos los altercados que tenía él por las calles, no había manera de recordarlos todos.

–¿Me conoces? –le preguntó con ironía.

–¡Te conozco! ¡Te conozco! –repetía como un tonto el individuo.

–Pues mejor para ti. Bueno, no puedo entretenerme, ¡adiós!

–¿Qué bribonadas son éstas? –gritó aquel hombre cerril–. ¿Otra vez vienes con bribonadas? ¡Te conozco! ¿Otra vez haces bribonadas?

–Hermano, no es cosa tuya si hago o no bribonadas –replicó Kolia deteniéndose, sin dejar de contemplarle.

–¿Cómo que no es cosa mía?

–Pues no, no es cosa tuya.

–¿De quién, pues? ¿De quién? Bueno, ¿de quién, pues?

–Hermano, ahora eso es cosa de Trifón Nikítich, y no tuya.

–¿A qué Trifón Nikítich te refieres?

El mozo, estúpidamente sorprendido, aunque acalorado como antes, clavó la vista en Kolia. Éste le midió con la mirada, adoptando un aire de mucha gravedad.

–¿Has ido a la iglesia de la Ascensión? –le preguntó de pronto, severa e imperiosamente.

–¿A cuál? ¿Para qué? No, no he ido –respondió el mozo algo desconcertado.

–¿Conoces a Sabanéyev? –prosiguió Kolia, aún más imperioso y con mayor gravedad.

–¿A qué Sabanéyev? No, no le conozco.

–¡Pues vete al diablo, si es así! –cortó de pronto Kolia, y, volviéndose de manera brusca hacia la derecha, prosiguió con paso rápido su camino, como si desdeñara incluso hablar con un zopenco que ni siquiera conocía a Sabanéyev.

–¡Espera, tú! ¡Eh! ¿A qué Sabanéyev te refieres? –se recobró el mozo, como si volviera a sentirse agitado–. ¿De quién hablaba? –preguntó dirigiéndose a las vendedoras, mirándolas con cara de bobo.

Las mujeres prorrumpieron en risas.

–Este chico tiene mucha trastienda –comentó una.

–¿A qué Sabanéyev se refería, a cuál? –seguía repitiendo furioso el mozo, agitando el brazo derecho.

–Será, quizás, el Sabanéyev que estaba empleado en casa de los Kuzmichov, será ése –declaró de pronto una de las mujeres.

El mozo se la quedó mirando con los ojos desorbitados.

–¿En casa de los Kuzmichov? –repitió otra mujer–. Pero éste no se llama Trifón. Se llama Kuzmá y no Trifón; el

muchacho ha hablado de Trifón Nikítich, así que no será ése.

–Te equivocas, no es Trifón ni Sabanéyev, sino Chizhov –intervino de súbito una tercera mujer, que hasta ese momento había permanecido callada, escuchando con seriedad–. Se llama Alexéi Iványich [1], Chizhov, Alexéi Ivánovich.

–Es cierto, se llama Chizhov –confirmó, insistente, una cuarta mujer.

El pasmado mozo dirigía su mirada ora a una, ora a otra de las mujeres.

–Pero, ¿por qué me ha hecho esa pregunta: «¿Conoces a Sabanéyev?», ¿por qué me la ha hecho? ¡Decídmelo, buena gente! –exclamó, casi desesperado–. ¡El diablo sabe quién será ese Sabanéyev!

–Qué bruto eres; te están diciendo que no se trata de Sabanéyev, sino de Chizhov, de Alexéi Ivánovich Chizhov, ¡te lo están diciendo! –le gritó imponente una vendedora.

–¿Qué Chizhov? ¿Cuál? Dímelo, si lo sabes.

–Uno largo, con melenas; tenía un puesto aquí este verano.

–¿Para qué diablos quiero yo a tu Chizhov? ¡Decídmelo, buena gente!

–Quién sabe para qué –intervino otra mujer–; debes saber tú mismo qué falta te hace, ya que gritas de este modo. Te lo han preguntado a ti y no a nosotras, ¡so bobo! ¿Será verdad que no le conoces?

–¿A quién?

–A Chizhov.

–¡Al diablo Chizhov y tú juntos! ¡Verás la paliza que le voy a dar! ¡Se ha reído de mí!

–¿A Chizhov darás la paliza? ¡O él a ti! ¡Tonto, más que tonto!

1. Iványich, forma apocopada de Ivánovich (patronímico: 'hijo de Iván').

–No es a Chizhov a quien voy a dar la paliza, no es a Chizhov, mujer mala, dañina, sino al muchacho, ¡eso es! ¡Traédmelo aquí, traédmelo, que se ha reído de mí!

Las mujeres reían a carcajadas. Kolia, entretanto, caminaba ya lejos con una expresión de victoria en el rostro. Smúrov iba a su lado y volvía de vez en cuando la cabeza hacia el grupo que alborotaba. También él se sentía muy contento, aunque le asustaba la idea de verse metido en alguna historia con Kolia.

–¿De qué Sabanéyev le has hablado? –le preguntó, presintiendo la respuesta que iba a recibir.

–¡Yo qué sé! Ahora estarán discutiendo hasta la tarde. A mí me gusta sacudir a los tontos en todas las capas de la sociedad. Mira, allí hay otro asno, ese mujik. Acuérdate de lo que se dice: «nada hay más estúpido que un estúpido francés», pero también las fisonomías rusas se las traen. Fíjate, ¿no lleva escrito ése en la cara que es un idiota? Ese mujik, ¿eh?

–Déjale en paz, Kolia, pasemos sin decirle una palabra.

–Por nada del mundo le dejaré en paz, ahora ya me he lanzado. ¡Eh, buenos días, mujik!

Un robusto mujik, que pasaba por allí despacito y que, por lo visto, ya había empinado el codo, un hombre de cara redonda y sin malicia, con una barba canosa, levantó la cabeza y dirigió la vista al muchacho.

–Buenos días, si no bromeas –respondió sin apresurarse.

–¿Y si bromeo? –Kolia se rió.

–Si bromeas, pues bromea y que Dios te ayude. No importa, se puede hacer. Bromear es una cosa que puede hacerse siempre.

–Perdona, hermano, ha sido una broma.

–Bien, que Dios te perdone.

–Y tú, ¿me perdonas?

–De buena gana. Sigue tu camino.

–En verdad te digo que tú sí, tú pareces un mujik inteligente.

–Más que tú –respondió el mujik de manera inesperada y con la misma gravedad.

–Lo dudo –repuso Kolia, algo desconcertado.

–Tal como lo oyes.

–A lo mejor tienes razón.

–Qué te habías creído, hermano.

–Adiós, mujik.

–Adiós.

–Hay mujiks de distintas clases –observó Kolia dirigiéndose a Smúrov, después de unos momentos de silencio–. Cómo podía saber yo que iba a dar con uno inteligente. Siempre estoy dispuesto a reconocer la inteligencia en la gente del pueblo.

A lo lejos, en el reloj de la catedral, dieron las once y media. Los muchachos se apresuraron y recorrieron rápidamente, y ya casi sin hablar, el resto del camino, todavía largo, hasta la casa del capitán Sneguiriov. A unos veinte pasos de la casa, Kolia se detuvo y mandó a Smúrov que se adelantara y llamase a Karamázov.

–Hay que husmear antes –indicó a Smúrov.

–Para qué llamarle aquí –objetó Smúrov–; entra, se alegrarán enormemente de verte. ¿Para qué trabar conocimiento en la calle, haciendo tanto frío?

–Sé muy bien por qué necesito verle aquí, donde hace tanto frío –le respondió despóticamente Kolia (cosa que hacía con mucho gusto con aquellos «pequeños»), y Smúrov se apresuró a cumplir la orden.

4. *Zhuchka*

Dando a su cara aires de importancia, Kolia se apoyó contra la valla esperando la aparición de Aliosha. Sí, hacía mucho tiempo ya que deseaba entrevistarse con él. Los chicos le habían hablado muchísimo de él, pero hasta entonces había es-

cuchado aquellos relatos adoptando exteriormente una actitud desdeñosa y de indiferencia, e incluso había «criticado» a Aliosha. Pero en su fuero interno sentía unos deseos muy grandes de conocerle, grandísimos: en todo lo que había oído contar de Aliosha, había algo de simpático y sugestivo. Aquel momento, pues, era muy importante; en primer lugar, tenía que causar una buena impresión, debía mostrarse independiente: «Si no, pensará que tengo trece años y me tomará por un muchacho como ésos. ¿Qué interés pueden tener para él esos muchachos? Se lo preguntaré cuando hayamos estrechado nuestra amistad. Sin embargo, es una calamidad el que tenga yo tan poca talla. Túzikov es más joven y me lleva media cabeza. De todos modos, mi cara es de persona inteligente; ya sé que no soy guapo, que tengo un rostro abominable, pero la expresión es inteligente. También es necesario no mostrarse demasiado expansivo, no lanzarse en seguida a los brazos; si no, pensaría... ¡Fu, que asco si pensara!...».

De este modo se inquietaba Kolia, esforzándose cuanto podía para adoptar un aire de total independencia. Lo que más le molestaba era su pequeña estatura; más que su cara «abominable», ¡la talla! Ya el año anterior, en su casa, en el ángulo de una pared, había trazado con lápiz una línea para señalar su estatura; desde entonces, cada dos meses acudía con el corazón palpitante para volverse a medir: ¿cuánto habría crecido? Pero, ¡ay!, crecía terriblemente poco y esto a veces le desesperaba. Por lo que respecta a la cara, no era de ningún modo «abominable», sino, al contrario, bastante agraciada, blanquita, palidita, con pequitas. Sus ojos grises, pequeños pero vivos, miraban con audacia y a menudo fulguraban encendidos por la emoción. Tenía los pómulos algo anchos, los labios pequeños, no muy gruesos, pero muy rojos; la nariz, pequeña y decididamente respingona: «¡Completamente chato, completamente chato!», balbuceaba para sus adentros Kolia cuando se miraba en el espejo, del que siempre se apartaba indignado. «¿Tendré en verdad cara de

inteligente?», se preguntaba a veces, dudando incluso de que así fuera. No hay que suponer, de todos modos, que la preocupación por la cara y la estatura absorbiera por completo su espíritu. Al contrario, por cáusticos que fueran los minutos pasados ante el espejo, Kolia pronto los olvidaba y hasta por mucho tiempo, «entregándose por entero a las ideas y a la vida real», como definía él mismo su actividad.

Aliosha apareció pronto y se acercó apresuradamente a Kolia, quien, hallándose el otro aún a varios pasos de distancia, ya se dio cuenta de que llegaba con la cara radiante. «¿Es posible que se alegre tanto de verme?», pensó Kolia con satisfacción. Aquí conviene indicar que Aliosha había cambiado mucho desde que le dejamos: se había quitado la sotana y llevaba un chaqué de corte impecable, un sombrero de fieltro y el cabello corto. Todo ello le había hermoseado mucho y Aliosha tenía el aspecto de un guapo mozo. Su rostro agraciado respiraba siempre alegría, pero era, ésta, una alegría dulce y sosegada. Kolia se sorprendió al verle salir tal como iba dentro de la casa, sin abrigo, para darse más prisa, no había duda. Aliosha le tendió en seguida la mano.

–Por fin ha venido usted, también; no sabe cómo le hemos estado esperando todos.

–No he podido venir antes por razones que sabrá usted en seguida. En todo caso, me alegro de conocerle. Hace tiempo que esperaba la ocasión, he oído hablar mucho de usted –murmuró Kolia, un poco sofocado.

–Nos habríamos conocido aun sin haberse dado esta ocasión; yo también he oído hablar mucho de usted, pero aquí ha tardado en venir, ha tardado demasiado.

–Dígame, ¿cómo están aquí?

–Iliusha está muy mal, morirá, no hay remedio.

–¡Qué dice usted! No me negará que la medicina es una infamia, Karamázov –exclamó Kolia con vehemencia.

–Iliusha le ha recordado a usted a menudo, muy a menudo; incluso, ¿sabe?, en sueños, cuando deliraba. Se ve que

sentía por usted una gran afección, una afección muy grande, antes... antes de aquel incidente... del cortaplumas. Aún hay otra causa... Dígame, ¿es suyo este perro?

–Es mío. Se llama *Perezvón.*

–¿No es *Zhuchka?* –Aliosha le miró tristemente a los ojos–. ¿Así, el otro perro ha desaparecido definitivamente?

–Sé que todos desearían encontrar a *Zhuchka,* he oído hablar de él –Kolia sonrió misteriosamente–. Escuche, Karamázov; se lo explicaré todo; yo he venido y le he hecho llamar precisamente para explicarle el caso, antes de entrar –empezó con animación–. Verá, Karamázov; en primavera, Iliusha ingresó en la clase de preparatorio. Bueno, ya se sabe lo que es nuestra clase de preparatorio: se trata de chicuelos, de unos críos. En seguida empezaron a tomarla con Iliusha. Yo voy dos clases más adelante y, claro está, miraba estas cosas de lejos, sin mezclarme en ellas. Vi que el muchacho era pequeño, debilito, pero que no se sometía, hasta se peleaba con los otros; era orgulloso, los ojos le brillaban. A mí me gustan los que son así. Pero los otros aún se metían más con él. Lo peor era que entonces él vestía mal, los pantalones le iban cortos y las botas le pedían misericordia. Los otros también se burlaban de esto. Le humillaban. A mí eso ya no me gustó, en seguida intervine y les di una lección. Porque yo les pego y ellos me veneran, ¿lo sabe, Karamázov? –se jactó Kolia, expansivo–. Además, me gustan los críos. Ahora mismo tengo en casa a dos polluelitos colgados al cuello, incluso me han hecho llegar tarde hoy. De este modo, dejaron de pegar a Iliusha, al que tomé bajo mi protección. Vi que el muchacho era orgulloso, ya le he dicho que lo es, pero acabó sometiéndoseme como un esclavo, ejecutaba mis más pequeñas órdenes, me escuchaba como a un dios, procuraba imitarme en todo. En los descansos entre clase y clase, en seguida acudía a mi lado y paseábamos juntos. Los domingos también. En nuestro colegio se ríen cuando uno de una clase superior se hace tan amigo de un pequeño, pero esto es un

prejuicio. A mí me daba la gana hacerlo así y basta, ¿no es cierto? Yo le instruía, le desarrollaba; dígame, ¿por qué no he de poderle formar, si me es simpático? Usted mismo, Karamázov, se ha hecho amigo de todos esos polluelitos; esto quiere decir que quiere influir sobre la joven generación, quiere educarla y ser útil, ¿no? Le confieso que este rasgo de su carácter, del que tengo noticia por lo que me han contado, ha sido lo que me ha interesado más. De todos modos, al grano: observé que en el muchacho brotaba cierta sensiblería, cierto sentimentalismo, y yo, ¿sabe?, soy un enemigo acérrimo de todas las carantoñas pegajosas, lo soy de nacimiento. A esto se añadían sus contradicciones: era orgulloso y se me sometía como un esclavo; se me sometía como un esclavo y, de pronto, los ojitos le centelleaban y no quería ni siquiera llegar a un acuerdo conmigo; discutía, se ponía hecho una furia. A veces yo exponía algunas ideas y él no es que estuviera en desacuerdo con las ideas, sino que, sencillamente, se sublevaba contra mí, porque yo respondía con frialdad a sus ternuras. Para que se corrigiera, yo me volvía tanto más imperturbable cuanto más afectuoso se mostraba él; yo obraba de este modo con intención, estaba convencido de que así debía hacerlo. Me proponía forjarle el carácter, endurecerle, formar un hombre... y he aquí que... Usted, desde luego, me comprende a media palabra. De pronto observé que estaba confuso, apenado, y no ya por mis pocas manifestaciones de afecto, sino por alguna otra cosa más fuerte, más elevada, y así un día y otro y otro. Yo me preguntaba: ¿qué tragedia le pasará? Le acosé a preguntas y me enteré de la cosa: había conocido, no sé cómo, al lacayo del difunto padre de usted (entonces aún vivía), Smerdiakov, de quien aprendió el tonto una gatada salvaje, vil: tomar una miga de pan, hundir dentro un alfiler y arrojarlo a un mastín, a uno de esos que, medio muertos de hambre, se tragan un pedazo sin masticar; el otro le dijo que observara lo que sucedía luego. Bien, prepararon una bola de pan así y la arrojaron a

Zhuchka, el perro lanudo del que ahora se habla, mastín de un patio donde no le daban de comer y que se pasaba el día ladrando al viento. (¿Le gusta a usted ese ladrido estúpido, Karamázov? Yo no puedo sufrirlo.) El perro se lanzó sobre la bola de pan, se la tragó y se puso a aullar, empezó a dar vueltas y a correr, corría y seguía aullando, hasta que desapareció, así me lo contó el propio Iliusha. Me lo confesó llorando a lágrima viva, me abrazó, temblaba convulsivamente: «Corría y aullaba, corría y aullaba», era lo único que decía; el espectáculo le había impresionado. Vi que le remordía la conciencia. Me tomé la cosa en serio. Lo importante para mí era que quería corregirle ya por lo anterior, de modo que entonces fingí una indignación que no sentía, quizás, en lo más mínimo, lo confieso, procedí con astucia: «Has cometido una bajeza (le dije), eres un canalla; no lo diré a nadie, pero de momento rompo las relaciones contigo. Reflexionaré sobre el caso y te haré saber por Smúrov (el muchacho que ha venido ahora conmigo y que me ha sido siempre fiel) si en adelante seguiré tratándome contigo o si te abandonaré para toda la vida como a un canalla». Esto le impresionó de manera espantosa. Reconozco que en aquel mismo momento sentí que había obrado con excesiva severidad, quizá, pero qué le vamos a hacer, así pensaba yo entonces. Al día siguiente le mandé transmitir, por Smúrov, que «no hablaría» más con él, como se dice entre nosotros cuando dos camaradas rompen entre sí las relaciones. Mi intención era tenerlo en la estacada sólo unos días y luego, dado su arrepentimiento, tenderle otra vez la mano. Tal era mi firme propósito. Pero no se figura usted lo que pasó: escuchó a Smúrov y de pronto, con los ojos refulgentes, gritó: «Comunica de mi parte a Krasotkin que ahora arrojaré a todos los perros bolas de pan con alfileres dentro, ¡a todos, a todos!». «Vaya, vaya (pensé entonces), el espíritu de rebeldía se le ha despertado, hay que fumigárselo», y empecé a manifestarle un desprecio absoluto; cada vez que me cruzaba con él, le volvía la espalda o me

sonreía irónicamente. Entonces se produjo aquel suceso con su padre, ¿recuerda?, y lo del «Estropajo». Comprenda que con todo lo que había ocurrido, estaba ya preparado para irritarse de manera espantosa. Los chicos, al ver que yo le había abandonado, se le echaron otra vez encima, le hacían burla diciéndole: «Estropajo, Estropajo». Comenzaron entonces las peleas entre ellos; siento mucho que se produjeran, pues al parecer una vez le dieron una gran paliza. Un día, en el patio, a la salida de la clase, se lanzó él solo contra todos; yo me encontraba a diez pasos y le miraba. No recuerdo haberme reído entonces, lo juro; al contrario, sentí por él una pena grande, muy grande; estuve a punto de lanzarme en su defensa, era cuestión de unos segundos. Pero, de pronto, su mirada se cruzó con la mía: no sé lo que se figuró, pero sacó el cortaplumas, se arrojó contra mí y me lo clavó en el muslo, aquí, en la pierna derecha. No me moví; a veces soy valiente, Karamázov, lo reconozco; sólo le miré con desprecio, como diciéndole con la mirada: «¿No quieres clavármelo otra vez, en pago de toda mi amistad? Si es así, estoy a tu disposición». Pero no lo hizo, no resistió más; se asustó, tiró el cortaplumas, se puso a llorar a voz en grito y echó a correr. Desde luego, no le denuncié y ordené callar a todos para que lo ocurrido no llegara a conocimiento de la dirección, ni siquiera dije nada a mi madre hasta que todo estuvo curado; además, la heridita era una pequeñez, un rasguño. Luego me enteré de que aquel mismo día se había peleado a pedradas y de que le había mordido a usted un dedo, mas ¡comprenda en qué estado se encontraba! Qué le vamos a hacer, yo he cometido una estupidez: cuando se puso enfermo, no acudí a perdonarle, quiero decir a hacer las paces; ahora me arrepiento. Pero el caso es que se me presentaron entonces objetivos especiales. Ésa es toda la historia... De todos modos, me parece que cometí una estupidez...

–¡Ah, qué pena! –exclamó Aliosha con emoción–. ¡Qué pena que yo no haya tenido antes noticia de todas estas rela-

ciones suyas con él! Yo mismo le habría visitado a usted hace tiempo para rogarle que viniera conmigo a verle. Créame, durante los accesos de fiebre a lo largo de su enfermedad, ha delirado hablando de usted. ¡Y yo no sabía que le estimara tanto! ¿Es posible que usted no haya dado con el perro, con *Zhuchka?* ¿Es posible? El padre y los muchachos lo han estado buscando por toda la ciudad. ¿Lo creerá usted? Enfermo, en presencia mía, Iliusha ha repetido a su padre tres veces: «Estoy enfermo, papá, por haber matado a *Zhuchka,* Dios me castiga». ¡No hay manera de quitarle esta idea de la cabeza! Si ahora se encontrara ese perro, *Zhuchka,* y se lo mostrasen, si viera que el perro no ha muerto, que vive, creo que resucitaría de alegría. Todos confiábamos en usted.

–Dígame, ¿por qué tenían la esperanza de que yo encontraría a *Zhuchka,* es decir, de que iba a ser yo precisamente quien lo encontrara? –preguntó Kolia con extraordinaria curiosidad–. ¿Por qué confiaban precisamente en mí y no en otro?

–Se rumoreaba que lo estaba usted buscando y que cuando lo hubiese encontrado lo traería. Smúrov dijo alguna cosa en este sentido. Lo importante es que todos nos esforzamos en convencer a Iliusha de que *Zhuchka* vive y de que lo han visto en alguna parte. Los muchachos le trajeron un día una liebrecita que habían cogido no sé dónde; Iliusha la miró, se sonrió levemente y rogó que la pusiesen en libertad. Así lo hicimos. En aquel mismo momento regresaba su padre con un cachorro de mastín, creyendo consolarle; tampoco sé de dónde lo había sacado, pero aún fue peor, según parece...

–Dígame otra cosa, Karamázov: ¿qué clase de persona es el padre? Yo le conozco, pero quisiera saber qué opinión tiene usted de él: ¿es un bufón, un payaso?

–¡Oh, no! Hay personas de sentimientos muy profundos, pero están como abatidas. Las bufonadas de estos seres son

como una especie de maligna ironía contra aquellos a quienes no se atreven a decir la verdad a la cara, por la humillante timidez que durante largo tiempo han experimentado ante ellos. Créame, Krasotkin, que semejante bufonería a veces es extraordinariamente trágica. Ahora para él todo lo de la tierra se ha concentrado en Iliusha, y si Iliusha muere, su padre se volverá loco de pena o se quitará la vida. ¡Creo estar casi convencido de ello cada vez que le miro, ahora!

–Le comprendo, Karamázov, veo que usted penetra en el alma de los hombres –añadió Kolia de todo corazón.

–Pues yo, al verle con el perro, he creído que traía a *Zhuchka.*

–Espere, Karamázov, quizá lo encontremos, pero éste es *Perezvón.* Le haré entrar ahora en el cuarto y quizá divierta a Iliusha más que con aquel cachorro de mastín. Espere, Karamázov, verá de lo que se entera ahora. Pero, ¡Dios mío, cómo le estoy reteniendo aquí! –gritó de pronto con mucha viveza Kolia–. Usted va sin abrigo, y con tanto frío le retengo yo en la calle. ¡Ya ve cuán egoísta soy, ya lo ve! ¡Oh, todos somos egoístas, Karamázov!

–No se preocupe; hace frío, es verdad, pero yo no suelo resfriarme. De todos modos, entremos. A propósito, ¿cómo se llama usted? Sólo conozco su nombre, Kolia; ¿qué más?

–Me llamo Nikolái, Nikolái Ivánov Krasotkin, o como se dice en términos burocráticos: Krasotkin hijo –Kolia se sonrió, pero añadió de súbito–: Desde luego, odio mi nombre, Nikolái.

–¿Por qué?

–Es trivial, suena a burocrático...

–¿Tiene usted trece años? –preguntó Aliosha.

–Voy para los catorce, los cumplo dentro de dos semanas, muy pronto. He de confesarle de antemano que tengo una debilidad, Karamázov, se lo he de confesar a usted al conocernos para que vea de una vez mi manera de ser: detesto que me pregunten cuántos años tengo; lo detesto a más no poder... y final-

mente... acerca de mí, corre la calumnia, por ejemplo, de que la semana pasada jugué a los ladrones con los de preparatorio. Jugué, es cierto, pero decir que jugué por mí, para mi propia satisfacción, es una solemne calumnia. Tengo motivos para suponer que esto ha llegado a conocimiento de usted, mas si jugué no fue por mí, sino por los críos, porque sin mí no sabían inventar nada. Aquí siempre se hacen correr rumores absurdos. Ésta es la ciudad de los chismorreos, se lo aseguro.

–Y aunque hubiera jugado usted para divertirse, ¿qué hay de malo en ello?

–Para divertirme... ¿Jugaría usted a los caballitos, para divertirse?

–Reflexione usted así –Aliosha se sonrió–; la gente que va al teatro, por ejemplo, es gente mayor, y allí también se representan aventuras de toda clase de personajes, a veces también de ladrones y de guerra, ¿no es eso lo mismo, por ventura, aunque de otro modo, como es natural? Cuando los chicos juegan a la guerra, durante los recreos, o a los ladrones, su juego es también un arte en gestación, es una necesidad artística que nace en el alma de los jóvenes, y esos juegos a veces se conciben y ejecutan mucho mejor que las representaciones del teatro, con la diferencia de que al teatro se va a ver a los actores, mientras que en el juego los niños son actores ellos mismos. Pero esto es natural.

–¿Lo cree usted así? ¿Está usted convencido? –Kolia le miró fijamente–. ¿Sabe?, usted ha expuesto una idea bastante curiosa; cuando vuelva a casa, me devanaré los sesos sobre esta cuestión. Ya esperaba yo poder aprender algo de usted, lo reconozco. He acudido a su lado para aprender, Karamázov –concluyó Kolia, en un tono de voz sincero y efusivo.

–Y yo de usted –repuso Aliosha, sonriendo y estrechándole la mano.

Kolia estaba extraordinariamente contento de Aliosha. Le impresionaba que éste le tratase de igual a igual y le hablara como hablaría a la persona «más importante».

–Ahora le mostraré un malabarismo, Karamázov, también será una especie de representación teatral –Kolia se rió nerviosamente–; a esto he venido.

–Entraremos primero a la izquierda, donde están los dueños de la casa; allí todos sus compañeros han dejado el abrigo, porque en la habitación se está apretado y hace calor.

–Oh, yo estaré sólo un momento, entraré y me sentaré un rato sin quitarme el abrigo. *Perezvón* se quedará en el zaguán y hará el muerto: «*Ici, Perezvón,* ¡acuéstate y muérete!», ¿ve?, ya ha muerto. Primero yo entraré, veré la situación y luego, cuando sea preciso, silbaré: «*Ici, Perezvón!*», y verá usted que en seguida entrará volando, como loco. Lo único que hace falta es que Smúrov no se olvide de abrir la puerta en aquel momento. Bueno, ya daré yo las instrucciones necesarias y verá usted el malabarismo...

5. Junto a la camita de Iliusha

En la habitación, que ya conocemos, en que habitaba la familia del ayudante de capitán retirado Sneguiriov, de quien hemos hablado anteriormente, el aire era sofocante en aquel momento y había poco sitio debido a la mucha gente allí reunida. Eran varios los muchachos que esta vez se encontraban en la estancia, y aunque todos, lo mismo que Smúrov, estaban dispuestos a negar que quien los había conducido y reconciliado con Iliusha había sido Aliosha, la verdad era ésta. En este caso, todo el arte de Aliosha consistía en haberlos llevado, uno tras otro, sin «sensiblerías», como sin ninguna intención preconcebida, casualmente. Para Iliusha, en cambio, eso significó un enorme consuelo en sus sufrimientos. Al ver la amistad casi tierna y el interés que por él mostraban todos aquellos muchachos, enemigos suyos, se sentía muy conmovido. Echaba sólo de menos a Krasotkin y ello pesaba sobre su corazón como una carga terrible. Si en los

amargos recuerdos de Iliúshechka había algo más amargo que todo lo demás, era precisamente aquel episodio con Krasotkin, antes su único amigo y defensor, contra quien se había lanzado con el cortaplumas. Así lo pensaba también el inteligente Smúrov (el primero en acudir a reconciliarse con Iliusha). Pero cuando comunicó a Krasotkin, con una vaga insinuación, que Aliosha deseaba ir a verle «por un asunto», Kolia le interrumpió y le paró los pies en seguida, encargándole transmitir a «Karamázov» que ya sabía cómo actuar, que no pedía consejos a nadie, y que si se decidía a visitar al enfermo, iría cuando él creyera oportuno, pues tenía su «propio plan». Esto había ocurrido unas dos semanas antes de ese domingo. He aquí por qué Aliosha no había ido a verle personalmente, como tenía intención de hacer. De todos modos, aunque esperaba, había enviado a Smúrov a ver a Krasotkin dos veces. Pero, en ambas ocasiones, Krasotkin respondió ya con una negativa impaciente y rotunda, con el encargo de transmitir a Aliosha que si éste iba a buscarle personalmente, jamás iría a ver a Iliusha y que dejaran de molestarle. Hasta ese último día no supo Smúrov que Kolia había decidido visitar a Iliusha aquella mañana; sólo la víspera por la tarde, al despedirse de él, Kolia le ordenó bruscamente que le esperara por la mañana en su casa para ir juntos a la de Sneguiriov, pero que no se le ocurriera dar cuenta de ello a nadie, pues deseaba presentarse de improviso. Smúrov obedeció. Tenía la esperanza de que Kolia llevara el perro desaparecido, *Zhuchka*, fundándose en unas palabras que en cierta ocasión dijo como de pasada, en el sentido de que «eran todos unos burros por no saber encontrar el perro, si es que vivía». Sin embargo, cuando Smúrov, aprovechando un momento oportuno, aludió a su presunción acerca del perro, Krasotkin se puso hecho un basilisco: «¿Me crees tan burro para que pierda el tiempo buscando perros de otros por toda la ciudad, teniendo como tengo mi *Perezvón*? ¿Se puede soñar con que un perro siga viviendo después de

haberse tragado un alfiler? Esto son sentimentalismos pegajosos, ¡nada más!».

Entretanto, Iliusha llevaba ya dos semanas sin moverse casi de su camita, puesta en un ángulo, junto a los iconos. A clase no iba ya desde el día en que se encontró con Aliosha y le mordió un dedo. Por otra parte, aquel mismo día se había puesto enfermo, si bien durante un mes poco más o menos, bien que mal, pudo pasear por la habitación y el zaguán cuando se levantaba de la camita de vez en cuando. Por fin perdió totalmente las fuerzas, de modo que no podía moverse si no era con la ayuda de su padre. Éste temblaba por él, dejó incluso de beber por completo, casi había perdido el juicio por miedo a que su hijo se muriera, y a menudo, sobre todo después de haberle ayudado a pasear por la habitación, como hacía a veces, tomándole del brazo, y después de haberle acomodado otra vez en la camita, corría de pronto al zaguán, a un rincón oscuro, apoyaba la frente contra la pared y empezaba a sollozar con llanto convulsivo, ahogando su voz para que Iliúshechka no oyera los sollozos.

Sin embargo, cuando volvía a la habitación, generalmente se ponía a distraer y consolar a su entrañable muchacho, le contaba cuentos, anécdotas cómicas o parodiaba a distintas personas estrafalarias con quienes había tenido ocasión de encontrarse, e incluso imitaba a los animales en su manera extravagante de aullar o de gritar. Pero a Iliusha no le gustaba en absoluto que su padre hiciera muecas y representara el papel de un bufón. El muchacho, aunque se esforzaba por disimular que esto le resultaba desagradable, comprendía con gran dolor de corazón que su padre se encontraba humillado en la sociedad y que siempre, de manera obsesionante, se acordaba del «estropajo» y de aquel «día terrible». A Nínochka, la hermana lisiada de Iliúshechka, dulce y tímida, tampoco le gustaba que su padre hiciera muecas (en cuanto a Varvara Nikoláyevna, hacía tiempo ya que se había ido a Petersburgo para seguir sus cursos); en cambio, la ena-

jenada madrecita se divertía mucho y reía de todo corazón cuando su esposo empezaba, a veces, a representar alguna cosa o a hacer algunos gestos cómicos. Esto era lo único con que se la podía consolar; durante todo el resto del tiempo, la mujer no hacía más que refunfuñar y lloriquear, lamentándose de que ahora todos la habían olvidado, de que nadie la respetaba, de que la ofendían, etc. Pero en los últimos días, también ella parecía haber cambiado por completo. Con frecuencia empezaba a mirar a Iliusha en su rincón y se quedaba pensativa. Se había vuelto mucho más callada, más tranquila, y si se ponía a llorar, lo hacía en silencio, para que no la oyesen. El ayudante de capitán observó con amarga sorpresa el cambio que en su mujer se había producido. Al principio, a ella no le gustaban las visitas de los muchachos, la enojaban; luego, los alegres gritos y relatos de los niños empezaron a distraerla también a ella, y al final llegaron a gustarle tanto que si éstos hubieran dejado de acudir, la mujer se habría sentido terriblemente desdichada. Cuando los niños contaban alguna cosa o empezaban a jugar, ella se reía y palmoteaba. A algunos los llamaba y los besaba. Sentía sobre todo especial cariño por Smúrov. En cuanto al ayudante de capitán, la aparición en su casa de los niños que acudían a distraer a Iliusha desde el primer momento le colmó el alma de entusiasta alegría e incluso de esperanza en el sentido de que Iliusha dejaría de estar triste y así, quizá, se restablecería más pronto. Pese a su mucho miedo por el pequeño, no dudó ni un instante, hasta los últimos días, de que su muchacho recobraría la salud. Recibía a los pequeños visitantes con emocionado respeto, no se apartaba de su lado, se ponía a su servicio, dispuesto incluso a llevarlos a cuestas, y lo habría hecho en verdad, pero a Iliusha tales juegos no le gustaban y los dejaron. Empezó a comprarles bombones, rosquillas, avellanas, les preparaba té y bocadillos. Es necesario indicar que durante todo ese tiempo no le faltó dinero. Había aceptado aquellos doscientos rublos de Katerina Ivánov-

na tal como había previsto Aliosha. Luego, la propia Katerina Ivánovna, habiéndose enterado con más detalle de la situación en que se encontraban y de la enfermedad de Iliusha, visitó la casa, conoció a toda la familia e incluso logró cautivar a la semienajenada esposa del capitán. Desde entonces, la mano de Katerina Ivánovna no había dejado de mostrarse generosa, y el propio capitán, abrumado de horror al pensar que podía perder a su hijo, se olvidó de su anterior orgullo y aceptaba resignadamente la limosna. Durante todo ese tiempo, el doctor Herzenstube, por invitación de Katerina Ivánovna, acudía siempre y con toda regularidad a visitar al enfermo cada dos días, pero sus visitas resultaban de poco provecho, pese a que atiborraba de medicinas al niño. Ese día, en cambio, o sea, ese domingo por la mañana, esperaban en casa del capitán a un nuevo médico, venido de Moscú, donde era considerado una notabilidad. Le había llamado por carta Katerina Ivánovna; le había pedido que acudiera desde Moscú y tuvo que pagarle una elevada remuneración, no para que visitara a Iliúshechka, sino para otro objetivo, del que se hablará más abajo, donde corresponda; pero comoquiera que el doctor había hecho el viaje, Katerina Ivánovna le rogó visitara también al niño, de lo que se había advertido con anticipación al ayudante de capitán. En cambio, el capitán no tenía ni el menor presentimiento de la llegada de Kolia Krasotkin, a pesar de que deseaba desde hacía tiempo que se presentara, por fin, aquel muchacho por el que tanto se atormentaba su Iliúshechka. En el momento en que Krasotkin abrió la puerta, todos, el capitán y los muchachos, se habían agolpado junto a la camita del enfermo y estaban examinando un minúsculo cachorrito de mastín, nacido sólo el día anterior, aunque encargado una semana antes por el capitán con el propósito de distraer y consolar a Iliúshechka, quien seguía apenado por *Zhuchka,* desaparecido y, claro está, muerto. Iliusha, enterado desde hacía ya tres días de que le iban a regalar un perrito pequeño

y no uno cualquiera, sino un auténtico mastín (lo cual, claro está, era sumamente importante), por un fino sentimiento de delicadeza se mostraba contento del regalo, pero todos, padre y muchachos, veían con claridad que el nuevo perrito, quizá, no hacía sino agitar con más fuerza en el corazoncito del niño el recuerdo del desgraciado *Zhuchka,* por él torturado. El cachorrito se había echado y se removía al lado de Iliusha, quien, sonriendo dolorosamente, lo acariciaba con su manita delgadita, palidita, descarnada. Incluso se notaba que el perrito le había gustado, pero... con todo, *Zhuchka* seguía sin aparecer; con todo, no era *Zhuchka;* en cambio, si pudiera tener a *Zhuchka* y al cachorrito a la vez, ¡entonces la felicidad sería completa!

–¡Krasotkin! –gritó de pronto uno de los niños, el primero en ver entrar a Kolia.

Hubo una visible emoción, los muchachos se apartaron y se colocaron a ambos lados de la camita, descubriendo así, de pronto, a Iliúshechka. El ayudante de capitán se precipitó al encuentro de Kolia.

–Entre, entre... ¡su visita nos es muy querida! –balbuceó–. Iliúshechka, el señor Krasotkin viene a verte...

Pero Krasotkin, inmediatamente después de haberle tendido con rápido gesto la mano, al instante hizo gala de su extraordinario conocimiento de los buenos modales. En seguida y en primer lugar se volvió hacia la esposa del capitán, sentada en su sillón (en aquel momento parecía muy descontenta y rezongaba porque los niños se habían interpuesto entre ella y la camita de Iliusha, de modo que no le dejaban ver el nuevo perrito), dio, muy cortés, un taconazo y la saludó con una reverencia; luego, dirigiéndose a Nínochka, le hizo, como dama, una reverencia igual. Este acto de cortesía produjo en la señora enferma una extraordinaria y agradable impresión.

–¡Cómo se ve en seguida que es un joven bien educado! –dijo en voz alta, abriendo los brazos–. No es como nuestros

otros visitantes, que vienen unos montados a cuestas de los otros.

–¿Cómo, mamita, qué quiere decir unos montados a cuestas de los otros? –balbuceó el capitán, si bien con ternura, algo inquieto por la «mamita».

–Pues así entran. En el zaguán, uno se monta a caballo sobre los hombros de otro y de este modo entran en la casa de una familia noble. ¿Qué visitas son éstas?

–Pero ¿quién, mamita, quién ha entrado de esta manera, quién?

–Mira, este chico ha entrado hoy a cuestas de ése, y el de allá sobre ese otro...

Pero Kolia ya se había acercado a la camita de Iliusha. El enfermo había palidecido visiblemente. Se incorporó en su pequeño lecho y miró a Kolia de manera fija, muy fija. Éste no había visto a su antiguo amiguito desde hacía ya unos dos meses, y de pronto se quedó totalmente sorprendido: no había podido ni imaginarse que iba a ver una carita tan enflaquecida y amarillenta, unos ojos tan ardientes por la fiebre y unas manitas tan delgadas. Con amarga extrañeza se daba cuenta de que Iliusha tenía la respiración honda y frecuente, y de que se le habían secado muchísimo los labios. Dio un paso hacia él, le tendió la mano y, casi desconcertado, articuló:

–Qué tal, viejo... ¿cómo estás?

Pero se le cortó la voz, le faltó desenvoltura, pareció como si la cara se le contrajera de pronto y algo le tembló junto a los labios. Iliusha le sonreía dolorosamente, sin fuerzas aún para decir ni una palabra. Kolia levantó de súbito la mano y la pasó inconscientemente por los cabellos del enfermo.

–¡No será na-da! –le balbuceó en voz baja, como animándose y sin saber por qué lo decía.

Volvieron a callar unos instantes.

–¿Qué tienes aquí, un nuevo cachorro? –preguntó Kolia de súbito, en un tono de voz totalmente insensible.

–¡Sí-í-í! –respondió Iliusha con un largo murmullo, sofocándose.

–Tiene negro el hocico, esto quiere decir que es de los que se han de tener encadenados –comentó Kolia en tono grave y firme, como si toda la cuestión radicara en aquel momento en el cachorro y en su hocico negro. Pero lo capital era que todavía estaba luchando con todas sus fuerzas para dominar la emoción que experimentaba, para no romper a llorar como un «pequeñajo», y aún no podía vencerla–. Cuando haya crecido habrá que atarlo a una cadena, lo sé muy bien.

–¡Será enorme! –exclamó uno de los muchachos del grupo.

–Claro, es un mastín; será enorme, así, como un ternero –soltaron, de pronto, varias voces.

–Como un ternero, como un auténtico ternero –intervino el ayudante de capitán–; he buscado adrede uno así, de lo más bravo; sus padres también son enormes y los más bravos, así de grandes... Siéntese, haga el favor, tome asiento ahí, en la cama de Iliusha, o aquí, en el banco. Sea bienvenido; su visita nos es muy querida, la hemos esperado mucho tiempo... ¿Ha venido usted con Alexéi Fiódorovich?

Krasotkin se sentó en la camita, a los pies de Iliusha. Aunque quizá por el camino se había preparado para empezar la conversación con desenvoltura, había perdido definitivamente el hilo de lo que quería decir.

–No... con *Perezvón*... Tengo un perro, *Perezvón*. Es un nombre eslavo. Está ahí esperando... Si silbo, entrará corriendo. Yo también tengo un perro –de pronto se volvió hacia Iliusha–. ¿Te acuerdas, viejo, de *Zhuchka?* –le soltó de pronto, sin más ni más.

A Iliúshechka se le contrajo la carita. El chico miró con aire dolorido a Kolia. Aliosha, de pie junto a la puerta, frunció el ceño y con disimulo hizo un movimiento de cabeza a Kolia para que no hablara de *Zhuchka,* pero Kolia no lo advirtió o no quiso darse cuenta.

–¿Dónde está, pues... *Zhuchka?* –preguntó Iliusha con una vocecita entrecortada.

–Ay, hermano, lo que es tu *Zhuchka,* ¡fu! ¡Tu *Zhuchka* ha volado!

Iliusha se calló, pero volvió a mirar fijamente, muy fija mente, a Kolia. Aliosha, aprovechando un momento en que ése le miró, volvió a hacerle una enérgica señal con la cabeza, pero Kolia apartó de nuevo los ojos, como si tampoco esta vez hubiera observado nada.

–Se fue corriendo a alguna parte y se ha perdido. Cómo no perderse después de un bocadillo como aquél –prosiguió implacable Kolia; mientras tanto, parecía como si él mismo empezara a sofocarse por alguna cosa–. En cambio yo tengo a *Perezvón...* Es un nombre eslavo... Te lo he traído...

–¡No quie-ro! –replicó de pronto Iliúshechka.

–Sí, sí, has de verlo sin falta... Te divertirás. Lo he traído adrede... es peludo, como aquél... ¿Me permite, señora, que llame a mi perro? –preguntó, dirigiéndose de súbito a la señora Sneguiriova con una emoción ya totalmente incomprensible.

–¡No quiero, no quiero! –exclamó Iliusha con un desgarro de amargura en la voz. Los ojos le brillaron con expresión de reproche.

–Usted, quizá... –de pronto el capitán se levantó del baúl, animado a la pared, en que se había sentado–, usted, quizás... en otra ocasión... –musitó.

Pero Kolia insistió sin que nada le detuviera, y, apresurándose, gritó de súbito a Smúrov: «¡Smúrov, abre la puerta!»; no bien se abrió la puerta, tocó su pequeño silbato. *Perezvón* entró en el cuarto como una flecha.

–¡Salta, *Perezvón!* ¡De patitas! ¡De patitas! –vociferó Kolia, levantándose, y el perro, sosteniéndose sobre las patas traseras, se irguió frente a la camita de Iliusha.

Entonces, ocurrió algo que nadie esperaba: Iliusha se estremeció y, súbitamente, avanzó el cuerpo con fuerza, se inclinó hacia *Perezvón* y se lo quedó mirando, como petrificado.

–¡Éste... es *Zhuchka!* –gritó con voz temblorosa de dolor y de felicidad.

–¿Cuál creías que era, pues? –exclamó con todas sus fuerzas Krasotkin, con voz sonora y feliz; e inclinándose hacia el perro, lo agarró con los brazos y lo acercó a Iliusha–. Mira, viejo, ¿ves?, el ojo tuerto y la oreja izquierda cortada, exactamente las señales que tú me contaste. ¡Por estas señales pude encontrarlo! Lo encontré entonces, muy pronto. Era un perro sin dueño, ¡sin dueño! –aclaró, volviéndose rápidamente hacia el capitán, hacia su esposa, hacia Aliosha y luego otra vez hacia Iliusha–. Se había refugiado en un rincón del patio de los Fedótov, pero no le daban de comer, era un perro fugitivo, había huido de alguna aldea... Lo busqué hasta encontrarlo... Ya ves, viejo, que no se había tragado tu bola. De haberla engullido, habría muerto, desde luego, ¡esto es seguro! Tuvo tiempo de escupirla, por eso vive. La escupió y tú no te diste cuenta. Pudo escupirla, pero, de todos modos, se pinchó la lengua, por esto se puso entonces a aullar. Corría y aullaba, y así tú te creíste que la había tragado. Debía aullar mucho, porque los perros tienen la piel de la boca muy sensible... más que el hombre, ¡mucho más sensible! –exclamó chillando Kolia, con la cara encendida, resplandeciente de entusiasmo.

Iliusha, en cambio, no podía hablar. Miraba a Kolia con sus grandes ojos espantosamente desorbitados, con la boca abierta, pálido como un lienzo. Si Krasotkin, que no sospechaba nada, hubiera sabido de qué manera tan penosa y nefasta podía influir una impresión semejante sobre la salud del muchacho enfermo, por nada del mundo se habría decidido a dar una sorpresa como aquélla. Pero en la habitación tan sólo lo comprendía, quizás, Aliosha. Por lo que respecta al ayudante de capitán, parecía haberse convertido en el más pequeño de los muchachos.

–*¡Zhuchka!* ¿Así, es *Zhuchka?* –gritaba con voz de bienaventurado–. Iliúshechka, es *Zhuchka,* ¡es tu *Zhuchka!* ¡Mamita, si es *Zhuchka!* –Casi lloraba.

–¡Y yo no lo había adivinado! –exclamó Smúrov con amargura–. Bravo por Krasotkin; ya decía yo que encontraría a *Zhuchka,* ¡y lo ha encontrado!

–¡Y lo ha encontrado! –repitió aún alegremente alguien más.

–¡Bravo, Krasotkin! –resonó una tercera vocecita.

–¡Bravo, bravo! –se pusieron a gritar todos los muchachos y comenzaron a aplaudir.

–Quietos, quietos –Krasotkin se esforzaba para hacer oír su voz–. Os voy a contar lo que pasó, lo bueno está en lo que pasó y no en otra cosa. El caso es que lo busqué hasta dar con él, me lo llevé a casa y en seguida lo escondí, lo encerré bajo llave y no lo mostré a nadie hasta hoy. Únicamente Smúrov se enteró hace dos semanas de que yo tenía un perro, pero le dije que era *Perezvón* y él no sospechó nada. Durante este tiempo, he enseñado a *Zhuchka* todas las ciencias, y ahora vais a ver las mañas que sabe hacer, ¡fijaos! Por esto lo he enseñado, viejo, para traértelo amaestrado y obediente, para decirte: ¡mira, viejo, cómo es tu *Zhuchka* ahora! ¿No tendrían ustedes un trocito cualquiera de carne? Les va a mostrar una habilidad que se van a desternillar de risa. ¿Es posible que no tengan un trocito de carne, un pedacito?

El ayudante de capitán se precipitó, a través del zaguán, a la parte de la isba que ocupaban los dueños, donde se preparaba también la comida de la familia. Mas Kolia, para no perder un tiempo precioso, gritó a *Perezvón* con extraordinaria prisa: «¡Muere!». Y el perro empezó a dar vueltas, se tumbó sobre la espalda y se quedó inmóvil con las cuatro patas al aire. Los chicos se reían, Iliusha seguía mirando con su anterior sonrisa dolorosa, pero a quien más gustó que *Perezvón* hiciera el muerto fue a la «mamita». Se reía a carcajadas mirando el perro y se puso a llamarlo a la vez que hacía sonar los dedos:

–*¡Perezvón, Perezvón!*

–Por nada del mundo se levantará, por nada del mundo –gritó Kolia victoriosamente, con legítimo orgullo–, aunque lo llamaran todos; en cambio, lo llamo yo y al instante se levanta. *Ici, Perezvón!*

El perro se levantó de un brinco y se puso a saltar y a latir de alegría. El capitán entró presuroso con un trozo de carne de vaca hervida.

–¿No estará demasiado caliente? –inquirió Kolia, expedito y práctico, al tomar el pedazo de carne–. No, no está demasiado caliente; es que a los perros no les gusta lo caliente. Miren todos; Iliúshechka, mira, pero mira, hombre, mira, viejo, ¿por qué no miras? ¡Le he traído el perro y él no mira!

La nueva habilidad consistía en poner sobre el hocico tendido del perro, que se mantenía de pie, inmóvil, el sabroso trocito de carne de vaca cocida. El desgraciado can debía permanecer sin moverse cuanto mandara el amo, aunque fuese media hora, con el trozo sobre el hocico. De todos modos, a *Perezvón* no le tuvieron así más que un minutito.

–¡Tuyo! –gritó Kolia, y el trozo de carne, en un abrir y cerrar de ojos, voló del hocico a la boca del perro.

El público, huelga decirlo, expresó su más entusiasta sorpresa.

–¿Pero es posible, es posible que sólo para adiestrar al perro no haya venido durante todo este tiempo? –exclamó Aliosha con un acento de reproche involuntario.

–¡Precisamente por esto! –respondió con la mayor ingenuidad Kolia–. ¡Quería mostrarlo en todo su esplendor!

–*¡Perezvón! ¡Perezvón!* –Iliusha hizo castañear de pronto sus deditos flacuchos, llamando al perro.

–¡No te preocupes! Que salte él mismo a tu lado sobre la cama. *Ici, Perezvón!*

Kolia dio un golpe en la cama con la palma de la mano y el perro voló como una flecha al lado de Iliusha. Éste le rodeó en seguida la cabeza con ambos brazos y *Perezvón* al instante

le lamió una mejilla en correspondencia. Iliúshechka se apretó contra él, se estiró en la camita y escondió su rostro en las crespas lanas del perro.

–¡Dios mío, Dios mío! –exclamaba el ayudante de capitán.

Kolia se sentó de nuevo en la cama, mirando a Iliusha.

–Iliusha, aún puedo mostrarte otra cosita. Te he traído un pequeño cañón. ¿Te acuerdas? Ya entonces te hablé de este cañoncito y tú dijiste: «¡Oh, cómo me gustaría a mí también verlo!». Bueno, pues ahora te lo he traído.

Y Kolia, apresurándose, sacó de la cartera su cañoncito de bronce. Se apresuraba porque él mismo se sentía muy feliz: en otras circunstancias habría esperado a que hubiese pasado el efecto producido por *Perezvón*, pero ahora tenía prisa, desdeñaba toda demora: «ya sois felices, ¡pues aquí va aún más felicidad!». Él mismo rebosaba de dicha.

–Hacía tiempo que había echado el ojo a aquel chisme en casa de Morózov, el funcionario. Es para ti, viejo, es para ti. A él no le servía para nada, lo había recibido de su hermano, y se lo cambié por un libro del armario de papá: *El pariente de Mahoma o la Tontería salutífera*. El librito tiene cien años, es una obra libertina que salió en Moscú cuando aún no había censura; Morózov es muy aficionado a estas cositas. Encima me dio las gracias...

Kolia sostenía el cañoncito en la mano, de manera que todos podían verlo y recrearse contemplándolo. Iliusha se incorporó y, sin dejar de ceñir a *Perezvón* con el brazo derecho, contemplaba el juguetito con arrobamiento. El efecto llegó a su más alto grado cuando Kolia declaró que también tenía pólvora y que podría disparar en seguida «con tal de no incomodar a las damas». La «mamita» rogó inmediatamente que le permitieran examinar el juguetito de más cerca, deseo que fue satisfecho al instante. El cañoncito de bronce sobre ruedas le gustó lo indecible y la mujer en seguida se puso a hacerlo rodar sobre sus rodillas. A la solicitud de permiso para disparar, respondió con su con-

sentimiento total, sin que, por lo demás, llegara a comprender qué era lo que le pedían. Kolia mostró la pólvora y la munición. El capitán, como antiguo militar, se ocupó de la carga, vertiendo la más pequeña porción de pólvora, pero rogó que la munición se dejara para otra vez. Colocaron el cañón en el suelo, con la boca mirando hacia un lugar libre; pusieron en la ranura, para provocar la explosión, tres pizquitas de pólvora y prendieron fuego con una cerilla. Se produjo un disparo impecable. La mamita se sobresaltó de momento, pero en seguida se puso a reír de alegría. Los chicos contemplaban con silenciosa solemnidad, pero quien más dichoso se sentía era el capitán, mirando a Iliusha. Kolia tomó el cañoncito y lo regaló inmediatamente al enfermo junto con los perdigones y la pólvora.

–Lo he traído para ti, ¡para ti! Lo tenía preparado hace tiempo –repitió una vez más, en la plenitud de su felicidad.

–¡Ah, regálemelo a mí! ¡Es mejor que me regale el cañoncito a mí! –comenzó a pedir de pronto la mamita como si fuera una niña. En su rostro se reflejaba una amarga inquietud por miedo a que no se lo regalaran.

Kolia se turbó. El capitán se agitó intranquilo.

–¡Mamita, mamita! –exclamó, acercándosele precipitadamente–. El cañoncito es tuyo, es tuyo, pero deja que lo tenga Iliusha, porque se lo han regalado a él, pero de todos modos es tuyo; Iliúshechka siempre te lo dará para jugar, que sea de vosotros dos, de los dos...

–No, no quiero que sea de los dos, no; quiero que sea completamente mío, no de Iliusha –continuaba la mamita, disponiéndose ya a romper a llorar.

–¡Mamá, tómalo, quédatelo! –gritó de súbito Iliusha–. Krasotkin, ¿puedo regalarlo a mamá? –pidió acto seguido con aire suplicante a Krasotkin, como si temiera ofenderle al ceder su regalo a otra persona.

–¡Naturalmente! –accedió Krasotkin, y él mismo, tomó el cañoncito de las manos de Iliusha y lo entregó a la mamita, a

la vez que le hacía la más cortés de las reverencias. La dama hasta lloró de emoción.

–Iliúshechka, querido, ¡tú sí amas a tu mamita! –exclamó enternecida, y en seguida se puso otra vez a hacer rodar el cañón sobre las rodillas.

–Mamita, deja que te bese la mano –le dijo su esposo, y en seguida dio cumplimiento a su idea.

–¡El joven más simpático de todos es este buen muchacho! –añadió la agradecida dama señalando a Krasotkin.

–Pólvora, Iliusha, te traeré toda la que quieras. Ahora la hacemos nosotros mismos. Borovikov se ha enterado de la composición: veinticuatro partes de salitre, diez de azufre y seis de carbón de abedul; se machaca todo junto, se echa agua, se mezcla hasta formar una pasta, se hace pasar por un tambor, y ya tienes la pólvora.

–Smúrov ya me ha hablado de vuestra pólvora, pero papá dice que ésta no es verdadera –replicó Iliusha.

–¿Cómo, que no es verdadera? –Kolia se ruborizó–. A nosotros se nos enciende. De todos modos, no sé...

–No, no es esto –terció de pronto el capitán con aire de culpabilidad –. Yo dije, es cierto, que la auténtica pólvora no se fabrica así, pero no importa, también puede fabricarse de este modo.

–No sé, usted lo sabe mejor. Nosotros la encendimos en un tarro de pomada y ardió muy bien, se quemó toda, sólo dejó una capa pequeñísima de hollín. Pero lo que quemamos nosotros era la pasta; si la hiciéramos pasar por el tambor... De todos modos, mejor lo sabe usted que yo... A Bulkin, su padre le zurró por nuestra pólvora, ¿te lo han contado? –añadió de repente, dirigiéndose a Iliusha.

–Me lo han contado –respondió éste, que escuchaba con un interés y un placer infinitos.

–Habíamos preparado una botella entera de pólvora, él la tenía guardada debajo de la cama. Su padre la vio. «Puede explotar», dijo. Y sin esperar nada le dio una zurra. Quería ir al

colegio a quejarse de mí. Ahora a Bulkin no le dejan salir conmigo, ahora no dejan ir a nadie conmigo. A Smúrov tampoco le dejan, me he hecho famoso en todas sus casas: dicen que soy un «temerario» –Kolia se sonrió despectivamente–. Todo esto ha empezado con aquella historia del ferrocarril.

–¡Ah, también hemos oído hablar de aquella proeza suya! –exclamó el ayudante de capitán–. ¿Cómo se estuvo usted allí, tendido? Es increíble que no se haya asustado cuando el tren le pasaba por encima. ¿No experimentaba una impresión de terror?

El capitán lisonjeaba en gran manera a Kolia.

–¡No mu-u-cho! –respondió negligentemente Kolia–. pero lo que ha hecho más flaco servicio a mi reputación ha sido aquel maldito ganso –prosiguió, dirigiéndose otra vez a Iliusha. Mas aunque al hablar todavía se esforzaba para adoptar un aire de indiferencia, no lograba aún dominarse y seguía sin encontrar el tono adecuado.

–¡Ah, también he oído hablar del ganso! –se rió Iliusha, radiante–. Me lo contaron, pero no llegué a comprenderlo todo. ¿Es posible que te condujeran ante el juez?

–Fue la cosa más tonta, más insignificante, y de ella se hizo toda una catedral, como suele ocurrir en nuestra ciudad –empezó con desenfado Kolia–. Una vez iba yo por la plaza, y en aquel momento llevaban allí una bandada de gansos. Me detuve y me los quedé mirando. De pronto, un mozo de aquí, Vishniakov, uno que ahora está de dependiente en casa de los Plótnikov, se me acerca y me dice: «¿Por qué estás mirando los gansos?». Yo me fijo en él: era un mozo de unos veinte años, con una jeta estúpida, redonda; yo, ¿saben?, nunca desprecio al pueblo. A mí me gusta estar con el pueblo... Nos hemos quedado a la zaga del pueblo, esto es un axioma; usted, según parece, se ríe, Karamázov.

–No, Dios me libre; le escucho con mucha atención.

Y el suspicaz Kolia al instante se reanimó.

–Mi teoría, Karamázov, es clara y sencilla –se apresuró a continuar Krasotkin alegremente–. Yo creo en el pueblo y siempre estoy contento de poderle hacer justicia, pero de ningún modo mimándolo, esto es una cuestión *sine qua*... Pero yo estaba hablando del ganso. Me volví hacia aquel mastuerzo y le respondí: «Pues estoy pensando en lo que estarán pensando los gansos». Él me mira con cara de tonto perdido: «¿Y en qué piensan, dice, los gansos?». «Mira, le digo, este carro de avena. El grano se está cayendo de un saco, y un ganso ha extendido el cuello debajo de la mismísima rueda para picarlo, ¿lo ves?» «Claro que lo veo», responde. «Bueno, digo, si ahora se hace avanzar un poquitín el carro, ¿cortará la rueda el cuello del ganso?» «Se lo cortará, no hay duda», responde, y se ríe abriendo toda la boca, derritiéndose de satisfacción. «Pues hala, mozo, le digo, venga.» «Venga», responde. No necesitamos mucho tiempo: él se puso disimuladamente junto a la brida y yo me coloqué a un lado para dirigir al ganso. El mujik estaba entonces distraído, hablando con alguien, y yo ni tuve que dirigir al ganso: él mismo tendió el cuello debajo del carro, junto a la rueda, para picar la avena. Hice un guiño al mozo, él dio un tirón a la brida y ¡cra-ac!, el ganso quedó con el cuello partido por la mitad. Lo que son las cosas: en aquel mismo segundo, todos los mujiks nos vieron y se pusieron a desgañitarse a la vez: «¡Lo has hecho con intención!». «No, no ha sido con intención.» «¡Sí, con intención!» Bueno, gritan: «¡A ver al juez de paz!». También me llevaron a mí: «Tú también estabas aquí, me dicen, tú le has echado una mano, ¡a ti todo el mercado te conoce!». En efecto, todo el mercado me conoce, no sé por qué –añadió con amor propio Kolia–. Y allá nos fuimos, a casa del juez de paz; también llevaron el ganso. Mi mozo se asustó y se puso a berrear; cierto, lloraba como una mujeruca. El dueño de los gansos gritaba: «¡De este modo se aplastan tantos gansos como uno quiera!». Desde luego, había testigos. El juez de paz acabó en un periquete: «Que se dé un

rublo al dueño de la bandada, y el ganso que se lo lleve el mozo. Y en adelante, que no se permita nadie andarse con estas bromas». Pero el mozo, venga a llorar como una mujeruca: «No he sido yo, dice, ha sido éste quien me ha metido en el lío», y me señalaba a mí. Yo respondí con la mayor sangre fría que no le había metido de ningún modo en el lío, que sólo había expuesto la idea en general y lo había dicho sólo como proyecto. El juez de paz Nefédov se sonrió y se enojó en seguida contra sí mismo por haberse sonreído: «De usted (me dijo) voy a dar parte inmediatamente al director de su escuela, para que no vuelva a hacer proyectos de este género en vez de estar estudiando y aprendiendo sus lecciones». Al director no le dio parte, lo dijo en broma, pero la noticia realmente se propagó y llegó a oídos de la dirección: ¡ya se sabe que allí hay quien tiene las orejas muy largas! Se indignó, sobre todo, Kolbásnikov, el de clásicas, pero Dardanélov me defendió otra vez. Ahora, Kolbásnikov está rabioso contra todos nosotros como un pollino. Te habrás enterado, Iliusha, de que se ha casado; recibió de los Mijáilov una dote de mil rublos, pero la novia es más fea que pegar a un padre. Los de la tercera clase le han compuesto en seguida un epigrama:

A los de la tercera clase les ha asombrado
que Kolbásnikov el cochino se haya casado.

»Y así sucesivamente; es muy divertido, otra vez te lo traeré. De Dardanélov, no digo nada: es un hombre que sabe, sabe de verdad. A los hombres como él los respeto, y no porque me haya defendido, de ningún modo...

–¡Sin embargo, le pusiste en un brete con lo de quién fundó Troya! –intervino de pronto Smúrov, decididamente orgulloso de Krasotkin en aquel momento. Mucho le había gustado el relato del ganso.

–¿Es cierto que le puso usted en un brete? –terció lisonjero el capitán–. ¿Fue por lo de quién fundó Troya? De que le ha-

bía colocado en un apuro, ya lo supe. Me lo contó entonces Iliúshechka...

–Lo sabe todo, papá, ¡sabe más que todos nosotros! –intervino también Iliúshechka–. Él hace como si nada, pero es el primer alumno en todas las asignaturas...

Iliúshechka contemplaba a Kolia con una felicidad inmensa.

–Bah, eso de Troya es una tontería, una pequeñez. Yo mismo considero que esta cuestión no tiene importancia –repuso Kolia con orgullosa modestia.

Ya había logrado dar con el tono preciso, aunque, de todos modos, se sentía algo intranquilo: se daba cuenta de que se encontraba muy excitado y de que, por ejemplo, había hablado del ganso con demasiado calor; Aliosha había permanecido silencioso durante todo el tiempo del relato, estaba serio, y al susceptible muchacho poco a poco se le iba poniendo como un peso en el corazón: «¿No se callará porque me desprecie pensando que yo lo que busco es su alabanza? En este caso, si se atreve a pensar esto, yo...».

–Yo considero que esta cuestión no tiene ninguna importancia –repitió una vez más, con cierto orgullo.

–Pues yo sé quién fundó Troya –manifestó inesperadamente un muchacho que hasta entonces casi no había dicho nada, silencioso y, por lo visto, tímido, muy guapito, de unos once años, llamado Kartashov.

Estaba sentado cerca de la puerta. Kolia lo miró sorprendido y con aire de importancia. El caso era que la cuestión de «¿quién había fundado Troya, en definitiva?», se había convertido decididamente en todas las clases en un secreto, y para penetrar en él era necesario consultar la obra de Smarágdov. Pero nadie tenía el Smarágdov fuera de Kolia. Y he aquí que una vez, Kartashov, callandito, aprovechando un momento en que Kolia se había vuelto de espalda, abrió rápidamente la obra de Smarágdov, que tenía aquél entre sus libros, y acertó a abrirlo en el punto en que se habla de los

fundadores de Troya. Esto había ocurrido hacía ya bastante tiempo, pero Kartashov se sentía turbado y no se atrevía a manifestar públicamente que sabía quién había fundado Troya, temeroso de lo que pudiera suceder y de que Kolia le pusiera en vergüenza. Pero ahora, sin saber por qué, se decidió y lo dijo. Además, hacía tiempo que deseaba hacerlo.

–Bueno, ¿quién la fundó, pues? –preguntó Kolia, volviéndose hacia el otro orgullosa y altivamente, adivinando por la cara de Kartashov que éste en verdad lo sabía y, desde luego, preparándose al instante para hacer frente a todas las consecuencias.

En el estado de ánimo general, se produjo lo que se denomina una disonancia.

–Troya fue fundada por Teucro, Dárdano, Ilos y Tros –articuló de carrerilla el muchacho, y en un momento se puso colorado, tan colorado que hasta daba pena mirarle.

Pero todos los chicos le clavaron la vista, se lo quedaron mirando un minuto entero, y luego, de súbito, todos aquellos ojos que miraban fijamente se volvieron hacia Kolia. Éste, con desdeñosa sangre fría, seguía midiendo con su propia mirada al atrevido muchacho.

–Bien, pero ¿qué hicieron para fundarla? –se dignó decir por fin–. Además, ¿qué significa, en general, fundar una ciudad o un estado? Y ésos qué: ¿llegaron y cada uno de ellos puso un ladrillo, quizá?

Hubo una risa general. El muchacho culpable pasó del rojo al escarlata. Callaba, estaba a punto de llorar. Kolia le tuvo aún así un minutito.

–Para hablar de tales acontecimientos históricos como la fundación de una nación, es necesario comprender antes lo que esto significa –añadió, severamente sentencioso–. Por mi parte, de todos modos, doy poca importancia a esos cuentos de abuelas, y no es que me inspire mucho respeto, en general, la historia universal –añadió de pronto con negligencia, dirigiéndose ya a todos los presentes.

–¿La historia universal? –inquirió el ayudante de capitán, un poco asustado.

–Sí, la historia universal. Es el estudio de una serie de estupideces humanas, nada más. Yo sólo siento respeto por las matemáticas y las ciencias naturales –añadió con empaque Kolia, a la vez que lanzaba una breve mirada a Aliosha, cuya opinión era lo único que en ese momento temía.

Pero Aliosha continuaba callando, serio como hasta entonces. Si Aliosha hubiera dicho en ese momento alguna cosa, todo habría acabado ahí, pero callaba, «su silencio podía ser despectivo» y Kolia se irritó ya por completo.

–Ahora tenemos otra vez las lenguas clásicas[1]: es una locura, nada más... ¿Otra vez, según parece, está usted en desacuerdo conmigo, Karamázov?

–Sí, en desacuerdo –Aliosha se sonrió con discreción.

–Las lenguas clásicas, si desean saber la opinión que me merecen, constituyen una medida policíaca; ésta es la única razón por la que han sido introducidas –poco a poco, Kolia empezó otra vez a sofocarse–; se han introducido porque son aburridas y embotan las facultades. Nos aburríamos, pues bien: ¿qué hacer para que el aburrimiento sea mayor? Había cosas absurdas, pues bien: ¿qué hacer para que lo sean más? Y se les ha ocurrido echar mano de las lenguas clásicas. Tal es la opinión rotunda que éstas me merecen y espero no cambiarla nunca –terminó Kolia, contundente. En cada una de sus mejillas se hizo visible un punto sonrosado.

–Es verdad. –Con una vocecita sonora y convencida, asintió de pronto Smúrov, que había estado escuchando con mucha atención.

1. A finales de la década de 1860 y en la de 1870, se intensificó mucho la enseñanza del latín y del griego en los colegios rusos, lo cual fue combatido como medida reaccionaria por ciertos círculos democráticos de aquellos tiempos.

–¡Pero él es el primero en latín! –gritó repentinamente uno de los chicos del grupo.

–Sí, papá; dice esto, y es el primer alumno de latín en clase –manifestó también Iliusha.

–¿Y qué? –repuso Kolia, considerando necesario defenderse, aunque le resultaba muy agradable la alabanza–. Empollo el latín porque hace falta, porque he prometido a mi madre acabar los estudios, y considero que se ha de hacer bien aquello que uno emprende; pero en mi fuero interno desprecio profundamente el clasicismo y toda esta bajeza... ¿No está de acuerdo, Karamázov?

–Bueno, ¿a qué viene eso de «bajeza»? –volvió a sonreírse Aliosha.

–Por favor, los clásicos están traducidos a todos los idiomas; si nos hacen aprender latín no es, por consiguiente, para el estudio de los clásicos ni mucho menos, sino tan sólo como medida policíaca y para embotar las facultades ¿No es esto una bajeza?

–Pero, ¿quién le ha enseñado todas estas cosas? –exclamó por fin Aliosha, sorprendido.

–En primer lugar, podía comprenderlo yo mismo sin que nadie me lo enseñara, y en segundo lugar ha de saber que eso mismo que acabo de explicar yo acerca de los clásicos traducidos, lo ha dicho en voz alta a toda la tercera clase el mismo profesor Kolbásnikov...

–¡El doctor ha llegado! –exclamó de pronto Nínochka, que había permanecido callada todo el tiempo.

En efecto, ante el portalón de la casa se había detenido el coche que pertenecía a la señora Jojlakova. El capitán, que había estado esperando al doctor toda la mañana, se precipitó a su encuentro. La «mamita» se arregló un poco y adoptó un aire de gravedad. Aliosha se acercó a Iliusha y se puso a acomodarle la almohada. Nínochka, desde su sillón, observaba intranquila cómo Aliosha colocaba bien la ropa de la camita. Los chicos empezaron a despedirse deprisa, algunos

prometieron volver por la tarde. Kolia llamó a *Perezvón,* que en seguida saltó de la cama.

–¡Yo no me voy, no me voy! –dijo precipitadamente Kolia a Iliusha–. Esperaré en el zaguán y volveré cuando el doctor haya salido, vendré con *Perezvón.*

Pero el doctor ya entraba. Era un personaje de imponente figura, con un largo abrigo de piel de oso, largas patillas oscuras y un lustroso mentón rasurado. Cruzado el umbral, se detuvo súbitamente como si estuviera confundido: con toda seguridad, tuvo la impresión de haberse equivocado de casa. «¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?», musitó sin quitarse el abrigo ni la gorra de piel de gato con visera de la misma piel. La mucha gente, la pobreza del cuarto, la ropa blanca colgada de una cuerda en un ángulo, le desconcertaron. El capitán se inclinó profundamente ante él.

–Está usted aquí, señor, aquí –balbuceó servilmente–; está usted aquí, señor, en mi casa; usted venía aquí...

–¿Sne-gui-riov? –articuló el doctor con voz grave y fuerte–. ¿El señor Sneguiriov es usted?

–¡Soy yo, señor!

–¡Ah!

El doctor volvió a examinar el cuarto con repugnancia y se quitó el abrigo. Una importante condecoración que le colgaba del cuello brilló a los ojos de todos los presentes. El capitán cogió al vuelo el abrigo y el doctor se quitó la gorra.

–Y el paciente, ¿dónde está? –preguntó en voz alta y en tono autoritario.

6. Precoz desarrollo

–En su opinión, ¿qué le dirá el doctor? –preguntó Kolia rápidamente–. Pero qué jeta más repugnante, ¿no es cierto? ¡No puedo soportar la medicina!

–Iliusha morirá. Me parece que esto es seguro –respondió tristemente Aliosha.

–¡Granujas! ¡La medicina es una granujada! De todos modos, estoy contento de haberle conocido, Karamázov. Hace tiempo que quería conocerle. Es una pena que nos hayamos encontrado en circunstancias tan tristes...

Kolia habría querido decir aún algo más caluroso, más expansivo; sin embargo, parecía como si algo le cohibiera. Aliosha se dio cuenta, se sonrió y le estrechó la mano.

–Hace mucho tiempo que he aprendido a respetar en usted a un ser poco común –balbuceó otra vez Kolia, turbándose y embrollándose–. He oído decir que usted es un místico y que ha estado en el monasterio. Sé que usted es un místico, pero... esto no me ha detenido. El contacto con la realidad le curará... Con las personas como usted, siempre ocurre así.

–¿Qué entiende usted por místico? ¿De qué he de curarme? –Aliosha se sorprendió un poco.

–Pues eso, lo de Dios y demás.

–Cómo, ¿acaso no cree usted en Dios?

–Al contrario, nada tengo contra Dios. Desde luego, Dios sólo es una hipótesis, pero reconozco que es necesario para el orden... para el orden en el mundo, etcétera... y si no existiera, habría que inventarlo –añadió Kolia, empezando a sonrojarse.

Se imaginó de pronto que Aliosha iba a pensar de él que quería hacer gala de sus conocimientos y mostrar cuán «grande» era. «Pero yo no quiero de ningún modo presumir ante él de lo que sé», reflexionó Kolia, indignado. Y, de súbito, experimentó una terrible sensación de disgusto.

–Confieso que no puedo soportar las discusiones sobre todo eso –añadió resuelto–; el caso es que sin creer en Dios también es posible amar a la humanidad, ¿no le parece? Voltaire, por ejemplo, no creía en Dios, pero amaba a la humanidad, ¿no? –«¡Otra vez, otra vez!», pensó para sus adentros.

–Voltaire creía en Dios, mas, al parecer, creía poco, y, según parece, también quería poco a la humanidad –respondió Aliosha suave, discretamente, con absoluta naturalidad, como si estuviera hablando con una persona de sus mismos años o incluso mayor que él.

A Kolia le asombró, precisamente, esa como si dijéramos inseguridad de Aliosha respecto a su opinión de Voltaire y el que, al parecer, dejara que fuese nada menos que él, el pequeño Kolia, quien resolviera la cuestión.

–¿Acaso ha leído usted a Voltaire? –concluyó Aliosha.

–No, no es que lo haya leído... De todos modos, he leído *Candide* en una traducción rusa... en una vieja y abominable traducción, grotesca... –«¡Otra vez, otra vez!».

–¿Y lo ha comprendido?

–Oh, sí, todo... es decir... ¿por qué piensa que podía no haberlo comprendido? Desde luego, contiene muchas indecencias... Yo, desde luego, estoy en condiciones de comprender que se trata de una novela filosófica y escrita para exponer una idea... –se embrolló ya por completo Kolia–. Yo soy socialista, Karamázov, soy un socialista incorregible –soltó de pronto sin que viniera a cuento.

–¿Socialista? –Aliosha se sonrió–. ¿Cuándo ha tenido usted tiempo para ello? Según creo, sólo tiene usted trece años, ¿no es cierto?

Kolia se sintió mortificado.

–En primer lugar, no son trece, sino catorce, dentro de dos semanas tendré catorce –repuso encendido–; en segundo lugar, no comprendo en absoluto qué tienen que ver con la cuestión mis años. Se trata de cuáles son mis convicciones y no de cuántos años tengo, ¿no es cierto?

–Cuando tenga más años, verá por sí mismo de qué modo influye la edad en las convicciones. También he tenido la impresión de que usted no habla empleando palabras propias –respondió Aliosha modesta y tranquilamente.

Pero Kolia le interrumpió con vehemencia:

–Por favor, usted quiere obediencia y misticismo. Convenga en que la religión cristiana, por ejemplo, ha servido sólo a los ricos y poderosos para mantener en la esclavitud a la clase inferior, ¿no es cierto?

–¡Ah, sé dónde ha leído esto, y a usted alguien ha debido necesariamente aleccionarle! –exclamó Aliosha.

–Por favor, ¿por qué he debido leerlo necesariamente? Y nadie me ha aleccionado, absolutamente nadie. Yo mismo puedo... Y si usted quiere, yo no estoy en contra de Jesucristo. Fue una personalidad plenamente humana, y si viviera en nuestro tiempo se adheriría de plano a los revolucionarios, quizá desempeñaría un papel destacado... Esto incluso está fuera de toda duda.

–Pero ¿dónde ha podido usted meterse todas estas cosas en la cabeza, dónde? ¿Con qué tonto se ha relacionado usted? –exclamó Aliosha.

–Bueno, la verdad no se puede ocultar. Cierto motivo hace que yo, desde luego, hable con frecuencia con el señor Rakitin, pero... Eso lo había dicho ya, también, según dicen, el viejo Belinski[1].

–¿Belinski? No lo recuerdo. Eso no lo ha escrito en ninguna parte.

–Si no lo ha escrito, por lo menos lo ha dicho, según dicen. Se lo he oído contar a un... Pero qué más da...

–Y a Belinski, ¿lo ha leído usted?

–Verá... no... no lo he leído todo, pero... he leído el pasaje donde habla de Tatiana y de por qué Tatiana no se fue con Oneguin[2].

–¿Cómo, por qué no se fue con Oneguin? ¿Acaso comprende usted ya... estas cosas?

1. Visarión Grigórievich Belinski (1811-1848): famoso crítico ruso.
2. Tatiana: heroína del poema de Pushkin *Evgueni Oneguin* (1823-1831, publicado entre 1825 y 1832).

–Por favor, según parece, usted me toma por Smúrov –Kolia sonrió irritado–. De todos modos, no vaya usted a creer que soy un gran revolucionario. Muy a menudo discrepo del señor Rakitin. El que me haya referido a Tatiana no significa que sea partidario de la emancipación de la mujer. Reconozco que la mujer es un ser subordinado y que debe obedecer. *Les femmes tricottent,* como dijo Napoleón –Kolia se sonrió sin que se supiera el motivo–, y por lo menos en este punto comparto plenamente la opinión de este pseudo gran hombre. Yo también considero, por ejemplo, que huir de la patria a América es una bajeza, es peor que una bajeza: es una estupidez. ¿Para qué ir a América, cuando también en nuestro país se puede ser útil a la humanidad? Precisamente ahora. Hay un campo inmenso de actividad fecunda. Eso es lo que he respondido.

–¿Cómo, lo que ha respondido? ¿A quién? ¿Acaso ha habido ya alguien que le ha propuesto ir a América?

–Confieso que han querido convencerme, pero yo me he negado. Desde luego, esto entre nosotros, Karamázov, ¿me oye?, ni una palabra a nadie. Sólo se lo digo a usted. No tengo ningunas ganas de caer en las garras de la Tercera Sección y recibir lecciones en el Puente de las Cadenas[1].

> Te acordarás del edificio
> que se eleva junto al Puente de las Cadenas[2].

»¿Recuerda? ¡Es magnífico! ¿Por qué se ríe? ¿No creerá usted que le he estado mintiendo? –«Qué pasaría si se enterara

[1] Tercera Sección: nombre oficial de la sección de que dependía la policía política secreta en el Ministerio del Interior de los gobiernos zaristas. Dicha sección tenía su sede junto al Puente de las Cadenas.

[2] Versos de una sátira del poeta D. D. Miniáiev (1835-1889), titulada «El poblado de la sal (Relato de un obrero)». En ella se ridiculizaban unas conferencias populares de moral organizadas en Petersburgo, en el edificio de «El poblado de la sal». Pronto la sátira fue aplicada a la sección de la policía secreta.

de que en el armario de mi padre no tengo más que un solo número de *Kolokol*[1] y que es lo único de este tipo que he leído?», pensó Kolia por un momento, pero estremeciéndose.

–¡Oh, no! No me río ni pienso de ningún modo que me haya usted mentido. Ésa es la cuestión, que no lo pienso, porque todo eso, ¡ay!, es la pura verdad. Bien, dígame: ¿a Pushkin lo ha leído? El *Oneguin*... ¿No acaba de hablar usted de Tatiana?

–No, aún no lo he leído, pero quiero leerlo. Yo no tengo prejuicios, Karamázov. Quiero escuchar a una parte y a la otra. ¿Por qué me lo ha preguntado?

–Por preguntar.

–Dígame, Karamázov, ¿me desprecia usted mucho? –soltó de pronto Kolia, y se irguió ante Aliosha como si se pusiera en posición de firmes–. Dígamelo sin rodeos, se lo ruego.

–¿Despreciarle a usted? –Aliosha lo miró sorprendido–. Pero, ¿por qué? Sólo me da pena que una naturaleza tan magnífica como la suya, y que todavía no ha empezado a vivir, esté ya pervertida por esas burdas tonterías.

–De mi naturaleza no se preocupe –le interrumpió Kolia, no sin presunción–, pero soy susceptible, es cierto. Soy estúpidamente, burdamente susceptible. Hace un momento, usted se ha sonreído y a mí ya me parecía como si...

–Ah, me he sonreído por algo completamente distinto. Verá, me he sonreído por lo siguiente: leí, no hace mucho, las impresiones de un extranjero, de un alemán que había vivido en Rusia, acerca de nuestra actual juventud estudiantil: «Muestren (escribe) a un escolar ruso el mapa de la bóveda celeste, del que hasta ese momento no haya tenido ni la menor idea, y al día siguiente ya se lo devolverá rectificado». Es de una falta total de conocimientos y de una presunción sin

1. Famosa revista editada por los revolucionarios rusos A. I. Herzen (1812-1870) y N. P. Ogariov (1813-1877) en Londres (1857-1865) y en Ginebra (hasta 1867). Se introducía clandestinamente en Rusia.

límites, esto es lo que quería decir el alemán acerca de la manera de ser del escolar ruso.

–¡Ah, pero si tiene toda la razón! –exclamó Kolia, riéndose a carcajadas–. ¡Es exactísimo, cabal! ¡Bravo por el alemán! Sin embargo, esa cabeza cuadrada no ha sabido ver al mismo tiempo nuestra parte buena, ¿no lo cree usted? Lo de la presunción lo admito, es cosa de juventud, es cosa que se corrige si hace falta que se corrija; en cambio, tenemos independencia de espíritu poco menos que desde la infancia, audacia de pensamiento y de convicciones, y no su espíritu de salchichero servil ante toda autoridad... Pero, de todos modos, ¡el alemán lo ha dicho bien! ¡Bravo por el alemán! Aunque, de todos modos, a los alemanes habría que ahogarlos. No importa que sean fuertes en ciencias, de todos modos habría que ahogarlos...

–¿Por qué ahogarlos? –se sonrió Aliosha.

–Bueno, es posible que haya soltado alguna tontería, lo confieso. A veces soy un niño terrible, y cuando me alegro por alguna cosa no me domino y estoy dispuesto a soltar toda clase de sandeces. Escuche, usted y yo, sin embargo, hablamos aquí de nimiedades mientras ese doctor se ha atascado ahí hace mucho. Aunque es posible que también visite a la «mamá» y a esa Nínochka, lisiada. ¿Sabe?, esta Nínochka me ha gustado. Cuando yo salía, me ha susurrado: «¿Por qué no ha venido antes?». ¡Y con qué voz me lo ha dicho, como un reproche! Me parece que es enormemente buena y digna de lástima.

–¡Sí, sí! Usted ahora vendrá con frecuencia y verá qué persona es ésta. A usted le será muy útil conocer personas como ella para aprender a estimar muchas cosas que llegará a conocer precisamente tratando a personas así –manifestó Aliosha con calor–. Esto será lo mejor para hacerle cambiar.

–¡Oh, cuánto siento y me reprocho no haber venido antes! –exclamó Kolia con amargo sentimiento.

–Sí, es una pena. ¡Usted mismo ha podido observar qué impresión de alegría ha producido en el pobre pequeño! ¡Y cómo se consumía esperándole!

–¡No me lo recuerde! Me revuelve usted el alma. De todos modos, me lo merezco: no venía por amor propio, por un amor propio egoísta y por ese vil despotismo de que no puedo librarme en toda la vida, aunque toda la vida me esfuerzo para lograrlo. Ahora lo veo, ¡en muchas cosas soy un canalla, Karamázov!

–No, usted es una naturaleza encantadora, aunque extraviada, y comprendo muy bien que haya podido ejercer tanta influencia sobre este noble muchacho de sensibilidad enfermiza –respondió con viveza Aliosha.

–¡Y es usted quien me lo dice! –gritó Kolia–. Pues yo, figúrese, creía... ¡desde que estoy aquí ya he pensado varias veces que usted me despreciaba! ¡Si supiera cuánto estimo su opinión!

–¿Pero es posible realmente que sea usted tan susceptible? ¡A su edad! Sin embargo, figúrese, allí, en el cuarto, contemplándole cuando estaba usted contando sus historias, pensaba precisamente que debe usted ser muy susceptible.

–¿Ya lo había pensado? Vaya, qué vista tiene usted, ¡caramba! Apuesto que fue cuando yo contaba lo del ganso. Entonces, precisamente, me imaginé que usted me despreciaba con toda el alma porque me apresuraba a hacerme el guapo, y hasta de pronto le odié por esto y empecé a hablar sin ton ni son. Luego (ya ha sido ahora, aquí), cuando he dicho: «Si no existiera Dios, haría falta inventarlo», me he imaginado que me apresuraba demasiado a lucir mi instrucción, tanto más cuanto que he leído esta frase en un libro. Pero le juro que si me he apresurado a mostrar mis conocimientos, no ha sido por vanidad, sino sin pensar, no sé por qué, de alegría, me parece que de alegría, se lo juro... aunque es un rasgo profundamente vergonzoso el que uno fastidie a todo el mundo por alegría. Lo sé. En cambio, ahora estoy conven-

cido de que usted no me desprecia y de que todo eso me lo había inventado yo. Oh, Karamázov, soy muy desgraciado. A veces, sabe Dios que me imagino que todos se ríen de mí, todo el mundo, y entonces, sencillamente, estoy dispuesto a arremeter contra todo el orden de las cosas.

–Y tortura a quienes le rodean –se sonrió Aliosha.

–Y torturo a quienes me rodean, sobre todo a mi madre. Dígame, Karamázov, ¿soy muy ridículo ahora?

–Pero no piense en esto, ¡no piense en esto en absoluto! –exclamó Aliosha–. Además, ¿qué significa ser ridículo? ¿Quién sabe cuántas veces un hombre es o parece ridículo? Por otra parte, hoy en día casi todas las personas bien dotadas temen en gran manera ser ridículas, y esto las hace desdichadas. Lo único que me sorprende es que usted haya comenzado a experimentarlo tan pronto, si bien hace ya tiempo que lo observo y no sólo en usted. Ahora, casi hasta los niños han empezado a sufrir por lo mismo. Es poco menos que una locura. En este amor propio se ha encarnado el diablo y se ha introducido en toda la generación, ha sido precisamente el diablo –añadió Aliosha, sin bromear en lo más mínimo, contra lo que había pensado por un momento Kolia, que le miraba fijamente–. Usted es como todos –concluyó Aliosha–; quiero decir como muchos, pero no hay que ser como todos, ésta es la cuestión.

–¿Incluso a pesar de que todos sean así?

–Sí, a pesar de que todos sean así. Por lo menos usted no lo sea. En realidad, usted no es como todos: usted ahora no se ha avergonzado de confesar lo malo y hasta lo ridículo. ¿Y quién lo confiesa hoy? Nadie, la gente hasta ha dejado de sentir la necesidad de censurarse a sí misma. Pues bien, no sea como todos; aunque no quede nadie más distinto de los otros, aunque sea solo, no sea como los otros.

–¡Magnífico! No me he equivocado con usted. Usted es capaz de dar ánimos. ¡Oh, cómo deseaba acercarme a usted, Karamázov, cuánto tiempo hace que buscaba la ocasión de

tratarle! ¿Es posible que también usted pensara en mí? ¿No acaba de decir que también pensaba en mí?

–Sí, he oído hablar de usted y también en usted he pensado... y si, en parte, ha sido también el amor propio lo que le ha movido ahora a preguntarlo, no importa.

–¿Sabe, Karamázov, que nuestras explicaciones se parecen a una declaración de amor? –preguntó Kolia con una rara voz temblorosa y como avergonzado–. ¿No es esto ridículo? ¿No es ridículo?

–No es ridículo en lo más mínimo, y aunque lo fuera no importa, porque es bueno –repuso Aliosha con una luminosa sonrisa.

–Pues ha de saber, Karamázov, que usted mismo se siente ahora un poco avergonzado de estar conmigo, confiéselo... Se lo veo en los ojos. –Kolia se sonrió con cierta malicia, pero también con una expresión casi de felicidad.

–¿De qué he de avergonzarme?

–¿Por qué se ha sonrojado, pues?

–¡Ha sido usted quien me ha hecho sonrojar! –exclamó Aliosha riéndose, y, en efecto, se puso completamente rojo–. Bueno, sí, estoy un poco avergonzado, sabe Dios de qué, no sé de qué... –balbuceó, algo confuso.

–¡Oh, cómo le quiero y le estimo en este momento, precisamente porque también usted se siente algo avergonzado conmigo! ¡Porque es como yo! –exclamó Kolia lleno de entusiasmo. Las mejillas le ardían, le brillaban los ojos.

–Escuche, Kolia, con todo, usted será un hombre muy desgraciado en la vida –dijo de pronto Aliosha, como si se le hubiera ocurrido algo.

–Lo sé, lo sé. ¡Todo lo ve usted con anticipación! –asintió inmediatamente Kolia.

–En conjunto, de todos modos debe bendecir la vida.

–¡Exacto! ¡Hurra! ¡Usted es un profeta! ¡Oh, nosotros nos haremos amigos, Karamázov! ¿Sabe? Lo que más me entusiasma es que usted me trata exactamente como a un igual.

Sin embargo, no somos iguales, no, no somos iguales, ¡usted es superior! Pero nos haremos amigos. ¿Sabe? Durante todo este último mes me he dicho: «¡O nos hacemos de una vez amigos para toda la vida, o desde la primera vez nos separaremos como enemigos hasta la tumba!».

–¡Y al hablar así, naturalmente, ya me quería! –Aliosha se rió alegremente.

–Le quería, le quería mucho, ¡le quería y soñaba con usted! ¿Cómo puede saberlo todo con anticipación? Ea, aquí está el doctor. ¡Dios del cielo, algo va a decir, fíjese qué cara la suya!

7. Iliusha

El doctor salía de la isba enfundado otra vez en su abrigo de pieles y con la gorra puesta. En su cara se percibía una expresión casi de enojo y de asco, como si temiera ensuciarse tocando alguna cosa. Echó un rápido vistazo al zaguán y miró con mucha severidad a Aliosha y a Kolia. Aliosha, desde la puerta, hizo una señal al cochero con el brazo, y el carruaje en que había llegado el doctor se acercó a la entrada de la casa. El capitán apareció precipitadamente tras el doctor e inclinándose, casi retorciéndose ante él, le detuvo para hacerle aún una última pregunta. El pobre tenía el rostro demacrado, despavorida la mirada.

–Excelencia, Excelencia.... ¿es posible? –dijo sin acabar la frase, juntando sólo las manos con desesperación, aunque mirando todavía con una última súplica al doctor, como si en verdad la palabra que éste pudiera ahora pronunciar fuera capaz de modificar la condena del pobre muchacho.

–¡Qué hacer! Yo no soy Dios –respondió el doctor con voz desdeñosa, aunque imponente por la fuerza de la costumbre.

–Doctor... Excelencia... ¿Será pronto, pronto?

–Pre-pá-re-se para todo –contestó el doctor, recalcando cada sílaba, y, después de bajar la mirada, se dispuso a cruzar el umbral en dirección al coche.

–¡Excelencia, por Cristo! –volvió a detenerle, asustado, el capitán–. ¡Excelencia!... ¿Así, pues, nada? ¿Es posible que nada, absolutamente nada pueda ahora salvarle?...

–Ahora ya no de-pen-de de mí –repuso impaciente el doctor–, aunque, hum –se detuvo de súbito–, si pudiera usted, por ejemplo, en-vi-ar a su paciente... ahora y sin demorarse en lo más mínimo –el doctor pronunció las palabras «ahora y sin demorarse en lo más mínimo» no ya con severidad, sino hasta con ira, de modo que el capitán casi se estremeció– a Si-ra-cu-sa, entonces... gracias a las nuevas condiciones cli-ma-to-ló-gi-cas fa-vo-ra-bles... podría, quizás, o-cu-rrir...

–¡A Siracusa! –gritó el capitán, como si aún no comprendiera nada.

–Siracusa está en Sicilia –terció de pronto Kolia en voz alta, para aclarar.

El doctor le dirigió una mirada.

–¡A Sicilia! Señor, Excelencia –el capitán se quedó desconcertado–. ¡Pero usted ya ha visto! –movió los brazos en torno, señalando su instalación –. ¿Y la mamita, y la familia?

–No-o, la familia no ha de ir a Sicilia, su familia ha de ir al Cáucaso, al comenzar la primavera... Su hija, al Cáucaso; a su esposa... después de una cura de aguas, también en el Cáucaso, dado que sufre reumatismo... inmediatamente después de la cura habrá que en-vi-ar-la a París, a la clínica del doctor psi-qui-atra Le-pe-lle-tier; yo podría facilitarle unas líneas para él, y entonces... podría, quizás, ocurrir...

–¡Doctor, doctor! ¡Pero usted ya ve! –el ayudante de capitán volvió a abrir los brazos, señalando con desesperación los desnudos troncos que formaban las paredes del zaguán.

–Ah, esto ya no es cosa mía –se sonrió el doctor–; yo sólo he dicho lo que podía decir la ci-en-cia a su pregunta sobre

los últimos recursos; en cuanto a lo demás... aun sintiéndolo mucho...

–No se inquiete, galeno, mi perro no le morderá –soltó Kolia en alta voz al observar que el doctor lanzaba una mirada algo medrosa a *Perezvón,* situado en el umbral.

En la voz de Kolia vibraba una nota de ira. Kolia había empleado *adrede* la palabra «galeno» en vez de doctor, y lo había hecho «para ofenderle», como explicó él mismo después.

–¿Qué es esto? –el doctor levantó la cabeza mirando sorprendido a Kolia–. ¿Quién es éste? –de pronto se dirigió a Aliosha, como si le pidiera cuentas a él.

–Éste es el dueño de *Perezvón,* galeno; no se preocupe por mi persona –repuso Kolia, recalcando las sílabas.

–¿Zvon?[1] –articuló el doctor, sin comprender lo que significaba *Perezvón.*

–Sí, oye campanas y no sabe dónde. Adiós, galeno, nos veremos en Siracusa.

–¿Quién es éste? ¿Quién es, quién? –de pronto el doctor se sulfuró terriblemente.

–Es un escolar de aquí, doctor; es un travieso, no le haga caso –dijo Aliosha rápidamente y frunciendo el ceño–. ¡Kolia, cállese! –gritó a Krasotkin–. No haga caso, doctor –repitió, ya algo más impaciente.

–Azo-tar-le, azo-tar-le, ¡esto es lo que hace falta, azo-tar-le! –gritó el doctor, ya excesivamente enfurecido y dando patadas en el suelo.

–¿Sabe, galeno? ¡Mi *Perezvón* también muerde, sin duda! –articuló Kolia con una vocecita temblorosa, palideciendo y con los ojos centelleantes –. *Ici, Perezvón!*

–Kolia, si dice una palabra más, ¡rompo con usted para siempre! –gritó Aliosha, imperioso.

1. Juego de palabras. *Zvon* significa 'sonido', 'tañido'. *Perezvón,* 'repique'.

–Galeno, sólo existe un ser en el mundo que puede dar órdenes a Nikolái Krasotkin, y es éste –Kolia señaló a Aliosha–, a él le obedezco. ¡Adiós!

Se apartó bruscamente de su sitio, abrió la puerta y se precipitó en la habitación. *Perezvón* se lanzó tras él. El doctor permaneció inmóvil aún unos cinco segundos, como petrificado, mirando a Aliosha; luego escupió y se dirigió a toda prisa hacia el coche, repitiendo en voz alta: «Esto, esto, esto, ¡yo no sé lo que es esto!». El capitán se precipitó para ayudarle a subir. Aliosha siguió a Kolia y entró en la habitación. Krasotkin estaba ya junto a la camita de Iliusha, quien le había cogido la mano y llamaba a su papá. Un minuto después volvió también el capitán.

–Papá, papá, ven aquí... nosotros... –balbuceó Iliusha, presa de una extraordinaria agitación.

Mas, por lo visto sin fuerzas para continuar, avanzó de pronto sus escuálidos bracitos y enlazó con ellos, a la vez, a Kolia y a su papá, estrechándolos cuanto podía, uniéndolos en un solo abrazo a la vez que se apretaba contra ellos. El capitán se estremeció de pronto, sacudido por un llanto silencioso, y a Kolia le temblaron los labios y el mentón.

–¡Papá, papá! ¡Qué pena me das, papá! –gimió Iliusha con amargura.

–Iliúshechka... hijo mío... el doctor ha dicho... que te curarás... seremos felices... El doctor... –empezó a decir el capitán.

–¡Ah, papá! Si yo ya sé lo que el nuevo doctor te ha dicho de mí... ¡Si lo he visto! –exclamó Iliusha, y otra vez, con todas sus fuerzas, los estrechó a los dos contra sí, escondiendo el rostro en el hombro de su papá–. No llores, papá... Cuando yo haya muerto, toma a un buen muchacho, a otro... elige a uno que sea bueno, llámale Iliusha y quiérele en mi lugar...

–¡Cállate, viejo, te curarás! –gritó de pronto Krasotkin, como si estuviera irritado.

–Y a mí, papá, a mí, no me olvides nunca –proseguía Iliusha–. Irás a verme a la tumba... Escucha, papá, entiérra-

me junto a nuestra piedra grande, hacia la que íbamos juntos a pasear, y allí irás a verme con Krasotkin, al atardecer... Y *Perezvón*... Yo os estaré esperando... ¡Papá, papá!

Se le cortó la voz; los tres permanecían abrazados, ya sin decir nada.

Lloraba también, silenciosamente, Nínochka, en su sillón y, de pronto, al verlos llorar a todos, prorrumpió asimismo en llanto la mamita.

–¡Iliúshechka! ¡Iliúshechka! –exclamó.

Krasotkin se desprendió de los brazos de Iliusha.

–Adiós, viejo, mi madre me espera para comer –dijo a toda prisa–. ¡Qué pena no haberla advertido! Estará muy intranquila... Pero después de comer, vendré en seguida a hacerte compañía, todo el día, hasta muy tarde, y verás cuántas cosas te voy a contar, ¡cuántas cosas! También te traeré a *Perezvón,* pero ahora me lo llevo, porque sin mí empezaría a aullar y te molestaría; ¡hasta pronto!

Salió corriendo al zaguán. No quería llorar, pero en el zaguán ya no pudo contener las lágrimas. En ese estado lo encontró Aliosha.

–Kolia, ha de mantener usted su palabra sin falta y ha de venir; de lo contrario, él sentirá una pena terrible –dijo Aliosha, apremiante.

–¡Sin falta! Oh, cómo me maldigo por no haber venido antes –balbuceó Kolia, llorando y sin avergonzarse ya de llorar.

En ese instante apareció de pronto, saliendo de la habitación, el capitán, quien en seguida cerró la puerta tras de sí. Tenía el rostro alterado, le temblaban los labios. Se detuvo ante los dos jóvenes y alzó los brazos al aire:

–¡No quiero a un muchacho bueno! ¡No quiero a otro muchacho! –murmuraba con un susurro salvaje, rechinando los dientes–. Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, mi diestra sea olvidada, mi lengua se pegue...[1]

1. Salmo CXXXVII, 5, 6.

No terminó de decirlo, como si se atragantara, y se dejó caer de rodillas, impotente, ante un banco de madera... Apretándose la cabeza con los puños, empezó a sollozar, chillando de una manera absurda, procurando con todas sus fuerzas, sin embargo, que no se oyeran sus chillidos en la isba. Kolia se precipitó a la calle.

–¡Adiós, Karamázov! Y usted, ¿vendrá? –gritó a Aliosha, de manera brusca y con irritación.

–Al atardecer, sin falta.

–¿Qué es eso que estaba diciendo de Jerusalén?... ¿A qué venía eso?

–Es de la Biblia: «Si me olvidare de ti, oh Jerusalén», es decir, si olvido todo lo que hay en mí de más valioso, si lo cambio por algo, entonces que me fulmine...

–Lo comprendo, ¡basta! Usted no deje de venir! *Ici, Perezvón!* –llamó al perro ya furiosamente y se dirigió hacia su casa dando grandes y rápidas zancadas.

Libro undécimo

El hermano Iván Fiódorovich

1. En casa de Grúshenka

Aliosha se dirigió hacia la plaza de la Catedral, a casa de la mercader Morózova, donde vivía Grúshenka. Ésta, ya por la mañana temprano, le había enviado a Fenia con el insistente ruego de que fuera a verla. Interrogando a Fenia, supo Aliosha que la señora se encontraba presa de una especial alarma, muy grande, desde el día anterior. En el transcurso de los dos meses que se habían sucedido desde la detención de Mitia, Aliosha acudía con frecuencia a casa de Morózova, tanto por impulso propio como por encargo de su hermano. Unos tres días después de la detención, Grúshenka cayó gravemente enferma y lo estuvo poco menos que durante cinco semanas, de las que pasó una sin conocimiento. Se le había cambiado mucho el aspecto de la cara, había adelgazado, se había quedado amarillenta, aunque hacía ya casi quince días que podía salir a la calle. Pero, a los ojos de Aliosha, la cara se le había vuelto aún más atractiva, y al joven le gustaba encontrarse con la mirada de ella al entrar a verla. Era como si en aquella mirada algo se hubiera hecho más firme y reflexivo. Se manifestaba cierto cambio anímico, aparecía una de-

cisión fija, resignada, pero dulce e irreversible. En la frente, entre las cejas, se había formado una breve arruga vertical que daba al simpático rostro su aire de meditación concentrada, poco menos que severa a primera vista. De la frivolidad anterior, por ejemplo, no quedaba ni huella. Extraño resultaba también para Aliosha el que, pese a la desgracia sufrida por la pobre mujer, novia de un detenido por un crimen espantoso casi en el mismo instante en que ella pasaba a ser su novia, pese a la enfermedad que luego sufrió y a la casi inevitable sentencia que era de esperar del tribunal, Grúshenka no hubiera perdido su juvenil alegría. En sus ojos, llenos antes de orgullo, brillaba ahora cierto sosiego, aunque... aunque, por lo demás, esos ojos de vez en cuando volvían a encenderse con una llamita maligna cuando la joven sentía una vieja preocupación que en vez de ahogársele en el pecho se le había agrandado. El objeto de esta preocupación seguía siendo el mismo: Katerina Ivánovna, de la que Grúshenka, cuando yacía aún enferma, se acordaba incluso al delirar. Aliosha comprendía que ella sentía unos celos terribles de Katerina Ivánovna por Mitia, por el detenido Mitia, a pesar de que ésta no le había visitado en la cárcel ni una sola vez, cosa que habría podido hacer cuando hubiera querido. Todo ello se había convertido para Aliosha en un problema difícil, pues Grúshenka sólo a él confiaba su corazón y le pedía incesantemente consejo; en cambio él, a veces, no sabía en absoluto qué decirle.

Aliosha llegó muy preocupado a casa de la joven. Grúshenka ya estaba allí, hacía media hora que había regresado de ver a Mitia. Por el rápido movimiento con que se levantó del sillón de detrás de la mesa para avanzar a su encuentro, comprendió Aliosha que le estaba esperando con gran impaciencia. Sobre la mesa había unas cartas, servidas ya para jugar al burro. En un diván de cuero, al otro lado de la mesa, se había montado una cama en la que se encontraba semiincorporado, con bata y un gorro de algodón, Maxímov, por lo visto

enfermo y débil, aunque sonreía dulcemente. Aquel viejo sin techo, desde que había vuelto de Mókroie con Grúshenka, hacía ya unos dos meses, se había quedado en casa de ella y allí estaba. Habiendo llegado entonces con Grúshenka, bajo la lluvia y con los caminos cubiertos de lodo, calado y asustado, se sentó en el diván y se la quedó mirando en silencio, con tímida e implorante sonrisa. Grúshenka, con su pena terrible y ya con calentura, casi olvidada de él durante la primera media hora después de su llegada, mientras atendía a sus ocupaciones, de pronto lo miró fijamente: Maxímov rió con una risa triste y desconcertada. La joven llamó a Fenia y le ordenó que le diera de comer. Todo aquel día estuvo Maxímov sentado en su sitio, casi sin moverse; cuando anocheció y cerraron los postigos, Fenia preguntó:

–Dígame, señora, ¿acaso se queda este señor a pasar aquí la noche?

–Sí, prepárale la cama en el diván –respondió Grúshenka.

Interrogándole más detenidamente, se enteró Grúshenka de que el hombre no tenía en verdad dónde cobijarse y de que «el señor Kalgánov, mi bienhechor, me ha declarado sin rodeos que no me recogería más, y me ha regalado cinco rublos». «Bueno, qué le vamos a hacer, quédate», decidió Grúshenka con tristeza, sonriéndole compasivamente. El viejo se sintió conmovido por aquella sonrisa; le temblaron los labios en un sollozo agradecido. Y aquel parásito errante permaneció desde entonces en casa de ella. No se fue ni siquiera cuando la joven estuvo enferma. Fenia y su madre, la cocinera de Grúshenka, continuaron dándole de comer y preparándole la cama en el diván. Después Grúshenka casi se acostumbró a su presencia, y cuando regresaba de ver a Mitia (a quien empezó a visitar no bien estuvo mejor, aun sin esperar a restablecerse por completo), para matar la pena, se sentaba y se ponía a charlar con Maxímushka sobre toda clase de pequeñeces, con tal de no pensar en su angustia. Resultó que el viejecito a veces sabía incluso contar algo

con gracia, de modo que, al fin, a Grúshenka hasta se le hizo necesario. Aparte de Aliosha, quien, sin embargo, no acudía todos los días y siempre iba por poco rato, Grúshenka casi no recibía a nadie. En cuanto a su viejo mercader, se hallaba entonces muy grave, «se iba», como decían en la ciudad, y en efecto murió una semana después de haberse visto la causa de Mitia. Tres semanas antes de morir, sintiendo próximo su desenlace, mandó llamar, por fin, a sus hijos, con sus mujeres y su prole, y les ordenó que no se apartaran ya de su lado. Por lo que respecta a Grúshenka, en cambio, Samsónov dio a sus criados la orden rigurosa de no recibirla en absoluto y de decirle, si se presentara: «Le desea que viva mucho tiempo divirtiéndose y que se olvide de él por completo». Grúshenka, sin embargo, casi todos los días mandaba a preguntar por la salud del enfermo.

–¡Por fin has venido! –gritó, arrojando las cartas y saludando alegremente a Aliosha–. Maxímushka me asustaba diciéndome que seguramente ya no vendrías. ¡Ah, cómo te necesito! Siéntate a la mesa; ¿qué te apetece, café?

–No vendría mal –contestó Aliosha, sentándose–, tengo mucha hambre.

–Vaya, vaya; Fenia, ¡café! –gritó Grúshenka–. Hace mucho rato que tengo el agua hirviendo, te espera a ti; y trae empanadillas, pero que estén calientes. No, espera, Aliosha; con estas empanadillas he pasado hoy las de Caín. Se han armado hoy rayos y truenos. Se las he llevado a la cárcel y él, ¿lo creerás?, me las ha rechazado, no las ha comido. Ha arrojado una al suelo y la ha pisoteado. Yo le digo: «las dejaré al vigilante; ¡si no las comes antes de la noche, es que te alimenta la cólera maligna!», y me he ido. Ya ves, hemos reñido otra vez, puedes creerlo. No voy una vez que no riñamos.

Grúshenka dijo todo esto de carrerilla, agitada. Maxímov en seguida se turbó; se sonreía, bajó los ojos.

–Pero ¿qué os ha hecho reñir esta vez? –preguntó Aliosha.

–¡Jamás lo habría esperado! Figúrate que está celoso del «anterior». «¿Por qué, me dice, le mantienes? ¿Así, pues, has empezado a mantenerle?» Siempre tiene celos, ¡siempre está celoso de mí! Hasta cuando duerme y come. La semana pasada llegó a sentir celos hasta por Kuzmá.

–Pero, ¿no sabía él lo del «anterior»?

–Sí, verás. Lo ha sabido desde el primer día, pero hoy, de pronto, se ha levantado y ha empezado a insultarme. Hasta es una vergüenza repetir lo que me ha dicho. ¡El tonto! Rakitka ha entrado a visitarle cuando yo salía. ¿No será que le pincha contra mí? ¿Qué crees tú? –añadió como distraídamente.

–Te ama, eso es, te ama mucho. Y ahora está irritado.

–Cómo no va a estar irritado, mañana le juzgan. He ido para hablarle de mañana, porque a mí me da miedo hasta pensar en lo que va a ocurrir mañana, Aliosha. Dices que está irritado; bueno, pero no estoy yo poco irritada, también. ¡Y él me sale con el polaco! ¡Qué tonto! Esperemos que no tenga celos de Maxímushka.

–Mi esposa también se celaba mucho de mí –terció éste.

–¡De ti se iba a celar! –Grúshenka se sonrió a pesar suyo–. ¿Por quién se iba a celar de ti?

–Por las criadas.

–Ah, Maxímushka, cállate, no estoy ahora para bromas, hasta me dan rabia. Y es inútil que eches el ojo a las empanadas, no te daré, te hacen daño, y tampoco te daré «bálsamo» del que aquí tengo. Ya ves, Aliosha, también he de ocuparme de este viejo, como si mi casa fuera un asilo, la verdad –añadió riéndose.

–Yo no merezco sus atenciones, soy un inútil –dijo con voz compungida Maxímov–. Mejor sería que dedicara sus beneficios a personas más necesarias que yo.

–Bah, todo el mundo es necesario, Maxímushka, y vete a saber quién lo es más que otro. ¡Si por lo menos no tuviera que ocuparme de ese polaco, Aliosha! Figúrate que hoy se le

ha ocurrido también ponerse enfermo. También he ido a verle. Y voy a mandarle empanadillas adrede; no pensaba hacerlo, pero Mitia me ha acusado de habérselas enviado; que se fastidie, ahora las mandaré adrede, ¡adrede! Vaya, aquí tenemos a Fenia con una carta. Lo que me suponía, otra vez es de los polacos, ¡otra vez piden dinero!

El *pan* Musialowicz le había enviado realmente una carta en extremo larga y afectada, como de costumbre, en la que solicitaba un préstamo de tres rublos. A la carta se había adjuntado un recibo por esta suma que se comprometía a pagar en el término de tres meses; debajo de la firma había añadido también la suya el *pan* Wróblewski. Grúshenka había recibido ya de su «anterior» muchas cartas análogas, con recibos por el estilo. Había empezado ello desde su restablecimiento, hacía unas dos semanas. No obstante, sabía Grúshenka que los dos polacos, mientras estaba enferma, habían acudido con frecuencia a preguntar por su salud. La primera carta que había recibido Grúshenka era larga, escrita en una hoja de gran formato, lacrada con un gran sello de familia, terriblemente oscura y ampulosa, de modo que Grúshenka leyó tan sólo la mitad y la tiró sin haber comprendido absolutamente nada. Además, poco estaba entonces ella para cartas. A esta primera, siguió al otro día la segunda, con la que el *pan* Musalowicz pedía que se le prestaran dos mil rublos por un plazo brevísimo. Grúshenka dejó también sin respuesta esa segunda carta. Después siguió ya toda una serie de cartas, una cada día, todas de palabras igualmente graves y ampulosas, pero la suma solicitada en préstamo iba descendiendo gradualmente, llegó hasta cien rublos, hasta veinticinco, hasta diez rublos; finalmente, Grúshenka recibió una carta en la que los dos *panowie* le pedían sólo un rublo y adjuntaba un recibo firmado por los dos. Entonces, Grúshenka sintió lástima y al anochecer se llegó personalmente a ver al *pan*. Encontró a los dos polacos en una pobreza espantosa, casi en la miseria, sin comida, sin leña, sin cigarrillos, entrampados

con la dueña de la vivienda. Los doscientos rublos ganados a Mitia en Mókroie, se habían esfumado rápidamente. A Grúshenka no pudo menos de sorprenderle, sin embargo, que los dos *panowie* la recibieran con aires de importancia e independencia, con extraordinaria etiqueta, con altisonantes discursos. Grúshenka se reía y dio a su «anterior» diez rublos. Entonces lo explicó todo, riéndose, a Mitia, quien no se sintió celoso en lo más mínimo. Pero desde aquel momento los *panowie* se aferraron a Grúshenka y todos los días la bombardeaban con cartas pidiéndole dinero; ella cada vez les mandaba un poquitín. Pero he aquí que Mitia tuvo la idea de mostrarse ferozmente celoso.

–Yo, tonta de mí, he entrado en su casa por un minutito cuando iba a ver a Mitia, pues el *pan* ese, mi antiguo, también se ha puesto enfermo –prosiguió Grúshenka, agitada, apresurándose–. Se lo he contado a Mitia, riendo: «Figúrate, le digo, que mi polaco ha tenido la ocurrencia de cantarme las viejas canciones acompañándose con la guitarra, pensaba que yo me enternecería y volvería a su lado». Y Mitia me salta con sus insultos... Pues nada, ¡mandaré estas empanadillas a los *panowie!* Fenia, ¿ha traído el recado otra vez la chiquilla? Toma, dale tres rublos y envuélvele además una decena de empanadillas en un trozo de papel, que las lleve a los *panowie;* y tú, Aliosha, contarás sin falta a Mitia que se las he enviado.

–No se lo contaré por nada del mundo –contestó Aliosha, sonriendo.

–¡Bah!, ¿crees que se atormenta? Sólo hace como si tuviera celos, adrede, pero en realidad poco le importa –repuso con amargura Grúshenka.

–¿Cómo que adrede? –preguntó Aliosha.

–Qué tonto eres, Alioshenka, ¿sabes?; con toda tu inteligencia, no comprendes nada de estas cosas, ¿sabes? Lo que me ofende no es que tenga celos de mí, siendo como soy; al contrario, me molestaría que no se celara en absoluto. Yo

soy así. Los celos no me ofenden, yo misma tengo el corazón duro y soy celosa. Lo que me duele es que él no me quiere nada y ahora se hace el celoso *adrede,* eso es. ¿Acaso soy ciega y no lo veo? Ahora, de pronto, se me pone a hablar de la otra, de Katka, y me dice que si es esto y lo otro, que si ha mandado llamar a un doctor de Moscú para que asista al juicio y le salve, que si ha hecho venir también a un abogado de lo mejor y más sabio. Esto quiere decir que la ama a ella, pues ha empezado a elogiármela en la cara, mirándome con sus desvergonzados ojos. Ante mí, el culpable es él, y la toma conmigo para presentarme como la primera culpable y cargarme todo el mochuelo: «tú, parece decir, andabas con el polaco antes de conocerme a mí; pues bien, yo tengo derecho a seguir tu ejemplo con Katia». ¡Ésta es la cuestión! Lo que él quiere es echarme a mí toda la culpa. Se ha metido conmigo adrede, te lo digo yo, adrede, sólo que yo...

Grúshenka no acabó de explicar lo que iba a hacer; se cubrió los ojos con un pañuelo y rompió a llorar a lágrima viva.

–A Katerina Ivánovna no la quiere –dijo con firmeza Aliosha.

–Pronto me enteraré yo misma de si la quiere o no –dijo Grúshenka con una nota amenazadora en la voz, quitándose el pañuelo de los ojos.

El rostro se le había alterado. Aliosha vio con amargura como, de pronto, aquella cara sumisa y dulcemente alegre se había vuelto sombría y había adquirido una expresión maligna.

–¡Pero basta ya de estas estupideces! –exclamó, desabrida–. No es por esto por lo que te he llamado. Aliosha, querido, ¿qué pasará mañana, dime, qué pasará mañana? ¡Esto es lo que me tortura! ¡Y sólo me tortura a mí! Miro a todos los demás, nadie piensa en ello, a nadie le importa. ¿Piensas en ello por lo menos tú? ¡Es mañana cuando le juzgan! Cuéntame, ¿cómo le

van a juzgar mañana? Porque ha sido el lacayo, fue el lacayo quién mató, ¡el lacayo! ¡Dios mío! ¿Será posible que le condenen por el lacayo y que nadie se levante en su favor? Al lacayo ni siquiera le han molestado para nada, ¿no es cierto?

–Le han sometido a un interrogatorio muy riguroso –repuso Aliosha, pensativo–, pero todos han llegado a la conclusión de que no ha sido él. Ahora está muy enfermo. Está enfermo desde entonces, desde que tuvo aquel ataque de epilepsia. Está enfermo de verdad –añadió Aliosha.

–Dios mío, deberías ir tú mismo a ver a ese abogado y explicarle el caso a solas. Le han hecho venir de Petersburgo, por tres mil rublos, según dicen.

–Hemos dado esta cantidad entre los tres: mi hermano Iván, Katerina Ivánovna y yo; en cambio, al doctor de Moscú lo ha mandado llamar ella por su cuenta, le cuesta dos mil rublos. El abogado Fetiukóvich habría pedido más, pero esta causa ha despertado expectación en toda Rusia, se habla de ella en todos los periódicos y revistas, de modo que Fetiukóvich se ha decidido a venir más que nada por la fama, pues el caso se ha hecho memorable. Ayer le vi.

–¿Y qué? ¿Le hablaste? –preguntó precipitadamente Grúshenka.

–Me escuchó y no dijo nada. Declaró que se había formado ya una determinada opinión, pero prometió tener en cuenta mis palabras.

–¡Qué es eso de tener en cuenta! ¡Todos son unos granujas! ¡Le van a hundir! Bueno, y al doctor ese, al doctor, ¿por qué lo ha hecho venir ella?

–Como experto. Quieren demostrar que mi hermano está loco y que mató en un acceso de locura, sin darse cuenta de lo que hacía –Aliosha se sonrió levemente–; pero mi hermano no estará de acuerdo.

–¡Ah, esto sería verdad si él hubiera matado! –exclamó Grúshenka–. Entonces él estaba loco, completamente loco, ¡y de ello era yo, canalla, era yo la culpable! Pero el caso es

que él no mató, ¡no mató! Y todos le señalan a él como asesino, toda la ciudad. Hasta Fenia ha declarado de tal modo como si él fuera el asesino. ¡Le acusan en la tienda, y ese funcionario, y quienes le habían oído antes, en la taberna! Todos contra él, todos, a gritos.

–Sí, las declaraciones se han multiplicado terriblemente –comentó Aliosha, sombrío.

–Y Grigori, el Grigori Vasílich, erre que erre afirmando que la puerta estaba abierta; se emperra en haberlo visto, no hay manera de sacarle de lo que dice; he ido a verle, le he hablado yo misma. ¡Encima, insulta!

–Sí, quizás ésta es la declaración más grave contra mi hermano –dijo Aliosha.

–Y en cuanto a eso de que Mitia está loco, hasta ahora da esa impresión –comenzó a decir de pronto Grúshenka, con un aire especial de preocupación y misterio–. ¿Sabes, Aliosha? Hace tiempo ya que quería hablarte de esto: todos los días voy a verle y no salgo de mi asombró. Dime tú lo que te parece: ¿sabes de qué se pone a hablar siempre ahora? Habla, habla y no logro comprender nada; al principio me figuraba que se refería a algo muy difícil de comprender, que no estaba al alcance de una tonta como yo; pero de repente se me ha puesto a hablar de un angelito, quiero decir, de una criaturita a la que no conozco; «¿por qué, pregunta, es tan pobre el angelito?». «Ahora iré yo a Siberia por el angelito ese; yo no he matado, pero ¡he de ir a Siberia!» ¿A qué se refiere, quién es ese angelito? No he comprendido absolutamente nada. Pero me he puesto a llorar al oírle hablar así, pues hablaba muy bien, y él mismo lloraba; yo también me he puesto a sollozar, entonces me ha besado y me ha hecho la señal de la cruz con la mano. ¿Qué significa todo esto, Aliosha? Cuéntame, ¿qué «angelito» es ése?

–No sé por qué Rakitin ha empezado a visitarle con frecuencia. –Aliosha se sonrió–. De todos modos... eso no es cosa de Rakitin. Ayer no fui a ver a Mitia, iré hoy.

–No, eso no se debe a Rakitka, es su hermano Iván Fiódorovich quien le conturba; es él quien le visita, verás... –manifestó Grúshenka, y de pronto se quedó como cortada.

Aliosha la miró estupefacto.

–¿Iván? ¿Acaso le va a ver? Mitia mismo me ha dicho que Iván no ha ido a verle ni una sola vez.

–Bueno... bueno, ¡así soy yo! ¡Me he ido de la lengua! –exclamó Grúshenka llena de confusión, poniéndose toda roja–. Espera, Aliosha, cállate, qué le vamos a hacer; ya que he hablado más de la cuenta, te diré toda la verdad: le ha visitado dos veces; la primera fue cuando acababa de llegar, pues vino a toda prisa de Moscú, en seguida, yo aún no había empezado a guardar cama; le visitó por segunda vez hará cosa de una semana. A Mitia le mandó no hablarte de su visita, que no te lo dijera de ningún modo, y que no lo dijera a nadie; fue en secreto.

Aliosha estaba muy caviloso, reflexionaba. Era evidente que la noticia le había dejado perplejo.

–Mi hermano Iván no me habla nunca del asunto de Mitia –dijo lentamente–, y en estos dos meses ha sido muy poco lo que ha hablado conmigo, en general; cuando yo iba a verle, solía mostrarse descontento de mi visita, por esto llevo ya tres semanas sin visitarle. Hum... Si ha ido a ver a Mitia hace una semana, entonces... durante esta semana, en Mitia se ha producido realmente un cambio...

–¡Un cambio, un cambio! –repitió con vehemencia Grúshenka–. Tienen un secreto, ¡tenían un secreto! El propio Mitia me ha dicho que se trataba de un secreto, y, ¿sabes?, es un secreto que no le deja tranquilo. Antes estaba alegre, también ahora lo está, pero, ¿sabes?, cuando empieza a mover la cabeza así, a dar zancadas por la habitación y a rascarse los cabellos de la sien con este dedo derecho, yo ya sé que algo le inquieta... ¡lo sé muy bien!... Antes estaba alegre, ¡y también hoy lo estaba!

–Pero tú me has dicho que estaba irritado, ¿no?

–Sí, estaba irritado y también alegre. Se ponía muy irritado, pero por un minuto, luego se ponía alegre y después volvía a irritarse. ¿Sabes, Aliosha? Cada vez me asombra más: tan espantoso como es lo que le espera, y él, a veces, se ríe a carcajadas por niñerías, parece una criatura.

–¿Es verdad que te ha mandado no hablarme de Iván? ¿Te lo ha dicho así: no le hables?

–Así lo ha dicho: no le hables. Es de ti, sobre todo, de quien Mitia tiene miedo. Porque se trata de un secreto, él mismo me ha dicho que es un secreto... Aliosha, querido, ve a verle, procura enterarte de qué secreto se trata y cuéntamelo –añadió de pronto Grúshenka, suplicante–. ¡Sácame de la angustia que me atormenta, pobre de mí, y haz que sepa cuál es la maldita suerte que me espera! Por esto te he llamado.

–¿Crees que se trata de algo que te afecta? En este caso, no te habría hablado para nada del secreto.

–No lo sé. Quizá desee contármelo, pero no se atreve. Me advierte. Existe un secreto, me dice, pero se calla cuál es.

–Y tú, ¿qué piensas que puede ser?

–¿Qué pienso? Que ha llegado para mí el fin, esto es lo que pienso. El fin que me han preparado los tres, porque Katka anda en el asunto. Todo es obra de Katka, ella es la que lo trama. «Ella es esto y lo otro», lo que significa que yo no lo soy. Él habla con segundas, me advierte de antemano. Ha decidido abandonarme, ¡ése es todo el secreto! Lo han ideado los tres juntos: Mitia, Katka e Iván Fiódorovich. Aliosha, hace tiempo que quería preguntarte una cosa: la semana pasada me declaró, de golpe, que Iván está enamorado de Katka, por esto la va a ver con frecuencia. ¿Es verdad o no, lo que me dijo? Contéstame con el corazón en la mano, aunque me partas el alma.

–No te mentiré. Iván no está enamorado de Katerina Ivánovna, creo yo.

–Bueno, ¡es lo mismo que pensé yo, entonces! ¡Él, el sinvergüenza, me miente, eso es! Y ahora hace ver que está ce-

loso para cargarme luego a mí toda la culpa. Pero es un tonto, ni siquiera sabe moverse bajo cuerda, es demasiado franco... ¡Ya le enseñaré yo, ya le enseñaré! «Tú crees que yo he matado», me dice. Y me lo dice a mí, nada menos que a mí, ¡a mí me lo echa en cara! ¡Que Dios le perdone! Bueno, espera, ¡mal lo va a pasar esa Katka ante el tribunal! Voy a decir allí unas palabritas... ¡Lo que es allí, lo diré todo!

Y volvió a llorar amargamente.

–Lo que yo puedo decirte con seguridad es esto, Grúshenka –declaró Aliosha, levantándose de su asiento–; en primer lugar, que él te quiere, te quiere más que a nadie en el mundo, y sólo a ti, créeme. Lo sé. Lo sé muy bien. En segundo lugar, te diré que no quiero arrancarle el secreto, y si él hoy me lo cuenta, le advertiré francamente que he prometido comunicártelo. Entonces vendré hoy mismo a verte y te lo contaré. Sólo que... según me parece a mí... Katerina Ivánovna no tiene nada que ver en ese asunto y ese secreto se refiere a alguna otra cosa. Seguramente es así. No parece de ningún modo que se trate de Katerina Ivánovna, lo aseguraría. Y ahora, ¡adiós!

Aliosha le estrechó la mano. Grúshenka seguía llorando. Él veía que sus palabras de consuelo le merecían muy poco crédito, pero que había sido un bien para ella por lo menos haber dado rienda suelta a su pena, haber podido desahogarse. Aliosha sentía dejarla en aquel estado, pero tenía prisa. Era mucho aún lo que tenía que hacer.

2. El piececito enfermo

El primero de sus asuntos le llevaba a casa de la señora Jojlakova, y allí se dirigió Aliosha apresuradamente para acabar cuanto antes y no llegar tarde a ver a Mitia. Hacía ya tres semanas que la señora Jojlakova no se encontraba bien: se le había hinchado un pie, no se sabía por qué causa, y la se-

ñora, aunque no guardaba cama, se pasaba los días en su tocador, medio tumbada sobre un diván, llevando un salto de cama muy atractivo, aunque decente. Aliosha, con inocente sonrisa, había observado un día para sus adentros que la señora Jojlakova, a pesar de su enfermedad, casi se había puesto a presumir: empezó a adornarse con cintitas, encajes y lacitos. Él adivinaba por qué era así, si bien apartaba esos pensamientos por ociosos. Durante los últimos dos meses, la señora Jojlakova había empezado a recibir, entre sus otros invitados, al joven Perjotin. Aliosha no había pasado por la casa hacía ya unos cuatro días, y al entrar quiso ir directamente a ver a Lisa, pues era con ella con la que debía discutir algo, ya que la víspera Lisa le había enviado a la doncella con el ruego insistente de que acudiera a verla en seguida «por una circunstancia muy importante», cosa que había interesado a Aliosha por diversos motivos. Pero mientras la doncella le anunciaba a Lisa, la señora Jojlakova ya tuvo noticia de su llegada por alguien, y al instante le mandó recado de que fuera a verla «sólo por un minutito». Aliosha consideró preferible satisfacer primero el ruego de la mamá, pues en otro caso ésta le mandaría llamar a cada momento mientras estuviera con Lisa. La señora Jojlakova estaba acostada en el diván, vestida como para una fiesta y, por lo visto, presa de una extraordinaria excitación nerviosa. Acogió a Aliosha con gritos de entusiasmo.

–¡Hacía siglos, siglos, siglos enteros que no le veía a usted! ¡Toda una semana, por favor! Aunque no, estuvo usted aquí hace cuatro días, el miércoles. Viene a ver a Lisa, estoy segura de que quería ir a verla directamente, caminando de puntillas para que yo no le oyera. ¡Mi querido, mi muy querido Alexéi Fiódorovich, si supiera usted cuánto me preocupa ella! Pero de esto hablaremos luego. Aunque es lo más importante, hablaremos de ello luego. Querido Alexéi Fiódorovich, le confío por completo a mi Lisa. Después de la muerte del stárets Zosima, ¡que Dios le tenga en la gloria!

–se persignó–, después de él, le miro a usted como a un asceta, aunque le sienta a usted magníficamente su nuevo traje. ¿Dónde ha encontrado aquí un sastre tan bueno? Pero no, no, esto no es lo principal, de esto hablaremos luego. Perdone que a veces le llame Aliosha, yo ya soy una vieja, a mí todo me está permitido –se sonrió, coqueta–, pero esto también lo dejamos para luego. Lo que importa es que no me olvide de lo esencial. Por favor, recuérdemelo usted mismo; si me pongo a divagar, dígame: «¿Y lo más importante?». ¡Ah, de dónde he de saber yo qué es ahora lo más importante! Desde que Lisa le ha retirado su promesa (su infantil promesa, Alexéi Fiódorovich) de casarse con usted, usted ha comprendido, claro está, que todo eso no es más que la caprichosa fantasía de una niña enferma, largo tiempo inmovilizada en su sillón. A Dios gracias, ahora ya camina. El nuevo doctor, al que Katia ha hecho venir de Moscú para ese desdichado hermano de usted a quien mañana... ¡Bueno, para qué hablar de mañana! ¡Me muero con sólo pensar en el día de mañana! Sobre todo por curiosidad... En una palabra, el doctor estuvo ayer aquí y visitó a Lisa... Le pagué cincuenta rublos por la visita. Pero no se trata de esto, otra vez no es esto... ¿Ve?, ahora ya me he despistado por completo. Me doy prisa. ¿Por qué me doy prisa? No lo sé. Es terrible la de cosas que ahora empiezo a dejar de saber. Todo se ha confundido para mí como en un ovillo. Tengo miedo de que usted se vaya corriendo de mi lado por aburrimiento y de que ya no vuelva a verle. ¡Ah, Dios mío! Aquí nos estamos charla que te charla y lo que hace falta en primer lugar, es el café; Yulia, Glafira, ¡el café!

Aliosha se apresuró a dar las gracias y declaró que acababa de tomarlo.

–¿Dónde?

–En casa de Agrafena Alexándrovna.

–Esto... esto es, ¡en casa de esa mujer! Ah, es ella la que ha causado la pérdida de todos; si bien, de todos modos, no sé,

dicen que se ha convertido en una santa, aunque ya es tarde. Habría sido mejor antes, cuando hacía falta, pero ahora, ¿para qué? Cállese, cállese, Alexéi Fiódorovich, porque son tantas las cosas que quiero contarle que, según me parece, no llegaré a decir nada. Ese terrible proceso... yo iré sin falta; me preparo, me llevarán en un sillón; además, puedo permanecer sentada, habrá quien me acompañe, y usted ya sabe que yo figuro entre los testigos. ¡Cómo voy a hablar, cómo voy a hablar! No sé lo que voy a decir. Tendré que prestar juramento, ¿no es así, no es así?

–Así es, pero no creo que pueda usted presentarse.

–Puedo estar sentada; ¡ah, usted hace que me confunda! Ese proceso, esa acción salvaje, y luego todos van a Siberia, algunos se casan, y todo ello rápidamente, rápidamente, todo cambia hasta que, al fin, nada, todos se vuelven viejos y miran a la tumba. Bueno, qué más da, yo me siento cansada. Esa Katia, *cette charmante personne,* ha roto todas mis esperanzas: ahora irá tras uno de los hermanos de usted a Siberia, mientras que el otro hermano la seguirá a ella, vivirá en una ciudad contigua y todos se atormentarán unos a otros. Esto me vuelve loca; además, tanta publicidad: en todos los periódicos de Petersburgo y de Moscú han hablado del caso un millón de veces. Ah, sí, figúrese que hasta han hablado de mí, han escrito que yo era la «tierna amiga» del hermano de usted; no quiero pronunciar una mala palabra; figúrese usted, bueno, ¡figúrese usted!

–¡No puede ser! ¿Pero dónde y cómo lo han escrito?

–Ahora se lo mostraré. Recibí el periódico ayer y ayer lo leí. Está aquí, en el periódico *Rumores,* de Petersburgo. Estos *Rumores* han empezado a publicarse este año; yo soy terriblemente aficionada a los rumores, y me he suscrito para mi desgracia: ya verá cuáles han sido los rumores. Aquí está, lea en este lugar.

Y tendió a Aliosha una hoja de periódico que tenía debajo de la almohada.

Se hallaba no ya disgustada, sino como abatida, y realmente es posible que todo se le hubiera confundido en la cabeza formando un ovillo. La noticia del periódico era sumamente característica; debía de haberle producido una impresión muy delicada, desde luego, pero la señora Jojlakova, quizá por suerte suya, en ese momento no era capaz de concentrarse en un punto, de modo que un minuto más tarde podía olvidarse incluso del periódico y pasar completamente a otro tema. En cuanto a lo de que por toda Rusia había corrido ya la fama de aquel espantoso proceso, era cosa que Aliosha sabía hacía tiempo, y en el transcurso de aquellos dos meses había tenido ocasión de leer, entre otras noticias ciertas, sabe Dios qué monstruosas noticias y crónicas acerca de su hermano, acerca de los Karamázov en general y hasta acerca de sí mismo. En un periódico, incluso se había dicho que Aliosha, lleno de terror después del crimen de su hermano, se había encerrado en un convento para vivir como un asceta; en otro lo desmentían y afirmaban, por el contrario, que junto con el stárets Zosima había descerrajado la caja del convento «y se habían fugado del monasterio». La noticia que publicaba ahora el periódico *Rumores* llevaba por título: «De la Bestiavilla[1] (ay, así se llama nuestra pequeña ciudad, durante mucho tiempo he ocultado su nombre), acerca del proceso de Karamázov». Era una gacetilla breve y a la señora Jojlakova no se la nombraba para nada; todos los nombres, en general, habían sido omitidos. Se notificaba tan sólo que el criminal, al que iban a juzgar entre tanto ruido, un capitán retirado del ejército, de natural insolente, holgazán y retrógado, era muy dado a los amoríos e influía sobre todo en algunas «damas que languidecían en su soledad». Una de tales damas, «una viudita de las que se aburrían»,

1. En ruso: Skotoprigonievsk, nombre inventado por Dostoyevski (lit. 'lugar donde se recoge ganado'; se añade la terminación *ievsk,* una de las terminaciones propias de los nombres de localidad rusos).

que se hacía la joven a pesar de tener ya una hija mayor, se prendó de él hasta tal extremo que sólo dos horas antes del crimen le ofrecía tres mil rublos si huía con ella en seguida hacia las minas de oro. Pero el malvado consideró que asesinar a su padre y robarle tres mil rublos, confiando en hacerlo impunemente, era preferible a marcharse a Siberia con los cuadragenarios encantos de su aburrida dama. La festiva gacetilla acababa, como era de rigor, manifestando una noble indignación contra la inmoralidad del parricida y contra el antiguo régimen de servidumbre. Después de haber leído la noticia con curiosidad, Aliosha dobló la hoja y la devolvió a la señora Jojlakova.

–¿Cómo no voy a ser yo? –balbuceó ella de nuevo–. Fui yo, yo, quien casi una hora antes le propuse que fuera a las minas de oro, y de pronto, ¡«encantos cuadragenarios»! ¿Pero lo hacía yo con segundas? ¡El que lo ha escrito lo tergiversa adrede! Que el Juez Eterno le perdone lo de los encantos cuadragenarios, como le perdono yo, pero el caso es que éste... ¿sabe usted quién es? Es su amigo Rakitin.

–Es posible –dijo Aliosha–, aunque yo no he oído decir nada.

–Es él, es él, ¡es seguro y no «posible»! Yo le eché de casa... Usted conoce toda esa historia, ¿no?

–Sé que usted le invitó a no volver a poner los pies en su casa; pero por qué, precisamente, yo... por usted, por lo menos, no me he enterado.

–¡Esto significa que se lo ha oído decir a él! Y qué, ¿despotrica contra mí, despotrica mucho?

–Sí, pero esto lo hace con todos. Mas el porqué le ha cerrado usted la puerta tampoco se lo he oído decir a él. Por otra parte, nos vemos pocas veces. No somos amigos.

–Bueno, se lo explicaré yo misma, y he de confesarle, no hay más remedio, que en un punto quizá la culpable sea yo. Sólo que se trata de un puntito pequeño, muy pequeño, tanto que quizá ni exista. Verá, mi buen amigo –la señora Jojla-

kova adoptó de pronto cierto aire juguetón y en sus labios se dibujó una sonrisita encantadora, si bien enigmática–; verá, yo sospecho... perdóneme usted, Aliosha, le hablo como una madre... Oh, no, no, no, al contrario, ahora le hablo como a mi padre... porque como madre, en este caso, no resulta... Bueno, como hablaría al stárets Zosima en confesión, esto es lo más acertado, es lo que resulta mejor: hace unos momentos que le he llamado asceta; pues bien, ese pobre joven, su amigo Rakitin (¡Oh, Dios mío, no puedo guardarle rencor! Me enfado y me irrito, pero no mucho), en una palabra, ese joven frívolo, de pronto, ¡figúrese!, al parecer tuvo la ocurrencia de enamorarse de mí. Me di cuenta después, sólo después, pero al principio, o sea, hará cosa de un mes, empezó a visitarme con más frecuencia, casi todos los días, aunque ya nos conocíamos antes. Yo, sin saber nada... mas, de pronto, fue como si un rayo de luz me iluminara, y con gran sorpresa mía empecé a darme cuenta. Usted ya sabe que hace dos meses comencé a recibir a Piotr Ilich Perjotin, ese joven modesto, simpático y digno, funcionario en nuestra ciudad. Muchas veces se ha encontrado usted con él aquí. Es un hombre digno, serio, ¿verdad? Viene cada tres días y no cada día (y qué más da, si viniera todos los días), siempre tan bien vestido; en general a mí me encanta la juventud, Aliosha, cuando tiene talento y es modesta, así, como usted; ese hombre tiene una mente casi de estadista, se expresa tan bien; yo hablaré en su favor, sin falta, sin falta. Es un futuro diplomático. Casi me salvó de la muerte al venir a verme por la noche aquel día espantoso. En cambio, el amigo de usted, Rakitin, viene siempre con sus botas altas y las arrastra por la alfombra... en una palabra, empezó incluso a hacer alguna alusión hasta que de pronto, una vez, al salir, me estrechó la mano con mucha fuerza. No bien me hubo estrechado la mano, empezó a dolerme el pie. Ya antes Rakitin se había encontrado en mi casa con Piotr Ilich y, ¿lo creerá?, siempre le pinchaba, le pinchaba, la tomaba con él, no sé por qué. Yo

me limitaba a contemplarlos para ver cómo se las componían y me reía para mis adentros. Un día me encontraba sola, sentada; mejor dicho, no, entonces ya tenía que estar echada; un día me encontraba yo sola, echada, cuando de improviso se presenta Mijaíl Ivánovich y, figúrese, me trae unos versos muy cortitos sobre mi pie enfermo, es decir, describía en verso mi pie doliente. Espere, decían así:

Este piececito, este piececito
se ha puesto malo, un poquitito...

o algo por el estilo, soy incapaz de aprenderme versos de memoria, los tengo aquí; bueno, se los mostraré luego, son un encanto, un encanto y, ¿sabe usted?, no tratan sólo del piececito, sino, además, de la moral, con una idea admirable, aunque ahora se me ha olvidado; en una palabra, para figurar en un álbum. Como es lógico, le di las gracias y, por lo visto, se sintió halagado. No había acabado yo aún de expresar mi agradecimiento cuando entró, de pronto, Piotr Ilich; entonces, Mijaíl Ivánovich puso una cara fosca como la noche. Me di cuenta de que Piotr Ilich le estorbaba para algo, pues Mijaíl Ivánovich, sin duda, quería decirme alguna cosa después de los versos, yo lo presentía, pero en aquel momento entró Piotr Ilich. Le mostré los versos, aunque sin decirle quién los había escrito. Estoy segura, segurísima, de que lo adivinó en seguida, aunque hoy es el día en que no ha querido reconocerlo y dice que no lo adivinó; pero todo esto es con intención. Piotr Ilich se echó a reír y empezó a criticar: «qué malos son estos versos, dijo, los habrá escrito algún seminarista»; y con qué calor hablaba, ¡con qué calor! Entonces, el amigo de usted, en vez de tomarlo a risa, se puso hecho un basilisco... Dios mío, yo creía que iban a pelearse: «He sido yo, dijo, quien los ha escrito. Los he escrito en broma, dijo, porque considero una bajeza escribir versos... Pero mis versos son buenos. A su Pushkin quieren levantarle un monu-

mento por haber cantado unos piececitos de mujer; mis versos contienen una idea moral; en cuanto a usted, dijo, es un reaccionario; usted carece de todo espíritu humanista, no siente ninguno de los actuales anhelos de ilustración, el progreso le ha dejado indiferente; ¡usted, dijo, es un funcionario y deja que le unten la mano!». Al llegar a este punto, empecé a gritar y a suplicarles. Piotr Ilich, ya lo sabe usted, no es de los que se intimidan, y de pronto tomó el más noble de los tonos: lo mira burlonamente, le escucha y le pide perdón: «No lo sabía, dijo. De haberlo sabido, no lo habría dicho, los habría alabado... Los poetas, dijo, son tan irritables...». En fin, así se burlaba, empleando el más noble de los tonos. Él mismo me lo explicó después, que todo era en son de burla, pero yo creía que hablaba en serio. Yo estaba echada, como ahora ante usted, y me pregunté: ¿sería o no un acto noble echar a Mijaíl Ivánovich por haber gritado de manera indebida en mi casa contra un invitado mío? No sé si me creerá: yo estaba echada, cerré los ojos y me puse a pensar si sería o no un acto noble echarle, sin poder decidirme; me atormentaba, me atormentaba, me latía con fuerza el corazón: ¿grito o no grito? Una voz me decía: grita; otra me decía: no, ¡no grites! No bien me dijo esto la segunda voz, rompí a gritar y me desmayé. Menudo alboroto se armó. De pronto me levanté y dije a Mijaíl Ivánovich: «siento mucho tener que decirle que no deseo recibirle más en mi casa». Así le eché. ¡Ah, Alexéi Fiódorovich! Sé muy bien que obré pésimamente, yo mentía, yo no estaba enojada contra él ni mucho menos, pero de repente, sobre todo de repente, se me figuró que estaría tan bien aquella escena... De todos modos, no sé si lo creerá, aquella escena resultó muy natural, porque incluso lloré y luego lloré durante varios días hasta que una vez, después de comer, lo olvidé todo. Así, pues, él dejó de venir hace ya dos semanas; yo me pregunto: ¿será posible que no vuelva más? Me lo preguntaba aún ayer, y he aquí que por la tarde me traen ese número de *Rumores*. Lo leí y me quedé como quien ve visio-

nes; bueno, quien puede haberlo escrito fue él; volvió aquel día a su casa, se sentó y lo escribió; lo envió y se lo han publicado. Ocurrió esto hace dos semanas. Ay, Aliosha, es terrible, de qué estoy hablando, ¿o no hablo quizás en lo más mínimo de lo que debería hablar? ¡Ay, lo cuento aun sin querer!

–Hoy me es absolutamente necesario llegar a tiempo para ver a mi hermano –musitó Aliosha.

–¡Eso es, eso es! ¡Usted me lo ha recordado! Escúcheme, ¿qué es una obsesión?

–¿Qué obsesión? –se sorprendió Aliosha.

–Una obsesión judicial. Una obsesión por la que se perdona todo. No importa lo que haya hecho, se le perdona en seguida.

–¿A qué se refiere usted?

–Ahora se lo diré: esa Katia... Ah, es una criatura encantadora, encantadora, pero no puedo llegar a saber de quién está enamorada. Hace poco vino a verme, y no fui capaz de aclararlo. Tanto menos cuanto que ahora se ha puesto a hablar conmigo de cosas superficiales; en una palabra, de mi salud y nada más, y hasta adopta tal tono que yo me he dicho: como quiera, y que Dios la guarde... Ah, sí, se trata de la obsesión: ha venido ese doctor. ¿Sabe usted que ha venido un doctor? Claro, cómo no lo va a saber, ése que conoce a los locos, usted mismo le ha mandado llamar, es decir, usted no, sino Katia. ¡Siempre Katia! Pues verá: hay un individuo que no está ni mucho menos loco, pero de pronto tiene una obsesión. Tiene conciencia de sí mismo, sabe lo que hace, pero al mismo tiempo está obsesionado. Pues bien, esto es lo que sin duda ocurrió a Dmitri Fiódorovich. No bien se establecieron los nuevos tribunales, se descubrió eso de la obsesión. Éste es un bien que debemos a los nuevos tribunales. Ese doctor ha venido a verme y me ha interrogado acerca de aquella tarde y acerca de las minas de oro: «¿Cómo se encontraba él?», me ha preguntado. Cómo no iba a estar obsesiona-

do, llegó y se me puso a gritar: dinero, dinero, tres mil rublos, deme tres mil rublos; después se fue y mató. «No quiero matar, decía, no quiero», y de pronto mató. Por esto le van a perdonar, porque se resistía, aunque lo hizo.

–Pero el caso es que él no mató –la interrumpió Aliosha un poco bruscamente. La inquietud y la impaciencia se iban apoderando de él cada vez más.

–Ya lo sé, quien mató fue el viejo Grigori...

–¿Cómo, Grigori? –exclamó Aliosha.

–Fue él, fue él, Grigori. Quedó tumbado después del golpe que le dio Dmitri Fiódorovich; luego se levantó, vio la puerta abierta, entró y mató a Fiódor Pávlovich.

–Pero, ¿para qué, para qué?

–Quedó obsesionado. Dmitri Fiódorovich le asestó un golpe en la cabeza, y cuando Grigori volvió en sí, quedó obsesionado; entonces se levantó y mató. Aunque diga que no mató, no importa, es posible que no lo recuerde. De todos modos, verá: sería mejor, mucho mejor, que el asesino fuera Dmitri Fiódorovich. Sí, fue él, aunque yo digo que fue Grigori, pero sin duda fue Dmitri Fiódorovich, ¡y esto es mejor, mucho mejor! Ah, no es que sea mejor que el hijo haya matado al padre, no lo alabo, al contrario, los hijos han de respetar a sus padres; sólo digo que, de todos modos, sería mejor que le hubiera matado él porque, en este caso, no tendrían ustedes por qué afligirse, pues él mató sin tener conciencia de lo que hacía o, mejor dicho, dándose cuenta de lo que hacía, pero sin saber cómo era posible que lo hiciera. Sí, que le perdonen; esto sería tan humano, y se vería el bien que hacen los nuevos tribunales; yo ni me había enterado, pero dicen que existen ya hace mucho tiempo; cuando lo supe ayer, me quedé tan sorprendida que quería mandarle llamar a usted inmediatamente; luego, si le perdonan, que venga a comer en mi casa tan pronto como salga de la audiencia; yo llamaré a mis conocidos y brindaremos por los nuevos tribunales. No creo que Dmitri sea peligroso; por otra parte, llamaré a

muchos invitados, de modo que siempre se le podrá echar de la casa si se extralimita en alguna cosa; después podrá hacerse juez de paz o algo por el estilo en otra ciudad, pues quienes han sufrido personalmente tales desgracias son los que mejor juzgan a los demás. Y sobre todo, ¿quién hay ahora que no esté sujeto a alguna obsesión? Usted, yo, todos estamos obsesionados, los ejemplos son muchos: un hombre está cantando una romanza; de pronto algo le desagrada, toma un revólver y mata a quien primero encuentra, luego se lo perdonan todo. Lo leí no hace mucho, todos los doctores confirmaron el caso. Los doctores ahora siempre confirman todo. Figúrese, mi *Lise* tiene ahora una obsesión; ayer me hizo llorar, anteayer también, pero hoy he adivinado que se trata simplemente de una obsesión. ¡Oh, *Lise* me da tanta pena! Pienso que ha perdido el juicio por completo. ¿Para qué le ha llamado? ¿Le ha llamado ella, o ha venido usted a verla sin que le llamara?

–Sí, me ha llamado, y ahora voy a verla –Aliosha se levantó decidido.

–Ah, querido, mi querido Alexéi Fiódorovich, en eso está, quizá, lo más importante –exclamó la señora Jojlakova, prorrumpiendo de pronto en llanto–. Dios ve que yo le confío a usted sinceramente a *Lise,* y no importa que le haya llamado a espaldas de la madre. Pero a Iván Fiódorovich, a su hermano, perdóneme, pero no puedo confiarle mi hija con tanta tranquilidad, aunque sigo considerándole como el más caballeroso de los jóvenes. Pues figúrese que ha venido a ver a *Lise* sin que yo supiera nada.

–¿Cómo? ¿Qué? ¿Cuándo? –Aliosha se quedó estupefacto. Pero no se sentó y escuchó de pie.

–Se lo voy a contar, quizá le había mandado llamar por esto, pues ya no sé con qué fin le he llamado. Verá: Iván Fiódorovich ha venido a verme dos veces en total desde que ha regresado de Moscú; la primera vez vino como persona conocida a hacerme una visita; la segunda, de esto ya hace poco, vino

porque supo que Katia estaba en mi casa. Desde luego, yo no pretendía que me visitara con frecuencia, sabiendo como sé lo muy atareado que está, *vous comprenez, cette affaire et la mort terrible de votre papa*[1], pero de pronto me entero de que ha venido otra vez, aunque no a verme a mí, sino a *Lise,* hará de eso unos seis días; vino, estuvo cosa de cinco minutos y se fue. Yo no lo supe hasta tres días después, por Glafira, y me quedé pasmada. Llamo en seguida a *Lise,* y se ríe: «Él creía, me dice, que usted dormía y vino a verme para preguntar cómo seguía usted de salud». Desde luego, así fue. Sólo que *Lise, Lise,* ¡oh, Dios mío, cuánto me preocupa! Imagínese que una noche, hace cuatro días, después de que estuvo usted la última vez, de pronto sufrió un ataque de nervios, se puso a gritar, a chillar, ¡como una histérica! ¿A qué se deberá que yo no tenga nunca ataques de histerismo? Al día siguiente, otro ataque, y así al tercer día, y ayer; pues he aquí que ayer se le presenta esa obsesión. De pronto me grita: «Yo odio a Iván Fiódorovich, ¡exijo que no le reciba usted, que le niegue la entrada en casa!». Me quedé de una pieza ante cosa tan inesperada, y le repliqué: «¿A santo de qué he de cerrar la puerta a un joven tan digno, además tan culto y tan desdichado? Porque, de todos modos, esas historias son una desdicha y no una dicha, ¿no es verdad?». Al oír mis palabras, *Lise* se echó a reír y hasta, ¿sabe?, de manera ofensiva. Bueno, yo estaba contenta pensando que la había hecho reír y que se acabarían los ataques; además, también yo quería negar la entrada a Iván Fiódorovich por sus extrañas visitas sin mi consentimiento y quería pedirle una explicación. Pero hoy por la mañana *Lise* se ha despertado, se ha enfadado con Yulia y, figúrese, le ha dado un bofetón. Eso es monstruoso, yo trato de *usted* a mis doncellas. Una hora más tarde, abraza a Yulia y le besa los pies. A mí me mandó decir que no acudiría más a mi lado, que en adelante jamás vendría

1. 'Comprenda, este asunto y la espantosa muerte de su papá de ustedes' (en francés en el original).

a verme, y cuando yo misma me he presentado ante ella, se me ha echado encima besándome y llorando; besándome me ha empujado fuera de su habitación sin decirme ni una palabra, de modo que no me he enterado de nada. Ahora, querido Alexéi Fiódorovich, en usted pongo todas mis esperanzas y, desde luego, el destino todo de mi vida está en sus manos. Le ruego simplemente que vaya a ver a *Lise,* que se entere de lo que le pasa como sólo usted sabe hacerlo y que venga a contármelo a mí, a mí, a su madre, porque, usted lo comprende, me voy a morir, sencillamente me moriré si esto continúa así o huiré de casa. No puedo más, mi paciencia es grande, pero puedo perderla y entonces... entonces ocurrirán cosas terribles. ¡Ah, Dios mío, por fin está aquí Piotr Ilich! –gritó la señora Jojlakova, resplandeciendo toda ella súbitamente, al ver entrar a Piotr Ilich Perjotin–. ¡Llega tarde, llega tarde! Bien, siéntese, cuente, decida de mi suerte, ¿qué dice ese abogado? ¿Pero adónde va usted, Alexéi Fiódorovich?

–A ver a *Lise.*

–¡Ah, sí! ¿No se olvidará de lo que le he pedido, no se olvidará? ¡Se trata de mi destino, de mi destino!

–No me olvidaré, desde luego, si es posible sólo... pero ya me he retrasado mucho –balbuceó Aliosha, apresurándose a retirarse.

–No, venga a verme sin falta, sin falta, y no «si es posible sólo...». ¡De otro modo, me moriré! –exclamó la señora Jojlakova siguiéndole con la vista.

Pero Aliosha ya había salido de la estancia.

3. Un diablillo

Al entrar en el cuarto de Lisa, la encontró semiacostada en su antiguo sillón, en el que la llevaban cuando aún no podía andar. La muchacha no hizo el menor movimiento para dirigirse a su encuentro, pero clavó en él su fina y penetrante

mirada. Tenía los ojos algo inflamados; la cara, pálida, amarillenta. Aliosha se sorprendió al ver lo que había cambiado en aquellos tres días, hasta había adelgazado. Ella no le tendió la mano. El propio Aliosha le rozó los deditos finos y largos, que la joven mantenía inmóviles sobre su vestido; luego se sentó en silencio ante ella.

–Ya sé que tiene usted prisa para ir a la cárcel –dijo Lisa bruscamente–, y mamá le ha retenido dos horas; ahora le ha estado hablando de mí y de Yulia.

–¿Cómo se ha enterado usted? –preguntó Aliosha.

–He estado escuchando. ¿Por qué me mira usted de este modo? Quiero escuchar las conversaciones y las escucho, no hay en esto nada malo. No pido perdón.

–¿Está usted apesadumbrada por alguna cosa?

–Al contrario, estoy muy contenta. Hace un momento reflexionaba de nuevo, por trigésima vez, sobre lo bien que he hecho al retirar mi palabra y negarme a ser su mujer. Usted no sirve para marido: si me casara con usted y le diera una noticia para llevarla a alguien de quien me hubiera enamorado después, usted la tomaría y la llevaría sin falta y encima me traería la respuesta. Llegaría usted a los cuarenta años y aún seguiría llevándome tales notitas.

Ella se echó a reír.

–Usted tiene algo de maligno y al mismo tiempo de ingenuo –le dijo Aliosha, sonriéndole.

–Lo ingenuo es no avergonzarme ante usted. No sólo no me avergüenzo, sino que ni quiero avergonzarme; no quiero precisamente ante usted, de usted. Aliosha, ¿por qué no le respeto? Le quiero mucho, pero no le respeto. Si le respetara, no hablaría sin sentir vergüenza, ¿verdad?

–Verdad.

–¿Y cree que yo no me avergüenzo ante usted?

–No, no lo creo.

Lisa volvió a reírse nerviosamente; hablaba con precipitación, aprisa.

–He mandado bombones a la cárcel para su hermano Dmitri Fiódorovich. Aliosha, ¡qué lindo es usted, si supiera! Le voy a querer enormemente por haberme permitido tan pronto no quererle.

–¿Para qué me ha llamado hoy, *Lise*?

–Quería comunicarle un deseo mío. Deseo que alguien me torture, que se case conmigo y que luego me torture, que me engañe, que se vaya y me abandone. ¡No quiero ser feliz!

–¿Se siente usted cautivada por el desorden?

–Ah, yo quiero el desorden. Siempre tengo ganas de pegar fuego a la casa. Me imagino acercándome y prendiéndole fuego a escondidas, a escondidas sin falta. Procurarían apagarlo, pero el fuego ardería. Yo lo sabría todo y callaría. ¡Oh, qué tonterías! ¡Y qué aburrido!

Hizo un gesto de aversión con la mano.

–Vive usted en la riqueza –repuso quedamente Aliosha.

–¿Es mejor, quizá, ser pobre?

–Es mejor.

–Esto se lo metió a usted en la cabeza su difunto monje. Y no es verdad. Sea yo rica y todos los demás pobres; yo comeré bombones y tomaré crema de leche, no daré a nadie. Ah, no, no me diga nada, nada –hizo un gesto con la mano como para hacer callar a Aliosha, aunque éste ni había abierto la boca–; usted ya me ha contado todo eso antes, lo sé de memoria. Es aburrido. Si fuera pobre mataría a alguien, y si soy rica quizá también mate. ¡Qué es eso de permanecer tranquilos! ¿Sabe?, yo quiero segar, segar centeno. Me casaré con usted, usted se convertirá en un mujik, en un auténtico mujik, tendremos un potrillo, ¿quiere? ¿Conoce usted a Kalgánov?

–Le conozco.

–No hace más que caminar y soñar. Dice: «la verdad, para qué vivir, es preferible soñar. Es posible soñar cuanto se quiera con lo más alegre, mientras que vivir es aburrido». Y el caso es que se casará pronto, incluso se me ha declarado a mí. ¿Sabe usted jugar al trompo?

–Sé.

–Bien, pues él es como un trompo: hay que hacerle dar vueltas, soltarle, y hala, hala, sacudirle con un látigo: me casaré con él y le haré dar vueltas toda la vida. ¿No le da vergüenza pasar el tiempo conmigo?

–No.

–Usted está enormemente enfadado porque no hablo de lo santo. Yo no quiero ser una santa. ¿Qué castigo imponen en el otro mundo por el pecado más grave? Usted debe saberlo con toda exactitud.

–Dios la juzgará –contestó Aliosha, mirándola fijamente.

–Bien, eso es lo que yo quiero. Yo llegaría, me condenarían, y de pronto me reiría a la cara de todos. Tengo unas ganas terribles de incendiar la casa, Aliosha, nuestra casa ¿sigue usted sin creerme?

–¿Por qué? Hasta hay niños de doce años que tienen enormes deseos de pegar fuego a alguna cosa y lo hacen. Es como una especie de enfermedad.

–No es cierto, no es cierto; es posible que haya niños así, pero yo no me refiero a lo mismo.

–Usted toma el mal por el bien: se trata de una crisis momentánea, de ello tiene quizá la culpa su anterior enfermedad.

–¡Pero usted de todos modos me desprecia! Yo, sencillamente, no quiero hacer el bien, quiero hacer el mal, y no es cuestión de enfermedad alguna.

–¿Para qué hacer el mal?

–Para que no quede nada en ninguna parte. ¡Ah, qué bien si no quedara nada! Sepa, Aliosha, que a veces pienso hacer mucho mal, muchísimo, de lo peor, hacerlo a escondidas durante largo tiempo, hasta que un día todo se descubra. Todos me rodearán y me señalarán con el dedo, yo me los miraré a todos. Esto es muy agradable. ¿Por qué es tan agradable, Aliosha?

–¡Bah! Es la necesidad de aplastar algo bueno, o bien, como usted ha dicho, de pegar fuego. Eso también suele ocurrir.

–Pero yo no sólo lo he dicho, sino que además lo haré.

–Lo creo.

–Oh, cómo le quiero por lo que dice: «lo creo». Porque usted no miente nunca, no miente. ¿O quizá piensa que le digo todo esto adrede, para irritarle?

–No, no lo creo... aunque quizás haya algo de esta necesidad.

–Un poco, sí. Ante usted no mentiré nunca –manifestó con los ojos centelleantes.

Lo que más sorprendía a Aliosha era la seriedad con que ella hablaba: en su rostro no se percibía entonces sombra de guasa ni de burla, pese a que antes la jovialidad y el buen humor no la abandonaban ni en los momentos de mayor «seriedad».

–Hay instantes en que los hombres quieren el crimen –dijo Aliosha, pensativo.

–¡Sí, sí! Usted ha expresado mi pensamiento, lo quieren, lo quieren todos y siempre, no sólo en unos «instantes». ¿Sabe?, en esto parece como si todos alguna vez se hubieran puesto de acuerdo para mentir y siguen mintiendo desde entonces. Todos dicen que odian el mal, pero en el fondo todos lo quieren.

–¿Sigue usted leyendo, pues, libros malos?

–Los leo. Mamá los lee y los esconde debajo de la almohada, yo se los hurto.

–¿Cómo no se avergüenza usted de destruirse a sí misma?

–Quiero destruirme. Aquí hay un muchacho que permaneció tendido entre los raíles mientras los vagones del tren le pasaban por encima. ¡Dichoso él! Escuche, ahora van a juzgar a su hermano por haber matado a su padre y todos están contentos de que lo haya hecho.

–¿Están contentos de que haya matado a su padre?

–Están contentos, ¡todos están contentos! Todos dicen que es terrible, pero en el fondo están encantados. Yo soy la primera en estarlo.

–En lo que dice acerca de todos algo hay de verdad –repuso quedamente Aliosha.

–¡Ah, qué pensamientos los suyos! –chilló Lisa, entusiasmada–. ¡Usted, un monje! No puede usted creer cuánto le respeto, Aliosha, por no mentir nunca. Ah, le voy contar un sueño ridículo que a veces tengo: a veces veo en sueños diablos, parece que es de noche, yo estoy en mi habitación con una vela, y de pronto por todas partes aparecen diablos, en todos los rincones, debajo de la mesa; abren la puerta, y detrás de ella los hay en tropel, quieren entrar y agarrarme. Ya se acercan, ya me agarran. Yo de pronto me persigno y todos retroceden, tienen miedo, pero no se van del todo, sino que se quedan junto a la puerta y por los rincones, esperando. Entonces siento unos deseos enormes de insultar a Dios en voz alta; empiezo a hacerlo y los diablos otra vez se me acercan en tropel, muy contentos; ya vuelven a agarrarme, pero yo me persigno de nuevo y ellos vuelven a retroceder. Es terriblemente divertido, hasta la respiración se me corta.

–Yo he tenido también a veces este mismo sueño –soltó Aliosha de repente.

–¿Es posible? –gritó Lisa, sorprendida–. Escuche, Aliosha, no se ría, esto es terriblemente importante: ¿acaso es posible que dos personas distintas tengan el mismo sueño?

–Cierto, es posible.

–Aliosha, le digo que esto es muy importante –prosiguió Lisa con una sorpresa ya excesiva–. No es el sueño en sí lo importante, sino que usted haya tenido el mismo sueño que yo. Usted no me miente nunca, no me mienta tampoco ahora: ¿es verdad lo que me dice? ¿No se ríe usted?

–Es verdad.

Lisa se quedó terriblemente estupefacta y enmudeció durante medio minuto.

–Aliosha, venga a verme, venga a verme con más frecuencia –dijo de súbito con voz suplicante.

–Vendré a verla siempre, toda la vida –respondió con firmeza Aliosha.

–Sólo a usted le hablo así –añadió Lisa–. Únicamente a mí misma y a usted. A usted sólo en todo el mundo. Y a usted le hablo más a gusto que a mí misma. No siento ninguna vergüenza al hablar con usted. Aliosha, ¿por qué no siento ninguna vergüenza ante usted, ninguna? Aliosha, ¿es verdad que los judíos por Pascua roban niños y los degüellan?

–No lo sé.

–Tengo un libro en el que se habla de no sé qué juicio que se celebró no sé dónde y de que un judío cortó primero todos los deditos de las dos manos a un pequeño de cuatro años, luego lo crucificó en la pared, lo clavó con unos clavos y lo crucificó; después dijo en el tribunal que el niño había muerto pronto, cuatro horas más tarde. ¡Vaya pronto! Se dice que gemía, no hacía más que gemir, y el otro lo contemplaba complacido. ¡Qué bien!

–¿Bien?

–Bien. A veces pienso que he sido yo misma la que lo crucificó. El niño está colgado y gime, yo me siento enfrente y tomo una compota de piña de América. A mí me gusta mucho la compota de piña americana. ¿Y a usted?

Aliosha la miraba en silencio. El rostro pálido, amarillento, de la muchacha de pronto se contrajo, los ojos se le encendieron.

–¿Sabe? Cuando leí lo de ese judío, me pasé toda la noche temblando y llorando. Me imaginaba de qué modo el niño debía gritar y gemir (los niños de cuatro años ya tienen comprensión), y ese pensamiento de la compota no se me iba de la cabeza. Por la mañana, mandé una carta a una persona para que viniera a verme *sin falta*. Vino, y de pronto le conté lo del niño y lo de la compota, se lo conté *todo, todo*, y dije: «Eso está bien». Él se echó a reír y dijo que realmente estaba bien. Luego se levantó y se fue. En total estuvo aquí cinco minutos. ¿Me despreció, eh, me despreció? Dígamelo,

Aliosha, dígame: ¿me despreció o no? –se incorporó en su sillón, centelleantes los ojos.

–Dígame –preguntó con emoción Aliosha–, ¿llamó usted misma a esa persona?

–Yo misma.

–¿Le mandó una carta?

–Una carta.

–¿Precisamente para interrogarle sobre eso, sobre lo del niño?

–No, de ningún modo para esto, de ningún modo. Pero no bien entró, se lo pregunté. Me respondió, se echó a reír, se levantó y se fue.

–Esa persona se comportó con usted muy honradamente –dijo Aliosha en voz baja.

–¿Y me despreció? ¿Se burló de mí?

–No, porque esa misma persona, quizá, cree en la compota de piña de América. Ahora también está muy enferma, *Lise*.

–¡Sí, cree! –a Lisa le relampaguearon los ojos.

–No desprecia a nadie –prosiguió Aliosha–. Sólo que no cree en nadie. Claro que si no cree, desde luego, desprecia.

–¿También a mí, pues? ¿A mí?

–También a usted.

–Eso está bien –dijo Lisa con cierto rechinar de dientes–. Cuando salió riéndose, sentí que está bien encontrarse despreciado. Está bien lo del muchacho con los deditos cercenados y encontrarse despreciado... –Y se echó a reír como con malignidad e irritación, mirando a Aliosha–. ¿Sabe, Aliosha, sabe? Yo desearía... ¡Aliosha, sálveme! –Lisa saltó bruscamente de su camilla, se precipitó hacia él y le abrazó con fuerza–. Sálveme –casi gemía–. ¿Acaso diré a nadie del mundo lo que le he dicho a usted? ¡Y lo que le he dicho es la verdad, la verdad, la verdad! ¡Yo me mataré, porque todo me da asco! ¡Todo me da asco, me da asco! Aliosha, ¡por qué no me ama usted nada, nada! –terminó con furia.

–¡Yo la amo! –respondió Aliosha con vehemencia.

–¿Me llorará usted, me llorará?

–Sí.

–No porque no haya querido ser su mujer, sino simplemente llorar por mí, ¿lo hará?

–Lo haré.

–¡Gracias! Sus lágrimas son lo único que necesito. Los demás, que me condenen y me aplasten con el pie todos, todos, ¡sin excluir a *nadie!* Porque yo no amo a nadie. Me oye, ¡a nadie! Al contrario, ¡odio! Váyase, Aliosha, ¡ya es hora de que acuda a ver a su hermano! –de pronto se separó de él.

–¿Cómo va a quedarse usted así? –articuló Aliosha, casi asustado.

–Vaya a ver a su hermano, que cerrarán la cárcel; vaya a verle, aquí tiene usted el sombrero. Bese a Mitia, ¡váyase, váyase!

Y le empujó casi a la fuerza hacia la salida. Aliosha la miraba con amarga sorpresa cuando, de súbito, notó en su mano derecha una carta, una cartita muy bien doblada y sellada. Le echó un vistazo y leyó la dirección: «A Iván Fiódorovich Karamázov». Alzó rápidamente los ojos hacia Lisa, cuyo rostro se había vuelto casi amenazador.

–¡Entréguesela, entréguesela sin falta! –le ordenó frenética, temblando toda ella–. Hoy, ahora mismo. ¡Si no me envenено! ¡Es por esto por lo que le he llamado a usted!

Y cerró de un portazo. Se oyó el chasquido del pasador. Aliosha se puso la carta en el bolsillo y se encaminó directamente hacia la escalera, sin pasar a ver a la señora Jojlakova, olvidándose incluso de ella. Lisa, no bien Aliosha se hubo alejado, retiró el pasador, entreabrió la puerta, puso un dedo en la ranura y se lo aplastó cerrando con todas sus fuerzas. A los diez segundos poco más o menos, libre ya la mano, se dirigió silenciosa, lentamente, hacia su camilla, se sentó, irguió el cuerpo y se puso a mirar con la mirada fija el dedito que se le había puesto algo negro y la sangre aplastada debajo de la uña. Los labios le temblaban y ella se decía rápidamente para sus adentros:

–¡Soy vil, soy vil, soy vil, soy vil!

4. El himno y el secreto

Era ya tarde (no es muy largo, que se diga, un día de noviembre) cuando Aliosha llamó a la puerta de la cárcel. Empezaba a oscurecer. Pero él sabía que no le pondrían dificultades para ver a Mitia. Estas cosas ocurren en nuestra pequeña ciudad como en todas partes. Desde luego, al principio del encarcelamiento y de toda la investigación previa, el acceso a Mitia para las entrevistas de parientes y algunas otras personas estaba sujeto a algunas formalidades necesarias; mas, posteriormente, aun sin que la observación de tales formalidades se debilitara, para algunas de las personas que visitaban a Mitia, por lo menos, se establecieron ciertas excepciones casi por sí mismas. Hasta el punto de que a veces incluso las entrevistas con el detenido en la estancia a ellas destinada se celebraban casi sin testigos. De todos modos, el número de tales personas era muy reducido: se trataba sólo de Grúshenka, de Aliosha y de Rakitin. Hacia Grúshenka se mostraba muy benévolo el propio jefe de policía Mijaíl Makárovich. El viejo sentía como un peso en el alma por haberle gritado tanto en Mókroie. Luego, cuando se hubo enterado del fondo del asunto, cambió por completo el concepto que de ella tenía. Y cosa rara: aun estando plenamente convencido de la culpabilidad de Mitia, le fue considerando cada vez con menos severidad después de que le hubieron encarcelado: «¡Quizás era un hombre de buenos sentimientos, pero se ha echado a perder como un sueco por la bebida y el desorden!». El horror del primer momento dejó paso en su corazón a una cierta piedad. Por lo que respecta a Aliosha, el jefe de policía le tenía en mucha estima y le conocía hacía tiempo. Rakitin, por su parte, que acudía últimamente con mucha frecuencia a visitar al preso, era uno de los jóvenes mejor relacionados con las «señoritas del jefe de policía», como él las denominaba, y todos los días les rendía visita en su casa. Además, daba lecciones en casa del

inspector de la cárcel, hombre bondadoso, aunque severo en el cumplimiento de su deber. También Aliosha era un viejo y estimado conocido de ese inspector, quien se complacía en hablar con él de «cosas sabias» en general. A Iván Fiódorovich, por ejemplo, el inspector no ya le respetaba, sino que incluso le temía; se impresionaba, sobre todo, por los razonamientos del otro, pese a que él mismo era un gran filósofo que «llegaba a comprender con su propia mollera», claro está. Hacia Aliosha, en cambio, experimentaba una simpatía invencible. Durante el último año, el viejo se había metido, precisamente, en la lectura de los Evangelios apócrifos y a cada momento comunicaba sus impresiones a su joven amigo. Antes, iba incluso a verle al monasterio y se pasaba horas enteras hablando con él y con los monjes sacerdotes. En una palabra, aunque llegara tarde a la cárcel, Aliosha no tenía más que dirigirse al inspector y todo se arreglaba siempre. Por otra parte, el personal de la cárcel, hasta el último de los guardas, se había acostumbrado a ver a Aliosha. La guardia, claro está, no ponía dificultades mientras se contara con el consentimiento de la dirección. Mitia bajaba siempre de su celda al lugar designado para las entrevistas cuando le llamaban. Al entrar en el locutorio, Aliosha se encontró precisamente cara a cara con Rakitin, quien ya se iba después de haberse entrevistado con Mitia. Los dos, Rakitin y Mitia, estaban hablando en voz alta. Éste, que le acompañaba al despedirse, se reía mucho, mientras que el otro parecía refunfuñar. Rakitin, sobre todo en los últimos tiempos, rehuía encontrarse con Aliosha, casi no le hablaba y hasta al saludarle lo hacía de manera forzada. Esta vez, cuando le vio entrar, frunció más que nunca el ceño y apartó los ojos hacia un lado, como si estuviera muy ocupado abrochándose su buen abrigo de invierno con cuello de piel. Luego se puso a buscar en seguida su paraguas.

–Que no se me olvide algo de lo mío –musitó, con el fin único de decir alguna cosa.

–¡Y que no se te olvide algo de los otros! –bromeó Mitia, y al instante se rió a carcajadas de su propia ocurrencia. Rakitin se encendió repentinamente.

–¡Mejor será que esto lo recomiendes a tus Karamázov, raza de explotadores, y no a Rakitin! –gritó de súbito, temblando de cólera.

–¿Qué te pasa? ¡Si he bromeado! –replicó Mitia–. ¡Fu, demonio! Todos son así –dijo a Aliosha, señalando con un movimiento de cabeza a Rakitin, que se iba a toda prisa–. Ése ha estado aquí tranquilo, riendo, muy alegre, de pronto se ha puesto como una furia. A ti, ni siquiera te ha saludado. ¿Habéis reñido por completo, acaso? ¿Cómo vienes tan tarde? Toda la mañana he estado no ya esperándote, sino anhelando que vinieras. Bueno, no importa. Recuperaremos el tiempo perdido.

–¿Por qué viene a verte con tanta frecuencia? ¿Os habéis hecho amigos? –preguntó Aliosha, señalando también con la cabeza la puerta por donde había salido Rakitin.

–¿Si me he hecho amigo de Mijaíl? No, qué va. Para qué, ¡es un cerdo! A mí me considera... un canalla. Tampoco comprende las bromas, eso es lo peor en gente así. No las comprenderá nunca. Es gente de alma seca, lisa y seca, como los muros de la cárcel, tal como yo los veía cuando los contemplaba al acercarme aquí. Pero es un hombre inteligente, es inteligente. Bueno, Alexéi, ¡ahora sí tengo perdida la cabeza!

Se sentó en un banco e hizo sentar a su lado a Aliosha.

–Sí, mañana es la vista del juicio. ¿Es posible que no tengas ninguna esperanza, hermano? –preguntó Aliosha con tímido acento.

–¿A qué te refieres? –Mitia le miró de manera vaga–. ¡Ya, al juicio! ¡Bah, diablo! Hasta ahora tú y yo no hemos hablado más que de tonterías, siempre en torno a ese juicio, y de lo más importante no te he dicho nada. Sí, mañana se ve la causa, pero yo no pensaba en el juicio al decir que tenía la cabeza

perdida. La cabeza no se ha perdido; pero lo que tenía dentro, eso sí. ¿Por qué me miras con este aire de crítica?

–¿A qué te refieres, Mitia?

–A las ideas, a las ideas, ¡eso es! A la ética. ¿Qué es la ética?

–¿La ética? –preguntó sorprendido Aliosha.

–Sí, creo que es una ciencia, ¿verdad?

–Sí, tal ciencia existe... sólo que... yo, lo confieso, no puedo explicarte de qué ciencia se trata.

–Rakitin lo sabe. ¡Sabe muchas cosas ese Rakitin, mal rayo le parta! Monje no será. Quiere ir a Petersburgo. Allí, dice, se dedicará a la crítica, pero a la crítica noble. Bien, quizá llegue a ser algo útil y haga carrera. ¡Oh, esa gente es maestra en lo de hacer carrera! ¡Al diablo con la ética! Pero yo, Alexéi, estoy perdido, ¡estoy perdido, hombre de Dios! A ti te quiero más que a nadie. El corazón se me conmueve cuando pienso en ti. ¿Quién era Karl Bernard?

–¿Karl Bernard? –volvió a sorprenderse Aliosha.

–No, no se llamaba Karl, espera, me he equivocado: Claude Bernard. ¿Quién era? Trataba de química, ¿no?

–Debía ser un sabio –respondió Aliosha–, pero te confieso que tampoco de él podré hablarte mucho. Sólo he oído decir que es un sabio, no sé nada más.

–Bueno, al diablo con él, tampoco yo lo sé –soltó Mitia–. Será algún canalla, es lo más probable; todos son unos canallas. Pero Rakitin subirá, Rakitin es de los que pasan por una rendija, también es un Bernard. ¡Oh, esos Bernards! ¡Cómo se han reproducido!

–¿Pero qué te pasa? –preguntó Aliosha insistente.

–Quiere escribir un artículo sobre mí, sobre mi caso, y dar comienzo, así, a su papel en la literatura; por esto viene, él mismo me lo ha explicado. Piensa escribir algo con una determinada tendencia: «tenía que matar corroído por el medio», sostiene, según creo, y así sucesivamente, según me ha explicado. Tendrá un matiz socialista, dice. Al diablo con él; si quiere que el artículo tenga un matiz, que lo tenga, a mí me

importa un bledo. A nuestro hermano Iván no le quiere, le odia; a ti tampoco te trata con muchos miramientos. Yo no le echo porque es un hombre inteligente. Sin embargo, está demasiado engreído. Hoy le he dicho: «Los Karamázov no son unos canallas, sino unos filósofos, porque todos los rusos auténticos son filósofos, pero tú, aunque has estudiado, no eres más que un plebeyo y no un filósofo». Se ha reído, con algo de rabia. Yo he añadido: *«de pensamentibus non est disputandum»;* buen chiste, ¿eh? Por lo menos yo también me he metido en el clasicismo –terminó Mitia, riendo.

–¿Por qué estás perdido? ¿No me lo acabas de decir? –le interrumpió Aliosha.

–¿Por qué estoy perdido? ¡Hum! En el fondo... si he de tomarlo todo en consideración, me da pena Dios. ¡Por esto estoy perdido!

–¿Cómo, te da pena Dios?

–Imagínate: ahí, en los nervios, en la cabeza, es decir, en el cerebro, esos nervios (¡al diablo con ellos!)... Hay como unos rabitos, los nervios esos tienen unos rabitos, y tan pronto como se ponen a vibrar... quiero decir, verás, yo miro algo con los ojos, así, y esos rabitos empiezan a vibrar... y no bien vibran, aparece la imagen, y no aparece en seguida, sino que pasa un instante, un segundo, y se presenta así como un momento, quiero decir, no un momento (al diablo el momento), sino la imagen, es decir, el objeto o el suceso, y entonces, diablo, es por esto por lo que veo y luego pienso... porque hay rabitos, y de ningún modo porque tengo alma y yo esté hecho a alguna imagen y semejanza, que todo eso son tonterías. Todo esto, hermano, me lo explicó ayer mismo Mijaíl y sentí como una quemadura. ¡Es admirable, Aliosha, esta ciencia! Surgirá un hombre nuevo, esto lo comprendo... ¡De todos modos, me da pena Dios!

–Esto ya es algo –repuso Aliosha.

–¿Que dé pena Dios? ¡La química, hermano, la química! No hay nada que hacer, reverendo, apártese un poco, ¡la química

pasa! Rakitin no quiere a Dios, ¡no lo quiere! ¡Éste es el punto flaco de toda esa gente! Pero lo disimulan. Mienten. Hacen comedia. «Bien, ¿expondrás todo esto en tu sección de crítica?», le he preguntado. «De manera clara, no me dejarán», ha contestado, riéndose. «Pero, le he preguntado: ¿qué será del hombre después, sin Dios y sin vida futura? ¿Así, ahora todo está permitido, es posible hacer lo que uno quiera?» «¿Y tú no lo sabías?», me ha dicho. Se ha reído. «A un hombre inteligente, dice, todo le está permitido, el hombre inteligente sabe pescar en seco; en cambio, tú, dice, has matado y has caído en la ratonera, ¡por esto te pudres ahora en la cárcel!» ¡Me lo dice a mí, el muy cerdo! Antes, a los que hablaban así los ponía de patitas en la calle; en cambio ahora escucho. El caso es que también dice muchas cosas sensatas. Y escribe bien. Hará cosa de una semana, empezó a leerme un artículo, entonces copié tres líneas adrede, verás, espera, aquí están.

Mitia se sacó rápidamente un papelito del bolsillo del chaleco y leyó:

–«Para resolver este problema, es necesario ante todo colocar la propia personalidad en oposición a la realidad toda». ¿Lo comprendes?

–No, no lo comprendo –dijo Aliosha.

Miraba a Mitia con curiosidad y le escuchaba.

–Yo tampoco lo comprendo. Es oscuro y embrollado, pero resulta inteligente. «Ahora todos escriben así, dice, porque tal es el medio»... Temen el medio. También escribe versos, el canalla, ha cantado el piececito de Jojlakova, ¡ja-ja-ja!

–Lo he oído decir –repuso Aliosha.

–¿Lo has oído decir? Y los versitos, ¿los has oído?

–No.

–Yo los tengo, míralos, te los leeré. Tú no sabes, es toda una historia, no te la he contado. ¡Qué granuja! Hará unas tres semanas, tuvo la ocurrencia de hacerme rabiar: «Mira, me dice, has caído en la ratonera como un tonto por tres mil rublos, pues yo me voy a meter en el bolsillo ciento cincuen-

ta mil, me casaré con una viudita y me compraré una buena casa en Petersburgo». Entonces me contó que hacía la corte a Jojlakova, que ésta no había brillado por su inteligencia ni cuando joven y que ahora, con sus cuarenta años, no tenía ni pizca de buen sentido. «Es muy sentimental, dice, por ahí me la ganaré. Me casaré, me la llevaré a Petersburgo, donde fundaré un periódico.» Y se le caía de los labios una asquerosa baba de voluptuosidad, no por Jojlakova, sino por aquellos ciento cincuenta mil rublos. Me aseguraba que todo iba bien, me lo aseguraba; siempre venía a verme, todos los días: «Va cediendo», me decía. No cabía en sí de gozo. Y de la noche a la mañana me lo ponen de patitas en la calle: Perjotin, Piotr Ilich, ha ganado la partida, ¡bravo por él! ¡Yo hasta habría dado un beso a aquella boba por haberle echado de su casa! Bien, fue en aquellos días en que tanto venía a verme cuando compuso esos versos. «Por primera vez, me dijo, me mancho las manos, escribo versos con vistas a seducir, o sea, para poder realizar una cosa útil cuando me haya apoderado del capital de la tonta, podré hacer una obra de utilidad pública.» ¡Esa gente siempre echa mano de la utilidad pública para justificar cualquier infamia! «De todos modos, me decía, he escrito mejor que tu Pushkin, porque en una breve poesía festiva he sabido introducir la preocupación cívica.» Eso que dice de Pushkin, lo comprendo. La verdad, si era realmente un hombre de gran talento, ¡por qué se limitaba a describir piececitos! ¡Y Rakitin no estaba poco orgulloso de sus versos! ¡Cuánto amor propio tiene esa gente, cuánto amor propio! «Al restablecimiento del enfermo piececito de mi objeto amado», éste es el título que ideó para su poesía. Vaya ingenio, el de este hombre!

¡Oh, qué encanto el de ese piececito,
piececito que se ha hinchado un tantico!
Los doctores van a verlo, a curarlo,
lo vendan y lo deforman.

No es por el piececito que yo me entristezco,
que sea Pushkin quien lo cante:
me entristezco yo por la cabecita,
que las ideas no comprende.

¡Comprendía ya un poquito,
cuando la estorbó el piececito!
Ojalá éste se cure
para que comprenda la cabecita.

»Es un cerdo, un puro cerdo, ¡pero los versos le han salido festivos, al canalla! Y realmente ha incluido la preocupación «cívica». ¡Pero cómo se enfureció cuando le echaron! ¡Rechinaba los dientes!

–Ya se ha vengado –dijo Aliosha–. Ha escrito una gacetilla acerca de Jojlakova.

Y Aliosha le contó en pocas palabras lo relativo a la gacetilla aparecida en el periódico *Rumores*.

–¡Ha sido él, ha sido él! –confirmó Mitia, frunciendo las cejas–. ¡Ha sido él! Estas crónicas... ya lo sé... quiero decir, ¡cuántas bajezas no se han escrito ya acerca de Grusha, por ejemplo!... Y de la otra también, de Katia... ¡Hum!

Se puso a caminar por la estancia, preocupado.

–Hermano, no puedo quedarme mucho rato –dijo Aliosha, después de unos momentos de silencio–. Mañana será un día terrible y memorable para ti: se cumplirá sobre ti el juicio de Dios... y no salgo de mi asombro; en vez de ir al grano, me hablas sabe Dios de qué...

–No, no te sorprendas –le interrumpió con vehemencia Mitia–. ¿Quisieras que tratara de ese hediondo Smerdiakov, quizá? ¿Del asesino? Contigo ya hemos hablado bastante de ello. ¡No quiero tratar más del hediondo Smerdiakov, hijo de la hedionda Smerdiáschaia! A él le matará Dios, ya verás, ¡y deja esto!

Se acercó agitado a Aliosha y de pronto le besó. Le resplandecían los ojos.

–Rakitin no lo comprendería –empezó a decir casi como en éxtasis–, pero tú sí, tú lo comprenderás todo. Por esto anhelaba que vinieras. Verás, hace tiempo que deseaba contarte muchas cosas aquí, entre estas desconchadas paredes, pero callaba sobre lo más importante: era como si no hubiera llegado aún el momento propicio. He esperado hasta ahora, hasta el último plazo, para abrirte mi alma. Hermano, durante estos dos últimos meses he percibido en mí un nuevo hombre, ¡ha resucitado en mí un hombre nuevo! Estaba encerrado en mí, pero jamás habría aparecido de no haber retumbado ese trueno. ¡Es pavoroso! No temo en absoluto el haber de pasarme veinte años arrancando mineral de la mina con un pico, no; lo que ahora me asusta es otra cosa: ¡que no se aleje de mí el hombre resucitado! También allí, en las minas, bajo tierra, es posible encontrar en el presidiario y asesino que tengas al lado un corazón humano y establecer lazos de amistad con él, porque ¡también allí es posible vivir, amar y sufrir! Es posible hacer renacer y resucitar en ese presidiario el corazón yerto, es posible cuidarlo años enteros y hacer salir, al fin, del antro a la luz un alma ya elevada, una conciencia sufriente, ¡es posible hacer renacer un ángel, resucitar un héroe! Y el caso es que son muchos, centenares, y todos nosotros somos culpables por ellos. ¿Por qué soñé yo, entonces, con el «angelito», en un momento semejante? «¿Por qué es pobre el angelito?» ¡Aquello fue para mí como una profecía! E iré por el «angelito». Porque todos somos culpables por todos. Por todos los «angelitos», porque hay niños pequeños y niños grandes. Todos son «angelitos». Yo iré por todos, porque es necesario que alguien vaya por todos. Yo no he matado a nuestro padre, pero he de ir al sacrificio. ¡Lo acepto! Todo esto lo he comprendido aquí... mira, entre estas paredes desconchadas. Y el hecho es que hay muchos, centenares, bajo tierra con el pico en la mano. Oh, sí, estaremos cargados de cadenas, no tendremos libertad, pero entonces, en medio de nuestra inmensa amargura, volvere-

mos a resucitar en la alegría sin la cual el ser humano no puede vivir, ni puede Dios existir, pues Dios da la alegría, es su gran privilegio... Señor, ¡que se consuma el hombre en la plegaria! ¿Cómo podría yo vivir bajo tierra, sin Dios? Rakitin miente: ¡si arrojan a Dios de la tierra, bajo tierra lo encontraremos nosotros! Al presidiario le es imposible vivir sin Dios, ¡le es más imposible aún que a quien no es presidiario! Entonces nosotros, hombres de bajo tierra, desde las entrañas de ella, elevaremos un trágico himno a Dios, fuente de la alegría. ¡Gloria a Dios y a su alegría! ¡Lo amo!

Al pronunciar su extraño discurso, Mitia casi se sofocaba. Palideció, le temblaban los labios, las lágrimas le manaban de los ojos.

–No, todo está colmado de vida, ¡hay vida hasta bajo tierra! –prosiguió–. ¡No puedes imaginarte, Alexéi, cómo quiero ahora vivir, qué ansia de existir y de comprender se ha apoderado de mí, precisamente entre estas paredes desconchadas! Rakitin no lo comprende, él lo único que desea es edificarse una casa y meter en ella inquilinos, pero yo te esperaba a ti. Además, ¿qué es el sufrimiento? No lo temo, aunque sea inmenso. Ahora no lo temo, antes lo temía. ¿Sabes?, es posible que me niegue a responder en el juicio... Y me parece que es tanta la fuerza de esta clase que ahora se da en mí, que lo sobrellevaré todo, todos los sufrimientos, sólo para poderme decir y repetir a cada momento: «Soy; sufriendo miles de tormentos, soy; retorciéndome en la tortura, ¡pero soy! Estaré atado a la picota, pero existiré, veré el sol y, si no lo veo, sabré que existe». Saber que el sol existe ya es toda la vida. Aliosha, mi querubín, me matan diversas filosofías, ¡el diablo las confunda! Nuestro hermano Iván...

–¿Qué pasa con nuestro hermano Iván? –le interrumpió Aliosha, pero Mitia no le oyó.

–Verás, antes no tenía yo ninguna de estas dudas, pero todo ello se escondía en mi interior. Quizá, precisamente, porque se agitaban en mi interior ideas desconocidas, me

emborrachaba, me peleaba y me enfurecía. Me peleaba para ahogarlas en mí, para sujetarlas, para aplastarlas. Nuestro hermano Iván no es Rakitin, esconde en sí una idea. Nuestro hermano Iván es una esfinge y calla, siempre calla. Y a mí, Dios me atormenta. Esto es lo único que me atormenta. ¿Y si resulta que no existe? ¿Y si Rakitin tiene razón al afirmar que se trata de una idea artificial de la humanidad? En este caso, si Dios no existe, el hombre es el señor de la tierra, del universo. ¡Magnífico! Pero ¿cómo será virtuoso sin Dios? ¡Ésta es la cuestión! Siempre vuelvo a lo mismo. Pues, ¿a quién amará, en este caso, el hombre? ¿A quién manifestará su agradecimiento, a quién elevará un himno? Rakitin se ríe. Rakitin dice que es posible amar la humanidad aunque no exista Dios. Bueno, ese títere mocoso puede afirmarlo así, pero yo no lo puedo comprender. A Rakitin le es fácil vivir: «Vale más que te preocupes (me decía hoy) de que se amplíen los derechos civiles del hombre o de que no suban los precios de la carne; de este modo, tu amor por la humanidad resultará más comprensible y más próximo que por medio de filosofías». Yo le he respondido: «Sin Dios, tú mismo cargarás la mano sobre el precio de la carne, si la ocasión se te presenta, y te ganarás un rublo por kópek». Se ha enojado. Pues ¿qué es la virtud? Respóndeme tú, Alexéi. Para mí es una cosa, para un chino es otra; se trata, pues, de una cosa relativa. ¿O no es así? ¿No es relativa? ¡Capcioso problema! No te reirás si digo que me he pasado dos noches sin dormir, pensando en ello. Ahora me asombro de que la gente viva en el mundo sin pensar para nada en esa cuestión. ¡Vanidad! Iván no cree en Dios. Él cree en una idea. Esto sobrepasa mis dimensiones. Pero él calla. Yo me figuro que es masón. Le he interrogado, él calla. Yo quería beber agua de su manantial, pero se calla. Sólo una vez ha soltado una palabrita.

–¿Qué te ha dicho? –se apresuró a inquirir Aliosha.

–Yo le pregunté: «Así, pues, todo está permitido, ¿no?». Él frunció el ceño: «Fiódor Pávlovich, nuestro padre (respon-

de) era un cochino, pero razonaba acertadamente». Es lo único que me ha dicho. Nada más. Esto ya queda más claro que en el caso de Rakitin.

–Sí –asintió Aliosha con amargura–. ¿Cuándo ha venido a verte?

–De esto hablaremos más tarde, ahora quiero decirte otra cosa. Hasta hoy, casi no te he hablado de Iván. Lo he ido dejando para el final. Cuando aquí se termine ese asunto mío y den a conocer la sentencia, entonces te contaré alguna cosa, te lo contaré todo. Hay una cuestión terrible... Y en esa cuestión tú vas a ser mi juez. Pero ahora no empieces a preguntar sobre todo eso; ahora, punto en boca. Me hablabas de lo de mañana, del juicio; pues no sé nada, ¿querrás creerlo?

–¿Has hablado con ese abogado?

–¡Bah, el abogado! Se lo he contado todo. Es un granuja fino, de la capital. ¡Un Bernard! Sólo que no cree ni una palabra de lo que le digo. Cree que yo he matado, figúrate, se lo conozco. «Entonces, ¿por qué ha venido usted para defenderme?», le he preguntado. Poco me importa esa gentuza. También han hecho venir a un doctor, quieren hacerme pasar por loco. ¡No lo permitiré! Katerina Ivánovna quiere cumplir «su deber» hasta el fin. ¡Su esfuerzo le cuesta! –Mitia se sonrió amargamente–. ¡Es una gata! ¡Es dura de corazón! Sabe muy bien lo que dije yo entonces de ella en Mókroie, que es una mujer «de gran cólera». Se lo contaron. ¡Sí, las declaraciones se han multiplicado como las arenas de la mar! Grigori se mantiene en sus trece. Es un hombre honrado, pero tonto. Hay muchas personas honradas gracias a que son tontas. Ésta es una idea de Rakitin. Grigori es enemigo mío. Hay personas a las que es preferible tenerlas entre los enemigos que entre los amigos. Lo digo por Katerina Ivánovna. ¡Me temo, oh sí, me temo que en el juicio cuente lo de su reverencia hasta el suelo después de que le entregué los cuatro mil quinientos rublos! Querrá saldar la cuenta hasta el fin, hasta el último cuadrante. ¡Yo no quiero su sacrificio!

¡Me avergonzará ante el tribunal! ¿Cómo voy poderlo soportar? Vete a verla, Aliosha, pídele que no lo cuente en el juicio. ¿O no es posible? Al diablo, da lo mismo, ¡lo soportaré! Por ella no siento pena. Ella misma lo quiere. Quien la hace la paga como merece. Yo, Alexéi, soltaré mi discurso. –Mitia volvió a sonreírse con amargura–. Sólo que... sólo que está Grusha, Grusha, ¡oh, Señor! ¡Por qué toma ella sobre sí, ahora, un suplicio semejante! –exclamó de pronto, con lágrimas en los ojos–. Lo que me mata es Grusha, la idea de Grusha me mata, ¡me mata! Hoy ha venido a verme...

–Me lo ha contado. La has disgustado muchísimo.

–Lo sé. Que el diablo se me lleve por mi mal carácter. ¡Me he sentido celoso! Al despedirla, me he arrepentido, la he besado. Pero no le he pedido perdón.

–¿Por qué no se lo has pedido? –exclamó Aliosha.

Mitia se rió casi alegremente.

–¡Dios te libre, mi buen muchacho, de pedir perdón alguna vez a la mujer amada por haber cometido una falta! ¡No lo pidas sobre todo a la mujer amada, sobre todo a ella, por grande que sea tu culpa! Porque el diablo sabe lo que la mujer es, hermano, te lo digo yo que por lo menos en eso de mujeres entiendo algo. Intenta confesar tu culpa ante ella; «la culpa es mía, dirás, perdona, dispensa». ¡Verás entonces la de reproches que se te vendrán encima! Por nada del mundo te perdonará franca y sencillamente; te humillará hasta dejarte como un trapo, todo saldrá a relucir, hasta lo que no ha habido; no olvidará nada, añadirá algo de su cosecha y sólo después perdonará. ¡Y esto si es la mejor, la mejor de todas ellas! ¡Recogerá las últimas trizas y todo lo pondrá sobre tu cabeza!, ¡tal es la ferocidad que en ellas anida, te lo digo yo, en todas ellas, en esos ángeles sin los cuales nosotros no podemos vivir! Verás, hermano mío, te lo diré sinceramente sin complicaciones: todo hombre decente ha de estar bajo el zapato de una mujer. Tal es mi convicción; no es una convicción, sino un sentimiento. El hombre ha de ser

generoso, y eso no le mancha. No mancha ni siquiera al héroe, ¡ni a un César! Pero con todo, no pidas perdón nunca ni por nada. Recuerda esta regla que te da tu hermano Mitia, a quien las mujeres han llevado a la perdición. No, mejor será que desagravie a Grusha de alguna otra manera, pero sin pedirle perdón. ¡Yo la venero, Alexéi, la venero! Sólo que ella no lo ve, no; todo le parece poco amor. Y me atormenta, me atormenta con amor. ¡Lo de antes no se puede ni comparar! Antes me atormentaban sólo las sinuosidades infernales, pero ahora he acogido toda su alma en la mía y gracias a ella me he convertido en hombre. ¿Nos casarán? Si no, me moriré de celos. Todos los días sueño algo en este sentido... ¿Qué te ha dicho de mí?

Aliosha le repitió lo que Grúshenka le había dicho hacía poco. Mitia le escuchó con mucha atención, le pidió numerosas aclaraciones y se quedó satisfecho.

–Así no se enfada de que esté celoso –exclamó–. ¡Ahí tienes a la mujer! «Yo misma soy dura de corazón.» Oh, me gustan las que son así, duras de corazón, aunque no puedo soportar que me vengan con celos, ¡no lo puedo soportar! Nos pelearemos. Pero lo que es amarla la amaré infinitamente. ¿Nos casarán? ¿Casan a los presidiarios? Ésta es la cuestión. Y sin ella no puedo vivir...

Mitia dio unos pasos por la estancia con las cejas fruncidas. Casi había oscurecido. De pronto se quedó terriblemente preocupado.

–¿Dice que hay un secreto, algo secreto? ¿Que los tres hemos tramado una conspiración contra ella y que «Katka», dice ella, está en el ajo? No, hermanita Grúshenka, no es esto. ¡En esto has metido la pata, has metido tontamente la pata, como mujer que eres! ¡Aliosha, hermano del alma, qué le vamos a hacer! ¡Te voy a descubrir nuestro secreto!

Miró hacia todos los lados, se aproximó rápidamente a Aliosha, que estaba de pie ante él, y se le puso a cuchichear con aire de misterio, aunque en realidad nadie podía oírle: el

viejo guarda dormitaba en un ángulo, sentado en un banco, y hasta los soldados de la guardia no llegaba ni una palabra.

–¡Te revelaré todo nuestro secreto! –susurró Mitia apresuradamente–. Quería revelártelo después, porque ¿acaso puedo decidir nada sin ti? Tú para mí lo eres todo. Aunque diga que Iván está por encima de nosotros, tú para mí eres un querubín. Sólo tu decisión importa. Quizás eres tú el hombre superior, y no Iván. Verás, se trata de una cuestión de conciencia, de una cuestión de alta conciencia; el secreto es tan importante que yo no podré con él y todo lo aplazaba hasta hablar contigo. De todos modos, ahora es pronto para resolver, ya que es necesario esperar la condena: cuando se haya dictado la sentencia, entonces tú decidirás de mi destino. Ahora no decidas; te lo voy a decir, me vas a escuchar, pero no decidas. Espera y calla. No te lo voy a descubrir todo. Sólo te contaré la idea, sin entrar en detalles, pero tú calla. ¡Ni una pregunta, ni un movimiento! ¿De acuerdo? Aunque, ¡Señor!, ¿qué voy a hacer yo con tus ojos? Me temo que tus ojos me dirán lo que resuelvas, aunque te calles. ¡Oh, qué miedo tengo! Escucha, Aliosha: nuestro hermano Iván me propone *huir.* No te diré los detalles: todo está previsto, todo puede arreglarse. Calla, no decidas. Huir a América, con Grusha. ¡Sin Grusha no puedo vivir! ¿Y si no dejan que se reúna conmigo allí? ¿Casan a los presidiarios? Nuestro hermano Iván dice que no. Y sin Grusha, ¿qué hago yo bajo tierra con mi pico de minero? ¡Sólo me servirá para abrirme la cabeza! Mas, por otra parte, ¿y la conciencia? ¡Habré huido del sufrimiento! Habrá habido una indicación y la habré rechazado, habrá habido un camino de purificación y habré dado media vuelta a la izquierda. Iván dice que en América, «con buenas inclinaciones», es posible llegar a ser más útil que bajo tierra. Bien, pero ¿dónde va a alzarse nuestro himno subterráneo? América, qué; ¡América es la vuelta a las vanidades! Y me figuro que granujería debe de haber también mucha en América. ¡Habré huido de la crucifixión! Por esto

te digo, Alexéi, que tú eres el único que puede comprenderlo, nadie más; para los otros, todo cuanto te he dicho acerca del himno es una estupidez, una locura. Dirán que me han sorbido los sesos o que soy un imbécil. Y yo, ni me he vuelto loco ni soy un imbécil. Iván también comprende lo del himno, sí, lo comprende, pero a esto no responde nada, se calla. No cree en el himno. No hables, no hables: ya veo cómo miras, ¡ya has decidido! No decidas, ten compasión de mí, yo no puedo vivir sin Grusha, ¡espera que se dicte la sentencia!

Mitia acabó como exaltado. Tenía agarrado a Aliosha por los hombros, con las dos manos, y se lo quedó mirando a los ojos con una mirada anhelante, inflamada.

–¿Los casan a los presidiarios? –repitió por tercera vez y con voz suplicante.

Aliosha le había escuchado enormemente sorprendido, muy impresionado.

–Dime una cosa –articuló–: ¿insiste mucho Iván? ¿Y a quién se le ha ocurrido la idea por primera vez?

–A él, ¡es él quien ha tenido la idea, es él quien insiste! No venía a verme nunca, hasta que hará cosa de una semana se me presentó de improviso y empezó sin más con eso. Insiste terriblemente. No me lo pide, me lo ordena. No duda de que le obedeceré, aunque le he abierto el fondo de mi corazón, como a ti, y le he hablado del himno. Me ha explicado cómo lo organiza, ha recogido todos los informes necesarios, pero de esto te hablaré después. Lo desea hasta de una manera histérica. Sobre todo, el dinero: «Diez mil rublos, dice, para que huyas, y veinte mil para América; con diez mil rublos, dice, organizaremos una evasión admirable».

–¿Y te ha mandado que no me lo comunicaras por nada del mundo? –inquirió de nuevo Aliosha.

–Que no lo diga a nadie, y, sobre todo, que no te lo diga a ti: ¡a ti, por nada del mundo! Tiene miedo, sin duda, de que te presentes ante mí como mi propia conciencia. No le digas que te lo he contado. ¡Oh, no se lo digas!

–Tienes razón –contestó Aliosha–, es imposible decidir antes de que el tribunal dicte sentencia. Después del juicio, tú mismo decidirás; entonces encontrarás en ti a un hombre nuevo y él decidirá.

–¡A un nuevo hombre o a un Bernard, que decidirá a lo Bernard! Porque, según parece, yo mismo soy un despreciable Bernard –concluyó Mitia, con una sonrisa amarga.

–¿Pero es posible, hermano, es posible que hayas perdido toda esperanza de justificarte?

Mitia alzó con brusquedad los hombros y movió la cabeza negativamente.

–¡Aliosha, hermano del alma, ya es la hora para ti! –dijo de pronto, apresurándose–. El inspector acaba de gritar en el patio, en seguida vendrá aquí. Ya no es hora para vernos, alteramos el orden.. Abrázame, date prisa, bésame, hazme la señal de la cruz, hermano del alma, hazme la señal de la cruz para la cruz de mañana...

Se abrazaron y se besaron.

–Iván –articuló de pronto Mitia– me ha propuesto huir, ¡pero él mismo cree que yo he matado!

Una triste sonrisa se le dibujó en los labios.

–¿Le has preguntado si lo cree o no? –inquirió Aliosha.

–No, no se lo he preguntado. Quería hacerlo, pero no pude, me faltaron fuerzas. Pero qué más da, se lo noté en los ojos. ¡Bueno, adiós!

Volvieron a besarse apresuradamente, y Aliosha ya se iba cuando Mitia le llamó otra vez de improviso:

–Ponte delante de mí, así.

Otra vez agarró a Aliosha de los hombros, con ambas manos, con fuerza. El rostro le quedó totalmente pálido, de modo que hasta resultaba espantoso observarlo casi en la oscuridad. Se le contrajeron los labios, la mirada se le hundió en los ojos de su hermano.

–Aliosha, dime toda la verdad, como ante Dios Nuestro Señor: ¿crees que yo he matado, o no lo crees? Tú, sí, tú, ¿lo

crees o no? ¡Quiero la verdad completa, no mientas! –le gritó frenéticamente.

Aliosha tuvo la impresión de que se tambaleaba y sintió como si algo afilado le atravesara el corazón.

–¡Vamos, qué se te ocurre!... –balbuceó como desconcertado.

–¡Toda la verdad, toda, no mientas! –repitió Mitia.

–Ni un solo instante he creído que tú seas un asesino –exclamó Aliosha con una voz temblorosa que le salió de lo más hondo del pecho, y levantó la mano derecha como invocando a Dios para que fuera testigo de sus palabras.

Una expresión de bienaventuranza iluminó instantáneamente el rostro de Mitia.

–¡Te lo agradezco! –articuló con lentitud, como si exhalara un suspiro después de un desvanecimiento–. Me has resucitado... ¿Lo creerás? Hasta ahora tenía miedo de preguntártelo, ¡de preguntártelo a ti, a ti! Bien, vete, vete. Me has dado fuerzas para mañana, ¡que Dios te bendiga! Bueno, sal, ¡ama a Iván! –exclamó como última despedida.

Aliosha salió sin poder contener las lágrimas. Una suspicacia tan enorme en Mitia, un grado tal de desconfianza incluso hacia él, hacia Aliosha, le descubrían de pronto un abismo tan profundo de amargura sin remedio y de desesperación en el alma de su infeliz hermano, que antes ni había sospechado. Una compasión profunda, infinita, se apoderó de él y le torturó instantáneamente. El corazón, lacerado, le dolía de manera espantosa. «¡Ama a Iván!», recordó de pronto estas palabras que acababa de decirle Mitia. Iba precisamente a ver a Iván. Iván le preocupaba no menos que Mitia, y ahora, después de su entrevista con este último, más que nunca.

5. ¡No eres tú, no eres tú!

Para ir a casa de Iván, tuvo que pasar por delante de la de Katerina Ivánovna. Se veía luz en las ventanas. De pronto se detuvo y decidió entrar. Hacía más de una semana que no veía a la joven. Pero en aquel momento le vino la idea de que Iván quizá se encontraba en casa de ella, sobre todo en vísperas de un día tan trascendental. Después de llamar tirando del cordón de la campanilla, al subir la escalera débilmente iluminada por un farol chino, vio que descendía por ella un hombre en el que reconoció a su hermano al llegar a su altura. Así, pues, éste salía ya de visitar a Katerina Ivánovna.

–Ah, sólo eres tú –dijo secamente Iván Fiódorovich–. Bueno, adiós. ¿Vas a verla?

–Sí.

–No te lo aconsejo, está «agitada» y tú la desazonarás más aún.

–¡No, no! –gritó una voz arriba, desde la puerta que en aquel momento se había abierto–. Alexéi Fiódorovich, ¿viene usted de verle?

–Sí, he estado con él.

–¿Le ha mandado a decirme alguna cosa? Entre, Aliosha; y usted también, Iván Fiódorovich, venga otra vez sin falta, sin falta. ¡Me oye!

En la voz de Katia resonaba una nota tan imperiosa que Iván Fiódorovich, después de unos momentos de indecisión, se decidió a subir otra vez junto con Aliosha.

–¡Nos ha estado escuchando! –musitó irritado como para sus adentros.

Pero Aliosha le oyó.

–Permítame que no me quite el abrigo –dijo Iván Fiódorovich, entrando en la sala–. No me voy a sentar. No me quedaré más que un minuto.

–Siéntese, Alexéi Fiódorovich –indicó Katerina Ivánovna quedándose de pie.

Había cambiado poco en ese tiempo, pero los ojos oscuros resplandecían con un fulgor maligno. Aliosha recordó, más tarde, que ella le había parecido extraordinariamente hermosa en aquel momento.

–¿Qué le ha encargado transmitirme?

–Sólo una cosa –respondió Aliosha, mirándola directamente a la cara–; que tenga compasión de sí misma y que no declare nada en el juicio acerca... –se turbó un poco– de lo que hubo entre ustedes... durante su primera entrevista, en aquella ciudad...

–¡Ah, sobre lo de la reverencia hasta el suelo por aquel dinero! –le interrumpió, riendo amargamente–. Bueno, por quién tiene miedo, ¿por mí, o por él? Ha dicho que tenga compasión, ¿pero de quién? ¿De él o de mí? Hable, Alexéi Fiódorovich.

Aliosha la miraba fijamente, esforzándose por comprenderla.

–De usted y de él –replicó con dulce voz.

–Ah, ya –dijo ella lenta y malignamente, ruborizándose de súbito–. Usted todavía no me conoce, Alexéi Fiódorovich –prosiguió en tono amenazador–, ni yo me conozco todavía. Es posible que después del interrogatorio de mañana sienta usted deseos de pisotearme.

–Usted declarará honradamente –repuso Aliosha–, es lo único que hace falta.

–La mujer a menudo no es honrada –rechinó ella–. Hace una hora aún pensaba que sería para mí espantoso acercarme a ese monstruo... como si se tratara de un reptil... pero no, ¡para mí, aún es un hombre! Además, ¿ha matado él? ¿Ha sido él quien ha matado? –exclamó de pronto, como histérica, dirigiéndose rápidamente hacia Iván Fiódorovich.

Aliosha comprendió al instante que ella había formulado la misma pregunta a Iván un momento antes de su llegada, no por primera, sino por centésima vez, por lo que habían terminado riñendo.

–He ido a ver a Smerdiakov... Has sido tú, tú, quien me ha hecho creer que Mitia es un parricida. ¡Sólo te he creído a ti! –prosiguió ella, dirigiéndose a Iván Fiódorovich.

Éste se sonrió como a la fuerza. Aliosha se sobresaltó al oír aquel *tú*. No podía ni sospechar que hubiera entre ellos tales relaciones.

–Bueno, basta –cortó Iván–. Me voy. Volveré mañana.

En seguida dio media vuelta, salió de la estancia y se dirigió directamente hacia la escalera. Katerina Ivánovna, de pronto, con un gesto imperioso, agarró a Aliosha por ambas manos.

–¡Sígale! ¡Alcáncele! No le deje solo ni un minuto –le susurró rápidamente–. Está loco. ¿No sabía que se ha vuelto loco? Tiene fiebre, ¡fiebre nerviosa! Me lo ha dicho el doctor, vaya, corra tras él...

Aliosha se precipitó tras Iván Fiódorovich, quien no había tenido tiempo de alejarse ni cincuenta pasos.

–¿Qué quieres? –preguntó, volviéndose bruscamente hacia Aliosha al ver que éste le daba alcance–. Te ha mandado correr tras de mí porque estoy loco. Me lo sé de memoria –añadió con irritación.

–Desde luego, se equivoca, pero tiene razón al decir que estás enfermo –repuso Aliosha–. Me he fijado en tu rostro: tienes aspecto de enfermo, ¡muy enfermo, Iván!

Iván caminaba sin detenerse. Aliosha le seguía.

–¿Sabes tú, Alexéi Fiódorovich, cómo uno se vuelve loco? –preguntó Iván con una voz repentinamente sosegada, sin sombra de irritación, en la que se percibía la curiosidad más ingenua.

–No, no lo sé; supongo que hay muchas clases de locura.

–¿Y puede uno mismo observar que se vuelve loco?

–Me parece que en este caso es imposible observarse y verse con claridad –respondió sorprendido Aliosha.

Iván guardó medio minuto de silencio.

–Si quieres hablar conmigo de alguna cosa, haz el favor de cambiar de tema –dijo de pronto.

–Toma, para que no se me olvide, tengo una carta para ti –articuló tímidamente Aliosha y le tendió la carta de Lisa, que se había sacado del bolsillo.

Se encontraban, precisamente, junto a un farol. Iván reconoció en seguida la letra.

–¡Ah, es de aquel diablillo! –se sonrió malignamente, sin abrir el sobre rompió la carta en varios trozos y los arrojó al viento. Los fragmentos de papel se dispersaron–. ¡No tiene aún dieciséis años, según creo, y ya se ofrece! –manifestó desdeñosamente, reemprendiendo la marcha.

–¿Cómo, se ofrece? –exclamó Aliosha.

–Ya se sabe, como se ofrecen las mujeres depravadas.

–¡Qué dices, Iván, qué dices! –protestó Aliosha amarga y vivamente–. ¡Es una criatura, estás ofendiendo a una criatura! Está enferma, está muy enferma, quizás ella también se vuelva loca... Yo no podía negarme a transmitirte su carta... Al contrarió, lo que yo esperaba era oír de ti algo... Para salvarla.

–De mí nada tienes que oír. Si es una criatura, no soy yo su niñera. Calla, Alexéi. No prosigas. Yo en esto ni siquiera pienso.

Volvieron a guardar silencio cosa de un minuto.

–Ella se pasará ahora la noche entera rezando a la Santa Virgen para que le indique cómo ha de conducirse mañana en el juicio –dijo de pronto Iván, volviendo a hablar en tono brusco y dañino.

–¿Te refieres... a Katerina Ivánovna?

–Sí. ¿Debe presentarse como salvadora de Mitia, o ha de perderle? Rezará pensando en esto, para que se le ilumine el alma. ¿Comprendes? Aún no lo sabe, no ha tenido tiempo de prepararse. También me toma por niñera, ¡quiere que la acune!

–Katerina Ivánovna te ama, hermano –repuso Aliosha con un sentimiento de tristeza.

–Es posible. Pero a mí no me interesa.

–Ella sufre. ¿Por qué le dices... a veces... palabras que le infunden esperanza? –prosiguió Aliosha con tímida reconvención–. Yo sé que le has dado esperanzas, perdona que te hable de este modo –añadió.

–En estas circunstancias no puedo actuar como sería necesario, romper con ella y decírselo sin remilgos –replicó Iván, irritado–. Es necesario esperar a que se haya condenado al asesino. Si rompiera ahora, mañana, por vengarse de mí, ella perdería a ese miserable en el juicio, pues le odia; y sabe que le odia. En eso todo es mentira, ¡mentira sobre mentira! Ahora, en cambio, mientras yo no le haya hecho perder todas las esperanzas, no se decidirá a hundir a ese monstruo, sabiendo cómo quiero yo sacarle de la desgracia. ¡Cuándo se dictará esa maldita sentencia!

Las palabras «asesino» y «monstruo» resonaron dolorosamente en el corazón de Aliosha.

–¿Pero cómo podría perder a nuestro hermano? –preguntó Aliosha, reflexionando en las palabras de Iván–. ¿Qué puede ella declarar de fatal para Mitia?

–Tú aún no lo sabes. Ella tiene en sus manos un documento escrito de puño y letra de Mitia que es una prueba matemática de que él ha matado a Fiódor Pávlovich.

–¡No puede ser! –exclamó Aliosha.

–¿No? Yo mismo lo he leído.

–¡No es posible que exista un documento semejante! –repitió con vehemencia Aliosha–. No puede ser, porque el asesino no es él. ¡No ha sido él quien ha matado a nuestro padre! ¡No es él!

Iván Fiódorovich se detuvo de pronto.

–¿Quién es el asesino, pues, según usted? –preguntó fríamente, y en el tono de su pregunta resonó hasta una cierta nota de altanería.

–Tú lo sabes –respondió Aliosha, de manera sosegada y penetrante.

–¿Quién? ¿Te refieres a esa fábula del epiléptico idiota y loco? ¿Te refieres a Smerdiakov?

Aliosha sintió de pronto que todo el cuerpo le temblaba.

–Tú lo sabes –dijo como a pesar suyo, sin fuerza. Se sofocaba.

–¿Pero quién, quién? –gritó Iván, ya casi rabioso. Había perdido todo dominio de sí mismo.

–Yo sólo sé una cosa –prosiguió Aliosha, casi con el mismo balbuceo–. *No eres tú* quien ha matado a nuestro padre.

–¡«No eres tú»! ¿Qué significa este «no eres tú»? –Iván se quedó petrificado.

–No eres tú quien ha matado a nuestro padre, ¡no eres tú! –repitió con firmeza Aliosha.

Hubo medio minuto de silencio.

–Ya sé sin que me lo digas que no soy yo, ¿estás delirando? –replicó Iván, sonriendo con una sonrisa pálida y forzada. Clavó su mirada en los ojos de Aliosha. De nuevo se encontraban los dos junto a un farol.

–Sí, Iván; varias veces te has dicho a ti mismo que el asesino eres tú.

–¿Cuándo lo he dicho?... Yo estaba en Moscú... ¿Cuándo lo he dicho? –balbuceó Iván completamente desconcertado.

–Te lo has dicho muchas veces cuando estabas a solas durante estos dos meses terribles –prosiguió Aliosha, con el mismo sosiego y con nitidez. Pero hablaba ya como si no fuera él quien hablase, como a pesar de su voluntad, subordinándose a un mandato impreciso–. Te has acusado y te has confesado de que nadie es el asesino, sino tú. Pero no has matado tú, tú te equivocas, no eres tú el asesino, ¿me oyes?, ¡no eres tú! Dios me ha mandado a mí a decírtelo.

Se callaron. Aquel silencio se prolongó durante todo un largo minuto. Los dos estaban de pie y se miraban mutuamente a los ojos. Los dos estaban pálidos. De pronto Iván se estremeció y agarró a Aliosha con fuerza por un hombro.

–¡Estabas en mi casa! –articuló con rechinar de dientes, en voz baja–. Estabas en mi casa por la noche, cuando él vino... Confiésalo... le has visto, le has visto, ¿no?

–A quién te refieres... ¿a Mitia? –preguntó estupefacto Aliosha.

–No me refiero a él, ¡a la porra ese monstruo! –vociferó furioso Iván–. ¿Acaso sabes que él viene a verme? Cómo lo has sabido, ¡habla!

–¿Quién es *él?* No sé a quién te refieres –musitó Aliosha, ya asustado.

–Sí, lo sabes... De otro modo, ¿cómo habrías...? No es posible que no sepas...

De pronto pareció que se dominaba. Estaba parado y como si meditara algo. Una extraña sonrisa le contraía los labios.

–Hermano –prosiguió Aliosha con temblorosa voz–, te lo he dicho porque crees en mi palabra, lo sé. Te he dicho estas palabras para toda la vida: *¡no eres tú!* ¿Lo oyes? Te lo he dicho para toda la vida. Dios me ha movido el alma al decírtelo, aunque desde este momento me odies para siempre...

Mas Iván Fiódorovich, por lo visto, ya había logrado dominarse.

–Alexéi Fiódorovich –dijo con fría y burlona sonrisa–, no puedo sufrir a los profetas ni a los epilépticos; y menos aún a los enviados de Dios, esto lo sabe usted muy bien. Desde este momento rompo con usted, creo que para siempre. Le ruego me deje ahora mismo en esta encrucijada. Por esa callejuela puede usted ir a su casa. ¡Guárdese sobre todo de ir a verme hoy! ¿Me oye?

Dio media vuelta y, con paso firme, reemprendió el camino sin mirar hacia atrás.

–Hermano –le gritó Aliosha viéndole alejarse–, ¡si algo te ocurriera hoy, piensa ante todo en mí!...

Pero Iván no le respondió. Aliosha no se movió de la encrucijada, junto al farol, mientras su hermano no hubo de-

saparecido por completo en las tinieblas. Luego se volvió y por la callejuela se dirigió lentamente hacia su casa. Tanto él como Iván Fiódorovich se habían alojado aparte, en viviendas distintas: ninguno de los dos quería vivir en la desierta casa de Fiódor Pávlovich. Aliosha había alquilado una habitación amueblada a una familia de menestrales; Iván Fiódorovich vivía bastante lejos de su hermano, ocupaba un aposento espacioso y confortable en el pabellón de una buena casa que pertenecía a una mujer bastante acomodada, viuda de un funcionario. Pero a su servicio y para todo el pabellón no tenía más que a una vieja, muy vieja, completamente sorda, aquejada de dolores reumáticos, que se acostaba a las seis de la tarde y se levantaba a las seis de la mañana. En esos dos meses, Iván Fiódorovich se había vuelto muy poco exigente, hasta un extremo que causaba extrañeza, y se complacía en quedarse totalmente solo. Incluso él mismo arreglaba la habitación que ocupaba y raras veces entraba en las otras piezas de su aposento. Llegado al portal de su casa y con la mano ya en el cordón de la campanilla, se detuvo. Sentía que el cuerpo le temblaba aún con un temblor colérico. De pronto soltó el cordón, escupió, dio media vuelta y echó a andar otra vez con paso rápido hacia el extremo completamente opuesto de la ciudad, a unas dos verstas de su vivienda, hacia una diminuta y ladeada casita de troncos en la que vivía Maria Kondrátievna, la ex vecina de Fiódor Pávlovich, a cuya cocina iba a buscar sopa; entonces, Smerdiakov le cantaba sus canciones y le tocaba la guitarra. Maria Kondrátievna había vendido su anterior casa y había pasado a vivir con su madre en una especie de isba; allí, en su casa, se había instalado Smerdiakov, enfermo, casi moribundo, después de la muerte de Fiódor Pávlovich. A verle a él iba ahora Iván Fiódorovich, impulsado por una consideración repentina e invencible.

6. Primera entrevista con Smerdiakov

Era ya la tercera vez que, de vuelta de Moscú, iba Iván Fiódorovich a hablar con Smerdiakov. Le había visto y había conversado con él inmediatamente, el mismo día de su llegada, después de la catástrofe, y le había vuelto a visitar unas dos semanas más tarde. Pero había dejado de ir a verle después de esta segunda entrevista, hacía ya más de un mes que no le veía y que casi nada había oído decir de él. Iván Fiódorovich había regresado de Moscú sólo al quinto día de la muerte de su padre, de modo que ni pudo ver el féretro: la inhumación había tenido lugar precisamente la víspera de su llegada. La causa de su retraso consistía en que Aliosha, no conociendo con exactitud la dirección de Iván en Moscú, había recurrido a Katerina Ivánovna para enviar el telegrama, y ésta, ignorando también la verdadera dirección, telegrafió a su hermana y a su tía, convencida de que Iván Fiódorovich, no bien llegara a Moscú, las visitaría. Pero Iván no fue a verlas hasta el cuarto día; desde luego, en seguida que hubo leído el telegrama, regresó volando a nuestra ciudad. Aquí, con quien primero habló fue con Aliosha y se quedó muy sorprendido de que éste no quisiera ni sospechar de Mitia y señalara directamente a Smerdiakov como el asesino, lo cual chocaba con la opinión de toda la otra gente de la ciudad. Luego, después de haber hablado con el jefe de policía y con el fiscal, en conocimiento ya de los detalles de la acusación y del arresto, se sorprendió más aún de Aliosha y atribuyó esta opinión únicamente al sentimiento fraternal llevado hasta el último grado y a la compasión por Mitia, a quien Aliosha quería mucho, como ya sabía Iván. Diremos a este propósito y de una vez para siempre dos palabras acerca de los sentimientos de Iván por su hermano Dmitri: decididamente no le quería, y si a veces sentía por él mucha compasión era siempre con una mezcla de desprecio que llegaba hasta a un sentimiento de asco. Mitia le era en extremo antipático, in-

cluso por su aspecto físico. En cuanto al amor que por él sentía Katerina Ivánovna, Iván lo veía hasta con indignación. Sin embargo, también el primer día de su llegada se había entrevistado con el acusado Mitia y aquella entrevista no sólo no había debilitado su convicción de que su hermano era culpable, sino que, por el contrario, la había reafirmado. Le encontró entonces muy inquieto, presa de una agitación enfermiza. Mitia estaba muy locuaz, pero se distraía y se dispersaba, hablaba con brusquedad, acusaba a Smerdiakov y se embrollaba terriblemente. De lo que más hablaba era de los tres mil rublos que el difunto le había «robado». «El dinero era mío, me pertenecía –afirmaba Mitia–, incluso si se los hubiese robado tendría razón.» Apenas discutía los cargos que se hacían contra él, y si interpretaba los hechos en su favor lo hacía también de manera muy confusa y absurda, como si no deseara siquiera justificarse ante Iván ni ante nadie; al contrario, se enojaba, despreciaba orgullosamente las acusaciones, insultaba y se enfurecía. Se reía con desprecio de la declaración de Grigori sobre la puerta abierta y aseguraba que «la había abierto el diablo». Pero no podía presentar ninguna explicación coherente de este hecho. Durante aquella primera entrevista encontró ocasión incluso de ofender a Iván Fiódorovich declarándole secamente que no eran los más indicados para sospechar de él e interrogarle quienes afirman que «todo está permitido». En general, aquella vez fue muy poco amable con Iván Fiódorovich. Inmediatamente después de aquella visita, éste se dirigió a ver a Smerdiakov.

Ya en el vagón del tren, volando desde Moscú, había reflexionado largamente acerca de Smerdiakov y de la última conversación que con él había sostenido la víspera de su partida. Muchas cosas le turbaban, muchas le parecían sospechosas. Pero al declarar ante el juez de instrucción, Iván Fiódorovich nada dijo por de pronto sobre aquel punto. Lo aplazaba hasta haberse entrevistado con Smerdiakov, quien entonces se ha-

llaba en el hospital de la ciudad. El doctor Herzenstube y el médico Varvinski, que recibió a Iván Fiódorovich en el hospital, afirmaron sin vacilar que la enfermedad epiléptica de Smerdiakov era indudable y hasta se sorprendieron de la pregunta: «¿No habría fingido el día de la catástrofe?». Incluso le dieron a entender que aquel ataque había resultado insólito, había durado y se había repetido durante varios días, de modo que la vida del paciente se había encontrado en grave peligro y sólo en aquellos momentos, después de las medidas tomadas, podía afirmarse que el enfermo se salvaría, aunque era muy posible (añadió el doctor Herzenstube) que la razón le quedase algo perturbada, «si no para toda la vida, por un largo período». A la impaciente pregunta de Iván Fiódorovich: «¿Así, pues, ahora está loco?», le respondieron que «todavía no en el pleno sentido de la palabra, pero se observan en él algunas anormalidades». Iván Fiódorovich decidió comprobar por sí mismo cuáles eran aquellas anormalidades. En seguida le dieron permiso para realizar la visita. Smerdiakov se hallaba acostado en un local aparte. Al lado suyo había otra cama ocupada por un menestral de la ciudad en grave estado, hidrópico, por lo visto a punto ya de morir al día siguiente o a los dos días; no podía ser ningún obstáculo para la conversación. Smerdiakov contrajo desconfiadamente la cara con una ancha sonrisa al ver a Iván Fiódorovich, y de momento se sintió hasta como intimidado. Así por lo menos creyó percibirlo Iván. Pero fue sólo por un instante; durante el resto del tiempo, por el contrario, Iván se sintió casi asombrado por la tranquilidad de Smerdiakov. Ya a la primera mirada se dio perfecta cuenta de que éste se encontraba realmente muy enfermo: estaba muy débil, hablaba despacio y como si le costara mover la lengua; había adelgazado mucho, se había vuelto amarillento. Durante los veinte minutos poco más o menos que duró la entrevista, Smerdiakov se quejó de dolor de cabeza y de malestar en brazos y piernas. El seco rostro de eunuco parecía habérsele quedado muy pequeño;

tenía revueltos los cabellos sobre las sienes, y en vez del tupé se le levantaba un fino mechón de escasos cabellos. Pero el ojo izquierdo, como guiñado aludiendo a alguna cosa, revelaba al Smerdiakov de antes. «Con un hombre inteligente da gusto hablar», recordó al instante Iván Fiódorovich. Se sentó a los pies de la cama en un taburete. Smerdiakov se movió dolorosamente, pero no quiso ser el primero en hablar; callaba, y hasta parecía que no miraba ya con tanta curiosidad.

–¿Puedes hablar conmigo? –preguntó Iván Fiódorovich–. No voy a cansarte mucho.

–Claro que puedo –balbuceó Smerdiakov con voz débil–. ¿Hace mucho que ha llegado usted? –añadió condescendiente, como para animar al visitante, que se sentía turbado.

–Acabo de llegar... A ver si entiendo la que habéis armado por aquí.

Smerdiakov suspiró.

–¿Por qué suspiras, tú no lo sabías? –le soltó sin ambages Iván Fiódorovich.

Smerdiakov guardó silencio unos instantes, sin pestañear.

–¿Cómo no iba a saberlo? Estaba claro con anticipación. ¿Pero cómo saber también que acabaría así?

–¿Que acabaría cómo? ¡No me vengas con escapatorias! ¿No predijiste que sufrirías un ataque tan pronto como bajaras al sótano? Indicaste sin rodeos que sería en el sótano.

–¿Lo ha dicho usted ya en su declaración? –inquirió con calma Smerdiakov.

Iván Fiódorovich se enojó.

–No, todavía no lo he declarado, pero lo declararé sin falta. Has de explicarme ahora muchas cosas, ¡y entérate, palomo, de que no te permitiré jugar conmigo!

–¿Por qué habría de jugar así, si tengo puesta en usted toda mi esperanza, como sólo se pone en Dios Nuestro Señor? –repuso Smerdiakov, también con absoluta calma, después de cerrar sólo por un momento los ojos.

–En primer lugar –empezó Iván Fiódorovich–, sé que es imposible predecir un ataque de epilepsia. Me he informado, no me vengas con cuentos. Es imposible predecir el día y la hora. ¿Cómo pudiste, entonces, predecirme el día y la hora, y además que sería en el sótano? ¿Cómo pudiste saber que te caerías precisamente en el sótano por un ataque de la enfermedad, si no lo fingiste adrede?

–Al sótano debía bajar de todos modos varias veces al día –repuso Smerdiakov sin apresurarse–. Exactamente del mismo modo me caí hace un año en el desván. Ciertamente, es imposible predecir de antemano el día y la hora de un ataque de epilepsia, pero siempre es posible presentirlo.

–¡Pero tú anunciaste el día y la hora!

–Por lo que respecta a mi enfermedad, señor, lo mejor será que se informe preguntando a los doctores de aquí: ellos le dirán si mi ataque fue verdadero o no, y sobre esta cuestión nada más tengo que añadirle.

–¿Y el sótano? ¿Cómo supiste de antemano que sería en el sótano?

–¡Y dale con el sótano! Entonces, cuando bajé al sótano, tenía miedo y me sentía lleno de inquietudes; sentía miedo, sobre todo, porque me había quedado sin usted y no esperaba que nadie más en todo el mundo me defendiera. Bajé al sótano y me dije: «Ahora me va a dar el ataque; ahora, ¿me caeré o no?», y a causa de ese mismo temor experimenté de pronto ese implacable espasmo de la garganta... y rodé el suelo. Todo esto y la conversación anterior que sostuve con usted la víspera de aquel día, al atardecer, junto al portalón, cuando le hablé de mis temores y también del sótano, lo he contado con detalle al señor doctor Herzenstube y al juez de instrucción Nikolái Parfiónovich, quienes lo han escrito en el atestado. Y el doctor de aquí, señor Varvinski, ha insistido ante todos en que el ataque se debió precisamente a la preocupación, a la aprensión misma de que «ahora, ¿me caeré o

no me caeré?». Y así me dio. Lo escribieron de este modo, que lo que sucedió debía suceder a causa precisamente del miedo que tenía y de nada más.

Dicho esto, Smerdiakov respiró profundamente, como abrumado de fatiga.

–¿Has explicado esto en tu declaración? –preguntó, algo desconcertado, Iván Fiódorovich.

Su propósito era asustarle diciéndole que daría cuenta de la conversación que habían sostenido entonces, y resultaba que Smerdiakov ya lo había declarado por su cuenta.

–¿Qué iba a temer? Que escriban toda la auténtica verdad –respondió con firmeza Smerdiakov.

–¿Y has contado también palabra por palabra la conversación que sostuvimos tú y yo?

–No; palabra por palabra, no.

–Y que sabes simular un ataque de epilepsia, como te jactaste entonces ante mí, ¿también lo has dicho?

–No, esto tampoco lo he dicho.

–Ahora dime, ¿por qué entonces tenías interés en que yo me fuera a Chermashnia?

–Temía que se fuese a Moscú; a pesar de todo, Chermashnia se encuentra más cerca.

–Mentira, tú mismo me instaste a que me marchara: «Váyase, me decías, ¡aléjese del pecado!».

–Se lo decía movido sólo por la amistad que por usted siento y por fidelidad de corazón al presentir que en la casa ocurriría alguna desgracia, me compadecía de usted. Sólo que aún me compadecía más de mí. Por esto le decía: «Aléjese del pecado», para que comprendiera que algo malo iba a suceder en la casa y se quedara a proteger a su padre.

–¡Tenías que habérmelo dicho más francamente, imbécil! –soltó de pronto Iván Fiódorovich, irritado.

–¿Cómo habría podido entonces decirlo más francamente? Lo único que en mí hablaba era el miedo; además, usted

también habría podido enfadarse. Desde luego, tenía razones para temer que Dmitri Fiódorovich armara algún escándalo y se llevara aquel dinero, que consideraba como suyo, ¿pero quién iba a suponer que acabaría con ese asesinato? Yo pensaba que se limitaría a robar los tres mil rublos que el señor tenía debajo del colchón, pero le mató. ¿Habría podido adivinarlo ni siquiera usted, señor?

–Pero si tú mismo dices que era imposible adivinarlo, ¿cómo podía preverlo yo y quedarme? ¿Qué líos son éstos? –dijo Iván Fiódorovich, reflexionando.

–Podía haberlo adivinado, porque yo le dirigía hacia Chermashnia y no hacia Moscú.

–¡Cómo quieres que lo adivinara!

Smerdiakov parecía muy fatigado y otra vez guardó unos momentos de silencio.

–Habría podido usted adivinarlo ya por el hecho de que si yo insistía que fuera a Chermashnia y no a Moscú, era porque deseaba tenerle a usted cerca, pues Moscú está lejos, y Dmitri Fiódorovich, sabiendo que no se encontraba usted lejos, no se iba a sentir tan audaz. Además, si pasaba algo, también para defenderme a mí podía usted volver rápidamente, pues le indiqué que Grigori Vasílich se encontraba enfermo y que yo tenía miedo de un ataque de epilepsia. Al explicarle lo de las señales para entrar en casa del difunto y revelarle que Dmitri Fiódorovich las conocía por mí, yo creía que usted mismo adivinaría, entonces, que él iba a maquinar alguna cosa, de modo que usted ni siquiera iría a Chermashnia y se quedaría aquí.

«Habla con mucha ilación –pensó Iván Fiódorovich–, aunque mascullando; ¿pero a qué alteración de facultades se refería Herzenstube?»

–Estás haciéndote el vivo conmigo, ¡mal rayo te parta! –exclamó, irritándose.

–Pues yo entonces pensé que usted ya lo había adivinado todo, se lo confieso –dijo Smerdiakov con semblante ingenuo.

–¡De haberlo adivinado, no me habría movido de aquí! –gritó Iván Fiódorovich, otra vez colérico.

–Lo que yo pensaba era que usted, habiéndolo adivinado todo, se apresuraba a marchar sólo para alejarse del pecado, que huía a alguna parte para salvarse del miedo.

–¿Crees que todo el mundo es tan cobarde como tú?

–Perdone, yo creía que usted sí era como yo.

–Naturalmente, tenía que haberlo adivinado –se inquietaba Iván–, ya preveía yo que podía esperar alguna infamia de tu parte... Pero tú mientes, otra vez mientes –exclamó, recordando algo de pronto–. Acuérdate de cómo te acercaste entonces al carruaje y me dijiste: «Con un hombre inteligente da gusto hablar». Si me alababas, era porque estabas contento de que me fuera, ¿no es así?

Smerdiakov suspiró una y otra vez. Pareció como si a su rostro se le asomara algo de color.

–Si estaba contento –pronunció, sofocándose un poco– era sólo porque accedió usted a irse a Chermashnia y no a Moscú; Chermashnia, a pesar de todo, está más cerca; y aquellas palabras se las dije entonces no como alabanza, sino como un reproche. Lo entendió usted mal.

–¿En qué sentido, un reproche?

–En el de que, presintiendo semejante desdicha, abandonara a su propio padre y no quisiera defendernos, porque a mí siempre podían encartarme en el asunto declarándome sospechoso de haber robado esos tres mil rublos.

–¡El diablo te confunda! –juró Iván otra vez–. Un momento: ¿has declarado lo de esas señales, lo de los golpes en la ventana, al juez de instrucción y al fiscal?

–Se lo he declarado todo.

Iván Fiódorovich volvió a sorprenderse otra vez para sus adentros.

–Si yo entonces pensé en algo –prosiguió de nuevo–, fue sólo en la posibilidad de alguna bajeza por parte tuya y nada más. Dmitri podía matar, pero yo no creía que robara... En

cambio, de tu parte esperaba cualquier infamia. Tú mismo me dijiste que sabes simular una crisis de epilepsia; ¿por qué me lo dijiste?

–Nada más que por candidez. Además, que nunca en la vida lo he simulado; lo dije sólo por decir, para darme tono ante usted. Fue estúpido. Entonces sentía yo por usted un gran afecto y le hablaba con toda sencillez.

–Mi hermano te acusa sin rodeos; dice que eres tú quien ha matado y ha robado.

–Sí, ¿qué otra cosa puede hacer él? –repuso Smerdiakov, con una expresión de amargura en el rostro y como sonriendo–. ¿Quién le va a creer después de tantas pruebas como tiene en contra? La puerta la vio abierta Grigori Vasílievich. Después de esto, ¿qué espera? ¡Bah, que Dios le ampare! Tiembla y procura salvarse...

Se calló unos momentos tranquilamente y de pronto añadió, como si hubiera reflexionado:

–El caso es que otra vez me viene con lo mismo: quiere hacer creer que ha sido cosa de mis manos, ya lo he oído decir; pero piense usted en eso de que yo soy un maestro en representar un ataque de epilepsia: ¿le habría dicho de antemano que sé representarlo si en realidad hubiera tramado algo entonces contra su padre? De haber proyectado semejante asesinato, ¿cabe ser tan estúpido para ofrecer anticipadamente una prueba como ésa contra uno mismo, y ofrecerla por añadidura al propio hijo de la víctima? ¡Por favor! ¿Tiene eso algo de verosímil? Al contrario, nunca creerá nadie que haya sido posible. Vea, nadie oye ahora esta conversación nuestra a no ser la misma Providencia; pero si usted se la comunicara al fiscal y a Nikolái Parfiónovich, lo único que haría sería defenderme: pues, ¿qué malvado puede ser éste que se muestra de antemano tan ingenuo? Todos lo comprenderán muy bien.

–Escucha –Iván Fiódorovich se levantó, impresionado por este último argumento de Smerdiakov e interrumpien-

do la conversación–, yo de ti no sospecho en absoluto y hasta considero ridículo acusarte... Al contrario, incluso te agradezco que me hayas tranquilizado. Ahora me voy, pero volveré. De momento, adiós, ponte bueno. ¿No necesitas alguna cosa?

–Le estoy muy agradecido por todo. Marfa Ignátievna no se olvida de mí y me proporciona todo lo que me hace falta, es tan buena como siempre. Todos los días viene a verme gente de buen corazón.

–Hasta la vista. De todos modos, eso de que puedes simular no lo diré... y te aconsejo además que no lo declares –añadió de pronto Iván, quién sabe por qué.

–Comprendo muy bien. Y si usted no declara esto, tampoco yo diré nada de la conversación que aquel día sostuvimos ante la casa...

Sucedió entonces que Iván Fiódorovich salió apresuradamente y sólo después de haber dado una decena de pasos por el corredor sintió de pronto que la última frase de Smerdiakov implicaba cierto sentido vejatorio. Estuvo a punto de volverse, pero fue sólo cuestión de un instante; y después de balbucear: «¡Tonterías!», se apresuró a salir del hospital. Sentía que, realmente, estaba tranquilo, esto era lo principal, y lo estaba precisamente por la circunstancia de que el culpable no era Smerdiakov, sino Mitia, su hermano, aunque al parecer debería haber sido al revés. Entonces no quería examinar por qué era así y hasta le causaba repugnancia profundizar en sus sensaciones. Experimentaba el deseo de olvidar cuanto antes alguna cosa. Luego, en el transcurso de unos cuantos días, quedó ya convencido por completo de la culpabilidad de Mitia cuando tuvo un conocimiento más directo y fundamentado de todas las pruebas abrumadoras que había contra él. Había declaraciones de gente insignificante, pero casi estremecedoras, como por ejemplo las de Fenia y su madre. Respecto a Perjotin, a la taberna, a la tienda de los Plótnikov y a los testigos de Mó-

kroie, ni siquiera había que hablar. Los detalles, sobre todo, anonadaban. La noticia acerca de los «golpes» secretos impresionó al juez de instrucción y al fiscal casi tanto como la declaración de Grigori acerca de la puerta abierta. La mujer de Grigori, Marfa Ignátievna, a una pregunta de Iván Fiódorovich, respondió sin vacilar que Smerdiakov se había pasado la noche tumbado al otro lado del tabique, «a menos de tres pasos de nuestra cama», y que, aun habiendo dormido profundamente, se había despertado muchas veces por los gemidos que el enfermo profería ahí al lado: «Estuvo gimiendo todo el tiempo, gemía sin cesar». Cuando, hablando con Herzenstube, le dio a conocer su impresión de que Smerdiakov no le parecía en absoluto trastornado, sino únicamente debilitado, provocó sólo una fina sonrisa del viejo doctor. «¿Sabe usted de qué se ocupa ahora, de manera especial? –preguntó éste a Iván Fiódorovich–. Estudia de memoria vocablos franceses; tiene debajo de la almohada un cuaderno en el que alguien le ha escrito palabras francesas con letras rusas, ¡je-je-je!» Iván Fiódorovich abandonó, al fin, toda duda. Ya no podía pensar en su hermano Dmitri sin aversión. Una cosa, no obstante, era extraña: el que Aliosha siguiera insistiendo en afirmar que no había sido Dmitri el homicida, sino, «con toda probabilidad», Smerdiakov. Iván siempre había sentido que, para él, la opinión de Aliosha era de mucho peso y por este motivo ahora estaba perplejo. También resultaba extraño que Aliosha no procurara nunca hablar con él acerca de Mitia, nunca empezaba la conversación sobre este asunto y sólo se limitaba a contestar a las preguntas de Iván. Era ésta una circunstancia que Iván Fiódorovich no había dejado de observar y que le impresionaba. Por otra parte, en aquel entonces estaba él muy absorbido por un hecho marginal: desde los primeros días de su regreso de Moscú, se había entregado de manera rotunda a su encendida y loca pasión por Katerina Ivánovna. No es éste el lugar apropiado para dar comienzo al relato

de este nuevo sentimiento de Iván Fiódorovich que se reflejó luego en toda su vida: ello podría servir de trama para otra historia, para otra novela, que no sé aún si escribiré alguna vez. De todos modos, no puedo pasar por alto, ni siquiera ahora, el que cuando Iván Fiódorovich, al caminar de noche con Aliosha después de abandonar la casa de Katerina Ivánovna, como ya he descrito, le dijo: «A mí no me interesa», mentía horriblemente en aquel momento; él estaba locamente enamorado de ella, si bien es cierto, asimismo, que a veces la odiaba hasta el punto de que habría podido matarla. Eran muchas las causas que ahí se juntaban: conmovida toda ella por lo sucedido con Mitia, acogió como a su salvador a Iván Fiódorovich, quien de nuevo volvía a su lado. Se sentía agraviada, ofendida, humillada en sus sentimientos. Y he aquí que, de pronto, se presentaba otra vez un hombre que ya antes la quería –ella lo sabía muy bien– y del que Katerina Ivánovna ponía a una altura superior a la suya la inteligencia y el corazón. Pero la rígida joven no se entregó por entero en sacrificio a pesar de la impetuosidad karamazoviana de los deseos de su enamorado y de la fascinación que sobre ella éste ejercía. Al mismo tiempo, Katerina Ivánovna se sentía atormentada sin cesar por el remordimiento de haber traicionado a Mitia, y en los borrascosos momentos en que reñía con Iván (y eran muchos) se lo decía sin ambages. A eso fue a lo que Iván, hablando con Aliosha, denominó «mentira sobre mentira». Desde luego, había ahí mucha mentira, y eso era lo que más irritaba a Iván Fiódorovich... pero de ello hablaremos más tarde. En una palabra, durante cierto tiempo, Iván casi se olvidó de Smerdiakov. Sin embargo, dos semanas después de haberle hecho la primera visita, empezaron a torturarle otra vez los mismos extraños pensamientos de antes. Bastará decir que se preguntaba una y otra vez por qué entonces, la última noche que pasó en casa de Fiódor Pávlovich antes de su partida, había salido cautelosamente a la escalera, como un la-

drón, y había escuchado lo que hacía su padre abajo. ¿Por qué recordó luego con repugnancia aquella acción suya, por qué al día siguiente por la mañana, ya en camino, experimentó de pronto tanta angustia y al llegar a Moscú se dijo: «¡Soy un miserable!»? Esos pensamientos atormentadores volvieron a apoderarse de él con tanta fuerza, que en cierta ocasión le vino a la cabeza la idea de que, por ellos, estaba dispuesto a olvidarse hasta de Katerina Ivánovna. Precisamente después de haberlo pensado se encontró con Aliosha en la calle. Le detuvo en seguida y le preguntó de buenas a primeras:

–¿Te acuerdas de cuando, después de comer, Dmitri irrumpió en casa y golpeó a nuestro padre? Luego, en el patio, te dije que yo me reservaba el «derecho de desear». Dime, ¿pensaste entonces que yo deseaba la muerte de nuestro padre?

–Lo pensé –respondió en voz baja Aliosha.

–Así era, en efecto, poco costaba adivinarlo. Pero ¿no se te ocurrió pensar entonces, también, que lo que yo deseaba era que «una alimaña se comiera a otra alimaña», es decir, que fuera Dmitri quien matara a nuestro padre y que lo hiciera cuanto antes... y que yo mismo no estaba en contra de facilitarlo?

Aliosha palideció levemente y, sin decir palabra, miró a su hermano a los ojos.

–¡Pero habla! –gritó Iván–. Quiero saber con toda el alma lo que entonces pensaste. Lo necesito; ¡la verdad, la verdad! –Respiraba pesadamente, mirando a Aliosha con cierto rencor anticipado.

–Perdóname, también lo pensé –balbuceó Aliosha, y se calló, sin añadir ni una sola «circunstancia atenuante».

–¡Gracias! –respondió con brusquedad Iván, y, dejando a su hermano, prosiguió a toda prisa su camino.

Desde entonces Aliosha observó que Iván empezaba a apartarse de él sin disimularlo y que hasta le había tomado antipatía, por lo cual él mismo dejó de visitarle. Pero Iván

Fiódorovich, aquella vez, inmediatamente después de haberse cruzado con él, sin regresar a su casa, se dirigió de nuevo a ver a Smerdiakov.

7. Segunda entrevista con Smerdiakov

En aquel entonces, Smerdiakov ya había sido dado de alta del hospital. Iván Fiódorovich conocía su nueva vivienda: era precisamente aquella casita de troncos ladeada, dividida en dos piezas por un zaguán. En una de las piezas se había instalado Maria Kondrátievna con su madre; en la otra vivía Smerdiakov. Dios sabe en qué condiciones se había alojado en aquella casa: ¿gratuitamente o con pago de alquiler? Más tarde se supuso que se había instalado allí en calidad de novio de Maria Kondrátievna y que por de pronto no pagaba nada. Tanto la madre como la hija le tenían en mucha estima y le miraban como a una persona superior a ellas. Después de llamar, Iván Fiódorovich entró en el zaguán y, por indicación de Maria Kondrátievna, pasó directamente a la izquierda, al «aposento mejor» ocupado por Smerdiakov. En aquella pieza había una estufa con azulejos, fuertemente recalentada. Las paredes estaban recubiertas con un empapelado azul, la verdad es que roto en muchas partes, y debajo del papel, en las grietas, hormigueaban las cucarachas en espantosa cantidad, de modo que se percibía un ruidillo incesante. El mobiliario era mínimo: dos bancos contra las paredes y dos sillas junto a la mesa, la cual, aunque de madera, muy sencilla, estaba recubierta por un tapete con dibujos rosa. En cada una de las dos ventanitas había una maceta con geranios. En un ángulo se veía una pequeña vitrina con imágenes sagradas. Sobre la mesa había un samovar pequeño, de cobre, muy abollado, y una bandeja con dos tazas. Pero Smerdiakov ya había tomado el té y el samovar se había apagado... Él estaba sentado en un banco, ante la mesa, y hacía unos trazos a pluma en un

cuaderno. Tenía al lado un frasquito de tinta y también una palmatoria de hierro colado, aunque con una vela de estearina. Con sólo mirarle la cara, Iván Fiódorovich llegó en seguida a la conclusión de que Smerdiakov se había restablecido por completo de su enfermedad. Se le veía la tez más fresca, las mejillas más rellenas, el breve tupé rizado, los cabellos de las sienes fijados con pomada. Llevaba una chillona bata acolchada, si bien muy usada y raída. Tenía puestas sobre la nariz unas gafas que Iván Fiódorovich no le había visto nunca. Esta nimia circunstancia pareció irritar doblemente a Iván Fiódorovich: «¡Una alimaña como ésta, y con gafas!». Smerdiakov alzó lentamente la cabeza y a través de los lentes clavó una fija mirada en el visitante; luego se los quitó con calma y se levantó del banco, pero menos con deferencia que con cierto aire de pereza, con el fin exclusivo de cubrir la más elemental de las apariencias, de lo cual casi es imposible prescindir. Todo esto lo percibió al instante Iván, quien en seguida captó la actitud de Smerdiakov y, sobre todo, su mirada, decididamente rencorosa, hostil e incluso altanera: «A qué vienes tú aquí –parecía decir–, ya nos pusimos de acuerdo en todo la otra vez; ¿qué quieres, pues, ahora?». Iván Fiódorovich apenas pudo dominarse:

–Aquí hace calor –dijo, aún de pie, desabrochándose el abrigo.

–Quíteselo –le concedió Smerdiakov.

Iván Fiódorovich se quitó el abrigo y lo arrojó sobre un banco; tomó una silla con temblorosas manos, la acercó rápidamente a la mesa y se sentó. Smerdiakov había encontrado tiempo para sentarse en su banco antes que él.

–En primer lugar, ¿estamos solos? –preguntó Iván Fiódorovich en tono seco y vivo–. ¿No nos oirán desde allí?

–Nadie oirá nada. Usted mismo lo ha visto: nos separa el zaguán.

–Escucha, amigo: ¿qué tontería me soltaste cuando salía yo de verte en el hospital, al decirme que si me callaba lo de

que eres un maestro en simular los ataques de epilepsia, no dirías al juez todo lo que conversamos junto al portalón? ¿Qué significa ese «todo»? ¿A qué podías tú referirte, entonces? ¿Me amenazabas acaso? ¿Acaso me he aliado yo contigo de algún modo o te tengo miedo?

Iván Fiódorovich dijo todo esto con ira, dando a entender, de manera manifiesta e intencionada, que despreciaba rodeos y fintas y que jugaba con las cartas boca arriba. A Smerdiakov le brillaron malignamente los ojos, se le puso a parpadear el izquierdo, y en seguida dio él su respuesta, si bien con la reserva y mesura que le eran habituales, y como si dijera: «¿Quieres juego limpio? Bien, aquí lo tienes».

–Pues a lo que yo entonces me refería, y por esto lo dije, fue a que usted, sabiendo de antemano que se iba a asesinar a su padre, le dejó sin defensa, y prometí no decir nada a la autoridad para que nadie pudiera sacar ninguna mala conclusión de los sentimientos de usted o, quizá, de alguna otra cosa.

Aunque Smerdiakov respondió sin apresurarse y, por lo visto, dominándose, en su voz se percibía ya algo hasta firme e insistente, maligno y provocador. Miró con insolencia a Iván Fiódorovich, a quien de momento hasta se le turbó la vista.

–¿Cómo? ¿Qué? ¿Estás en tu juicio?

–Estoy total y plenamente en mi juicio.

–¿Acaso *sabía* yo entonces nada acerca del asesinato? –gritó, por fin, Iván Fiódorovich, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa–. ¿Qué significa «de alguna otra cosa»? ¡Habla, canalla!

Smerdiakov callaba, sin dejar de contemplar con su insolente mirada a Iván Fiódorovich.

–Habla, hediondo bribón, ¿de qué «otra cosa»? –clamó éste.

–Con lo de «otra cosa», me refería yo entonces a que usted, quizá, deseaba también muchísimo la muerte de su padre.

Iván Fiódorovich se levantó bruscamente y con todas sus fuerzas le dio un puñetazo en el hombro, proyectándole contra la pared. Al instante quedó Smerdiakov con el rostro bañado en lágrimas, y dijo:

–¡Qué vergüenza, señor, pegar a un hombre débil!

De pronto se cubrió los ojos con un pañuelo de algodón, a cuadros azules, lleno por completo de mocos, y se sumió en un quedo llanto lacrimoso. Transcurrió un minuto.

–¡Basta! ¡Deja de llorar! –dijo por fin Iván Fiódorovich en tono imperioso, sentándose de nuevo en la silla–. ¡No acabes del todo con mi paciencia!

Smerdiakov se apartó el trapo de los ojos. Cada uno de los rasgos de su fruncida cara, hasta los más pequeños, era una expresión de la ofensa que acababa de sufrir.

–¿Así, pues, pensaste entonces que yo quería matar a mi padre, de acuerdo con Dmitri?

–Yo no sabía cuáles eran entonces sus pensamientos –repuso ofendido Smerdiakov–. Por esto le detuve cuando llegaba usted al portalón, para sondearle acerca de este punto concreto.

–¿Qué querías sondear? ¿Qué?

–Precisamente esta circunstancia: ¡si deseaba usted o no que su padre fuera asesinado cuanto antes!

Lo que más indignaba a Iván Fiódorovich era aquel porfiado e insolente tono del que Smerdiakov se empeñaba en no prescindir.

–¡Tú le mataste! –exclamó de pronto Iván.

Smerdiakov se sonrió desdeñosamente.

–Que no fui yo, lo sabe usted a ciencia cierta. Y yo pensaba que un hombre inteligente ya no tendría más que hablar sobre esta cuestión.

–Pero, ¿por qué tuviste entonces de mí tal sospecha, por qué?

–Ya lo sabe, sólo por miedo. Me encontraba en tal estado que, muerto de miedo, sospechaba de todos. Me propuse

sondearle también a usted, porque si usted, pensaba yo, deseaba lo mismo que su hermanito, entonces la cuestión estaba zanjada y yo iba a perecer en ello como una mosca.

–Escucha, no era eso lo que decías hace dos semanas.

–A lo mismo me refería cuando hablé con usted en el hospital, pero supuse que usted comprendía sin necesidad de palabras superfluas, y que como persona muy inteligente no deseaba una conversación franca.

–¡Vaya, hombre! Pero responde, responde, insisto: ¿En qué te basaste, con qué pude yo hacer surgir entonces, en tu alma vil, una sospecha tan baja para mí?

–Matar, por nada del mundo podía hacerlo usted mismo, ni quería hacerlo; pero desear que otro matara, eso sí lo deseaba.

–¡Y con qué tranquilidad lo dice, con qué tranquilidad! ¿Por qué motivo iba yo a desearlo, qué necesidad tenía yo de desearlo?

–¿Cómo, por qué motivo? ¿Y la herencia? –replicó vivamente Smerdiakov, venenoso y hasta vengativo–. Entonces, a la muerte de su padre, cada uno de los tres hermanos podía heredar por lo menos cuarenta mil rublos y quizá más, mientras que si Fiódor Pávlovich se casaba con esa señora, Agrafena Alexándrovna, ésta habría puesto a su nombre todo el capital al día siguiente de la boda, pues no tiene nada de tonta, de modo que a los tres hermanitos no les habrían tocado ni dos rublos después de la muerte del padre. ¿Acaso faltaba mucho entonces para llegar a la boda? Nada, todo pendía de un hilo: le habría bastado a esa señora hacer así con el dedito meñique ante él y el señor en seguida habría corrido tras ella a la iglesia con la lengua fuera.

Iván Fiódorovich a duras penas lograba contenerse.

–Está bien –dijo al fin–; ya ves, no he saltado, no te he pegado hasta dejarte sin sentido, no te he matado. Continúa: así, pues, según tú, predestinaba yo a ello a mi hermano Dmitri, contaba con él, ¿no?

–¿Cómo no iba a contar con él? Si él mataba, perdía todos los derechos a la nobleza, se quedaba sin títulos y sin bienes, iba a ser deportado. Entonces, su parte quedaba mitad y mitad para usted y para su hermanito Alexéi Fiódorovich después de la muerte de su padre; es decir, que no eran ya cuarenta mil rublos los que les iba a tocar a cada uno, sino sesenta mil. ¡No hay duda de que usted contaba entonces con Dmitri Fiódorovich!

–¡Vaya lo que te estoy aguantando! Escucha, infame: de haber contado yo entonces con alguien habría sido contigo, pero no con Dmitri, y te juro que hasta llegué a presentir que ibas a cometer alguna infamia... entonces... ¡Recuerdo la impresión que tuve!

–Yo mismo pensé, por un momento, que también contaba usted conmigo –Smerdiakov imprimió a su cara una ancha sonrisa irónica–, de modo que con esto aún se ponía usted más en evidencia ante mí; entonces, pues, si usted tenía tal presentimiento y al mismo tiempo se iba, era como si me dijera con toda claridad: «puedes matar a mi padre, no me opondré».

–¡Canalla! ¡Así lo entendiste tú!

–Y todo a causa de Chermashnia. ¡Por favor! Se disponía usted a ir a Moscú; a todos los ruegos de su padre para que hiciera un viaje a Chermashnia respondió negándose. ¡Y de pronto accede por una sola palabra tonta de mi parte! ¿Qué podía moverle a acceder? Si no iba a Moscú y emprendía el viaje a Chermashnia sin causa alguna, únicamente por lo que yo le había dicho, es que algo esperaba de mí.

–¡No, lo juro, no! –vociferó Iván rechinando de dientes.

–¿Cómo que no? Por las palabras que entonces le dije yo a usted, hijo de su padre, lo primero que se me debía haber hecho era llevarme a la comisaría y despellejarme... por lo menos darme una manta de azotes sin esperar a más; pero usted, ¡por favor!, sin enojarse en lo más mínimo, atendió amablemente y con toda exactitud a la tonta palabra que le

dije y se puso en marcha, lo cual era absurdo por completo, pues lo que usted tenía que haber hecho era quedarse para velar por la vida de su padre... ¿Cómo no iba yo a sacar mi conclusión?

Iván estaba sentado, la cara hosca, apoyando convulsivamente los dos puños en las rodillas.

–Sí, es una pena que no te hubiera roto los morros –se sonrió amargamente–. Llevarte a la comisaría no era posible: ¿quién me habría creído y qué pruebas habría podido presentar?; pero pegarte... ah, qué pena, no se me ocurrió; aunque están prohibidos los golpes, te habría hecho papilla la jeta.

Smerdiakov lo contemplaba casi con placer.

–En los casos corrientes de la vida –dijo en el tono sentencioso y satisfecho en que discutía a veces sobre la fe con Grigori Vasílievich y le provocaba, estando de pie tras la mesa de Fiódor Pávlovich–, en los casos corrientes de la vida, los golpes están ahora en verdad prohibidos por la ley y todo el mundo ha dejado de pegar; pero en los casos insólitos de la vida, no ya en nuestro país, sino en todo el universo, aunque se trate de la más completa República francesa, se continúa pegando como en los tiempos de Adán y Eva, y nunca dejará de hacerse; en cambio, usted, en el caso insólito de entonces, no se atrevió.

–¿Qué haces con esto?, ¿estás aprendiendo vocablos franceses? –Iván señaló con un movimiento de cabeza el cuaderno que se encontraba sobre la mesa.

–¿Por qué no habría de aprenderlos yo para completar mi instrucción, pensando que quizás alguna vez pueda visitar esos felices lugares de Europa?

–Escucha, monstruo –a Iván, que se estremeció de pies a cabeza, los ojos le relampaguearon–, no temo tus acusaciones, declara contra mí lo que quieras; y si no te muelo a palos hasta matarte ahora, es únicamente porque sospecho que eres tú el autor del crimen y te llevaré a los tribunales. ¡Aún voy a descubrir lo que has hecho!

–A mi modo de ver, será mejor que calle. ¿Qué puede usted declarar contra mí, dada mi total inocencia, y quién le va a creer? Pero si empieza, también yo lo contaré todo, pues ¿cómo no habré de defenderme?

–¿Crees que ahora te temo?

–No importa que la justicia no crea las palabras que ahora acabo de decirle, las creerá el público y usted se avergonzará.

–Eso significa otra vez aquello de «con una persona inteligente da gusto hablar», ¿eh? –rechinó Iván.

–Ha dado usted en el clavo. Y se portará como es debido.

Iván Fiódorovich se levantó temblando de indignación; se puso el abrigo y, sin responder nada más a Smerdiakov, sin mirarle siquiera, salió a toda prisa de la isba. El aire fresco de la noche le despejó. En el cielo brillaba la luna. Ideas y sensaciones le rebullían en el alma en terrible pesadilla. «¿Voy ahora mismo a denunciar a Smerdiakov? Pero qué puedo declarar: a pesar de todo es inocente. Al contrario, él me acusará a mí. En realidad, ¿con qué objetivo partí entonces hacia Chermashnia? ¿Para qué, para qué? –se preguntaba Iván Fiódorovich–. Sí, claro está, yo esperaba algo, tiene razón...» Y de nuevo, por centésima vez, recordó cómo la última noche en casa de su padre escuchaba desde la escalera, a hurtadillas, lo que éste hacía, pero lo recordaba ahora con tanto dolor que hasta se paró en seco como fulminado: «¡Sí, entonces yo lo esperaba, es cierto! ¡Yo deseaba el asesinato, precisamente lo deseaba! ¿Quería yo el asesinato, lo quería?... ¡Hay que matar a Smerdiakov!... ¡Si no me atrevo a matar ahora a Smerdiakov no vale la pena seguir viviendo!...». Iván Fiódorovich, sin pasar por su casa, se fue entonces directamente a la de Katerina Ivánovna, a la que asustó con su aparición: estaba como loco. Le contó la conversación que acababa de tener con Smerdiakov, hasta el último detalle. No podía sosegarse a pesar de las palabras con que la joven procuraba calmarle; iba de un extremo a otro de la habitación y hablaba de manera entrecortada, extraña. Por fin se sentó,

puso los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza en ambas manos y formuló un raro pensamiento:

–Si quien mató no fue Dmitri, sino Smerdiakov, está bien claro que yo soy cómplice suyo, pues le instigué. En realidad, no sé aún si le instigué. Pero si mató él y no Dmitri, desde luego, también yo soy un asesino.

Después de oír estas palabras, Katerina Ivánovna se levantó de su asiento sin decir nada, se acercó a su escritorio, abrió un cofrecito que tenía encima, sacó un papel y lo puso ante Iván. Era el documento del que más tarde Iván Fiódorovich habló a Aliosha como de la «demostración matemática» de que el asesino de su padre era Dmitri. Se trataba de una carta escrita por Mitia, estando borracho, a Katerina Ivánovna la tarde misma en que se encontró en el campo con Alexéi cuando éste regresaba al monasterio después de la escena habida en casa de Katerina Ivánovna, a la que Grúshenka insultó. Entonces, al separarse de Aliosha, Mitia fue corriendo a casa de Grúshenka; no se sabe si la vio, pero ya de noche se encontraba en la taberna La Capital, donde bebió sin medida. Borracho, recabó papel y pluma y garrapateó un documento importante contra sí mismo. Se trataba de una carta exaltada, redundante e inconexa, precisamente «borracha». Hacía pensar en el hombre que, hecho una cuba, vuelve a su casa y empieza a contar a su mujer o a alguno de los familiares, con extraordinaria vehemencia, cómo acaban de ofenderle, cuán canalla es el ofensor, cuán excelente persona es, por el contrario, él mismo y cómo va a dar su merecido a aquel miserable, y todo lo cuenta sin acabar nunca, sin ilación y muy excitado, dando puñetazos sobre la mesa y derramando lágrimas de borracho. Lo que le dieron en la taberna era un trozo sucio de un papel de cartas corriente, de mala calidad, en cuyo reverso habían anotado una cuenta. Por lo visto, el espacio resultaba insuficiente para la verbosidad borrachina, y Mitia había aprovechado todos los márgenes y, además, había escrito en forma de cruz sobre las últimas líneas, ya escritas. La carta decía:

«¡Fatal Katia! Mañana me haré con dinero y te devolveré tus tres mil rublos, ¡y adiós, mujer irascible, pero adiós también a mi amor! ¡Acabemos! Mañana pediré dinero a todo el mundo; y si no obtengo dinero de la gente, te doy palabra de honor de que iré a ver a mi padre, le abriré la cabeza y le cogeré el dinero que esconde debajo de la almohada; lo único que hace falta es que Iván se vaya. Acabaré en presidio, pero te devolveré los tres mil rublos. Adiós. Me inclino hasta el suelo, pues ante ti soy un canalla. Perdóname. No, es mejor que no me perdones: ¡así nos será más soportable a mí y a ti! Prefiero el presidio a tu amor, pues amo a otra, a la que hoy has llegado a conocer demasiado, ¿cómo vas a poder perdonar? ¡Mataré al hombre que me ha robado! Me alejaré de todos vosotros, me iré al Oriente para no conocer a nadie. De *ella* también, pues no sólo tú me torturas, también me tortura ella. ¡Adiós!

»P. S. Escribo una maldición, ¡pero te adoro! Lo percibo en mi pecho. Ha quedado una cuerda y suena. ¡Preferiría que el corazón se me partiera por la mitad! Yo me mataré, pero antes mataré al perro. Le arrancaré tres mil rublos y te los arrojaré a ti. ¡Aunque canalla ante ti, no soy un ladrón! Espera los tres mil rublos. Los tiene el perro bajo el colchón, atados con una cinta rosa. No soy yo el ladrón, y al ladrón que me ha robado le mataré. Katia, no me mires con desprecio: ¡Dmitri no es un ladrón, sino un asesino! Ha matado a su padre y se ha perdido a sí mismo para mantenerse firme y no tener que soportar tu orgullo. Y también para no amarte.

»PP. S. Te beso los pies, ¡adiós!

»PP. SS. Katia, ruega a Dios para que me den el dinero. En este caso, no me mancharé de sangre; pero si no me lo dan, ¡me hundiré en la sangre! ¡Mátame!

»Esclavo y enemigo,

D. Karamázov.»

Cuando Iván hubo leído el «documento», se levantó convencido. Así, pues, quien había matado era su hermano y no

Smerdiakov. Si no era Smerdiakov, tampoco era él, Iván. A sus ojos, aquella carta, de pronto, adquiría un sentido matemático. Para él no cabía ya duda alguna acerca de la culpabilidad de Mitia. A propósito: Iván nunca tuvo la sospecha de que Mitia hubiera podido matar junto con Smerdiakov, cosa que, por otra parte, no concordaba con los hechos. Se quedó completamente tranquilo. A la mañana siguiente, sólo se acordaba con desprecio de Smerdiakov y de sus burlas. Pasados unos días, hasta se sorprendía de haber podido tomar tan en serio las sospechas de este último. Decidió despreciarle y olvidarle. Así transcurrió un mes. De Smerdiakov no volvió a preguntar nada más a nadie, pero oyó decir un par de veces, como de pasada, que estaba muy enfermo y algo trastocado. «Acabará loco», comentó en cierta ocasión el joven médico Varvinski, e Iván lo retuvo en la memoria. Durante la última semana de dicho mes, el propio Iván empezó a sentirse muy mal. Fue a consultar al doctor de Moscú llamado por Katerina Ivánovna en vísperas del juicio. En ese mismo tiempo, precisamente, sus relaciones con la joven se habían hecho tensas en extremo. Eran los dos como enemigos que estuvieran enamorados uno del otro. Los retornos de Katerina Ivánovna a Mitia, instantáneos, pero fuertes, ponían ya totalmente furioso a Iván. Cosa extraña: hasta la última escena, descrita por nosotros, que se desarrolló en casa de Katerina Ivánovna, cuando acudió allí Aliosha después de haber visitado a Mitia, Iván no había oído decir ni una sola vez a la joven que dudara de la culpabilidad de Mitia, pese a sus «retornos» hacia éste, que tan odiosos le eran. También es digno de notar que Iván, sintiendo cómo día a día odiaba más a su hermano, comprendía, al mismo tiempo, que su odio no se debía a los «retornos» de Katia hacia este último, sino, precisamente, *¡al hecho de ser él, Mitia, quien había matado a su padre!* Se daba perfecta cuenta de ello. Sin embargo, unos diez días antes del juicio, fue a ver a su hermano y le expuso un plan de evasión, por lo visto me-

ditado con bastante anterioridad. Aparte de la causa principal que le había inducido a dar este paso, tenía asimismo en ello su culpa la pequeña herida, no cicatrizada, que le había causado en el corazón una palabrita de Smerdiakov en el sentido de que a Iván le resultaba beneficiosa la condena de su hermano, pues de este modo la suma heredada del padre se elevaría para él y para Aliosha de cuarenta mil rublos a sesenta mil. Decidió sacrificar treinta mil rublos sólo de su parte para organizar la evasión de Mitia. Cuando regresaba, entonces, de visitarle, estaba extraordinariamente triste y confuso: de pronto tuvo la impresión de que quería la huida no sólo para sacrificar en ello treinta mil rublos y cicatrizar la herida de su corazón, sino, además, por alguna otra cosa. «¿Será porque en el fondo del alma soy yo también un asesino?», se preguntó. Alguna cosa distante pero candente le laceraba el alma. Sin embargo, lo más importante era que en todo aquel mes su orgullo tuvo que sufrir lo indecible, pero de esto hablaremos más tarde... Cuando tomó el cordón de la campanilla de su casa, después de haber conversado con Aliosha, y decidió de pronto ir a ver a Smerdiakov, Iván Fiódorovich obedecía a un sentimiento especial de cólera que le estalló repentinamente en el pecho. De pronto recordó cómo Katerina Ivánovna acababa de exclamar en presencia de Aliosha: «¡Has sido tú, tú, quien me ha hecho creer que él (es decir, Mitia) es un asesino!». Al recordarlo, Iván hasta se quedó como petrificado: jamás en la vida le había asegurado a ella que el asesino era Mitia; al contrario, le había comunicado las sospechas que tenía acerca de sí mismo cuando había vuelto de visitar a Smerdiakov. ¡Al contrario, había sido *ella,* ella le había puesto delante entonces el «documento» y le había mostrado la culpabilidad de Mitia! Y de pronto, ahora exclamaba: «¡Yo misma he ido a ver a Smerdiakov!». ¿Cuándo había ido? Iván nada sabía sobre este particular. ¡Así, pues, ella no estaba tan convencida de la culpabilidad de Mitia! ¿Y qué pudo haberle dicho Smerdiakov? ¿Qué era,

precisamente, lo que le había dicho? Una ira espantosa le abrasó el corazón. No comprendía cómo media hora antes había podido pasar por alto aquellas palabras y no se había puesto a gritar inmediatamente. Soltó el cordón de la campanilla y se precipitó hacia la casa de Smerdiakov. «Es posible que esta vez le mate», pensaba por el camino.

8. Tercera y última entrevista con Smerdiakov

Habría recorrido la mitad del camino cuando se levantó un viento penetrante y seco, como el de aquel día por la mañana temprano, que esparcía una nieve menuda, seca y espesa. La nieve caía al suelo sin pegarse a la tierra, el viento la arremolinaba, y pronto se desencadenó una auténtica ventisca. La parte de la ciudad en que vivía Smerdiakov carecía casi por completo de alumbrado. Iván Fiódorovich daba zancadas en la oscuridad sin parar mientes en la tempestad de nieve, siguiendo el camino instintivamente. Tenía dolor de cabeza, sufría atormentadoras punzadas en las sienes. Notaba como convulsiones en las muñecas. Poco antes de llegar a la casita de Maria Kondrátievna, se cruzó inesperadamente con un borracho solitario, un hombrecito de pequeña estatura, que llevaba un tosco caftán remendado, caminaba haciendo eses, rezongando y blasfemando; de pronto dejaba de blasfemar y se ponía a cantar con ronca voz de borracho:

¡Ay, Vanka se ha ido a Piter[1],
no le voy a esperar!

Pero siempre se interrumpía en esta segunda línea y otra vez empezaba a insultar a alguien para volver a entonar lue-

1. Denominación familiar que los habitantes de Petersburgo daban a su ciudad.

go la misma canción. Hacía rato que Iván Fiódorovich, sin darse cuenta, experimentaba un odio terrible hacia aquel borracho; adquirió de ello conciencia repentinamente. Sintió un deseo irresistible de derribar a aquel mujik de un puñetazo. Fue cuando se encontraban uno al lado del otro, y el hombrecito, dando un fuerte traspiés, chocó con todo su peso contra Iván, quien le rechazó furioso. El pequeño mujik salió despedido y cayó como un tronco sobre la tierra helada, gimió dolorosamente una vez: «¡o-oh!», y calló. Iván dio hacia él unos pasos. El hombre yacía de espaldas, totalmente inmóvil, sin sentido. «¡Se helará», pensó Iván, y volvió a dirigir sus pasos hacia la casa de Smerdiakov.

Ya en el zaguán, Maria Kondrátievna, que había acudido a abrirle con una vela en la mano, le comunicó en voz baja que Pável Fiódorovich (es decir, Smerdiakov) estaba muy enfermo; no es que guardara cama, sino que casi parecía trastocado y hasta había ordenado retirar el té, no quiso beber.

–Qué, ¿alborota quizá? –preguntó bruscamente Iván Fiódorovich.

–Al contrario, está muy quieto; pero no hable usted con él mucho rato... –le rogó Maria Kondrátievna.

Iván Fiódorovich abrió la puerta y entró en aquella pieza de la isba.

La habitación estaba tan recalentada como la primera vez, pero en ella se observaban algunos cambios: habían retirado uno de los bancos adosados a la pared y había en su lugar un viejo diván de cuero y madera, imitación de caoba, utilizado como cama, con almohadas blancas bastante limpias. Allí estaba sentado Smerdiakov, con su bata de siempre. La mesa se había colocado ante el diván, de modo que en la estancia quedaba muy poco espacio libre. Había sobre la mesa un grueso libro de cubiertas amarillas, pero Smerdiakov no lo leía, sino que, al parecer, estaba sentado sin hacer nada. Recibió a Iván Fiódorovich con una larga y silenciosa mirada; por lo visto no le sorprendía en lo más mínimo la visita.

Había cambiado mucho su cara, había adelgazado en extremo y se había quedado amarillento. Tenía hundidos los ojos y azules los párpados inferiores.

–Qué, ¿estás enfermo de verdad? –Iván Fiódorovich se detuvo–. No voy a entretenerte mucho tiempo, ni siquiera me quitaré el abrigo. ¿Dónde puede uno sentarse, aquí?

Pasó al otro extremo de la mesa, acercó a ella una silla y se sentó.

–¿Por qué te me quedas mirando sin decir nada? He venido sólo para hacerte una pregunta, y te juro que no me iré de aquí sin que me hayas respondido: ¿ha venido a verte la señora Katerina Ivánovna?

Smerdiakov siguió callando largo rato, sin dejar de mirar sosegadamente a Iván, mas de pronto hizo un gesto de fatiga con la mano y volvió la cabeza hacia otra parte.

–¿Qué te pasa? –exclamó Iván.

–Nada.

–¿Cómo nada?

–Bueno, sí, ha venido; a usted qué más le da. Déjeme en paz.

–¡No, no te dejaré en paz! Habla, ¿cuándo ha venido?

–Bah, hasta se me ha olvidado –se sonrió desdeñosamente Smerdiakov, y de pronto, volviendo otra vez la cara hacia Iván, le clavó una mirada furiosa, cargada de odio, una mirada como la que le había dirigido durante la otra entrevista, un mes antes–. También usted está enfermo, según parece. Vaya lo que ha adelgazado, tiene muy mala cara –dijo a Iván.

–No te preocupes por mi salud, y responde a lo que te preguntan.

–¿Y por qué se le han puesto amarillentos los ojos? Tiene el blanco de los ojos completamente amarillo. ¿Se atormenta mucho, quizá?

Se sonrió despectivamente y de pronto se echó a reír, ya sin disimulo.

–Escucha, ¡he dicho que no me iría de aquí sin respuesta! –gritó Iván en el paroxismo de la irritación.

–¿Por qué la toma usted conmigo? ¿Por qué me tortura? –repuso Smerdiakov con voz dolorida.

–¡Eh, diablo! No estoy yo por ocuparme de ti. Responde a mi pregunta y me marcharé en seguida.

–¡No tengo que responderle nada! –Smerdiakov volvió a bajar los ojos.

–¡Te aseguro que te obligaré a responder!

–¿Por qué se intranquiliza tanto? –Smerdiakov le miró de súbito no ya con desprecio, sino casi con cierto asco–. ¿Será porque mañana empieza el juicio? A usted nada le va a suceder, ¡sosiéguese ya de una vez! Váyase a su casa, acuéstese tranquilamente a dormir, no tema nada.

–No te comprendo... ¿Qué he de temer mañana? –articuló sorprendido Iván, y de pronto sintió que, en efecto, una impresión de miedo le helaba el alma.

Smerdiakov le midió con la mirada.

–¿No com-pren-de? –repuso, despacito y en son de reproche–. ¡Ya se necesitan ganas para representar esta comedia, siendo un hombre inteligente!

Iván le miraba sin decir nada. Aquel tono inesperado, de una altanería inaudita, con que se le dirigía ahora aquel que había sido lacayo suyo, resultaba verdaderamente insólito. En un tono semejante no le había hablado ni siquiera la última vez.

–Le digo que no ha de temer nada. Nada declararé contra usted, no hay pruebas. Mire, le tiemblan las manos. ¿Por qué se le agitan de este modo los dedos? Váyase a su casa, *no es usted quien le mató.*

Iván se sobresaltó, le vino a la memoria Aliosha.

–Ya sé que no soy yo... –balbuceó.

–¿Lo sa-be? –replicó otra vez Smerdiakov.

Iván se levantó bruscamente y le agarró por los hombros:

–¡Dilo todo, alimaña! ¡Dilo todo!

Smerdiakov no se asustó en lo más mínimo. Se limitó a fijar en Iván una mirada de odio feroz.

–Bueno, pues fue usted quien le mató, ya que se pone en ese terreno –le susurró airadamente.

Iván se dejó caer en la silla como si estuviera reflexionando algo. Se sonrió con malignidad.

–¿Sigues refiriéndote a lo de entonces? ¿A lo mismo que la otra vez?

–Sí, también la otra vez estaba ante mí y lo comprendió todo, como lo comprende ahora.

–Sólo comprendo que estás loco.

–¡No se harta aún! Estamos solos, ¿a santo de qué, digo yo, fastidiarnos el uno al otro representando una comedia? ¿O bien quiere todavía echar sobre mí toda la culpa, y decírmelo a la cara? Mató usted, usted es el asesino principal, yo fui tan sólo su secuaz, su fiel criado Licharda, y obré ateniéndome a sus palabras.

–¿Obraste? ¿Entonces, eres tú quien le mató? –Iván se quedó helado.

Experimentó como una conmoción en el cerebro y se puso a temblar todo él con breve y frío temblor. Entonces fue Smerdiakov quien se le quedó mirando sorprendido: probablemente le impresionó, al fin, la sinceridad del susto de Iván.

–Pero, ¿es realmente posible que usted no supiera nada? –musitó receloso, sonriéndole torvamente y burlón.

Iván continuaba mirándolo, parecía como si se le hubiera paralizado la lengua.

¡Ay, Vanka se ha ido a Piter,
no le voy a esperar!,

resonó de pronto en su cabeza.

–¿Sabes? Temo que seas un sueño o un fantasma que haya surgido ante mí –balbuceó.

–Aquí no hay más fantasma que nosotros dos, y además un tercero. Sin duda alguna está ahora aquí ese tercero; se encuentra entre nosotros.

–¿Quién es? ¿Quién está aquí? ¿Quién es el tercero? –preguntó atemorizado Iván Fiódorovich, mirando en torno y buscando apresuradamente a alguien por todos los rincones.

–El tercero es Dios, la Providencia; ahora la tenemos a nuestro lado, pero no la busque, no la encontrará.

–¡Has mentido al decir que le mataste tú! –vociferó furiosamente Iván–. ¡O estás loco o me estás exasperando como la otra vez!

Smerdiakov seguía observándole con mucha atención, sin asustarse en absoluto. No podía vencer aún su desconfianza, aún le parecía que Iván «lo sabe todo» y que lo fingía de aquel modo sólo para «echar sobre él, cara a cara, toda la culpa».

–Espere –dijo por fin con débil voz y, sacando de debajo de la mesa la pierna izquierda, empezó a doblar el pantalón hacia arriba. Llevaba una larga media blanca y una pantufla. Sin apresurarse, Smerdiakov se quitó la liga y hundió profundamente los dedos en la media. Iván Fiódorovich le miraba y de pronto empezó a temblar, presa de un terror convulsivo.

–¡Loco! –vociferó y, levantándose de un salto, se hizo atrás tan vivamente que chocó de espalda contra la pared, a la que quedó como pegado, tieso como un bastón.

Miraba a Smerdiakov con un terror demencial. Éste, sin inmutarse en lo más mínimo por el terror de Iván, seguía rebuscando en la media como si se esforzara por agarrar algo con los dedos y sacarlo. Por fin lo consiguió. Iván Fiódorovich vio que se trataba de unos papeles o de un fajo de papeles. Smerdiakov acabó de sacarlos y los puso sobre la mesa.

–¡Aquí tiene! –dijo en voz baja.

–¿Qué? –respondió Iván, temblando.

–Haga el favor de mirar –añadió Smerdiakov en el mismo tono de voz.

Iván se acercó a la mesa, tomó el fajo y empezó a deshacerlo, mas de súbito retiró los dedos como si hubiera tocado una alimaña repugnante, espantosa.

–Le tiemblan los dedos convulsivamente –observó Smerdiakov, y él mismo desenvolvió el papel.

Debajo de la envoltura aparecieron tres fajos de billetes de banco de cien rublos.

–Está todo aquí, están los tres mil rublos, no necesita contarlos. Tome lo que quiera –invitó a Iván, señalando el dinero con un movimiento de cabeza.

Iván se dejó caer en la silla. Estaba pálido como un lienzo.

–Me has asustado... con esta media... –articuló, con una sonrisa extraña.

–¿Pero es posible, es posible que hasta ahora no lo supiera? –preguntó una vez más Smerdiakov.

–No lo sabía, no. Yo pensaba que había sido Dmitri. ¡Hermano! ¡Hermano! ¡Ah! –De pronto se agarró la cabeza con ambas manos–. Escucha: ¿le mataste tú solo? ¿Sin mi hermano o con él?

–Sólo con usted, de acuerdo con usted lo hice; Dmitri Fiódorovich es inocente por completo.

–Está bien, está bien... De mí hablaremos luego. Por qué estoy temblando de este modo... No puedo articular ni una palabra.

–Entonces era usted mucho más valiente, «todo está permitido», decía; pero ahora, ¡vaya cómo se ha asustado! –murmuró, asombrado, Smerdiakov–. ¿No desearía una limonada? Ahora mismo mandaré que la traigan. Quizá le siente bien. Pero antes habría que esconder esto.

Y volvió a señalar los billetes con un movimiento de cabeza. Se levantó con la intención de dirigirse a la puerta para llamar a Maria Kondrátievna y pedirle que preparara y trajera limonada; pero buscando con qué cubrir el dinero para que

aquélla no lo viera, se sacó del bolsillo un pañuelo, y como también lo tenía muy sucio, tomó de la mesa el grueso libro amarillo, el único que había y en el que se había fijado Iván al entrar; lo puso sobre el dinero, apretándolo. El título del libro era: *Sermones de nuestro Santo padre Isaac el Sirio.* Iván Fiódorovich tuvo tiempo de leerlo maquinalmente.

–No quiero limonada –dijo–. De mí hablaremos luego. Siéntate y dime: ¿cómo lo hiciste? Cuéntamelo todo...

–Por lo menos quítese el abrigo; si no, va usted a sudar.

Iván Fiódorovich, como si sólo entonces hubiera caído en la cuenta, se quitó el abrigo y, sin levantarse de la silla, lo arrojó sobre el banco.

–Pero habla, ¡por favor, habla!

Parecía que se había calmado. Esperaba, convencido de que Smerdiakov ahora lo diría *todo.*

–¿Acerca de cómo se hizo? –Smerdiakov suspiró–. Se hizo de la manera más natural, según sus propias palabras...

–De mis palabras hablaremos luego –le interrumpió otra vez Iván, pero ya sin gritar como antes, articulando firmemente las palabras y como dominándose por completo–. Cuenta sólo con detalle cómo lo hiciste. Por orden. No olvides nada. Cuenta los detalles, sobre todo los detalles. Por favor.

–Usted partió, yo caí entonces en el sótano...

–¿Por un ataque, o lo simulaste?

–Naturalmente que simulé. Lo simulé todo. Bajé con calma la escalera, hasta abajo, y me tumbé con toda tranquilidad sobre el suelo; cuando ya estuve tumbado, me puse a gritar. Y me debatí mientras me llevaron.

–¡Un momento! ¿Y has estado simulando todo el tiempo, también más tarde, en el hospital?

–De ningún modo. Al día siguiente, por la mañana, antes de pasar al hospital, tuve un ataque muy fuerte, como no lo había sufrido hacía ya muchos años. Permanecí dos días enteros totalmente sin sentido.

–Está bien, está bien. Continúa.

–Me pusieron sobre el catre que había al otro lado del tabique; yo ya sabía que lo harían, porque siempre que estaba enfermo, Marfa Ignátievna me colocaba en su aposento, al otro lado de aquel tabique. Siempre ha sido cariñosa conmigo, desde mi nacimiento. Por la noche yo gemía, pero débilmente. Esperaba que llegase Dmitri Fiódorovich.

–¿Cómo? ¿Esperabas que fuera a verte?

–¿A verme a mí? ¿Para qué? Esperaba que llegase a la casa, pues yo no tenía duda alguna de que acudiría aquella noche, ya que, privado de mi concurso y carente de noticias, tenía que introducirse él mismo en la casa saltando la valla, como otras veces, y hacer alguna trastada.

–¿Y si no hubiera acudido?

–Entonces no habría pasado nada. Sin él yo no me habría atrevido.

–Está bien, está bien... Habla de manera más clara, no te apresures, ¡y, sobre todo, no omitas nada!

–Yo esperaba que matase él a Fiódor Pávlovich... era seguro. Porque yo ya le había preparado... durante los últimos días... y sobre todo le había explicado lo de aquellas señales. Con el recelo y el furor que durante aquellos días se le habían ido acumulando, no había duda de que iba a penetrar en la casa recurriendo a las señales. Tenía que ser así. Por esto yo le esperaba.

–Un momento –le interrumpió Iván–. Si él hubiera matado, habría tomado el dinero y se lo habría llevado; ¿no era así como debías de razonar tú? ¿Qué te habría quedado a ti después? No lo comprendo.

–Es que él nunca habría encontrado el dinero. Era yo quien le había hecho creer que el dinero estaba debajo del colchón. Pero no era verdad. Primero lo tuvo Fiódor Pávlovich en un cofrecito. Luego, como no confiaba nada más que en mí, en todo el mundo, le sugerí que escondiera el sobre con el dinero en la esquina detrás de los iconos, pues nadie sospecharía

que estuviera allí, sobre todo si quien lo buscase tuviera prisa. Y allí, tras los iconos, escondió el sobre. Habría sido ridículo guardarlo debajo del colchón, en el cofrecito por lo menos estaba bajo llave. Pero aquí todo el mundo ha creído que el dinero estaba debajo del colchón. Es un razonamiento absurdo. Pues bien, si Dmitri Fiódorovich hubiera cometido el asesinato, al no encontrar nada, o se habría apresurado a huir con mucho miedo de hacer ruido, como siempre ocurre con los asesinos, o habría sido detenido. En todo caso, yo siempre habría tenido la posibilidad de sacar el dinero de detrás de los iconos, al día siguiente o aquella misma noche, y llevármelo; todo se habría atribuido a Dmitri Fiódorovich. Yo siempre podía esperar que fuera así.

–¿Y si sólo le hubiera golpeado, en vez de matarle?

–Si no le hubiera matado, yo, desde luego, no me habría atrevido a coger el dinero, me habría quedado con las manos vacías. Pero calculaba también que podía pegarle hasta dejarle sin sentido, yo habría tenido tiempo de tomar el dinero y después habría hecho creer a Fiódor Pávlovich que nadie más, sino Dmitri Fiódorovich, le había robado después de golpearle.

–Espera... no lo entiendo bien. ¿Así, pues, fue de todos modos Dmitri quien le mató y tú sólo te apoderaste del dinero?

–No, no fue él quien le mató. Ya ve, hasta ahora mismo podría decirle a usted que fue él... pero no quiero mentirle ahora porque... porque si usted, realmente, hasta ahora no había comprendido nada, como yo mismo me doy cuenta, y no fingía ante mí para cargarme cara a cara la manifiesta culpa suya, tiene de todos modos la culpa de todo, pues usted estaba al corriente de lo que se preparaba, me encargó matar y sabiéndolo todo se marchó. Por esto quiero demostrarle esta noche cara a cara que el principal asesino es, en todo, usted, y no yo, a pesar de haber sido yo quien mató. ¡El auténtico asesino es usted, usted!

–¿Por qué soy yo el asesino, por qué? ¡Oh, Dios! –exclamó Iván, sin poderse contener, al fin, olvidándose de que había dejado para más tarde hablar de sí–. ¿Sigues refiriéndote, como siempre, a lo de Chermashnia? Un momento, dime, ¿qué necesidad tenías de mi consentimiento, si es que tomaste por tal mi partida hacia Chermashnia? ¿Cómo me lo explicas?

–Seguro de su consentimiento, yo ya sabía que usted, al volver, no iba a armar escándalo por la pérdida de esos tres mil rublos si las autoridades, por lo que fuese, sospechaban de mí en vez de sospechar de Dmitri Fiódorovich o me creían su cómplice; al contrario, usted me habría defendido... Y luego, cuando hubiera percibido la herencia, habría podido recompensarme durante todo el resto de la vida, porque, de todos modos, gracias a mí habría recibido la herencia; pues de haberse casado el señor con Agrafena Alexándrovna, se habría quedado usted sin nada.

–¡Ah! ¡Tenías la intención de atormentarme también después, durante toda la vida! –rechinó Iván–. ¿Y qué habría sucedido si entonces, en vez de partir, te hubiese denunciado?

–¿Qué habría podido declarar usted entonces? ¿Que yo le instaba a que fuese a Chermashnia? Eso no son más que tonterías. Además, después de nuestra conversación, una de dos: o se marchaba usted o se quedaba. De haberse quedado, no habría sucedido nada, yo ya habría sabido que usted no quería que aquello sucediese y no habría emprendido nada. Pero si se iba, me aseguraba usted, con ello, que no se atrevería a denunciarme y que me iba a perdonar esos tres mil rublos. Además, no iba usted a poderme perseguir de ningún modo, pues en este caso yo lo habría contado todo a la justicia, es decir, no que yo hubiera robado o matado (esto no lo habría dicho), sino que usted mismo me había incitado a robar y a matar, pero que yo no había estado de acuerdo. Yo necesitaba entonces su consentimiento para que no pudiera usted ponerme en un aprieto con nada, pues no tendría nin-

guna prueba; en cambio, siempre podía ponerle en un aprieto yo descubriendo de qué modo anhelaba usted la muerte de su padre, y le doy palabra de que el público lo habría creído y habría quedado usted avergonzado para toda la vida.

–¿Tenía yo tanto ese anhelo, tanto? –rechinó otra vez Iván.

–Sin duda alguna, y me permitió usted entonces que actuara al darme su conformidad con su silencio –respondió Smerdiakov mirando firmemente a Iván.

Estaba muy débil, hablaba en voz baja, fatigado, pero algo interior y secreto le animaba; por lo visto, tramaba alguna cosa. Iván lo presentía.

–Continúa –le dijo éste–, continúa explicando lo de aquella noche.

–¡Bien, continuaré! Estaba yo acostado cuando oí como si el señor lanzara un grito. Un momento antes, Grigori Vasílich se había levantado y había salido; de pronto se puso a chillar; luego todo quedó en silencio, sumido en tinieblas. Yo estaba acostado, esperaba, el corazón me latía con fuerza, la impaciencia me devoraba. Por fin me levanté y salí; veo a la izquierda la ventana que da al huerto abierta, avanzo unos pasos más hacia allí para escuchar y enterarme de si dentro de la habitación estaba el señor vivo o no, cuando le oí agitarse y soltar ayes y oyes; así, pues, vivía. «¡Eh!», me dije. Me acerqué a la ventana, grité al señor: «Soy yo». Y él me responde: «¡Ha estado, ha estado y ha huido!». Es decir, había estado Dmitri Fiódorovich. «¡Ha matado a Grigori!» «¿Dónde?», le pregunté en voz baja. «Ahí, en el rincón», me indicó, hablando también en voz baja. «Espere», le dije. Me fui a explorar aquel rincón y me tropecé junto a la valla con Grigori Vasílievich, tendido en el suelo, todo ensangrentado y sin sentido. «Es verdad, pues, que ha estado Dmitri Fiódorovich», pensé en seguida, y decidí en aquel mismo momento acabar con todo repentinamente, pues aunque Grigori Vasílievich todavía viviera, nada vería hallándose en el suelo sin sentido. No había más que un peligro, y era que de pronto se des-

pertara Marfa Ignátievna. Me di cuenta de ello al instante, pero aquel afán se había apoderado de mí de modo que hasta me faltaba la respiración. Volví otra vez junto a la ventana del señor y le dije: «Ella está aquí, ha venido, Agrafena Alexándrovna ha venido, quiere entrar». Se estremeció como una criaturita: «¿Dónde, aquí? ¿Dónde?», estaba admirado, pero aún no lo creía. «Ahí está, de pie, le respondo, ¡abra!» Me miró por la ventana creyéndome y no creyéndome, tenía miedo a abrir; «ahora recela de mí», pensé. Y hasta es cómico: de pronto se me ocurrió dar en el marco de la ventana los golpecitos de la señal que anunciaba la llegada de Grúshenka, lo hice ante sus propios ojos; no creía, al parecer, mis palabras, pero no bien hice la señal, corrió a abrir la puerta. Abrió. Yo quise entrar, pero él no se movía y me impedía el paso con su cuerpo. «¿Dónde está? ¿Dónde está?» Me miraba temblando. «Bueno, pensé, ¡si tanto miedo tiene de mí, malo!» Y en aquel momento, casi se me doblaron a mí mismo las piernas, temiendo que no me dejara entrar en su aposento o que gritara o que acudiera Marfa Ignátievna o no sé qué, ya no me acuerdo; entonces yo mismo, seguramente, estaba pálido ante él. Le susurraba: «Sí, está allí, al pie de la ventana, ¿cómo no la ha visto usted?». «¡Tráela aquí, tráela aquí!» «Tiene miedo, le digo, el grito la ha asustado, se ha escondido detrás de unos arbustos, llámela usted mismo desde el gabinete.» Fue corriendo, se acercó a la ventana, puso la vela en el antepecho. «Grúshenka –gritó–, Grúshenka, ¿estás aquí?» Gritaba, pero no quería asomarse por la ventana, no quería apartarse de mi lado debido a su mucho miedo, porque entonces tenía mucho miedo de mí y por esto no se atrevía a apartarse. «Mírela ahí, le dije (yo me acerqué a la ventana y me asomé sacando medio cuerpo), mírela ahí, entre los arbustos, le está sonriendo, ¿la ve?» De pronto me creyó, se puso a temblar, muy enamorado estaba de ella, y se asomó por la ventana. Entonces agarré yo el pisapapeles de hierro colado que tenía sobre la mesa, ¿recuerda?, pesará por lo me-

nos unas tres libras, alcé el brazo y le di por detrás, por el canto, sobre la coronilla con todas mis fuerzas. Ni siquiera exhaló un grito. Sólo, de pronto, se deslizó hacia el suelo, mientras yo le asesté un segundo golpe y un tercero. Al tercero noté que le había roto el cráneo. Cayó repentinamente de espaldas, con la cara hacia arriba, todo ensangrentado. Miré si no me había manchado de sangre, no me había salpicado; sequé el pisapapeles, lo coloqué en su sitio, me acerqué a los iconos, tomé el sobre, saqué de él los billetes y luego lo arrojé al suelo con la cintita rosa al lado. Salí al huerto temblando. Me dirigí a un manzano que tiene un hueco, usted sabe cuál es, yo hacía tiempo que me había fijado en él, tenía allí preparados hacía mucho un trapo y papel; envolví todos los billetes en el papel, luego en el trapo, y los hundí en el hueco. Allí quedaron durante más de dos semanas, los saqué después de salir del hospital. Volví a mi catre, me acosté pensando con terror: «Si Grigori Vasílievich está realmente muerto, las cosas pueden tomar para mí muy mal cariz; pero si no está muerto y vuelve en sí, todo irá muy bien, porque será testigo de que Dmitri Fiódorovich ha venido y entonces será éste quien habrá matado y se habrá llevado el dinero». En mi confusión e impaciencia, me puse a gemir para despertar cuanto antes a María Ignátievna. Por fin se levantó, vino a mi lado, pero cuando se dio cuenta de que Grigori Vasílievich no estaba allí, salió corriendo, y la oí clamar en el huerto. Entonces empezó el trajín de toda la noche, pero yo ya estaba completamente tranquilo.

El narrador se detuvo. Iván le había estado escuchando con un silencio de muerte, sin moverse, sin apartar de él la vista. Smerdiakov, en cambio, mientras contaba, sólo de vez en cuando le echaba una mirada, casi siempre dirigía los ojos hacia otro lado. Cuando terminó el relato, él mismo se encontraba evidentemente emocionado y suspiró con fatiga. La cara se le había puesto sudorosa. Sin embargo, era imposible adivinar si se sentía o no arrepentido.

–Un momento –dijo Iván, reflexionando–. ¿Y la puerta? Si sólo te la abrió a ti, ¿cómo pudo haberla visto abierta, antes, Grigori? Porque Grigori la vio antes que tú estuvieras, ¿no?

Lo curioso era que Iván hacía sus preguntas en un tono de voz completamente pacífico, incluso completamente distinto del que había empleado hasta entonces, bondadoso, de modo que si en aquel momento alguien hubiera abierto la puerta y desde el umbral los hubiera contemplado, habría llegado sin duda alguna a la conclusión de que estaba conversando pacíficamente sobre una cuestión ordinaria, aunque interesante.

–En cuanto a esa puerta y a que Grigori Vasílievich, según dice, la vio abierta, no es más que un efecto de su imaginación –Smerdiakov se sonrió con una sonrisa contrahecha–. Tenga en cuenta que este hombre es más terco que un pollino, se lo digo yo: no ha visto nada, pero se imagina haberlo visto y no hay quien lo apee del burro. Usted y yo hemos tenido suerte de que se le haya metido esa idea en la cabeza, porque no hay duda de que así, al final, probarán la culpabilidad de Dmitri Fiódorovich.

–Escucha –dijo Iván Fiódorovich como si otra vez empezara a perderse y se esforzara por comprender alguna cosa–, escucha... Aún quería preguntarte muchas cosas, pero se me han olvidado... Todo lo olvido y lo confundo... ¡Sí! Explícame por lo menos, aunque sólo sea esto: ¿por qué abriste el sobre y lo dejaste allí mismo, en el suelo? ¿Por qué no te llevaste el dinero en el sobre?... Cuando me lo has contado, me ha parecido que decías, refiriéndote a dicho sobre, que era así como había que proceder... pero no puedo comprender por qué tenía que ser así...

–Lo hice así por cierto motivo. Pues si el hecho hubiera sido obra de un hombre enterado y de la casa, como yo, por ejemplo, que hubiera visto ya antes el dinero, que lo hubiera metido quizás en aquel mismo sobre y que hubiera visto con sus propios ojos cómo lo cerraban y escribían encima,

ese hombre, de haber cometido el crimen, ¿a santo de qué habría abierto el sobre después del asesinato, con tantas prisas, sabiendo con toda certeza que el dinero se encontraba allí? Al contrario, de ser un hombre así, como yo, por ejemplo, el ladrón, se habría metido sencillamente el sobre en el bolsillo sin entretenerse en abrirlo y habría tomado soleta cuanto antes. La situación cambia tratándose de Dmitri Fiódorovich: del sobre tenía noticia sólo de oídas, él de por sí no lo había visto, y cuando, digamos, lo hubiera encontrado debajo del colchón, se habría apresurado a abrirlo para comprobar si contenía en realidad el dinero. El sobre lo habría arrojado ahí mismo al suelo, sin tiempo para pensar que después sería una prueba en contra suya, pues él no es un ladrón con experiencia; antes no había robado nada de manera manifiesta, es noble de nacimiento, y si en este caso se decidía a robar era porque entendía que no robaba, sino que se había presentado a tomar lo que le pertenecía, lo cual había anunciado ya de antemano a toda la ciudad, y hasta se había jactado con anticipación en voz alta y ante todo el mundo de que iría a casa de Fiódor Pávlovich para quitarle lo que era suyo. Cuando el fiscal me interrogó, le sugerí esa misma idea sin exponérsela con claridad, sino mediante alusiones, como si yo mismo no me diera cuenta de lo que decía y como si encontrara la idea él sin la sugerencia mía; al señor fiscal hasta se le cayó la baba después de la alusión que yo hice...

–¿Pero es posible que ya entonces, sobre el terreno, hubieras meditado todo esto, es posible? –exclamó Iván Fiódorovich sin poderse recobrar de su asombro. Otra vez miraba asustado a Smerdiakov.

–Por piedad, ¿acaso es posible meditar todo eso con tales prisas? Todo estaba pensado con anticipación.

–Vaya... vaya, ¡a ti te ayudó el mismísimo diablo! –exclamó Iván Fiódorovich–. No eres tonto, no; eres mucho más inteligente de lo que yo me figuraba...

Se levantó con la evidente intención de pasearse por la estancia. Sentía una tristeza terrible. Comoquiera que la mesa le obstaculizaba el camino y el espacio que quedaba entre ella y la pared apenas se podía salvar si no era deslizándose, sólo dio una vuelta en el mismo lugar y se sentó otra vez. El que no pudiera pasear un poco quizá le irritó, de modo que casi con el mismo furor de antes vociferó de pronto:

–¡Escucha, desgraciado, hombre despreciable! ¿Es posible que no comprendas que si no te he matado aún es sólo para poderte hacer rendir cuentas mañana ante el tribunal? Dios lo ve –Iván levantó la mano–, quizá yo también fui culpable, quizá tuve yo el secreto deseo de que... muriese mi padre, pero te juro que no soy tan culpable como crees, y, quizá, no te instigué en lo más mínimo. ¡No, no, no te instigué! Pero da lo mismo, mañana declararé yo contra mí en el juicio, ¡estoy decidido! Lo diré todo, todo. ¡Pero nos presentaremos juntos, tú y yo! Y digas lo que digas contra mí ante el tribunal, cualquiera que sea tu declaración, la acepto y no te temo; ¡la confirmaré yo mismo! ¡Pero también tú has de confesar ante el tribunal! Debes hacerlo, debes, ¡iremos juntos! ¡Así será!

Iván pronunció estas palabras solemne y enérgicamente, bastaba verle el resplandor de la mirada para darse cuenta de que así sería.

–Usted está enfermo, ya lo veo, muy enfermo. Tiene los ojos completamente amarillos –repuso Smerdiakov, pero sin ninguna ironía, incluso hasta como si le tuviera compasión.

–¡Iremos juntos! –repitió Iván–. Si no vas, da lo mismo, lo confesaré yo solo.

Smerdiakov permaneció unos instantes silencioso, como reflexionando.

–No ocurrirá nada de todo esto, y usted tampoco irá –replicó, por fin, sin apelación.

–¡No me comprendes! –exclamó Iván en son de reproche.

–Sentirá usted demasiada vergüenza si lo confiesa todo. Además, será inútil, totalmente inútil, porque yo negaré categóricamente haberle dicho nunca nada semejante y afirmaré que habla usted así por hallarse enfermo (lo cual está a la vista), o bien que se sacrifica por la mucha pena que le da su hermanito, y que inventa todo lo que diga contra mí porque toda su vida me ha considerado usted como una mosca y no como una persona. ¿Quién le va a creer, dónde tiene usted aunque sólo sea una prueba?

–Escucha, ahora me has mostrado este dinero, claro está, para convencerme.

Smerdiakov quitó el Isaac el Sirio de encima de los fajos de billetes y lo puso a un lado.

–Tome este dinero y lléveselo –suspiró Smerdiakov.

–¡Claro que me lo llevaré! Pero, ¿por qué me lo das ahora, si por él mataste? –le preguntó Iván, mirándole con extraordinaria sorpresa.

–No lo necesito para nada –respondió Smerdiakov con voz temblorosa, haciendo un gesto de cansancio con la mano–. Tenía primero la idea de que con este dinero empezaría otra vida en Moscú, o mejor aún en el extranjero, éste era mi sueño, sobre todo porque «todo está permitido». Fue usted quien me lo enseñó, la verdad, pues entonces me decía muchas veces: «Si el Dios infinito no existe, tampoco existe ninguna virtud, ni falta que hace». Fue usted, en verdad. Y así razoné yo.

–¿Y llegaste a la conclusión por tu propia mollera? –preguntó Iván con una sonrisa forzada.

–Bajo la dirección de usted.

–¿Y ahora, pues, crees en Dios, ya que devuelves el dinero?

–No, no creo en Dios –balbuceó Smerdiakov.

–¿Por qué lo devuelves, pues?

–Basta... ¡qué más da! –Smerdiakov hizo otra vez su gesto de fatiga con la mano–. Usted mismo, entonces, a cada paso decía que todo está permitido, y ahora, ¿por qué está tan

alarmado? Hasta quiere ir a declarar contra sí mismo... ¡Sólo que no ocurrirá nada de todo esto! ¡No irá usted a declarar! –concluyó otra vez Smerdiakov, con firmeza y convicción.

–¡Lo verás! –repuso Iván.

–No puede ser. Es usted demasiado inteligente. El dinero le gusta, lo sé; también le gustan los honores, porque es usted muy orgulloso; le gustan en gran manera los encantos del bello sexo, y por encima de todo, le gusta vivir en regalada abundancia sin tener que inclinarse ante nadie, esto sobre todo. No querrá usted malograrse la vida para siempre cargando con tanta vergüenza ante el tribunal. Usted es como Fiódor Pávlovich; de todos los hijos es usted el que más se le parece, tiene la misma alma que su padre.

–No eres tonto –dijo Iván como sorprendido; la sangre le afluyó a la cara–, antes creía que eras tonto. ¡Ahora hablas en serio! –observó, como si, de pronto, mirara de una manera nueva a Smerdiakov.

–Era por orgullo por lo que me creía usted tonto. Tome el dinero.

Iván recogió los tres fajos de billetes y se los puso en el bolsillo sin envolverlos en nada.

–Mañana los mostraré al tribunal –dijo.

–Nadie le creerá; ahora tiene usted bastante dinero suyo, puede haberlos tomado de su cofrecito y llevarlos.

Iván se levantó de su asiento.

–Te repito que si no te he matado ha sido únicamente porque mañana me harás falta, recuérdalo, ¡no lo olvides!

–Bien, máteme. Máteme ahora –articuló de pronto Smerdiakov de manera rara, mirando de modo extraño a Iván–. No se atreverá ni a esto –añadió, sonriéndose amargamente–, ¡no se atreverá a nada, usted que era antes un hombre tan audaz!

–¡Hasta mañana! –gritó Iván y se dispuso a salir.

–Espere... muéstreme usted el dinero una vez más.

Iván sacó del bolsillo los billetes de banco y se los mostró.

Smerdiakov los estuvo contemplando unos diez segundos.

–Bien, váyase –articuló, agitando la mano–. ¡Iván Fiódorovich! –volvió a gritar, de pronto, al verle salir.

–¿Qué quieres? –preguntó Iván volviéndose desde la puerta.

–¡Adiós!

–¡Hasta mañana! –volvió a gritar Iván y salió de la isba.

La tempestad de nieve proseguía. Iván caminó de momento con paso firme, mas de pronto pareció como si empezara a tambalearse. «Esto es algo de carácter físico», pensó sonriéndose. Una especie de alegría le inundaba el alma. Sentía en su interior una firmeza infinita. ¡Era el fin de todas las vacilaciones que tanto le habían atormentado durante aquel último tiempo! La decisión estaba tomada «y ya no cambiará», pensaba con una sensación de felicidad. En aquel momento tropezó inesperadamente con algo y por poco se cae. Se detuvo y distinguió a sus pies al pequeño mujik que él había derribado, tumbado en el mismo lugar, sin sentido y sin movimiento. La nieve casi le había cubierto la cara. Iván, de pronto, lo levantó y se lo cargó a cuestas. Viendo luz en una casita, a la derecha, se acercó, llamó a los postigos y pidió al menestral que le respondió, el dueño de la casita, que le ayudara a conducir al mujik hasta la comisaría, prometiéndole por ello tres rublos. El menestral se abrigó y salió. No voy a describir con detalle cómo Iván Fiódorovich logró entonces llegar a la comisaría e instalar allí al mujik para que inmediatamente le examinara un doctor, ni cómo dio también dinero con mano generosa «para los gastos». Diré tan sólo que ello le tomó casi una hora entera. Pero Iván Fiódorovich quedó muy contento. El pensamiento le trabajaba activamente. «Si no hubiera tomado una decisión tan firme para mañana –pensó de pronto con alegría–, no me habría detenido una hora entera para ayudar al pequeño mujik, habría pasado por su lado sin importarme en absoluto que se helase... Sin embargo, ¡qué fuerzas tengo para observarme a mí mismo! –pensó en aquel

mismo instante, todavía con mayor placer–. ¡Y habían creído que iba a volverme loco!» Llegado ante su casa, una duda repentina hizo que se detuviera de pronto: «¿No sería necesario ir a ver al fiscal ahora, en este mismo momento, y declarárselo todo?». Resolvió la duda dirigiéndose de nuevo a su casa: «¡Mañana, todo a la vez!», se dijo para sus adentros, y, cosa rara, casi toda su alegría, toda la satisfacción de sí mismo, desaparecieron en un santiamén. Cuando entró en su cuarto, algo glacial le rozó de pronto el corazón, como el recuerdo o, mejor, la rememoración de algo atormentador y repugnante que se encontraba precisamente en aquella estancia en aquel momento, y también antes. Se dejó caer fatigado en el diván. La vieja le trajo el samovar, él mismo se preparó el té, mas no lo probó; a la vieja le mandó que se retirara hasta el día siguiente. Estaba sentado en el diván y tenía vértigos. Se sentía enfermo y sin fuerzas. Empezó a adormecerse, pero se levantó intranquilo y se puso a caminar por el cuarto para alejar el sueño. A veces tenía la impresión de que estaba delirando. Pero no era la enfermedad lo que más le preocupaba; habiéndose sentado de nuevo, empezó a mirar de vez en cuando a su alrededor como si quisiera descubrir algo. Así ocurrió en varios momentos. Por fin dirigió la mirada fijamente a un punto. Iván se sonrió, pero se puso rojo de ira. Durante largo rato permaneció sentado en su sitio, apretándose fuertemente la cabeza con ambas manos, pero sin dejar de mirar de soslayo hacia el mismo punto, hacia el diván adosado a la pared de enfrente. Algo había allí que visiblemente le irritaba, algún objeto le inquietaba, le atormentaba.

9. El diablo. La pesadilla de Iván Fiódorovich

No soy médico, pero siento que ha llegado la hora en que me es decididamente necesario explicar al lector, aunque sólo sea a grandes rasgos, la naturaleza de la enfermedad de Iván

Fiódorovich. Anticipándome al relato, me limitaré a decir que aquella tarde se encontraba Iván en vísperas de un ataque de fiebre nerviosa que se apoderó por fin de su organismo, quebrantado hacía tiempo pese a que ofrecía una tenaz resistencia a la enfermedad. Sin saber nada de medicina, me arriesgaré a formular la conjetura de que, quizá, con un extraordinario esfuerzo de voluntad, Iván había logrado por cierto tiempo alejar la dolencia soñando, desde luego, con que podría dominarla. Se sabía enfermo, pero le causaba repugnancia estarlo en aquel tiempo, en aquellos momentos que se iniciaban, decisivos para su vida, cuando había que hacer acto de presencia, exponer la propia opinión valiente y decididamente y «justificarse ante sí mismo». De todos modos, fue una vez a consultar al nuevo doctor, llegado de Moscú, a quien había llamado Katerina Ivánovna obedeciendo a una fantasía a la que ya me he referido antes. Después de haberle escuchado y examinado, el doctor llegó a la conclusión de que al parecer Iván sufría hasta de cierto trastorno cerebral, y no se sorprendió en lo más mínimo de cierta confesión que éste le hizo venciendo la repugnancia que experimentaba. «En su estado, las alucinaciones son muy posibles –dictaminó el doctor–, aunque haría falta comprobarlas... De todos modos, es indispensable iniciar el tratamiento en serio, sin perder ni un minuto; de lo contrario, malo.» Pero, después de la consulta, Iván Fiódorovich no dio cumplimiento al sensato consejo y no quiso guardar cama ni cuidarse: «Aún puedo andar, aún no me han abandonado las fuerzas; si me desplomo, será otra cosa; entonces, que me cuide quien quiera», decidió, con un gesto de indiferencia.

Estaba, pues, sentado en aquellos momentos, casi consciente de que deliraba, y, como ya he dicho, miraba fijamente cierto objeto del diván, adosado en la pared de enfrente. Resultó, de pronto, que había allí alguien y Dios sabe cómo había entrado en la habitación, pues no estaba cuando entró en ella Iván Fiódorovich al regresar de su visita a Smerdia-

kov. Era un señor o, mejor dicho, una especie de *gentleman* ruso, ya de cierta edad, *qui frisait la cinquantaine* [1], como dicen los franceses, con algún que otro mechón entrecano entre sus cabellos oscuros, bastante largos y todavía espesos, y con una barbita en punta. Llevaba una chaqueta marrón, de corte excelente, pero ya bastante usada, hecha poco más o menos tres años antes, pasada ya por completo de moda, lo cual explica que las personas de mundo acomodadas no llevaran chaquetas de aquel tipo desde hacía ya dos años. La camisa y la larga corbata a guisa de pañuelo eran como las que usan los *gentlemen chic,* pero, miradas de cerca, la camisa se veía algo sucia y la ancha corbata muy raída. Los pantalones a cuadros que llevaba el visitante le sentaban muy bien, pero resultaban demasiado claros y estrechos, ahora así ya no se llevan; y lo mismo podía decirse de su sombrero de fieltro blanco, verdaderamente demasiado fuera de temporada. En una palabra, su aspecto era el de un hombre distinguido, pero de muy escasos recursos. Habríase dicho que aquel *gentleman* pertenecía a la categoría de los ex terratenientes ociosos cuya situación había sido floreciente aún bajo el régimen de servidumbre; era evidente que conocía mucho mundo y la buena sociedad, que había tenido buenas relaciones en otro tiempo, y quizá las conservaba aún, pero poco a poco, perdidos sus bienes por la alegre vida de su juventud y por la reciente abolición de la servidumbre, se había convertido en una especie de parásito de buen tono, en peregrinación por las casas de sus buenos conocidos de antes, quienes le recibían por su carácter agradable y, además, por tratarse, a pesar de todo, de un hombre decente al que se podía sentar a la mesa en presencia de no importa quién, aunque desde luego asignándole un lugar modesto. Los parásitos de ese tipo, *gentleman* de buen carácter, que saben contar una historia, jugar una partida de cartas y que detes-

1. 'Cercano a la cincuentena'.

tan encargarse de alguna cosa si es que se lo piden, suelen ser hombres desamparados, solterones o viudos, quizá con hijos, pero sus hijos se educan siempre en algún lugar lejano, en casa de unas tías de las que el *gentleman* casi nunca habla en buena sociedad, como si se avergonzara algo de semejante parentesco. Poco a poco se va acostumbrando por completo a vivir lejos de sus hijos; sólo de vez en cuando, por su santo o por Navidades, recibe de ellos cartas de felicitación a las que algunas veces contesta. La fisonomía de aquel huésped inesperado no habría podido calificarse de bondadosa, aunque sí de afable y dispuesta a adoptar cualquier expresión amable según fueran las circunstancias. No llevaba reloj, pero sí unos impertinentes de carey colgados de una cinta negra. En el dedo corazón de la mano derecha lucía una sortija de oro macizo con un ópalo de escaso precio. Iván Fiódorovich callaba malignamente, no quería romper a hablar. El visitante esperaba sentado realmente como un parásito bajado, a la hora del té, de la habitación que tuviera asignada arriba, para hacer compañía al dueño de la casa, pero que se calla, quietecito, al ver al dueño ocupado y pensando en algo con cara fosca; de todos modos, está dispuesto a participar en cualquier amable conversación que el dueño inicie. De súbito apareció en su rostro la sombra de una repentina preocupación.

–Escucha –empezó a decir, dirigiéndose a Iván Fiódorovich–, perdona, sólo quiero recordarte una cosa: has ido a ver a Smerdiakov para hablar de Katerina Ivánovna y te has ido sin haberte enterado de nada acerca de ella, seguramente te has olvidado...

–¡Ah, sí! –exclamó de pronto Iván, y se le ensombreció la cara–. Sí, lo he olvidado... De todos modos, ahora da lo mismo, todo queda aplazado hasta mañana –balbuceó para sí–. Eh, tú –se dirigió con irritación al visitante–, ¡esto debía recordarlo yo mismo en seguida, porque era lo que me angustiaba! ¿Por qué te has metido, te figuras que voy a creer que me lo has sugerido tú y que no lo he recordado por mí mismo?

–Pues no lo creas –el *gentleman* se sonrió dulcemente–. ¿Se puede llamar creencia a lo que se impone por la fuerza? Además, en el terreno de las creencias, las demostraciones, sobre todo las materiales, de nada sirven. Tomás no creyó por haber visto a Cristo resucitado, sino porque ya antes deseaba creer. Fijémonos, por ejemplo, en los espiritistas... Yo les tengo un gran afecto... Imagínate, suponen que son útiles a la fe, porque los demonios desde el otro mundo les muestran los cuernos. «Esto, según ellos, es ya una demostración material, por así decirlo, de que existe el otro mundo.» El otro mundo y demostraciones materiales, ¡ay, qué guasa! Y, en fin, aunque esté demostrada la existencia del diablo, todavía no se sabe si está demostrado que exista Dios. Tengo la intención de inscribirme en una sociedad de idealistas, para dedicarme allí a la oposición: «Soy realista, les diré, no materialista, ¡je-je!».

–Escucha –de pronto Iván se levantó de detrás de la mesa–. Ahora es como si estuviera delirando... sí, claro está, deliro... ¡Miente cuanto quieras, me da lo mismo! No lograrás ponerme furioso como la vez pasada. Sólo que me siento avergonzado, no sé de qué... Quiero caminar por la habitación... A veces no te veo y ni siquiera oigo tu voz, como la otra vez, pero siempre adivino lo que vas a endilgar, porque *¡soy yo quien habla, yo mismo y no tú!* Sólo que no sé si la vez pasada yo dormía o te vi despierto. Voy a mojar la toalla con agua fría y me la aplicaré a la cabeza, quizás así te esfumes.

Iván Fiódorovich se dirigió a un rincón, tomó una toalla, hizo lo que acababa de decir y con la toalla mojada en la cabeza se puso a caminar de un extremo a otro del cuarto.

–Me gusta que hayamos pasado a tratarnos de *tú* –empezó a decir el visitante.

–Tonto –se rió Iván–, a ver si crees que voy a tratarte de usted. Ahora estoy alegre, únicamente ocurre que me duelen las sienes... y la coronilla... Sólo que, por favor, no te pongas a filosofar como la vez pasada. Si no puedes marcharte, cuéntame, por lo menos, alguna mentira alegre. Comadrea;

eres un parásito, pues comadrea. ¡Que no haya manera de librarse de esta pesadilla! Pero no te tengo miedo. Te venceré. ¡No me llevarán al manicomio!

–*C'est charmant*[1], me llamas parásito. Sí, éste es, precisamente, mi papel. ¿Qué soy yo, en la tierra, sino un parásito? A propósito, te estoy escuchando y empiezo a sorprenderme: te lo juro, parece que ya comienzas a tomarme poco a poco por algo que existe en realidad y no sólo como algo exclusivamente de tu propia fantasía, como sostenías tenazmente la vez pasada...

–Ni un solo instante te he tomado por una verdad real –gritó Iván hasta con furor–. Tú eres una mentira, eres mi enfermedad, un espectro. Sólo que no sé cómo destruirte y veo que durante cierto tiempo deberé sufrir. Eres una alucinación mía. Eres la encarnación de mí mismo, aunque, de todos modos, sólo de una parte... de la de mis pensamientos y sentimientos más asquerosos y estúpidos. Desde este punto de vista, podrías resultarme incluso curioso si tuviera yo tiempo para ocuparme de ti...

–Permíteme, permíteme, te voy a confundir: no hace mucho, junto al farol, te sulfuraste contra Aliosha y le gritaste: «¡Lo has sabido por *él*. ¿Cómo has sabido que *él* viene a verme?», y te referías a mí. Eso significa que por un momento has creído que yo realmente soy, lo has creído –dijo el *gentleman* sonriendo suavemente.

–Sí, ha sido una debilidad de la naturaleza... pero yo no podía creer en ti. No sé si la vez pasada yo dormía o me paseaba. Es posible que entonces te viera sólo en sueños y de ningún modo estando despierto...

–¿Y por qué hace poco has sido tan duro con Aliosha? Es simpático; ante él me siento culpable por el stárets Zosima.

–¡No hables de Aliosha! ¡Cómo te atreves, lacayo! –Iván se rió otra vez.

1. 'Es encantador'.

–Me chillas y tú mismo te ríes, buena señal. De todos modos, hoy eres mucho más amable conmigo que la otra vez, y comprendo a qué se debe esa gran decisión...

–¡No me hables de la decisión! –gritó hecho un basilisco Iván.

–Lo comprendo, lo comprendo, *c'est noble, c'est charmant*[1], mañana vas a defender a tu hermano y te ofrecerás en sacrificio... *c'est chevaleresque*[2].

–¡Cállate, o te muelo a puñetazos!

–En parte me alegraré, porque en este caso habré logrado mi objetivo: si me das de puñetazos, eso significa que crees en mi existencia, pues a un espectro no se le dan golpes. Bromas aparte: la verdad es que a mí me da lo mismo que insultes cuanto quieras, pero, de todos modos, es preferible ser un poquitín más amable, incluso conmigo. ¡Vaya palabras, esas de «tonto» y «lacayo»!

–¡Insultándote a ti me insulto a mí mismo! –Iván se rió otra vez–. Tú eres yo, yo mismo, pero con otra jeta. Tú dices, precisamente, lo que yo ya pienso... ¡y no puedes decirme nada nuevo!

–Si yo coincido contigo en los pensamientos, ello sólo es para mí un honor –repuso el *gentleman* con delicadeza y dignidad.

–Sólo que siempre tomas mis pensamientos peores y, sobre todo, los más estúpidos. Tú mismo eres estúpido y vulgar. Eres terriblemente estúpido. ¡No puedo soportarte! ¡Qué hacer, qué hacer! –rechinó Iván.

–Amigo mío, de todos modos yo quiero ser un *gentleman* y que por tal me tomen –empezó a decir el visitante en un acceso de cierta ambición puramente gorrista, de antemano conciliadora y bondadosa–. Soy pobre, pero... diré que muy honrado, aunque... por lo común, en la sociedad se acepta como un axioma que soy un ángel caído. Te juro que no puedo imaginarme de qué modo pude haber sido yo un

1. 'Es noble, es encantador'.
2. 'Es de caballeros'.

ángel alguna vez. Si en verdad lo fui, hace de ello tanto tiempo que ni es pecado haberlo olvidado. Ahora estimo sólo la reputación de hombre decente y vivo como se presenta, procurando ser agradable. Quiero de verdad a los hombres, ¡oh, a mí me han calumniado mucho! Aquí, cuando me instalo temporalmente en vuestro mundo, mi vida transcurre algo así como si fuera real y esto es lo que más me gusta. Pues también yo, como tú, sufro de lo fantástico y por esto me encanta vuestro realismo terreno. Aquí, en vuestro mundo, todo está delimitado, todo es fórmula y geometría, mientras que en el mundo nuestro todo son como ecuaciones indeterminadas. Aquí me paseo y sueño. A mí me gusta soñar. Por otra parte, en la tierra me vuelvo supersticioso; no te rías, por favor: precisamente eso de volverme supersticioso me gusta. Aquí me apropio de todas vuestras costumbres: me he aficionado a frecuentar los baños públicos, figúrate, y me gusta tomarlos de vapor en compañía de mercaderes y popes. Mi sueño es encarnarme de manera definitiva, irreversible, en alguna gorda mercader de diez arrobas y creer en todo lo que ella cree. Mi ideal es entrar en la iglesia y poner una vela de todo corazón, te lo juro. Entonces se me acabarían los sufrimientos. Entre vosotros, también me he aficionado a hacerme curar: en primavera hubo epidemia de viruela y fui a vacunarme al hospicio. Si supieras lo contento que estuve aquel día: ¡di diez rublos para nuestros hermanos eslavos!... Pero no me escuchas. ¿Sabes?, hoy no estás lo que se dice muy centrado –el *gentleman* se calló unos minutos–. Ya sé que ayer fuiste a que te visitara ese doctor... Bueno, ¿cómo te encuentras? ¿Qué te dijo el doctor?

–¡Idiota! –le soltó Iván.

–En cambio, tú eres muy inteligente. ¿Otra vez insultas? No te lo he preguntado por interés, sino por preguntar. Si no quieres, no respondas. Mira, ahora se han generalizado otra vez los dolores reumáticos...

–Idiota –repitió Iván.

–Tú, dale que dale, pero yo, el año pasado, tuve un reumatismo del que todavía me acuerdo.

–¿El diablo, con reumatismo?

–Por qué no, si a veces me encarno. Me encarno y acepto todas las consecuencias. Satanás *sum et nihil humanum a me alienum puto*[1].

–¿Cómo, cómo? Satanás *sum et nihil humanum...* ¡No está mal, para el diablo!

–Me alegra haberte dado por fin con el gusto.

–Pero esto no lo has tomado de mí. –De pronto Iván se detuvo, como estupefacto–. Esto no me había venido nunca a la cabeza, es extraño...

–*C'est du nouveau, n'est ce pas?*[2] Pero esta vez obraré honestamente y te lo explicaré. Escucha: en sueños, sobre todo en las pesadillas (bueno, las que proceden de trastornos de estómago o alguna cosa por el estilo), el hombre, a veces, ve escenas tan artísticas, una realidad tan compleja y verdadera, tales acontecimientos y hasta un mundo entero de acontecimientos relacionado con tal intriga y con tan inesperados detalles, desde vuestras manifestaciones más elevadas hasta el último botón de la pechera, que, te lo juro, ni Lev Tolstói los idearía, y, sin embargo, a veces no son escritores quienes tienen sueños semejantes, sino personas de lo más corriente, funcionarios, folletinistas, popes... En torno a esta cuestión se plantea hasta un verdadero problema: un ministro me ha confesado, incluso, que las mejores ideas se le ocurren mientras duerme. Como ahora. Aunque yo soy una alucinación tuya, digo como en una pesadilla cosas originales que hasta ahora no se te habían ocurrido, de modo que no repito ni mucho menos tus pensamientos, con todo y ser únicamente tu pesadilla y nada más.

1. 'Soy Satanás y nada de lo humano me es ajeno' (paráfrasis de la célebre frase de Terencio: «Homo sum: humani nihil a me alienum puto»).
2. 'Esto es algo nuevo, ¿verdad?'.

–Mientes. Tu objetivo consiste precisamente en convencerme de que existes por ti mismo y no como mi pesadilla, mientras que ahora afirmas que eres un sueño.

–Amigo mío, hoy he elegido un método especial, luego te lo explicaré. Un momento, ¿dónde me he detenido? Sí, ya; entonces me resfrié, pero no en vuestro mundo, sino todavía allí...

–¿Dónde, allí? Dime, ¿permanecerás aquí mucho rato aún? ¿No puedes irte? –exclamó Iván con desesperación.

Dejó de pasear, se sentó en el diván, otra vez se apoyó de codos sobre la mesa y se apretó la cabeza con ambas manos. Se arrancó de encima la toalla mojada y la tiró: era evidente que no le había servido para nada.

–Tienes los nervios alterados –observó el *gentleman* con un aire desdeñosamente desenvuelto, aunque sin dejar de ser en lo más mínimo amistoso–, te enfadas contra mí hasta porque me he resfriado, aunque ello ocurrió de la manera más natural del mundo. Aquel día tenía prisa para acudir a una velada diplomática organizada por una alta dama petersburguesa que se las daba de ministro. Claro, me había vestido de frac, con corbata blanca y guantes, pero me encontraba todavía Dios sabe dónde y para llegar aquí, a la tierra, tenía aún que cruzar el espacio... Naturalmente, era cuestión de un instante; de todos modos, hasta el rayo de luz del sol tarda en llegar ocho minutos, y en mi caso, figúrate, yo llevaba frac y chaleco abierto. Los espíritus no se hielan, pero cuando uno se encarna, entonces... en una palabra, me lancé sin reflexionar, y el caso es que en esos espacios, en el éter, en las profundidades esas que hay sobre la tierra firme, hace un frío... ni siquiera se le puede llamar frío, imagínate: ¡ciento cincuenta grados bajo cero! Conocida es la broma que suelen gastar las mozas de aldea: cuando se llega a treinta grados bajo cero, proponen a algún novato que pase la lengua por el hierro de un hacha; la lengua se hiela, se pega al instante al metal, y el asno la arranca dejando en el hacha

un trozo de piel ensangrentada; esto, sólo a los treinta grados; a los ciento cincuenta bastaría, creo yo, aplicar un poco un dedo y te quedarías sin él... a condición de que pudiera haber allí un hacha...

–¿Puede haber allí un hacha? –le interrumpió de pronto Iván Fiódorovich, distraído y con repugnancia. Se resistía con todas sus fuerzas a creer en su desvarío y caer definitivamente en la locura.

–¿Un hacha? –repitió el visitante, sorprendido.

–Eso digo, sí, ¿qué le pasaría allí a un hacha? –gritó de pronto Iván Fiódorovich con una obstinación furiosa.

–¿Qué le pasaría a un hacha en el espacio? *Quelle idée!*[1] Si el objeto queda proyectado muy lejos, empezará, creo yo, a dar vueltas alrededor de la tierra, sin saber para qué, a modo de un satélite. Los astrónomos calcularán las salidas y las puestas del hacha, Gatsuk[2] las incluirá en el almanaque, y en paz.

–¡Eres estúpido, terriblemente estúpido! –dijo, contumaz, Iván–. Miente con más ingenio; si no, dejaré de escucharte. Tú quieres vencerme con el realismo, convencerme de que existes, ¡pero yo no quiero creer que existes! ¡No lo creeré!

–No miento, todo es verdad; por desgracia, la verdad suele ser siempre poco ingeniosa. Ya veo que esperas de mí algo grande, quizás espléndido. Es una gran pena, porque yo doy sólo lo que puedo...

–¡No filosofes, asno!

–Bueno estoy yo para filosofar, cuando tengo todo el costado derecho paralizado, gimo y bramo. He consultado a los médicos: saben reconocer el mal perfectamente, te explican al dedillo la enfermedad, pero no saben curar. He tenido ocasión de hablar con un estudiante de medicina muy entusiasta: «¡Si muere, me decía, por lo menos sabrá a ciencia cierta de qué enfermedad ha muerto!». Además, esa manera

1. '¡Vaya una idea!'.
2. Editor del *Periódico de A. A. Gatsuk* (1876-1890) y de un *Almanaque*.

que tienen de mandar a los especialistas: «Nosotros, dicen, sólo reconocemos la enfermedad, pero vaya a ver a tal especialista, él le curará». Ha desaparecido por completo el doctor de antaño, te lo digo yo, el que te curaba todos los males; ahora no hay más que especialistas y siempre se anuncian en los periódicos. Enfermas de la nariz y te mandan a la capital de Francia: allí, dicen, hay un especialista europeo que cura narices. Llegas a París, te examina: «Sólo puedo curarle, te dice, la ventana derecha de la nariz, porque las ventanas izquierdas de la nariz no las curo yo, no es mi especialidad; después de haber seguido mi tratamiento, vaya a Viena, allí hay un especialista que acabará de curarle la izquierda». ¿Qué hacer? He recurrido a los remedios caseros. Un médico alemán me recomendó frotarme después del baño con miel mezclada con sal. Fui por el placer de acudir una vez más a los baños: me unté bien untado, y nada, fue inútil. Desesperado, escribí al conde Mattei, de Milán: me mandó un libro y unas gotas, que Dios le valga. Y figúrate: ¡el extracto de malta de Hoff me ha aliviado! Lo compré al azar, me tomé frasco y medio y me sentí como hasta para ir a bailar, me habían desaparecido los dolores. Decidí publicar en los periódicos una nota de «gracias», me lo dictaba el agradecimiento que sentía, y figúrate, entonces me encontré con otra historia: ¡ningún periódico me la ha aceptado! «Sería muy retrógrado, dicen, nadie lo creerá, *le diable n'existe point*[1]. Publíquela en forma de carta anónima», me aconsejan. ¡Pero qué nota de «gracias» anónima puede haber! He bromeado con los empleados: «¡Lo que es retrógrado, en nuestros tiempos, es creer en Dios!; pero yo soy el diablo, creer en mí se puede». «Lo comprendemos, dicen, ¿quién no cree en el diablo?; pero no se puede publicar, perjudicaría al movimiento, quizá. ¿Si le diera un carácter humorístico?» Con carácter humorístico ya no tendría gracia, he pensado. Y no la han pu-

1. 'El diablo no existe'.

blicado. ¿Querrás creerlo?, todo esto me ha dejado como un peso en el corazón. A mí, debido únicamente a mi situación social, se me prohíben los mejores sentimientos, como, por ejemplo, el de gratitud.

–¡Otra vez te has metido en filosofías! –rechinó Iván con odio.

–Dios me libre, pero es imposible no quejarse alguna vez. Yo soy una persona calumniada. Tú mismo, cada tres por cuatro, me sueltas que soy estúpido. En seguida se ve que eres joven. ¡Amigo mío, no todo es cuestión de inteligencia! Por naturaleza, yo tengo un corazón bueno y alegre, «también he escrito algún *vaudeville*»[1]. Me parece que me tomas por un canoso Jlestakov y, sin embargo, mi destino es mucho más serio. Por no sé qué designio inmemorial que nunca he podido llegar a descifrar, estoy condenado a «negar» a pesar de carecer de toda aptitud para ello y ser sinceramente bueno. «No importa, tú niega, sin negación no habría crítica, ¿y qué revista sería la que no tuviera una "sección de crítica"? Sin crítica no habría más que "hosanna". Mas para la vida no basta el "hosanna", es necesario que el "hosanna" ese pase por la fragua de las dudas y así sucesivamente y por el estilo.» De todos modos, en todo esto yo no me meto, no he sido yo quien lo ha creado, ni soy yo quien de ello ha de responder. El caso es que eligieron una cabeza de turco, me mandaron escribir en la sección de crítica y aquí me tienes. Nosotros comprendemos muy bien esta comedia: yo, por ejemplo, exijo clara y simplemente volver a la nada. Pero no, «vive, me dicen, porque sin ti no habría cosa alguna. Si en la tierra todo fuera razonable, no sucedería nada. Sin ti, adiós acontecimientos, y es preciso que los haya». Y aquí me tienes, prestando servicio y haciendo de tripas corazón para que haya acontecimientos, haciendo surgir lo irracional por mandato. La gente toma esta comedia por algo serio, lo hace

1. Palabras de Jlestakov, personaje de *El Inspector*, de Gógol (1809-1852). Acto III, escena VI.

así a despecho de toda su indiscutible lucidez. En ello radica su tragedia. Bueno, la gente sufre, claro está, pero... en cambio vive, vive realmente y no de manera imaginaria, pues el sufrimiento es la vida. ¿Qué satisfacción habría en ella sin el sufrimiento? Todo se convertiría en un interminable oficio divino: sería sacrosanto, pero aburridillo. ¿Pero y yo? Yo sufro y sin embargo no vivo. Soy la equis de una ecuación indeterminada. Soy una especie de espectro de la vida que ha perdido todo principio y fin y hasta se ha olvidado de cómo se llama. Tú te ríes... No, no te ríes, vuelves a enojarte. Tú siempre te enfadas; a ti, que te vengan con cosas de la inteligencia; en cambio yo, te repito una vez más, de buena gana daría toda mi vida sideral, todos mis títulos y dignidades a cambio de poderme encarnar en el alma de una mercader de diez arrobas y poner velitas a Dios.

–¿Ni siquiera tú crees en Dios? –preguntó Iván con una sonrisa burlona y cargada de odio.

–Verás, no sé cómo decírtelo, si es que hablas en serio...

–¿Existe Dios o no existe? –gritó Iván, otra vez con furiosa insistencia.

–Ah, ¿lo preguntas en serio? Mi querido amigo, te juro que no lo sé, y te acabo de decir una gran cosa.

–¿No lo sabes y ves a Dios? No, tú no existes por ti mismo, tú eres *yo*, ¡eres yo y nada más! ¡Eres una basura, eres mi fantasía!

–Es decir, si quieres, tú y yo tenemos la misma filosofía, esto será justo. *Je pense, donc je suis* [1], esto lo sé yo a ciencia cierta; en cambio, todo lo demás, todo cuanto me rodea, todos esos mundos, Dios y hasta el propio Satanás, todo ello para mí está sin demostrar, no está demostrado si existe en sí o si es tan sólo emanación mía, un desarrollo progresivo de mi yo, con existencia eterna y única... En una palabra, me apresuro a terminar porque, según me parece, te dan ganas de arremeter a golpes contra mí.

1. 'Pienso, luego existo'.

–¡Mejor sería que me contaras alguna anécdota! –exclamó Iván, doliente.

–Conozco una, precisamente, sobre nuestro tema; es decir, no se trata de una anécdota, sino más bien de una leyenda. Tú me reprochas la falta de fe: «ves y no crees». Pero no soy yo el único que se encuentra en este caso, amigo mío; ahora, en nuestro mundo, todo quisque anda soliviantado, y ello debido únicamente a vuestras ciencias. Mientras no se iba más allá de los átomos, de los cinco sentidos y de los cuatro elementos, todo marchaba más o menos bien. De los átomos hablaron ya los antiguos. Pero cuando se supo que aquí habíais descubierto la «molécula química», el «protoplasma» y el demonio sabe qué otras cosas, los nuestros se recogieron la cola entre las piernas. Aquello fue el caos. Todo eran supersticiones y comadreos; habladurías, entre nosotros, hay tantas como entre vosotros y hasta un poquitín más; y, por fin, delaciones, porque también nosotros tenemos una sección especial donde se reciben ciertos «informes». Pues bien, se trata de una insólita leyenda de nuestros siglos medios (no vuestros, sino nuestros), y nadie la cree ni siquiera entre nosotros, excepción hecha de las mercaderes de diez arrobas, digo de las nuestras, no de las vuestras. Todo lo que existe en este mundo existe también en el nuestro, éste es un secreto que te revelo sólo por amistad, aunque nos está prohibido hacerlo. La leyenda a que me refiero trata del paraíso. Había entre vosotros, en la tierra, un pensador y filósofo de nota, cuenta la leyenda, que «lo negaba todo, leyes, conciencia, fe» [1] y, en especial, la vida futura. Murió creyendo que iba a desaparecer en las tinieblas y la nada, pero he aquí que se encuentra ante la vida futura. Se quedó asombrado y se indignó: «Esto va en contra de mis convicciones», dijo. Y por estas palabras le condenaron... Bueno, perdona,

1. Palabras de Repetílov, personaje de la comedia de A. S. Griboiédov (1795-1829) *La desgracia de ser inteligente* (acto IV, escena IV).

yo sólo te cuento lo que he oído decir, se trata de una leyenda... Le condenaron a que recorriera en las tinieblas un cuatrillón de kilómetros (ahora, entre nosotros, todo va por kilómetros), y cuando haya recorrido este cuatrillón, le abrirán las puertas del paraíso y le perdonarán...

–¿Qué otros tormentos tenéis en vuestro mundo, aparte de lo del cuatrillón? –le interrumpió Iván con extraordinaria viveza.

–¿Qué tormentos? ¡Ah, no me lo preguntes! Antes los había de la clase que quisieras, pero ahora todo es cargar la mano sobre los morales, sobre los «remordimientos de conciencia» y esas zarandajas. Esto también nos ha venido de vosotros, de vuestra «suavización de costumbres». ¿Y quién crees que ha salido ganando? Pues los únicos que han salido ganando son los sinvergüenzas, porque de dónde van a sentir ellos remordimientos de conciencia, si ni conciencia tienen. Los que han pagado el pato, en cambio, han sido las personas decentes, las que no han perdido del todo la conciencia y el honor... Eso es lo que pasa cuando se emprenden reformas sobre un terreno sin preparar y aun copiadas de instituciones extranjeras. ¡Son pura calamidad! Serían preferibles las calderas de antaño. Bien, ese condenado al cuatrillón de kilómetros se planta, mira a su alrededor y se echa de través en el camino: «No quiero andar, ¡me niego por principio!». Toma tú el alma de un ateo ruso instruido, mézclala con la del profeta Jonás, que se pasó tres días y tres noches rezongando en el vientre de una ballena, y te saldrá el carácter de aquel pensador que se echó en el camino.

–¿Pero sobre qué pudo echarse?

–Bah, algo habría allí sobre lo que echarse. ¿No te estarás burlando?

–¡Bravo por el pensador! –gritó Iván, con la misma extraña viveza. Ahora escuchaba con inesperada curiosidad–. Y qué, ¿aún sigue echado?

–No, éste es el caso. Permaneció echado cerca de mil años, luego se levantó y se puso a andar.

–¡Vaya burro! –exclamó Iván, riéndose nerviosamente a carcajadas, como si se esforzara por comprender alguna cosa–. ¿No da lo mismo permanecer eternamente echado que andar un cuatrillón de verstas? ¿No representa esta distancia un billón de años de camino?

–Incluso mucho más; si tuviera lápiz y papel te lo podría calcular. Pero hace mucho tiempo que llegó, y es ahora cuando empieza la anécdota.

–¡Cómo, llegó!... ¿Pero de dónde sacó un billón de años?

–¡Todo te lo imaginas relacionándolo con esta tierra nuestra de hoy! Pero la tierra actual, quizá se ha repetido un billón de veces; es decir, ha envejecido, se ha cubierto de hielos, se ha resquebrajado, se ha deshecho, se ha descompuesto en sus elementos; otra vez todo quedó cubierto de agua, hasta las partes sólidas del universo, luego apareció otra vez un cometa, otra vez el sol, y del sol se desprendió otra vez la tierra, y es posible que esta evolución se haya repetido ya, quizás, un número infinito de veces, siempre de la misma manera, hasta el último detalle. Es de un aburrimiento indecentísimo...

–Bueno, bueno, ¿y qué sucedió cuando hubo llegado?

–No bien le abrieron las puertas del paraíso, entró, y antes de que hubiera pasado allí dos segundos (y esto reloj en mano, reloj en mano, aunque el reloj, a mi entender, debía de habérsele descompuesto en sus elementos hacía mucho tiempo, en el bolsillo, durante el recorrido), antes de que hubiera pasado allí dos segundos, exclamó que aquellos dos segundos valían no sólo el cuatrillón de kilómetros, sino un cuatrillón de cuatrillones y hasta elevado a la cuadrillonésima potencia. En una palabra, cantó «hosanna» y exageró la nota hasta el punto de que allí, algunos, los de ideas más nobles, querían negarse a darle la mano al principio: se había hecho conservador demasiado aprisa, pensaban. Eso es propio del temperamento ruso. Repito: se trata de una leyenda. Como me la han vendido, la vendo yo. Éstas son las ideas que todavía corren sobre estas materias allí, entre nosotros.

–¡Te he cazado! –gritó Iván con una alegría casi infantil, como si por fin hubiera recordado algo–. ¡Esta anécdota sobre el cuatrillón de años es invención mía! Yo tenía diecisiete años, iba al colegio... Entonces ideé esta anécdota y la conté a un camarada que se llamaba Korovkin, fue en Moscú... La anécdota es tan característica, que no pude tomarla de ninguna parte. Ya la había olvidado... pero la he recordado ahora inconscientemente, ¡la he recordado yo mismo, no has sido tú quien la ha contado! Del mismo modo se recuerdan, a veces, miles de cosas inconscientemente, incluso cuando le llevan a uno al cadalso... Lo he recordado en sueños. ¡Tú eres este sueño! ¡Tú eres un sueño y no existes!

–Por el calor con que me niegas –se rió el *gentleman*– me convenzo de que, a pesar de todo, crees en mí.

–¡En lo más mínimo! ¡Ni en una centésima parte!

–Pero crees en una milésima. Las dosis homeopáticas son, quizá, las más fuertes. Reconoce que crees, digamos, en una diezmilésima...

–¡Ni un instante! –gritó furiosamente Iván–. ¡Bien quisiera yo, de todos modos, creer en ti! –añadió de manera extraña.

–¡Ea! ¡Aquí tienes, sin embargo, un reconocimiento! Pero yo soy bueno, también en este caso quiero ayudarte. Escucha: he sido yo quien te ha cazado a ti y no tú a mí. Te he contado adrede tu propia anécdota, que ya habías olvidado, para que te convenzas definitivamente de que no existo.

–¡Mentira! El objetivo de tu aparición es convencerme de que existes.

–Cierto. Pero las vacilaciones, la inquietud, la lucha entre la fe y la incredulidad, a veces constituyen una tortura tan grande, para una persona de conciencia, como eres tú, que vale más ahorcarse. Sabiendo, precisamente, que tú crees en mí una migajita, he sembrado en ti una desconfianza definitiva contándote esta anécdota. Te conduzco entre la fe y la incredulidad alternativamente y también en esto persigo yo mi objetivo. Es un método nuevo: cuando te hayas convencido por completo de

que no existo, en seguida empezarás a asegurar ante mis propios ojos que no soy un sueño, que existo en realidad, te conozco bien; entonces sí habré conseguido mi objetivo, que es muy noble. Echaré yo en ti una minúscula semillita de fe y nacerá de ella una encina; además, tal encina que tú, subido a ella, desearás ser como «los padres anacoretas y las mujeres inmaculadas» [1], ya que, en el fondo y en secreto, esto es lo que anhelas con la mayor vehemencia; te nutrirás con saltamontes de los campos e irás a buscar tu salvación en el desierto.

–¿Así pues, miserable, procuras la salvación de mi alma?

–Por lo menos alguna vez hay que hacer una buena obra. Pero tú te irritas, ¡lo veo, te irritas!

–¡Bufón! ¿Has tentado alguna vez a los que se nutren con saltamontes de los campos y se pasan hasta diecisiete años rezando en el puro desierto, cubiertos de pelambre?

–Querido, no he hecho otra cosa. Uno puede olvidarse del mundo y de todos los mundos, pero a una de esas almas te agarras, porque es un brillante de lo más precioso; a veces una de ellas vale por toda una constelación, no olvides que nosotros poseemos una aritmética especial. ¡Una victoria, en estos casos, no tiene precio! Entre esas personas, las hay que no te son inferiores en nada por su desarrollo intelectual, te lo juro, aunque no lo creas: en un mismo instante pueden avizorar tales abismos de fe y de incredulidad que uno podría creerles, en esos momentos, a un dedo de «dar el salto mortal», como dice el actor Gorbunov.

–Y qué, ¿te has retirado con un palmo de narices?

–Amigo mío –repuso el visitante sentenciosamente–, mejor es, sin duda, retirarse con un palmo de narices que quedarse del todo sin nariz, como dijo no hace mucho un marqués enfermo (es de suponer que le había tratado un especialista) confesándose a su padre espiritual, un jesuita. Yo estaba presente, era un encanto. «¡Devuélvame la nariz!», decía dándo-

1. Título de una poesía de Pushkin (1831).

se golpes en el pecho. «Hijo mío (se zafaba el páter), los insondables designios de la Providencia todo lo regulan, y una desgracia aparente es origen, a veces, de un provecho extraordinario, aunque invisible. Si el cruel destino le ha privado de nariz, la ventaja que de ello saca usted es que ya en toda su vida nadie se atreverá a decirle que se ha quedado con un palmo de narices.» «¡Padre santo, esto no es un consuelo! (exclama el desesperado). Yo, por el contrario, estaría encantado de quedarme cada día y toda la vida con un palmo de narices, con tal de tener la nariz en su sitio.» «Hijo mío (suspira el páter), no es posible pedir todos los bienes a la vez, y el deseo que usted manifiesta constituye ya una murmuración contra la Providencia, que ni siquiera en este caso se ha olvidado de usted; porque si usted clama, como acaba de hacerlo, que con alegría estaría dispuesto a quedarse toda la vida con un palmo de narices, indirectamente queda ya cumplido su deseo: pues, habiendo perdido la nariz es como si, por ello mismo, se hubiera quedado usted con un palmo de narices...»

–¡Eh, qué estúpido! –gritó Iván.

–Amigo mío, yo sólo quería hacerte reír, pero te juro que ésta es la auténtica casuística de los jesuitas, y te juro que todo esto ha sucedido literalmente como te he contado. El caso es bastante reciente y me ha dado no pocos quebraderos de cabeza. Aquella misma noche, el desgraciado joven, de vuelta en su casa, se pegó un tiro; no me separé de su lado hasta el último momento... En cuanto a las pequeñas garitas en que los jesuitas confiesan, constituyen en verdad mi distracción preferida en los minutos tristes de la vida. Te voy a contar otro caso ocurrido hace muy pocos días. Se presenta a un viejo páter una rubita normanda, una muchacha de unos veinte años. Era una hermosura, y qué cuerpo, qué temperamento... se me caía la baba. Se arrodilla, susurra al páter, por la rejilla, su pecado. «Qué dice, hija mía, ¿es posible que ya haya caído otra vez en la tentación?... (exclama el páter). *O, Sancta Maria,* qué estoy oyendo: ya no ha sido con el mismo. ¿Hasta

cuándo va a durar esto? ¡Cómo no le da vergüenza!» «*Ah, mon père*[1] (responde la pecadora con el rostro bañado en lágrimas de arrepentimiento). *Ça lui fait tant de plaisir et à moi si peu de peine!*[2]» ¡Imagínate tú una respuesta semejante! Bueno, hasta yo tomé su defensa: aquél era el grito de la mismísima naturaleza. ¡Esto, si quieres, es mejor que la inocencia! Yo le perdoné en seguida el pecado y di la vuelta para marcharme cuando me vi obligado a retroceder sobre mis pasos: oí que el viejo, a través de la rejilla, le señalaba una cita para la noche. Ya ves, ¡el viejo era como una roca, y cayó en un abrir y cerrar de ojos! ¡La naturaleza, la verdad de la naturaleza, se impuso! Qué, ¿otra vez pones mala cara, otra vez te enojas? Ya no sé qué explicarte para tenerte contento...

–Déjame, me golpeas el cerebro como una pesadilla obsesionante –gimió Iván dolorosamente, vencido por su alucinación–. Me aburro contigo, ¡es insoportable y torturador! ¡No sé lo que daría si pudiera echarte!

–Te lo repito, modera tus exigencias, no exijas de mí «todo lo grande y hermoso» y verás como haremos buenas migas –dijo imponente el *gentleman*–. En realidad, estás rabioso contra mí por no haberme presentado con una aureola roja, «entre rayos y truenos», con alas chamuscadas, en vez de venirte a ver vestido con tanta modestia. Sientes ofendidos, en primer lugar, tus sentimientos estéticos; en segundo lugar, tu orgullo: ¿cómo es posible, estarás pensando, que a un gran hombre semejante le visite un diablo tan vulgar? Sí, hay en ti esa fibra romántica de que tanto se ha burlado ya Belinski[3]. Qué le vamos a hacer, joven. Cuando, hace poco, me preparaba para visitarte, he tenido la idea de presentarme, en son de broma, bajo el aspecto de un consejero de Estado retirado,

1. 'Ah, padre'.
2. '¡A él le da tanto placer y a mí me cuesta tan poco!'.
3. Vissarion Grigórievich Belinski (1811-1848): crítico literario; cabeza visible y guía intelectual de los progresistas de los años 30 y 40 del siglo XIX.

que hubiera servido en el Cáucaso, llevando en el frac la estrella del León y del Sol, pero no me he atrevido, ésta es la verdad, porque me habrías pegado por el hecho de haber osado ponerme en el frac el León y el Sol y no, por lo menos, la estrella Polar o Sirius. Y tú, repitiendo que soy un estúpido. Pero, Dios mío, yo no pretendo siquiera compararme contigo en inteligencia. Mefistófeles, al presentarse a Fausto, dice de sí que quiere el mal, pero no hace más que el bien. Bueno, allá él; en cambio yo hago todo lo contrario. Yo soy, quizás, el único hombre en todo el universo que ama la verdad y desea sinceramente el bien. Yo estaba presente cuando el Verbo, muerto en la cruz, ascendió a los cielos llevando en su seno el alma del ladrón crucificado a su derecha, oí los penetrantes gritos de alegría de los querubines que cantaban y vociferaban «hosanna», el estrepitoso clamor de entusiasmo de los serafines, que hacía retemblar el cielo y todo el universo. Pues bien, te lo juro por cuanto existe de sacrosanto, yo quería sumarme al coro y gritar con todos: «¡Hosanna!». Ya estaba a punto de volar la palabra, ya me salía del pecho... ya sabes que soy muy sensible y muy impresionable artísticamente. Pero el sentido común (oh, la propiedad más desdichada de mi naturaleza) me contuvo en los límites debidos también en este caso y dejé pasar el momento propicio. Porque (pensaba yo en aquel instante), ¿qué sucedería después de mi «hosanna»? Todo en el mundo se habría apagado y no se producirían más acontecimientos. Ahí tienes, pues, cómo únicamente por el deber de mi cargo y por mi posición social me vi obligado a ahogar en mi interior el buen impulso y seguir con mis infamias. Alguien toma para sí todo el honor del bien, a mí no se me ha dejado en suerte otra cosa que la indignidad. Pero no envidio el honor de vivir de la mangancia, no soy ambicioso. ¿Por qué, de cuantos seres existen en el mundo, soy yo el único condenado a las maldiciones de todas las personas decentes y hasta a los puntapiés, pues encarnándome he de sufrir a veces estas consecuencias? Sé que en esto se encierra un secreto,

mas por nada del mundo me lo quieren descubrir, porque entonces, quizá, dándome cuenta de lo que se trata, soltaría el «hosanna», con lo cual en seguida desaparecería la indispensable imperfección y en todas partes se impondría la cordura, y así, naturalmente, a todo le llegaría su fin, incluso a los periódicos y revistas, porque, en este caso, ¿quién iba a suscribirse a ellos? Sé muy bien que, a fin de cuentas, me reconciliaré, también yo llegaré al término de mi cuatrillón y me enteraré del secreto. Pero, mientras tanto, rezongo y, haciendo de tripas corazón, cumplo mi cometido: procurar que se pierdan millares de seres para salvar a uno. ¡Cuántas almas no fue preciso condenar y cuántas honradas reputaciones cubrir de oprobio, por ejemplo, para obtener un solo justo como Job, de quien se valieron en otro tiempo para jugarme una mala pasada! Lo que digo, mientras no se descubra el secreto, es que para mí existen dos verdades: la de allí, la suya, que por ahora me es totalmente desconocida, y la mía. Y aún hemos de ver cuál de las dos será la más pura... ¿Te has dormido?

–¡A ver! –gimió con rabia Iván–. ¡Todo lo que hay de estúpido en mi naturaleza, experimentado hace ya mucho tiempo, triturado en mi mente y tirado como carroña, me lo sirves ahora como si se tratara de alguna novedad!

–¡Tampoco con esto he dado en el clavo! Y yo me figuraba hasta entusiasmarte con mi exposición literaria: ese «hosanna» en el cielo no me ha salido del todo mal, ¿verdad? Y luego, ese tono sarcástico a lo Heine, ¿eh?, ¿no es cierto?

–¡No, yo nunca he sido un lacayo así! ¿Por qué, pues, mi alma ha engendrado un lacayo como tú?

–Amigo mío, conozco a un señorito ruso encantador y simpatiquísimo: es un joven pensador y gran aficionado a la literatura y a las cosas elegantes, autor de un poema que promete y que se titula: «El Gran Inquisidor»... ¡Yo no pensaba en otro que en él!

–Te prohíbo hablar de «El Gran Inquisidor» –exclamó Iván, rojo de vergüenza.

–Bueno, ¿y el «Cataclismo geológico»? ¿Te acuerdas? ¡Eso sí era un poema!

–¡Cállate o te mato!

–¿Que me matarás a mí? No, hombre, perdona, deja que termine lo que quería decirte. He venido precisamente para darme esta satisfacción. ¡A mí me encantan los sueños apasionados, juveniles, palpitantes por el anhelo de vivir de mis amigos! «Allí hay gente nueva (pensabas tú aún la primavera pasada al prepararte para venir aquí), se dispone a destruirlo todo y recomenzar por la antropofagia. ¡Los tontos, no me han pedido permiso a mí! A mi modo de ver, no hay que destruir nada, lo único que hace falta es acabar en la humanidad con la idea de Dios, ¡es por ahí por donde hay que poner manos a la obra! Es por ahí, por ahí, por donde hace falta empezar, ¡oh, ciegos, que nada comprenden! Cuando la humanidad rechace a Dios (yo creo que este período llegará de modo paralelo a como llegan los períodos geológicos), sin necesidad de antropofagia se derrumbará por sí misma toda la antigua ideología y, sobre todo, toda la antigua moral, todo se renovará. Los seres humanos se unirán para exprimir de la vida cuanto ésta pueda dar, pero sólo para alcanzar la felicidad y la alegría en este mundo. El hombre se encumbrará con un espíritu divino, con un orgullo titánico y aparecerá el hombre-dios. Venciendo a cada hora y ya sin límites a la naturaleza, el hombre, gracias a su voluntad y a la ciencia, experimentará a cada hora un placer tan excelso, que le sustituirá todas las anteriores esperanzas en los placeres celestes. Cada uno sabrá que es mortal en cuerpo y alma, sin resurrección, y aceptará la muerte orgullosa y tranquilamente, como un dios. Comprenderá por orgullo que no tiene por qué murmurar que la vida es sólo un instante y amará a su prójimo sin necesidad de recompensa alguna. El amor satisfará sólo el instante de la vida, pero la simple conciencia de su brevedad hará más poderoso su fuego, en tanta medida cuanto anteriormente se dispersaba en las esperanzas del amor de

ultratumba y sin fin»... Bueno, y así sucesivamente y por el estilo. ¡Era encantador!

Iván estaba sentado, tapándose las orejas con las manos y mirando al suelo, mas todo el cuerpo empezó a temblarle. La voz continuó:

–La cuestión está ahora, se decía mi joven pensador, en saber si es posible que semejante período llegue o no alguna vez. Si llega, todo quedará resuelto y la humanidad se organizará definitivamente. Pero, como quiera que, dada la contumacia de la estupidez humana, esto quizá no se produzca ni en mil años, a todo aquel que ya ahora tenga conciencia de la verdad le será permitido ordenar su vida tal como le plazca, en consonancia con los nuevos principios. En este sentido, para él «todo está permitido». Es más: aunque nunca llegue el período indicado, como quiera que no existen ni Dios ni la inmortalidad, nada impide al nuevo hombre hacerse hombre-dios, aunque sea él solo en todo el mundo, y ya, desde luego, en su nuevo rango, saltarse con alegre corazón todos los obstáculos morales del anterior hombre-esclavo, si es preciso. ¡Para Dios, la ley no existe! ¡Donde esté Dios, el lugar ya es divino! Donde esté yo, aquél será al instante el primer lugar... «Todo está permitido», ¡y basta! Todo esto es muy encantador; sólo que, si quisiera hacer el granuja, ¿a santo de qué, al parecer, alzarse con la sanción de la verdad? Pero así es el hombre ruso contemporáneo: sin la sanción no se atreverá ni a hacer granujadas, hasta tal punto se ha enamorado de la verdad...

El visitante, entusiasmándose, por lo visto, con su propia elocuencia, hablaba alzando cada vez más la voz y mirando burlón al dueño de la casa; pero no logró terminar: Iván agarró de pronto un vaso de la mesa y lo arrojó con toda el alma contra el orador.

–*Ah, mais c'est bête, enfin!*[1] –exclamó éste, saltando del diván y sacudiéndose de encima con los dedos las salpicadu-

1. '¡Bueno, esto ya pasa de la raya!'.

ras de té–. ¡Se ha acordado del tintero de Lutero! ¡Él mismo me considera un sueño y contra el sueño tira vasos! ¡Como una mujer! Ya sospechaba yo que sólo hacías ver que te tapabas las orejas y estabas escuchando...

De pronto resonaron unos golpes firmes e insistentes en el marco de la ventana. Iván Fiódorovich saltó del diván.

–¿Oyes? Es mejor que abras –gritó el visitante–; es tu hermano Aliosha, te trae la más inesperada y sorprendente de las noticias, ¡te lo aseguro!

–Calla, truhán, he sabido antes que tú que era Aliosha, le presentía, y si viene no es porque sí, desde luego, ¡me trae «noticias»!... –exclamó Iván, presa de una extraordinaria agitación.

–Pero abre, hombre, ábrele. Fuera se ha desencadenado una tormenta de nieve y él es tu hermano. *Monsieur, sait-il le temps qu'il fait? C'est à ne pas mettre un chien dehors...* [1]

Seguían llamando. Iván quería precipitarse a la ventana; mas pareció como si de pronto algo le hubiera atado pies y manos. Ponía en tensión todas sus fuerzas como para romper sus ataduras, pero en vano. Los golpes a la ventana se hacían cada vez más fuertes. Por fin las ligaduras se rompieron e Iván Fiódorovich se incorporó bruscamente en el diván. Miró como extraviado a su alrededor. Las dos velas casi se habían consumido, el vaso que acababa de arrojar contra el visitante estaba sobre la mesa, y en el diván adosado contra la pared de enfrente no había nadie. Los golpes contra el marco de la ventana, aunque seguían resonando con insistencia, no eran ni con mucho tan fuertes como acababa de parecerle en sueños; al contrario, eran golpes muy discretos.

–¡Esto no es un sueño! No, lo juro, esto no ha sido un sueño, ¡todo esto ha sucedido ahora! –gritó Iván Fiódorovich, precipitándose hacia la ventana y abrió el ventanillo–. Aliosha, ¡te había dicho que no vinieras! –gritó furiosamente al her-

1. 'Señor, ¿sabe qué tiempo hace? Con un tiempo así, no se saca a la calle ni a un perro'.

mano–. Dime en dos palabras: ¿qué quieres? En dos palabras, ¿me oyes?

–Hace una hora que se ha ahorcado Smerdiakov –le respondió Aliosha desde el patio.

–Pasa al porche, ahora te abro –dijo Iván y fue a abrir a Aliosha.

10. «Es él quien lo ha dicho»

Aliosha entró y comunicó a Iván Fiódorovich que una hora antes, poco más, había acudido a su casa Maria Kondrátievna y le había declarado que Smerdiakov acababa de suicidarse. «Entro en su habitación para retirar el samovar y esto..., me lo veo colgado de un clavo de la pared.» A la pregunta de Aliosha: «¿Lo ha comunicado a quien se debe?», respondió que no lo había declarado a nadie, sino que «he venido en seguida a su casa, corriendo». Estaba como loca, explicaba Aliosha, y temblaba toda ella como una hoja de árbol. Cuando Aliosha, junto con Maria Kondrátievna, llegó a la isba, a la que fue a toda prisa, Smerdiakov aún colgaba del clavo. Sobre la mesa había una nota: «Destruyo mi vida por mi propia voluntad y deseo que no se acuse a nadie». Aliosha dejó la nota sobre la mesa tal como la había encontrado, se fue a ver al jefe de policía, a quien puso al corriente de lo sucedido, «y de allí me he venido directamente a tu casa», concluyó, observando con atención a Iván. Mientras estuvo hablando, no había apartado de él los ojos, como muy sorprendido por la expresión de su rostro.

–Hermano –exclamó de pronto–, ¡debes de estar muy enfermo! Miras y parece que no comprendes lo que te estoy diciendo.

–Has hecho bien en venir –dijo caviloso Iván, como si no hubiera oído la exclamación de Aliosha–. El caso es que yo ya sabía que se había ahorcado.

–¿Por quién?

–No sé por quién. Pero lo sabía. ¿Lo sabía? Sí, me lo ha dicho él. Acaba de decírmelo...

Iván, de pie en medio del cuarto, seguía hablando con el mismo aire de preocupación, mirando al suelo.

–¿Quién es *él?* –preguntó Aliosha, mirando instintivamente en torno.

–Se ha escapado.

Iván levantó la cabeza y se sonrió con dulzura.

–Ha tenido miedo de ti, de ti, de una avecilla. Tú eres un «querubín purísimo». Dmitri te llama querubín. Querubín... ¡El estrepitoso clamor de entusiasmo de los serafines! ¿Qué es un serafín? Quizá toda una constelación. Y quizá la constelación entera no sea más que una molécula química... Existe la constelación del León y del Sol, ¿no lo sabes?

–¡Hermano, siéntate! –dijo Aliosha, asustado–, siéntate en el diván, por amor de Dios. Estás delirando, reclínate sobre la almohada, así. ¿Quieres que te ponga una toalla húmeda en la cabeza? Quizá te siente bien.

–Dame la toalla, la de la silla, hace un momento que la he arrojado ahí.

–Ahí no está. No te preocupes, sé dónde la tienes; mírala –dijo Aliosha después de hallar en el rincón opuesto del cuarto, junto al lavabo, una toalla limpia, todavía doblada y sin usar.

Iván se quedó mirándola con extrañeza; parecía haber recobrado la memoria súbitamente.

–Espera –se incorporó–; hará cosa de una hora tomé esa misma toalla y la mojé con agua. Me la apliqué a la cabeza y la arrojé ahí... ¿Cómo puede estar seca? No había otra.

–¿Te has aplicado esta toalla a la cabeza? –preguntó Aliosha.

–Sí, y con ella en la cabeza me he paseado por la habitación hace una hora... ¿Por qué se han gastado tanto las velas? ¿Qué hora es?

–Cerca de medianoche.

–¡No, no, no! –se puso a gritar Iván–. ¡No ha sido un sueño! Ha estado aquí, sentado en ese diván. Cuando tú has llamado a la ventana, le he arrojado el vaso... mira, éste... Un momento, la otra vez también dormía, pero este sueño no es un sueño. Y la otra vez tampoco lo fue. Ahora, Aliosha, suelo tener unos sueños... pero no son sueños, estoy despierto: camino, hablo y veo... pero duermo. Mas él ha estado sentado ahí, ha estado ahí, en ese diván... Es terriblemente estúpido, Aliosha, terriblemente estúpido –de pronto Iván se echó a reír y empezó a pasear por la habitación.

–¿Quién es estúpido? ¿De quién hablas, hermano? –volvió a preguntar Aliosha, angustiado.

–¡El diablo! Me visita. Ha estado dos veces, hasta casi tres. Ha querido hacerme rabiar diciéndome que me enfado porque creo que es un simple diablo y no Satanás con alas chamuscadas, que se presenta entre rayos y truenos. Pero no es Satanás, ha mentido. Él es un impostor. Es simplemente un diablo, un pobre diablo de poca monta. Frecuenta los baños públicos. Si le desnudas, le encontrarás sin duda la cola, larga y lisa como la de un perro danés, de una vara de longitud, pardusca... Aliosha, estás helado, has caminado mucho rato por la nieve, ¿quieres té? ¿Qué? ¿Está frío? ¿Quieres que lo mande preparar? *C'est à ne pas mettre un chien dehors...*

Aliosha corrió hacia el lavabo, mojó la toalla, volvió a hacer sentar a Iván y le envolvió la cabeza con la toalla húmeda. Se sentó a su lado.

–¿Qué me decías hoy de Lisa? –prosiguió Iván. Se volvía muy locuaz–. Lisa me gusta. Te he dicho de ella algo malo. Te he mentido, me gusta... Tengo miedo del día de mañana, por Katia, es lo que más temo. Por el futuro. Mañana, Katia me abandonará y me pisoteará. Cree que voy a perder a Mitia por celos, a causa de ella. ¡Sí, lo piensa! ¡Pero no es así! Mañana será la cruz, pero no la horca. No, yo no me ahorcaré. ¡Sabes, Aliosha, que nunca podré quitarme la vida! ¿Por bajeza, quizá? No soy un cobarde. ¡Por la sed de vivir! ¿Por qué

sabía yo que Smerdiakov se ha ahorcado? Sí, me lo había dicho él...

–¿Estás, pues, firmemente convencido de que aquí había alguien sentado? –preguntó Aliosha.

–Ahí, en aquel diván, en un ángulo. Tú le habrías echado. Pero sí, has sido tú quien le ha echado: ha desaparecido no bien tú te has presentado. Me gusta tu cara, Aliosha. ¿Sabías que tu cara me gusta? Y *él* soy yo, Aliosha, yo mismo. ¡Es todo lo que hay de bajo, vil y despreciable en mí! Sí, yo soy un «romántico», él lo ha observado... aunque se trate de una calumnia. Es terriblemente estúpido, pero de esto se vale. Es astuto, astuto como un animal, sabía cómo podía enfurecerme. No hacía más que machacar diciéndome que yo creo en él y de este modo me obligaba a escucharle. Me ha tomado el pelo como a una criatura. De todos modos, me ha dicho de mí muchas cosas que son ciertas. Nunca me lo habría confesado yo mismo. ¿Sabes, Aliosha, sabes? –añadió Iván con mucha seriedad y como confidencialmente–, ¡desearía de muy buena gana que él en realidad fuera *él* y no yo!

–Te ha atormentado –dijo Aliosha mirando con compasión a su hermano.

–¡Me ha hecho rabiar! ¿Sabes? Con mucha habilidad, ¡mucha!: «¡La conciencia! ¿Qué es la conciencia? Es obra mía. ¿Por qué me atormento? Por la fuerza de la costumbre. Por una costumbre universal que tiene el hombre desde hace siete mil años. Desprendámonos de esta costumbre y seremos dioses». ¡Lo ha dicho él, lo ha dicho él!

–¿Y no has sido tú, no has sido tú? –exclamó Aliosha sin poderse contener, dirigiendo una limpia mirada a su hermano–. Bueno, allá él, ¡mándale a paseo y olvídalo! ¡Que se lleve todo aquello que ahora tú maldices y que no vuelva jamás!

–Sí, pero es malo. Se ha burlado de mí. Ha sido insolente, Aliosha –profirió Iván, estremecido por el recuerdo de la ofensa–. Pero me ha calumniado, en muchas cosas me ha ca-

lumniado. Me ha mentido a mí mismo y a la cara. «Oh, te dispones a cumplir un gran acto de virtud, declararás que has matado a tu padre, que el lacayo mató a tu padre por instigación tuya...»

–Hermano –le interrumpió Aliosha–, domínate; no eres tú quien ha matado. ¡Esto no es verdad!

–Es él quien lo ha dicho, él, y él lo sabe: «Te dispones a cumplir un gran acto de virtud y no crees en ella, esto es lo que te irrita y te atormenta, por esto eres tan vengativo». Me lo ha dicho refiriéndose a mí, y sabe lo que dice...

–¡Eres tú quien lo dice y no él! –exclamó Aliosha amargamente–. ¡Y lo dices estando enfermo, delirando, atormentándote!

–No, él sabe lo que dice. «Tú, me ha dicho, acudirás movido por tu orgullo, te levantarás y declararás: "Soy yo quien ha matado, no tenéis por qué poner estas caras de horror, ¡mentís! Desprecio vuestra opinión, desprecio vuestro horror"». Se refería a mí, y de pronto añade: «¿Sabes?, lo que tú quieres es que te alaben: es un criminal, dirán, es un asesino, pero qué sentimientos más generosos, los suyos, ¡ha querido salvar a su hermanó y ha confesado!». ¡Pero esto sí es mentira, Aliosha! –gritó de súbito Iván con los ojos relampagueantes–. ¡Yo no quiero que los siervos me alaben! En esto ha mentido, Aliosha, ha mentido, ¡te lo juro! Es por esto por lo que le he arrojado un vaso y se lo he roto contra los morros.

–Hermano, cálmate, ¡no hables así! –le suplicaba Aliosha.

–Sabe torturar, es cruel –prosiguió Iván, sin hacerle caso–. Siempre he presentido por qué venía. «Admitamos, dice, que tú querías ir movido por tu orgullo, pero de todos modos había también la esperanza de que probaran la culpabilidad de Smerdiakov y le mandaran a presidio, de que absolvieran a Mitia y de que a ti te condenaran sólo *moralmente* (¿lo oyes? ¡Al decirlo, se reía!), mientras que otros te alabarían. Pero ha muerto Smerdiakov, se ha ahorcado, ¿y quién va a creerte ahora, en el juicio, ahora que estás solo? No obstante, te pre-

sentarás, te presentarás, a pesar de todo irás, has decidido ir. ¿Pero para qué vas a ir, después de lo sucedido?» Esto es espantoso, Aliosha, no puedo soportar estas preguntas. ¡Quién se atreve a formularme tales preguntas!

–Hermano –le interrumpió Aliosha, helado de espanto, pero como esperando aún hacer entrar en razón a Iván–, ¿cómo podía hablarte de la muerte de Smerdiakov antes de mi llegada, si nadie sabía que había ocurrido ni había habido tiempo de que nadie se enterara?

–Él lo ha dicho –repuso firmemente Iván, sin admitir siquiera la duda–. Es de lo único que me ha hablado, si quieres saberlo. «Podría admitirse, dice, si creyeras en la virtud; "no importa que no me crean, voy por fidelidad a mis principios". Pero tú eres un cerdito, como Fiódor Pávlovich, ¿qué te importa a ti la virtud? ¿Para qué vas a arrastrarte allí, si tu sacrificio será inútil? ¡Ni tú mismo sabes para qué vas! ¡Oh, mucho darías para saberlo! ¿Y crees que ya te has decidido? Aún no has decidido nada. Te pasarás la noche entera preguntándote si vas a ir o no. Pero, de todos modos, irás, y sabes que irás, sea lo que sea lo que vayas decidiendo, pues la resolución, desde luego, no depende de ti. Irás porque no te atreves a no ir. El porqué no te atreves, adivínalo por ti mismo, ¡resuelve el enigma!» Se ha levantado y se ha ido. Tú has llegado y se ha ido él. ¡Me ha llamado cobarde, Aliosha! ¡*Le mot de l'enigme*[1] es que soy un cobarde! «¡No son tales águilas las que ascienden muy altas en el cielo!» Ha añadido esto, ¡lo ha añadido! Y Smerdiakov dijo lo mismo. ¡Hay que matarle! Katia me desprecia, lo veo hace ya un mes, ¡y también Lisa comienza a despreciarme! «Irás para que te alaben», ¡esto es una mentira feroz! Y tú también me desprecias, Aliosha. Ahora vuelvo a odiarte. ¡También odio al monstruo, también odio al monstruo! No quiero salvar al monstruo, ¡que se pudra en presidio! ¡Ha empezado a cantar un

1. 'La clave del enigma'.

himno! ¡Oh, mañana iré, me presentaré ante ellos y les escupiré a todos en la cara!

Se levantó furioso, arrojó de sí la toalla y de nuevo se puso a dar zancadas por la habitación. Aliosha recordó las palabras que acababa de pronunciar su hermano: «Parece como si durmiera estando despierto... Camino, hablo y veo, pero duermo». Habríase dicho que era esto, precisamente, lo que estaba sucediendo. Aliosha no se apartaba de su lado. Por un momento tuvo la idea de ir corriendo en busca del doctor, pero tenía miedo de dejar a su hermano solo: no había a quién encomendarlo. Finalmente, Iván fue perdiendo poco a poco conciencia de sus actos. Seguía hablando, hablaba sin parar, pero ya sin ilación alguna. Hasta articulaba mal las palabras y, de pronto, se tambaleó en gran manera. Pero Aliosha tuvo tiempo de sostenerle. Iván se dejó llevar hasta la cama; su hermano le desnudó como pudo y le acostó. Permaneció a su lado aún unas dos horas. El enfermo dormía profundamente, sin moverse, con respiración suave y acompasada. Aliosha tomó una almohada y se acostó en el diván sin desnudarse. Antes de quedarse dormido, rezó por Mitia y por Iván. Comenzaba a comprender la enfermedad de este último: «¡Son los tormentos de una resolución orgullosa, de una profunda conciencia!». Dios, en quien no creía, y la verdad divina vencían al corazón, que aún no quería someterse. «Sí –pasó por la cabeza de Aliosha, reclinada ya sobre la almohada–, sí, habiendo muerto Smerdiakov, nadie creerá ya en la declaración de Iván; ¡pero él se presentará y declarará! –Aliosha se sonrió dulcemente–. ¡Dios vencerá! –pensó–. O renacerá Iván a la luz de la verdad o... sucumbirá en el odio, vengándose a sí mismo y a todos por haber servido a una causa en la que no cree», añadió con amargura y volvió a rezar por Iván.

Libro duodécimo

Un error judicial

1. El día aciago

Al día siguiente de los acontecimientos que he relatado, a las diez de la mañana, se abrió la sesión de nuestro tribunal de distrito y empezó el juicio contra Dmitri Karamázov.

Diré de antemano, y lo diré con insistencia, que no me considero ni mucho menos con fuerzas para transmitir todo lo que sucedió en el juicio, no sólo con la debida plenitud, sino ni siquiera en el orden debido. Tengo la impresión de que si debiera recordarlo todo y explicarlo como haría falta, necesitaría un libro entero y de los mayores. Que no se me recrimine, pues, si comunico sólo lo que más me conmovió a mí personalmente y mejor grabado tengo en la memoria. Es posible que haya tomado lo secundario por lo principal e incluso que haya omitido por completo los rasgos más destacados y archinecesarios... De todos modos, veo que es mejor no disculparse. Haré lo que pueda, y los propios lectores comprenderán que he hecho sólo lo que estaba al alcance de mis aptitudes.

Por de pronto, y antes de entrar en la sala de la audiencia, haré memoria de lo que aquel día me sorprendió de manera

singular. Después resultó que aquello no sólo me había extrañado a mí, sino a todos. Se trata de lo siguiente: todo el mundo sabía que aquel proceso había interesado a demasiada gente, que a todos les consumía la impaciencia por ver cuándo se abría el juicio, que en nuestra sociedad hacía ya dos meses enteros que se venía hablando mucho de él, se hacían conjeturas y se proferían exclamaciones. Todos sabían igualmente que el proceso se había hecho célebre en toda Rusia; sin embargo, no se figuraban que hubiera conmovido tan a lo vivo y en tal grado de irritabilidad a todos y a cada uno de los habitantes de nuestra ciudad, y no sólo de ella, sino, además, de todas partes, como se hizo patente en el propio juicio aquel día. Acudió gente no ya de nuestra capital de provincia, sino, además, de algunas otras ciudades de Rusia, y, finalmente, de Moscú y de Petersburgo. Había juristas, vinieron incluso algunos altos personajes y también damas. Se agotaron en un santiamén todos los pases de entrada. Para los varones más honorables e ilustres se reservaron plazas hasta insólitas, detrás de la mesa ocupada por el tribunal: aparecieron allí varias butacas ocupadas por diversos personajes, cosa que antes nunca se había permitido en nuestra audiencia. Resultaron muy numerosas las damas; nuestras y forasteras, constituían no menos de la mitad del público. En cuanto a los juristas que de todas partes acudieron al proceso, eran tantos, que ni siquiera se sabía dónde colocarlos, ya que los pases de entrada habían sido distribuidos, solicitados y prometidos hacía ya mucho tiempo. Yo mismo vi como al final de la sala, al fondo del estrado, se había establecido a toda prisa una separación provisional que permitiera tener dónde colocar a todos aquellos juristas, quienes se consideraron hasta felices de poder estar allí aunque fuera sin sentarse, pues detrás de la separación fueron retiradas todas las sillas para ganar sitio, y la muchedumbre allá reunida presenció de pie, muy apretadita, hombro con hombro, toda la vista de la causa. Algunas damas, en espe-

cial las de otros lugares, se presentaron en la galería de la sala muy lujosamente vestidas, pero la mayoría de las damas se olvidaron hasta de las galas. En sus rostros se leía una curiosidad histérica, ávida, casi morbosa. Una de las particularidades características de todo aquel público reunido en la sala, y que es digna de ser tenida en cuenta, consistía en que casi todas las damas, por lo menos su inmensa mayoría, según se vio confirmado luego por muchas observaciones, estaban de parte de Mitia y eran partidarias de que se le absolviera. Quizás ello se debía, sobre todo, a la idea que se tenía de Mitia como seductor de corazones femeninos. Sabían que iban a comparecer dos mujeres rivales. Una de ellas, Katerina Ivánovna, había despertado especial interés; de ella se contaban cosas extraordinarias acerca de su pasión por Mitia; inconmovible a pesar del crimen por él cometido, se relataban anécdotas inauditas. Se sacaban a relucir en particular su orgullo (casi no visitaba a nadie en nuestra ciudad) y sus «relaciones aristocráticas». Se decía que tenía la intención de pedir al gobierno que le permitiera acompañar al delincuente a presidio y casarse con él en alguna parte, en las minas, bajo tierra. Con no menor emoción se esperaba que apareciese también ante el tribunal Grúshenka como rival de Katerina Ivánovna. Con apasionada curiosidad se esperaba el enfrentamiento de las dos rivales en el juicio, la orgullosa joven aristocrática y la «hetaira»; de todos modos, Grúshenka era más conocida de nuestras damas que Katerina Ivánovna. A ella, «a la que había sido la perdición de Fiódor Pávlovich y de su desgraciado hijo», nuestras damas ya la habían visto antes y todas, casi sin excepción alguna, se sorprendían de que padre e hijo hubieran podido enamorarse en tal extremo de una «menestrala rusa tan corriente, que ni siquiera es hermosa». En fin, no era comentarios lo que faltaba. Me consta que en nuestra ciudad se produjeron incluso serios altercados de familia a causa de Mitia. Muchas damas habían discutido acaloradamente con sus es-

posos por sus divergencias de criterio acerca de aquella terrible causa, y es natural que, después de todo ello, los maridos de tales damas se presentaran en la sala de la audiencia no ya mal dispuestos, sino incluso irritados contra el acusado. En general, podía afirmarse positivamente que en contraposición al elemento femenino, el masculino era hostil al acusado. Se veían caras severas, foscas, y otras, que eran la mayoría, hasta rencorosas. También es cierto que Mitia, durante su estancia en nuestra ciudad, había sabido arreglárselas para ofender personalmente a muchos. Naturalmente, algunos de los visitantes estaban casi alegres y se mostraban muy indiferentes en lo tocante al destino de Mitia, pero no en lo que concernía al proceso en sí; todos estaban interesados en el desenlace y los varones, en su mayor parte, deseaban muy en serio el castigo del culpable; quizá la única excepción la constituían los juristas, para los cuales lo importante no era el aspecto moral de la causa, sino tan sólo, por así decirlo, su aspecto jurídico en el plano de las concepciones contemporáneas. Todos estaban impresionados por la llegada del célebre Fetiukóvich. Su talento era conocido por doquier, y no era la primera vez que Fetiukóvich acudía a provincias para defender causas criminales de gran resonancia. Después de su defensa, tales causas se hacían famosas en toda Rusia y eran recordadas durante largo tiempo. Se contaban también varias anécdotas acerca de nuestro fiscal y del presidente de la audiencia. Se decía que nuestro fiscal temblaba al pensar que debería enfrentarse con Fetiukóvich; que eran antiguos enemigos ya desde Petersburgo, incluso desde el comienzo de sus carreras; que nuestro Ippolit Kirílovich, cargado de amor propio, sintiéndose postergado por alguien ya desde su estancia en Petersburgo, creyendo que no se habían estimado en la debida forma sus capacidades, había cobrado nuevos ánimos con el proceso de los Karamázov y soñaba incluso con dar nuevo vigor, en esta ocasión, a sus mustios laureles, pero que una cosa le intimi-

daba y era la presencia de Fetiukóvich. Las apreciaciones acerca del temor ante Fetiukóvich, sin embargo, no eran del todo justas. Nuestro fiscal no era de los que se achican ante el peligro, sino, al contrario, de aquellos cuyo amor propio se acrecienta y cobra alas precisamente a medida que el peligro se hace mayor. Conviene indicar, no obstante, que nuestro fiscal era impulsivo en exceso y de una impresionabilidad enfermiza. A veces ponía en una causa toda su alma y actuaba como si de la resolución que se le diese dependieran su destino personal y su fortuna. En el mundo de los juristas se reían un poco de ello, pues se debía precisamente a esa particularidad el que nuestro fiscal hubiese alcanzado cierto nombre, si no en todas partes, por lo menos en escala bastante mayor a lo que habría podido suponerse, dado el modesto lugar que en nuestro tribunal ocupaba. Se reían sobre todo de su pasión por la psicología. A mi modo de ver, todos se equivocaban: nuestro fiscal, como hombre y como carácter, era más serio de lo que muchos suponían, por lo menos tal era mi impresión. El caso es que aquel hombre enfermizo no acertó a adoptar la postura necesaria cuando dio los primeros pasos en su carrera y ya no fue quién para remediar el desacierto en toda su vida.

En cuanto al presidente de nuestro tribunal, de él se puede decir que era un hombre culto, humano, conocedor práctico de su oficio y de ideas modernas. Tenía bastante amor propio, pero no se ocupaba mucho de su carrera. El objetivo principal de su vida consistía en ser un hombre progresista. Además, estaba bien relacionado y disponía de medios de fortuna. Tomaba con bastante calor el proceso de los Karamázov, pero sólo en un sentido general, según se vio luego. Le interesaba el fenómeno, su clasificación, interpretarlo como un producto de nuestros fundamentos sociales, como una característica de la naturaleza rusa, etc. Mas en lo tocante al aspecto personal de la causa, a la tragedia, a los actores como tales empezando por el acusado, su

actitud era bastante indiferente y abstracta, tal como convenía que fuese, quizá.

Mucho antes de que apareciese el tribunal, la sala estaba repleta a más no poder. La sala de la audiencia es la mejor de nuestra ciudad, es vasta, alta, de buenas condiciones acústicas. A la derecha de los miembros del tribunal, situados en un estrado, se había instalado una mesa y dos hileras de butacas para los jurados. A la izquierda se hallaba el sitio para el acusado y su defensor. En medio de la sala, cerca del lugar ocupado por el tribunal, se alzaba una mesa con las «pruebas materiales», entre las que se encontraban la blanca bata de seda de Fiódor Pávlovich, manchada de sangre, la fatal mano de almirez, presunta arma del asesinato, la camisa de Mitia con la manga ensangrentada, su levita manchada también por atrás, donde se encontraba el bolsillo en que Dmitri había metido su pañuelo también ensangrentado; el propio pañuelo acartonado ya y amarillento, la pistola que cargó Mitia en casa de Perjotin para suicidarse y que Trifón Borísovich le sustrajo disimuladamente en Mókroie, el sobre escrito de los tres mil rublos preparados para Grúshenka, la fina cintita rosa que lo había atado y muchos otros objetos de los que no guardo memoria. A cierta distancia, hacia el fondo de la sala, empezaban los asientos destinados al público, pero ante la balaustrada había algunas butacas para los testigos que, hecha ya su declaración, fueran dejados en la sala. A las diez de la mañana hizo su aparición el tribunal, compuesto por el presidente, un asesor y un juez de paz honorario. Huelga decir que también se presentó inmediatamente el fiscal. El presidente era un hombre fuerte, rechoncho, de talla inferior a la media, sanguíneo de rostro; frisaría en los cincuenta años, llevaba corto su cabello oscuro, con algunos mechones entrecanos, y una cinta roja, no recuerdo de qué condecoración. El fiscal, en cambio, me pareció muy pálido, casi lívido –y esta impresión no fue sólo mía, sino general–, como si de repente, quizás en una sola noche, hubie-

ra adelgazado, pues dos días antes le había visto en su estado normal. El presidente comenzó preguntando al ujier si habían acudido todos los jurados... Pero me doy cuenta de que no puedo seguir mi narración de este modo, ya por el hecho de que muchas cosas las oí mal, en otras me fijé poco, otras se me han olvidado, y, sobre todo, porque, como ya he dicho antes, si tuviera que rememorar todo cuanto se dijo y todo cuanto sucedió, no me bastarían literalmente ni el tiempo ni el espacio. Sólo sé que tanto una parte como la otra, es decir, tanto el abogado defensor como el fiscal, recusaron a pocos jurados. En cambio, recuerdo que entre los doce jurados había cuatro funcionarios de nuestra ciudad, dos comerciantes y seis campesinos y menestrales. No se me ha olvidado que en nuestra sociedad, mucho antes ya de que se viera la causa, preguntaban con cierta sorpresa, sobre todo las damas: «¿Será posible que una cuestión tan delicada, compleja y psicológica se someta a la fatal resolución de unos funcionarios y, en último término, de unos mujiks? ¿Qué puede comprender en este asunto un simple funcionario, y menos aún un mujik?». En efecto, los cuatro funcionarios que entraron en la composición del jurado eran gente de poca monta, de escaso rango, de cabellos blancos –sólo uno era algo más joven–, poco conocida en nuestra sociedad; eran hombres condenados a vivir de un pequeño sueldo, con esposas, probablemente viejas, a las que no podían presentar en ninguna parte, y con una buena retahíla de hijos cada uno, que quizás iban descalzos; distraerían sus ocios jugando a las cartitas en alguna parte sin haber leído nunca ni un solo libro, desde luego. Los dos comerciantes tenían por lo menos cierto aire de gravedad, mas permanecían extrañamente callados y quietos; uno de ellos iba afeitado y vestía a la manera de las capitales; el otro, de canosa barbita, llevaba al cuello una cinta roja de la que colgaba una medalla. De los menestrales y campesinos nada hay que decir. Nuestros villabestianos menestrales son casi como los campesinos, in-

cluso aran la tierra. Dos de ellos vestían también a la manera de las capitales y a ello se debía, quizá, que parecieran más sucios y lamentables que los cuatro restantes. Realmente, cabía pensar, como pensé yo mismo no bien me fijé en ellos: «¿Qué podrá entender esa gente de un asunto como éste?». No obstante, sus caras causaban una extraña e imponente impresión, casi amenazadora: eran severas y hoscas.

Por fin, el presidente declaró abierta la vista de la causa relativa al asesinato del consejero titular retirado Fiódor Pávlovich Karamázov, no recuerdo con exactitud en qué términos se expresó entonces. Se dio orden al ujier de que introdujera al acusado, y apareció Mitia. En la sala se hizo un gran silencio, se hubiera podido oír el volar de una mosca. No sé lo que pasó a los demás, pero a mí el aspecto de Mitia me produjo una impresión desagradabilísima. Lo peor fue que Dmitri Fiódorovich se presentó como un dandi, con un chaqué impecable. Luego me enteré de que se lo había encargado adrede para aquel día a su antiguo sastre de Moscú, que conservaba las medidas. Llevaba unos guantes de cabritilla nuevos y camisa de seda. Entró con sus largas zancadas de una vara, mirando fijamente y en línea recta ante sí; se sentó en su lugar sin manifestar ni sombra de emoción. Al mismo tiempo apareció su defensor, el célebre Fetiukóvich, y un sordo murmullo recorrió la sala. Era un hombre alto, seco, de largas y delgadas piernas; de dedos extraordinariamente largos, finos y pálidos; de cara rasurada, cabellos bastante cortos y peinados con modestia; de labios finos que de vez en cuando se contraían con un rictus que lo mismo podía ser calificado de expresión burlona como de sonrisa. Aparentaba ser hombre de unos cuarenta años. Habría tenido una cara agradable de no haber sido por los ojos, de por sí pequeñitos e inexpresivos, pero colocados uno cerca del otro en grado extremo, de modo que quedaban separados sólo por el afilado huesecito de su nariz fina y alargada. En pocas palabras: aquella fisonomía tenía algo

de pájaro tan marcado que impresionaba. Fetiukóvich vestía frac y llevaba corbata blanca. Recuerdo el primer interrogatorio del presidente a Mitia, es decir, las preguntas acerca de su nombre, título, etc. Mitia respondió con sequedad, pero de manera inesperadamente fuerte, hasta el punto de que el presidente sacudió la cabeza y le miró casi sorprendido. A continuación, se dio lectura a la larga lista de personas llamadas a comparecer para la investigación judicial, o sea, los testigos y expertos. No se presentaron cuatro de los testigos: Miúsov, que entonces se encontraba en París, pero cuya declaración figuraba ya en la instrucción previa; la señora Jojlakova y el propietario Maxímov por enfermedad, y Smerdiakov por muerte repentina, de lo que daba fe un certificado de la policía. La noticia del suicidio de Smerdiakov provocó un fuerte rumor y comentario en la sala. Claro está, entre el público eran aún muchos los que nada sabían acerca de aquel repentino episodio del suicidio. Pero lo que sorprendió especialmente fue la brusca salida de Mitia quien, no bien notificaron lo sucedido con Smerdiakov, exclamó desde su lugar con voz que resonó en toda la sala:

–¡Al perro, muerte de perro!

Recuerdo cómo se precipitó hacia él su defensor y cómo el presidente le amenazó con tomar severas medidas si reincidía en semejante salida de tono. Mitia asentía entrecortadamente con la cabeza, pero varias veces repitió a media voz, dirigiéndose a su defensor, como si no se arrepintiera en lo más mínimo de haber lanzado aquella exclamación:

–¡No lo haré más, no lo haré más! ¡Me ha salido sin querer! ¡No lo haré más!

Como es obvio, aquel breve episodio no sirvió ni mucho menos para inclinar en favor de Mitia a los jurados y al público. Se ponía de manifiesto su carácter, que hablaba por sí mismo. Bajo aquella impresión, el secretario del tribunal leyó el acta acusatoria.

El documento era bastante breve, pero circunstanciado. Se exponían sólo las causas principales de que se inculpara a fulano de tal, el porqué debía ser éste entregado a los tribunales, y así sucesivamente. Sin embargo, me produjo una impresión muy honda. El secretario leía con una voz clara, sonora, precisa. Aquella tragedia parecía surgir de nuevo ante todos con especial relieve, concéntricamente, iluminada por una luz fatal e implacable. Recuerdo que inmediatamente después de la lectura, el presidente preguntó a Mitia en voz alta e imponente:

–Acusado, ¿se reconoce usted culpable?

Mitia se levantó con brusquedad de su asiento:

–Me reconozco culpable de borrachera y libertinaje –respondió con una voz otra vez inesperada, casi furiosa–, de ser vago y alborotador. ¡Quería convertirme en un hombre honrado para toda la vida, en el momento mismo en que mi mala estrella me derribó! ¡Pero de la muerte del viejo, mi enemigo y mi padre, soy inocente! Del robo que se le ha hecho, no, no, no soy culpable ni puedo serlo: ¡Dmitri Karamázov es un canalla, pero no un ladrón!

Después de haber gritado esto, se sentó en su lugar, temblando todo él. El presidente le dirigió de nuevo una breve pero edificante exhortación instándole a que respondiese sólo a las preguntas que se le formulasen, a que no se lanzara a hacer exclamaciones incidentales y exaltadas. Luego ordenó pasar a la investigación judicial. Hicieron entrar a los testigos para el juramento. Entonces los vi a todos juntos. No obstante, a los hermanos del acusado se les permitió que se presentaran a declarar sin tomar parte en dicha ceremonia. Después de unas admoniciones de un sacerdote y del presidente, se llevaron a los testigos y los aislaron en lo posible a unos de otros. Luego empezaron a llamarlos uno a uno.

2. Testigos peligrosos

Ignoro si el presidente había llegado a separar en dos grupos a los testigos de la acusación y a los de la defensa, y en qué orden se pensaba llamarlos. Seguramente todo ello estaba previsto. Sólo sé que empezaron a llamar a los testigos de la acusación. Repito que mi propósito no es describir todos los interrogatorios paso a paso. Por otra parte, mi descripción resultaría quizá superflua, pues en los discursos pronunciados por el fiscal y el abogado defensor, cuando se abrió el juicio, el alcance y el sentido de todos los datos y de las declaraciones oídas fueron como resumidos en un punto con una brillante y característica elucidación; yo anoté con detalle por lo menos algunos de los pasajes de esos dos notables discursos y los reproduciré a su hora, así como relataré un episodio extraordinario y totalmente inesperado del proceso, episodio que se produjo de manera repentina antes ya de que se iniciaran los debates judiciales e influyó, sin duda alguna, sobre el terrible y fatal desenlace. Indicaré sólo que desde los primeros momentos del juicio se puso claramente de manifiesto una característica especial de este «asunto» observada por todos los presentes, a saber: la fuerza extraordinaria de la acusación en comparación con los recursos de que disponía la defensa. Así lo comprendió todo el mundo desde el primer momento, cuando en aquella imponente sala de la audiencia los hechos empezaron a agruparse, concentrarse y poco a poco cobraban evidencia tanto horror y tanta sangre. Para todos resultó claro, quizá desde los primeros pasos, que la causa ni siquiera daba pie para la discusión, que no había lugar a dudas, que en esencia no había necesidad de debate alguno, que se daría curso a la vista sólo por forma, y que el reo era culpable, manifiesta y definitivamente culpable. Creo incluso que también todas las damas, sin excepción, que anhelaban impacientes la absolución de aquel interesante acusado, estaban al mismo tiempo con-

vencidas por completo de la culpabilidad del mismo. Es más, a mi parecer, hasta se iban a sentir defraudadas si la culpabilidad de Mitia no se confirmaba sin reservas, pues en este caso no resultaría de tanto efecto el desenlace cuando llegara el momento de absolver al criminal. Que lo iban a absolver era cosa, aunque parezca raro, de que todas las damas estuvieron decididamente convencidas casi hasta el último momento: «Es culpable, pero le absolverán por humanitarismo, en nombre de las nuevas ideas, de los nuevos sentimientos ahora vigentes», etc. Por esto se habían apresurado a acudir allí con tanta impaciencia. Los varones, en cambio, se sentían sobre todo interesados por la lucha entre el fiscal y el célebre Fetiukóvich. Todos estaban sorprendidos y se preguntaban: «¿qué podrá hacer con una causa tan perdida, sin nada donde agarrarse, incluso un hombre del talento de Fetiukóvich?». Y por esto observaban con expectante atención y paso a paso su proeza. Pero Fetiukóvich hasta el último momento, hasta que pronunció su discurso, se mantuvo impenetrable como un enigma. Las personas experimentadas presentían que había establecido un sistema, que ya había ideado algo, que tenía un objetivo hacia el que encaminarse, pero resultaba casi imposible adivinar cuál era dicho objetivo. No obstante, saltaban a la vista su seguridad y su confianza en sí mismo. Por otra parte, todos se dieron cuenta en seguida, con satisfacción, de que Fetiukóvich, durante su brevísima estancia en nuestra ciudad, de unos tres días en total, había sabido profundizar de manera sorprendente en la causa y «la había estudiado hasta en los más pequeños detalles». Más tarde se contó con delectación, por ejemplo, de qué modo había sabido «confundir» a tiempo y desconcertar en la medida de lo posible a todos los testigos de cargo; sobre todo, cómo había logrado empañar la reputación moral de los mismos y, en consecuencia, sus declaraciones. Se suponía, de todos modos, que obraba así en gran parte por jugar, digamos, en aras de cierto brillo jurídico para que se

viera que nada quedaba olvidado de los clásicos recursos de la abogacía, pues todos estaban convencidos de que ni con todos aquellos «deslustres» podría alcanzar ventaja alguna importante y definitiva, lo cual probablemente comprendía él mejor que nadie; debía de tener, pues, alguna idea en reserva, alguna arma de defensa por de pronto aún escondida, que iba a descubrir de súbito en el instante oportuno. De momento, sin embargo, consciente de su fuerza, parecía como si jugara y retozara. Así, por ejemplo, se cebó en Grigori Vasíliev –el antiguo ayuda de cámara de Fiódor Pávlovich, el que hacía la deposición capital en lo tocante a que «estaba abierta la puerta que da al huerto» –cuando, durante el interrogatorio, le llegó el turno de hacerle preguntas. Ha de tenerse en cuenta que Grigori Vasílievich se presentó en la sala sin sentirse turbado en lo más mínimo por la majestad del tribunal ni por la presencia del numeroso público que le escuchaba; se le veía tranquilo y hasta con cierto aire de solemnidad. Hacía sus declaraciones con tanto aplomo como si estuviera conversando a solas con su Marfa Ignátievna, si bien, quizá, con mayor deferencia. Era imposible desconcertarle. Primero le interrogó largo rato el fiscal acerca de todos los detalles de la familia Karamázov. El cuadro familiar aparecía con claro perfil. Se notaba que el testigo era ingenuo e imparcial, se veía. Pese a su profundo respeto por la memoria de su antiguo señor, no dejó de declarar, por ejemplo, que éste había sido injusto con Mitia y que «no educó a sus hijos como debía. A éste, de pequeño, se lo habrían comido los piojos de no haber sido por mí –añadió, refiriéndose a la infancia de Mitia–. El padre tampoco hizo bien en beneficiarse con la finca que correspondía al hijo por su madre». En cambio, a la pregunta del fiscal acerca de las razones en que se basaba para afirmar que Fiódor Pávlovich se había beneficiado con aquella finca en perjuicio del hijo, Grigori Vasíliev, con gran sorpresa para todos, no adujo datos fundamentados de ninguna clase, pero de todos modos insistió en que

las cuentas hechas al hijo «no eran justas» y que a Mitia, sin duda alguna, «debían pagársele algunos miles de rublos más». Indicaré a este propósito que dicha cuestión, la de si realmente Fiódor Pávlovich había dejado de pagar algo a Mitia, la planteó luego el fiscal con singular *insistencia* a todos los testigos a quienes podía plantearla, sin excluir a Aliosha ni a Iván Fiódorovich, pero no recibió ningún dato exacto de ninguno de los testigos; todos afirmaban el hecho, mas nadie pudo presentar demostración alguna más o menos clara. Después de que Grigori hubo descrito la escena del comedor, cuando Dmitri Fiódorovich irrumpió allí y pegó a su padre amenazándole con volver para matarle, una impresión siniestra se extendió entre el público, tanto más cuanto que el viejo criado hablaba con calma, sin palabras superfluas, con su manera peculiar de decir las cosas, que resultó muy elocuente. En cuanto a la ofensa que había recibido de Mitia cuando éste le golpeó en la cara y le dejó tendido en el suelo, declaró que no estaba enojado y que le había perdonado hacía tiempo. Acerca del difunto Smerdiakov dijo, persignándose, que el muchacho tenía facultades, pero era tonto y estaba deprimido por la enfermedad, y lo peor era que no creía en Dios, y que la incredulidad se la habían enseñado Fiódor Pávlovich y su hijo mayor. Pero en cuanto a la honradez de Smerdiakov, la confirmó casi con calor y relató cómo una vez, habiendo encontrado éste dinero que el señor había perdido, no se lo escondió, sino que lo entregó a Fiódor Pávlovich, quien «le regaló una moneda de oro»; por ello y desde entonces empezó a confiar en él para todo. Respecto a que la puerta que da al huerto estaba abierta, lo afirmó con tenaz insistencia. De todos modos, le hicieron tantas preguntas que no me es posible rememorarlo todo. Finalmente, el turno de preguntas pasó al defensor, quien empezó interrogando acerca del sobre en que, «al parecer», Fiódor Pávlovich había escondido tres mil rublos para «cierta persona». «¿Lo vio usted mismo, usted, que durante

tantos años ha sido un hombre familiar para su señor?» Grigori respondió que no lo había visto ni tan sólo había oído hablar de aquel dinero en absoluto «hasta que todo el mundo se ha puesto a hablar de él». Esta pregunta relativa al sobre la hizo también Fetiukóvich, por su parte, a todos los testigos a quienes podía hacerla, con la misma insistencia que el fiscal preguntaba acerca de la partición de la finca, y de todos recibió asimismo una sola respuesta: la de que nadie había visto el sobre, pese a que eran muchos los que de él habían oído hablar. Desde el primer momento, todos se dieron cuenta de esa insistencia del abogado defensor en hacer dicha pregunta.

–Ahora desearía preguntarle una cosa, si usted me lo permite –dijo de pronto y de manera totalmente inesperada Fetiukóvich–: ¿de qué estaba compuesto el bálsamo o, digamos, la infusión con que se dio usted unas friegas en la cintura aquella noche, antes de acostarse, para curarse el dolor que le aquejaba, según se sabe por la instrucción previa?

Grigori dirigió una roma mirada al interrogador y balbuceó, después de unos instantes de silencio:

–Se le había puesto salvia.

–¿Nada más? ¿No recuerda usted alguna otra cosa?

–Sí, plantén.

–¿Y pimienta, quizá? –inquirió Fetiukóvich.

–También había pimienta.

–Bueno, bueno. ¿Y todo esto, en vodka?

–En alcohol.

Una risa casi imperceptible recorrió la sala.

–Vaya, hasta en alcohol. Después de haberse frotado la espalda, según tengo entendido, se bebió usted lo que quedaba en la botella mientras se pronunciaba una piadosa oración que sólo conoce su esposa, ¿no es así?

–Lo bebí.

–¿Fue mucho lo que bebió, aproximadamente? ¿Por ejemplo? ¿Una copita, dos?

–Sería un vaso.

–Hasta un vaso. ¿No sería, quizá, vasito y medio?

Grigori se calló. Parecía comprender algo.

–Vasito y medio de alcohol puro, no está mal, ¿verdad? Uno puede ver hasta «las puertas del Paraíso abiertas», no ya las que dan al huerto, ¿no le parece?

Grigori seguía callado. Otra vez una leve risa recorrió la sala. El presidente se agitó un poco en su sillón.

–¿Sabe usted con toda certeza –seguía Fetiukóvich, cada vez más penetrante– si estaba dormido o despierto en el momento en que vio abierta la puerta que da al huerto?

–Estaba de pie.

–Esto no es prueba de que no estuviera usted dormido. –Una y otra vez risitas en la sala.– ¿Habría podido responder en aquel momento, si alguien le hubiese hecho alguna pregunta, por ejemplo en qué año estamos?

–No lo sé.

–Y en qué año de nuestra era estamos ahora, a contar desde el nacimiento de Cristo, ¿no lo sabe?

Grigori estaba desconcertado y miraba fijamente a su verdugo. Parecía raro, por lo visto, que en realidad ignorase en qué año estábamos.

–Quizá sepa, sin embargo, cuántos dedos tiene en la mano.

–Yo soy un hombre sujeto a voluntad ajena –dijo de pronto Grigori en voz alta y clara–; si a las autoridades les place burlarse de mí, debo soportarlo.

Fetiukóvich pareció quedar un poco parado, mas intervino el presidente, quien recordó en son de advertencia al abogado defensor que las preguntas debían ceñirse más a las cuestiones del proceso. Fetiukóvich, después de escucharle, se inclinó con dignidad y declaró que había terminado su interrogatorio. Desde luego, tanto entre el público como entre los jurados podía haber surgido un gusanillo de duda en cuanto a las declaraciones de un hombre capaz de «ver las

puertas del Paraíso» en un cierto estado de curación e ignorante, además, del año de la era cristiana en que vivimos; de modo que el defensor, de todos modos, había conseguido su objetivo. Pero antes de que Grigori se retirara aún se produjo otro episodio. El presidente, dirigiéndose al acusado, preguntó si tenía que hacer alguna observación respecto a aquellas declaraciones.

–Aparte de lo de la puerta, ha dicho la verdad en todo –contestó Mitia, gritando–. Que me quitara los piojos, se lo agradezco; que me haya perdonado el golpe, se lo agradezco; el viejo ha sido honrado toda su vida y fiel a mi padre como setecientos perros de lanas.

–Acusado, tenga cuidado al elegir sus palabras –advirtió severo el presidente.

–Yo no soy ningún perro de lanas –rezongó Grigori.

–¡Entonces soy yo el perro de lanas, yo! –gritó Mitia–. Si es una ofensa, cargo con ella y pido perdón: ¡he sido una fiera y le he tratado cruelmente! También fui cruel con Esopo.

–¿Con qué Esopo? –volvió a intervenir el presidente.

–Quiero decir Pierrot... mi padre, Fiódor Pávlovich.

El presidente, autoritario y ya con extremada severidad, conminó a Mitia una y otra vez a que eligiera con más cuidado sus expresiones.

–Se perjudica a sí mismo por la opinión que de usted van a formar sus jueces.

Con la misma habilidad procedió el abogado defensor en el interrogatorio del testigo Rakitin. Indicaré que Rakitin figuraba entre los testigos más importantes y sin duda alguna era tenido en mucho por el fiscal. Resultó que lo sabía todo, era sorprendente lo mucho que sabía; había estado con todos, lo había visto todo, había hablado con todo el mundo, conocía con todo detalle la biografía de Fiódor Pávlovich y de todos los Karamázov. Cierto que del sobre con los tres mil rublos sólo había oído hablar al propio Mitia. En cambio, describió con pelos y señales las proezas de Mitia en la taber-

na La Capital, las palabras y los gestos comprometedores, y refirió la historia sobre el «Estropajo» ayudante de capitán Sneguiriov. En cambio, respecto al punto especial de si Fiódor Pávlovich había quedado debiendo algo a Mitia por las cuentas de la finca, ni siquiera el propio Rakitin pudo indicar nada concreto y se limitó a soltar algunas frases vagas de carácter despectivo: «¿Quién iba a poder aclarar cuál de ellos era culpable y calcular quién debía a quién en aquel galimatías karamazoviano, donde nadie podía comprender ni precisar nada?». Presentó la tragedia del crimen que se juzgaba como producto de las costumbres atrasadas de un régimen de servidumbre y de una Rusia sumida en el desorden, desdichada por carecer de las instituciones que necesitaba. En una palabra, le dejaron que se explicara un poco. En ese proceso, el señor Rakitin llamó la atención por primera vez y empezó a destacarse; el fiscal sabía que el testigo preparaba para una revista un artículo sobre aquel crimen, y luego en su discurso (como veremos más adelante) citó algunos pensamientos de tal artículo, cuyo contenido, por tanto, ya conocía. El cuadro expuesto por el testigo resultó sombrío y fatal, reforzaba en gran manera la «acusación». En general, la intervención de Rakitin cautivó al público por la independencia de pensamiento y la extraordinaria elevación de miras. Se oyeron incluso dos o tres aplausos espontáneos, que estallaron precisamente cuando Rakitin hablaba del régimen de servidumbre y de la Rusia hundida en el desorden. Pero Rakitin, que al fin y al cabo no dejaba de ser un hombre joven, tuvo un pequeño fallo del que al instante supo aprovecharse a las mil maravillas el abogado defensor. Al responder a las conocidas cuestiones relativas a Grúshenka, dejándose llevar por el éxito que, según él mismo observaba, ya había obtenido, y por la altura moral a la que se había remontado, Rakitin se permitió expresar cierto desdén respecto a Agrafena Alexándrovna, tratándola de «entretenida del mercader Samsónov». Luego hubiera dado no poco para poder retirar

sus palabritas, pues a ellas se agarró en seguida Fetiukóvich para confundirle. Y todo ello porque Rakitin no suponía ni mucho menos que el abogado defensor hubiera podido estudiar la causa hasta llegar a detalles tan íntimos en un plazo tan breve.

–Permítame que le haga una pregunta –empezó el defensor, con la más amable y hasta respetuosa sonrisa, cuando le llegó el turno–: usted debe de ser, naturalmente, el mismo señor Rakitin cuyo folleto, editado por la autoridad diocesana, «Vida del difunto stárets padre Zosima», lleno de pensamientos profundos y religiosos, con una magnífica y piadosa dedicatoria a Su Eminencia, he leído yo hace poco con mucho placer, ¿no es así?

–No lo escribí para que se publicara... Decidieron darlo a la imprenta luego –balbuceó Rakitin casi avergonzado, como si de pronto algo le desconcertara.

–¡Oh, eso es espléndido! Un pensador como usted puede y hasta debe dar prueba de una gran amplitud de miras ante todo fenómeno social. Gracias a la protección de Su Eminencia, ese utilísimo folleto ha alcanzado amplia difusión y ha sido de bastante utilidad... Pero lo que yo desearía saber es, sobre todo, lo siguiente: ¿acaba de declarar usted que conocía bastante bien a la señora Svetlova?

(Nota bene. Resultó que el apellido de Grúshenka era «Svetlova». Me enteré tan sólo aquel día, en el transcurso del proceso.)

–No puedo responder por todos mis conocidos... Yo soy joven... no hay nadie que pueda responder por todas las personas a quien trata –manifestó Rakitin, que se puso rojo como la grana.

–¡Lo comprendo, lo comprendo muy bien! –exclamó Fetiukóvich, como si él mismo se sintiera confuso y como si se apresurase a disculparse–. Usted, como cualquier otro, podía sentirse a su vez interesado por conocer a una mujer joven y hermosa que recibía de buena gana en su casa a la flor y nata

de la juventud local, pero... yo quisiera sólo precisar un punto: sabemos que hará cosa de dos meses, Svetlova estaba enormemente deseosa de trabar conocimiento con el joven de los Karamázov, Alexéi Fiódorovich, y le prometió a usted que si le llevaba a casa de ella, vestido precisamente con la ropa monacal que entonces usaba, le daría veinticinco rublos de recompensa nada más que por acompañarle a casa de ella. Se sabe también que así lo hizo usted precisamente la tarde del día que acabó con la terrible catástrofe que ha servido de base al actual proceso. Usted condujo a Alexéi Karamázov a casa de la señora Svetlova. ¿Recibió entonces los veinticinco rublos de recompensa? ¿Podría usted responder a mi pregunta?

–Aquello fue una broma... No veo por qué esto puede interesarle. Los acepté como broma... para devolverlos más tarde...

–Así, pues, los aceptó. Pero aún no los ha devuelto... ¿O los ha devuelto?

–Esto es una niñería... –balbuceó Rakitin–. No puedo responder a semejantes preguntas... Los devolveré, desde luego.

Intervino el presidente, pero el abogado defensor hizo saber que había terminado de preguntar al señor Rakitin, quien se retiró de escena bastante corrido. Así, la impresión de elevada nobleza que había producido su discurso había quedado mermada, y Fetiukóvich, acompañándole con la mirada, parecía decir al público: «¡Aquí tienen a los nobles acusadores!». Recuerdo que tampoco en esta ocasión faltó un incidente provocado por Mitia: furioso por el tono en que Rakitin se había referido a Grúshenka, gritó de pronto desde su sitio: «¡Bernard!». Y cuando el presidente, terminado todo el interrogatorio de Rakitin, se dirigió al acusado preguntándole si por su parte quería hacer alguna observación, Mitia gritó con atronadora voz:

–¡A mí mismo, estando ya en la cárcel, ha venido a pedirme dinero prestado! ¡Es un Bernard despreciable y carrerista, que no cree en Dios y se ha burlado de Su Eminencia!

Huelga decir que a Mitia le llamaron de nuevo al orden por el frenesí de sus expresiones, pero el señor Rakitin quedó apabullado. Tampoco resultó feliz el testimonio del ayudante de capitán Sneguiriov, si bien por una causa completamente distinta. Se presentó con el traje roto y sucio, con las botas altas también sucias y borrachito como una cuba, a pesar de todas las precauciones tomadas y del «examen» previo. A las preguntas sobre la ofensa que le había inferido Mitia, se negó a responder.

–Que Dios le perdone. Iliúshechka no quiere que hable de ello. Dios me lo compensará en el otro mundo.

–¿Quién no quiere que hable usted? ¿A quién se refiere?

–A Iliúshechka, mi pequeño: «¡Papaíto, papaíto, cómo te ha humillado!». Me lo dijo junto a la piedra. Ahora se me está muriendo...

El capitán prorrumpió de pronto en llanto y se desplomó a los pies del presidente. Se apresuraron a sacarlo de allí entre las risas del público. Falló, pues, por completo el efecto que el fiscal daba por descontado.

El abogado defensor, en cambio, siguió aprovechando todos los recursos y cada vez sorprendía más y más a todo el mundo por el conocimiento que tenía de la causa, hasta en los más nimios detalles. Así, por ejemplo, la declaración de Trifón Borísovich había causado un impacto muy fuerte; huelga decir que era en alto grado desfavorable para Mitia. Trifón Borísovich había calculado poco menos que con los dedos que Mitia, en su primera visita a Mókroie, casi un mes antes de la catástrofe, había gastado por lo menos tres mil rublos «o le faltaría muy poco para llegar a esta cantidad. ¡El dinero que tiró sólo por aquellas gitanas! A nuestros piojosos mujiks no sólo les arrojaba por la calle "monedas de cincuenta kópeks", sino que les regalaba incluso billetes por lo menos de veinticinco rublos. ¡Sin hablar de lo que entonces le robaron! El que robaba no dejaba allí la señal de su mano. ¡Quién podría encontrar al ladrón, cuando el propio Mitia

tiraba el dinero a manos llenas! Y ya se sabe que nuestros mujiks son unos bandidos, la conciencia les pesa poco. ¡Y lo que fue a parar a manos de las mozas de nuestro pueblo, a manos de las mozas! Se han hecho ricas desde entonces, y allí antes no había más que miseria». En una palabra, sacó a relucir cada uno de los gastos como si los hubiera sumado en el ábaco [1]. De este modo resultaba increíble la hipótesis de que se habían gastado únicamente mil quinientos rublos y los otros habían sido guardados en una bolsita. «Los vi yo mismo, vi en sus manos tres mil rublos como tres mil soles, los estuve contemplando con mis propios ojos. ¡Como si no entendiéramos de cuentas!», exclamaba Trifón Borísovich, deseando con toda el alma complacer a «las autoridades». Pero cuando el interrogatorio pasó al abogado defensor, Fetiukóvich, casi sin hacer la menor tentativa para refutar la deposición, empezó a hablar de que el cochero Timoféi y otro mujik, Akim, durante la primera francachela en Mókroie, un mes antes de la detención del acusado, recogieron del suelo, en el zaguán, un billete de cien rublos que Mitia, borracho, había perdido; lo entregaron a Trifón Borísich y éste les dio por ello un rublo a cada uno. «¿Devolvió usted entonces aquellos cien rublos al señor Karamázov?» Trifón Borísovich procuró eludir la cuestión, pero después que hubieron interrogado a los mujiks, confesó lo del billete de cien rublos, añadiendo sólo que en seguida lo había devuelto santamente a Dmitri Fiódorovich «con toda honradez, aunque el propio Mitia difícilmente podría recordarlo por estar entonces borracho perdido». Pero como quiera que había negado el hallazgo de los cien rublos hasta que llamaron a los mujiks testigos, la declaración que luego hizo acerca de la devolución de la suma a Mitia bebido fue puesta muy en tela de juicio. De este modo, uno de los testigos más peligrosos

1. Hasta los años 80 del siglo XX fue corriente en Rusia el uso del ábaco para sumar y restar, sobre todo en tiendas y oficinas.

presentados por la acusación se retiraba también dejando en el aire muchas sospechas y con la reputación malparada. Lo mismo ocurrió con los polacos, que se presentaron con aires de mucho orgullo e independencia. Declararon en voz muy alta que, en primer lugar, ambos «habían servido a la Corona», que el «*pan* Mitia» les había ofrecido tres mil rublos para comprarles el honor y que ellos mismos le habían visto mucho dinero en las manos. El *pan* Musialowicz introducía una enorme cantidad de vocablos polacos en sus frases, y viendo que ello no hacía sino elevarle a los ojos del presidente y del fiscal, se sintió, por fin, totalmente reanimado y pasó a hablar por completo en polaco. Pero también a ellos los cazó Fetiukóvich en sus redes: por más que Trifón Borísovich, a quien llamaron otra vez, procurase salirse por la tangente, se vio obligado a confesar que su baraja había sido sustituida por otra, con malas artes, y que ello había sido obra del *pan* Wróblewski; confesó, asimismo, que el *pan* Musialowicz, el que tenía la banca en el juego, había hecho trampa. Así lo confirmó Kalgánov, que declaró a su vez, y los dos *panowie* se retiraron algo cubiertos de vergüenza y hasta acompañados por las risas del público.

Exactamente lo mismo ocurrió luego con casi todos los testigos más peligrosos. A cada uno de ellos supo Fetiukóvich tiznarlos moralmente y hacerlos salir con la cabeza gacha. Tanto los curiosos como los juristas no salían de su admiración; lo único que aún los tenía perplejos seguía siendo el no ver a qué resultado importante y definitivo podía conducir tanta pericia, pues todos sentían cada vez de manera más evidente y trágica, lo repito, que la acusación era irrefutable. Mas, por el aplomo del «gran mago», por la tranquilidad que el defensor manifestaba, seguían esperando: no en vano había venido de Petersburgo «un hombre como aquél» y no era aquél un hombre para volverse sin haber logrado nada.

3. El dictamen médico y una libra de avellanas

El dictamen médico tampoco ayudó mucho al acusado. Por otra parte, al parecer, ni siquiera Fetiukóvich confiaba mucho en él, según se vio más tarde. En realidad, el examen médico se llevó a cabo exclusivamente por insistencia de Katerina Ivánovna, que había llamado para el caso al famoso doctor de Moscú. Desde luego, la defensa nada podía perder con ello, y en el mejor de los casos podía ganar algo. De todos modos, se produjo una situación hasta cierto punto cómica, debida precisamente a algunas diferencias de criterio entre los doctores. Los expertos fueron el famoso doctor venido de Moscú, luego nuestro doctor Herzenstube y, finalmente, el joven médico Varvinski. Los dos últimos figuraban asimismo como simples testigos, citados por el fiscal. El primer interrogado en calidad de experto fue el doctor Herzenstube. Era un viejo de unos setenta años, canoso y calvo, de talla media y robusta complexión. En nuestra ciudad se le estimaba y se le respetaba mucho. Era un médico concienzudo, un hombre excelente y piadoso, miembro de cierta asociación religiosa, la de los «hermanos moravos» [1], si no recuerdo mal. Vivía en nuestra ciudad hacía mucho tiempo y se comportaba con extraordinaria dignidad. Era bondadoso y humanitario, curaba gratuitamente a los pobres y a los campesinos, él mismo los visitaba en sus cuchitriles e isbas y les dejaba dinero para medicinas, pero ello no impedía que fuera terco como un mulo. Era imposible hacerle cambiar de idea cuando algo se le había metido en la cabeza. A propósito, casi todo el mundo sabía ya en la ciudad que el célebre médico forastero, a los dos o tres días de hallarse entre nosotros, se había permitido manifestar varias opiniones extraordinariamente ofensivas respecto a las aptitudes del doctor Herzenstube. El caso fue que si bien el

1. Sociedad religiosa fundada en Bohemia en el siglo XV. Sigue existiendo hoy en día como una de las iglesias evangélicas.

médico de Moscú no pedía menos de veinticinco rublos por consulta, algunas personas de nuestra ciudad se alegraron de la visita del médico y sin regatear el dinero acudieron a solicitar sus servicios. Hasta entonces, como es lógico, a todos esos enfermos los había tratado el doctor Herzenstube, y he aquí que el famoso médico en todas partes criticaba con extraordinario desprecio las prescripciones de su colega. Llegó al fin a preguntar, no bien se presentaba a ver a un enfermo: «Bueno, ¿quién le ha puesto a usted en ese estado? ¿Herzenstube? ¡Je-je!». El doctor Herzenstube lo supo todo, claro está. Pues bien, los tres médicos se presentaron uno tras otro para el interrogatorio. El doctor Herzenstube declaró sin ambages que «la anormalidad de las facultades mentales del acusado era evidente por sí misma». Luego, después de exponer sus consideraciones, que yo aquí omito, añadió que dicha anormalidad se veía sobre todo no sólo en los numerosos actos precedentes del acusado, sino, además, en el modo de conducirse hasta en aquel mismísimo momento; cuando le rogaron explicase en qué se veía la anormalidad «en aquel mismísimo momento», el viejo doctor, con toda la franqueza de su ingenuidad, indicó que el acusado, al entrar en la sala, «tenía un aspecto insólito y sorprendente dadas las circunstancias, avanzaba como un soldado con la vista fija ante sí, porfiado, mientras que hubiera sido más normal, para él, mirar hacia la izquierda, donde están sentadas las damas del público, pues era un gran aficionado al bello sexo y debía de pensar mucho en lo que ahora iban a decir de él las damas», concluyó el viejecito, con su manera original de expresarse. Es necesario añadir que hablaba mucho en ruso y de buen grado, pero las frases le salían a la manera alemana, cosa que, sin embargo, nunca le preocupaba, pues toda su vida había tenido la debilidad de considerar su ruso como ejemplar, «mejor incluso que el de la gente del país»; hasta era muy amigo de citar proverbios rusos, asegurando cada vez que son los mejores y más expresivos de todo el mundo. Añadiré, además, que cuan-

do conversaba, no sé si por distracción, a menudo olvidaba las palabras más corrientes, que sabía muy bien, pero que de pronto, sin saber cómo, se le iban de la memoria. Por otra parte, lo mismo solía sucederle cuando hablaba en alemán, y en estos casos siempre agitaba la mano ante su rostro como si intentara agarrar la palabrita perdida, y nadie podía obligarle a proseguir su discurso antes de haberla encontrado. Su observación en el sentido de que el acusado, al entrar, tenía que haber mirado hacia las damas, provocó un susurro juguetón en el público. A nuestro viejo le tenían en mucha estima todas las damas, las cuales sabían que el doctor, soltero empedernido, piadoso y casto, miraba a las mujeres como a criaturas superiores e ideales. Pero después, su inesperada observación pareció terriblemente extraña a todos.

El doctor moscovita, al ser preguntado cuando le llegó el turno, confirmó de manera tajante e insistente que consideraba anormal y «hasta en grado superlativo» el estado mental del acusado. Habló mucho y con sabias palabras acerca de la «obsesión» y de la «manía», e infirió que, según todos los datos recogidos, el acusado ya desde unos días antes de ser detenido se encontraba bajo el efecto de una indudable obsesión morbosa, y si cometió el crimen, aun teniendo conciencia de lo que hacía, fue casi involuntariamente, sin fuerzas para luchar contra la patológica pasión moral que de él se había apoderado. Pero, además de la obsesión, el doctor diagnosticó la manía, lo cual, según sus palabras, significaba hallarse en el camino que conduce a la locura completa. (N. B.: hago el relato con mis propias palabras; el doctor, en cambio, se expresó empleando un lenguaje muy docto y especializado.) «Todos sus actos han ido en contra del sentido común y de la lógica –prosiguió–. Ya no hablo de lo que no he visto, es decir, del crimen en sí y de toda esta catástrofe, pero incluso anteayer, durante la conversación que sostuvo conmigo, tenía una mirada fija inexplicable. Se reía inesperadamente cuando no había motivo alguno para reír. Se ha-

llaba constantemente en un incomprensible estado de irritación y pronunciaba extrañas palabras: "Bernard, ética", y otras que no venían a cuento.» Pero el doctor consideraba que aquella manía se ponía de manifiesto sobre todo en el hecho de que el acusado no podía ni siquiera hablar de los tres mil rublos que, a su entender, le habían sido estafados, sin una insólita exasperación, mientras que hablaba de todos sus otros fracasos y ofensas, y los recordaba, con bastante calma. Finalmente, según los informes existentes, ya antes, cada vez que trataba de los tres mil rublos aludidos se ponía furioso pese a que, según las declaraciones, era un hombre desinteresado y desprendido. «Por lo que respecta a la opinión de mi docto cofrade –añadió irónicamente el doctor moscovita, concluyendo su discurso– en el sentido de que el acusado, al entrar en la sala, debía mirar hacia las damas y no directamente ante sí, diré tan sólo que aparte del carácter festivo de semejante conclusión, ésta es totalmente errónea; pues si bien estoy por completo de acuerdo en que el acusado, al entrar en la sala del tribunal donde se decide su suerte, no debía de mirar de manera tan fija ante sí, cosa que en realidad puede considerarse como un síntoma de su anormal estado anímico en el momento dado, afirmo al mismo tiempo que debía haber mirado no hacia la izquierda, donde están las damas, sino al contrario, hacia la derecha, buscando con los ojos a su defensor, en cuya ayuda radica ahora toda su esperanza y de la cual depende ahora su destino.» El doctor formuló su punto de vista de manera decidida y autoritaria. Pero al desacuerdo entre los dos expertos le confirió singular comicidad la inesperada conclusión del médico Varvinski, interrogado en último lugar. A su modo de ver, el acusado, tanto en aquel momento como antes, se encontraba en estado perfectamente normal, y si bien antes de su detención debía de hallarse realmente nervioso y muy excitado, ello podía derivarse de muchas y evidentes causas: los celos, la ira, las borracheras, etc. Pero semejante estado ner-

vioso no podía implicar ninguna «obsesión» especial, a la que ahora se había hecho referencia. En cuanto a lo de si el acusado debía mirar a la izquierda o a la derecha al entrar en la sala, «en su modesta opinión», debía haber mirado hacia delante al entrar en la sala, como en efecto miró, pues enfrente de él estaban sentados el presidente y los miembros del tribunal, de quienes dependía ahora su suerte toda, «de modo que mirando directamente ante sí puso de manifiesto que el estado de su entendimiento era del todo normal en el momento dado», concluyó con cierta vehemencia el joven médico su «modesta» declaración.

–¡Bravo, galeno! –gritó Mitia desde su asiento–. ¡Así es!

Hicieron callar a Mitia, claro está, pero la opinión del joven médico causó un efecto decisivo tanto entre los miembros del tribunal como entre el público, pues según se vio luego todos estuvieron de acuerdo con él. Sin embargo, el doctor Herzenstube, al ser interrogado como testigo, hizo una inesperada declaración que favoreció a Mitia. Como antiguo vecino de la ciudad, conocedor de la familia Karamázov desde hacía muchos años, proporcionó una serie de datos muy interesantes para la «acusación», y de pronto, como si recapacitara, añadió:

–Con todo, este pobre joven hubiera podido tener una suerte incomparablemente mejor, pues era de buen corazón tanto en su infancia como después, me consta. Pero hay un refrán ruso que dice: «Si uno es inteligente, está bien; mas si se le une otra persona inteligente, aún estará mejor, pues entonces habrá dos inteligencias, y no una sola...».

–Una inteligencia es buena, pero mejor son dos –le dijo el fiscal con impaciencia, completando el pensamiento; conocía desde hacía mucho la costumbre que tenía el viejo de hablar despacio, dando rodeos, sin turbarse por la impresión que producía ni por hacerse esperar, sino, por el contrario, estimando en mucho su forzado ingenio alemán, pesado como un guiso de patatas, siempre jubiloso y satisfecho de sí mismo. Al viejales le gustaban las agudezas.

–Oh, sí-í, lo mismo digo yo –repitió porfiado–; una inteligencia es buena, pero son mucho mejor dos. Mas, al lado de ese hombre no acudió otro con inteligencia, y la suya se le fue... ¿Cómo se dice, adónde se le fue? Se me ha olvidado esa palabra, ¿adónde se le fue la inteligencia? –prosiguió, agitando la mano ante los ojos–; ah, sí, *spazieren*.

–¿A pasear?

–Eso es, a pasear, lo mismo digo yo. Se le fue la inteligencia a pasear y llegó a un lugar tan apartado que se le perdió. Sin embargo, era un joven generoso y sensible, oh, le recuerdo muy bien del tiempo en que era así de pequeño, abandonado por su padre en el patio posterior de la casa, cuando corría descalzo por el suelo y llevaba unos pantaloncitos que se le sostenían sólo por un botón...

De pronto, en la voz del honrado viejo se percibió cierta nota sentimental y emocionada. Fetiukóvich se estremeció como si presintiera algo y en seguida se agarró a ese testigo.

–Oh, sí, yo también era entonces joven... Tendría... bueno, sí, tendría cuarenta y cinco años, hacía poco que había llegado a esta ciudad. Entonces el niño me dio lástima y me dije: por qué no he de comprarle una libra... Bueno, sí, ¿una libra de qué? Se me ha olvidado cómo se llama... una libra de eso que tanto gusta a los niños, ¿cómo se llama, bueno, cómo es...? –otra vez el doctor agitaba las manos–; eso que crece en los árboles, lo recogen y dan a todo el mundo...

–¿Manzanas?

–¡Oh, no-o-o! Una libra, una libra, las manzanas se compran por decenas y no por libras... no; entran muchas y todas son pequeñas, se ponen en la boca y hacen ¡cra-ac!

–¿Avellanas?

–Eso, sí, avellanas, lo mismo digo yo –confirmó el doctor con la mayor tranquilidad del mundo, como si no hubiera estado buscando la palabra–, y le llevé una libra, pues al niño nunca le había llevado nadie una libra; entonces levanté el

dedo y le dije: «¡Muchacho! *Gott der Vater*»[1]; él se echó a reír y repitió: «*Gott der Vater. - Gott der Sohn*»[2]. Volvió a reírse y balbuceó: «*Gott der Sohn. - Gott der heilige Geist*[3]». Entonces se rió una vez más y dijo como pudo: «*Gott der heilige Geist*». Luego me fui. Al tercer día pasaba yo por delante y él mismo me gritó: «Tío, *Gott der Vater, Gott der Sohn*», y sólo se había olvidado de *Gott der heilige Geist,* pero se lo recordé y otra vez me dio mucha lástima. Mas se lo llevaron y no volví a verle. Pasaron veintitrés años, yo tenía ya la cabeza blanca; una mañana estaba sentado en mi gabinete y de pronto veo entrar a un joven en la flor de la edad al que no podía reconocer, pero él levantó un dedo y dijo riendo: «*Gott der Vater, Gott der Sohn und Gott der heilige Geist!* Acabo de llegar y he venido a darle las gracias por la libra de avellanas: entonces, pues nadie me compraba nunca una libra de avellanas, sólo usted me las compró». En seguida me acordé de mi juventud feliz y del pobre niño descalzo en el patio de su casa, me emocioné y dije: «Eres un joven agradecido, pues te has acordado toda la vida de la libra de avellanas que te llevé cuando eras niño». Le abracé, le bendije. Y me puse a llorar. Él se reía, pero también lloraba... pues un ruso con mucha frecuencia se ríe cuando hace falta llorar. Pero él también lloraba, lo vi yo. En cambio ahora, ¡ay!...

–¡También ahora lloro, alemán, también ahora lloro, hombre de Dios! –gritó de repente Mitia desde su lugar.

Comoquiera que fuese, el caso es que la pequeña anécdota dejó en el público cierta impresión favorable. Pero lo que causó más efecto en favor de Mitia fue la declaración de Katerina Ivánovna, de la que voy a hablar a continuación. En general, cuando empezaron a declarar los testigos *à décharge,* es decir, llamados por la defensa, la suerte pareció son-

1. *Gott der Water:* 'Dios Padre'. (En alemán en el original.)
2. *Gott der Sohn:* 'Dios Hijo'. *(Idem.)*
3. *Gott der heilige Geist:* 'Dios Espíritu Santo'. *(Idem.)*

reír de verdad a Mitia y hasta –lo que es más sorprendente– de manera inesperada para la defensa misma. Sin embargo, antes que Katerina Ivánovna, fue interrogado Aliosha, quien de pronto recordó un hecho que pareció hasta un testimonio ya positivo contra un importantísimo punto de la acusación.

4. La suerte sonríe a Mitia

Sucedió ello de manera inesperada incluso para el propio Aliosha, quien fue llamado sin prestar juramento. Recuerdo que, desde las primeras palabras del interrogatorio, ambas partes mostraron hacia el testigo mucha cordialidad y simpatía. Era evidente que le había precedido una buena fama. Aliosha habló con mucha modestia y reserva, pero en sus declaraciones se traslucía netamente la cálida simpatía que experimentaba por su infeliz hermano. Respondiendo a una de las preguntas, esbozó el carácter de Mitia como el de un hombre quizá violento y de pasiones arrebatadas, pero también noble, orgulloso y magnánimo, capaz de sacrificarse si así se requería de él. Reconocía, no obstante que, en los últimos días, su hermano, debido a su pasión por Grúshenka y a la rivalidad con su padre, se encontraba en una situación insoportable. Pero rechazó hasta indignado la hipótesis de que Mitia hubiera podido matar con el propósito de robar, si bien confesó que aquellos tres mil rublos se habían convertido en la mente de su hermano casi en una manía, que su hermano los consideraba como dinero de la herencia que su padre le escamoteaba y que, aun siendo una persona desinteresada, no podía hablar de ese dinero sin ponerse furioso y colérico. En cambio, por lo que respecta a la rivalidad entre las dos «personas femeninas», como se expresó el fiscal, es decir, entre Grúshenka y Katia, respondió evasivamente e incluso se negó a contestar una o dos veces.

–¿Le habló su hermano, por lo menos, de que tenía la intención de matar a su padre? –preguntó el fiscal–. Puede usted abstenerse de responder si lo considera necesario –añadió.

–De manera directa no me lo dijo –contestó Aliosha.

–¿Pues cómo? ¿Indirectamente?

–Una vez me habló de su odio personal por nuestro padre y de que temía que... en un momento de exasperación... en un momento de repugnancia... quizá fuera capaz de matarle.

–¿Y al oírle hablar así, le creyó usted?

–Temo decir que le creí. Pero siempre estuve convencido de que cierto sentimiento superior le salvaría en el instante fatal, como le salvó en realidad, pues *no es él* quien mató a mi padre –terminó firmemente Aliosha, con una voz fuerte que resonó en toda la sala.

El fiscal se estremeció como el caballo de combate que oye el toque de corneta.

–Puede estar seguro de que creo sin reservas en la más completa sinceridad de sus convicciones, sin atribuirla en lo más mínimo al amor que siente por su desgraciado hermano ni confundirla con dicho amor. Conocemos ya por la instrucción previa la singular idea que tiene usted acerca del trágico episodio acaecido en el seno de su familia. No le negaré que es en alto grado especial y contradice todas las demás declaraciones recogidas por la acusación. Por este motivo considero necesario preguntarle ya con insistencia: ¿qué razones concretas son las que le han llevado a afirmar de manera tan rotunda que su hermano es inocente y que el culpable es otra persona, a la que ha designado ya de manera precisa en la instrucción previa?

–En la instrucción previa sólo respondí a las preguntas –repuso Aliosha con voz suave y tranquila–, pero no presenté ninguna acusación contra Smerdiakov.

–Sin embargo, ¿no le señaló usted a él?

–Le señalé basándome en las palabras de mi hermano Dmitri. Antes ya del interrogatorio, me contaron lo que ha-

bía sucedido cuando le detuvieron y de qué modo declaró entonces él contra Smerdiakov. Estoy plenamente convencido de que mi hermano no es culpable. Y si no es él quien mató, entonces...

–¿Entonces, es Smerdiakov? ¿Pero por qué, precisamente, Smerdiakov? ¿Y qué le ha convencido a usted de manera tan rotunda de la inocencia de su hermano?

–No puedo no creer a mi hermano. Sé que no me miente. Por su rostro veía yo que no me mentía.

–¿Sólo por su rostro? ¿Son éstas todas sus pruebas?

–No tengo otras.

–¿Y sobre la culpabilidad de Smerdiakov, no se basa usted en ninguna otra prueba, por pequeña que sea, no se basa más que en las palabras de su hermano y en la expresión de su rostro?

–No, no tengo ninguna otra prueba.

Con esto el fiscal interrumpió sus preguntas. Las contestaciones de Aliosha habían causado una profunda decepción en el público. De Smerdiakov se había hablado ya en la ciudad antes de la vista de la causa; alguien había oído algo, alguien había indicado algo, se decía que Aliosha había reunido pruebas extraordinarias en favor de su hermano y en demostración de la culpabilidad del lacayo, y resultaba que no había nada, no presentaba prueba alguna, excepto unas convicciones de tipo moral, tan lógicas en su calidad de hermano del reo.

Mas empezó a interrogar también Fetiukóvich. A la pregunta de cuándo en concreto el acusado le había hablado a él, a Aliosha, del odio que sentía por su padre y de que podría matarle, y si se lo había oído decir, por ejemplo, durante su última entrevista antes de la catástrofe, Aliosha pareció como si de pronto se estremeciera, como si en aquel mismísimo instante acabara de recordar y comprender algo. Y dijo:

–Recuerdo ahora una circunstancia de la que me había olvidado por completo y que entonces no llegué a ver con claridad, como veo ahora...

Y Aliosha se puso a contar con animación, por lo visto habiendo dado en la idea sólo en aquel momento y repentinamente, cómo durante su última entrevista con Mitia, al anochecer, junto a un árbol, en el camino del monasterio, su hermano, golpeándose en el pecho, «en la parte superior del pecho», le había repetido varias veces que ahí tenía el recurso para restablecer su honor, que el recurso lo tenía ahí, ahí mismo, en el pecho... «Yo pensé entonces que al darse golpes en el pecho se refería al corazón –prosiguió Aliosha–, a que en su corazón podía encontrar fuerzas para salir de un terrible deshonor que le amenazaba y que ni siquiera se atrevía a confesarme. Reconozco que entonces supuse que se refería a nuestro padre y que se estremecía de vergüenza al pensar que podía acercársele y cometer con él algún acto de violencia, pero el hecho era que entonces parecía señalar algo que llevaba sobre el pecho, lo recuerdo; me vino a la cabeza la idea de que el corazón no se encuentra en aquella parte, sino más abajo, mientras que él se daba los golpes más arriba, aquí, debajo del cuello, y señalaba siempre el mismo lugar. La idea entonces me pareció absurda, y es muy posible que mi hermano señalara el lugar de la bolsita en que llevaba cosidos los mil quinientos rublos!...»

–¡Exactamente! –gritó de pronto Mitia desde su sitio–. ¡Así es, Aliosha, así es, entonces daba yo golpes contra la bolsita!

Fetiukóvich se dirigió a él apresuradamente, suplicándole que se calmara, y en el mismo instante se puso a escuchar con la máxima atención a Aliosha, quien, arrastrado por sus recuerdos, exponía con vehemencia su conjetura, a saber, que aquella vergüenza, con toda probabilidad, consistía precisamente en que, teniendo sobre sí los mil quinientos rublos que hubiera podido devolver a Katerina Ivánovna como la mitad de su deuda, había decidido a pesar de todo no devolverle dicha mitad y emplearla en otra cosa, es decir, en irse con Grúshenka si ella estaba de acuerdo...

–Así es, es exactamente así –exclamó en un rapto de exaltación Aliosha–; entonces mi hermano me decía que la mitad de su deshonor, la mitad (varias veces repitió: *¡la mitad!*), podría quitársela de encima en seguida, pero que hasta tal punto era desgraciado por la debilidad de su carácter que no lo haría... ¡Sabía de antemano que no podría hacerlo, que no tendría fuerzas para hacerlo!

–¿Y recuerda usted con toda seguridad, con toda claridad, que su hermano se daba golpes precisamente en esta parte del pecho? –inquirió ávidamente Fetiukóvich.

–Con toda claridad y seguridad, porque entonces se me ocurrió pensar: «¿por qué se dará los golpes tan arriba, si tenemos el corazón más abajo?» Y al instante me pareció la idea estúpida... recuerdo muy bien que me pareció estúpida... fue como un relámpago. Por esto ahora lo he recordado. ¡Cómo he podido olvidarlo hasta ahora! ¡Precisamente señalaba la bolsita como prueba de que tenía recursos, pero que no devolvería los mil quinientos rublos! Y al ser detenido en Mókroie gritó esto precisamente (lo sé, me lo contaron), que consideraba lo más deshonroso de su vida el hecho de que disponiendo de recursos para devolver la mitad (¡dijo, *la mitad!)* de su deuda a Katerina Ivánovna y no parecer a sus ojos un ladrón, se decidió a pesar de todo a no devolverla y prefirió quedar ante ella como un ladrón antes que desprenderse del dinero. ¡Oh, cómo le atormentaba esa deuda, cómo le atormentaba! –exclamó Aliosha, terminando.

Claro está, el fiscal intervino. Rogó a Aliosha describir una vez más lo que había pasado e insistió reiteradamente, preguntando:

–¿Es exacto que el acusado, al darse golpes en el pecho, parecía señalar algún objeto? ¿No se limitaría a darse golpes en el pecho con el puño?

–¡No, no se daba golpes con el puño! –exclamó Aliosha–, sino que señalaba con el dedo, y señalaba aquí, muy arriba...

¡Cómo es posible que lo haya olvidado por completo hasta este mismo instante!

El presidente preguntó a Mitia si podía decir alguna cosa acerca de esta declaración. Mitia confirmó que las cosas habían sucedido como había explicado Aliosha, que había señalado precisamente los mil quinientos rublos que llevaba colgados sobre el pecho cerca del cuello, y que, desde luego, ése era el deshonor, «un deshonor que no niego, ¡el acto más deshonroso de toda mi vida!», gritó Mitia. «Pude haber devuelto el dinero y no lo devolví. Preferí quedar ante sus ojos como un ladrón; no lo devolví, pero lo más vergonzoso era que yo sabía de antemano que no iba a devolverlo. Aliosha tiene razón. ¡Gracias, Aliosha!»

Con esto terminó el interrogatorio de Aliosha. Lo importante y significativo radicaba precisamente en la circunstancia de que se hubiera hallado aunque sólo fuera un hecho, uno solo, digamos la prueba mínima, casi únicamente un indicio de prueba, pero que a pesar de todo no dejaba de ser un pequeño testimonio de que realmente había existido aquella bolsita, de que en ella había mil quinientos rublos y de que el acusado no había mentido durante la instrucción previa cuando declaró, en Mókroie, que aquellos mil quinientos rublos «eran míos». Aliosha estaba contento; se dirigió, rojo de emoción, al lugar que le indicaron. Durante mucho rato aún repitió para sus adentros: «¿Cómo lo había olvidado? ¿Cómo pude olvidarlo? ¿Y cómo me ha venido a la memoria ahora, tan de repente?».

Empezó el interrogatorio de Katerina Ivánovna. No bien apareció ésta, se produjo en la sala algo extraordinario. Las damas echaron mano de sus impertinentes y gemelos, los hombres se agitaron, algunos se levantaron de sus asientos para ver mejor. Después, todos afirmaron que Mitia, de pronto, se había puesto pálido «como un lienzo» no bien hubo entrado ella. Vestida por completo de negro, Katerina Ivánovna se acercó modesta y casi tímidamente al lugar que le

señalaron. Era imposible adivinar por el rostro que estaba impresionada, pero la decisión brillaba en su mirada indescifrable y sombría. Es necesario indicar que, según lo confirmaron luego muchísimas personas, estaba sorprendentemente hermosa en aquel momento. Se puso a hablar con voz suave, pero clara, que se oía por toda la sala. Se expresaba con extraordinaria tranquilidad o, por lo menos, esforzándose para estar tranquila. El presidente inició su interrogatorio con mucha circunspección, con extraordinaria cortesía, como si temiera pulsar «ciertas cuerdas» y quisiera respetar la gran desdicha. Pero la propia Katerina Ivánovna declaró sin vacilar, desde las primeras palabras, en respuesta a una de las preguntas que le formularon, que había sido oficialmente la novia del reo «hasta que me dejó él mismo...», añadió en voz queda. Cuando le preguntaron acerca de los tres mil rublos confiados a Mitia para que los enviara por correo a los parientes de ella, Katerina Ivánovna respondió con firmeza: «Se los di no para que los llevara en seguida a correos; entonces presentía que él tenía mucha necesidad de dinero... en aquel momento... Le di aquellos tres mil rublos con la condición de que los remitiera, si quería, en el plazo de un mes. No tenía por qué haberse atormentado de ese modo a causa de esa deuda...».

No voy a reproducir todas las preguntas que le formularon ni todas sus respuestas en detalle, expongo solamente el sentido esencial de sus declaraciones.

–Yo estaba firmemente convencida de que él enviaría los tres mil rublos no bien recibiera la cantidad de su padre –prosiguió, contestando a las preguntas–. Nunca he dudado de su desinterés ni de su pundonor... de su alto pundonor... en cuestiones de dinero. Él estaba seguro de que recibiría de su padre tres mil rublos, me lo dijo varias veces. Yo sabía que estaba reñido con su padre y no me cabía la menor duda, como no me cabe ahora, de que éste le defraudaba. No recuerdo que haya amenazado a su padre en absoluto. Por lo

menos, no dijo nada en este sentido ni profirió amenaza alguna en presencia mía. Si entonces hubiera ido a verme, le habría tranquilizado en seguida respecto a los desdichados tres mil rublos que me debía, pero ya no iba a verme... y por mi parte... yo me encontraba en tal situación... que no podía llamarle... Además, no tenía ningún derecho a mostrarme exigente con él por esa deuda –añadió de pronto, y una cierta nota de decisión resonó en su voz–; yo misma recibí de él, en cierta ocasión, una cantidad superior a tres mil rublos y la acepté a pesar de que entonces no podía ni siquiera prever si algún día tendría la posibilidad de pagarle mi deuda...

En el tono de su voz se notó como una actitud de desafío. En ese momento, precisamente, correspondió a Fetiukóvich el turno de formular preguntas.

–¿No sucedió esto aquí, sino cuando empezaron a conocerse? –interrogó con mucha prudencia Fetiukóvich, presintiendo en seguida algo favorable.

(Diré entre paréntesis que, pese a haber sido llamado de Petersburgo en parte por la propia Katerina Ivánovna, el abogado defensor nada sabía del episodio de los cinco mil rublos que Mitia había dado a la joven ya en aquella otra ciudad ni de «la inclinación hasta el suelo». ¡Ella no se lo había dicho, se lo había ocultado! Era sorprendente. Cabe suponer sin miedo a equivocarse que ni ella misma, hasta el último instante, sabía si contaría o no dicho episodio ante el tribunal y esperaba alguna inspiración.)

¡No, jamás podré olvidar aquellos instantes! Ella empezó a contar, lo contó *todo;* el episodio íntegro que Mitia había confiado a Aliosha, lo de «la inclinación hasta el suelo», las causas de lo sucedido, la situación de su padre, la visita que ella hizo a Mitia donde él se hospedaba, sin recordar con una sola palabra, ni siquiera con una alusión, que el propio Mitia había sugerido a la hermana de ella «que le enviara a Katerina Ivánovna por el dinero». Guardó sobre este punto un

silencio magnánimo y no se avergonzó de poner al descubierto que ella misma, por impulso propio, había acudido entonces a casa del joven oficial confiada en algo... para obtener el dinero. Fue escalofriante. Yo me estremecía y temblaba oyéndola; la sala quedó en suspenso, bebiéndose cada una de las palabras. Aquello era algo sin igual; ni siquiera de una joven tan imperiosa y tan despectivamente orgullosa como ella cabía esperar una declaración con tan alto grado de franqueza, con tal espíritu de sacrificio e inmolación. ¿Y para qué, para quién? ¡Para salvar al hombre que la había traicionado y la había ofendido, para contribuir con algo, aunque fuera poca cosa, a salvarlo, produciendo una buena impresión en favor de él! Y, en efecto: la imagen del oficial entregando sus últimos cinco mil rublos –todo cuanto le quedaba en la vida– e inclinándose reverentemente ante una honesta muchacha, resultó muy simpática y cautivadora, pero... ¡se me contrajo el corazón dolorosamente! ¡Presentí que de aquello podía salir luego (y así fue, ¡así fue!) una calumnia! Con maligna sonrisa se habló después en toda la ciudad de que el relato quizá no había sido del todo exacto, precisamente en el lugar en que se contaba que el oficial había dejado salir de su aposento a la doncella «limitándose al parecer a inclinarse reverentemente». Se hacían alusiones a que algo se había «omitido». «Ya aunque no se hubiera omitido nada, aunque ésa fuera toda la verdad –comentaban hasta las más honorables de nuestras damas–, habría que ver si era muy noble para una joven proceder de ese modo, ni siquiera para salvar a su padre.» ¿Es posible que Katerina Ivánovna, con su inteligencia, con su exacerbada perspicacia, no presintiera que iban a hablar de este modo? Sin duda alguna lo presentía, ¡y, sin embargo, se decidió a contarlo todo! Huelga decir que todas estas dudas asquerositas sobre la veracidad del relato empezaron a aflorar sólo más tarde, pero de momento todo era emoción y todo el mundo se sentía conmovido hasta lo más hondo de su ser. Por lo que res-

pecta a los miembros del tribunal, escucharon a Katerina Ivánovna con un silencio deferente, podría decirse que hasta casi púdico. El fiscal no se permitió formular ni una sola pregunta sobre ese tema. Fetiukóvich se inclinó profundamente dirigiéndose a la joven. ¡Oh, él casi triunfaba! Había obtenido mucho: el que un hombre, movido por un noble impulso, hubiera entregado sus últimos cinco mil rublos, y que luego ese mismo hombre hubiera asesinado a su padre, de noche, para robarle tres mil, resultaba bastante incongruente. Por lo menos Fetiukóvich podría descartar ahora la acusación de robo. La «causa» quedó envuelta, de pronto, en una nueva luz. Algo simpático se produjo en favor de Mitia. Por lo que a él respecta... se contó que, durante la declaración de Katerina Ivánovna, una o dos veces hizo como si quisiera levantarse bruscamente de su asiento, pero se dejó caer otra vez en el banco y se cubrió el rostro con ambas manos. Mas cuando ella hubo terminado, Mitia clamó con voz entrecortada por el llanto, tendiendo los brazos hacia la testigo:

–¡Katia, por qué me has perdido!

Y prorrumpió en fuertes sollozos, que se oían en toda la sala. No obstante, se dominó en seguida y aún gritó:

–¡Ahora estoy condenado!

Luego quedó como yerto en su sitio, apretando los dientes y con los brazos cruzados sobre el pecho. Katerina Ivánovna permaneció en la sala y tomó asiento donde le indicaron. Estaba pálida y miraba al suelo. Los que se encontraban a su vera contaron que estuvo temblando largo rato, como presa de un ataque febril. Al interrogatorio se presentó Grúshenka.

Me estoy acercando a la catástrofe que se produjo repentinamente y que fue, quizá, lo que en realidad perdió a Mitia. Pues estoy convencido, y también los demás lo estaban, y todos los juristas hablaban luego en el mismo sentido, de que, de no haber sido por aquel episodio, cuando menos se habrían admitido circunstancias atenuantes para el procesado.

Pero de todo esto hablaré en seguida. Sólo diré antes unas palabras acerca de Grúshenka.

También ella se presentó vestida completamente de negro, con su magnífico chal sobre los hombros. Se acercó a la balaustrada con su caminar suave, silencioso, balanceándose levemente, tal como suelen andar a veces las mujeres rollizas, con la mirada fija en el presidente, sin volver los ojos ni una vez a derecha o a izquierda. A mi juicio, estaba muy hermosa en aquel momento, y de ningún modo pálida, como afirmaron luego las damas. También aseguraron que se le notaba en el rostro una expresión concentrada y maligna. Yo sólo me figuro que estaba irritada y sentía penosamente las miradas despectivas y curiosas que le dirigía nuestro público, ávido de escándalo. Aquella era una mujer orgullosa de carácter, que no soportaba el desprecio; una de las que apenas sospechan que alguien las desprecia, se sienten inflamadas de cólera y anhelan el desquite. Al mismo tiempo, claro está, se daban en ella un sentimiento de timidez y una vergüenza interior por sentirse tímida, y nada tiene de particular que su manera de expresarse fuera desigual, ora colérica, ora despectiva y acentuadamente tosca, ora con resonancias de sinceridad y cordialidad cuando se condenaba y se acusaba a sí misma. A veces hablaba como si se precipitara en algún abismo: «no importa lo que resulte, de todos modos lo diré...». Acerca de sus relaciones con Fiódor Pávlovich, declaró tajante: «Todo esto son tonterías, ¿acaso tengo yo la culpa de que se prendara de mí?». Pero un minuto después añadía: «Yo tengo la culpa de todo, yo me reía del uno y del otro, del viejo y de éste, y los saqué de quicio a los dos. Todo ha sucedido por mi culpa». Se llegó a citar el nombre de Samsónov. «Esto no importa a nadie –repuso ella en seguida secamente, con cierta insolencia provocadora–; era mi bienhechor, me recogió descalza cuando mis parientes me habían arrojado de su isba.» El presidente le recordó, de todos modos con mucha cortesía, que debía responder ci-

ñéndose a las preguntas, sin entrar en detalles superfluos. Grúshenka se ruborizó y los ojos le centellearon.

No había visto el sobre del dinero, únicamente había oído decir al «malvado» que Fiódor Pávlovich tenía un sobre con tres mil rublos. «Pero todo esto son estupideces, yo me reía y por nada del mundo hubiera acudido...»

–¿A quién se refiere usted al decir «el malvado»? –inquirió el fiscal.

–Al lacayo, a Smerdiakov, el que mató a su señor y se ahorcó ayer.

Naturalmente, acto seguido le preguntaron qué razones tenía ella para formular una acusación tan rotunda, pero tampoco Grúshenka poseía ninguna prueba.

–Así me lo ha dicho el propio Dmitri Fiódorovich, pueden ustedes creerle. Quien ha causado su perdición es la que nos separa, eso es, ella es la causa de todo, eso es –añadió Grúshenka, como si toda su persona se estremeciera de odio, y en su voz se percibió una entonación maligna.

Preguntaron a quién aludía esta vez.

–A la señorita, a esa que está aquí, a Katerina Ivánovna. Ella me invitó entonces a su casa, me convidó a chocolate, pretendía cautivarme. Vergüenza verdadera, tiene poca, eso es...

Entonces el presidente ya la interrumpió con severidad y le rogó que moderara sus expresiones. Pero el corazón de la celosa mujer ya se había inflamado; Grúshenka estaba dispuesta a arrojarse aunque fuera al abismo...

–Cuando se procedió a la detención en el pueblo de Mókroie –preguntó el fiscal haciendo memoria–, todos los presentes vieron y oyeron cómo usted, llegando a todo correr de otra habitación, se puso a gritar: «¡Yo soy la culpable de todo, iremos juntos a presidio!». ¿Así, pues, también usted estaba convencida entonces de que él era un parricida?

–No recuerdo cuáles eran entonces mis sentimientos –respondió Grúshenka–; todo el mundo se puso a gritar que

él había matado a su padre y yo sentí que la culpa era mía, que si él había matado, era por mí. Pero tan pronto como dijo que no era culpable, le creí en seguida, y también ahora lo creo y le creeré siempre: él no es hombre que mienta.

El turno de hacer preguntas correspondió a Fetiukóvich. Recuerdo que entre otras cosas se interesó por Rakitin y los veinticinco rublos «por haber conducido a casa de usted a Alexéi Fiódorovich Karamázov».

–¿Qué tiene de sorprendente que tomara el dinero? –se sonrió Grúshenka con despectiva malicia–. Siempre venía a sacarme algo, a veces se me llevaba hasta treinta rublos al mes, sobre todo para caprichos, pues para comer y beber no necesitaba lo mío.

–¿Por qué motivo era usted tan generosa con el señor Rakitin? –saltó Fetiukóvich, pese a que el presidente empezó a agitarse en gran manera.

–Es que somos primos. Mi madre y la suya eran hermanas. Sólo que me suplicaba siempre no hablar de esto aquí a nadie, se avergonzaba mucho de mí.

Este nuevo hecho resultó por completo inesperado para todos; en la ciudad nadie lo había sabido hasta entonces, ni siquiera lo sabían en el monasterio; no lo sabía ni Mitia. Contaban que Rakitin, sentado en su silla, se puso como la púrpura de vergüenza. Grúshenka, antes de entrar en la sala, se había enterado de que Rakitin había declarado en contra de Mitia y por esto se había puesto furiosa. Todo el anterior discurso del señor Rakitin, la alteza de miras, los ataques al régimen de servidumbre y al desorden cívico de Rusia, quedaron definitivamente reducidos a la nada y destruidos en la opinión general. Fetiukóvich estaba contento: otra vez Dios había acudido en su ayuda. En conjunto, a Grúshenka no la interrogaron largo rato, aparte de que ella, naturalmente, no podía comunicar nada que representara una novedad importante. Dejó en el público una impresión sumamente desagradable. Centenares de miradas desdeñosas se clavaron

en ella cuando, terminada su declaración, tomó asiento en la sala, bastante lejos de Katerina Ivánovna. Mientras la estuvieron interrogando, Mitia había permanecido silencioso, como petrificado, con la vista fija en el suelo.

Apareció como testigo Iván Fiódorovich.

5. Catástrofe repentina

Indicaré que le habían llamado ya antes que a Aliosha. Pero el ujier informó entonces al presidente que a consecuencia de una indisposición súbita o de cierto ataque, el testigo no podía presentarse en aquel momento y que no bien se sintiera algo mejor, estaría dispuesto a prestar declaración cuando desearan. De todos modos, nadie lo oyó y aquello se supo únicamente más tarde. De momento, su aparición casi pasó inadvertida: los principales testigos, en particular las dos rivales, ya habían sido interrogadas; la curiosidad general estaba de momento satisfecha. Se notaba incluso cierta fatiga entre el público. Había que escuchar aún a varias personas que, con toda probabilidad, no podrían comunicar nada nuevo teniendo en cuenta lo que ya se había dicho. El tiempo pasaba. Iván Fiódorovich se acercó con una lentitud sorprendente, sin mirar a nadie, con la cabeza baja, el ceño fruncido como si estuviera cavilando. Vestía de manera impecable, pero su rostro causaba una impresión penosa, por lo menos así me lo pareció a mí: había en aquel rostro algo que hacía pensar en la tierra, algo semejante al rostro de una persona moribunda. Se le veían turbios los ojos; los levantó y recorrió con ellos lentamente la sala. Aliosha se irguió de pronto en su asiento y gimió: «¡Ah!». Yo lo recuerdo. Pero fueron muy pocos quienes se dieron cuenta de ello.

El presidente empezó recordando que el testigo no había prestado juramento, que podía declarar o callar, pero que todo cuanto dijera debía corresponder a la verdad, etc. Iván

Fiódorovich escuchaba y le miraba con una vaga expresión en los ojos; pero de pronto los rasgos de su cara empezaron a distenderse dibujando una sonrisa, y no bien el presidente, que le observaba sorprendido, acabó de hablar, se echó a reír.

–Bueno, ¿y qué más? –preguntó en voz alta.

Se hizo un gran silencio en la sala, pareció como si se presintiera algo. El presidente se inquietó.

–Usted... ¿quizá no se encuentra aún bastante bien? –preguntó, buscando con la mirada al ujier.

–No se inquiete, excelencia, me encuentro bastante bien y puedo contarle algo curioso –respondió de pronto con la mayor calma y respetuosamente Iván Fiódorovich.

–¿Tiene usted algo especial que comunicarnos? –continuó el presidente, todavía un poco receloso.

Iván Fiódorovich bajó los ojos, esperó unos instantes y, levantando otra vez la cabeza, respondió como si tartamudeara:

–No... no tengo. No tengo nada especial que comunicar.

Empezaron a hacerle preguntas. Él respondía como de mala gana, con forzado laconismo, hasta con cierta aversión, cada vez más y más acentuada, si bien sus respuestas, a pesar de todo, eran sensatas. Muchas cosas no las contestó, alegando ignorancia. De las cuentas de su padre con Dmitri Fiódorovich no sabía nada. «No me ocupaba de estas cosas», contestó. Respecto a las amenazas de muerte contra su padre, se las había oído del acusado. Del dinero del sobre había oído hablar a Smerdiakov...

–Siempre lo mismo –soltó de pronto, con aspecto fatigado–. No puedo comunicar al tribunal nada de particular.

–Veo que no se encuentra usted bien y comprendo sus sentimientos... –comenzó a decir el presidente.

Se dirigía a las dos partes, al fiscal y a la defensa, invitándolas a proseguir el interrogatorio si lo consideraban oportuno, cuando Iván Fiódorovich, con voz exhausta, suplicó:

–Permítame que me retire, Excelencia, me siento muy mal.

Dichas estas palabras, sin esperar la venia, dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Pero cuando hubo dado unos cuatro pasos, se detuvo como si hubiera reflexionado algo, se sonrió suavemente y volvió al sitio que había ocupado.

–Yo soy, excelencia, como aquella moza campesina... ya sabe... la que decía: «Si quiero, me levanto; si quiero, no me levanto». Le llevan un vestido o no sé si una falda para que se levante, para vestirla y conducirla al altar, pero ella repetía: «Si quiero, me levanto; si quiero, no me levanto»... Se cuenta en una de nuestras regiones...

–¿Qué quiere usted decir con esto? –preguntó severo el presidente.

–Aquí lo tiene –Iván Fiódorovich sacó de pronto un fajo de billetes–, aquí tiene el dinero... el mismo que se encontraba en ese sobre –hizo un movimiento de cabeza señalando la mesa con las pruebas materiales– y por el que mataron a mi padre. ¿Dónde quiere que lo ponga? Señor ujier, páselo.

El ujier tomó el fajo y lo entregó al presidente.

–¿De qué modo ha podido llegar este dinero a sus manos... si es el mismo? –articuló el presidente, sorprendido.

–Lo recibí ayer de Smerdiakov, del asesino. Estuve en su casa antes de que se ahorcara. Fue él quien mató a mi padre, no mi hermano. Fue él quien lo mató, y yo le enseñé a matar... ¿Quién no desea la muerte de su padre?...

–¿Está usted en su juicio? –soltó el presidente, a pesar suyo.

–Ésa es la cuestión, que estoy en mi juicio... y en un vil juicio, exactamente igual que usted y que todos esos... ¡carotas! –de pronto se volvió hacia el público–. Han matado al padre y hacen como si estuvieran asustados –rechinó con maligno desdén–. Unos con otros fingen. ¡Embusteros! Todos desean la muerte del padre. Una alimaña se come a otra alimaña. De no haber parricidio, todos se enojarían y volverían furiosos a sus casas... ¡Quieren un espectáculo! «¡Pan y circo!» ¡De to-

dos modos, también yo soy bueno! ¿Tienen ustedes agua? ¡Denme de beber, por amor de Cristo! –de pronto se agarró la cabeza con las manos.

El ujier se le acercó en seguida. Aliosha se levantó raudo y gritó: «¡Está enfermo, no le crean, tiene un acceso de fiebre nerviosa!». Katerina Ivánovna se levantó repentinamente de su silla y, petrificada por el horror, se quedó mirando a Iván Fiódorovich. Mitia también se puso de pie y con una absurda sonrisa contrahecha contemplaba y escuchaba ávidamente a su hermano.

–Tranquilícense, no estoy loco, ¡sólo soy un asesino! –volvió a decir Iván–. A un asesino no se le puede pedir elocuencia... –añadió de pronto, sin que se comprendiera por qué, y se sonrió con una mueca.

El fiscal, visiblemente perplejo, se inclinó hacia el presidente. Los miembros del tribunal, agitados, cuchicheaban entre sí. Fetiukóvich era todo oídos. La sala quedó inmóvil, expectante. De pronto pareció como si el presidente se recobrara.

–Testigo, sus palabras son incomprensibles e inadmisibles aquí. Sosiéguese, si puede, y cuente... si en verdad tiene algo que decir. ¿De qué modo puede confirmar esta confesión... caso de que no esté delirando?

–Ahí está el hueso, que no tengo testigos. El perro de Smerdiakov no nos va a enviar su declaración desde el otro mundo... en un sobre. A ustedes, vengan sobres, como si no bastara éste. No tengo testigos... Excepción hecha, quizá, de uno solo –se sonrió, caviloso.

–¿Quién es su testigo?

–Tiene cola, excelencia; ¡no sería reglamentaria su presencia aquí! *Le diable n'existe point!* No hagan caso, es un diablo ruin y de poca monta –añadió, dejando de reírse súbitamente y como de manera confidencial–. Seguramente está en alguna parte por aquí, debajo de esta mesa con las pruebas materiales, ¿dónde iba a meterse, sino ahí? Verán,

escúchenme, yo le he dicho: no quiero callar, y él venga a hablarme de un cataclismo geológico... ¡estupideces! Bueno, pongan en libertad al monstruo... se ha puesto a cantar el himno, ¡pero es porque a él le cuesta poco! Es como el canalla borracho que se pone a bramar cantando «se fue Vanka a Píter», pero yo por dos segundos de alegría daría de buena gana un cuadrillón de cuadrillones. ¡Ustedes no me conocen! ¡Oh, qué estúpido es todo eso entre ustedes! ¡Ea, tómenme a mí en su lugar! Por alguna cosa he venido yo aquí... ¿Por qué todo cuanto existe es tan estúpido, por qué...?

Y otra vez, lentamente y como pensativo, se puso a recorrer la sala con la mirada. Pero ya todo el mundo estaba conturbado. Aliosha se precipitó hacia su hermano, mas el ujier ya había agarrado por el brazo a Iván Fiódorovich.

–¿Qué pasa? –gritó éste, mirando fijamente al ujier a la cara.

De pronto le agarró de los hombros y le arrojó furiosamente al suelo. Pero la guardia ya había llegado; le cogieron y entonces él se puso a vociferar, furioso. Y siguió vociferando y gritando palabras incoherentes mientras se lo llevaron de la sala.

Hubo gran confusión. No voy a recordarlo todo por orden, yo mismo estaba emocionado y no podía fijarme en cuanto sucedía. Sé únicamente que luego, cuando ya se había restablecido la calma y todos comprendían lo que había sucedido, el ujier fue objeto de una severa reprimenda, pese a que explicó con abundantes razones que el testigo había estado todo el tiempo bien, que el médico le había visitado cuando una hora antes Iván Fiódorovich se había sentido levemente indispuesto; que hasta entrar en la sala el enfermo se había expresado con absoluta normalidad, de modo que había sido imposible poder prever nada; dijo, además, que el propio testigo, por el contrario, había insistido en que quería declarar sin falta. Pero antes de que hubiéramos podido sosegarnos un poco y sobreponernos a la emoción, inmediatamente después de dicha escena, se produjo otra: Kate-

rina Ivánovna sufrió un ataque de nervios. Se puso a chillar estrepitosamente, a llorar, pero no quería irse; se debatía, suplicaba que no la sacaran y, de pronto, gritó dirigiéndose al presidente:

–Aún he de hacer otra declaración, en seguida... ¡en seguida!... Aquí tienen un papel, una carta... ¡Tómenla, léanla pronto, pronto! Es una carta de este monstruo, ¡de éste, de éste! –señalaba a Mitia–. Es él quien mató a su padre, ahora lo verán ustedes, ¡me escribió cómo iba a matarle! El otro está enfermo, enfermo, ¡tiene un ataque de fiebre! ¡Hace ya tres días que le veo enfermo!

Gritaba fuera de sí. El ujier tomó el papel que ella tendía al presidente, y después Katerina Ivánovna, dejándose caer en su silla y cubriéndose el rostro, empezó a sollozar convulsiva y silenciosamente, estremeciéndose y ahogando el más pequeño gemido, temerosa de que la sacaran de la sala. El papel que acababa de entregar era la carta que había escrito Mitia desde la taberna La Capital, la carta que Iván Fiódorovich había denominado documento de importancia «matemática». ¡Ay!, le reconocieron precisamente ese carácter matemático; de no haber sido por aquella carta, quizá Mitia no se hubiera perdido o, por lo menos, no se habría perdido tan horriblemente. Repito que era difícil seguir los detalles. Todavía hoy lo veo todo confuso. Es de presumir que el presidente dio a conocer en seguida el nuevo documento al tribunal, al fiscal, al abogado defensor y a los jurados. Recuerdo sólo que empezaron a interrogar a la testigo. A la pregunta de si se había sosegado, formulada con tacto por el presidente, Katerina Ivánovna contestó arrebatada:

–¡Estoy dispuesta, dispuesta! Me encuentro en perfectas condiciones de responder a sus preguntas –añadió, por lo visto temiendo aún horrores que no la escucharan por algún motivo.

Le pidieron que explicase con detalle qué carta era aquélla y en qué circunstancias la había recibido.

–La recibí la víspera misma del crimen, él la había escrito un día antes en la taberna, o sea, dos días antes de su acción. ¡Vean, está escrita en el papel de una cuenta! –gritó jadeante–. Entonces me odiaba porque él mismo había cometido una vileza y se había ido tras esa mujerzuela... y además porque me debía aquellos tres mil rublos... ¡Oh, se sentía molesto por esos tres mil rublos, a causa de su propia bajeza! Lo de esos tres mil rublos ocurrió así: les ruego, les suplico que me escuchen: Una mañana, tres semanas antes de que matara a su padre, fue a verme. Yo sabía que necesitaba dinero y sabía para qué, para eso precisamente, para conquistar a esa mujerzuela y llevársela consigo. Yo sabía ya que me había traicionado y que quería dejarme, y yo misma le facilité entonces ese dinero, se lo ofrecí con el pretexto de que lo mandara a mi hermana, a Moscú; y cuando se lo entregué, le dije, mirándole la cara, que podía enviarlo cuando quisiera, «aunque sea dentro de un mes». Cómo no iba a comprender él que yo le decía claramente a la cara: «Te hace falta dinero para traicionarme con esa mujerzuela, aquí lo tienes, te lo doy yo misma, ¡tómalo, si eres bastante canalla para ello!...». Yo quería probarle, ¿y qué resultó? Tomó el dinero, lo tomó, se lo llevó y lo gastó con esa mujerzuela en una sola noche... Pero él comprendió; comprendió que yo lo sabía todo; les aseguro que él entonces también comprendió que al darle yo aquel dinero, lo que hacía era probarle: ¿sería tan canalla que lo iba a aceptar de mí? Le miré a los ojos y él me miró a mí a los ojos y lo comprendió todo, todo, y tomó el dinero, ¡tomó mi dinero y se lo llevó!

–¡Es cierto, Katia! –vociferó de pronto Mitia–. Te miré a los ojos y comprendí que me deshonrabas, ¡y a pesar de todo tomé tu dinero! ¡Desprecia a un miserable, desprécienme todos, me lo tengo merecido!

–Acusado –gritó el presidente–, una palabra más y ordeno que le saquen de aquí.

–Este dinero le atormentaba –siguió Katia, con un apresuramiento convulsivo–; quería devolvérmelo, es cierto, quería, pero también lo necesitaba para esa mujerzuela. Mató a su padre; sin embargo no me devolvió el dinero, sino que se fue con ella a la aldea donde le detuvieron. Allí despilfarró también el dinero que robó a su padre, a quien acababa de matar. Dos días antes de que le matase, me escribió esta carta, la escribió estando borracho, en seguida me di cuenta, la escribió por rabia y sabiendo sin duda alguna que yo no la mostraría a nadie, ni siquiera si él llegaba a cometer el crimen. De lo contrario no la habría escrito. ¡Sabía que yo no querría vengarme de él y perderle! Pero léanla, léanla con atención, con mucha atención, se lo ruego, y verán que en la carta lo describió todo, lo describió de antemano: cómo mataría a su padre y dónde tenía éste el dinero. Fíjense en una frase, por favor, la que dice: «Le mataré, lo único que hace falta es que Iván se vaya». Esto significa que ya había meditado con anticipación de qué modo le mataría –insinuó malévola y pérfidamente al tribunal Katerina Ivánovna. Oh, se veía que ella había leído y releído la carta y la había estudiado hasta en sus más pequeños detalles–. Si no hubiera estado borracho, no me la habría escrito; pero fíjense, todo está descrito con anticipación, exactamente tal como después él cometió el asesinato, ¡ahí está todo el programa!

Gritaba fuera de sí; desde luego despreciando todas las consecuencias que de su declaración se siguieran para ella, aunque las había previsto como es natural, acaso ya un mes antes, pues ya entonces, quizá temblando de cólera, se preguntaba: «¿Y si la leyera ante el tribunal?». Ahora era como si se arrojara a un precipicio. Creo recordar que fue precisamente en ese momento cuando el secretario leyó en alta voz la carta, que produjo una impresión abrumadora. Preguntaron a Mitia «si reconocía aquella carta».

–¡Es mía, es mía! –exclamó Mitia–. ¡Si no hubiera estado borracho no la habría escrito!... Por muchas cosas nos odiá-

bamos uno al otro, Katia, pero te juro, te juro que yo odiándote te amaba, ¡pero tú a mí no!

Se dejó caer en su asiento, retorciéndose las manos con desesperación. El fiscal y el abogado defensor empezaron a formular preguntas alternativamente, sobre todo en el sentido de: «¿qué motivos le han inducido a ocultar antes semejante documento y a hacer una declaración en absoluto distinta por su espíritu y por su tono?».

–Sí, sí, antes he mentido, no he hecho más que mentir contra el honor y la conciencia, pero yo quería salvarle precisamente porque él me había odiado y me había despreciado tanto –exclamó Katia, como enajenada–. Oh, me ha despreciado de una manera horrible, me ha despreciado siempre, y, ¿saben?, ¿saben?, me despreció desde que me incliné a sus pies por aquel dinero. Lo vi... lo sentí ya entonces, pero no me quise creer a mí misma durante mucho tiempo. Cuántas veces le he leído en los ojos: «De todos modos, fuiste tú la que me vino a ver entonces». Oh, él no comprendió nada, no comprendió por qué entonces acudí a verle, ¡él sólo era capaz de sospechar bajezas! Medía con su propia medida, creía que todo el mundo es como él –rechinó airada Katia, furiosa ya a más no poder–. Y si pensó en casarse conmigo fue sólo porque yo había heredado, ¡sólo por esto, sólo! ¡Yo siempre había sospechado que era por esto! ¡Oh, es una fiera! Él siempre ha creído que yo toda la vida temblaría de vergüenza por haber acudido aquella vez, y que él podía despreciarme eternamente por ello y así dominarme, ¡por esto es por lo que quería casarse conmigo! ¡Es así, todo es así! Yo he intentado vencerle con mi amor, con un amor sin fin, quería soportar hasta su traición, pero él no ha comprendido nada, nada. ¿Acaso es capaz de comprender nada? ¡Es un monstruo! No recibí esta carta hasta el día siguiente por la tarde cuando me la llevaron de la taberna, y aún por la mañana, la mañana de aquel mismo día, estaba dispuesta a perdonárselo todo, todo, ¡hasta su traición!

Naturalmente, el presidente y el fiscal procuraban sosegarla. Estoy seguro de que todos ellos se sentían quizás hasta avergonzados de aprovechar de aquel modo la exaltación de la joven y escuchar semejantes confesiones. Recuerdo haberles oído decir: «Comprendemos lo penoso que es para usted, créanos, podemos compadecerla», etc., pero ello no les impedía arrancar una y otra declaración de aquella mujer enloquecida en un ataque de histerismo. Por fin describió con una lucidez extrema –como aparece con tanta frecuencia, aunque fugazmente, incluso en los momentos de semejante tensión– que Iván Fiódorovich casi se había vuelto loco durante aquellos dos meses, obsesionado por salvar al «monstruo y asesino» de su hermano.

–Se ha atormentado sin cesar –exclamó–, quería por todos los medios disminuir la culpa de su hermano confesándome que tampoco él quería a su padre, y que quizás él mismo le había deseado la muerte. ¡Oh, es un hombre de una conciencia muy honda, hondísima! ¡Se ha torturado por su mucha conciencia! Me lo ha confiado todo, todo, venía a verme y a hablar conmigo cada día como quien va a hablar con su único amigo. ¡Tengo el honor de ser su único amigo! –exclamó de pronto como en una especie de desafío, relampagueantes los ojos–. Fue dos veces a ver a Smerdiakov. Una vez vino a mi casa y dijo: «Si el asesino no es mi hermano, sino Smerdiakov (porque aquí todos hicieron correr la fábula de que el asesino era el lacayo), quizá yo mismo sea culpable, pues Smerdiakov sabía que yo no quería a mi padre y quizá creyó que yo deseaba su muerte». Entonces saqué esta carta, se la mostré, y quedó del todo convencido de que el autor del asesinato era su hermano, lo que acabó de anonadarle. ¡No podía soportar que su propio hermano fuera un parricida! Hace ya una semana me di cuenta de que esto le había puesto enfermo. Durante estos últimos días, estando en mi casa, deliraba. Yo veía que perdía el juicio. Deliraba al caminar, así le han visto por la calle. El doctor que ha venido

de Moscú le visitó anteayer a instancia mía y me dijo que estaba a punto de sufrir un ataque de fiebre nerviosa, ¡y todo ello a causa de él, a causa de ese monstruo! Ayer Iván Fiódorovich se enteró de que Smerdiakov había muerto, esto le causó una impresión tan profunda que se ha vuelto loco... ¡y todo por el monstruo, todo por querer salvar al monstruo!

Oh, ya sé que quizá, sólo una vez en la vida, ante el instante de la muerte, por ejemplo, o al subir al cadalso, es posible hablar de un modo semejante y hacer tales confesiones. Pero Katia se hallaba precisamente dominada por su carácter y en uno de tales momentos. Aquella era la misma Katia impetuosa que en otra ocasión se había precipitado a casa de un joven libertino para salvar a su padre; era la misma Katia que, orgullosa y casta, se había ofrecido en sacrificio a sí misma hacía poco, ante todo aquel público, y había ofrecido su pudor virginal relatando «el noble proceder de Mitia» con el fin único de atenuar por poco que fuera la sentencia que se esperaba. Y ahora, exactamente del mismo modo, se ofrecía en sacrificio, si bien ya por otro, y es posible que sólo en ese instante sintiera y comprendiera plenamente y por primera vez hasta qué punto aquel hombre le era entrañable. Katerina Ivánovna se sacrificaba temerosa por él, dándose cuenta de que él se perdía declarando que quien había dado muerte había sido él y no su hermano; se sacrificaba para salvarle, para salvar la fama y la reputación de Iván. Sin embargo, una idea terrible centelleó en su espíritu: ¿no calumniaba a Mitia al describir las relaciones que habían sostenido? Ésta era la cuestión. ¡No, no, ella no había calumniado intencionadamente al gritar que Mitia la despreciaba por aquella profunda reverencia! Ella misma lo creía, quizá desde el momento de aquel saludo estaba profundamente convencida de que Mitia, aquel bonachón que la adoraba, ya entonces se reía de ella y sentía por ella desprecio. Y sólo por orgullo se había prendado de él con un amor histérico y doliente, por un orgullo lacerado, de modo que aquel amor

más que verdadero amor parecía una venganza. Oh, es posible que aquel amor doliente se hubiera trocado en verdadero, quizá Katia no anhelaba otra cosa, pero Mitia con su traición la hirió hasta lo más hondo de su alma y el alma no perdonaba. El momento de la venganza se había presentado inesperadamente, y todo lo que durante largo tiempo se había ido acumulando con dolor en el pecho de la mujer ofendida, salía al exterior de golpe y también de manera inesperada. ¡Ella traicionaba a Mitia, pero se traicionaba a la vez a sí misma! Por supuesto, no bien se hubo expresado, la tensión cedió y Katerina Ivánovna se sintió aplastada por la vergüenza. De nuevo se apoderaron de ella los nervios y cayó, llorando y gritando. La sacaron de allí, y en el momento mismo en que se la llevaban, Grúshenka se precipitó hacia Mitia vociferando, sin que tuvieran tiempo de contenerla.

–¡Mitia! –clamó–. ¡Tu serpiente te ha perdido! ¡Ya han visto, se ha mostrado como lo que es! –gritó, sacudida por la cólera, dirigiéndose al tribunal.

A un signo del presidente, la agarraron y empezaron a llevársela de la sala. Pero ella no cedía, se debatía y se esforzaba por volver hacia Mitia. Éste profirió un alarido y también quiso lanzarse hacia ella. Los dominaron.

Sí, me figuro que nuestras damas, presentes allí como espectadoras, quedaron satisfechas: el espectáculo dio de sí. Después, según recuerdo, se presentó el doctor venido de Moscú. Al parecer, el presidente ya antes había mandado al ujier para que tomase las medidas pertinentes y se prestara ayuda a Iván Fiódorovich. El doctor informó al tribunal de que el enfermo sufría un peligrosísimo ataque de fiebre nerviosa y era necesario llevárselo de la audiencia inmediatamente. A las preguntas del fiscal y del abogado defensor, confirmó que el paciente en persona había ido a su consulta dos días antes, que él le había diagnosticado un inminente ataque de tal naturaleza, pero que Iván Fiódorovich no quiso ponerse en tratamiento. «Ya no estaba por completo en su

sano juicio; me confesó que tenía alucinaciones despierto, que se cruzaba en la calle con personas ya fallecidas y que cada noche le visitaba Satanás», concluyó. Hecha su declaración, el célebre doctor se retiró. La carta presentada por Katerina Ivánovna fue incluida en las pruebas materiales. Después de cambiar impresiones, el tribunal decidió proseguir la vista de la causa e incluir en el sumario las dos declaraciones inesperadas (la de Katerina Ivánovna y la de Iván Fiódorovich).

Pero ya no voy a describir el ulterior curso de la investigación judicial. Además, las declaraciones de los testigos restantes no pasaron de ser una simple repetición y confirmación de las anteriores, aunque, a pesar de todo, con peculiaridades características. Repito, sin embargo, que todo converge en un mismo punto en el discurso del fiscal, al que voy a pasar inmediatamente. Todos los presentes estaban excitados, electrizados por la última catástrofe, y esperaban con viva impaciencia el desenlace, los discursos de las partes y la sentencia. Fetiukóvich se hallaba visiblemente abrumado por las declaraciones de Katerina Ivánovna. El fiscal, en cambio, salía vencedor. Cuando se hubo terminado la instrucción judicial, se anunció un descanso que se prolongó casi una hora. Por fin, el presidente abrió los debates. Eran las ocho en punto de la tarde, según me parece, cuando Ippolit Kirílovich, nuestro fiscal, dio comienzo a su discurso de acusación.

6. Discurso del fiscal. Descripción

Ippolit Kirílovich empezó su discurso acusatorio sacudido por un temblor nervioso, cubiertas por frío sudor la frente y las sienes y, sintiendo escalofríos todo el cuerpo. Así lo contaba después él mismo. Consideraba aquel discurso como su *chef d'oeuvre,* el *chef d'oeuvre* de su vida, su canto del cisne.

La verdad es que diez meses más tarde murió de tisis aguda, de modo que realmente habría tenido derecho a compararse con el cisne que canta su última canción, de haber presentido su fin anticipadamente. En aquella pieza oratoria puso todo su corazón y cuanta inteligencia poseía, demostrando, sin que nadie se lo esperara, que anidaban en él un sentimiento cívico y los «malditos» problemas, por lo menos en la medida en que nuestro pobre Ippolit Kirílovich podía darles cabida en sí. Lo que más cautivó de su palabra fue la sinceridad: creía sinceramente en la culpabilidad del reo; no le acusaba sólo por encargo, por oficio, sino que al exhortar a la «venganza» vibraba de verdad por un anhelo de «salvar a la sociedad». Hasta nuestro público femenino, al fin y al cabo hostil a Ippolit Kirílovich, reconoció a pesar de todo que la impresión producida por aquel discurso había sido extraordinaria. El fiscal empezó a hablar con una voz tensa y entrecortada, pero luego, muy pronto, aquella voz se hizo firme y resonó en toda la sala, y así fue hasta el fin de la peroración. Apenas hubo terminado de hablar, por poco cae desmayado.

«Señores jurados –comenzó el fiscal–, este proceso ha repercutido en toda Rusia. ¿Hay algo, al parecer, que pueda asombrarnos, hay algo que pueda causarnos especial horror? ¿Nada menos que a nosotros, a nosotros? ¡Somos gente tan acostumbrada a todo eso! ¡En ello está, precisamente, nuestro espanto, en que hechos tan tenebrosos casi han dejado de ser para nosotros horripilantes! Esto es lo que ha de horrorizarnos, nuestra costumbre, y no la fechoría singular de tal o cual individuo. ¿Dónde están las causas de nuestra indiferencia, de nuestra tibia reaccioncita frente a hechos de ese tipo, frente a esos signos de nuestro tiempo que nos presagian un futuro nada envidiable? ¿Están en nuestro cinismo, en el agotamiento precoz de la inteligencia y de la imaginación de nuestra sociedad tan joven, pero tan prematuramente aquejada de decrepitud? ¿O quizás en el resquebrajamiento

hasta la base de nuestros principios morales, o bien, por fin, en que quizá ni siquiera se dan en lo más mínimo esos principios morales entre nosotros? Yo no resuelvo estos problemas, que son, no obstante, angustiosos, y no hay ciudadano que no deba, que no esté obligado a sufrir por ellos. Nuestra prensa, novel y aún tímida, no ha dejado de prestar ya, a pesar de todo, algunos servicios a la sociedad, pues sin aquélla no podríamos formarnos ninguna idea más o menos cabal de los horrores a que dan lugar la voluntad desenfrenada y la decadencia de la moralidad, tal como cuenta en sus páginas sin cesar a todos, y no sólo a quienes frecuentan las salas de los nuevos tribunales populares, de que nos ha hecho presente el actual reinado. ¿Y qué leemos casi todos los días? Oh, relatos constantes de tales crímenes ante los cuales incluso el proceso actual palidece y se nos presenta casi como algo ya corriente. Pero lo más grave es que la mayoría de nuestras causas criminales nacionales, rusas, son testimonio en verdad de algo general, de cierto mal colectivo que se nos ha hecho ya familiar y al que resulta muy difícil combatir, como ocurre con todo mal común. Ahí vemos a un joven y brillante oficial de la más alta sociedad, al comienzo de su vida y de su carrera, el cual cobardemente, callandito, sin el menor remordimiento de conciencia, degüella a un modesto funcionario que había sido su bienhechor, y a la criada de tal funcionario para robarle el documento de crédito que le había firmado y al mismo tiempo el escaso dinero que pudiera quedarle: «me será útil para mis diversiones mundanas y para la carrera que me espera en el futuro». Después de degollar a las dos personas, coloca almohadas bajo la cabeza de los cadáveres y se va. En otra parte se nos habla de un joven héroe, recubierto de cruces por su valor, que asesina en pleno camino, como un vulgar bandolero, a la madre de su jefe y ángel tutelar, y ese hombre, para persuadir a sus cómplices, les asegura que "ella le quiere como a su propio hijo y, por esto, seguirá todos los consejos que él le dé sin tomar pre-

cauciones de ninguna clase". Será un monstruo, cierto, pero ahora, en nuestros tiempos, ya no me atrevo a decir que se trata sólo de un monstruo único. Hay quien no degollará a nadie, pero piensa y siente exactamente lo mismo que el otro y tiene el alma tan vil como la del criminal. Callandito, sólo con su conciencia, quizá se pregunta: "¿Qué es el honor? ¿No es un prejuicio, el miedo a verter sangre?". Es posible que griten contra mí y me digan que soy un hombre enfermizo, histérico, que calumnio monstruosamente, que deliro, que exagero. Sea, sea, ¡Dios mío, yo sería el primero en alegrarme, y cómo, de que fuera así! Oh, no me crean, considérenme un enfermo, pero de todos modos, recuerden mis palabras: si en las palabras mías hay aunque sólo sea una décima, una vigésima parte de verdad, ¡también es ello terrible! Observen, señores, observen cuántos jóvenes se suicidan en nuestro país: oh, sin que se pregunten en lo más mínimo, como Hamlet: "¿Qué habrá, *allá*?", sin sombra siquiera de tales problemas, como si el capítulo sobre nuestra alma y sobre cuanto nos espera más allá de la tumba estuviera liquidado hace tiempo de su naturaleza, enterrado y cubierto de arena. Vean, por fin, nuestro libertinaje, fíjense en nuestros licenciosos. Fiódor Pávlovich, la desdichada víctima del actual proceso, parece casi una inocente criatura comparado con algunos de ellos. Y el caso es que todos le hemos conocido, "vivía entre nosotros"... Sí, día vendrá, quizás, en que algunas mentes esclarecidas, nuestras y europeas, se ocupen de la psicología del crimen ruso; el tema lo vale. Mas dicho estudio se realizará algún día en el futuro, con calma, cuando el trágico desorden del momento presente quede en un plano más distante, de modo que sea posible examinarlo con más cordura y más imparcialmente de lo que pueden hacerlo, por ejemplo, hombres como yo. Ahora nosotros nos horrorizamos o fingimos horrorizarnos, mientras que, en realidad saboreamos, por el contrario, el espectáculo como aficionados a las sensaciones fuertes, excéntricas, que esti-

mulan nuestra cínica ociosidad, o bien, por fin, agitamos las manos como niños pequeños, para apartar de nosotros los terribles fantasmas y escondemos la cabeza debajo de la almohada hasta que ha pasado la visión espantosa, para olvidarla luego en seguida en las diversiones y en los juegos. De todos modos, también nosotros alguna vez deberemos empezar a tomar la vida en serio y reflexivamente, también nosotros deberemos dirigir la mirada hacia nosotros mismos como parte de la sociedad, también nosotros deberemos esforzarnos por comprender lo que en nuestra sociedad ocurre o aunque sólo sea dar comienzo a nuestra comprensión. Un gran escritor de la época precedente, al final de la más grandiosa de todas sus obras, simbolizando a Rusia entera en una audaz troika que corre al galope hacia un fin ignoto, exclama: "¡Ah, troika, rauda troika, quién te ha inventado!" [1], y con orgulloso entusiasmo añade que ante la troika que corre a galope tendido se apartan respetuosamente todos los pueblos. Bien, señores, admitámoslo, admitamos que se apartan, respetuosamente o no, pero según mi pecadora opinión, el artista genial acabó de este modo su obra en un acceso de ingenuo idealismo infantil o simplemente por miedo a la censura de aquel entonces. Pues si su troika acoplaran sólo los personajes de su propia obra, los Sobakévich, los Nozdriov y los Chíchikov, con tales caballos no habría modo de llegar a ninguna parte, por bueno que fuera el cochero. Y ésos son tan sólo caballos de antaño, que quedan muy a la zaga de los de hoy, pues los que ahora tenemos son más finos...»

En este lugar, el discurso de Ippolit Kirílovich fue interrumpido por los aplausos. El símbolo de la troika rusa gustó por su liberalismo. Verdad es que estallaron los aplausos sólo en dos o tres partes, de modo que el presidente ni si-

1. Se trata de Gógol y de *Las almas muertas* (primera parte, capítulo XI).

quiera consideró oportuno dirigirse al público amenazándolo con «desalojar la sala» y se limitó a mirar severamente hacia quienes aplaudían. Pero Ippolit Kirílovich se sintió animado: ¡jamás le habían aplaudido hasta entonces! ¡Tantos años sin quererle escuchar, y ahora tenía la posibilidad de hacerse oír en toda Rusia!

«En efecto –prosiguió–, ¿qué representa la familia de los Karamázov que, de pronto, se ha hecho merecedora de tan triste fama en toda Rusia? Quizá se me diga que exagero, pero, a mi modo de ver, en el cuadro de esta familia apuntan algunos elementos básicos generales de nuestra sociedad intelectual moderna; oh, no todos, y apuntan sólo en su aspecto microscópico, "como el sol en una pequeña gota de agua", pero, de todos modos, algo queda reflejado, alguna cosa se percibe. Vean a ese desgraciado viejo, disoluto y libertino, a ese "padre de familia", cuya existencia ha terminado tan lamentablemente. Noble por su linaje, después de iniciar su carrera como un gorrista pobrísimo y de haberse hecho con cierto capitalito gracias a una boda casual e inesperada, empezó siendo un pequeño bribón y un bufón lagotero, dedicado ante todo a la usura, sin que le faltaran, es cierto, notables aptitudes mentales. Con los años, es decir, a medida que va incrementando el capitalito, se anima. La humildad y la roncería desaparecen, quedan sólo el cínico burlón, desalmado, y el libidinoso. La vida espiritual se esfuma por completo, la sed de goce es extraordinaria. Finalmente, no ve en la vida más que placeres voluptuosos, y eso es lo que enseña a sus hijos. Nada de obligaciones espirituales de ninguna clase, que como a padre le corresponden. Se ríe de ellas, abandona a sus hijos pequeños en el patio trasero de la casa y se alegra de que se los quiten de su presencia. Hasta llega a olvidarse de ellos por completo. Todas las normas morales del viejo se expresan en la frase *après moi le déluge*[1]. Es el

1. 'Después de mí el diluvio'.

polo opuesto a lo que se entiende por un ciudadano, su aislamiento de la sociedad es total, hasta hostil: "Que arda el mundo entero mientras yo vaya bien". Y le va bien, está satisfecho, anhela vivir así aún veinte, treinta años más. Defrauda a su propio hijo, y con el dinero del hijo, con el que le corresponde por la herencia materna y que no quiere entregarle, intenta quitarle a él, a su propio hijo, la amante. No, no quiero ceder la defensa del reo al ilustre abogado que ha venido de Petersburgo. Yo mismo diré la verdad, yo mismo comprendo cuán grande es la indignación que ese padre ha ido acumulando en el pecho de su hijo. Pero basta, basta ya de hablar de ese desgraciado viejo, ya ha recibido su recompensa. Recordemos, no obstante, que también ese padre es un padre moderno. ¿Se me dirá que ofendo a la sociedad si afirmo que es uno, incluso, de los muchos padres modernos? Ay, muchos son los padres, en nuestros días, que se diferencian de éste únicamente en no manifestarse con tanto cinismo, pues han recibido una educación mejor, son más instruidos, pero en el fondo comparten, casi, su filosofía. Admitamos que yo sea un pesimista, admitámoslo. Ya hemos convenido en que ustedes me lo perdonan. Pongámonos de acuerdo de antemano: ustedes no me crean, no me crean, yo hablaré y ustedes no me crean. Sin embargo, permítanme que me explique, algo recordarán de mis palabras, a pesar de todo. Pues bien, ahí tenemos a los hijos de ese viejo, de ese padre de familia: uno está ante nosotros en el banquillo de los acusados, de él hablaré más adelante; a los otros me referiré sólo ligeramente. De ellos, el mayor es uno de los jóvenes modernos, de brillante formación, dotado de gran inteligencia, pero que no cree ya en nada, que niega y olvida muchas cosas de la vida, demasiadas cosas, exactamente como su padre. Todos le hemos oído hablar, en nuestra sociedad ha sido acogido con los brazos abiertos. No ocultaba sus opiniones, al contrario, todo lo contrario, y esto hace que me atreva ahora a hablar de él con bastante franqueza, des-

de luego, no en su condición de persona privada, sino únicamente como miembro de la familia Karamázov. Ayer se suicidó en las afueras de la ciudad un idiota enfermizo, en extremo implicado en el actual proceso, Smerdiakov, ex criado y quizás hijo natural de Fiódor Pávlovich. En el curso de la instrucción previa, ese desgraciado me contaba con lágrimas de histerismo de qué modo este joven Karamázov, Iván Fiódorovich, le había horrorizado con su desenfreno espiritual. "Según él, todo está permitido, todo lo de este mundo es lícito, y en adelante nada ha de estar prohibido; esto es lo que siempre me estaba enseñando." Al parecer, dando vueltas a esta tesis que le habían enseñado, el idiota acabó volviéndose definitivamente loco, si bien influyeron, desde luego, sobre su desarreglo mental la enfermedad epiléptica que sufría y toda esa espantosa catástrofe que se ha desplomado sobre su casa. Pero en la mente de ese idiota afloró una vez una reflexión en alto extremo curiosa, que habría hecho honor incluso a un hombre más inteligente que él, motivo por el cual la traigo a cuento: "¡De todos los hijos de Fiódor Pávlovich (me dijo), el que más se le parece por su carácter es él, Iván Fiódorovich!". Con esta observación pongo término a la descripción iniciada, por considerar poco delicado proseguir. Oh, no quiero inferir ulteriores conclusiones y, como un cuervo, graznar presagiando al joven un inevitable futuro de malaventuras. Todavía hoy hemos visto aquí, en esta sala, que la lozana fuerza de la verdad vive aún en su joven corazón, que los sentimientos de apego a la familia no han sido todavía ahogados en él por la incredulidad y el cinismo moral, adquirido más por herencia que por una auténtica afección del pensamiento. Tenemos luego al otro hijo; oh, éste es todavía un joven piadoso y humilde, el cual, en contraposición a la ideología tenebrosa y disolvente de su hermano, procura acogerse, por así decirlo, a los "fundamentos del alma popular" o a lo que se denomina con esta rebuscada expresión en algún círculo de nuestra intelectualidad dada a

teorizar. Vean, se arrimó al monasterio; por poco se hace él mismo monje. En él, según a mí me parece, se ha manifestado, en cierto modo inconscientemente y en edad tan temprana, la tímida desesperación con que tantos ahora en nuestra pobre sociedad, temerosos del cinismo y la inmoralidad de la misma, y atribuyendo erróneamente todo el mal a la ilustración europea, se precipitan, como dicen ellos, hacia el "suelo natal", como si dijéramos a los brazos maternales de la tierra nativa, como niños asustados por fantasmas, y junto al pecho exhausto de la madre debilitada anhelan por lo menos conciliar tranquilamente el sueño y hasta pasar durmiendo toda la vida, con tal de no ver los horrores que les asustan. Por mi parte, deseo lo mejor para este joven bueno y de relevantes dotes, deseo que sus juveniles y elevados sentimientos, que su inclinación hacia los fundamentos del alma popular no se conviertan, más tarde, como ocurre con tanta frecuencia, en un sombrío misticismo por lo que toca a la moral, y en un chovinismo romo en lo tocante al espíritu cívico, dos tendencias que amenazan a la nación con un mal mayor aún que la corrupción precoz, debida a la cultura europea mal entendida y alcanzada sin esfuerzo, como el que sufre el hermano mayor.»

Por el chovinismo y el misticismo volvieron a resonar algunos aplausos. Desde luego, Ippolit Kirílovich se había entusiasmado; cierto, todo eso estaba poco relacionado con el proceso en sí, y nada digamos de que había resultado bastante confuso, pero eran realmente muy grandes los deseos que aquel hombre, de aspecto tísico e irritado, tenía de decir cuanto pensaba por lo menos una vez en su vida. Más tarde se dijo en nuestra ciudad que al caracterizar a Iván Fiódorovich se había dejado llevar por un sentimiento hasta falto de delicadeza, pues ése le había obligado una o dos veces a batirse en retirada públicamente en las discusiones, e Ippolit Kirílovich, recordándolo, quiso aprovechar la ocasión para vengarse. Pero no sé si semejante opinión estaba justificada.

En todo caso, lo expuesto hasta entonces no constituía más que la introducción, luego el discurso trató más directamente de la causa.

«Pero he aquí al tercer hijo de ese padre de familia moderna –prosiguió Ippolit Kirílovich–; está en el banquillo de los acusados, lo tenemos ante nosotros. También tenemos ante nosotros sus proezas, su vida y sus obras: a su hora, todo se ha puesto en claro, todo se ha descubierto. En contraposición al "europeísmo" y a los "fundamentos del alma popular" de sus hermanos, él representa en cierto modo a la Rusia natural, oh, no a toda ella, ¡Dios nos libre de que fuera toda! Y, sin embargo, en él está nuestra Rusia, la Rusia de nuestro corazón, huele a Rusia, se oye a Rusia, la madrecita nuestra. Oh, nuestro estado es aún el de la naturaleza, somos el bien y el mal en una asombrosísima mescolanza, somos amigos de la ilustración y de Schiller, pero al mismo tiempo escandalizamos por las tabernas y tiramos de la barbita a los borrachos, compañeros nuestros de bebida. Oh, también nosotros solemos ser buenos y magníficos, pero sólo cuando es buena y magnífica nuestra situación. Es más, nos sentimos incluso arrebatados –precisamente arrebatados– por ideales nobilísimos, pero a condición de que se alcancen por sí mismos, de que nos caigan del cielo sobre la mesa y, sobre todo, que no nos cuesten nada, nada, que nada haya que pagar por ellos. Pagar no nos gusta en absoluto; en cambio nos gusta mucho recibir, y eso en todo. Dennos, oh, dennos todos los bienes posibles de la vida (digo todos los posibles, con menos no nos contentamos) y, sobre todo, no obstaculicen en nada nuestra inclinación; entonces también nosotros demostraremos que podemos ser buenos y magníficos. No somos codiciosos, no, pero venga dinero, más, más, cuanto más dinero mejor, y verán ustedes con qué magnanimidad; con qué desprecio por el despreciable metal lo disipamos durante una noche en una desenfrenada orgía. Y si no se nos proporciona dinero, demostraremos cómo sabe-

mos obtenerlo cuando nos dé verdaderamente la gana. Pero de esto hablaremos más tarde, vamos a proceder por orden. En primer lugar tenemos ante nosotros a un pobre niño abandonado descalzo "en el patio trasero", como se ha expresado no hace mucho nuestro honorable y respetado conciudadano, ¡ay, de origen extranjero! Lo repito una vez más, ¡no cedo a nadie la defensa del reo! Soy el acusador, soy también defensor. Sí, también nosotros somos seres humanos, también nosotros somos personas y sabremos ponderar de qué modo pueden influir sobre el carácter las primeras impresiones de la infancia y del nidito paterno. Pero he aquí que el niño es ya un adolescente, es ya un joven, un oficial del ejército; por su conducta escandalosa y por haber desafiado a alguien en duelo, es desterrado a uno de los apartados puntos fronterizos de nuestra bendita Rusia. Allí presta servicio, allí también vuelve a sus calaveradas; y ya se sabe, a gran navío, gran singladura. Necesitamos recursos, recursos ante todo, y he aquí que después de largas discusiones llega a transigir con su padre para saldar cuentas después de recibir una última entrega de seis mil rublos, que le son enviados. Obsérvese que entregó el correspondiente documento y existe una carta en la cual casi renuncia al resto y con esos seis mil rublos se pone fin a la disputa que sostiene con su padre respecto a la herencia. Es en este período cuando tiene lugar su encuentro con una joven de relevante personalidad y culta. Oh, no me atreveré a repetir los detalles, acaban ustedes de oírlos: se trata de una cuestión de honor, de sacrificio, y yo me callo. La imagen del joven frívolo y disoluto, pero que se inclina ante la verdadera nobleza, ante una elevada idea, ha fulgurado a nuestros ojos con extraordinaria simpatía. Pero después de ello, súbitamente, en esta misma sala del tribunal, ha surgido también de manera inesperada el reverso de la medalla. Tampoco ahora me atrevo a lanzarme a conjeturas y me abstengo de analizar por qué ha sucedido así. Sin embargo, ha habido motivos para

que las declaraciones se sucedieran como se han sucedido. La misma persona, derramando lágrimas de indignación largo tiempo contenidas, nos declara que fue él mismo, él, el primero en despreciarla por su impulso imprudente, irreflexivo quizá, pero a pesar de todo elevado, a pesar de todo magnánimo. Fue en él, en el prometido de esta joven, en quien apareció antes que en nadie más la sonrisa burlona que sólo en él no podía soportar la joven. Sabiendo que ya la había traicionado (la había traicionado convencido de que ella en adelante debía soportarlo todo por parte de él, incluso la traición), sabiendo esto, le ofrece ella tres mil rublos dándole a entender claramente, demasiado claramente, que le ofrece el dinero para que pueda llevar a término su traición: "Qué, ¿los aceptarás o no?, ¿serás tan cínico", le dice en silencio, con su mirada condenatoria y escrutadora. Él la mira, comprende hasta el fin lo que ella piensa (él mismo ha confesado aquí, ante ustedes, que lo había comprendido todo), ¡y se apropia sin más ni más de los tres mil rublos, que despilfarra después en dos días con su nueva amada! ¿Qué hemos de creer? ¿La primera leyenda, el impulso de alta nobleza con que entrega los últimos recursos que le quedan y que le lleva a inclinarse ante la virtud, o el reverso de la medalla, tan repugnante? Lo que habitualmente sucede en la vida es que ante dos casos extremos ha de buscarse la verdad en el término medio; en el caso presente, no es de ningún modo así. Lo más probable es que la primera vez fuera sinceramente noble y la segunda fuera en no menor medida sinceramente vil. ¿Por qué? Pues precisamente por ser así, de naturaleza vasta, karamazoviana –a eso es a lo que iba–, capaz de contener todas las contradicciones posibles y contemplar de un golpe ambos abismos, el que está encima de nosotros, el abismo de los altos ideales, y el que está debajo de nosotros, el abismo de la más baja y hedionda degradación. Recuerden la brillante idea expuesta, no hace mucho, por un joven observador que conoce a fondo y de cerca a

toda la familia Karamázov, el señor Rakitin: "La sensación de la bajeza en la caída es tan necesaria a estas naturalezas violentas y desenfrenadas como la sensación de la más alta nobleza", y esto es verdad: esa mezcla antinatural les es precisamente necesaria de manera constante, sin cesar. Dos abismos, dos abismos, señores, en un solo y mismo momento, sin esto somos unos desgraciados y no estamos satisfechos, nuestra existencia carece de plenitud. El alma nuestra es vasta, vasta como toda nuestra madre Rusia, ¡todo cabe en nosotros, a todo nos acostumbramos! A propósito, señores jurados, nos hemos referido ahora a esos tres mil rublos y me permitiré anticiparme un poco. ¿Se imaginan que ese hombre, con este carácter, después de haber recibido ese dinero y de tal manera, pasando por tanta vergüenza, por tanto deshonor, por el último grado de la humillación, se imaginan, digo, que aquel mismo día fuera capaz de separar la mitad, coserla en una bolsita y tuviera luego la firmeza de llevarla todo un mes colgada del cuello, a pesar de todas las tentaciones y de las imperiosas necesidades que sufría? Ni cuando se emborrachaba por las tabernas ni cuando tuvo que salir volando de la ciudad para obtener dinero sabe Dios de quién, dinero que necesitaba a más no poder para apartar a su enamorada de las tentaciones de su rival, su padre, se atrevió a poner las manos en aquella bolsita. Pero, aunque sólo fuera para no dejar a su amada expuesta a las tentaciones del viejo por el que tantos celos experimentaba, tenía que haber abierto su bolsita y haber permanecido en la casa como guarda vigilante de su amada, esperando el momento en que ella le dijera por fin: "Soy tuya", para volar con ella a alguna parte, lejos del ambiente fatal en que se encontraba. Pero no, él no toca su talismán, ¿y con qué pretexto? Primero, ya lo hemos dicho, era el de que cuando ella le dijese: "Soy tuya, llévame adonde quieras", tuviera los medios necesarios para llevársela. Mas este pretexto inicial, según las propias palabras del acusado, palideció ante el segundo.

"Mientras tenga sobre mí este dinero, se decía, seré un miserable, pero no un ladrón, pues siempre puedo presentarme a mi prometida, a la que he ofendido, y colocando ante ella esa mitad del dinero que fraudulentamente me he apropiado, le puedo decir: 'Ya ves, he gastado en francachelas la mitad de tu dinero y con esto he demostrado que soy un hombre débil e inmoral, si quieres hasta un canalla (me expreso con el lenguaje del propio acusado), pero aunque canalla no soy un ladrón, pues si fuera un ladrón no te traería la mitad que me queda de tu dinero, sino que también me la apropiaría como la primera mitad.'" ¡Sorprendente explicación del hecho! ¡Ese mismo hombre furioso, pero débil, que no puede vencer la tentación de aceptar tres mil rublos con tanto deshonor, ese mismo hombre encuentra de pronto en sí tanta estoica firmeza, que lleva colgando del cuello más de mil rublos sin atreverse a tocarlos! ¿Concuerda esto, aunque sea de lejos, con el carácter que estamos examinando? No, y me permitiré contarles cómo se habría comportado en este caso el verdadero Dmitri Karamázov, incluso si en verdad se hubiera decidido a coser el dinero en una bolsita. Ante la primera tentación, digamos, para tener con qué divertir a su nueva enamorada, con la que había derrochado ya la primera mitad de aquel dinero, habría descosido la bolsita y por de pronto habría separado, supongamos, aunque sólo hubiera sido un centenar de rublos, pues para qué devolver obligatoriamente la mitad, es decir, mil quinientos; bastan mil cuatrocientos, el resultado es el mismo: "Soy un canalla, diría, pero no un ladrón, pues he devuelto por lo menos mil cuatrocientos rublos y un ladrón se lo hubiera quedado todo, no habría devuelto nada". Luego, pasado cierto tiempo, habría descosido otra vez la bolsilla y habría sacado ya el segundo billete de cien rublos, después el tercero, después el cuarto, y antes de haber terminado el mes habría sacado ya el penúltimo billete de cien; habría dicho: "Devolveré un centenar de rublos, al fin y al cabo el resultado es el mismo:

soy un canalla, pero no un ladrón. Me he gastado en francachelas veintinueve billetes de cien rublos, mas a pesar de todo he devuelto uno, un ladrón ni uno habría devuelto". Hasta que, por fin, dilapidado ya ese penúltimo billete, habría mirado al último y se habría dicho: "Bah, la verdad es que no vale la pena devolver un solo billete de cien, ¡mejor será que funda también éste!". ¡Es así como se habría comportado el verdadero Dmitri Karamázov, tal como le conocemos! En cambio, la leyenda de la bolsita constituye una contradicción tan manifiesta con la realidad, que no es posible imaginarla mayor. Cabe suponerlo todo, pero no esto. No obstante, aún volveremos sobre el particular.»

Después de haber expuesto ordenadamente todo lo que la investigación judicial había dado a conocer acerca de las disputas por la herencia y de las relaciones familiares entre padre e hijo, y después de inferir una vez más la conclusión de que, según los datos conocidos, no existía ni la más pequeña posibilidad de determinar en lo del reparto de la herencia quién había contado de menos y quién había contado de más en perjuicio del otro, Ippolit Kirílovich hizo referencia al dictamen médico al tratar de la preocupación que aquellos tres mil rublos habían constituido para Mitia hasta convertirse para él en una idea fija.

7. Apreciación histórica

«En el dictamen de los médicos se nos pretende demostrar que el acusado no está en sus cabales y que es un maniático. Yo afirmo que está en su sano juicio, pero que esto es lo peor: si no estuviera en su juicio quizá resultaría mucho más juicioso. En cuanto a lo de maniático, lo admitiría, aunque precisamente en un solo punto, en aquel que el dictamen ya señala, a saber: en la idea del reo sobre los tres mil rublos que, según él, había dejado de pagarle su padre. No obstante, qui-

zá cabe encontrar un punto de vista incomparablemente más sencillo que el de la inclinación a la locura, para explicar el frenesí que se apoderaba del acusado siempre que se refería a ese dinero. Por mi parte, estoy plenamente de acuerdo con la opinión del joven médico de que el reo goza y ha gozado de sus plenas facultades mentales, sin sombra de anormalidad, y únicamente se encontraba irritado y enfurecido. Ahí está la clave del asunto: el objeto de la irritación constante y furiosa del acusado no radicaba propiamente en los tres mil rublos, en la suma en sí, sino en que existía una causa especial que provocaba su cólera. ¡Esta causa eran los celos!»

Al llegar a esta parte, Ippolit Kirílovich expuso con toda amplitud el cuadro de la pasión fatal del acusado por Grúshenka. Empezó por el momento en que el reo se dirigió a casa de «esa joven persona» con el propósito de «darle una paliza, expresándome con sus propias palabras», puntualizó Ippolit Kirílovich, «pero en vez de pegarle, cayó a sus pies, así se inició este amor. Al mismo tiempo, echa el ojo a la misma persona el viejo, el padre del acusado, coincidencia sorprendente y fatal, pues los dos corazones se inflamaron de repente y a la vez, pese a que antes tanto el uno como el otro ya conocían a dicha persona y se habían encontrado con ella; se inflamaron ambos corazones con una pasión irrefrenable, karamazoviana. Sobre ese particular poseemos la propia confesión de la joven: "Yo –dice– me reía del uno y del otro". Sí, de pronto ella sintió ganas de reírse del uno y del otro; antes no lo había deseado, pero entonces le vino de repente a la cabeza esa idea y el resultado fue que los dos cayeron vencidos a sus pies. El viejo, que veneraba el dinero como a un dios, preparó en seguida tres mil rublos sólo para lograr que ella le visitase en su morada, mas pronto fue reducido a tal estado, que habría tenido por una gran dicha poner su nombre y toda su fortuna a los pies de esa mujer con tal de que accediera a convertirse en su legítima esposa. De ello poseemos firmes testimonios. Por lo que al acusado respecta, su

tragedia es patente, la tenemos ante nosotros. Pero tal era el "juego" de la joven persona. Al desgraciado Dmitri Karamázov, la seductora no le daba ni siquiera esperanzas, pues la esperanza, la verdadera esperanza, le fue concedida sólo en el último momento, cuando el desdichado, de rodillas ante la que tanto le torturaba, extendía hacia ella las manos teñidas ya con la sangre de su padre y rival: precisamente en esta posición se encontraba cuando fue detenido. "¡Mándenme a mí a presidio, a mí junto con él, he sido yo la que le ha reducido a ese estado, yo soy la más culpable!", exclamó esa mujer en un momento de sincero arrepentimiento cuando se procedía a la detención. Un joven de talento que se ha propuesto describir este proceso –se trata del señor Rakitin, a quien ya me he referido– define el carácter de esta heroína con unas cuantas frases lapidarias: "Desilusión prematura, engaño prematuro y caída, traición del novio seductor, que la abandona; luego la pobreza, la maldición de la familia honrada y, finalmente, la protección de un viejo rico a quien, por lo demás, todavía hoy considera ella como su bienhechor. En el joven corazón, que encerraba quizá muchas bondades, se fue acumulando la cólera demasiado pronto. Se fue formando un carácter calculador, deseoso de acumular capital. Adoptó una actitud burlona y vengativa frente a la sociedad". Esta descripción nos permite comprender que la joven pudiera reírse del uno y del otro sólo por capricho, por un maligno capricho. Y he aquí que durante ese mes de amor sin esperanza, de caídas morales, de traición a su novia, de apropiación de dinero confiado a su honor, el acusado llega casi al frenesí, a la locura, debido a sus celos constantes, ¿y por quién?, ¡por su propio padre! Y lo más grave es que el insensato viejo procura atraer y seducir al objeto de su pasión con esos tres mil rublos que el hijo considera suyos, procedentes de la herencia materna, y que reclama. ¡Sí, era difícil sobrellevarlo, lo reconozco! Era como para volverse maniático. ¡La cuestión no estaba en el dinero, sino en que

con aquel mismo dinero y con tan repugnante cinismo, intentaban destruir su propia felicidad!»

Ippolit Kirílovich pasó luego a cómo fue germinando poco a poco en el acusado la idea del parricidio y la fue siguiendo basándose en hechos:

«Al principio nos limitamos a gritar por las tabernas, nos pasamos todo ese mes gritando. Oh, a nosotros nos complace vivir entre nuestros semejantes y comunicarles en seguida todos nuestros pensamientos, hasta las ideas más infernales y peligrosas; nos complace explicarnos con la gente, y, sin que se sepa por qué motivo, exigimos en seguida, al instante, que esa gente nos responda con una simpatía absoluta, se interese por nuestras preocupaciones e inquietudes, nos diga a todo que sí y no ponga obstáculos a nuestras inclinaciones. De lo contrario, nos encolerizamos y ponemos patas arriba la taberna entera. (Seguía el relato de lo ocurrido con el ayudante de capitán Sneguiriov.) Quienes vieron y oyeron al acusado durante ese mes, tuvieron la impresión, al fin, de que ya no se trataba, quizá, de meros gritos y amenazas contra el padre, sino de que en aquel estado de exaltación no sería de extrañar que las amenazas se convirtieran en hechos. (Aquí el fiscal describió el encuentro de la familia en el monasterio; las conversaciones con Aliosha y la bellaca escena de violencia en la casa del padre, cuando el acusado irrumpió en ella terminada la comida.) No pienso afirmar con insistencia –prosiguió Ippolit Kirílovich– que antes de dicha escena el acusado hubiera decidido ya de manera reflexiva y premeditada acabar con su padre matándole. No obstante, la idea se le había ocurrido ya varias veces y él la tomaba en consideración sin pestañear, así lo prueban los hechos, las declaraciones de los testigos y su propia confesión. Reconozco, señores jurados –añadió Ippolit Kirílovich–, que hasta el día de hoy he vacilado en atribuir al reo una premeditación total y consciente del crimen hacia el que se sentía impelido. Yo estaba firmemente convencido de que su alma

había imaginado ya en varias ocasiones el momento fatal por adelantado, pero sólo lo había imaginado, se lo representaba sólo como posible, sin determinar aún el plazo de la ejecución ni las circunstancias de la misma. Pero he vacilado sólo hasta hoy, hasta conocer el documento fatal presentado a la audiencia por la señora Verjóvtseva. Ustedes mismos, señores, han oído su exclamación: "¡Esto es el plan, es el programa del asesinato!", así ha definido la triste carta "de borracho" escrita por el desgraciado reo. En efecto, la carta posee todo el significado de un programa y de un acto premeditado. Fue escrita dos días antes del crimen, y de este modo sabemos ahora a ciencia cierta que dos días antes de llevar a cabo su espantoso propósito, el acusado declaraba y juraba que si al día siguiente no conseguía dinero, mataría a su padre con el propósito de sustraerle la cantidad que tenía debajo de la almohada, "en un sobre atado con una cintita roja; lo único que hace falta es que Iván se vaya". Oiganlo: "lo único que hace falta es que Iván se vaya", es decir, todo está meditado, las circunstancias han sido tenidas en cuenta; y qué resulta: ¡todo se ejecutó luego tal como había sido escrito! La premeditación y la reflexión quedan fuera de toda duda, el crimen debía efectuarse para robar, así se declaró sin ambages, así está escrito y firmado. El reo no niega su firma. Dirán: lo escribió un borracho. Pero esto no disminuye en nada la importancia de la carta, sino todo lo contrario: bebido escribió lo que había meditado estando lúcido. Si no lo hubiera pensado estando lúcido, no lo habría escrito borracho. Quizá se objete, también: "¿para qué iba a anunciar él a voz en grito por las tabernas su propósito? Quien decide *premeditadamente* llevar a cabo un acto de esta naturaleza, se calla y guarda el secreto". Es cierto, pero él gritaba cuando aún no había planes ni premeditación, cuando existía sólo un deseo, cuando el propósito sólo maduraba. Luego ya habla menos. La tarde en que escribió la carta, después de haberse emborrachado en la taberna La Capital, estuvo calla-

do, contra su costumbre; no jugó al billar, se mantuvo aparte, no habló con nadie, sólo echó de su asiento a un dependiente de comercio de la localidad, pero esto lo hizo ya casi inconscientemente, por la fuerza de la costumbre, pues no podía entrar en la taberna sin armar pelea. Cierto, al tomar la resolución definitiva, el acusado tuvo que pensar en el peligro que representaba el haberse hartado de gritar sus intenciones por la ciudad, cosa que podía representar un grave indicio de culpabilidad y que podía dar pie a que le acusaran una vez ejecutado su proyecto. Pero qué se le iba a hacer, las palabras ya habían sido dichas, no había modo de retirarlas, y, finalmente, la suerte le había sacado de apuros hasta entonces, también le sacaría de apuros en esta ocasión. ¡Hemos confiado en nuestra buena estrella, señores! He de reconocer, por otra parte, que hizo mucho para evitar el minuto fatal, que aplicó muchísimos esfuerzos para no recurrir a la solución sangrienta. "Mañana pediré tres mil rublos a toda la gente –escribe con su peculiar lenguaje–; si la gente no me los da, correrá la sangre." ¡Vemos otra vez que lo escribe estando borracho y que estando lúcido lo ejecuta tal como queda escrito!»

Aquí, Ippolit Kirílovich pasó a describir con el mayor detalle las tribulaciones de Mitia para hacerse con dinero, para evitar el crimen. Describió su aventura en casa de Samsónov, su viaje para encontrar a Liagavi, todo ello a base de documentos. «Exhausto, burlado, hambriento, vendido el reloj para poder emprender ese viaje (llevando encima, no obstante, mil quinientos rublos, ¡según dice, oh, según dice!), torturándose con los celos por el objeto de su amor dejado en la ciudad, sospechando que, estando ausente, podía ir ella a casa de Fiódor Pávlovich, regresa, por fin, a la ciudad. ¡Gracias a Dios! Ella no estaba en casa de Fiódor Pávlovich. Él en persona la acompaña a casa del protector Samsónov. (Cosa rara, de Samsónov no tenemos celos, ¡eso es también una singularidad psicológica en alto grado significativa en

esta causa!) Corre luego a su puesto de observación "en la parte trasera" de la casa y allí, allí se entera de que Smerdiakov sufre un ataque de epilepsia, de que el otro criado está enfermo; el campo queda libre, en sus manos tiene "las señales", ¡qué tentación! A pesar de todo, se resiste; va a ver a la señora Jojlakova, temporalmente radicada en nuestra ciudad y por la que todos nosotros sentimos el mayor de los respetos. Compadecida desde hace tiempo por la suerte de él, esta dama le da el más sensato de los consejos: dejar de una vez esa vida licenciosa, ese amor escandaloso, ese vagar ociosamente por tabernas, esa estéril pérdida de fuerzas juveniles, y marcharse a Siberia, a las minas de oro: "Ahí está la salida para sus fuerzas impetuosas, para su carácter novelesco, anhelante de aventuras".»

Después de describir el resultado de la entrevista y el momento en que el acusado se enteró de pronto de que Grúshenka no se encontraba en casa de Samsónov, después de describir la furia momentánea del desgraciado y celoso hombre torturado por los nervios al pensar que ella precisamente le estaba engañando y que en aquellos momentos debía de encontrarse al lado de Fiódor Pávlovich, concluyó Ippolit Kirílovich llamando la atención sobre el papel fatal de la casualidad: «Si la criada hubiera tenido tiempo de decirle que su enamorada se hallaba en Mókroie con el "anterior" e "indiscutible", nada habría sucedido. Pero la criada estaba pasmada de miedo, juraba por Dios y todos los santos que ella de nada era culpable, y si el acusado no la mató en aquel momento fue sólo porque se lanzó precipitadamente en busca de la infiel. Ahora bien, observen que por ciego de cólera que estuviese, se llevó la mano de almirez. ¿Por qué, precisamente, la mano de almirez, por qué no otra arma cualquiera? Si durante un mes entero nos habíamos imaginado lo que iba a suceder y nos habíamos preparado para ello, es comprensible que tomemos como arma lo primero que como arma veamos a nuestro alcance. El que un objeto cual-

quiera de ese tipo podría servirnos de arma nos lo habíamos estado imaginando desde hacía un mes entero. ¡Por esto lo reconocimos como arma de manera tan instantánea y tan indubitable! Por esto, a pesar de todo, no fue inconscientemente, no fue sin querer como el acusado tomó la fatal mano de almirez. Ya le tenemos en el huerto del padre, el campo está libre, no hay testigos, la noche es profunda, tinieblas y celos. La sospecha de que ella está allí, con el otro, con su rival, en sus brazos y, quizá, burlándose de él en aquel instante, se apodera de su espíritu. Ya no se trata únicamente de sospechas, ¡qué va a ser ahora cuestión de sospechas!; el engaño está claro, es evidente: ella se encuentra ahí, en esa habitación que se ve iluminada, ella está con el otro tras los biombos, y el desgraciado se acerca cauteloso a la ventana, mira respetuoso por ella, se resigna virtuosamente, y se va, con mucha sensatez, se aleja lo más aprisa posible del mal para que no ocurra nada peligroso y contra las buenas costumbres; ¡y pretenden convencernos a nosotros de que así fue, a nosotros, que conocemos el carácter del reo, que comprendemos en qué estado de espíritu se encontraba, un estado del que tenemos noticia clara por los hechos, sabiendo, sobre todo, que el acusado estaba enterado de cuáles eran las señales con que podía abrir en seguida la casa y entrar!» Al referirse a las «señales», Ippolit Kirílovich interrumpió de momento su acusación y consideró necesario hablar ampliamente de Smerdiakov, con el propósito de examinar hasta el fin el episodio incidental que representaba la sospecha de que Smerdiakov hubiera cometido el asesinato, con el propósito de acabar con esta idea de una vez para siempre. Lo hizo con extraordinaria minuciosidad y todo el mundo comprendió que, pese al desprecio con que rechazó tal hipótesis, no dejaba de considerarla muy importante.

8. Disertación sobre Smerdiakov

«En primer término, ¿de dónde ha surgido la posibilidad de tal sospecha? –Ippolit Kirílovich empezó formulando esta pregunta–. El primero en gritar que Smerdiakov había cometido el asesinato fue el propio reo, en el momento de su detención. Sin embargo, desde su grito inicial hasta el momento presente del juicio, no ha presentado ni una sola prueba que corrobore su acusación, ni siquiera ha hecho alusión alguna más o menos conforme con el entendimiento humano a una prueba de esa naturaleza. Luego, confirman dicha acusación tres personas en total: los dos hermanos del acusado y la señora Svetlova. Pero el hermano mayor del reo ha declarado su sospecha tan sólo hoy, estando enfermo, durante un ataque de enajenación mental y de fiebre nerviosa; antes, en el transcurso de todos estos dos meses, según nos consta a ciencia cierta, compartía sin reservas el criterio de que su hermano es culpable y ni siquiera había procurado presentar objeción alguna. Pero de ello trataremos de manera especial más adelante. Luego, el hermano menor del acusado nos declara, como hemos oído hace poco, que no dispone de ningún hecho para probar su idea de que el culpable es Smerdiakov, y si así lo cree es porque se basa únicamente en las palabras del propio acusado y en la "expresión de su rostro", sí, esta prueba colosal ha sido aducida dos veces por su hermano hoy mismo. Por lo que respecta a la señora Svetlova, aún se ha expresado, quizá, de manera más colosal: "Crean lo que el acusado les diga, no es hombre que mienta". Éstas son las pruebas materiales que estas tres personas, demasiado interesadas por la suerte del reo, han presentado contra Smerdiakov. Sin embargo, la acusación contra Smerdiakov ha circulado, se ha mantenido y se mantiene. ¿Cabe creerlo, cabe imaginárselo?»

Ippolit Kirílovich consideró necesario esbozar en este punto, a grandes rasgos, el carácter del difunto Smerdiakov,

«que puso fin a su vida en un ataque de frenesí enfermizo y de locura». Lo presentó como un hombre débil de espíritu, con vagos rudimentos de instrucción, desconcertado por ideas filosóficas que no estaban al alcance de su intelecto y asustado por algunas teorías modernas sobre el deber y la obligación moral, que le fueron expuestas prácticamente y en detalle por la vida desordenada de su difunto señor y quizá padre, Fiódor Pávlovich, y teóricamente mediante varias conversaciones extrañas con el hijo mayor de su señor, Iván Fiódorovich [1], quien se permitía de buen grado tal diversión, con toda probabilidad por aburrimiento o por un afán de burla que no encontraba otra cosa mejor en que aplicarse. «Él mismo me refirió cuál era su estado de ánimo durante los últimos días de su permanencia en la casa de su señor –declaró Ippolit Kirílovich–, pero lo mismo atestiguan otras personas: el acusado, su hermano y hasta el criado Grigori, o sea, todos aquellos que debían de conocerle muy bien. Por otra parte, deprimido por su enfermedad, Smerdiakov era "cobarde como una gallina". "Se me arrojaba a los pies y me los besaba –nos comunicó el propio reo en un momento en que aún no se daba cuenta de que semejante declaración resultaba poco favorable para sí mismo–; es una gallina enferma de epilepsia", dijo de él con su lenguaje característico. Pues bien, a ese hombre elige el acusado (de lo cual él mismo ha dado fe) como confidente y le asusta de tal modo que Smerdiakov, al fin, accede a servirle de espía e informador. En este papel de escucha, traiciona a su señor, comunica al acusado la existencia del sobre con el dinero y cuáles son las señales que permiten penetrar en la casa, ¡cómo no iba a comunicarlo! "Me iba a matar, veía que me iba a matar", decía en el curso de la instrucción, temblando y

1. Iván era mayor que Aliosha (hijos los dos de una misma madre), pero el primogénito de Fiódor Pávlovich era Dmitri, según se explica al comienzo de la novela.

estremeciéndose incluso ante nosotros, a pesar de que el verdugo que le asustaba había sido ya entonces detenido y no podía ir a castigarle. "Sospechaba de mí constantemente; yo vivía atemorizado, estremecido, me apresuraba a comunicarle todo secreto para aplacar su cólera, para que viera mi inocencia y me dejara salir vivo de la confesión." He aquí sus propias palabras, las anoté y las recuerdo: "Se me ponía a gritar de tal modo, a veces, que yo caía de rodillas ante él". Profundamente honrado por naturaleza, el desgraciado Smerdiakov se había granjeado la confianza de su señor al hacerle entrega del dinero que éste había perdido, y es de suponer que al joven criado le torturaban lo indecible los remordimientos por traicionar a su amo, al que quería como a su bienhechor. Según atestiguan los psiquiatras más competentes, las personas que sufren de epilepsia siempre se sienten inclinadas a acusarse sin cesar y, desde luego, de manera enfermiza. Están atormentadas por su "culpabilidad" en algo y ante alguien, se acongojan por remordimientos de conciencia, a menudo incluso sin el menor motivo, exageran y hasta inventan contra sí culpas y crímenes. Pues bien, he aquí que un sujeto de esta naturaleza se hace en verdad culpable y criminal impulsado por el miedo y el terror. Además, presentía en gran manera que tal como a sus ojos se entrelazaban las circunstancias, podía sobrevenir una desdicha. Cuando el hijo mayor de Fiódor Pávlovich, Iván Fiódorovich, partió hacia Moscú poco antes de la catástrofe, Smerdiakov le suplicó que se quedara, sin atreverse, no obstante, dada su medrosa condición, a exponerle de manera clara y categórica todos sus temores. Se contentó con unas alusiones, pero las alusiones no fueron comprendidas. Obsérvese que en cierto modo veía a Iván Fiódorovich como una defensa suya, como una garantía de que mientras éste no se moviera de su casa no ocurriría ninguna desgracia. Recuerden la expresión que figura en la "carta de borracho" de Dmitri Karamázov: "Mataré al viejo, lo único que hace falta

es que Iván se vaya"; es evidente, pues, que la presencia de Iván Fiódorovich constituía para todos como una garantía de tranquilidad y orden en la casa. Mas él se va y Smerdiakov en seguida, apenas una hora después de que el joven señor haya partido, sufre un ataque de epilepsia. Ahora bien, esto es archicomprensible. Recuérdese que, deprimido por muchos temores y por una especie de desesperación, Smerdiakov sentía muy viva la posibilidad de sufrir pronto un ataque de su mal, cosa que le había sucedido ya antes en los momentos de tensión y conmoción morales. Huelga decir que no es posible adivinar el día y la hora de los ataques, mas todo epiléptico puede notar en sí de antemano cierta predisposición a sufrirlos. Así nos lo dice la medicina. Y así tenemos que no bien Iván Fiódorovich sale en su coche del patio de la casa, Smerdiakov, bajo la impresión de lo que podríamos denominar su orfandad y su abandono, se dirige al sótano por motivos de servicio, baja la escalera y se pregunta: "¿Sufriré o no un ataque, y qué ocurre si me da ahora?". Debido precisamente a ese estado de ánimo, a esa aprensión, a esos interrogantes, le sobreviene el espasmo de garganta que precede siempre al ataque de epilepsia y rueda sin sentido al fondo del sótano. ¡Pues bien, hay quien se las ingenia para ver en este accidente tan natural cierto indicio, cierto síntoma de que el lacayo se ha fingido enfermo *adrede!* Pero si fuese así, surgiría en seguida la pregunta: ¿para qué? ¿Con qué cálculo, con qué fin? Ya no hablo de la medicina; la ciencia miente, dicen, la ciencia se equivoca, los doctores no han sabido distinguir la verdad de la ficción; admitámoslo, admitámoslo, pero respóndanme sin embargo a la siguiente pregunta: ¿qué necesidad tenía él de simular? ¿Sería, habiendo proyectado el crimen, para llamar sobre sí, de antemano y cuanto antes, la atención de la casa mediante el accidente? Tengan en cuenta, señores jurados, que en la casa de Fiódor Pávlovich, durante la noche del drama, hubo cinco personas: en primer lugar, el propio Fiódor Pávlovich, pero está claro que no se

mató a sí mismo; en segundo lugar, su criado Grigori, pero por poco le matan a él mismo; en tercer lugar, la mujer de Grigori, la criada Marfa Ignátievna, mas presentarla como asesina de su señor resultaría sencillamente vergonzoso. Quedan, pues, dos personas que considerar: el acusado y Smerdiakov. Ahora bien, dado que el acusado afirma no haber cometido el crimen, el asesino tuvo que ser Smerdiakov, no existe otra solución, pues no hay modo de encontrar a otra persona, no hay manera de cargar el crimen sobre nadie más. ¡Aquí tenemos, pues, de dónde ha salido esa "astuta" y descomunal acusación contra el desgraciado idiota que ayer puso fin a su vida! ¡Se le acusa única y exclusivamente porque no hay manera de encontrar a otra persona que pueda ser acusada! De haber aunque sólo fuera una sombra de sospecha contra alguien más, contra una sexta persona, estoy convencido de que el propio acusado se avergonzaría de imputar el crimen a Smerdiakov, y señalaría a esa sexta persona, pues acusar de este asesinato a Smerdiakov es un absurdo total.

»Señores, dejemos a un lado la psicología, dejemos la medicina, dejemos incluso la lógica; tomemos en consideración sólo los hechos, nada más que los hechos, y veamos lo que los hechos nos dicen. Supongamos que Smerdiakov ha matado, ¿pero cómo? ¿Solo o en connivencia con el acusado? Examinemos ante todo el primer caso, es decir, la suposición de que Smerdiakov mató solo. Claro, si mató, fue por algo, por obtener algún provecho. Ahora bien, como para matar no tenía ni sombra de tales motivos como los que tenía el acusado, o sea, odio, celos, etc., Smerdiakov, sin duda alguna, sólo habría podido matar por dinero, con el fin de apropiarse precisamente de los tres mil rublos que él había visto guardar en un sobre a su señor. Y tenemos que, proyectado el asesinato, se apresura a comunicar a otra persona –que es, a la vez, una persona interesada en grado superlativo en la cuestión, es decir, el acusado– todas las circunstan-

cias que afectan al dinero y a las señales: dónde se encuentra el sobre, qué está escrito en el sobre, qué lo ata y, sobre todo, sobre todo, le explica lo de las "señales" que permiten entrar en la casa del señor. ¿Lo hace para entregarse a sí mismo? ¿O bien para tener un rival que quizá desee también apoderarse del sobre? Me dirán que lo comunicó por temor. Pero, ¿cómo se entiende? Un hombre que no vacila en proyectar un acto tan audaz y fiero y que luego lo ejecuta, revela datos que es el único en saber en todo el mundo y que nadie adivinaría nunca si él se callase? No, por medroso que fuera el hombre, después de haber maquinado un acto semejante, nada del mundo le habría hecho contar a nadie por lo menos lo del sobre y lo de las señales, pues ello significaba entregarse de antemano. Algo habría inventado, habría mentido si de él hubieran exigido noticias a toda costa, ¡pero de estos detalles no habría dicho ni palabra! Al contrario, lo repito: si no hubiera dicho nada, por lo menos acerca del dinero, y se lo hubiera apropiado una vez cometido el asesinato, jamás nadie en todo el mundo le habría podido acusar de asesinato por dinero, pues se trataba de un dinero que nadie había visto sino él, nadie sabía que hubiera aquella suma en la casa. Aunque le hubiesen acusado, forzosamente habrían considerado que él había cometido el crimen por algún otro motivo. Pero como nadie había observado en él motivo alguno que le indujera a cometer el crimen, sino que, por el contrario, todos habían visto cómo el criado era objeto de la estima y de la confianza del señor, es natural que de él sospecharan en último término y que sospecharan ante todo de quien tuviera tales motivos y los hubiera proclamado por sí mismo, dándolos a conocer, gritando ante todo el mundo; en una palabra, habrían sospechado del hijo del asesinado, de Dmitri Fiódorovich. Smerdiakov habría matado y robado, pero acusarían al hijo, ¿no sería ello beneficioso para Smerdiakov asesino? Pues bien, ¡es a este hijo, a Dmitri, a quien Smerdiakov, después de haber concebido el asesinato, co-

municа anticipadamente lo del dinero, lo del sobre y lo de las señales, ¡qué lógico, qué claro!

»Llega el día del asesinato concebido por Smerdiakov y éste rueda por la escalera del sótano *simulando* un ataque de epilepsia, ¿para qué? Con el propósito, sin duda, de que, en primer lugar, el criado Grigori, que había decidido quedarse en cama para hacerse un tratamiento, viendo la casa sin vigilancia, aplazara su cura y se decidiera a montar la guardia personalmente. En segundo lugar, claro está, para que el señor, al ver que nadie vigilaba y temiendo de manera espantosa la llegada de su hijo, lo cual no ocultaba, redoblara su recelo y su circunspección. Y por fin, cosa ésta la más importante, para que le trasladaran a él, Smerdiakov, transido por el ataque, de la cocina donde dormía solo y donde tenía entrada y salida independiente, al otro extremo del pabellón, al aposento de Grigori, a tres pasos de la propia cama del matrimonio, sin más separación que un tabique, como siempre venían haciendo cuando Smerdiakov sufría un ataque, por haberlo así dispuesto el señor y la compasiva Marfa Ignátievna. Allí, echado al otro lado del tabique, con el probable propósito de fingirse enfermo, empezaría desde luego a gemir, o sea a mantenerlos en vela toda la noche (como así sucedió, en efecto, según la declaración de Grigori y de su mujer), ¡y todo ello, todo ello, para poderse levantar más cómodamente a su hora y matar luego al señor!

»Se me dirá, quizá, que Smerdiakov fingía precisamente para que, hallándose enfermo, no sospecharan de él; y si comunicó al acusado lo del dinero y lo de las señales fue para tentarle y lograr que éste acudiera y cometiese el crimen, de modo que, ¿comprenden?, cuando Dmitri Fiódorovich, después del asesinato, huyese llevándose el dinero y, quizá, levantando no poco estrépito, despertando a indudables testigos, entonces, ¿comprenden?, se iba a levantar Smerdiakov, ¿y para qué? Pues sencillamente, para matar otra vez al señor y llevarse por segunda vez el dinero ya robado. ¿Se ríen, se-

ñores? A mí mismo me avergüenza formular semejantes hipótesis. Sin embargo, figúrense ustedes que no es otra cosa lo que el acusado afirma: "después de mí, viene a decir, cuando yo ya había salido de la casa, había tumbado a Grigori y había alarmado a la gente, Smerdiakov se levantó, acudió, asesinó y robó". Ya no hablo de cómo pudo éste calcularlo todo de antemano, preverlo todo en detalle, es decir, prever que el hijo, irritado y furioso, se presentaría con el fin exclusivo de echar una respetuosa mirada por la ventana y, conociendo las señales, se retiraría dejándole a él, Smerdiakov, todo el botín. Señores, yo pregunto en serio: ¿cuál es el momento en que Smerdiakov cometió su crimen? Señalen este momento, pues sin ello no es posible presentar la acusación.

»"Es posible que el ataque de epilepsia fuera real. El enfermo se despertó súbitamente, oyó gritos y salió." Bueno, ¿y qué? ¿Observó y se dijo: "Hala, voy y mato al señor"? Pero ¿cómo podía saber él lo que había sucedido allí, lo que ocurriría, si hasta aquel momento había estado sin conocimiento? La verdad es, señores, que la fantasía también tiene un límite.

»"Bien –dirán personas avispadas–, pero cabe que actuaran los dos en connivencia, que cometieran el asesinato juntos y que se repartieran el dinerito, ¿no es cierto?"

»En efecto, la sospecha es grave y, en primer lugar, encontramos en seguida colosales presunciones que la confirman: uno mata y carga con toda la pena, mientras el otro cómplice está echado simulando un ataque de epilepsia, nada menos que con el propósito de despertar en todos cierta sospecha, de alarmar al señor, de alarmar a Grigori. Es curioso, ¿qué motivos podían haber inducido a los dos cómplices a idear precisamente un plan tan insensato? Quizá se sugiera que no se trataba de una participación activa en lo que a Smerdiakov concierne, sino, digamos, pasiva y atormentada: el aterrorizado Smerdiakov, dirán, accedió a no oponerse al cri-

men y, presintiendo que le acusarían de haber dejado matar a su señor, de no haber dado la voz de alarma ni ofrecido resistencia, habría obtenido previamente de Dmitri Karamázov el permiso de permanecer echado durante aquel tiempo como si sufriera el ataque, "y tú mata hasta que te hartes, yo no me meto en nada". Pero, de haber sido así, comoquiera que la crisis de epilepsia tenía que provocar la alarma en la casa, Dmitri Karamázov, previéndolo, de ningún modo podía haber aceptado semejante condición. Sin embargo, cedo en este punto, admitamos que estuvo de acuerdo; en este caso resultaría que Dmitri Karamázov es el asesino, el autor directo del crimen y su instigador, mientras que Smerdiakov no sería más que un cómplice pasivo, ni siquiera llegaría a ser cómplice, sino simple encubridor por miedo y contra su propia voluntad, cosa que el tribunal habría podido distinguir sin duda alguna; pues bien, ¿qué vemos? Apenas detenido, el acusado echa la culpa entera a Smerdiakov, le acusa a él *solo.* No le denuncia como cómplice suyo, sino como autor único del crimen: "Lo ha hecho él solo, afirma, él ha matado y ha robado, ¡es obra de sus manos!". ¿Qué cómplices serían ésos que en seguida empiezan a acusarse uno al otro? Esto no suele ocurrir nunca. Y observen qué riesgo para Karamázov: él es el asesino principal y el otro no, el otro es sólo un encubridor que estaba acostado junto al tabique, y sobre este hombre echa el primero toda la culpa. Está claro que el yacente puede enojarse, y aunque sólo sea por espíritu de conservación se apresurará a declarar la pura verdad: "Los dos hemos participado, dirá, pero yo no le he matado, sólo he dejado hacer y he encubierto el hecho por miedo". Smerdiakov podía comprender muy bien que el tribunal diferenciaría en seguida el grado de culpabilidad suya y podía confiar en que, si le castigaban, fuera en una proporción incomparablemente menor de la que correspondería al asesino principal, quien deseaba cargarle a él la culpa. Entonces, aun a pesar suyo, habría confesado. Sin embargo, no es esto lo que

hemos visto. Smerdiakov no ha dicho una sola palabra acerca de semejante complicidad, pese a que el reo le acusaba rotundamente, denunciándole como asesino único. Es más: en el curso de la instrucción, Smerdiakov ha revelado de manera espontánea que fue él mismo quien comunicó al acusado cuanto hacía referencia al sobre con el dinero y a las señales, y que sin él, el acusado no habría sabido nada. De haber actuado en complicidad y ser culpable, ¿habría revelado esta circunstancia con tanta facilidad al juez de instrucción, es decir, habría dicho que fue él mismo quien facilitó aquellos datos al acusado? Al contrario, habría empezado por encerrarse en sí mismo, sin duda alguna habría tergiversado los hechos, habría procurado atenuarlos. Pero ni los ha tergiversado ni los ha atenuado. Así puede obrar sólo un inocente, sin miedo a que le acusen de complicidad. Y he aquí que en una crisis de depresión morbosa debida a su enfermedad y a toda esta catástrofe que se ha desencadenado, ayer se ahorcó. Antes de ahorcarse dejó una nota escrita en un estilo original: "Destruyo mi vida por mi propia voluntad y deseo, que no se acuse a nadie". ¿Qué le hubiera costado añadir a la nota: "el asesino soy yo y no Karamázov". Pero no lo añadió. ¿Tuvo bastante conciencia para una cosa y para otra no?

»No obstante, hace poco han traído dinero aquí, al tribunal; tres mil rublos, "los mismos, han dicho, que se encontraban en el sobre que figura en la mesa de las pruebas materiales, los recibí ayer de Smerdiakov". Pero ustedes, señores jurados, recuerdan muy bien la penosa escena que se ha producido. No me referiré a los detalles, pero me permitiré hacer dos o tres consideraciones, de las más insignificantes, si bien, precisamente, por ser insignificantes, pueden no acudir a la mente de todos o pasar sin llamar la atención. En primer lugar, e insisto: por remordimientos de conciencia, Smerdiakov habría devuelto ayer el dinero y se habría ahorcado. (Pues sin remordimientos de conciencia no lo hubiera

devuelto.) Y, desde luego, hasta anoche no confesó su crimen a Iván Karamázov, como éste en persona ha declarado; de otro modo, ¿por qué habría callado hasta ahora? Tenemos, pues, que confesó; mas ¿por qué, vuelvo a repetir, en la nota escrita antes de su muerte no nos declara toda la verdad, sabiendo que al otro día el juicio sería terrible para el acusado inocente? El dinero como tal no es una prueba. Así, por ejemplo, hace una semana me enteré, por absoluta casualidad, lo mismo que otras dos personas que se encuentran en esta sala, de que Iván Fiódorovich Karamázov había mandado cambiar en la capital de la provincia dos obligaciones al cinco por ciento de cinco mil rublos cada una, o sea por un valor de diez mil rublos. Quiero decir con esto que cualquiera puede disponer de dinero en un momento determinado y que no basta presentar tres mil rublos para demostrar sin falta que se trata de unos determinados billetes, precisamente de los que se encontraban en tal cajón o en tal sobre. En fin, Iván Karamázov, después de recibir ayer del verdadero asesino una noticia tan importante, no hace nada. ¿Por qué no se presentó inmediatamente a denunciarlo? ¿Por qué lo aplazó todo hasta la mañana? Creo tener derecho a adivinarlo: enfermo desde hace una semana, él mismo ha confesado al doctor y a sus personas allegadas que ve visiones, que encuentra a personas ya fallecidas; en la víspera del ataque de fiebre nerviosa que hoy precisamente ha sufrido, al enterarse de pronto de que Smerdiakov acaba de ahorcarse, se hace el siguiente razonamiento: "Este hombre ha muerto, se le puede acusar y salvaré a mi hermano. Dinero, tengo: tomaré un fajo y declararé que Smerdiakov me lo ha entregado antes de su muerte". Dirán ustedes que esto no es honrado aunque se trate de un muerto, no es honrado mentir, ¿ni siquiera para salvar a un hermano? Bien, pero ¿y si ha mentido inconscientemente, si se ha imaginado que había sido así, trastornada del todo su razón por la noticia de la repentina muerte del lacayo? Ustedes han visto la escena que

no hace mucho se ha desarrollado aquí, han visto en qué estado se encontraba ese hombre. Se sostenía de pie y hablaba, pero ¿dónde estaba su mente? Tras la declaración de este enfermo, se nos ha presentado un documento, una carta del acusado a la señora Verjóvtseva, escrita por él dos días antes de que se cometiera el crimen, con un programa detallado de su ejecución. ¿A qué esforzarse buscando un programa y a sus autores? El asesinato se ha perpetrado en absoluta concordancia con el programa de la carta y ha sido obra de quien lo redactó. ¡Sí, señores jurados, "se ha ejecutado tal como estaba escrito"! La verdad, la verdad, no huimos respetuosa y medrosamente de la ventana paterna, con la convicción, además, de que nuestra amada estaba con el otro. No, esto es absurdo e inverosímil. El acusado entró y terminó su cometido. Es probable que matara en un momento de sobreexcitación, lleno de ira al ver a su aborrecido contrincante; pero después de haberle matado, lo que quizás hizo de golpe, con un solo impulso de su puño armado con la mano de almirez, y después de haberse convencido gracias a un minucioso registro de que su amada no se encontraba allí, no se olvidó, pese a todo, de buscar debajo de la almohada y hacerse con el sobre que contenía el dinero, sobre que figura ahora, roto, encima de esta mesa con las pruebas materiales. Me refiero a este objeto para llamarles la atención acerca de una circunstancia a mi modo de ver archicaracterística. Si hubiera sido un criminal experimentado, un asesino impulsado únicamente por el móvil del robo, ¿habría dejado el sobre en el suelo, tal como se encontró junto al cadáver? De haber cometido el crimen Smerdiakov, por ejemplo, con el propósito de robar, se habría llevado el sobre, sin preocuparse de abrirlo al lado de su víctima; como sabía a ciencia cierta que el sobre contenía el dinero –lo pusieron y cerraron el sobre en presencia suya–, se lo habría llevado tal como estaba y en este caso no se sabría si había habido robo. Yo les pregunto, señores jurados: ¿habría obrado de ese modo

Smerdiakov?, ¿habría dejado el sobre en el suelo? No, de este modo tenía que obrar un asesino frenético, que ya razona poco, un asesino que no sea un ladrón, que nunca haya robado hasta ahora y que saca el dinero de la cama no como el ladrón que roba, sino como quien se lleva lo que le pertenece y le ha sido robado por otro, pues tales eran, en efecto, las ideas de Dmitri Karamázov sobre los tres mil rublos, hasta convertirse para él en una manía. Así se explica que una vez el sobre en sus manos –antes no lo había visto nunca–, lo rompa para comprobar si contiene el dinero y luego huya con éste en el bolsillo, olvidándose hasta de pensar que deja en el suelo una acusación colosal contra sí mismo: el sobre roto. Todo ello porque Karamázov, que no Smerdiakov, no pensó, no reflexionó, ¡cómo iba a hacerlo! Karamázov escapa, oye el grito del criado que le da alcance, el criado le agarra, le detiene y cae derribado por la mano de almirez. El acusado salta de la valla y se le acerca por compasión. ¡Imagínense, nos asegura que entonces saltó y se acercó al criado por compasión, por lástima, por ver si podía ayudarle en algo! ¿Era aquél un momento oportuno para manifestar tal enternecimiento? No, él saltó en verdad para comprobar si vivía el único testigo de su fechoría. ¡Todo otro sentimiento, todo otro motivo sería antinatural! Observen que se demora con Grigori, le pasa el pañuelo por la cabeza y, convencido de que le ha matado, corre otra vez como un loco hacia allí, hacia la casa de su amada. ¿Cómo no pensó que estaba completamente manchado de sangre y que le descubrirían en seguida? Pero el propio acusado nos asegura que ni siquiera prestó atención a aquellas manchas; esto se puede admitir, es muy posible, es lo que ocurre siempre a los criminales en tales momentos. Para una cosa, cálculo diabólico; para otra, falta de imaginación. Pero en aquel instante sólo pensaba *dónde* podía estar ella. Necesitaba saber cuanto antes dónde estaba, corre a la vivienda de la amada y se entera allí de

una noticia inesperada y descomunal para él: ¡había partido hacia Mókroie a reunirse con su "anterior" e "indiscutible"!»

9. Psicología a todo vapor. La troika al galope. Fin del discurso del fiscal

Llegado a ese punto de su discurso, Ippolit Kirílovich –quién había elegido, por lo visto, un método de exposición rigurosamente histórico, al que gustan recurrir todos los oradores nerviosos en su afán de hallar unos límites rígidos en que contener la impaciencia de su propio impulso– habló ampliamente del «anterior» e «indiscutible» y formuló sobre este particular varias ideas interesantes en su género. «Karamázov, furiosamente celoso de todo el mundo, parece como si de golpe se inclinara y se retirara ante el "anterior" e "indiscutible". Resulta ello tanto más extraño cuanto que antes casi no había prestado la menor atención al nuevo peligro que le amenazaba en la persona de aquel inesperado rival. Se imaginaba que se trataba de algo aún lejano, y Karamázov no vive más que el momento presente. Es probable que incluso considerara a aquella persona como una ficción. Pero habiendo comprendido en un instante, con el corazón dolorido, que si la mujer le ocultaba la llegada del nuevo rival y le había mentido hacía poco era, quizá, porque ese contrincante recién aparecido no constituía una ficción ni una fantasía para ella, sino que lo representaba todo, la esperanza plena de su vida, habiendo comprendido esto de golpe, se resignó. Bien, señores jurados, no puedo pasar en silencio tan inesperado rasgo del carácter del acusado, quien parece incapaz de poseerlo: de pronto sintió una necesidad imperiosa de verdad, de respeto por la mujer y por los derechos de su corazón, ¡y ello en el momento en que, por aquella mujer, se había teñido las manos con la sangre de su propio padre!

También es cierto que la sangre vertida en aquel momento ya clamaba venganza, pues Karamázov, perdida su alma y roto su destino terreno, aun sin querer debía de sentir y preguntarse en aquel momento: "¿Qué significo yo y que puedo significar *ahora* para ella, para ese ser al que quiero más que a mi propia alma, en comparación con el 'anterior' e 'indiscutible', que se ha arrepentido y vuelve al lado de la mujer a la que antes abandonó, vuelve con nuevo amor, con proposiciones honradas, con la promesa de una vida regenerada y ya feliz? Pero yo, desdichado de mí, ¿qué voy a darle ahora, qué le voy a ofrecer?". Karamázov comprendió todo esto, comprendió que su crimen le había cerrado todos los caminos y que él era tan sólo un criminal condenado al patíbulo, ¡no un hombre destinado a vivir! Esta idea le aplastó, le aniquiló. Entonces concibe un plan frenético, el cual, dado el carácter de Karamázov, debía de presentársele como la salida única y fatal de su espantosa situación. Dicha salida era el suicidio. Corre en busca de sus pistolas, empeñadas al funcionario Perjotin, y por el camino, sin detenerse, saca del bolsillo todo el dinero por el que acaba de mancharse las manos con la sangre de su padre. Oh, el dinero ahora le es más necesario que nunca: ¡Karamázov va a morir, Karamázov se va a pegar un tiro, también de esto se acordarán! No en vano somos poetas, no en vano hemos consumido nuestra existencia como vela que arde por sus dos extremos. "A su lado, a su lado, y allí, oh, allí daré un festín por todo lo alto, un festín como no se ha visto otro, para que lo recuerden y hablen de él durante mucho tiempo. Entre gritos salvajes, locas canciones y danzas de cíngaros, levantaremos la copa para brindar por mi mujer adorada y su nueva felicidad; ¡luego, ahí mismo, a sus pies, me levantaré la tapa de los sesos y castigaré mi propia vida! Algún día se acordará ella de Mitia Karamázov, verá cuánto la amaba Mitia, ¡sentirá piedad por Mitia!" Mucho colorido, mucho frenesí romántico, mucho salvaje ímpetu karamazoviano y sensibilidad,

bueno, y aún otra cosa, señores jurados, algo que grita en el alma, golpea en la mente sin cesar y envenena el corazón hasta la muerte; ese *algo* es la conciencia, señores jurados, ¡es el juicio de la conciencia, son sus terribles remordimientos! Mas la pistola lo soluciona todo, la pistola es la única salida, otra no hay; y más allá, no sé yo si pensaba Karamázov en aquel instante *"que habrá más allá"*, si puede Karamázov pensar como Hamlet en qué habrá en la otra vida. ¡No, señores jurados, otros países tienen Hamlets, nosotros por ahora tenemos Karamázov!»

Aquí, Ippolit Kirílovich presentó un cuadro detalladísimo de los preparativos de Mitia, la escena en casa de Perjotin, en la tienda, con los cocheros. Adujo una cantidad enorme de palabras, expresiones y gestos, siempre confirmados por los testigos, y aquel cuadro influyó de manera terrible sobre la convicción de los oyentes. Influyó, sobre todo, el conjunto de los hechos. La culpabilidad de aquel hombre que se agitaba frenético y que se despreocupaba ya de velar por sí mismo, aparecía con una fuerza irrebatible. «No tenía ya motivos para velar por sí mismo –dijo Ippolit Kirílovich–, dos o tres veces por poco lo confiesa todo, casi hacía alusiones a su crimen, sólo le faltaba hablar abiertamente (seguían aquí declaraciones de testigos). Hasta al cochero le gritó por el camino: "¿Sabes que conduces a un asesino?". De todos modos, no podía hablar con toda claridad: necesitaba llegar primero a Mókroie y una vez allí terminar el poema. Sin embargo, ¿qué espera el desdichado? Ya en Mókroie, ve desde el primer momento y por fin comprende, sin lugar a dudas, que su "indiscutible" rival quizá no sea ni mucho menos tan indiscutible; que de él, de Mitia, no querían ni aceptaban felicitaciones ni brindis por la nueva felicidad. Mas, por la investigación judicial, ustedes conocen ya los hechos, señores jurados. El triunfo de Karamázov sobre su rival apareció indiscutible, y entonces, ¡oh, entonces comenzó una nueva fase en su alma, la más espantosa de todas las fases que ha

conocido y que todavía conocerá alguna vez esta alma! ¡Podemos reconocer, señores jurados –exclamó Ippolit Kirílovich–, que la naturaleza ofendida y el corazón criminal se vengan por sí mismos con más rigor que toda justicia terrena! Más aún: la justicia y el castigo terrenos hasta hacen más soportable el castigo de la naturaleza, son incluso necesarios al alma del criminal en esos momentos, como único medio posible para salvarse de la desesperación, pues yo no puedo ni siquiera imaginarme el horror y los sufrimientos morales de Karamázov cuando se enteró de que ella le amaba, de que por él ella rechazaba a su "primero" e "indiscutible", de que es a él, a "Mitia", a quien llama para comenzar una nueva vida y a quien promete la felicidad, ¿y todo eso, cuándo? ¡Cuando ya todo ha terminado para él y ya no hay nada posible! A propósito, haré de pasada una observación de gran importancia para podernos explicar en su esencia la situación en que entonces se encontraba el acusado: aquella mujer, que era su amor, hasta el último momento, hasta el instante mismo de la detención, fue para él un ser inaccesible, deseado con pasión, pero inalcanzable. Mas, ¿por qué, por qué no se pegó un tiro entonces, por qué renunció a su proyecto y se olvidó incluso de dónde guardaba la pistola? Pues precisamente porque aquella sed apasionada de amor y la esperanza de saciarla en seguida, allí mismo, le contuvieron. En el embrujo del festín, se acerca a su amada, que participa con él en el banquete, más encantadora y seductora que nunca; no se aparta de su lado, no se cansa de admirarla, se anula ante ella. ¡Aquella sed apasionada podía ahogar por un instante no sólo el miedo a la detención, sino incluso los remordimientos de conciencia! ¡Por un instante, oh, sólo por un instante! Yo me imagino el estado de espíritu en que se encontraría entonces el criminal, sin duda alguna esclavo de tres elementos: en primer lugar, el estado de embriaguez, los efluvios del alcohol, ¡y ella, ella, enrojecida por el vino, cantando y danzando, ebria y sonriéndole a él! En segundo

lugar, la esperanza remota pero reconfortante de que el desenlace fatal aún estaba lejos, de que por lo menos no estaba cerca, la esperanza de que se presentarían a detenerle a lo sumo al día siguiente, por la mañana. Disponía, pues, de varias horas, lo cual era mucho, ¡muchísimo! En unas horas cabe trazar muchos planes. Me figuro que le sucedía algo por el estilo de lo que pasa al criminal cuando le conducen al patíbulo, a la horca: hay que recorrer aún una calle larga, larga, al paso lento de la cabalgadura, por delante de miles de personas, luego doblarán por otra calle y sólo en el término de esta otra calle se encuentra la terrible plaza. Me parece a mí que al principio del trayecto, el reo, sentado en su infamante carreta, ha de sentir precisamente que tiene ante sí una vida sin fin. Mas he aquí que, no obstante, se van alejando las casas, la carreta avanza sin parar; oh, eso no importa, la esquina de la segunda calle aún queda muy lejos; él aún mira animoso a derecha y a izquierda, mira a esos miles de personas indiferentemente curiosas que clavan en él sus miradas, y a él aún le parece que sigue siendo un hombre como los demás. He aquí que doblan por la otra calle, ¡oh!, no importa, no importa, queda aún una calle entera. Y por casas que vayan dejando atrás, el reo seguirá pensando: "Aún quedan muchas casas". Y así hasta el fin, hasta la plaza misma. Así debía de ocurrir también entonces, me figuro yo, con Karamázov. "Aún no han tenido tiempo de descubrir nada –piensa–, aún es posible encontrar alguna salida, oh, aún tendré tiempo de inventar un plan de defensa, de idear la resistencia; pero ahora, ahora, ¡mi amada es tan adorable ahora!" Tiene clavados en el alma la confusión y el miedo; no obstante, encuentra tiempo para separar la mitad de su dinero y esconderlo en alguna parte, de otro modo no puedo explicarme dónde ha podido desaparecer la mitad entera de los tres mil rublos que acababa de tomar en casa de su padre, de debajo de la almohada. No es la primera vez que está en Mókroie, ya había organizado en aquel lugar una orgía de dos

días enteros. Conoce aquella vieja casa de madera, grande, con todas sus dependencias y galerías. Yo supongo que parte del dinero se ocultó entonces precisamente en dicha casa, poco antes de la detención, en alguna rendija, en alguna hendidura, bajo alguna tabla, en algún rincón, debajo del tejado, ¿y para qué? ¿Preguntan para qué? La catástrofe puede sobrevenir de un momento a otro; desde luego, aún no hemos meditado cómo nos enfrentaremos con ella, ni tenemos tiempo de hacerlo, ni la cabeza, un verdadero torbellino, en condiciones; además, ella nos atrae, bueno, pero el dinero... ¡Ah, el dinero es necesario en todas las circunstancias! Un hombre con dinero en todas partes es hombre. ¿Les parece quizás antinatural tanta previsión en un momento semejante? Mas el propio acusado afirma que un mes antes, en un momento asimismo alarmante y dramático para él, separó la mitad de tres mil rublos y los cosió en una bolsita, y aunque esto no sea verdad, como demostraremos ahora mismo, Karamázov había tenido la idea, la había examinado. Es más, cuando afirmaba luego al juez de instrucción que había guardado mil quinientos rublos en una bolsita (que nunca ha existido), quizás acababa de inventar esta explicación por haber separado la mitad de su dinero dos horas antes y haberlo escondido en alguna parte de Mókroie, por si acaso, hasta la mañana siguiente, sólo por no guardarlo en el bolsillo, obedeciendo a una inspiración súbita. Dos abismos, señores jurados, ¡recuerden que Karamázov puede contemplar dos abismos y los dos al mismo tiempo! Hemos registrado la casa, pero no hemos encontrado nada. Es posible que ese dinero esté aún allí, también es posible que desapareciera al día siguiente y que se encuentre ahora a disposición del acusado. En todo caso, le detuvieron al lado de aquella mujer, ante la que se había arrodillado; ella estaba echada en la cama, él le tendía los brazos y hasta tal punto se había olvidado de todo lo demás, que ni siquiera oyó los pasos de quienes iban a detenerle. No había tenido tiempo de

preparar nada aún para responder. Fueron tomados de improviso él mismo y su mente.

»Ya le tenemos ante sus jueces, ante sus jueces, ante quienes han de decidir de su destino. ¡Señores jurados, en el cumplimiento de nuestras obligaciones se dan momentos en que nosotros mismos sentimos casi miedo ante el hombre, miedo también por el hombre! Son aquellos en que percibimos en el criminal el terror instintivo que experimenta cuando ve que está todo perdido, pero aún lucha, aún tiene la intención de luchar contra nosotros. Son momentos en que todos los instintos de conservación se yerguen en él de golpe, y el reo, en su afán de salvarse, nos mira con una mirada penetrante, interrogadora y doliente, nos examina y nos estudia, escruta nuestro rostro, nuestros pensamientos, espera a ver por qué lado asestaremos el golpe y forja instantáneamente en su atribulado espíritu miles de planes; pero, con todo, tiene miedo a hablar, ¡tiene miedo a traicionarse! ¡Esos momentos humillantes del alma humana, ese ir y venir del espíritu por las torturas, ese afán bestial de salvarse, son espantosos y a veces estremecen incluso al juez de instrucción y le despiertan sentimientos compasivos hacia el criminal! De ello fuimos testigos entonces. Al principio, el acusado quedó estupefacto; en su horror dejó escapar algunas palabras que le comprometían en alto grado: "¡La sangre! ¡Me lo merezco!". Mas pronto se dominó. Qué iba a decir, qué iba a responder, todo aquello eran cosas que aún no tenía preparadas, sólo estaba preparado para sostener una negación sin base alguna: "¡De la muerte de mi padre no soy culpable!". Éste es, por de pronto, nuestro parapeto; más allá quizá podamos aún preparar algo, levantar una barricada. Adelantándose a nuestras preguntas, se apresura a aclarar sus comprometedoras explicaciones afirmando que se considera culpable sólo de la muerte del criado Grigori. "De esta sangre soy culpable, pero ¿quién ha matado a mi padre, señores, quién? ¿Quién puede haberle matado *sino yo*?" Oigan-

lo: ¡nos lo pregunta a nosotros, a nosotros, que habíamos acudido para hacerle a él la misma pregunta! ¿Se dan cuenta de esta frasecita anticipada "sino yo", esa astucia animal, esa candidez y esa impaciencia karamazoviana? Yo no he matado y ustedes no pueden ni pensar que he sido yo: "Quería matar, señores, quería matar –confiesa pronto (tiene prisa, ¡oh, tiene una prisa enorme!)–, mas a pesar de todo no soy culpable, ¡no soy yo quien ha matado!". Nos concede que ha tenido la intención de matar: "Vean, parece decirnos, cuán sincero soy, así creerán antes lo que les digo, que no he sido yo quien ha matado". Oh, en estos casos el asesino se vuelve a veces increíblemente frívolo y crédulo. Pues bien, en un momento así, se le hizo la más ingenua de las preguntas como por pura casualidad: "¿No será Smerdiakov el asesino?". Y reaccionó tal como esperábamos: se puso furioso porque nos habíamos adelantado y le habíamos cazado de improviso, cuando aún no había tenido tiempo de preparar, elegir y determinar el instante más propicio para acusar a Smerdiakov. Impulsado por su propia manera de ser, se lanzó en seguida a la posición extrema y empezó a asegurarnos con todas sus fuerzas que Smerdiakov no podía haber matado, que no era capaz de matar. Mas no le crean, se trata sólo de un ardid: de ningún modo ha renunciado a Smerdiakov, de ningún modo, aún lo acusará, porque ¿a quién cargar el crimen si no a él?, pero lo hará en otro momento, pues por de pronto se ha malogrado la posibilidad. Señalará a Smerdiakov sólo al día siguiente, quizás, o pasados algunos días, esperando la ocasión en que pueda gritarnos: "Ya ven, yo mismo he descartado la culpabilidad de Smerdiakov más que ustedes, como recuerdan; pero ahora también yo me he convencido: ha sido él quien ha matado, ¡y no puede ser nadie más!". Por de pronto, empero, se cierra en banda ante nosotros con una negación sombría e irritada. Sin embargo, la impaciencia y la ira le sugieren la explicación más torpe e inverosímil, la de cómo estuvo mirando a su padre por la ventana y cómo se

apartó de ella respetuosamente. No olviden que el acusado desconocía aún las circunstancias y el alcance de las declaraciones hechas por Grigori al volver en sí. Pasamos a la inspección y registro. Esta medida le pone furioso, pero también le reanima: no se han encontrado los tres mil rublos, se han descubierto sólo mil quinientos. Y no hay duda alguna de que es en ese momento de silencio airado y de negación, cuando se le ocurre por primera vez en la vida la idea de la bolsita. Desde luego, él mismo nota lo inverosímil de su invención y se atormenta, se atormenta espantosamente para hacerla más plausible, sin saber qué imaginar para presentar una novelita con visos de autenticidad. En estos casos, lo primero que ha de hacer el juez de instrucción, su principal tarea, es sorprender al acusado, no dejarle que se prepare y llevarle a manifestar sus más recónditas ideas con toda la ingenuidad que las traiciona, con cuanto tienen de inverosímil y contradictorio. Mas sólo cabe hacer hablar al criminal comunicándole de improviso y como por azar algún nuevo hecho, alguna circunstancia de colosal trascendencia, pero desconocida aún del reo e imprevisible. Nosotros teníamos ya preparado un hecho de esa naturaleza, oh, sí, lo teníamos preparado hacía mucho: era la declaración efectuada por el criado Grigori al volver en sí acerca de la puerta abierta por la qué huyó el acusado. Éste se había olvidado por completo de tal puerta y no se imaginaba que Grigori hubiera podido verla. El efecto resultó colosal. El reo se levantó bruscamente y se puso a gritarnos: "¡Es Smerdiakov quien ha matado, es Smerdiakov quien ha matado, es Smerdiakov!", y así reveló su idea más recóndita, su idea fundamental, y la puso al descubierto en su forma más inverosímil, pues Smerdiakov sólo habría podido matar después de que el acusado hubiera derribado a Grigori y huido. Cuando a continuación le comunicamos que Grigori había visto la puerta abierta antes de caer y que al salir de su dormitorio había oído gemir a Smerdiakov al otro lado del tabique, Karamázov quedó ver-

daderamente anonadado. Mi colaborador, nuestro honorable e ingenioso Nikoláy Parfiónovich, me contó luego que en aquel momento sintió por el reo una lástima infinita, hasta el punto de que por poco se le asoman las lágrimas a los ojos. Pues bien, es en ese momento cuando, para poner remedio a la situación, el acusado se apresura a hablarnos de la famosa bolsita: "bueno, parecía decir, ¡escuchen ahora esta novela!". Señores jurados, ya les he expuesto mi criterio y por qué considero toda esa invención sobre el dinero cosido en una bolsita, un mes antes, una fábula no ya absurda, sino la más inverosímil de cuantas hubieran podido buscarse en el presente caso. Aunque se hiciera una apuesta: ¿qué se puede decir y presentar como más inverosímil?, no se podría idear nada peor. Lo importante es que podemos poner en evidencia y hacer polvo al triunfante novelista aduciendo detalles, esos mismos detalles de que tan rica es siempre la realidad y que siempre, como si se tratara de una pequeñez insignificante e innecesaria, son desdeñados por esos lamentables e involuntarios fabulistas, quienes ni siquiera piensan en ellos. Oh, en tales momentos no están esos hombres por pensar en menudencias, su mente sólo se aplica en crear un todo grandioso, ¡y hay quien se atreve a ofrecerles semejante pequeñez! ¡Pero en esto se les caza! Se hace al acusado la siguiente pregunta: "¿De dónde sacó la tela para el saquito, quién se lo cosió?". "Lo cosí yo mismo." "Y el lienzo, ¿de dónde lo sacó?" El acusado ya se irrita, entiende que ésta es una pequeñez casi ofensiva para él, ¡y lo entiende así sinceramente, sinceramente!, créanlo. Pero así son todos los criminales. "Desgarré un trozo de mi camisa." "Magnífico. Así, pues, mañana encontraremos entre su ropa la camisa sin ese trozo de tela." Dense cuenta, señores jurados: si realmente hubiéramos encontrado tal camisa (¿y cómo no encontrarla en su maleta o en su cómoda, si la camisa hubiera en verdad existido?), habríamos tenido ya un hecho, un hecho concreto como prueba de la veracidad de su declara-

ción. Pero el acusado no puede comprenderlo. "No recuerdo, quizá no hice la bolsita con un trozo de camisa, sino con una cofia de la patrona." "¿Qué cofia?" "Se la cogí, no le servía para nada, era un viejo trapo de percalina." "¿Lo recuerda usted con seguridad?" "No, con seguridad no lo recuerdo..." Y se enfada, se enfada, pero figúrense: ¿cómo no recordar una cosa semejante? En los instantes más terribles de la vida, por ejemplo cuando llevan a un hombre al patíbulo, son precisamente esos detalles los que se recuerdan. El condenado se olvida de todo, pero se acordará del tejado verde de una casa que ha visto un momento durante su recorrido o de una chova puesta en una cruz. La verdad es que nuestro reo, al coser tal saquito, debía de esconderse de la gente de su casa y cuando le interrogamos tenía que haber recordado el miedo humillante y el sufrimiento experimentados cuando, con la aguja en la mano, temblaba pensando que alguien pudiera entrar y descubrirle, y cómo, al primer ruido, se levantaba y se precipitaba tras el tabique (en su aposento hay un tabique)... Señores jurados, ¿por qué les cuento todos estos detalles, todas estas pequeñeces? –exclamó de pronto Ippolit Kirílovich–. ¡Pues porque el acusado hasta ahora mismo mantiene tercamente tales despropósitos! Durante esos dos meses, desde aquella noche fatal para él, el reo no ha aclarado nada, no ha añadido ni una sola circunstancia aclaratoria real a sus primeras y fantásticas declaraciones; todo eso, según él, son pequeñeces, ¡lo que hemos de hacer es creer por su honor! ¡Oh, qué más quisiéramos que creer, estamos deseando creerle, aunque sea bajo su palabra de honor! ¿Acaso somos chacales, ávidos de sangre humana? Preséntennos aunque sólo sea un hecho en favor del acusado, señálennoslo y nos alegraremos, pero ha de ser un hecho concreto, real, no una conclusión inferida de la expresión del rostro del acusado, como su hermano ha hecho, ni la mera afirmación de que el reo, al darse golpes en el pecho, debía señalar sin duda alguna la bolsita, y ello en la oscuridad. Nos alegrare-

mos de que se presente un hecho nuevo, seremos los primeros en abandonar nuestra acusación, nos apresuraremos a retirarla. Pero ahora, la justicia clama y nosotros insistimos, no podemos retirar nada.» Ippolit Kirílovich pasó luego a la peroración final. Estaba como transido por la fiebre, evocó tonante y lleno de indignación la sangre vertida, la sangre del padre asesinado por su propio hijo «con el vil propósito de robarle». Señaló firmemente el conjunto trágico y abrumador de hechos acumulados. «No importa lo que oigan decir al defensor del reo, al abogado famoso por su talento –añadió Ippolit Kirílovich sin poderse contener–; por elocuentes y enternecedoras que sean las palabras que aquí se pronuncien con vistas a impresionar la sensibilidad de ustedes, recuerden, a pesar de todo, que se encuentran en estos momentos en el templo sagrado de nuestra justicia. ¡Recuerden que son ustedes los defensores de nuestra verdad, los defensores de nuestra sacrosanta Rusia, de sus fundamentos, de la familia, de cuanto hay en ella de sagrado! Sí, señores jurados, en este momento ustedes representan aquí a Rusia, el veredicto que ustedes dicten no resonará sólo en esta sala, sino en Rusia entera, y toda Rusia les escuchará en calidad de defensores y jueces suyos y se sentirá reconfortada o abatida según sea la decisión que tomen. No atormenten, pues, a Rusia ni defrauden sus esperanzas; la troika fatal de nuestros destinos corre al galope y, quizá, cara al abismo. Hace ya mucho tiempo que en toda Rusia se alzan brazos pidiendo que se detenga la desenfrenada e insensata carrera. Si otros pueblos dejan por de pronto paso libre a la troika que corre a todo correr, es posible que lo hagan no por respeto, como quisiera el poeta, sino simplemente por espanto, ténganlo en cuenta. Por espanto y también, quizá, por repugnancia; y menos mal que se apartan, ¡puede que llegue el día en que dejen de apartarse, formen un sólido valladar ante la aparición desbocada y detengan por sí mismos la carrera loca de nuestro desenfreno con el fin de salvarse a sí mismos,

de salvar la civilización y la cultura! Hemos oído ya voces alarmadas que nos llegan de Europa. Empiezan a resonar. ¡No las irriten, no den pábulo a su creciente odio con un veredicto que justifique el asesinato de un padre por parte de su propio hijo!...»

En pocas palabras, Ippolit Kirílovich, aunque se había ido un poco por las ramas, dejándose llevar por su entusiasmo, terminó con una exhortación patética, y la verdad es que produjo un efecto extraordinario. No bien hubo terminado su discurso, se apresuró a salir y, repito, casi se desmayó en la estancia contigua. La sala no prorrumpió en aplausos, pero las personas serias estaban satisfechas. No estaban tan contentas las damas; no obstante, también ellas habían apreciado la elocuencia del fiscal, tanto más cuanto que no abrigaban el menor temor por lo que respecta a las consecuencias, pues todo lo esperaban de Fetiukóvich; «¡por fin él se pondrá a hablar y, desde luego, los vencerá!». Todos miraban a Mitia: durante el discurso del fiscal estuvo callado, crispadas las manos, apretados los dientes, bajos los ojos. Alguna que otra vez había levantado la cabeza y aguzado el oído. Especialmente cuando se habló de Grúshenka. Cuando el fiscal citó la opinión que de ella tenía Rakitin, una sonrisa maligna y despectiva se dibujó en el rostro de Mitia, quien profirió en voz bastante alta: «¡Bernards!». En cambio, cuando Ippolit Kirílovich dio cuenta de cómo le había interrogado y atormentado en Mókroie, Mitia irguió la cabeza y escuchó con terrible curiosidad. En cierto momento, pareció como si quisiera incluso levantarse y gritar algo, pero se dominó y se limitó a encogerse de hombros con desprecio. De la perorata final, concretamente de la habilidad puesta de manifiesto por el fiscal en Mókroie al interrogar al acusado, se habló luego bastante en nuestra sociedad y dio motivo a burlones comentarios sobre Ippolit Kirílovich: «El hombre no ha podido resistir la tentación de vanagloriarse de sus aptitudes», se decía. La audiencia se suspendió por muy poco

tiempo, por un cuarto de hora o, a lo sumo, por veinte minutos. Entre el público se oían conversaciones y exclamaciones. Algunas de ellas me han quedado grabadas en la memoria:

–¡Ha sido un buen discurso! –comentó en un grupo un señor, frunciendo el ceño.

–Demasiadas vueltas con la psicología –soltó otra voz.

–Sí, pero todo es verdad, ¡una verdad irrefutable!

–Sí, en este terreno es un verdadero maestro.

–Se ha metido a fondo.

–Y con nosotros también se ha metido a fondo, con nosotros también –añadió una tercera voz–; al principio de su discurso, ¿recuerdan?, cuando ha dicho que todos somos como Fiódor Pávlovich.

–Y al final también. Ahora que, en esto, ha mentido.

–Sí, y ha estado oscuro en algunos pasajes.

–Se ha ido un poco por las ramas.

–Ha sido injusto, ha sido injusto.

–¡Ah, no! En todo caso, ha sido hábil. El hombre ha tenido que esperar mucho tiempo, mas al fin se ha expresado, ¡je-je!

–¿Qué dirá el defensor?

En otro grupo:

–No tenía que haberse metido con el de Petersburgo, como acaba de hacer: «con vistas a impresionar la sensibilidad», ¿recuerdan?

–No, en esto no ha estado bien.

–Se ha apresurado.

–Es un hombre nervioso.

–Nosotros nos reímos, pero ¿cómo estará Mitia?

–Sí, ¿cómo estará Mítenka?

–Vamos a ver lo que dirá el abogado defensor.

En un tercer grupo:

–¿Quién es la dama gorda, con impertinentes, que está sentada en aquel extremo?

–Es la mujer de un general, divorciada; la conozco.

–Vaya, vaya, por eso lleva impertinentes.

–No vale nada.

–¡Oh, no digas! Está provocadorcilla.

–Cerca de ella, dos asientos más allá, hay una rubia que está mejor.

–Con qué habilidad le hicieron morder el anzuelo en Mókroie, ¿eh?

–Sí, no se puede negar. Ha vuelto a repetirlo. ¡Las veces que lo ha contado ya por las casas!

–Y ahora no ha podido resistir la tentación. Ha sido el amor propio.

–Hombre incomprendido, ¡je-je!

–Y susceptible. Mucha retórica, mucha frase larga.

–Sí, y ha querido asustarnos, obsérvenlo, en todo momento ha querido asustarnos. ¿Recuerdan lo de la troika? «¡Otros países tienen Hamlets, nosotros, por ahora, tenemos Karamázovs!» No ha estado mal.

–Ha sido incienso para el liberalismo. ¡Tiene miedo!

–Ya, también tiene miedo al defensor.

–¿Qué dirá el señor Fetiukóvich?

–Puede decir lo que quiera, a nuestros mujiks no los va a conmover.

–¿Lo cree usted?

En un cuarto grupo:

–Lo de la troika le ha salido muy bien, ahí donde habla de los otros pueblos.

–Y es la verdad, ¿recuerdas?, lo que dice de que los pueblos no esperarán.

–¿Por qué?

–En el parlamento inglés, la semana pasada, un miembro interpeló al ministerio respecto a los nihilistas y preguntó si no había llegado la hora de meterse en la nación bárbara para instruirnos. Es a él a quien ha aludido Ippolit, me consta. Habló de esta cuestión la semana pasada.

–Están muy lejos las chochas.

–¿Qué chochas? ¿Por qué lejos?

–Pues nosotros cerramos Kronstadt y dejamos de mandarles trigo. ¿De dónde lo sacarán?

–¿Y América? Ahora pueden sacarlo de América.

–Mentira.

Pero sonó la campanilla y todos se precipitaron a sus asientos. Fetiukóvich subió al estrado.

10. Discurso del abogado defensor. Un arma de dos filos

Se hizo un gran silencio cuando resonaron las palabras del famoso orador. La sala entera clavó en él los ojos. Fetiukóvich empezó a hablar sin rodeos, con extraordinaria sencillez y fuerza persuasiva, pero sin sombra de suficiencia. Ni el más mínimo intento de ser elocuente, de hacer sonar una nota patética, de emplear palabritas que despertasen fibras sentimentales. Aquel era un hombre que se había puesto a hablar en un círculo íntimo de personas que experimentan por él cierto afecto. Tenía una voz magnífica, sonora y simpática; habríase dicho que hasta en la voz misma se percibía ya un algo de sinceridad y candidez. Sin embargo, todo el mundo comprendió al instante que el orador podía elevarse de pronto hasta lo verdaderamente patético y «llamar a los corazones con una fuerza inaudita»[1]. Se expresaba, quizá, menos correctamente que Ippolit Kirílovich, pero sin largas frases y hasta con más exactitud. Una cosa desagradó a las damas: doblaba sin cesar la espalda, sobre todo al comienzo del discurso, no como si saludara, sino como si quisiera lanzarse hacia el auditorio; además, inclinaba, por así decirlo, sólo la mitad de su larga espalda, como si aquel largo y fino lomo estuviera dotado en su parte central de una bisagra que le permitiera doblarse poco menos que en ángulo recto.

1. De la poesía de Pushkin «Respuesta a un anónimo» (1830).

Al principio del discurso habló en cierto modo dispersándose, aparentemente sin sistema, tomando los hechos como al azar, pero al final resultó un todo coherente. Su discurso podría dividirse en dos mitades: la primera constituía una crítica, era una refutación, a veces mordaz y sarcástica, de las tesis del acusador. Pero en la segunda mitad del discurso, Fetiukóvich pareció cambiar de tono y hasta de método, se elevó de golpe hasta lo patético; la sala en cierto modo lo estaba esperando y se estremeció entusiasmada. El orador abordó de frente la causa y empezó declarando que, si bien solía ejercer sus funciones en Petersburgo, no era la primera vez que se trasladaba a ciudades de provincias para defender a acusados, pero acusados a quienes él creía inocentes o cuya inocencia presentía. «Lo mismo me ha sucedido esta vez –aclaró–. Ya la simple lectura de las primeras crónicas periodísticas me sugirieron algo que me impresionó en extremo en favor del acusado. En una palabra, ante todo me interesó un hecho jurídico que, aun repitiéndose con frecuencia en la práctica judicial, nunca a mi modo de ver se ha presentado con la plenitud y con las peculiaridades tan características del caso presente. El hecho a que me refiero debiera aducirlo tan sólo al final de mi discurso, terminado mi examen; a pesar de todo, expondré mi pensamiento al principio, pues tengo la debilidad de abordar sin rodeos el tema, sin velar los efectos ni dosificar las impresiones. Quizá sea esto imprudente por mi parte, pero en cambio soy sincero. Esa idea mía, mi fórmula, es la siguiente: hay un conjunto aplastante de hechos contra el acusado y, al mismo tiempo, ¡ni uno de ellos resiste la crítica si se examina aisladamente, de por sí! Siguiendo después lo que se rumoreaba y lo que contaban los periódicos, confirmé cada vez más y más mi idea; de pronto fui invitado por los parientes del acusado a hacerme cargo de la defensa. Me apresuré a venir aquí y aquí ya me he convencido definitivamente. Pues bien, para destruir ese espantoso conjunto de hechos y para poner de relieve la fal-

ta de pruebas y el carácter fantástico de cada uno de los cargos aisladamente, me he decidido a tomar la defensa de esta causa.»

Así empezó el abogado defensor, y de pronto exclamó:

«Señores jurados, yo soy aquí un hombre recién llegado, sin ideas preconcebidas. He ido recibiendo todas las impresiones sin que hubiera en mí nada que las tergiversara. El acusado, de carácter violento y sin freno, no me ha ofendido nunca como ha hecho, quizás, a centenares de personas de esta ciudad, por lo que muchos se hallan de antemano predispuestos contra él. Reconozco, desde luego, que el sentido moral de la localidad está soliviantado con razón: el acusado es violento y no se reporta. Sin embargo, era bien recibido en la buena sociedad local y era objeto de atenciones hasta por parte de la familia del acusador, cuyo gran talento admiro.»

(*Nota Bene.* Estas palabras provocaron entre el público dos o tres risitas, las cuales, aunque sofocadas rápidamente, fueron percibidas por todo el mundo. En nuestra ciudad era del dominio público que Ippolit Kirílovich no deseaba admitir en su casa a Mitia, y si no le cerraba la puerta se debía exclusivamente a su esposa, dama en extremo virtuosa y honorable, pero extravagante y caprichosa, amiga de llevar la contra a su marido en algunos casos, sobre todo en pequeñeces, y ella, no se sabe por qué razón, encontraba curioso a Mitia, quien, por otra parte, raras veces visitaba la casa.)

«Con todo, me atrevo a admitir –prosiguió el abogado defensor– que incluso en un espíritu tan independiente y en un carácter tan justo como los del señor fiscal, ha podido formarse cierta errónea prevención contra mi desgraciado cliente. Oh, esto es muy lógico: el desgraciado ha hecho méritos más que suficientes para que le traten hasta con prevención. El sentimiento moral ofendido, y más aún el estético, suelen ser a veces implacables. Desde luego, en la brillante pieza oratoria de la acusación se nos ha hecho un riguroso análisis del carácter y de los actos del reo, se nos ha ofrecido

una exposición rigurosamente crítica de la causa y, sobre todo, para explicarnos la esencia del caso, se nos han revelado profundidades psicológicas a las que de ningún modo habría podido llegar quien hubiera adoptado una actitud más o menos intencionada y malignamente recelosa frente a la personalidad del acusado. Pero en casos como el presente hay cosas hasta peores y más funestas que la más rencorosa y malintencionada actitud. Así ocurre, por ejemplo, si nos dejamos arrastrar, digamos, por una especie de juego artístico, por una necesidad de creación artística, como si dijéramos de invención novelesca, especialmente cuando Dios ha enriquecido nuestras facultades con abundantes dones psicológicos. Ya en Petersburgo, cuando me disponía a venir aquí, me advirtieron –y ello me constaba sin necesidad de que me lo advirtieran– que aquí iba a encontrar por oponente a un psicólogo profundo y sutil, cualidad que le ha granjeado hace tiempo cierta fama singular en nuestro mundo jurídico, todavía joven. Pero el caso es, señores, que la psicología, si bien es cosa profunda, no deja de parecerse a un arma de dos filos (risitas entre el público). Oh, ustedes me perdonarán, desde luego, la trivialidad de mi comparación; no soy yo un maestro en el hablar con elocuencia. Sin embargo, tomemos un ejemplo, el primero elegido al azar en el discurso del fiscal. El acusado, huyendo de noche por el huerto, trepa a la valla y con un golpe dado con la mano de almirez derriba al lacayo, que se le ha agarrado a una pierna. Luego salta inmediatamente otra vez al huerto y durante cinco minutos se ocupa de la víctima, procurando darse cuenta de si la ha matado o no. Y he aquí que el acusador por nada del mundo quiere creer que el acusado sea sincero cuando afirma que volvió al lado del viejo Grigori por compasión. "No, sostiene, tal sensibilidad no puede darse en un momento semejante, no es natural; el acusado saltó precisamente para convencerse de si vivía o había muerto el único testigo de su fechoría, con lo cual prueba haber cometido el crimen, pues

no pudo haber saltado al huerto movido por ningún otro impulso, razón o sentimiento." He aquí la psicología; pero tomemos esa misma psicología y apliquémosla a los hechos desde el extremo opuesto, veremos que el resultado no es menos verosímil. El asesino salta por circunspección, para convencerse de si vive o no un testigo, pero ese mismo asesino acaba de dejar en el gabinete de su padre, al que ha matado, una prueba colosal contra sí mismo, según palabras del propio acusador, una prueba en forma de sobre roto con la anotación de que contenía tres mil rublos. "Si se hubiera llevado el sobre consigo, nadie en todo el mundo se habría enterado de su existencia ni de la del dinero que contenía ni, por tanto, de que el acusado había robado." Éstas son palabras del propio acusador. Así resulta que en un caso, ya ven, faltó toda circunspección, el hombre se desconcertó, huyó asustado dejando en el suelo una prueba; pero cuando unos dos minutos después golpea y mata a otro hombre, aparece al instante el sentido de la circunspección más fría y calculadora y se pone a disposición nuestra. Pero admitamos que fue así, admitámoslo: en esto radica, se nos dice, la sutilidad de la psicología, de modo que en tales circunstancias soy sanguinario y perspicaz como un águila del Cáucaso y un instante después soy ciego y medroso como un miserable topo. Pero si soy tan sanguinario y tan ferozmente calculador que, después de haber matado a un hombre, salto para ver únicamente si vive o no el testigo que podría acusarme, ¿a santo de qué he de entretenerme, según parece, con esta nueva víctima mía cinco minutos enteros y correr el riesgo de que me vean nuevos testigos? ¿A qué mojar el pañuelo restañando la sangre de la cabeza de la víctima, si este pañuelo ha de servir luego de prueba contra mí? No, si somos tan feroces y calculadores, ¿no sería mejor que, después de haber saltado, asestáramos al criado ya tendido en el suelo uno y otro golpe en la cabeza, con la misma mano de almirez, para asegurarnos de su muerte y así, eliminado el testi-

go, quedarnos tranquilos? Finalmente, yo salto para comprobar si vive o no un testigo contra mí y, al mismo tiempo, dejo en el caminito otro testigo, a saber: la mano de almirez que he tomado a dos mujeres, las cuales siempre podrán reconocer dicho objeto como suyo y atestiguar que me lo llevé yo de su casa. No es que se me haya olvidado en el caminito ni que se me haya caído en un momento de distracción, de confusión: no, hemos arrojado el arma lejos, pues se ha encontrado a unos quince pasos del lugar en que fue derribado Grigori. Uno se pregunta, ¿por qué hemos obrado de este modo? Pues hemos obrado así precisamente porque sentimos una gran pena de haber matado a un hombre, al viejo criado; por esto, llenos de angustia, hemos arrojado la mano de almirez con una maldición, la hemos arrojado como arma del asesinato; ésta es la única explicación posible; ¿por qué, si no, hubiéramos arrojado el arma con tal impulso? Ahora bien, si podíamos experimentar dolor y pena por haber matado a un hombre, sólo era, claro está, porque no habíamos matado a nuestro padre: de haberlo asesinado, no nos habríamos acercado a otra víctima por compasión; en este caso, el sentimiento habría sido distinto, no habríamos estado para compasiones, sino por salvarnos, y esto es así, desde luego. Al contrario, repito, le hubiéramos destrozado el cráneo definitivamente y no nos habríamos entretenido con él cinco minutos. La piedad y los buenos sentimientos afloraron precisamente porque la conciencia hasta aquel momento estaba pura. He aquí, pues, psicología, pero distinta. Señores jurados, adrede he recurrido yo mismo ahora a la psicología para poner claramente de relieve que de la psicología cabe inferir lo que se quiera. Toda la cuestión está en qué manos se encuentra. La psicología incita a la novela incluso a las personas más serias, y ello independientemente por completo de la voluntad. Me refiero a los excesos de la psicología, señores jurados, a ciertos abusos que de ella se hacen.»

En este momento volvieron a oírse risitas de aprobación entre el público, siempre dirigidas al fiscal. No reproduciré en detalle todo el discurso del abogado defensor; citaré tan sólo algunos de sus pasajes, algunos de sus puntos principales.

11. No había dinero. No ha habido robo

Hubo un punto en el discurso del abogado defensor que sorprendió a todos los presentes, y fue el de la negación rotunda de que hubieran existido aquellos tres mil rublos fatales y, por ende, la posibilidad de que los robaran.

«Señores jurados –prosiguió el defensor–, en la presente causa se da una particularidad impresionante para todo individuo que se enfrenta con ella por primera vez sin prevención alguna, y es ésta: la acusación de robo y, al mismo tiempo, la imposibilidad absoluta de señalar materialmente lo que ha sido robado. Se ha robado dinero, según se afirma tres mil rublos, pero nadie sabe si esos tres mil rublos han existido en realidad. Reflexionen: en primer lugar, ¿cómo nos hemos enterado de que había tres mil rublos y quién los ha visto? Únicamente el criado Smerdiakov, el cual ha indicado que se encontraban en el sobre con unas palabras escritas. También fue él quien dio esta información, antes ya de la catástrofe, al acusado y a su hermano Iván Fiódorovich. La noticia se comunicó asimismo a la señora Svetlova. Ahora bien, ninguna de estas tres personas ha visto con sus propios ojos ese dinero, nos encontramos que lo ha visto sólo Smerdiakov; pero se plantea por sí misma una cuestión: si es verdad que ese dinero existía y que Smerdiakov lo vio, ¿cuándo lo vio por última vez? ¿Y si el señor hubiese retirado el dinero de la cama y lo hubiese guardado otra vez en el cofrecito sin comunicarlo al criado? Observen que, según las declaraciones de Smerdiakov, el dinero se encontra-

ba debajo de la cama, debajo del colchón; el acusado debía sacarlo de ese lugar, mas resulta que la cama no estaba revuelta en lo más mínimo, y así se consigna cuidadosamente en el sumario. ¿Cómo pudo el acusado no revolver en absoluto la cama y, encima, no manchar con las manos ensangrentadas las limpísimas sábanas de tela fina puestas adrede para aquella noche? Se nos objetará: ¿y el sobre del suelo? De ese sobre vale la pena hablar. No hace mucho me he quedado hasta un poco sorprendido: el eminente señor fiscal, al referirse a dicho sobre, ha manifestado él mismo –¿lo oyen, señores?, él mismo– en aquel lugar de su discurso en que califica de absurda la hipótesis de que el asesino fuera Smerdiakov: "De no haber existido ese sobre, de no haber quedado en el suelo como prueba, si el ladrón se lo hubiese llevado consigo, nadie en el mundo se habría enterado de su existencia ni del dinero que contenía ni, por tanto, de que el acusado había robado". Así, pues, este pedazo de papel roto con unas líneas escritas, según reconoce hasta el propio acusador, constituye la única base de la acusación de robo imputada a mi cliente; "de otro modo –afirma– nadie se habría enterado de que ha habido robo ni, quizá, de que había dinero". ¿Es posible, empero, que el simple hecho de que este pedazo de papel estuviera tirado en el suelo se tome como demostración de que había dinero y de que éste fue robado? "Pero –responden– Smerdiakov lo vio en el sobre"; mas ¿cuándo lo vio por última vez, cuándo, pregunto yo? Yo hablé con Smerdiakov, me dijo que había visto el dinero ¡dos días antes de la catástrofe! ¿Por qué no puedo suponer, por ejemplo, aunque sólo sea la circunstancia de que el viejo Fiódor Pávlovich, encerrado en su casa, esperando con histérica impaciencia a su amada, tuviera la ocurrencia de sacar el sobre y abrirlo diciéndose: "Para qué quiero el sobre, a lo mejor ella no cree que haya lo que le digo; pero si le muestro los treinta billetes de cien en un fajo, harán más efecto, se le hará agua la boca"; así que desgarra el sobre,

saca los billetes y lo tira al suelo con la firme mano del dueño, sin temor, claro está, de que pueda ser un cargo contra él. Señores jurados, ¿puede haber algo más verosímil que esta hipótesis y este hecho? ¿Por qué no ha de ser posible? Mas, si ha podido ocurrir algo aunque sólo sea análogo a lo que acabo de exponer, toda la acusación de robo se derrumba por su base: no había dinero, por tanto no ha habido robo. Si se dice que el sobre tirado al suelo es una prueba de que contenía dinero, ¿no he de poder afirmar lo contrario, a saber, que estaba tirado en el suelo precisamente porque ya no lo contenía y que el propio dueño lo había sacado antes? "Sí, pero ¿a dónde ha ido a parar el dinero, si admitimos que el propio Fiódor Pávlovich lo sacó del sobre, teniendo en cuenta que no se ha encontrado al registrar la casa?" A esta pregunta responderé, en primer lugar, que parte del dinero se halló en el cofrecito; en segundo lugar, que Fiódor Pávlovich pudo haberlo sacado por la mañana e incluso la víspera para disponer de él de otro modo, para entregarlo a alguien, para mandarlo a alguna parte, o, en fin, pudo haber cambiado de idea, pudo haber modificado radicalmente su plan de acción sin considerar necesario en lo más mínimo informar previamente de ello a Smerdiakov. Ahora bien, si existe aunque sólo sea la posibilidad de formular tal hipótesis, ¿cómo es posible acusar con tanta insistencia y firmeza al reo de haber cometido el crimen para robar, y sostener que ha habido realmente robo? De este modo entramos en el campo de la ficción. Si se afirma que una cosa ha sido robada, es necesario mostrarla, o por lo menos demostrar de manera irrefutable que la cosa ha existido. Pero en nuestro caso ni siquiera la ha visto nadie. Sucedió recientemente en Petersburgo que un joven, casi un muchacho, de unos dieciocho años, pequeño vendedor ambulante, entró en pleno día en la tienda de un cambista con un hacha en la mano, mató al dueño de la tienda con una audacia insólita y se llevó mil quinientos rublos. Unas cin-

co horas más tarde, fue detenido; se le encontraron encima los mil quinientos rublos, excepción hecha de quince que ya había tenido tiempo de gastar. Además, el empleado de la víctima, que volvió a la tienda después de cometido el asesinato, dio cuenta a la policía no sólo de la suma robada, sino del dinero de que estaba compuesta, o sea, de cuántos billetes había de cien rublos y de otros valores, cuántas monedas de oro y de qué importe; pues bien, al criminal detenido le encontraron precisamente tales billetes y monedas. A todo ello siguió el reconocimiento cabal y sincero que hizo el asesino de haber cometido el crimen y haberse llevado aquel dinero. ¡A eso sí lo llamo yo una prueba, señores jurados! En este caso sé realmente que el dinero existe, lo veo, lo toco, no puedo decir que no había. ¿Ocurre lo mismo en la actual causa? Sin embargo, el problema es de vida o muerte, está en juego el destino de un hombre. "Bien –objetarán–, pero el hecho es que el acusado aquella misma noche estuvo de juerga, tiró el dinero a manos llenas y se le encontraron mil quinientos rublos, ¿de dónde los había sacado?" Mas el hecho de que se le hayan descubierto en total mil quinientos rublos y de que no haya habido modo de encontrar ni descubrir la otra mitad de la suma, es una prueba de que el dinero podía no ser aquél, podía no haber estado nunca en ningún sobre. Por comprobación del tiempo (efectuada rigurosísimamente), se ha establecido y demostrado durante la instrucción previa que el acusado no pasó por su casa después de haber salido corriendo de la de las dos criadas para ir a la del funcionario Perjotin, ni fue a ningún otro sitio; después, estuvo siempre en compañía de otras personas, de modo que de los tres mil rublos no pudo separar mil quinientos ni esconderlos en ninguna parte de la ciudad. Son precisamente estas consideraciones las que han llevado al acusador a suponer que el dinero fue escondido en algún lugar, en alguna grieta, del pueblo de Mókroie. ¿No será, por ventura, en los sótanos del castillo de

Udolfo[1], señores? ¿No es fantástico, no es cosa de novela esa conjetura? Y observen que basta destruir esa única suposición, es decir, la de que el dinero se escondió en Mókroie, para que vuele por los aires toda la acusación de robo, pues en caso contrario, ¿adónde han ido a parar los mil quinientos rublos? ¿Por qué prodigio han podido desaparecer si está demostrado que el acusado no fue a ninguna parte? ¡Y con ficciones de este tipo estamos dispuestos a echar a perder una vida humana! Objetarán: "De todos modos, el acusado no ha sabido explicar de dónde había sacado los mil quinientos rublos que se le han encontrado; además, todo el mundo sabía que hasta aquella noche no tuvo dinero". ¿Quién lo sabía? Por otra parte, el acusado ha hecho una declaración clara y firme acerca de la procedencia del dinero, y si ustedes quieren, señores jurados, si ustedes quieren, nunca ha habido ni puede haber nada más verosímil que tal declaración ni más en consonancia con el carácter y el alma del acusado. El señor fiscal se ha entusiasmado con su propia ficción: un hombre débil de voluntad, afirma, capaz de aceptar tres mil rublos que le ofrece tan vergonzosamente su prometida, no puede separar la mitad de dicha suma y coserla en una bolsita; al contrario, aun en el caso de que lo hubiese hecho, la habría descosido día sí día no para ir sacando los billetes de cien y en un mes los habría fundido todos. Recuerden que todo eso ha sido expuesto en un tono que no admite objeción alguna. ¿Y si las cosas no hubiesen transcurrido de ningún modo conforme a la ficción creada por usted, con un personaje completamente distinto? ¡Éste es el problema, usted ha creado otro personaje! Objetarán, sin duda: "Hay testigos de que despilfarró en el pueblo de Mókroie los tres mil rublos tomados de la señora Verjóvtseva un mes antes de la catástrofe, malgastándolos todos de gol-

1. Alusión a la novela de aventuras *Los misterios de Udolfo* (1794), muy famosa en su época.

pe, hasta el último kópek, y que, por consiguiente, no pudo separar de ellos la mitad". ¿Pero quiénes son esos testigos? El grado de confianza que merecen ya ha sido puesto de relieve ante el tribunal. Además, en mano ajena la tajada siempre nos parece mayor. Finalmente, ninguno de esos testigos contó el dinero, todos han juzgado sólo a ojo. ¿No ha declarado el testigo Maxímov que el acusado tenía en sus manos veinte mil rublos? Bueno, señores jurados, como que la psicología es un arma de dos filos, permítanme también en este caso aplicar el otro filo y veamos lo que resulta.

»Un mes antes de la catástrofe, la señora Verjóvtseva confió al acusado tres mil rublos para que los mandara por correo, pero surge un problema: ¿es justo afirmar que los entregó de manera tan deshonrosa y humillante como se ha proclamado aquí? En la primera declaración hecha sobre este particular por la señora Verjóvtseva, lo que se decía era distinto, completamente distinto; en cuanto a la segunda declaración, no hemos oído más que gritos de cólera y de venganza, gritos de un odio largo tiempo contenido. Pero el simple hecho de que la testigo no haya dicho la verdad en su primera declaración nos da derecho a suponer que también la segunda declaración puede ser falsa. El acusador "no quiere" tocar esta ficción, "no se atreve" a hacerlo (son sus palabras). Bien, tampoco yo lo haré; no obstante, me permitiré indicar que si una persona pura y de acrisolada virtud como es, sin duda alguna, la honorable señora Verjóvtseva, si una persona como ella, digo, se decide de pronto a modificar su primera declaración ante el tribunal con el propósito manifiesto de hundir al acusado, resulta también notable que no lo ha hecho libre de pasiones, fríamente. ¿Se nos negará el derecho de sacar en consecuencia que una mujer arrastrada por su espíritu de venganza puede exagerar en muchas cosas? Sí, puede exagerar, precisamente, la vergüenza y el deshonor con que ofreció el dinero. Por mi parte, yo afirmo, por el contrario, que el dinero se ofreció de tal modo

que aun podía ser admitido, especialmente por parte de un hombre tan veleidoso como nuestro acusado. Importa tener en cuenta que él pensaba entonces recibir pronto de su padre los tres mil rublos que, a su juicio, se le debían para liquidar la cuenta de la herencia. Ello era una ligereza, pero él debía a esa ligereza el convencimiento de que su padre le daría dicha cantidad, el convencimiento de que la recibiría y de que, por consiguiente, en todo momento podría enviar por correo el dinero que le había confiado la señora Verjóvtseva y liquidar, así, la deuda. Mas la acusación por nada del mundo quiere admitir que el reo pudiera separar aquel mismo día la mitad de la suma recibida y la cosiera en una bolsita: "No es éste su carácter –dice–, no pudo experimentar tales sentimientos". Pero usted mismo ha proclamado que Karamázov es hombre de vasta naturaleza, usted mismo ha hablado de los dos abismos opuestos que Karamázov puede contemplar a la vez. Karamázov es, precisamente, una naturaleza de dos facetas, de dos abismos; en el momento más desenfrenado de una orgía, puede detenerse si algo le impresiona por la parte opuesta. Esa otra parte era el amor, precisamente el nuevo amor que se había inflamado entonces como la pólvora, mas para aquel amor se necesitaba dinero, el dinero era más necesario que nunca; ¡oh!, era mucho más necesario que para divertirse con la misma mujer amada. Que le diga ella: "Soy tuya, no quiero a Fiódor Pávlovich", y él la tomará, se la llevará lejos si tiene en qué llevarla. Esto, desde luego, es más importante que divertirse. ¿No iba a comprenderlo Karamázov? Y esto era precisamente lo que le ponía enfermo, esa preocupación; ¿qué tiene, pues, de inverosímil el que separara aquel dinero y lo escondiera por lo que pudiera suceder? He aquí, sin embargo, que el tiempo pasa, Fiódor Pávlovich no entrega los tres mil rublos al acusado; al contrario, éste oye decir que aquel dinero se destina nada menos que a atraer a su enamorada. "Si Fiódor Pávlovich no me devuelve este dinero, piensa, quedaré como un ladrón ante Katerina

Ivánovna." Entonces germina en él la idea de tomar esos mil quinientos rublos que sigue llevando en la bolsita, devolverlos a la señora Verjóvtseva y decirle: "Soy un canalla, pero no un ladrón". Ya tenía, pues, un doble motivo para conservar los mil quinientos rublos como las niñas de los ojos, para no descoser de ningún modo la bolsita y sacar los billetes uno tras otro. ¿Por qué niega al acusado el sentido del honor? El acusado posee este sentido, admitamos que mal comprendido, admitamos que, con frecuencia, se trata de un sentido erróneo del honor, pero él lo posee, lo posee hasta la exaltación, y lo ha demostrado. El caso es, no obstante, que la cuestión se complica, los tormentos de los celos alcanzan un grado extremo, y los dos problemas, siempre los mismos, los dos viejos problemas van penetrando más y más dolorosamente en el inflamado cerebro del acusado: "Devolveré el dinero a Katerina Ivánovna, pero ¿con qué recursos me llevaré a Grúshenka?". Si no hizo más que locuras durante todo aquel mes, si se emborrachaba y escandalizaba por las tabernas, quizás era debido a que le consumía la amargura y no podía soportarla. Esos dos problemas llegaron a agudizarse hasta tal punto que, al fin, le sumieron en la desesperación. Mandó a su hermano menor a pedir por última vez aquellos tres mil rublos a su padre, mas sin esperar la respuesta irrumpió en la casa y acabó pegando al viejo ante testigos. Después, ya no había esperanza de recibir el dinero, el padre apaleado no iba a dárselo. Aquel mismo día al anochecer se da golpes en el pecho, concretamente en la parte alta del pecho, donde tenía la bolsita, y jura a su hermano que dispone de un recurso para no ser un canalla, pero que a pesar de todo quedará canalla, pues prevé que no utilizará dicho recurso, le falta fuerza anímica, le falta carácter. ¿Por qué, pregunto yo, por qué la acusación no cree en la declaración de Alexéi Karamázov, hecha con tanta pureza, con tanta sinceridad, tan espontánea y verosímil? ¿Por qué, en cambio, quiere obligarme a creer en un dinero oculto en algún es-

condrijo, en los sótanos del castillo de Udolfo? Aquella misma tarde, después de la conversación con su hermano, el acusado escribe la carta fatal, esa carta que constituye el indicio más importante, el más abrumador de la acusación de robo. "Pediré dinero a todo el mundo, y si no me lo dan, mataré a mi padre y se lo tomaré de debajo del colchón; lo tiene en un sobre atado con una cintita rosa, lo único que hace falta es que Iván se vaya"; aquí tenemos un programa completo de asesinato, se nos dice, ¿cómo no va a ser él el criminal? "¡Se cumplió como estaba escrito!", exclama la acusación. Mas, en primer lugar; la carta fue escrita en estado de embriaguez y de espantosa irritación; en segundo lugar, él habla del sobre basándose únicamente en las palabras de Smerdiakov, pues no lo ha visto por sí mismo; y en tercer lugar, lo escrito escrito está, cierto, pero ¿cómo puede demostrarse que el crimen se cometió según el contenido de la carta? ¿Sacó el acusado el sobre de debajo la almohada, encontró el dinero, existía en verdad ese dinero? ¡Como si fuera por dinero por lo que el acusado se precipitó hacia la casa de su padre, recuérdenlo, recuérdenlo! Corrió como un loco no para robar, sino únicamente para saber dónde estaba aquella mujer que le tenía sorbido el seso; no fue, por tanto, ateniéndose a un programa, poniendo en práctica lo escrito, o sea, no fue corriendo para cometer un robo premeditado, sino que se precipitó a la casa de su padre repentina, casualmente, en un acceso de furiosos celos. "Bien, se objetará, pero el hecho es que después de precipitarse a la casa de su padre y de haber cometido el asesinato, robó el dinero." Pero, en fin, ¿mató él, acaso, o no? La acusación de robo la rechazo indignado: no se debe lanzar la acusación si no es posible señalar con exactitud cuál es la cosa robada, ¡eso es axiomático! Pero, ¿robó el acusado?, ¿mató sin cometer el robo? ¿Está ello demostrado? ¿No será también esto una ficción?

12. Tampoco ha habido asesinato

»Permítanme, señores jurados, está en juego la vida de un hombre y es necesario ser circunspecto. Todos hemos oído cómo la propia acusación declaraba haber vacilado hasta el último día, hasta hoy, hasta el día del juicio, en imputar al acusado intencionalidad plena y total en la ejecución del crimen; ha vacilado hasta conocer esa fatal carta "de borracho" presentada hoy al tribunal. "¡Se cumplió como está escrito!" Mas yo repito: el acusado fue corriendo en busca de su amada, fue por ella, con el exclusivo fin de saber dónde se hallaba. Éste es un hecho irrecusable. De haberla encontrado en su casa, el acusado no habría ido a ninguna otra parte, hubiera permanecido a su lado y no habría cumplido lo que prometía en la carta. Corrió a casa de su padre movido por un impulso casual e inesperado, y de su carta "de borracho" quizá ni se acordaba, entonces. "Agarró, se me dirá, la mano de almirez", y recuerden cómo de esta mano de almirez se ha sacado toda una psicología: por qué el acusado debía de verla como un arma, tomarla como arma, etc. Sobre este particular se me ocurre una idea muy simple: ¿qué habría pasado si la mano de almirez no hubiera estado a la vista, en la alacena de la que la cogió el acusado, sino en el armario? En este caso, el acusado ni la hubiera visto, se habría ido sin arma alguna, con las manos vacías, y entonces quizá no habría matado a nadie. ¿Cómo es posible, pues, basarse en la mano de almirez para demostrar que hubo deseos de armarse e intención premeditada? Bien, se replicará, pero el acusado había estado gritando por las tabernas que mataría a su padre, y dos días antes, la tarde en que escribió su carta de borracho, se quedó quietecito y en la taberna se peleó sólo con un dependiente de comercio "porque, se añade, Karamázov no podía no pelearse". A esto responderé que si el acusado hubiera tenido la intención de cometer un crimen semejante y, por añadidura, según un plan determinado, es-

crito, con toda seguridad no habría reñido ni con el dependiente, y es muy probable que ni siquiera hubiese ido a la taberna, pues el alma que medita un acto de tal naturaleza busca la soledad, quiere pasar inadvertida, procura desaparecer para que nadie vea ni oiga nada, como si dijera: "Olvidaos de mí, si podéis", y ello no sólo por cálculo, sino, además, por instinto. Señores jurados, la psicología es un arma de dos filos, y también nosotros sabemos manejarla. En cuanto a esos gritos proferidos por las tabernas durante ese mes, diremos que no es poco lo que gritan los niños o los borrachos cuando salen de las tabernas y disputan entre sí: "Te voy a matar", exclaman, pero eso no significa que lo hagan. Y esa carta fatal, ¿qué es sino una irritación de borracho, un grito del que sale de la taberna: "¡Os voy a matar, os mataré a todos!". ¿Por qué no ha de ser así, por qué no puede ser así? ¿Por qué esa carta ha de ser fatal; por qué, al contrario, no ha de ser ridícula? Pues precisamente porque se ha encontrado el cadáver del padre, porque un testigo vio al acusado en el huerto, armado y huyendo, y él mismo fue derribado por el fugitivo; en consecuencia, todo se ejecutó según estaba escrito y la carta no es ridícula, sino fatal. A Dios gracias, hemos llegado al punto clave: "Estaba en el huerto, por tanto él es quien ha matado". Con estas dos palabritas: *por tanto,* queda todo resuelto, se monta toda la acusación: "estaba, por tanto él es". ¿Y si no fuera *por tanto,* aunque él haya estado en el huerto? Oh, acepto que el conjunto de los hechos y la coincidencia de hechos son, en verdad, bastante elocuentes. Sin embargo, examinen todos esos hechos por separado sin dejarse impresionar por su conjunto: ¿por qué, por ejemplo, la acusación por nada del mundo quiere admitir como verdadera la declaración del acusado de que huyó corriendo de la ventana de su padre? Recuerden hasta el tono sarcástico con que se ha expresado la acusación acerca del respeto y de los sentimientos "piadosos" que invadieron de pronto al asesino. ¿Y si en realidad se hubiera producido algo análogo, de

modo que el acusado hubiera experimentado sentimientos de piedad, si no de respeto? "Mi madre debió de rezar por mí en aquel instante", declara el acusado durante la instrucción, y he aquí que huyó no bien se hubo convencido de que en la casa de su padre no estaba Svetlova. "No pudo llegar a esta convicción mirando por la ventana", nos objeta el señor fiscal. ¿Por qué no? El hecho es que la ventana se abrió en respuesta a las señales hechas por el acusado. En aquel momento, Fiódor Pávlovich pudo haber pronunciado una palabra o pudo haber dejado escapar algún grito que convencieran al acusado de que allí no estaba Svetlova. ¿Por qué se han de admitir forzosamente las cosas tal como la acusación las imagina, tal como se ha propuesto imaginarlas? En la realidad pueden darse mil facetas que escapan a la observación del novelista más sutil. "Bien, se insistirá, pero Grigori vio la puerta abierta, por consiguiente el acusado penetró sin duda alguna en la casa y, por tanto, mató." Respecto a esa puerta, señores jurados... Verán: de que esa puerta estaba abierta, no tenemos más que un solo testimonio, el de una persona que en aquel momento se encontraba en tal estado que... Pero admitámoslo, admitamos que la puerta estaba abierta, admitamos que el acusado se ha cerrado en banda, que ha negado, movido por un sentimiento de autodefensa, tan comprensible en su situación, admitamos que penetró en la casa, que estuvo en ella; pues bien, ¿por qué forzosamente el hecho de estar implica el de matar? Pudo haber irrumpido en la casa, haber recorrido las habitaciones, pudo haber dado un empujón a su padre, pudo, incluso, haberle pegado; pero convencido de que Svetlova no estaba allí, huyó contento de que ella no estuviera y de huir sin haber matado a su padre. Es posible que si un minuto después saltó de la valla para acercarse a Grigori, a quien acababa de derribar con un golpe dado en un arranque de cólera, si saltó fue por hallarse en condiciones de experimentar un sentimiento puro, un sentimiento de compasión y pena, pues había hui-

do de la tentación de matar, sentía puro el corazón en el pecho y alegría por no haber asesinado a su padre. El acusador nos ha descrito con una elocuencia estremecedora el espantoso estado de ánimo del acusado en el pueblo de Mókroie, cuando de nuevo el amor se abre ante él llamándole a una nueva vida y cuando él ya no podía amar porque había dejado a su espalda el cadáver ensangrentado de su padre y, tras el cadáver, el patíbulo. No obstante, el acusador ha admitido que se manifestó en el acusado el sentimiento amoroso y lo ha explicado echando mano de la psicología: "Se encuentra ebrio, nos ha dicho, es como el criminal a quien conducen al suplicio, aún ha de esperar largo rato, etc.". Pero yo pregunto otra vez, ¿no ha creado usted un nuevo personaje, señor fiscal? ¿Es realmente tan tosco y desalmado, el reo, que en aquel momento habría podido pensar en el amor y en la manera de despistar a la justicia, si en verdad hubiera derramado la sangre de su padre? ¡No, no y no! No bien se descubrió que ella le amaba, que ella le llamaba consigo y le prometía nueva felicidad, oh, lo juro, él debería de haber experimentado una doble y triple necesidad de matarse, y se habría suicidado sin duda alguna de haber tenido sobre la conciencia el cadáver de su padre. ¡Oh, no, no habría olvidado dónde tenía las pistolas! Yo conozco al acusado: la insensibilidad feroz, mineral, que la acusación le atribuye es incompatible con su carácter. Él se habría suicidado, no hay duda; no se mató precisamente porque "su madre rogó por él" y su corazón era inocente del asesinato de su padre. Aquella noche, en Mókroie, se atormentaba, se acongojaba sólo por haber golpeado al viejo Grigori y rezaba en su alma a Dios para que el viejo se levantara y volviera en sí, para que el golpe no fuese mortal y él no se viera, así, condenado. ¿Por qué no aceptar esta interpretación de los acontecimientos? ¿Qué prueba decisiva tenemos de que el acusado miente? El cadáver del padre, se nos objetará en seguida otra vez: si el acusado huyó sin haber matado, ¿quién asesinó, pues, al padre?

»A esto se reduce, repito, toda la lógica de la acusación: ¿quién ha matado, pues, sino él? No queda nadie, se afirma, para poner en su lugar. ¿Es esto cierto, señores jurados? ¿En verdad, en realidad, no tenemos a nadie más? La acusación ha contado uno a uno a todos cuantos estaban o estuvieron aquella noche en la casa. Han resultado cinco. Tres de ellos quedan fuera de toda duda, lo admito; son: la víctima, el viejo Grigori y su mujer. Quedan, por tanto, el acusado y Smerdiakov; pues bien, el acusador proclama con todo énfasis que si el reo denuncia a Smerdiakov es únicamente porque no queda nadie más a quien poder acusar, y que si hubiera una sexta persona, incluso el espectro de una sexta persona, el acusado dejaría inmediatamente de denunciar a Smerdiakov, avergonzándose de haberlo hecho, y señalaría a ese sexto individuo. Pero, señores jurados, ¿por qué no he de llegar yo a una conclusión totalmente opuesta? Quedan dos personas: el acusado y Smerdiakov, ¿por qué no he de decir yo que ustedes acusan a mi cliente por la exclusiva razón de que no tienen a quién acusar? Y no tienen a nadie únicamente porque han excluido de antemano y por una actitud preconcebida a Smerdiakov de toda sospecha. Cierto, contra Smerdiakov declaran sólo el propio acusado, sus dos hermanos y Svetlova, nadie más. La verdad es, empero, que existe algo más que induce a la sospecha: es la efervescencia, bien que poco clara, de cierto interrogante, de cierta sospecha en la sociedad local; se percibe cierto rumor confuso, se nota que existe cierta expectación. Finalmente, es un testimonio contra él, además, una confrontación de los hechos muy característica, aunque reconozco que es imprecisa: en primer lugar, el ataque de epilepsia el mismo día de la catástrofe, ataque que el señor fiscal, no se sabe por qué motivo, se ha visto obligado a justificar y defender con tanto celo. Luego, ese repentino suicidio de Smerdiakov la víspera del juicio. Después, la declaración no menos repentina del hermano mayor del acusado, hecha hoy mismo ante el tribunal; hasta

ahora Iván Karamázov había creído en la culpabilidad del reo, y de súbito ¡trae el dinero y proclama otra vez a Smerdiakov como asesino! Oh, estoy totalmente convencido, como el tribunal y la acusación, de que Iván Karamázov está enfermo y sufre un ataque de fiebre nerviosa, estoy convencido de que esa declaración puede haber sido una tentativa desesperada, concebida además en pleno delirio, para salvar al hermano cargando la culpa al muerto. Sin embargo, ha sido pronunciado el nombre de Smerdiakov, otra vez parece oírse algo enigmático. Diríase, señores jurados, que queda alguna cosa sin decir, sin terminar. Y es posible que aún se diga. Pero dejemos de momento este punto, volveremos a él más adelante. El tribunal ha decidido hace unos instantes proseguir los debates, mas, por de pronto, mientras esperamos, alguna observación podría yo hacer, por ejemplo, relativa a la característica del difunto Smerdiakov, esbozada con tanta sutileza y con tanto talento por el acusador. Sin embargo, aun admirando ese talento, no puedo estar de acuerdo con la esencia de la característica. Yo estuve en casa de Smerdiakov, le vi y hablé con él; la impresión que a mí me produjo es totalmente distinta. Era débil de salud, cierto, mas por su carácter, por su corazón, oh, no, no era ni mucho menos un hombre tan débil como la acusación nos ha presentado. Sobre todo no encontré en él timidez, esa timidez que el señor fiscal nos ha descrito de manera tan característica. Ingenuidad no había en él en absoluto; al contrario, observé una desconfianza terrible, escondida bajo una apariencia de candidez, y una mente capaz de darse cuenta de muchas cosas ¡Oh!, la acusación le tomó demasiado ingenuamente por un débil mental. A mí me produjo una impresión bien definida: salí convencido de que era un ser intrínsecamente malo, de una ambición desmesurada, vengativo y abrasado por la envidia. He recogido algunos informes: Smerdiakov odiaba su procedencia, se avergonzaba de ella y con rechinar de dientes recordaba que "descendía de Smerdiáschaia", es

decir, de la "hedionda". Era irrespetuoso con el criado Grigori y su mujer, que le cuidaron de niño. Se burlaba de Rusia y la maldecía. Soñaba con ir a Francia y hacerse francés. Ya antes había hablado mucho, y con frecuencia, de que para ello le faltaban recursos. Me parece que no amaba a nadie, excepto a sí mismo, pero de sí tenía una opinión sorprendente por lo elevada. Veía la cultura en llevar un buen traje, las pecheras de las camisas limpias y las botas relucientes. Considerándose (también hay hechos que lo prueban) hijo natural de Fiódor Pávlovich, podía odiar su situación comparándola con la de los hijos legítimos de su señor: éstos, se diría, lo tienen todo, él nada; para ellos todos los derechos, para ellos la herencia, mientras que él era sólo el cocinero. Me confió que él mismo, junto con Fiódor Pávlovich, había puesto el dinero en el sobre. El fin a que dicha suma se destinaba –suma que habría podido asegurarle la carrera– le era, desde luego, odioso. Además, él veía por primera vez tres mil rublos, nada menos que en claros billetes irisados, de cien (se lo pregunté adrede). Oh, no muestren nunca a un hombre envidioso y lleno de amor propio una gran cantidad de dinero junto; y él veía por primera vez tal suma en una sola mano. La impresión del fajo de billetes irisados pudo reflejarse morbosamente en su imaginación, aunque de momento sin consecuencias. El eminente señor fiscal nos ha presentado con una sutileza extraordinaria todos los *pros y* los *contras* de la hipótesis relativa a la posibilidad de acusar a Smerdiakov de asesinato y ha insistido de manera especial en la siguiente pregunta: "¿para qué iba a simular Smerdiakov un ataque de epilepsia?". Bien, pero es posible que no lo simulara, el ataque pudo sobrevenirle de manera natural, pudo sobrevenirle de manera totalmente natural y, no obstante, es posible que el enfermo volviera en sí. Aún sin recobrarse del todo, cabe que volviera en sí y despertara, como suele suceder con su enfermedad. La acusación pregunta: "¿dónde está el momento en que Smerdiakov cometió el crimen?". Es muy

fácil señalarlo. Smerdiakov pudo despertar y salir de su profundo sueño (pues solamente estaba dormido: después de los ataques de epilepsia, siempre sigue un sueño profundo), precisamente en el instante en que el viejo Grigori, al agarrar del pie al acusado en la valla, vociferó: "¡Parricida!". Ese grito insólito, en medio del silencio y de las tinieblas, pudo despertar a Smerdiakov, cuyo sueño en aquel momento podía no ser ya muy fuerte: como es natural, podía haber empezado a despertarse ya una hora antes. Levantado de la cama, se dirige casi inconscientemente y sin propósito alguno hacia el lugar donde había resonado el grito para ver qué pasaba. Tiene confusa la cabeza, la imaginación todavía duerme, pero él ya se encuentra en el huerto, se acerca a las ventanas iluminadas y oye del señor –que se alegra, naturalmente, de verle– una horrible noticia. La imaginación se inflama en seguida en la cabeza de Smerdiakov, a quien el señor, asustado, le cuenta todos los detalles. Y he aquí que, poco a poco, en su cerebro alterado y enfermo germina una idea, una idea terrible, pero seductora y de una lógica irrefutable: matar, apoderarse de los tres mil rublos y luego echar toda la culpa al señorito. ¿De quién van a sospechar ahora, sino del señorito; a quién pueden acusar, sino al señorito, con las pruebas de que ha estado aquí? Una sed espantosa de dinero, de botín, pudo apoderarse de su espíritu junto con la consideración de la impunidad. ¡Oh, esos impulsos repentinos e irresistibles se presentan tan a menudo en una ocasión oportuna y, sobre todo, se presentan repentinamente a asesinos que un minuto antes ni sospechan que desean matar! Smerdiakov pudo haber entrado en el aposento del señor y ejecutar su plan. ¿Con qué arma? Pues con la primera piedra que hubiese encontrado en el huerto. Mas, ¿para qué?, preguntarán, ¿con qué fin? ¿Y los tres mil rublos? ¡Podían significar su carrera! ¡Oh, no me contradigo! El dinero podía existir. Y hasta es posible que Smerdiakov fuera el único en saber dónde encontrarlo, dónde precisamente lo tenía guar-

dado el señor. "Bien, pero ¿y la envoltura del dinero, el sobre tirado al suelo?", se objetará. No hace mucho, cuando el acusador, al referirse a dicho sobre, ha expuesto sus consideraciones tan sutiles acerca de que sólo podía haberlo dejado en el suelo un ladrón inexperimentado como Karamázov, y de ningún modo Smerdiakov, quien por nada del mundo habría dejado tras sí una prueba semejante, al oírlo, señores jurados, he notado de pronto que estaba oyendo algo que me era muy conocido. Y figúrense, esa misma consideración, esta conjetura acerca de cómo podía proceder Karamázov con el sobre, la había oído yo hace exactamente dos días del propio Smerdiakov. Es más, cuando me lo dijo, me sorprendí: tuve la impresión de que su aparente candidez era falsa, de que se adelantaba y de que me dictaba a mí tal idea de modo que yo mismo la infiriese, como si me la sugiriera. ¿No habrá apuntado la misma idea al juez de instrucción? ¿No la habrá inspirado asimismo al eminente representante de la acusación pública? Dirán: "¿y la vieja, la mujer de Grigori?". Ella oyó gemir a su lado al enfermo toda la noche. Sea, le oyó, pero este argumento es en extremo quebradizo. He conocido a una dama que se quejaba amargamente de no haber podido dormir en toda la noche porque un cuzco había estado ladrando en el patio. No obstante, según se supo luego, el pobre perrito en toda la noche no había soltado más que dos o tres ladridos. Y es natural: un hombre duerme y de súbito oye un gemido, se despierta disgustado, pero vuelve a quedarse dormido al instante. Unas dos horas después se oye otro gemido, otra vez el hombre se despierta y vuelve a dormirse, y lo mismo sucede dos horas más tarde, en total unas tres veces en toda la noche. Por la mañana, tal persona se levanta y se queja de que alguien se ha pasado la noche gimiendo y de que le ha despertado sin cesar. Pero no puede tener otra impresión; los intervalos de sueño, de dos horas cada uno, los ha pasado durmiendo y no los recuerda; se acuerda sólo de los minutos que ha permanecido despierto,

de ahí que le parezca que le han tenido en vela toda la noche. Mas, ¿por qué, exclama la acusación, por qué Smerdiakov no ha confesado en la nota que escribió antes de suicidarse? ¿Habría tenido bastante conciencia para una cosa y para otra no? Permítanme: la conciencia es ya arrepentimiento, pero es posible que el suicida no experimente arrepentimiento, sino desesperación. Desesperación y arrepentimiento son dos cosas completamente distintas. La desesperación puede ser maligna y encarnizada, y el suicida, al alzar la mano contra sí mismo, puede sentir un odio redoblado contra aquellos a quienes ha estado odiando durante toda su vida. ¡Señores jurados, guárdense de cometer un error judicial! ¿Hay algo de inverosímil en todo cuanto acabo de presentarles y someter a su consideración? ¿Encuentran en mi exposición un error, algo imposible, absurdo? Ahora bien, si hay aunque sólo sea una sombra de posibilidad, una sombra de verosimilitud en mis suposiciones, absténganse de condenar. ¿Y acaso se trata únicamente de una sombra? Lo juro por cuanto hay de sagrado: yo creo por completo en mi interpretación del asesinato, tal como acabo de explicar. Pero lo que a mí más me turba y exaspera es, sobre todo, sobre todo, esa idea de que en el conjunto de hechos acumulados por la acusación contra el acusado no existe uno solo que sea en lo más mínimo preciso e irrefutable, y la de que el desdichado pueda perecer única y exclusivamente por el conjunto de tales cargos. Cierto, ese conjunto es terrible; la sangre, esa sangre que resbala por los dedos, la ropa manchada de sangre, la noche oscura en que resuena el grito estridente de "¡parricida!" y el hombre que lo ha proferido cayendo al suelo con la cabeza abierta; y luego toda esa masa de frases, de declaraciones, de gestos, de gritos, ¡oh, todo eso influye tanto!, puede ganarse una convicción, ¿pero puede ganarse, señores jurados, la convicción de ustedes? Recuerden que se les ha conferido un poder ilimitado, el poder de atar y desatar. ¡Pero cuanto mayor es el poder, tanto más grave es la res-

ponsabilidad! Yo no renuncio ni a una sola coma de lo que acabo de manifestar, pero admitamos, sea, admitamos por un momento que estoy de acuerdo con la acusación de que mi desdichado cliente se ha manchado las manos con la sangre de su padre. Esto no es más que una suposición, repito que no dudo un sólo instante de su inocencia, mas no importa, admitiré que mi acusado es culpable de parricidio; no obstante, escuchen mis palabras incluso si doy por aceptada tal suposición. Siento deseos de decirles aún algo con toda sinceridad, pues presiento que también en su corazón y en su mente se está librando una gran lucha... Perdónenme, señores jurados, que invoque su corazón y su mente. Pero quiero ser veraz y sincero hasta el fin. ¡Seamos todos sinceros!...»

En este punto una ovación bastante fuerte interrumpió al abogado defensor. Éste había pronunciado, en efecto, sus últimas palabras con tal acento de sinceridad, que todo el mundo tuvo la impresión de que quizá tenía realmente algo por decir y de que ello era lo más importante. Mas el presidente, al oír los aplausos, amenazó con fuerte voz que mandaría «desalojar» la sala de la audiencia si se repetía «un caso semejante». Se hizo el silencio y Fetiukóvich prosiguió su discurso con una voz nueva, emotiva, completamente distinta de la que había empleado hasta entonces.

13. Un adulterador del pensamiento

«No es sólo el conjunto de los hechos lo que pierde a mi cliente, señores jurados –exclamó–, no; lo que en verdad le abruma no es más que un solo hecho: ¡el cadáver de su viejo padre! Si se tratara de un simple homicidio, ante la insignificancia, la falta de pruebas y el carácter fantástico de los hechos considerados cada uno de por sí y no en su conjunto, rechazarían la acusación o, por lo menos, vacilarían en que-

brar el destino de un hombre por una simple prevención contra él, desgraciadamente muy merecida. Pero no nos encontramos ante un simple homicidio, ¡sino ante un parricidio! Esto impresiona, y en tal grado que hasta el más insignificante de los cargos imputados y la falta de pruebas dejan de parecer tan insignificantes incluso para los espíritus menos prevenidos en contra del acusado. ¿Cómo absolver a un reo semejante? Sólo faltaría que fuese culpable y que su crimen quedara impune, esto es lo que cada uno siente en el fondo, casi a pesar suyo, instintivamente. ¡Sí, es algo terrible verter la sangre del padre, la sangre del hombre que nos ha dado el ser, que nos ha amado, la sangre de quien no ha regateado su vida para mí, que desde mi infancia ha sufrido por mis enfermedades, que ha padecido toda la vida por mi felicidad y que ha sido feliz sólo con mis alegrías y mis éxitos! ¡Oh, matar a un padre semejante no es posible ni pensarlo! Señores jurados, ¿qué es un padre, un verdadero padre, qué palabra es ésta tan grandiosa, qué idea tan extraordinariamente inmensa se halla contenida en dicho nombre? Acabamos de indicar, en parte, qué es y cómo debe ser un verdadero padre. En la presente causa que ahora tanto nos ocupa y que nos estremece el alma, en la presente causa, el padre, el difunto Fiódor Pávlovich Karamázov, no correspondía en lo más mínimo al ideal de padre que ha vibrado ahora en nuestro corazón. Es una desdicha. Sí, realmente, hay padres que son una desdicha. Examinemos, pues, esa desdicha de más cerca; nada hay que temer, señores jurados, dada la importancia de la decisión que se ha de tomar. Ahora menos que nunca hemos de temer y librarnos de una idea con un gesto de mano, como niños o mujeres asustadizas, según imagen del eminente magistrado de la acusación. Pero en su vehemente discurso, mi honorable adversario (adversario antes ya de que pronunciara yo mi primera palabra) ha exclamado varias veces: "No, no cederé a nadie la defensa del acusado, no la cederé al abogado defensor venido de Peters-

burgo, ¡soy el acusador, soy también defensor!". Varias veces lo ha proclamado y, sin embargo, ha olvidado recordar que si el terrible acusado estuvo durante veintitrés años tan agradecido sólo por una libra de avellanas recibidas del único hombre que tuvo para él una caricia en la casa paterna, no podía, por otra parte, dejar de recordar en el transcurso de los veintitrés años cómo había corrido en casa de su padre "en el patio trasero, descalzo y con los pantalones sostenidos por un botón", según se ha expresado el filantrópico doctor Herzenstube. ¡Oh, señores jurados, para qué vamos a examinar de más cerca esa "desdicha" y repetir lo que ya todos saben! ¿Qué encontró mi cliente al venir aquí a ver a su padre? ¿Y por qué, por qué presentar a mi cliente como un hombre sin sentimientos, egoísta y monstruoso? Es arrebatado, es salvaje y violento, ahora le estamos juzgando por esto, mas ¿quién es culpable de su destino, quién es culpable de que, teniendo buenas inclinaciones, un corazón sensible y noble, haya recibido una educación tan absurda? ¿Le cultivó alguien el entendimiento, fue instruido en las ciencias, le quiso alguien con un poco de afecto en su infancia? Mi cliente creció sin más protección que la de los dioses, o sea, como un animal salvaje. ¡Es posible que anhelara ver a su padre después de una separación de muchos años; quizá, recordando su infancia como a través de un sueño, apartó mil veces los repugnantes espectros que se le habían aparecido durmiendo cuando niño y deseaba con toda el alma justificar y abrazar a su padre! ¿Y qué sucedió? Le recibieron sólo con burlas sarcásticas, con recelos y argucias por un dinero en litigio; no oye más que conversaciones y máximas repugnantes sobre la vida corriente, las oye un día y otro día "ante la copa de coñac" y, por fin, ve que el padre procura arrebatarle a él, al hijo, con el propio dinero del hijo, a la mujer amada. ¡Oh, señores jurados, eso es repulsivo y cruel! Y por si fuera poco, el viejo se queja a todo el mundo de la falta de respeto y de la dureza de corazón del hijo, le cubre de lodo en

sociedad, le perjudica, le calumnia, ¡compra los pagarés que el hijo ha firmado para meterle en la cárcel! Señores jurados, esas almas, esas personas aparentemente crueles, violentas y sin freno como mi cliente, suelen ser –y eso es lo más común– de corazón tiernísimo, si bien no lo muestran. ¡No se rían de mi idea, no se rían! El señor fiscal, cuyo talento admiro, se ha burlado no hace mucho sin compasión de mi cliente hablando de su afición por Schiller, por lo "noble y elevado". ¡Yo no me habría burlado de esto en su lugar, en el lugar del acusador! Sí, esos corazones –oh, déjenme defender esos corazones, tan pocas veces y tan injustamente comprendidos–, esos corazones, con mucha frecuencia están sedientos de ternura, de belleza y de justicia, en cierto modo como contraste consigo mismos, con su dureza y su crueldad, lo anhelan inconscientemente, pero lo anhelan. Apasionados y crueles en apariencia, son capaces de amar por ejemplo a una mujer hasta la tortura, con un amor espiritual y elevado. Otra vez se lo ruego, no se rían de mí: ¡lo que digo es lo que con mayor frecuencia sucede a esas naturalezas! El mal está en que no pueden disimular su pasión, a veces muy grosera; esto es lo que asombra, esto es lo que se observa, pero la vida interior del hombre no se percibe. Todas sus pasiones, al contrario, se calman rápidamente, pero junto a un ser noble y excelso ese hombre que parece insensible y grosero busca una renovación, busca la posibilidad de corregirse, de mejorar, de hacerse elevado y honesto, "noble y elevado", ¡por burla que se haya hecho de estas palabras! He dicho antes que no me permitiría referirme al episodio de mi cliente con la señora Verjóvtseva. Sin embargo, media palabra puede decirse: lo que hemos oído aquí no hace mucho no ha sido una declaración, sino únicamente el grito de una mujer furiosa y vengativa, ¡y no es ella, oh, no es ella la persona que podía acusar de traición, porque ella misma ha traicionado! Si ella hubiera tenido tiempo para reflexionar un poco, no habría hecho tal declaración. ¡Oh, no la crean, no, mi cliente

no es un "monstruo", como le ha denominado ella! El Crucificado, que ama a los hombres, al encaminarse hacia su Cruz, dijo: "Yo soy el Buen Pastor, que da su vida por la de sus ovejas, y ni una se perderá..." [1]. ¡No perdamos tampoco nosotros un alma humana! Yo acabo de preguntar qué es un padre, y he exclamado que ésta es una gran palabra, un nombre precioso. Pero es necesario emplear esta palabra honestamente, señores jurados, y yo me permito llamar a las cosas con la palabra que les corresponden, con sus verdaderas palabras: un padre como el viejo Karamázov asesinado no puede ser llamado padre, no es digno de ello. El amor hacia el padre no justificado por este último es un absurdo, un imposible. No se puede crear amor de la nada, de la nada sólo Dios crea. "¡Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos!" [2], escribe el apóstol de corazón abrasado en amor. No cito ahora estas santas palabras pensando en mi cliente, las recuerdo para todos los padres. ¿Quién me ha conferido el poder de enseñar a los padres? Nadie. Pero en tanto que hombre y ciudadano, exhorto, *vivos voco!* [3] Nuestro paso por la tierra es breve, y aún cometemos muchos actos malos y decimos muchas malas palabras. Aprovechemos, pues, el momento propicio de nuestra comunicación conjunta para decirnos también unos a otros una buena palabra. Así lo hago yo: mientras me hallo en este lugar, aprovecho mi momento. No en vano esta tribuna nos ha sido concedida por una voluntad soberana [4]: lo que aquí se dice se oye en toda Rusia. No hablo sólo para los padres aquí presentes, a todos me dirijo

1. Cita libre del Evangelio de San Juan: X, 11.
2. San Pablo: Epístola a los efesios, VI, 4.
3. 'Llamo a los vivos.' (En latín en el original.)
4. Referencia al zar Alejandro II, que introdujo en los primeros años 60 del siglo XIX importantes reformas, entre las que destacan la abolición de la servidumbre de la gleba (1861) y la modernización del sistema judicial; fue entonces (1864) cuando se instauraron en Rusia los jurados populares.

al exclamar: "¡Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos!". Sí, comencemos por cumplir nosotros mismos los preceptos de Cristo, sólo entonces permitámonos pedir cuentas también a nuestros hijos. De otro modo, no somos padres, somos enemigos de nuestros hijos, ellos no son nuestros hijos, sino enemigos nuestros, ¡y los hemos hecho enemigos nosotros mismos! "Con la medida con que medís, os volverán a medir"[1]; esto no lo digo yo, lo prescribe el Evangelio: medid con la misma medida con que a vosotros os medirán. ¿Cómo culpar a los hijos si nos miden con nuestra propia medida? Recientemente, en Finlandia, una criada joven fue suspecta de haber dado a luz a un niño en secreto. La observaron y le encontraron un baúl del que nadie tenía noticia, en el desván de la casa, en un rincón tras unos ladrillos; se lo abrieron y sacaron el pequeño cadáver de una criaturita recién nacida y muerta por la propia joven. En el mismo baúl hallaron dos esqueletos de criaturitas dadas a luz ya anteriormente por la misma joven y matados asimismo por ella en el momento en que nacieron, y así lo confesó la criada. Señores jurados, ¿era madre de sus hijos aquella mujer? Ella los traía al mundo, sí, ¿pero era su madre? ¿Se atreverá alguien de nosotros a aplicarle el sacrosanto nombre de madre? Seamos audaces, señores jurados, seamos incluso temerarios, hasta estamos obligados a serlo en el momento presente y a no temer ciertas palabras e ideas, como temen oír nombrar el "metal" y el "azufre" las tenderas de Moscú. No, demostremos, al contrario, que el progreso de los últimos años ha influido también en nuestro desarrollo y digamos sin ambages: "El que procrea todavía no es padre; padre es el que procrea y merece serlo". Oh, desde luego, existe también otro significado, otra interpretación de la palabra padre; es la que exige que mi padre, aunque sea un monstruo, aunque sea un malvado para sus hijos, siga siendo mi padre única y exclusivamente por ha-

1. Mateo, VII, 2.

berme engendrado. Pero este significado es ya, digamos, místico, no lo comprendo mediante la inteligencia y sólo puedo admitirlo a través de la fe o, mejor dicho, como un *acto de fe,* de modo análogo a muchas otras cosas que no comprendo, pero que la religión me ordena creer a pesar de todo. Mas, en este caso, que quede todo ello al margen de la esfera de la vida real. En cambio, en el marco de la realidad de la vida, que no sólo comporta derechos, sino que impone, además, grandes obligaciones, dentro de dicho marco, si queremos ser humanos, si, en fin, queremos ser cristianos, estamos obligados a atenernos a convicciones sólo justificadas por la razón y la experiencia, pasadas por el crisol del análisis; en una palabra, debemos actuar como seres razonables y no como seres insensatos, como en sueños o en los momentos de delirio, para no causar daño al hombre, para no atormentar y no provocar la pérdida del hombre. Entonces nuestra obra será auténticamente cristiana, no sólo mística, sino razonable y ya inspirada en verdad por el amor al prójimo...»

En este lugar, fuertes aplausos se elevaron en muchos lugares de la sala, pero Fetiukóvich hizo un gesto con las manos para suplicar que no le interrumpieran y le dejaran terminar. En seguida se restableció el silencio. El orador prosiguió:

«¿Creen ustedes, señores jurados, que las cuestiones de este género no se plantean a nuestros hijos cuando, digamos, llegan a ser adolescentes, cuando empiezan ya a reflexionar? ¡Sí, se plantean, y no vamos a pedir de ellos una abstención imposible! La visión de un padre indigno, sobre todo en comparación con otros padres, dignos, de otros niños de la misma edad, hará surgir en el ánimo de un adolescente, aunque no quiera, dolorosos interrogantes. A tales interrogantes le contestan según una norma establecida: "Él te ha traído al mundo, tú eres sangre de su sangre y debes quererle". El joven se preguntará, a pesar suyo: "¿Acaso me quería cuando me engendró? –y seguirá preguntándose, cada vez más perplejo–: ¿Acaso fue por amor hacia mí, por lo que

me dio el ser? No me conocía en aquel momento, en aquel momento de pasión quizás enardecida por el vino, ni siquiera sabía cuál sería mi sexo, y no me ha legado más que su inclinación a la borrachera, éste es todo el bien que me ha hecho... ¿Y por qué he de amarle yo? ¿Sólo por haberme engendrado y por no haberme amado nunca, luego, en toda la vida?". Oh, es posible que estas preguntas parezcan a ustedes groseras, crueles, pero no pidan de la joven inteligencia que se abstenga de lo que no puede abstenerse: "Echad la naturaleza por la puerta, entrará por la ventana" [1], y, sobre todo, sobre todo, no temamos el "metal" ni el "azufre", resolvamos la cuestión tal como prescriben la razón y el sentido de lo humano y no las concepciones místicas. ¿Cómo resolverla? Pues del siguiente modo: que el hijo se presente ante su propio padre y le pregunte con reflexión: "Padre, dime: ¿por qué he de amarte? Padre, demuéstrame que yo he de amarte"; y si el padre es capaz de responder a las preguntas y demostrar lo que se le pide, tendremos entonces una auténtica familia normal, fundada no sólo sobre prejuicios místicos, sino sobre bases racionales, justificables por sí mismas y rigurosamente humanas. En el caso contrario, si el padre es incapaz de demostrar lo que se le pide, la familia dada deja de serlo al instante: el padre no lo es para su hijo, el hijo recibe la libertad y el derecho de considerar en adelante a su padre como si no lo fuera e incluso como enemigo suyo. ¡Nuestra tribuna, señores jurados, ha de ser escuela de la verdad y de las ideas sensatas!»

Aquí, el orador fue interrumpido por unos aplausos incontenibles, casi frenéticos. Claro está, no aplaudía toda la sala, pero sí la mitad. Aplaudían los padres y las madres. En la parte alta, donde se encontraban las damas, se oían gritos

1. Frase del escritor e historiador Nikolái Mijáilovich Karamzín (1766-1826); figura en su ensayo *Dos caracteres* y es una traducción libre de unos versos de la fábula de Lafontaine «La gata convertida en mujer».

y exclamaciones. Se agitaban pañuelos. El presidente empezó a tocar la campanilla con todas sus fuerzas. Se le veía irritado por la conducta del público, pero no se atrevió a mandar «desalojar» la sala, como había amenazado un poco antes; aplaudían y agitaban el pañuelo, mirando al orador, incluso dignatarios instalados en los asientos especiales detrás del tribunal, ancianos que lucían estrellas en sus fraques, de modo que, cuando se apaciguó el alboroto, el presidente se limitó a repetir la anterior y rigurosísima amenaza de hacer «desalojar» la sala. Fetiukóvich, triunfante y emocionado, prosiguió su discurso.

«Señores jurados, recordarán ustedes la noche terrible, de que tanto se ha hablado todavía hoy, durante la cual el hijo, saltando la valla, penetró en la casa de su padre y al fin se encontró cara a cara con el enemigo y ofensor que le había dado la vida. Insisto con todas mis fuerzas: el hijo no había acudido allí, entonces, por dinero; la acusación de robo es un absurdo, como ya he explicado. Ni tampoco irrumpió en la casa para matar, ¡oh, no! Si hubiera tenido esta intención premeditada, se habría provisto anticipadamente por lo menos de un arma, pues si cogió la mano de almirez fue de manera instintiva, sin saber él mismo para qué. Admitamos que haya engañado a su padre con las señales, admitamos que haya penetrado en la casa; ya he dicho que no creo un solo instante en esta leyenda, pero no importa, ¡aceptémosla por un momento! Señores jurados, lo juro por todo lo que hay de santo: aunque no se hubiera tratado de su padre, sino de un extraño, después de haber recorrido las habitaciones y de haber comprobado que aquella mujer no se encontraba en la casa, el acusado se habría ido precipitadamente sin hacer daño alguno a su rival; quizá le diera un golpe, un empujón, pero nada más, pues otra cosa le preocupaba: no habría tenido tiempo, habría necesitado saber dónde estaba ella. Mas el padre, el padre, oh, todo fue culpa sólo de la visión del padre, al que odiaba desde la infancia, del padre

que era su enemigo, su ofensor y, en aquel momento, ¡su monstruoso rival! Un sentimiento irresistible de odio se apoderó de él contra su propia voluntad, le era imposible razonar: ¡todo afloró en un instante! Fue aquélla una explosión de locura y enajenación, pero también una explosión de la naturaleza que se vengaba por sus leyes eternas irrefrenable e inconscientemente, como todo en la naturaleza. Mas ni en aquel instante el homicida mató, yo lo afirmo, lo proclamo; no, lo único que hizo fue sacudir la mano de almirez con gesto de indignación y asco, sin desear matar, sin saber que mataría. De no haber tenido en el puño la fatal mano de almirez, sólo habría dado un golpe, quizás, a su padre, pero no le habría matado. Al huir, no sabía que estuviera muerto el viejo al que acababa de derribar. Un homicidio de esta naturaleza no es homicidio. Tal homicidio no es tampoco un parricidio. No, la muerte de tal padre no puede ser denominada parricidio. ¡Un homicidio semejante no puede ser calificado de parricidio si no es por prejuicio! Pero, ¿ha habido un asesinato, lo ha habido realmente?, les pregunto una y otra vez desde lo más profundo de mi alma. Señores jurados, condenamos a este hombre y él se dirá: "Esta gente no ha hecho nada en favor de mi destino, de mi educación, de mi instrucción, para que yo llegue a ser mejor, para que llegue a ser un hombre. Esta gente no me ha dado de comer ni de beber ni me ha visitado en mi desnuda cárcel, pero me han mandado a presidio. Ya he saldado mi deuda, ahora ya no les debo nada ni nunca más deberé nada a nadie. Son malos, yo también lo seré. Son crueles, yo también seré cruel". ¡Esto es lo que dirá, señores jurados! Lo juro: declarándole culpable, no harán más que aliviarle, le aliviarán la conciencia, maldecirá la sangre por él vertida, pero no sentirá haberla derramado. Al mismo tiempo, destruirán en él al hombre todavía posible, pues se hará malo y quedará ciego para toda la vida. ¿No desean ustedes castigarle terrible, amenazadoramente, con el más horroroso de los castigos que puedan imaginarse,

pero al mismo tiempo salvándole el alma y regenerándole para siempre? Si es así, ¡abrúmenle con la misericordia! Verán, percibirán cómo se le estremece y horroriza el alma: "¿Podré yo soportar esta clemencia, soy digno yo de tanto amor, lo he merecido realmente?", ¡ésta será su exclamación! Oh, yo conozco el corazón de este hombre, lo conozco, es un corazón salvaje, pero noble, señores jurados. Venerará la magnanimidad de ustedes, anhela un gran acto de amor, se abrasará y renacerá para toda la vida. Hay almas que, en su limitación, acusan al mundo entero. Pero abrumen esa alma con misericordia, denle pruebas de amor y ella maldecirá de su actitud precedente, pues hay en ella una cantidad extraordinaria de gérmenes de bondad. El alma se ensanchará y verá cuán misericordioso es Dios, cuán buenos y justos son los hombres. Le estremecerán, le abrumarán el remordimiento y la deuda inmensa que ha de saldar. Entonces no dirá: "He saldado mi deuda", sino: "Soy culpable ante todos los hombres y soy de todos ellos el más indigno". Con lágrimas de arrepentimiento y dolorosa ternura, que le quemarán como una brasa, exclamará: "¡La gente es mejor que yo, pues ha querido salvarme y yo hundirme!". Oh, les es tan fácil a ustedes hacerlo, cumplir este acto de misericordia, pues faltando, como faltan, pruebas de toda clase con asomos de veracidad, les resultará demasiado penoso pronunciar: "Sí, es culpable". Mejor es dejar libres a diez culpables que castigar a un solo inocente, ¿oyen ustedes esta grandiosa voz del siglo pasado de nuestra gloriosa historia, la oyen? [1] ¡Quién soy yo, insignificante criatura, para recordarles a ustedes que la justicia rusa no es sólo castigo, sino, además, salvación del hombre que ha caído! Que se atengan otros pueblos a la letra y al castigo; quede para nosotros, en cambio, el espíritu y el sentido de la ley, la salvación y la regeneración de los extraviados. Si es así, si realmente son así Rusia y su justicia, ¡adelante, Rusia!, ¡y no

1. Referencia a la zarina Catalina II.

nos asusten, oh, no nos asusten con troikas desenfrenadas de las que se apartan con repugnancia todos los pueblos! No será la troika arrebatada la que llegue al fin, sino la imponente carroza rusa en marcha solemne y pausada. En las manos de ustedes se encuentra el destino de mi cliente, en sus manos se encuentra asimismo el destino de nuestra verdad rusa. ¡Sálvenla, defiéndanla, demuestren que hay quien puede velar por ella, que está en buenas manos!»

14. Los mujiks no dieron su brazo a torcer

Así terminó Fetiukóvich, y la explosión de entusiasmo de los oyentes fue esa vez incontenible, como una tempestad. Carecía ya de sentido procurar refrenarla: las mujeres lloraban, lloraban incluso muchos hombres, hasta dos dignatarios vertieron unas lágrimas. El presidente se sometió y se demoró algo en tocar la campanilla: «Atentar contra aquel entusiasmo habría significado atentar contra una cosa sagrada», exclamaban más tarde las damas de nuestra ciudad. El propio orador estaba sinceramente emocionado. Y he aquí que en aquel momento se levantó otra vez nuestro Ippolit Kirílovich para «intercambiar unas objeciones». Le miraron casi con odio: «¿Cómo? ¿Qué significa esto? ¿Es él quien se atreve aún a replicar?», balbuceaban las damas. Pero aunque hubieran murmurado hasta las damas del mundo entero y al frente de ellas la esposa de Ippolit Kirílovich, habría sido imposible detenerle en aquel instante. Estaba pálido, temblaba de emoción; las primeras palabras, las primeras frases pronunciadas por él resultaron hasta incomprensibles; se sofocaba, articulaba mal, se embrollaba. De todos modos, pronto se corrigió. Pero de este segundo discurso suyo, reproduciré sólo algunas frases.

«... Se nos reprocha haber inventado ficciones. ¿Y qué nos ofrece el abogado defensor, sino pura y simplemente una fic-

ción? Sólo han faltado unos versos. Fiódor Pávlovich rompe el sobre y lo tira al suelo mientras espera a su amada. Se citan, incluso, las palabras que pronunció en aquel sorprendente caso. ¿No es esto un poema? ¿Y dónde está la prueba de que sacó el dinero, quién oyó lo que dijo? El Smerdiakov idiota y débil mental transformado en un personaje de perfil romántico que se venga de la sociedad por su nacimiento ilegítimo, ¿no constituye un poema de sabor byroniano? ¿Y el hijo que irrumpe en la casa de su padre, que le mata, pero que al mismo tiempo no le mata? Esto ya ni siquiera es una novela, ni un poema, eso ya es una esfinge que plantea enigmas de tal naturaleza que ni él mismo, desde luego, resolverá. Si alguien mata, pues mata, ¿pero cómo puede ser esto de que ha matado y sin embargo no ha matado? ¿Quién es capaz de entenderlo? Se nos anuncia, luego, que nuestra tribuna es la tribuna de la verdad y de las ideas sensatas, ¡mas he aquí que desde esta tribuna de las "ideas sensatas" se proclama, como un axioma mediante juramento, que llamar al asesinato del padre parricidio no es más que un prejuicio! Pero si el parricidio es un prejuicio y si cada criatura ha de interrogar a su padre: "padre, ¿por qué he de amarte?", en este caso, ¿qué va a ser de nosotros, qué va a ser de las bases de la sociedad, qué va a ser de la familia? El parricidio, ya lo ven, no es más que el "azufre" de una tendera moscovita. Los preceptos más valiosos y sacrosantos de lo que constituye el sentido y el futuro de los tribunales rusos, se presentan de manera tergiversada y frívola con el único propósito de alcanzar un fin, de justificar lo que no puede ser justificado. Oh, abrúmenlo de misericordia, exclama el defensor; qué más quiere el criminal, ¡háganlo, y verán mañana mismo cómo estará abrumado! Además, ¿no es demasiado modesto, el defensor, al pedir sólo la absolución del acusado? ¿Por qué no reclamar la institución de un fondo para becas que lleve el nombre del parricida y perpetuar así su proeza entre nuestros descendientes y entre la joven generación? Se recti-

fica los Evangelios y los preceptos religiosos: todo esto, se dice, es sólo misticismo, sólo nosotros estamos en posesión del cristianismo auténtico, comprobado ya por el análisis de la razón y de las ideas sensatas. ¡Hasta presentan ante nosotros una imagen falseada de Cristo! *Con la misma medida que medís, os medirán a vosotros,* exclama el defensor, y en el mismo instante saca la conclusión de que Cristo nos ha ordenado medir con la medida que nos van a medir a nosotros, ¡y esto desde la tribuna de la verdad y de las ideas sensatas! Nos asomamos a los Evangelios tan sólo en la víspera de nuestros discursos para poder brillar con el conocimiento de una obra, de todos modos bastante original, que puede ser útil y servir para alcanzar cierto efecto en la medida de lo necesario, ¡todo ello en la medida de lo necesario! Mas Cristo nos manda precisamente no obrar de este modo, guardarnos de obrar así, porque así es como obra el mundo malo; nosotros, en cambio, hemos de perdonar, presentar nuestra mejilla, pero no hemos de medir con la medida que nos apliquen nuestros ofensores. Esto es lo que nos ha enseñado nuestro Dios y no lo de que es un prejuicio prohibir a los hijos matar a sus padres. No vamos nosotros a corregir desde la cátedra de la verdad y de las ideas sensatas el Evangelio de Dios Nuestro Señor, al que el defensor se digna llamar únicamente "Crucificado que ama a los hombres", en contraposición a la Rusia ortodoxa que le invoca diciendo: "¡Tú, que eres nuestro Dios!...".»

En este punto el presidente intervino para refrenar al entusiasmado orador rogándole que no exagerase, que no rebasara los límites debidos, etc., tal como suelen intervenir en casos análogos los presidentes. Además, la sala se mostraba inquieta. El público se agitaba, incluso profería exclamaciones de indignación. Fetiukóvich ni siquiera replicó; subió a la tribuna para pronunciar unas cuantas palabras llenas de dignidad, puesta la mano sobre el corazón, y en el tono de voz de un hombre que se siente ofendido. Aludió ligeramen-

te y con ironía a las «ficciones» y a la «psicología», hallando la manera de citar la frase: «Júpiter, te enfadas; esto quiere decir que no tienes razón», con lo que provocó entre el público numerosas risitas de asentimiento, pues Ippolit Kirílovich en nada se parecía a un Júpiter. Luego, a la acusación de que él permitía a los jóvenes matar a sus padres, repuso Fetiukóvich muy dignamente que ni siquiera iba a refutarla. En cambio, respecto a la «imagen falseada de Cristo» y a que no se había dignado llamar Dios a Cristo, sino únicamente «Crucificado que ama a los hombres», lo cual, se había dicho, «es contrario a la ortodoxia y no debía ser proclamado desde la tribuna de la verdad y de las ideas sensatas», Fetiukóvich dio a entender que se trataba de una «insinuación» y que, al acudir a esta audiencia, daba por descontado por lo menos que la presente tribuna se hallaba al abrigo de acusaciones «peligrosas para mi persona como ciudadano y fiel súbdito...». Pero cuando pronunció estas palabras, el presidente también le interrumpió a él, y Fetiukóvich, inclinándose, puso fin a su respuesta acompañado de un murmullo de aprobación que resonó en toda la sala. En cambio, Ippolit Kirílovich, a juicio de nuestras damas, estaba «aplastado para toda la vida».

La palabra fue concedida luego al propio acusado. Mitia se levantó, pero habló poco. Estaba agotado, física y moralmente. El aire de seguridad y de fuerza con que había entrado por la mañana en la audiencia había desaparecido casi por completo. Se hubiera dicho que en el transcurso de aquella jornada había aprendido y comprendido algo muy importante, que antes desconocía y que ya no olvidaría jamás. Se le había debilitado la voz, ya no gritaba, como al principio. Se percibía en sus palabras un nuevo acento, una nota de resignación, vencida y humilde.

«¡Qué puedo decir yo, señores jurados! La hora de mi juicio ha llegado, siento sobre mí la mano de Dios. ¡Se ha terminado el hombre disoluto! Pero digo aquí como si me confe-

sara ante Dios: "De la sangre de mi padre no soy culpable, ¡no!". Lo repito por última vez: "¡No he matado!". He sido un libertino, pero he amado el bien. A cada instante quería corregirme, pero vivía como un animal salvaje. Doy las gracias al señor fiscal, ha dicho de mí muchas cosas que yo mismo ignoraba, pero no es cierto que yo haya matado a mi padre, ¡el señor fiscal se ha equivocado! Gracias también al abogado defensor, he llorado escuchándole, pero no es cierto que yo haya matado a mi padre, ¡no había que suponerlo! En cuanto a los doctores, no les crean, estoy en mi pleno juicio, sólo en el alma tengo un gran peso. Tanto si me condenan como si me absuelven, rogaré por ustedes. Me haré mejor, lo prometo, lo prometo ante Dios. ¡Si me condenan, yo mismo romperé mi espada sobre mi cabeza y besaré luego los fragmentos! Pero perdónenme, no me priven de mi Dios, me conozco: ¡me sublevaré! Siento un gran peso en el alma, señores... ¡perdónenme!»

Casi cayó en su asiento, se le entrecortó la voz y apenas pudo articular la última frase. El tribunal pasó luego a la redacción de las preguntas que debían ser formuladas a los jurados y pidió a las partes sus conclusiones. Pero no voy a describir los detalles. Finalmente, los jurados se levantaron para retirarse a deliberar. El presidente estaba muy fatigado y por esto no les dirigió más que una breve alocución: «Sean imparciales, no se dejen impresionar por las elocuentes palabras de la defensa; ponderen su decisión, recuerden que pesa sobre ustedes una gran responsabilidad», etc. Los jurados se retiraron y hubo un intervalo en la sesión. La gente podía levantarse, pasear, cambiar impresiones, que eran muchas, tomar algo en el ambigú. Era muy tarde, cerca de la una de la noche, pero nadie se iba. La tensión era tanta, los ánimos estaban tan excitados, que nadie pensaba en el descanso. Todos esperaban llenos de angustia, aunque no todo el mundo se sentía angustiado. Las damas se consumían únicamente en una impaciencia histérica, pero no sentían

ningún temor: «La absolución, decían, es inevitable», y se preparaban para el momento impresionante del entusiasmo general. Reconozco que también entre la mitad masculina de la sala eran muchísimos los convencidos de que la absolución estaba fuera de dudas. Unos se alegraban; otros, en cambio, fruncían el ceño, y otros, sencillamente, ponían cara de disgusto: ¡no querían una sentencia absolutoria! En cuanto a Fetiukóvich, estaba firmemente convencido del éxito. Estaba rodeado de gente, recibía felicitaciones, le halagaban.

–Existen –decía en un grupo, según luego se contó–, existen hilos invisibles que ligan al defensor con los jurados. Se forman y se presienten ya durante el discurso. Yo los he percibido, existen. La causa está ganada, no teman.

–¿Qué dirán ahora nuestros mujiks? –soltó un señor de cara fosca, gordo y picado de viruelas, un propietario de los alrededores de la ciudad, acercándose a un grupo de señores que estaban platicando.

–No son todo mujiks. Hay cuatro funcionarios.

–Eso, también hay funcionarios –terció, acercándose, un miembro de la Diputación provincial.

–¿Conocen a Nazáriev, a Prójor Ivánovich, ese mercader de la medalla, miembro del jurado?

–¿Por qué?

–Es un pozo de sabiduría.

–Pero si siempre está callado.

–Callar sí que calla, pero es mejor así. Poco tiene que enseñarle a él un petersburgués; al contrario, él es capaz de dar sopas con honda a todo Petersburgo. Es padre de doce hijos, ¡imagínense!

–¿Será posible que no le absuelvan? –gritaba en otro grupo uno de nuestros jóvenes funcionarios.

–Lo absolverán, sin duda –sentenció una voz decidida.

–¡Sería una vergüenza, sería un deshonor que no le absolvieran! –exclamó el funcionario–. Admitamos que haya ma-

tado, ¡pero hay padres y padres! Además, se encontraba en tal estado de excitación... Es muy posible, en efecto, que sólo hiciera un brusco movimiento con la mano de almirez y el otro se quedara seco del golpe. Lo que sí está mal es haber mezclado al lacayo en el asunto. Esto es sencillamente un episodio ridículo. Yo, puesto en el lugar del defensor, lo habría dicho así, claramente: «Mató, pero no es culpable, ¡al diablo todos ustedes!».

–Eso es lo que ha hecho, aunque sin decir que se fueran al diablo.

–No, Mijaíl Semiónich, casi lo ha dicho –intervino una tercera vocecita.

–Perdón, señores, pero en cuaresma absolvieron aquí a una artista que había cortado el cuello a la esposa legítima de su amante.

–Sí, pero no se lo había cortado del todo.

–No importa, no importa, ¡había empezado a cortárselo!

–¿Y lo que ha dicho de los hijos? ¡Es magnífico!

–Magnífico.

–Bueno, ¿y sobre el misticismo, eh?, ¿y sobre el misticismo?

–Bah, déjense ustedes de misticismos –gritó aún alguien–; piensen ustedes en Ippolit, ¡la que le espera desde el día de hoy! Mañana mismo su esposa le sacará los ojos por Mítenka.

–¿Ella está aquí?

–¡Qué va a estar! Si estuviera aquí, aquí mismo le arañaba. No se ha movido de su casa, le duelen las muelas. ¡Je-je-je!

–¡Je-je-je!

En un tercer grupo:

–Pues a Mítenka es muy posible que lo absuelvan.

–Vete a saber, a lo mejor mañana pone patas arriba toda La Capital, se pasará diez días seguidos emborrachándose.

–¡Es un diablo!

–Bueno, el diablo es el diablo; del diablo no se ha podido prescindir, dónde iba a estar sino aquí.

–Señores, admitamos la elocuencia. Pero no se puede consentir que se abra la cabeza de los padres a porrazos. Si no, ¿adónde vamos a parar?

–¿Y lo de la carroza, eh? ¿Se acuerdan de lo de la carroza?

–Sí, de un carro ha hecho una carroza.

–Y mañana hará de la carroza un carro, «en la medida de lo necesario, todo en la medida de lo necesario».

–La gente se ha vuelto muy lista. ¿Pero existe en nuestro país, señores, existe en Rusia la verdad auténtica? ¿O no existe en absoluto?

Sonó la campanilla. Los jurados habían deliberado una hora exacta, ni más ni menos. Reinó un profundo silencio no bien el público se hubo reintegrado a sus asientos. Me acuerdo de cómo los jurados entraron en la sala. ¡Por fin! No reproduciré las preguntas por puntos, que, por otra parte, he olvidado. Sólo recuerdo la respuesta a la primera pregunta, fundamental, del presidente: «¿Mató el acusado para robar y con premeditación?» (no recuerdo el texto). El silencio se hizo impresionante. El decano de los jurados, que resultó ser, precisamente, el funcionario joven, el más joven de todos, proclamó con voz fuerte y clara, en medio de un silencio sepulcral:

–¡Sí, es culpable!

Luego, a todos los puntos siguió la misma respuesta: «culpable, sí, culpable, ¡sin la menor indulgencia!». La verdad es que esto no lo esperaba nadie, casi todo el mundo estaba convencido de que por lo menos habría indulgencia. El silencio sepulcral de la sala no se interrumpía, como si todos se hubieran quedado literalmente petrificados, tanto los que deseaban una sentencia condenatoria como quienes eran partidarios de la absolución. Pero eso fue sólo durante los primeros minutos. Luego se produjo un caos espantoso. Resultó que entre el público masculino eran muchos los que estaban contentos. Había quien hasta se frotaba las manos sin ocultar su alegría. Los descontentos estaban como anonada-

dos, se encogían de hombros, murmuraban entre sí, como si aún no se hubieran dado perfecta cuenta de lo que sucedía. ¡Pero, Dios mío, cómo se pusieron nuestras damas! Creí que iban a amotinarse. Al principio parecía que no daban crédito a sus oídos. Y, de súbito, en toda la sala resonaron las exclamaciones: «¿Qué es esto? ¿Qué significa esto?». Las damas se levantaron de sus asientos. Pensaban, sin duda, que aquello podía cambiarse y rehacerse otra vez enseguida. En aquel instante, se levantó Mitia y clamó con voz desgarradora, extendiendo los brazos:

–¡Juro por Dios y su Juicio Final que de la sangre de mi padre no soy culpable! ¡Katia, te perdono! ¡Hermanos, amigos, velad por la otra!

No terminó, prorrumpió a llorar espantosamente, a gritos que resonaban en toda la sala, con una voz nueva, distinta de la suya, inesperada, que le salía sabe Dios de dónde. En el ángulo posterior de la galería, en la parte alta, retumbó un penetrante clamor de mujer: era Grúshenka. Había suplicado a alguien y de nuevo la habían dejado entrar en la sala antes ya de los debates judiciales. Se llevaron a Mitia. La proclamación de la sentencia se aplazó hasta el día siguiente. Toda la sala se levantó con gran ruido, pero yo no esperé ni escuché más. He retenido sólo en la memoria algunas exclamaciones, oídas ya en el porche, a la salida:

–Veinte años en las minas no hay quien se los quite

–Por lo menos.

–Sí, nuestros mujiks no han dado su brazo a torcer.

–¡Y han acabado con nuestro Mítenka!

Epílogo

1. Proyectos para salvar a Mitia

Al quinto día de la vista de la causa contra Mitia, por la mañana temprano, antes de las nueve, Aliosha fue a casa de Katerina Ivánovna para ponerse definitivamente de acuerdo acerca de un asunto muy importante para los dos, aparte de que tenía para ella un encargo. La entrevista se celebró en el mismo saloncito en que en otra ocasión Katerina Ivánovna había recibido a Grúshenka; al lado mismo, en otro cuarto, yacía abatido por su enfermedad y sin conocimiento Iván Fiódorovich. Inmediatamente después de la escena que se produjo ante el tribunal, Katerina Ivánovna mandó trasladar a su casa a Iván Fiódorovich, enfermo y sin sentido, desdeñando todos los futuros e inevitables comentarios de la sociedad y la censura de que ésta la haría objeto. Una de las dos parientes de Katerina Ivánovna que vivían con ella, partió inmediatamente para Moscú después de lo ocurrido en el tribunal; la otra se quedó. Pero aunque se hubieran ido las dos, Katerina Ivánovna no habría modificado su decisión y habría cuidado al enfermo sin moverse de su lado día y noche. Le trataban Varvinski y Herzenstube; el doctor moscovita, en

cambio, regresó a su ciudad negándose a manifestar su opinión acerca del posible fin de la dolencia. Los doctores de la localidad, aunque animaban a Katerina Ivánovna y Aliosha, no podían dar aún ninguna esperanza firme, resultaba evidente. Aliosha acudía a ver a su hermano enfermo dos veces al día. Pero esta vez había de tratar de un asunto especial, archiembarazoso, y presentía cuán difícil le iba a resultar abordarlo, aunque tenía mucha prisa: aquella misma mañana le esperaba otro asunto inaplazable en otro lugar; era necesario apresurarse. Hacía ya un cuarto de hora que estaban hablando. Katerina Ivánovna, muy pálida, se encontraba en extremo fatigada, pero, al mismo tiempo, presa de una extraordinaria y enfermiza agitación: presentía para qué, entre otras cosas, había acudido a verla entonces Aliosha.

–No se inquiete por lo que va a decidir –decía con firme insistencia a Aliosha–. De una manera u otra llegará, a pesar de todo, a esa conclusión: ¡tiene que huir! Este desgraciado, este héroe del honor y de la conciencia, no aquél, no Dmitri Fiódorovich, sino éste, el que yace al otro lado de esta puerta y que se ha sacrificado por su hermano –añadió Katia, centelleantes los ojos–, hace tiempo me comunicó ya todo el plan de la evasión. Sepa usted que él entró en contacto con ciertas personas... Ya le he comunicado a usted alguna cosa... Verá, es muy probable que el hecho se produzca, según toda probabilidad, en la tercera etapa contando desde aquí, cuando conduzcan la partida de desterrados a Siberia. Oh, eso aún está lejos. Iván Fiódorovich ya hizo un viaje para entrevistarse con el jefe de la tercera etapa. Lo que se ignora aún es quién será el jefe del convoy, no es posible saberlo con tanta anticipación. Mañana quizá le muestre todo el plan en detalle, tal como me lo dejó Iván Fiódorovich la víspera del juicio por si ocurría alguna cosa... Fue al anochecer, cuando usted vino y nos encontró riñendo, ¿se acuerda? ¿Sabe usted por qué reñíamos, entonces?

–No, no lo sé –contestó Aliosha.

–Claro, entonces él se lo ocultó a usted: era precisamente por ese plan de fuga. Ya tres días antes me había explicado lo más importante, empezamos a discutir y seguimos discutiendo los tres días. Nos pusimos a discutir porque cuando me declaró que si condenaban a Dmitri Fiódorovich éste huiría al extranjero con aquella mujerzuela, me puse de pronto hecha una furia, no le diré por qué, ni yo misma lo sé... Oh, claro está, fue debido a aquella mujerzuela, me puse furiosa entonces por aquella mujerzuela, ¡porque también ella huiría al extranjero con Dmitri! –exclamó de pronto Katerina Ivánovna, temblorosos los labios de ira–. Al ver que me ponía furiosa por la mujerzuela, Iván Fiódorovich pensó al instante que yo me celaba de ella y que, por tanto, aún seguía queriendo a Dmitri. Entonces nos peleamos por primera vez. No quise darle explicaciones y tampoco podía pedirle perdón; me resultaba penoso que un hombre como él pudiera sospechar que yo aún amaba a ése... ¡Y ello después de haberle dicho francamente, hacía tiempo, que no amaba a Dmitri, que no amaba a nadie más que a él! ¡Me irrité con él sólo por rabia contra aquella mujerzuela! Tres días después, precisamente cuando usted vino, me trajo un sobre sellado para que lo abriera sin demora, caso de que a él le ocurriera algo. ¡Oh, él preveía su enfermedad! Me reveló que en el sobre estaban los detalles de la evasión, y que si él moría o caía enfermo de cuidado, debía encargarme yo personalmente de salvar a Mitia. Al mismo tiempo me entregó dinero, casi diez mil rublos, los mismos a que en su discurso se refirió el fiscal, enterado de que Iván había mandado cambiar obligaciones. A mí me impresionó terriblemente que Iván Fiódorovich, a pesar de sentir aún celos por mí y a pesar de estar aún convencido de que yo amo a Mitia, no hubiera abandonado la idea de salvar a su hermano y me confiara a mí, ¡a mí misma!, la salvación. ¡Oh, aquello era un sacrificio! ¡No, Alexéi Fiódorovich, usted no puede comprender aún en toda su plenitud semejante espíritu de sacrificio! Quise postrar-

me de rodillas a sus pies en señal de reverencia, pero se me ocurrió pensar que él lo iba a interpretar sólo como prueba de mi alegría por la salvación de Mitia (¡no hay duda de que lo hubiera pensado!), y sólo ante la posibilidad de que él tuviera semejante pensamiento me sentí irritada hasta tal punto que de nuevo me puse furiosa y, en lugar de besarle los pies, le hice otra escena. ¡Oh, qué desgraciada soy! Así es mi carácter, ¡un carácter terrible, desgraciado! Ya verá usted: lo haré tan bien, le irritaré hasta tal punto que acabará abandonándome por otra con la que sea más fácil vivir, como ha hecho Dmitri; pero en este caso... no, en este caso ya no podré soportarlo, ¡me mataré! Cuando usted entró, cuando le llamé a usted y le ordené a él que volviera, se apoderó de mí tanta rabia por la mirada de odio y desprecio que él me dirigió al entrar, que, recuérdelo, me puse a gritar diciendo ¡que *él, sólo él* me había convencido de que Dmitri era un asesino! Le calumnié adrede, para herirle una vez más, pero él nunca, nunca pretendió convencerme de que su hermano era un asesino; al contrario, ¡era yo misma, yo, la que había intentado convencerle de ello! ¡Oh, la causa de todo, de todo, es mi rabia! ¡He sido yo, yo, la que ha provocado aquella maldita escena en el juicio! Él quiso demostrarme que es noble de alma, que aunque yo ame a su hermano, él no le perdería por venganza y celos. Así se presentó ante el tribunal... ¡Yo soy la causa de todo, yo soy la única culpable!

Nunca había hecho Katia semejantes confesiones a Aliosha y éste sentía que ella se encontraba entonces en ese grado de sufrimiento insoportable en que el corazón más orgulloso desgarra con dolor su orgullo y cae vencido por la pena. Oh, Aliosha conocía otra causa espantosa de los tormentos que ella entonces sufría, por más que Katerina Ivánovna se hubiera esforzado en mantener escondida de él dicha causa en todos los días que habían seguido a la condena de Mitia; pero a Aliosha, sin que comprendiera por qué, le habría resultado demasiado doloroso que ella decidiera humillarse

tanto, que se pusiera a hablar por sí misma, de tal causa, en aquel momento. Katerina Ivánovna sufría por su «traición» ante el tribunal, y Aliosha presentía que la conciencia la impulsaba a acusarse precisamente ante él, ante Aliosha, derramando lágrimas, chillando, con una explosión de histerismo, golpeándose la frente contra el suelo. Él temía ese momento y deseaba ahorrarle a ella tanto dolor. Pero tanto más difícil le resultaba dar cumplimiento al encargo que debía hacer. Volvió a hablar de Mitia.

–¡No se preocupe, no se preocupe por él, no tema! –empezó Katia otra vez, porfiada y tajante–; su actitud es cosa pasajera, le conozco, conozco demasiado su corazón. No le quepa duda de que accederá a evadirse. Tenga en cuenta, además, que no es cosa inmediata; tendrá tiempo aún para decidirse. Iván Fiódorovich para entonces ya se habrá restablecido y se ocupará de todo, de modo que yo no tendré que hacer nada. No se preocupe usted, Mitia estará de acuerdo en huir. Además, ya lo está ahora: ¿acaso puede dejar a su mujerzuela? En el penal no la dejarán entrar, ¿cómo no va a huir él? Lo más grave para Mitia es el temor que tiene a usted, teme que usted no apruebe la evasión por razones de orden moral, pero usted debe *permitírselo* generosamente, ya que tan necesaria le es su anuencia –añadió Katia, venenosa.

Se calló unos instantes y se sonrió.

–Allí habla él de no sé qué himnos –prosiguió Katia–, de una cruz que ha de llevar a cuestas, de no sé qué deuda, recuerdo que me lo contó muchas veces Iván Fiódorovich, ¡y si supiera usted cómo lo contaba! –exclamó Katia de pronto, con irresistible efusión–. ¡Si supiera usted cómo amaba a ese desgraciado cuando me hablaba de él y cómo le odiaba, quizás, al mismo tiempo! ¡En cambio, yo, oh, yo escuchaba entonces su relato y contemplaba sus lágrimas con orgullosa e irónica sonrisa! ¡Oh, qué vil! ¡La vil soy yo, yo! ¡He sido yo la que le he provocado este ataque de fiebre nerviosa! En cuanto al otro, el condenado, ¿acaso está dispuesto a sufrir? –aca-

bó con irritación Katia–. Además, ¿es él hombre para sufrir? ¡Tipos como él nunca sufren!

Resonó ya en estas palabras cierto sentimiento de odio, de repugnancia y desprecio. Y el caso era que le había traicionado ella. «Quién sabe, quizá por sentirse tan culpable, ante él en algunos momentos le odia», pensó Aliosha para sí. Deseaba vivamente que fuera sólo «en algunos momentos». En las palabras que Katia acababa de pronunciar percibió él un reto, pero no lo recogió.

–Si le he mandado llamar hoy ha sido para que me prometa convencerle usted mismo. ¿O cree usted también que huir sería deshonesto, poco digno o, cómo decirlo, poco cristiano, acaso? –añadió Katia con un reto aún más manifiesto.

–No, ¿por qué? Se lo diré todo... –balbuceó Aliosha–. Él le pide que vaya hoy a verle –soltó Aliosha de pronto, mirándola firmemente a los ojos.

Katia se estremeció de pies a cabeza y se echó levemente hacía atrás en el diván.

–A mí... ¿es posible? –musitó palideciendo.

–Es posible ¡y es necesario! –repuso con firmeza Aliosha, animándose vivamente–. Usted le es muy necesaria, precisamente ahora. No me habría puesto a hablar de ello, atormentándola antes de lo debido, si no fuera indispensable. Está enfermo, está como loco, no hace más que llamarla a usted. No le pide que vaya para hacer las paces, basta que usted se deje ver en el umbral de la puerta. Desde aquel día, se ha producido en él un cambio extraordinario. Él comprende que es infinitamente culpable ante usted. No pide que le perdone: «A mí no se me puede perdonar», lo dice él mismo, pide sólo que se deje ver en el umbral...

–Usted, a mí, de pronto... –susurró Katia–, todos esos días he estado presintiendo que vendría a pedirme esto... ¡Ya sabía yo que él me llamaría!... ¡Es imposible!

–Que lo sea, pero hágalo. Recuerde que por primera vez él se ha dado cuenta de lo mucho que la ha ofendido a usted; por

primera vez en la vida; hasta ahora, ¡jamás lo había comprendido con tanta plenitud! Dice: si se niega a venir, «desde ahora seré desgraciado toda la vida». ¿Lo oye? Condenado a veinte años de presidio y se dispone aún a ser feliz, ¿no mueve a compasión? Piense: visitará usted a un condenado inocente –exclamó Aliosha retador, a pesar suyo–. Tiene las manos limpias, ¡no se las ha manchado de sangre! ¡En nombre de los infinitos sufrimientos que le esperan, vaya a verle ahora! Ayúdele a enfrentarse con esas tinieblas... llegue hasta el umbral y nada más... Usted debe hacer esto, ¡*debe* hacerlo! –concluyó Aliosha, haciendo hincapié con insólita fuerza en la palabra «debe».

–Debo, pero... no puedo –repuso Katia como si gimiera–, él me mirará... no puedo.

–Sus miradas han de encontrarse. ¿Cómo vivirá usted toda la vida si ahora no se decide?

–Es preferible sufrir toda la vida.

–Usted debe ir, usted *debe* ir –insistió de nuevo Aliosha, implacable.

–Mas ¿por qué hoy, por qué ahora?... Yo no puedo dejar solo al enfermo...

–Por un minuto puede, se trata únicamente de un minuto. Si usted no va, a Dmitri le dará un ataque de fiebre nerviosa antes de que llegue la noche. No la engaño, ¡tenga compasión!

–Tenga compasión de mí –le replicó con amargura Katia, y se puso a llorar.

–¡Así, pues, irá! –dijo con firme voz Aliosha al ver sus lágrimas–. Voy a anunciarle que irá enseguida.

–¡No, no se lo diga por nada del mundo! –gritó Katia, asustada–. Iré, pero sin que usted se lo comunique, porque quizá yo no entre... Todavía no sé...

Se le quebró la voz. Katia respiraba con dificultad. Aliosha se levantó dispuesto a salir.

–¿Y si me encuentro allí con alguien? –articuló de pronto ella quedamente, palideciendo otra vez.

–Por esto es necesario que vaya ahora, así no se encontrará allí con nadie. No habrá nadie, se lo aseguro. La esperaremos –concluyó porfiado y salió de la estancia.

2. Por un momento la mentira se hizo verdad

Se dirigió apresuradamente hacia el hospital en que entonces se encontraba Mitia. Dos días después de la sentencia, cayó enfermo de fiebre nerviosa y fue conducido al hospital de la ciudad, a la sección de detenidos. Pero el médico Varvinski, a ruegos de Aliosha y de muchos otros (Jojlakova, Liza y demás), no instaló a Mitia en la sección de los detenidos, sino aparte, en el mismo cuartucho que había ocupado antes Smerdiakov. Cierto es que al final del pasillo había un centinela y la ventana tenía rejas, de modo que Varvinski podía estar tranquilo por su indulgencia, no del todo legal; era un hombre joven, bueno y compasivo, comprendía cuán duro iba a ser para una persona como Mitia encontrarse de golpe en compañía de asesinos y truhanes, y se daba cuenta de que éste necesitaba primero acostumbrarse. En cuanto a las visitas de parientes y conocidos, estaban autorizadas por el doctor, por el vigilante y hasta por el jefe de policía, todo ello bajo mano. Pero durante esos días, los únicos que le visitaban eran Aliosha y Grúshenka. Dos veces había intentado verle Rakitin, pero Mitia rogó insistentemente a Varvinski que no le dejara entrar.

Aliosha encontró a su hermano sentado en la cama, vestido con la bata del hospital, envuelta la cabeza con una toalla mojada con agua y vinagre: tenía un poco de fiebre. Al entrar Aliosha, Mitia le dirigió una mirada indefinida, pero en aquella mirada se notó por un instante como cierto miedo.

Desde el juicio, Mitia se había vuelto, en general, extraordinariamente caviloso. A veces permanecía en silencio durante media hora, como si estuviera reflexionando con difi-

cultad y dolorosamente sobre alguna cosa, olvidando a quien se hallara presente. Si salía de su ensimismamiento y empezaba a hablar, lo hacía siempre como de manera repentina y sin referirse a lo que en realidad hubiera necesitado decir. A veces miraba lleno de dolor a su hermano. Con Grúshenka parecía no sufrir tanto como con Aliosha. Verdad es que con Grúshenka casi no hablaba; pero no bien ella aparecía, a Mitia todo el rostro se le iluminaba de alegría. Aliosha se sentó a su lado en la cama, sin decir nada. Esta vez Mitia le esperaba inquieto. Consideraba absurdo pensar que Katia accediera a visitarle, pero al mismo tiempo sentía que si ella no se presentaba la situación sería para él intolerable. Aliosha adivinaba sus sentimientos.

–El Trifón ese –se puso a contar nerviosamente Mitia–, el Borísich, según dicen ha demolido toda su hospedería: levanta el tillado, arranca las tablas, ha hecho astillas toda la galería, según cuentan; está buscando el tesoro, aquel dinero, los mil quinientos rublos que yo escondí allá en opinión del fiscal. En cuanto llegó, al parecer, empezó a disparatar. ¡Bien empleado le está a ese tipejo! Un vigilante de los que aquí tenemos me lo contó ayer; es de allí.

–Escucha –dijo Aliosha–, ella vendrá, pero no sé cuándo, quizás hoy, quizá dentro de unos días, esto no lo sé; pero vendrá, vendrá, es seguro.

Mitia se estremeció, quiso decir algo, mas permaneció callado. La noticia le afectó terriblemente. Se veía que deseaba con ansia conocer detalles de la conversación, pero que otra vez tenía miedo a preguntar: en aquel momento, algo duro y despectivo por parte de Katia hubiera sido para él como una puñalada.

–Verás lo que me ha dicho, entre otras cosas: que yo debía tranquilizar a toda costa tu conciencia en lo que respecta a la evasión. Si para entonces Iván no se ha restablecido, ella misma se ocupará del asunto.

–De esto ya me has hablado –observó Mitia, caviloso.

–Y tú ya se lo has contado a Grusha –repuso Aliosha.

–Sí –confesó Mitia–. Hoy por la mañana no vendrá –miró con timidez a su hermano–. Vendrá sólo por la tarde. Ayer, tan pronto como le dije que Katia maneja el asunto, se calló, contrajo los labios. Sólo balbuceó: «¡Allá ella!». Ha comprendido que la cosa es importante. Yo no me atreví a preguntar más. Me parece que por fin, ahora, comprende que la otra no me quiere a mí, sino a Iván.

–¿Es así? –exclamó Aliosha sin querer.

–Quizá no sea así. Pero hoy por la mañana no vendrá –se apresuró a explicar una vez más Mitia–, le he hecho un encargo... Escucha, nuestro hermano Iván nos supera a todos. Es él quien ha de vivir y no nosotros. Se curará.

–Figúrate que Katia, pese a lo mucho que tiembla por él, casi no duda que se curará –dijo Aliosha.

–Esto significa que está convencida de que morirá. Es por su mucho miedo por lo que quiere convencerse de que él se pondrá bien.

–Nuestro hermano es de constitución robusta. Yo también tengo muchas esperanzas de que se ponga bien –repuso inquieto Aliosha.

–Sí, se pondrá bien. Pero la otra está convencida de que él morirá. Debe de sufrir mucho...

Se callaron. A Mitia le atormentaba algo muy importante.

–Aliosha, yo amo a Grusha terriblemente –declaró de pronto con voz temblorosa, cargada de lágrimas.

–*Allí* no dejarán que te siga –se apresuró a indicar Aliosha.

–Aún quería decirte otra cosa –prosiguió Mitia, con una voz que de pronto se volvió sonora; si por el camino *o allí* me pegan, no me rendiré, mataré y entonces me fusilarán. ¡Son veinte años! Aquí ya empiezan a tratarme de *tú*. Me tutean los vigilantes. Toda la noche me he estado examinando a mí mismo: ¡no estoy preparado! ¡No tengo fuerzas para aceptar lo que me espera! ¡Anhelaba ponerme a cantar el «himno» y no puedo soportar que un vigilante me tutee! Por Grusha lo

soportaría todo... todo, menos las palizas... Pero *allí* no la dejarán pasar.

Aliosha se sonrió dulcemente.

–Escucha de una vez para siempre, hermano –declaró–; voy a decirte lo que pienso sobre este asunto. Ya sabes que no te voy a mentir. Escucha, pues: no estás preparado, una cruz como ésa no es para ti. Es más: una cruz tan grande de mártir ni te hace falta a ti, que no estás preparado. Si hubieras matado a nuestro padre, sentiría que la rechazaras. Pero eres inocente y semejante cruz es demasiado para ti. Por medio del sufrimiento querías hacer renacer en ti a otro hombre; en mi opinión, bastará para ti que te acuerdes siempre de ese otro hombre, toda la vida, dondequiera que huyas. El no haber aceptado este gran martirio hará que sientas aún mayor tu deuda, y con esta sensación constante toda la vida, quizás hagas más por tu regeneración que si fueras *allá*. Porque allá no soportarías aquella existencia, te sublevarías y quizá, al fin dijeras sin rodeos: «Ya he pagado mi deuda». El abogado ha dicho la verdad en este caso. Las cargas pesadas no son para todos, para algunos resultan insoportables... Esto es lo que yo pienso, si tanta falta te hace saberlo. Si por tu evasión tuvieran que responder otros: oficiales o soldados, yo no te «permitiría» huir –Aliosha se sonrió–. Pero dicen y aseguran (el propio jefe de etapa lo dijo a Iván) que si se obra con tino es posible que la sanción no sea grande y que con poca cosa se salga del paso. Desde luego, el soborno es poco honrado incluso en el caso presente, pero sobre este punto por nada del mundo quiero juzgar, pues, en realidad, si Iván y Katia, por ejemplo, me hubieran pedido actuar para ti en esta cuestión, yo no habría vacilado en recurrir al soborno, me doy cuenta; y te lo digo para que sepas toda la verdad. Por esto no seré yo juez tuyo acerca de cómo decidas obrar. Pero has de saber que no te condenaré nunca. La verdad, ¿cómo podría ser yo juez tuyo en este asunto? Bueno, ahora me parece haberlo examinado ya todo.

–¡En cambio, seré yo quien me condene! –exclamó Mitia–. Me escaparé, estaba ya decidido sin que tú me hablaras de ello: ¿acaso es posible que Mitia Karamázov no se escape? ¡En cambio, me condenaré a mí mismo y donde vaya me pasaré la vida rezando por el perdón de mis pecados! Es así como razonan los jesuitas, ¿no? Tal como hacemos ahora tú y yo, ¿eh?

–Así es –Aliosha sonrió dulcemente.

–¡Te quiero porque siempre dices toda la verdad, sin ocultar nada! –exclamó Mitia, riéndose alegremente–. ¡Vaya, he cazado a mi Aliosha en plan de jesuita! ¡Habría que besarte por ello, como te lo digo! Bueno, ahora escucha lo demás, quiero mostrarte la otra mitad de mi alma. Te explicaré lo que he meditado y decidido: si me escapo, incluso con dinero y pasaporte, incluso si llego a América, me animará aún la idea de que no huyo hacia la alegría ni hacia la felicidad, sino hacia otro presidio, en verdad quizá no peor que éste. ¡No peor, Alexéi, te lo digo de verdad, no es peor! A esa América, mal rayo la parta, ya ahora la odio. No importa que Grusha esté conmigo, pero mírala: ¿qué tiene de americana? Es rusa, es rusa hasta el tuétano de los huesos, tendrá nostalgia de la entrañable tierra natal, yo la veré a cada hora angustiada por mi culpa, con la cruz que se ha echado a cuestas por mí, ¿y de qué es ella culpable? ¿Y soportaré yo acaso a los rústicos de aquel país, aunque quizá todos sin excepción sean mejores que yo? ¡Odio a esa América ya ahora! ¡Y aunque todos, hasta el último mono, sean el no va más en mecánica o en lo que se quiera, al diablo con ellos, no es gente como yo, de alma como la mía! ¡Yo amo a Rusia, Alexéi, amo al dios ruso, aunque sea yo un canalla! ¡Allí me ahogaré! –exclamó de pronto, relampagueantes los ojos. Le tembló la voz, cargada de lágrimas–. Pues verás lo que he decidido, Aliosha, ¡escucha! –prosiguió, ahogando la emoción–. Llegaré allí con Grusha, y enseguida a labrar la tierra, a trabajar donde no haya más que osos salvajes, solitarios, en algún lugar bien apartado. ¡También allí ha de haber lugares aparta-

dos! Dicen que allí todavía hay pieles rojas, en el límite del horizonte; bueno, pues iremos allí, con los últimos mohicanos. Y enseguida, Grusha y yo, de cara a la gramática. Trabajo y gramática, y así unos tres años. En esos tres años aprenderemos la lengua inglesa como ingleses de pura cepa. Y no bien la sepamos, ¡adiós, América! Vendremos corriendo hacia aquí, a Rusia, como ciudadanos americanos. No te preocupes; aquí, a esta pequeña ciudad, no volveremos. Nos esconderemos lejos, en el norte o en el sur. Para entonces, tanto yo como Grusha habremos cambiado; en América no faltará un doctor que me haga alguna verruga postiza, no en vano allí son todos tan buenos mecánicos. Si no, me sacaré un ojo, me dejaré crecer barbas blancas de una vara (la nostalgia por Rusia me pondrá blanco el pelo), quizá no me reconozcan. Y si me reconocen, que me destierren, qué más da, ¡será el destino! También aquí, en Rusia, labraremos la tierra en algún lugar solitario, y toda la vida me haré pasar por un americano. Por lo menos moriremos en nuestra tierra natal. Éste es mi plan y es irrevocable. ¿Lo apruebas?

–Lo apruebo –contestó Aliosha, que no deseaba contrariarle.

Mitia guardó silencio unos instantes, y de pronto dijo:

–¿Qué te parece cómo amañaron las cosas en el juicio? ¡Oh, cómo las amañaron!

–Y aunque no las hubieran amañado, te habrían condenado de todos modos –repuso Aliosha, suspirando.

–¡Ya tenía harta a la gente de aquí! ¡Que Dios los guarde, pero es duro! –gimió Mitia, sufriendo.

De nuevo guardaron unos instantes de silencio.

–¡Aliosha, acaba ahora conmigo! –exclamó de súbito–. ¿Vendrá ella ahora o no? ¡Habla! ¿Qué te ha dicho? ¿Cómo te lo ha dicho?

–Me ha dicho que vendría, pero no sé si será hoy. ¡Comprende que le es difícil! –Aliosha miró tímidamente a su hermano.

–Ya lo creo, ¡cómo no le va a ser difícil! Aliosha, con esto me volveré loco. Grusha no hace más que mirarme. Comprende. ¡Dios mío, haz que me resigne! ¿Qué reclamo? ¡Reclamo a Katia! ¿Me doy cuenta de lo que pido? ¡Desenfreno karamazoviano, impío! ¡No, no soy capaz de sufrir! ¡Soy un canalla, y está todo dicho!

–¡Aquí la tienes! –exclamó Aliosha.

En aquel instante, Katia apareció en el umbral. Se detuvo un segundo, fijando en Mitia una mirada extraviada. Mitia se levantó como un rayo, con una expresión de miedo en el rostro; palideció, pero enseguida se le dibujó en los labios una sonrisa tímida, suplicante, y de pronto tendió vivamente los brazos hacia Katia. Ésta, al verle, se precipitó hacia él; le agarró las manos y casi a la fuerza le hizo sentar en la cama; ella misma se le sentó al lado sin soltarle las manos y se las apretó fuerte, convulsivamente. Varias veces los dos quisieron decir algo, pero cada vez se detenían para volverse a mirar en silencio, fijamente, como subyugados, con una extraña sonrisa; así transcurrieron unos dos minutos.

–¿Me has perdonado? –balbuceó al fin Mitia, y al instante, volviéndose hacia Aliosha, con el rostro transfigurado por la alegría, le gritó–: ¡Oyes lo que le pregunto, lo oyes!

–¡Por esto te he querido yo, porque tienes un corazón generoso! –exclamó de súbito Katia, a pesar suyo–. Y no soy yo quien te ha de perdonar, sino tú a mí; y tanto si me perdonas como si no, quedarás en mi alma como una llaga toda la vida, y yo en la tuya, así ha de ser... –Se detuvo para tomar aliento–. ¿Por qué he venido? –prosiguió con frenesí y precipitación–. Para abrazarte los pies, para estrecharte las manos, así, hasta hacerte daño, ¿recuerdas?, como te las estrechaba en Moscú, para decirte otra vez que eres mi dios y mi alegría, para decirte que te amo con locura –parecía gemir en su dolor y, de pronto, sedienta, aplicó los labios en la mano de él. Las lágrimas le brotaron de los ojos.

Aliosha permanecía callado y confuso; de ningún modo habría esperado lo que estaba viendo.

–¡El amor ha pasado, Mitia! –siguió diciendo Katia–. Pero estimo el pasado hasta con dolor. Has de saberlo para toda la vida. Pero ahora, por un breve minuto, que sea lo que hubiera podido ser –balbuceó ella con una sonrisa crispada, mirándole otra vez con alegría a los ojos–. Tú ahora quieres a otra, yo también quiero a otro, pero de todos modos a ti te amaré eternamente y tú también a mí, ¿lo sabías? ¿Lo oyes? ¡Ámame, ámame toda tu vida! –exclamó casi con cierto temblor amenazante en la voz.

–Te amaré y... sabes, Katia –se puso a decir Mitia, tomando aliento a cada palabra–, sabes, te quería a ti hace cinco días, aquella tarde... Cuando te caíste y se te llevaron... ¡Toda la vida! Será así, así será eternamente...

De este modo se susurraban uno al otro palabras casi insensatas y exaltadas, quizás incluso mentirosas, pero en aquel instante todo era verdad y creían con toda el alma lo que decían.

–Katia –gritó de súbito Mitia–, ¿crees que yo maté? Ya sé que no lo crees ahora, pero entonces... cuando declaraste... ¿Es posible que lo creyeras, es posible?

–¡Tampoco entonces lo creía! ¡No lo he creído nunca! Te odiaba y de pronto me aseguré a mí misma, en aquel momento... Cuando declaraba... me lo aseguré y lo creí... pero cuando terminé de declarar, enseguida dejé de creerlo. Has de saberlo todo. ¡Ya me había olvidado de que he venido para humillarme! –exclamó de pronto, con una expresión totalmente nueva en nada parecida al balbuceo amoroso de hacía un instante.

–¡Para ti es penoso, mujer! –soltó de pronto Mitia a pesar suyo, como movido por un impulso incontenible.

–Déjame marchar –balbuceó–, aún volveré, ¡ahora no puedo más!...

Se levantó, pero de pronto lanzó un grito y se echó atrás. En la estancia había entrado repentinamente, aunque sin ha-

cer el menor ruido, Grúshenka. Nadie la esperaba. Katia dio unos rápidos pasos hacia la puerta, mas al pasar por el lado de Grúshenka se detuvo de pronto, se puso pálida como la pared y le gimió en voz baja, como un susurro:

–¡Perdóneme!

La otra la miró a los ojos y, después de esperar unos instantes, le respondió con una voz venenosa, cargada de rencor:

–¡Malas somos las dos, amiga! ¡Las dos somos malas! ¿Cómo vamos a perdonarnos una a la otra? Sálvale y rezaré por ti toda la vida.

–¡No quieres perdonar! –gritó a Grúshenka Mitia, con frenético reproche.

–¡No tengas miedo, te lo salvaré! –balbuceó rápidamente Katia, y salió a toda prisa de la estancia.

–¿Has sido capaz de no perdonarla después de que ella misma te ha dicho: «¿Perdóname?» –volvió a exclamar Mitia con amargura.

–Mitia, no te atrevas a reprochárselo, ¡no tienes derecho! –gritó con calor Aliosha a su hermano.

–Los que hablaban eran sus labios llenos de orgullo, no su corazón –replicó Grúshenka con repugnancia–. Que te salve y se lo perdonaré todo...

Se calló, como si reprimiera alguna cosa en su espíritu. Aún no podía recobrar la calma. Resultó que había entrado por pura casualidad, sin sospechar nada en absoluto y sin esperar encontrar lo que encontró.

–¡Aliosha, alcánzala! –pidió Mitia vivamente a su hermano–. Dile... no sé qué... ¡no dejes que se vaya así!

–¡Volveré a verte por la tarde! –respondió Aliosha y salió corriendo tras Katia.

La alcanzó fuera ya de la valla del hospital. Ella caminaba con paso rápido, se daba prisa, pero no bien Aliosha le hubo dado alcance, le dijo rápidamente:

–¡No, ante ésa no puedo humillarme! Le he dicho «perdóname» porque quería mortificarme hasta el fin. Ella no me

ha perdonado... ¡Por esto la quiero! –añadió Katia con la voz alterada, y los ojos le centellearon con salvaje cólera.

–Mi hermano no la esperaba en absoluto –murmuró Aliosha–, estaba convencido de que ella no vendría...

–No hay duda. Dejemos esto –respondió secamente–. Escuche: ahora no puedo ir al entierro con usted. Les he enviado flores para el pequeño ataúd. Aún debe quedarles dinero, según me parece. Si es necesario, dígales que en adelante yo nunca los abandonaré... Bueno, ahora déjeme, déjeme, por favor. Ya se ha retrasado usted, están tocando para la última misa... ¡Déjeme, por favor!

3. Entierro de Iliúshechka. Discurso junto a la piedra

En efecto, llegó tarde. Le esperaban y se habían decidido ya a llevar sin él a la iglesia el pequeño y hermoso ataúd, adornado con flores. Era el ataúd de Iliúshechka, el pobre muchacho que había muerto dos días después de la condena de Mitia. Junto al portalón de la casa fue recibido Aliosha por los gritos de los niños, compañeros de Iliusha. Todos le estaban esperando con impaciencia y se alegraron de verle llegar al fin. Se habían reunido unos doce en total, todos con sus carteras y bolsas de escolar a la espalda. «Papá llorará, no le abandonéis», les había encargado Iliusha al morir, y los muchachos lo recordaban. Al frente del grupo estaba Kolia Krasotkin.

–¡Qué contento estoy de que haya venido, Karamázov! –exclamó, tendiendo la mano a Aliosha–. Lo que pasa aquí es terrible. Da pena, la verdad. Sneguiriov no está borracho, sabemos con certeza que hoy no ha bebido nada, pero lo parece... Yo me mantengo firme, pero esto es espantoso. Karamázov, si no es retenerle, ¿podría hacerle una sola pregunta antes de que usted entre?

–¿De qué se trata, Kolia? –Aliosha se detuvo.

–¿Es inocente, o es culpable su hermano? ¿Es él quien mató a su padre, o fue el lacayo? Creeré lo que me diga. Me he pasado cuatro noches sin dormir pensando en esto.

–Mató el lacayo, mi hermano es inocente –respondió Aliosha.

–¡Eso mismo digo yo! –gritó de pronto el muchacho Smúrov.

–¡Así, será sacrificado como víctima inocente de la verdad! –exclamó Kolia–. ¡Está perdido, pero es feliz! ¡Me dan ganas de envidiarle!

–¿Qué dice usted? ¿Cómo es posible, y para qué? –replicó sorprendido Aliosha.

–¡Oh, si algún día pudiera yo sacrificarme por la verdad! –añadió Kolia con entusiasmo.

–¡Pero no en una cuestión como ésta, no con tanto oprobio ni con tanto horror! –dijo Aliosha.

–Claro... yo quisiera morir por toda la humanidad; lo del oprobio, da lo mismo: que perezcan nuestros nombres. ¡Siento respeto por el hermano de usted!

–¡Yo también! –exclamó de pronto entre el grupo el mismo muchacho que otro día había declarado saber quién era el fundador de Troya, y una vez hubo gritado, se puso rojo hasta las orejas como en el caso anterior, como un pinzón.

Aliosha entró en el cuarto. En un ataúd azul, adornado con tul blanco fruncido, yacía Iliushka, con las manitas juntas y los ojos cerrados. Los rasgos de su cara enflaquecida casi no se habían alterado y, cosa rara, casi no se notaba ninguna emanación del cadáver. La expresión del rostro era seria, parecía cavilosa. Eran hermosas sobre todo las manos, cruzadas, como cinceladas en mármol. Entre los dedos le habían colocado flores, y todo el ataúd, por dentro y por fuera, estaba ya adornado con flores que habían llevado a primera hora de la mañana de parte de Liza Jojlakova. Pero también Katerina Ivánovna había mandado flores, y cuando Aliosha abrió la puerta, el capitán tenía un ramo en sus tem-

blorosas manos y de nuevo estaba echando flores en torno a su entrañable pequeño. Apenas miró a Aliosha, que acababa de entrar; no quería mirar a nadie, ni siquiera a su mujer loca, a su «mamita», que lloraba y se esforzaba constantemente por levantarse un poco sosteniéndose sobre sus piernas enfermas para ver más de cerca a su hijo muerto. En cuanto a Nínochka, los niños la habían trasladado con su asiento al lado mismo del ataúd. Ella, sentada, apoyaba en él la cabeza y sin duda también lloraba, en silencio. El rostro de Sneguiriov tenía una expresión animada, pero como aturdida y al mismo tiempo exasperada. Había algo de locura en sus gestos, en las palabras que se le escapaban. «Pequeño mío, ¡mi querido mío!, ¡mi querido pequeño!», exclamaba a cada instante, mirando a Iliusha. Tenía la costumbre de llamar a su hijo con ternura antes de que se le muriera: «Pequeño mío, ¡mi querido pequeño!».

–Papaíto, dame también a mí florecitas, tómale de las manitas esa flor blanca y dámela –le pedía sollozando la «mamita» loca. Fuera que le gustara mucho la pequeña rosa blanca que tenía Iliusha en las manos o que quisiera guardarla como recuerdo, el caso es que la mujer se agitaba tendiendo las manos hacia la flor.

–¡No la daré a nadie, no daré nada! –gritó Sneguiriov con crueldad–. Estas flores son suyas y no tuyas. ¡Todo es suyo, no hay nada tuyo!

–Papá, ¡dele a mamá una flor! –rogó Nínochka, alzando de pronto su rostro inundado de lágrimas.

–¡No daré nada, y a ella aún menos! Ella no le quería. La otra vez le quitó el cañoncito, y él entonces se lo re-ga-ló.

El capitán estalló de pronto en fuertes sollozos al recordar cómo Iliusha había cedido entonces su cañoncito a la mamá. La pobre enajenada se sumió en un llanto silencioso, cubriéndose la cara con las manos. Los muchachos, al ver al fin que el padre no dejaba el ataúd y que ya era hora de llevárselo, lo rodearon formando un grupo compacto y lo levantaron.

–¡No quiero enterrarle en el recinto! –clamó de pronto Sneguiriov–. Le enterraré junto a la piedra, ¡junto a nuestra querida piedra! Así lo mandó Iliusha. ¡No dejaré que lo lleven!

Ya antes, durante aquellos tres días, había venido repitiendo que enterraría a su hijo junto a la piedra; pero intervinieron Aliosha, Krasotkin, la dueña de la casa y su hermana, todos los muchachos.

–¡Lo que se le ha ocurrido, enterrarlo junto a una miserable piedra como si fuera un ahorcado! –dijo severamente la vieja dueña de la casa–. En el recinto tendrá una cruz sobre la tierra. Allí rezarán por él. Desde allí se oye el canto de la iglesia, y el diácono lee con una voz tan fuerte y una pronunciación tan clara que cada vez las palabras llegarán hasta él como si leyeran sobre su tumba.

El capitán hizo al fin un gesto de cansancio, como diciendo: «¡Llevadlo donde queráis!». Los niños levantaron el ataúd, mas, al pasar por delante de la madre, se detuvieron por unos momentos ante ella y lo bajaron para que la mujer pudiera despedirse de Iliusha. Cuando la madre vio de cerca el pequeño rostro entrañable que durante aquellos tres días había estado contemplando sólo desde cierta distancia, se estremeció súbitamente y empezó a agitar de manera histérica su cabeza blanca hacia adelante y hacia atrás, por encima del ataúd.

–Mamá, hazle la señal de la cruz, bendícele, bésale –le gritaba Nínochka.

Pero la madre seguía agitando la cabeza como una autómata, y en silencio, crispado el rostro por su abrasadora pena, empezó a darse golpes con el puño en el pecho. Siguieron adelante con el ataúd. Nínochka por última vez puso los labios sobre la boca de su difunto hermano cuando lo tuvo delante. Aliosha, al salir de la casa, se dirigió a la dueña para pedirle que se ocupara de las dos mujeres que allí quedaban, pero aquélla ni le dejó terminar:

–Ya sé cuál es mi obligación, me quedaré con ellas, también nosotros somos cristianos. –La vieja hablaba llorando.

La iglesia no estaba lejos, como mucho unos trescientos pasos. El día se había vuelto claro, apacible; helaba, pero poco. Aún resonaba el tañido de las campanas. Sneguiriov corría y se agitaba, desconcertado, siguiendo el féretro; llevaba su abrigo viejo, casi de verano, que le resultaba algo pequeño y corto; iba con la cabeza descubierta y con el viejo sombrero de fieltro y anchas alas en la mano. Se le veía preocupado por algo sin solución; ora tendía una mano para sostener la cabecera del ataúd, con lo que no hacía sino estorbar a quienes lo llevaban, ora corría por los lados y buscaba un lugar en que colocarse. Cayó una flor sobre la nieve y él se precipitó a recogerla como si la pérdida de aquella flor pudiera acarrear sabe Dios qué consecuencias.

–¡Hemos olvidado la cortecita de pan, la cortecita! –gritó de pronto, con espanto.

Pero los muchachos le recordaron en seguida que había tomado la cortecita de pan poco antes de salir y la llevaba en el bolsillo. Sneguiriov la sacó al instante y, habiendo comprobado que la tenía, se calmó.

–Iliúshechka lo mandó, Iliúshechka –se apresuró a explicar a Aliosha–. Una noche, estando yo a su lado, me dijo de pronto: «Papaíto, cuando hayan cubierto de tierra mi tumba, echa encima migas de pan para que acudan los gorrioncitos, yo los oiré y me alegrará no sentirme solo».

–Eso está muy bien –contestó Aliosha–, habrá que llevar con frecuencia.

–¡Cada día, cada día! –balbuceó el capitán, como si se reanimara.

Llegaron por fin a la iglesia y colocaron el ataúd en el centro. Los muchachos lo rodearon y permanecieron en grave actitud durante todo el oficio divino. La iglesia era vieja y bastante pobre; muchos de los iconos no tenían ornamentaciones metálicas, mas en tales iglesias parece que se reza me-

jor. Durante la misa, Sneguiriov se calmó un poco, aunque de vez en cuando, a pesar de todo, reaparecía en él la misma preocupación inconsciente y como desconcertada: una vez se acercó al féretro para colocar bien el paño mortuorio y la banda que cubría la frente del difunto [1]; otra vez, habiendo caído una vela del candelabro, se precipitó a ponerla en su sitio y se entretuvo en ello largo rato. Luego ya se sosegó y permaneció quieto a la cabecera del ataúd, con una expresión obtusa y conturbada en el rostro, perplejo. Después de la epístola, susurró de pronto a Aliosha, quien se encontraba a su lado, que no la habían leído *como hacía falta,* pero no explicó su idea. Cuando se cantó el himno querúbico, empezó a seguir a media voz, mas no llegó hasta el fin e, hincándose de rodillas, bajó la frente hasta tocar las losas de la iglesia, y así se quedó bastante rato. Por fin iniciaron el responso, distribuyeron las velas. El padre, enloquecido, volvió a agitarse, pero el grave e impresionante canto fúnebre le conmovió el alma. De pronto pareció como si se encogiera y empezó a llorar con sollozos breves y frecuentes, procurando ahogarlos al principio, ruidosamente al final. Cuando empezaron a despedirse y a tapar el féretro, lo abrazó como si se opusiera a que cubrieran a su Iliúshechka y se puso a besar repetida, ávidamente, los labios de su hijo muerto. Por fin le convencieron, y ya le habían apartado del ataúd haciéndole descender un peldaño, cuando tendió una mano con rápido gesto y tomó varias flores. Las contempló y pareció como si una nueva idea le hubiera iluminado hasta el punto de hacerle olvidar por un instante lo principal. Poco a poco se fue quedando caviloso y ya no ofreció resistencia cuando levantaron el féretro y lo llevaron a la tumba, que estaba cerca, rodeada por una reja, junto a la iglesia misma. Era una tumba cara, la había pagado Katerina Ivánovna. Después de los

1. Durante las exequias, los ortodoxos rusos cubren la frente del difunto con una cinta con representaciones religiosas.

ritos acostumbrados, los sepultureros bajaron el ataúd. Sneguiriov, con sus flores en las manos, se inclinó tanto sobre la tumba abierta que los muchachos se asustaron, le agarraron del abrigo y tiraron hacia atrás. Pero habríase dicho que ya no tenía plena conciencia de lo que sucedía. Cuando empezaron a rellenar la tumba, se puso a señalar la tierra removida, preocupado, y hasta dijo algunas palabras, pero nadie pudo comprender nada; además, él mismo se calló de pronto. Entonces le recordaron que hacía falta desmigajar la corteza de pan y se sobresaltó terriblemente; agarró la corteza y empezó a deshacerla esparciendo los pedacitos por la tumba: «¡Volad aquí, pajaritos, volad aquí, gorrioncitos!», balbuceaba inquieto. Alguno de los muchachos le indicó que con las flores en las manos le resultaba incómodo desmigajar la corteza y que podría confiarlas a alguien por unos momentos. Pero no lo hizo, hasta se asustó por sus flores como si se propusieran quitárselas, y después de contemplar la tumba con las migas esparcidas, como para cerciorarse de que ya estaba todo hecho, dio bruscamente media vuelta y con la mayor calma se dirigió hacia su casa. No obstante, cada vez iba acelerando más el paso, se daba prisa, casi corría. Los muchachos y Aliosha no le dejaban.

–¡Flores para la mamita, flores para la mamita! ¡Hemos ofendido a la mamita! –se puso a clamar de pronto.

Alguien le gritó que se pusiera el sombrero, pues ya hacía frío, pero al oírlo, Sneguiriov lo arrojó a la nieve como irritado y dijo: «¡No quiero el sombrero, no quiero el sombrero!». Smúrov se lo recogió. Todos los muchachos lloraban, y más que ninguno Kolia y el que había descubierto Troya; Smúrov, con el sombrero de Sneguiriov en la mano, aunque también lloraba a lágrima viva, se las arregló para agarrar poco menos que corriendo un trozo de ladrillo que se destacaba rojo sobre la nieve del camino y lo arrojó contra una bandada de gorriones que volaban a gran velocidad. No los tocó, claro está, y siguió corriendo sin dejar de llorar. A mitad del

camino, Sneguiriov se detuvo repentinamente, se quedó parado medio minuto poco más o menos, como sorprendido por algo, y de súbito, volviéndose hacia la iglesia, echó a correr en dirección a la pequeña tumba abandonada. Pero los muchachos en un instante le alcanzaron y le rodearon por todas partes. Entonces se dejó caer sobre la nieve como sin fuerzas, como fulminado, y se debatía gimiendo, llorando a la vez que gritaba: «¡Pequeño mío, Iliúshechka, mi querido pequeño!». Aliosha y Kolia le alzaron del suelo, se esforzaban por calmarle y hacerle entrar en razón.

–Capitán, basta; un hombre valiente está obligado a soportarlo todo –balbuceaba Kolia.

–Estropeará usted las flores –añadió Aliosha–, y la «mamita» las espera; ella está en casa y llora porque antes no ha querido darle usted flores de Iliúshechka. Allí está aún la camita de Iliusha...

–¡Sí, sí, vamos a ver a la mamita! –volvió a recordar Snigueriov–. ¡Van a quitar la camita, la van a quitar! –añadió, asustado de que en verdad pudieran quitarla.

Echó a correr de nuevo hacia su casa. Pero ya no estaban lejos y llegaron todos al mismo tiempo. Sneguiriov se precipitó a abrir la puerta y gritó a su mujer, con la que se había mostrado tan cruel no hacía mucho:

–¡Mamita querida, Iliúshechka te manda estas flores, a ti que tienes enfermas las piernas! –gritaba, y tendía hacia ella el ramito de flores que se le habían helado y roto mientras se agitaba en la nieve.

Pero en aquel mismo instante, vio ante la camita de Iliusha, en un rincón, las botas altas de su hijo una al lado de la otra, tal como acababa de colocarlas la dueña de la casa, aquellas botas viejas, desteñidas, rugosas, llenas de remiendos. Al verlas, el capitán alzó los brazos y se lanzó hacia ellas, cayó de rodillas, cogió una bota, se la acercó a los labios y se puso a besarla ávidamente, gritando: «¡Pequeño mío, Iliúshechka, mi querido pequeño!, ¿dónde están ahora tus piececitos?».

–¿Adónde te lo has llevado? ¿Adónde te lo has llevado? –clamó la enajenada con desgarradora voz.

Entonces también Nínochka prorrumpió en llanto. Kolia salió del cuarto, tras él fueron saliendo los otros muchachos. Por fin salió asimismo Aliosha.

–Dejémosles que lloren –dijo a Kolia–. Ahora es imposible consolarlos. Esperaremos un rato y volveremos.

–Sí, no se puede, esto es terrible –asintió Kolia–. ¿Sabe, Karamázov? –de pronto bajó la voz, para que nadie le oyera–, siento una pena muy grande, y, si fuera posible resucitarle, daría para ello todo lo del mundo.

–Oh, yo también –dijo Aliosha.

–Qué cree usted, Karamázov, ¿hemos de venir aquí esta tarde? El hombre se emborrachará.

–Es posible que se emborrache. Volveremos sólo nosotros dos, será bastante, para pasar una horita al lado de la madre y de Nínochka; si nos presentáramos todos a la vez, volveríamos a recordarles demasiado lo ocurrido –aconsejó Aliosha.

–Ahora la dueña de la casa está preparando la mesa, será para la comida de funeral, acudirá el pope; ¿debemos volver ahora allí, Karamázov?

–Sin falta –respondió Aliosha.

–Qué extraño es todo esto, Karamázov; una pena tan enorme, y a comer hojuelas, como si nada, ¡qué poco natural es todo esto en nuestra religión!

–Hasta habrá salmón –comentó en voz alta el muchacho que había descubierto Troya.

–Le ruego muy seriamente, Kartashov, que no vuelva a meterse con sus tonterías, sobre todo cuando no hablan con usted y ni siquiera desean saber si existe usted en el mundo –le replicó con irritación y bruscamente Kolia.

El muchacho se puso rojo como la grana, pero no se atrevió a responder nada. Todos siguieron avanzando lentamente por el sendero, y de pronto Smúrov exclamó:

–¡Aquí tenemos la piedra de Iliusha junto a la que querían enterrarle!

Todos se detuvieron en silencio ante la gran piedra. Aliosha miró y de golpe acudió a su memoria la escena que en cierta ocasión le había contado Sneguiriov acerca de Iliúshechka; le pareció estar viendo cómo el pequeño, llorando y abrazando a su padre, exclamaba: «¡Papaíto, papaíto, cómo te ha humillado!». Sintió el alma conmovida. Con aire serio y grave pasó la mirada por los rostros luminosos y agradables de aquellos escolares, camaradas de Iliusha, y les dijo:

–Señores, quisiera decirles unas palabras aquí, en este mismo lugar.

Los muchachos le rodearon y enseguida fijaron en él sus miradas atentas, expectantes.

–Señores, pronto nos separaremos. De momento, yo me quedaré con mis dos hermanos, uno de los cuales será deportado, el otro se encuentra a las puertas de la muerte. Mas pronto abandonaré esta ciudad, quizá por mucho tiempo. Así, pues, nos vamos a separar, señores. Sin embargo, convengamos aquí, junto a esta piedra, en primer lugar que jamás olvidaremos a Iliúshechka, y en segundo lugar, que jamás nos olvidaremos unos de los otros. Y sea lo que sea lo que nos ocurra en la vida, aunque no nos encontremos durante veinte años, recordaremos de todos modos cómo henos enterrado al pobre muchacho contra el que antes arrojamos piedras, ¿se acuerdan?, allí, cerca del pequeño puente, y al que luego todos hemos querido tanto. Era un gran muchacho, un muchacho bueno y valiente, sentía el honor y la amarga ofensa hecha a su padre, contra la que se sublevó. Así, pues, en primer lugar le recordaremos, señores, toda nuestra vida. Y aunque estemos absorbidos por cuestiones de la más alta importancia, aunque hayamos alcanzado honores o hayamos caído en una gran desgracia, no olviden nunca, pese a todo, no olviden nunca lo bien que nos hemos

sentido aquí, una vez, todos juntos, unidos por un sentimiento tan puro y bueno, que también a nosotros, por este tiempo, el amor hacia nuestro muchacho nos ha hecho mejores quizá de lo que somos en realidad. Palomitos míos (dejen que les llame así, palomitos, porque ahora, en este momento en que estoy mirando sus caras buenas y simpáticas, todos ustedes se parecen mucho a esos buenos pájaros), queridos niños míos, quizá no comprendan lo que les diré porque a menudo hablo de manera muy confusa, pero de todos modos lo recordarán y más tarde, algún día, estarán de acuerdo con mis palabras. Sepan, pues, que nada hay más alto ni más fuerte ni más sano ni más útil en nuestra vida que un buen recuerdo, sobre todo si lo tenemos de la infancia, del hogar paterno. A ustedes se les habla mucho de su educación; pues bien, un recuerdo de esta naturaleza, magnífico, sacrosanto, conservado desde la infancia, quizá sea la mejor educación. El que ha acumulado recuerdos de esta naturaleza, es hombre salvado para toda la vida. E incluso si no quedara más que un solo recuerdo bueno en nuestro corazón, puede que algún día ese recuerdo nos salve. Es posible que más tarde nos volvamos malos, que ni siquiera tengamos fuerzas para resistir la tentación de cometer un acto vil, que nos riamos de las lágrimas humanas y que de las gentes que digan, como ha exclamado hace unos momentos Kolia: «Quiero sufrir por todas las personas», de estas gentes nos burlaremos sin piedad. Pero, por malos que nos volvamos, y Dios no lo quiera, cuando recordemos cómo hemos enterrado a Iliusha, cómo le hemos querido estos últimos días y cómo hemos hablado ahora frente a esta piedra, tan unidos y juntos, ¡ni el más cruel de nosotros y más mordaz, si es que nos volvemos así, se atreverá en el fondo de su alma a burlarse de haber sido tan bueno y sensible en este momento de ahora! Es más, quizá precisamente este recuerdo le retenga y le prive de cometer una acción nefasta, le haga recapacitar y decirse: «Sí, entonces yo era bueno, valiente y honrado». No

importa que se ría un poco para sus adentros, qué más da, el hombre se ríe con frecuencia de lo bueno y puro; lo hace sólo por ligereza; pero les aseguro, señores, que apenas se ría se dirá enseguida en su corazón: «¡He hecho mal, porque de estas cosas no hay que reírse!».

–Será así sin duda alguna, Karamázov. ¡Yo le comprendo, Karamázov! –exclamó Kolia, relampagueantes los ojos.

Los muchachos se emocionaron y también querían exclamar algo, pero se contuvieron mirando fijamente y enternecidos al orador.

–Hablo así por miedo a que nos volvamos malos –prosiguió Aliosha–, mas por qué hemos de volvernos malos, ¿no es cierto, señores? Seamos en primer lugar y ante todo buenos, luego honrados y luego no nos olvidemos jamás unos de los otros. Vuelvo a repetirlo. Por mi parte, señores, les doy mi palabra de que no olvidaré a ninguno de ustedes; recordaré, aunque sea dentro de treinta años, cada uno de los rostros que ahora me están mirando. Kolia ha dicho hace poco a Kartashov que no queríamos saber «si existe él en el mundo o no». ¿Acaso puedo yo olvidar que Kartashov existe en el mundo y que ya no se vuelve rojo como se volvió entonces, cuando descubrió Troya, y que me mira con sus ojos buenos, nobles y alegres? Señores, queridos señores míos, seamos siempre generosos y valientes, como Iliúshechka; inteligentes, audaces y generosos como Kolia (pero que se volverá bastante más inteligente cuando sea mayor), y seamos tan pudorosos, pero inteligentes y simpáticos como Kartashov. Mas ¡por qué hablo sólo de ellos dos! ¡Todos ustedes, señores, me son queridos desde ahora, a todos les incluyo en mi corazón y les ruego incluirme a mí en el suyo! ¡Y quién nos ha unido en este sentimiento bueno y puro, que recordaremos toda la vida y querremos recordar, sino Iliúshechka, ese muchacho tan bueno, ese muchacho tan simpático, ese muchacho al que recordaremos con tanto afecto todos los días de nuestra vida! No lo olvidaremos nunca, ¡que sea eter-

na y buena su memoria en nuestros corazones, ahora y siempre!

–Sí, sí, memoria eterna, eterna –gritaron todos los muchachos con sus voces sonoras, mientras que una viva emoción se reflejaba en sus rostros.

–¡Recordaremos su cara, su vestido, sus pobres botas altas, su pequeño ataúd y a su padre pecador y desdichado, y que él solo, por su padre, plantó cara valientemente a toda la clase!

–¡Lo recordaremos, lo recordaremos! –volvieron a gritar los niños–. ¡Era valiente, era bueno!

–¡Ah, cómo le quería yo! –exclamó Kolia.

–¡Niños, ah, queridos amigos míos, no teman la vida! ¡Qué hermosa es la vida cuando uno hace algo bueno y justo!

–¡Sí, sí! –repitieron entusiasmados los muchachos.

–Karamázov, ¡a usted le queremos! –gritó sin poderse contener una voz, al parecer la de Kartashov.

–Le queremos, le queremos –repitieron todos. A muchos les brillaron las lágrimas en los ojos.

–¡Hurra por Karamázov! –clamó Kolia lleno de entusiasmo.

–¡Y memoria eterna por el pequeño muerto! –añadió Aliosha, emocionado.

–¡Memoria eterna! –repitieron los muchachos a coro.

–¡Karamázov! –gritó Kolia–. ¿Será verdad, como dice la religión, que resucitaremos de entre los muertos, que volveremos a vernos los unos a los otros, que veremos a todos, y también a Iliúshechka?

–Resucitaremos sin falta, nos veremos sin falta, y con gozo y alegría nos contaremos unos a otros todo lo que nos haya sucedido –respondió Aliosha, en parte riendo, en parte entusiasmado.

–¡Oh, qué hermoso será! –exclamó Kolia.

–Bueno, ahora basta de discursos y vámonos a la comida de difuntos. No se sientan turbados de que comamos hoje-

las. Se trata de algo antiguo, eterno, y en ello hay también su lado bueno –Aliosha se rió–. ¡Pero en marcha ya! ¡Ea, ahora vamos, cogidos de la mano!

–¡Y será eternamente así, toda la vida cogidos de la mano! ¡Hurra por Karamázov! –volvió a gritar Kolia, entusiasmado, y una vez más todos los muchachos repitieron su exclamación.

Índice

TERCERA PARTE

Libro séptimo. Aliosha 497
1. Un vaho pestilente 497
2. Un momento así 514
3. La cebollita 522
4. Caná de Galilea 546

Libro octavo. Mitia 553
1. Kuzmá Samsónov 553
2. Liagavi 568
3. Las minas de oro 578
4. En la oscuridad 593
5. Súbita decisión 601
6. ¡Aquí estoy! 622
7. El anterior e indiscutible 632
8. Delirio 655

Libro noveno. Instrucción del sumario 674
1. El funcionario Perjotin comienza a hacer carrera 674

2. Alarma 683
3. Las tribulaciones de un alma. Primera tribulación 692
4. Segunda tribulación 704
5. Tercera tribulación 714
6. El fiscal desconcierta a Mitia 729
7. El gran secreto de Mitia. Se ríen de él 739
8. La declaración de los testigos. Un angelito 754
9. Se llevan a Mitia 767

Cuarta parte

Libro décimo. Los niños 775
1. Kolia Krasotkin 775
2. Chiquillos 782
3. El escolar 790
4. *Zhuchka* 800
5. Junto a la camita de Iliusha 810
6. Precoz desarrollo 832
7. Iliusha 842

Libro undécimo. El hermano Iván Fiódorovich 848
1. En casa de Grúshenka 848
2. El piececito enfermo 860
3. Un diablillo 873
4. El himno y el secreto 882
5. ¡No eres tú, no eres tú! 900
6. Primera entrevista con Smerdiakov 908
7. Segunda entrevista con Smerdiakov 921
8. Tercera y última entrevista con Smerdiakov 933
9. El diablo. La pesadilla de Iván Fiódorovich 953
10. «Es él quien lo ha dicho» 979

Libro duodécimo. Un error judicial 986
1. El día aciago 986
2. Testigos peligrosos 996
3. El dictamen médico y una libra de avellanas 1009
4. La suerte sonríe a Mitia 1016
5. Catástrofe repentina 1029
6. Discurso del fiscal. Descripción 1041
7. Apreciación histórica 1055
8. Disertación sobre Smerdiakov 1063
9. Psicología a todo vapor. La troika al galope. Fin del discurso del fiscal 1076
10. Discurso del abogado defensor. Un arma de dos filos 1091
11. No había dinero. No ha habido robo 1097
12. Tampoco ha habido asesinato 1106
13. Un adulterador del pensamiento 1116
14. Los mujiks no dieron su brazo a torcer 1127

EPÍLOGO

1. Proyectos para salvar a Mitia 1139
2. Por un momento la mentira se hizo verdad 1146
3. Entierro de Iliúshechka. Discurso junto a la piedra 1155

3465691

*****

Última novela que escribió F. M. DOSTOYEVSKI, cumbre entre las cumbres que representan también «Crimen y castigo» (L 5553 y L 5554), «Los demonios» (L 5567 y L 5568), «El idiota» (L 5538 y L 5539), «El jugador» (L 5557) o «Apuntes del subsuelo» (L 5571), LOS HERMANOS KARAMÁZOV (1879-1880) supone una síntesis de todas las inquietudes existenciales del autor. La compleja galería de personajes está presidida por Fiódor Karamázov, el padre, ruin, hipócrita, avaro, cínico y libertino, y por sus descendientes: Dmitri, sensual, orgulloso y cruel, pero también generoso y capaz de rasgos de bondad y sacrificio; Iván, un intelectual escéptico que niega la existencia de Dios y el amor al prójimo; Aliosha, un cristiano místico, educado por el monje Zosima, que opone al humanitarismo revolucionario y al nihilismo el amor a Dios y al prójimo, aunque tampoco es inmune a las sensaciones turbias que lo invaden, y Smerdiakov, el cínico y perverso hijo natural, carente de todo sentido de responsabilidad moral. La obra, que tiene uno de sus puntos culminantes con el célebre relato del Gran Inquisidor, refleja una concepción del hombre como campo de batalla en el que luchan Dios y el Diablo, el bien y el mal.

ISBN 84-206-6064-7

9 788420 660646

El libro de bolsillo

Literatura
Clásicos